E. H. CARR

BAKUNIN

SEGUNDA EDICION



BIOGRAFIAS GANDESA
EDICIONES GRIJALBO, S. A.
BARCELONA - MEXICO, D. F.
1972

Título original
MICHAEL BAKUNIN

Esta versión castellana ha sido realizada por G. Gayá Nicolau
de la 1.ª edición de Random House, Inc.
(«Vintage Books») Nueva York, 1961.

Segunda edición

PRINTED IN SPAIN
IMPRESO EN ESPAÑA

Depósito Legal: B. 11.273 - 1972

Impreso por GRAFICAS ROMAN, S. A. - Valencia, 387 - Barcelona, 13

INDICE

IV. Redivivo

V. Bakunin y Marx

VI. Los últimos años

LIBRO I

EL JOVEN ROMANTICO

«Mi carácter adolecía de un defecto capital: el amor a lo fantástico, a lo insólito, a las aventuras inauditas, a las empresas abiertas hacia horizontes infinitos y sin que nadie pueda prever cómo van a terminar.»

MIGUEL BAKUNIN
Confesión al Zar
(Julio-agosto de 1851)

1

NACIMIENTO DE UN REBELDE

En la provincia rusa de Tver y a unos doscientos cincuenta kilómetros al noroeste de Moscú, se levanta un edificio de un solo piso y de amplia fachada. Su construcción data del siglo XVII, y su estilo arquitectónico, como corresponde a la residencia de un típico señor rural, está inspirado en el pintoresco y amanerado neoclasicismo importado a Rusia por arquitectos italianos. La vasta propiedad de la que esa casa era parte integrante se llamaba Premujino, y su extensión equivalía a «quinientas almas» (en la Rusia del siglo dieciocho, y aún en la de muchos años más adelante, la tierra se medía por el número de siervos varones adscritos a ella). El predio de Premujino está enclavado en una tierra ligeramente ondulada y de bellas perspectivas, si bien carece de la fertilidad y de la interminable motononía características de la inmensa llanura rusa, y su casa solariega se yergue en medio de un abrupto terreno rodeado de pequeños bosques que limitan con el declive que baja hasta el Osuga, río de corriente lenta pero caudalosa y que constituye el elemento más destacado del paisaje. El Osuga vierte sus aguas en el Tversta, el cual es tributario del Volga. A lo largo de todo el siglo dieciocho y hasta comienzos del diecinueve, la vida de Premujino fue un fiel reflejo del curso del Osuga. Fluía esa vida, plácida y soñolienta, en dirección a Tver, capital de la provincia, o bien hacia el aún más lejano Moscú. San Petersburgo, así como el mundo al que servía de pórtico, era considerado como algo muy remoto, exótico y hasta inconcebible.

En la primavera del año 1779 Premujino fue adquirido en propiedad por Miguel Vasilievich Bakunin, miembro de una familia que había ocupado un lugar honorable pero no relevante en los anales de la nobleza moscovita. Miguel Bakunin fue distinguido con el rango de «Con-

sejero de Estado» en la corte de Catalina II. Todavía se hallaba en la primavera de la vida cuando tomó la decisión de retirarse a vivir en Premujino. Y aunque nunca tuvo ambiciones políticas ni le dio por el menor esfuerzo intelectual, sus descendientes rindieron culto a su memoria, viéndolo como un tipo legendario cuando se referían a su increíble corpulencia, a sus hercúleas proezas y su indomable temperamento. En Premujino se recordaba cómo, sin más arma que una estaca, había puesto en fuga a una banda de ladrones, y cómo desde el pescante de su carruaje había levantado en vilo a un cochero insolente, arrojándolo al río.

Miguel Vasilievich Bakunin tuvo tres hijos y cinco hijas. El mayor eligió la carrera de funcionario del Estado, y el segundo la de militar; el tercero, Alejandro, no salió a su padres, pues era inteligente y de delicada constitución física. Cuando llegó a los nueve años, sus padres decidieron que, acompañado de un preceptor, fuese, por razones de salud, a Italia. Esto explica que terminara sus estudios y se doctorase en filosofía en la Universidad de Padua. Su tesis doctoral, redactada en latín, sobre el tratado de Worms, se conservó por espacio de un siglo en los archivos de la familia. Los años que siguieron a ese acontecimiento universitario son bastante oscuros. Sabemos, a través de cierto relato escrito, que viajó por Europa y que estuvo presente en la toma de la Bastilla, en 1789. Durante varios años prestó sus servicios en las legaciones rusas de Florencia y de Turín, llegando a ser miembro de la Academia de esta última ciudad. Ya rondaba los treinta años cuando regresó a Rusia. Poco después de su repatriación, en el tercer año del recién estrenado siglo diecinueve, su padre, el viejo Miguel Bakunin, fallecía, y su viuda hizo erigir a su memoria una magnífica iglesia en Premujino [1]

Por espacio de algunos años, la vida de Alejandro Bakunin se deslizó sin ningún acontecimiento digno de mención. Administraba la finca y vivía tranquilamente en Premujino con su madre viuda y sus tres hermanas solteras, las cuales se distinguieron siempre por su religiosidad. Amplió la casa, añadiéndole dos nuevas alas, y transformó la fachada añadiéndole un pórtico de columnas dóricas. Pero poco después de cumplir los cuarenta años aconteció algo que no se había esperado. Pablo Poltoratsky, propietario de la finca vecina, llamada Bajovkino, contrajo matrimonio con la viuda de uno de los miembros de la antigua y noble familia de los Muraviev, trayendo a Bajovkino, en el verano de 1810, a su mujer y a su hijastra Varvara Muraviev, que tenía entonces dieciocho años. Varvara era una muchacha realmente hermosa, además de elegante y traviesa; y le produjo tan gran impresión a Alejandro Bakunin que llegó a trastornarlo, hasta sorprender a los que le conocían de tiempo atrás. El juicioso, el sensato cuarentón conoció por

vez primera los tormentos del amor romántico. La considerable diferencia de edad —veinticuatro años— no fue obstáculo para el éxito del galanteo. La boda se celebró en el otoño siguiente, y la novel pareja pasó el invierno en Tver, donde la hermana del zar, la gran duquesa Catalina, mantenía una corte que si bien era pequeña no era menos brillante. Después de un corto tiempo dedicado a las fiestas sociales, a las que era muy aficionada, la joven esposa se instaló en Premujino (de donde la madre y las hermanas de su marido se habían discretamente ausentado) consagrándose a la casi exclusiva actividad de traer hijos al mundo, y lo hizo sin casi una interrupción durante los siguientes quince años.

La composición de la familia fue en extremo insólita. Los dos primeros vástagos fueron hembras: Liubov y Varvara. A la primera le pusieron el nombre de la abuela, y a la otra el de la madre. Luego vino Miguel, a quien se le impuso el nombre del abuelo —el Sansón de la leyenda familiar—, y dos hijas más: Tatiana y Alejandra. Más tarde, después de una breve pausa, vinieron, uno tras otro, cinco hijos más: Nicolás, Elías, Pablo, Alejandro y Alexis. A medida que la familia aumentó fue dividiéndose, natural y espontáneamente, en dos grupos de a cinco individuos, entre los cuales Miguel ocupó una posición estratégica, pues, debido a su sexo, ejerció el dominio del grupo de los mayorcitos, ya que él era el único varón entre ellas, y por la ventaja de la edad, se constituyó en el jefe de los cinco hermanos menores. Ya desde muy joven se vio que tenía personalidad para el desempeño del papel dominante que el orden de su nacimiento le confería. [2]

Mientras que la familia Bakunin hacía su aparición en el escenario del mundo, se habían ido desarrollando dramáticos acontecimientos en Rusia y en Europa. Varvara sólo tenía tres semanas y Liubov no había cumplido todavía un año cuando Napoleón hizo su entrada en Moscú al frente del Gran Ejército. Al nacer Miguel —el 18 de mayo de 1814, según el calendario ruso—, [3] Napoleón se encontraba en el Elba, y los victoriosos aliados —Alejandro I de Rusia entre ellos— ocupaban París. Pero tan épico revés causó menos sensación en Premujino que un acontecimiento histórico coincidente con el decimosegundo cumpleaños de Miguel. El primero de diciembre de 1825 moría el zar Alejandro I, y tres semanas más tarde se desarrolló aquella extraña conspiración capitaneada por aristócratas y oficiales del ejército —conocida por el nombre de levantamiento de los decembristas— y cuyo objetivo era darle al país una constitución. El clan de los Muraviev estaba muy comprometido en este movimiento, y uno de los cinco cabecillas que, en la represión que siguió al levantamiento, ahorcaron era primo segundo de Varvara Bakunin. De entre sus primos hermanos, dos de ellos (asiduos visitantes de Premujino) se destacaron como fundadores de una

de las sociedades secretas que prepararon el camino para aquel levantamiento.

Tales sucesos produjeron una indeleble impresión en el jefe de la familia. Alejandro Bakunin había pasado en el extranjero los veinte años que, normalmente, constituyen el período más formativo de la vida del hombre. Su educación italiana le hacía aparecer como un extranjero en su propio país, como un extraño entre la nobleza terrateniente rusa de su tiempo; una nobleza cuyos más genuinos representantes se distinguieron más a menudo por su férrea voluntad y su inclinación a las formas más groseras del sibaritismo que por su refinamiento intelectual o artístico. Alejandro había asimilado algo de las tradiciones liberales y humanísticas de la Europa del siglo dieciocho, rumoreándose que, en el fondo, albergaba cierta simpatía por los levantamientos revolucionarios de que fue testigo en Francia y en Italia. Mas los años maduros se encargaron de borrar aquellas ideas, no tardando en sucumbir al hechizo de Premujino: sus bosques y sus campiñas, el serpenteante curso de su río, sus ruiseñores primaverales, sus rosas silvestres, sus cerezos en flor... El glorioso rechazo de la invasión napoleónica hizo nacer en su pecho un nuevo patriotismo, así como la insurrección decembrista desazonó y aterrorizó al hombre cuya filosofía, ligeramente liberal, no toleraba ni por imaginación especular con algo tan indigno como una rebelión contra el zar. Mientras iban creciendo los hijos, materializó su concepto de la vida en un largo poema que tituló *El Osuga,* el nombre del río de Premujino, al cual invoca en la primera estrofa llamándole «alma de los campos de Premujino, amigo fiel, de mis hijos nodriza». Entre las múltiples descripciones, impregnadas de lirismo, de la vida de Premujino, el poeta va introduciendo sus opiniones políticas, de intachable ortodoxia. Rememora con desdén el coro de «asnos» del *Ça ira,* que él había escuchado durante su juventud «en la tierra de los gallos de pelea». «Y desde aquel día —concluye escuetamente— odio la música de los tigres y los asnos.» Trata de la institución de la esclavitud con cierto desasosiego y con evidentes escrúpulos de conciencia. No podía dejar de aludir al tema de la esclavitud, toda vez que, para él, «la Santa Rusia se apoya sobre esta firme base». Aunque, por otro lado, rechaza el nombre de «esclavitud» que tan a la ligera se aplicaba a esta forma de servidumbre. Porque en ella se dan mutuas obligaciones, y el terrateniente es el «protector de los huérfanos». La verdadera libertad existe donde «cada estamento tiene su propia forma de vivir». El siervo no tiene más derecho a quejarse por no ser el amo que el que tiene el Osuga de protestar por no ser el Volga.[4]

Tal es el retrato del padre de Miguel Bakunin. Humano, cultivado, inteligente, consagrado a su hogar y a su familia, aunque falto de ima-

ginación e imbuido en cierto modo del fanatismo conservador propio del liberal asustadizo, Alejandro Bakunin era el hombre menos indicado para simpatizar con los instintos rebeldes o las ambiciones revolucionarias de la juventud. Fue pródigo de su prudente y previsor afecto hacia sus vástagos, y, según el testimonio de su hijo mayor, «inalterablemente indulgente y bondadoso». Pero era incapaz de comprender que sus hijos pudieran tener opiniones o gustos diferentes de los suyos. No obstante su austera rigidez (disculpada, en parte, por el hecho de ser ya anciano antes de que saliera de la adolescencia ninguno de sus hijos), consiguió mantener siempre vivo el respeto de sus descendientes, incluso del más rebelde.

Usted fue nuestro maestro —le escribió Miguel muchos años más tarde—; usted despertó en nosotros el sentimiento de lo bueno y de lo bello, el amor a la naturaleza y aquel otro amor que siempre, estrecha e indisolublemente, nos ha unido a todos, hermanos y hermanas. Sin usted, hubiéramos sido, con toda probabilidad, personas adocenadas y vacuas. Usted encendió en nuestro corazón la sagrada llama del amor a la verdad y nos inculcó el sentido de la independencia y de la libertad. Y usted hizo todo eso porque nos amaba, lo mismo que nosotros nos entregamos a usted en cuerpo y alma.[5]

Los rasgos fisonómicos de la madre de Miguel resultan desde luego más desleídos, menos impresionantes que los de su padre. Era lógico suponer y esperar que una mujer cuya edad estaba en realidad más cerca de la de su hijo mayor que de la de su marido se pusiera de parte de sus hijos contra el padre, o que, cuando menos, actuara de intermediaria entre las dos generaciones. Pero nada de esto ocurrió, sino todo lo contrario. En cuantas disputas surgieron entre padre e hijos, Varvara se puso siempre, de manera indefectible, del lado de su marido. La convicción de la infalibilidad de éste no la abandonó ni un solo momento, como tampoco sintió nunca más simpatía que la que sintió su marido por las necesidades espirituales o las aspiraciones de sus hijos. Y menos todavía sintió, o demostró sentir, ninguna clase de ternura hacia ellos. «Era una mujer arrogante y egoísta —escribió Miguel años más tarde—, a la que ninguno de sus hijos quería.» En su vejez, según cuenta cierto testigo, Miguel «atribuía su pasión por la destrucción a la influencia de su madre, cuyo carácter despótico le inspiró un odio insensato hacia todo cuanto suponía restricción de la libertad». Si, como esposa, Varvara Bakunin fue perfecta, en cambio, como madre, tuvo muy escaso éxito.[6]

Tales oposiciones de temperamento y de opinión no fueron, sin embargo, obstáculo para el desarrollo de la recia tradición familiar de armonía doméstica. La ulterior reciprocidad afectiva de los jóvenes

Bakunin está llena de retrospectivas vivencias sentimentales suscitadas por las idílicas condiciones en que transcurrió su niñez. Alejandro Bakunin no fue nunca un hombre regalón. Un matiz de sencillez espartana presidió la crianza y la educación de sus hijos. El lujo de la mansión campestre rusa es un mero producto de la imaginación popular. Porque lo cierto es que la vida de la familia Bakunin se desenvolvió en un ambiente de holgura más bien que en una atmósfera de suntuosidad. En varias estrofas del mencionado poema *El Osuga* se celebra, por cierto que bastante prosaicamente, la austeridad de Premujino.

«La casa es grande, pero no tiene el suelo entarimado. No disponemos de buenas alfombras ni de ninguna clase de ornamentos antiguos, ni siquiera de mesas de juego. En un rincón del comedor hay un viejo reloj de caja que tiene los mismos años que yo; en otro, la yedra ha extendido sus largos y poderosos tentáculos. En mi mesa no hay indicio alguno de porcelana valiosa y sólo le sirven de adorno tres o cuatro sencillos platos y los brillantes ojos de los niños... Cerca, en la sala, hay un retrato de nuestra gran zarina.[7] Quien no la honra con una mirada leal es que no tiene una gota de sangre rusa en sus venas... El diván y la sillería de talla están tapizados, y las fundas que los cubren sólo se quitan en las grandes ocasiones. Pero en las horas de la velada, cuando toda la familia está, como un enjambre de abejas, agrupada a mi alrededor, entonces yo me siento más feliz que un rey.»

En Premujino no se ahorraron molestias ni sacrificios para la educación de los hijos, quienes, como es natural, recibieron las primeras lecciones de la propia madre. En *El Osuga* hay una cuarteta que relata cómo «se abrió la puerta de la sala y el suelo y el techo temblaron cuando tres pequeñuelos irrumpieron en la estancia para decirle a su mamá que ya se sabían la lección». Cuando los niños estaban algo creciditos, el padre les iniciaba en la historia de Rusia (es lícito suponer que fuertemente recargada de patriotismo) y en el estudio de la geografía y las ciencias naturales, y durante la Semana Santa solía leerles los evangelios y les explicaba la doctrina y las ceremonias de la Iglesia. Los niños tenían institutrices francesas y alemanas (y quizá también inglesas e italianas, toda vez que Alejandro se jactaba de que sus hijos hablaban cinco idiomas), además de preceptores especializados en las diversas disciplinas de la enseñanza. Las chicas estudiaban piano y Miguel violín, y su entretenimiento favorito era cantar a coro todos juntos. Incluso las chicas, educadas exclusivamente en el hogar, fueron mujeres cultas, inteligentes, muy leídas y capaces de expresarse perfectamente en dos o tres idiomas De sus lecturas de Rousseau, Alejandro Bakunin había aprendido a tener fe en la educación, y los métodos de enseñanza que utilizó en

la formación educativa de sus hijos no tenían nada de superficial ni de desordenado.[8]

Pero todavía más importante que la cuidada educación formal fue el vínculo de intimidad creado durante aquellos años entre los miembros de la joven generación. Los niños —chicos y chicas indistintamente— poseían idéntico temperamento impresionable, apasionado, y a todos les unía la misma vehemente devoción al hogar. El paisaje de Premujino les dejó un caudal de recuerdos, para ellos sagrados, que siguieron compartiendo en común aun después de que las circunstancias de la vida les separasen.

«Nacimos y crecimos en Rusia —escribió años más tarde Pablo—, pero bajo un claro cielo italiano. Todo a nuestro alrededor exhalaba felicidad, tanta, que creo imposible que pueda hallarse nada igual en ningún otro rincón de la tierra.»

En los momentos más sombríos de su vida, Miguel pudo evocar, del fondo del distante pasado, los meandros del serpenteante Osuga, las marismas pantanosas y la islita de la laguna en donde tantas veces habían jugado; el viejo molino de la serrería, con el molinero pescando en la presa; los paseos matinales por el jardín, mientras las telarañas cuajadas de rocío colgaban del follaje; el deambular en las noches primaverales, a la luz de la luna, cuando los cerezos estaban en flor y todos, hermanos y hermanas, cantaban a coro *Au clair de la lune;* el solemne entierro del gorrión favorito de Varvara, en cuya memoria Borchert, el preceptor alemán, compuso un epitafio; las lecturas invernales de *La familia del Robinsón suizo alrededor de la Tierra...;* en suma, todo cuanto el vocablo Premujino resumía y evocaba.[9]

Aquellos días sin historia se prolongaron hasta el otoño de 1828. Miguel tenía ahora catorce años y medio. Como hijo mayor que era, se le tenía destinado a seguir la carrera de las armas, y por consiguiente se le envió a San Petersburgo con objeto de prepararse para al año siguiente ingresar en la Escuela de Cadetes de Artillería. Después del nacimiento de los hijos su marcha constituyó el primer gran acontecimiento en la historia de Premujino. Para las niñas, supuso la pérdida de buena parte del esplendor de los «mejores años». Y para el propio Miguel, fue el final de la niñez.

* * *

Mientras llegaba la hora de ingresar, al año siguiente, en la Escuela de Cadetes, Miguel vivió en casa de la hermana de su padre, quien, con su marido, el tío Nilov, vivía en San Petersburgo. Poco sabía el tío Nilov, ex gobernador de la provincia de Tambov, de las

necesidades de un adolescente. Así, pues, inconscientemente, hirió la dignidad de Miguel al hacerle leer en voz alta el *Cheti-Minei*, la tradicional colección de hechos fabulosos de los santos nacionales que ocupaba un lugar preeminente en todo aposento ruso destinado a los niños. En su ignorancia de la psicología de la juventud adolescente, creyó Nilov que era el mejor libro —el libro edificante por excelencia— para un joven de quince años, y, en consecuencia, exhortó a su sobrino a que creyera todo lo que el libro relataba. Y fue precisamente esa exhortación la primera incitación a la duda que, como Miguel confesó después, había de minar su fe en las verdades de la religión revelada. Cuando se vio abandonado en manos de unos seres extraños, lejos, muy lejos de las «caras queridas, de las caras familiares que, aun sin saberlo, tanto había amado», sintió un escalofrío en el corazón. Tanto la tia como el tío Nilov eran partidarios de la más estricta disciplina, y, tal vez se deba a esta circunstancia el que Miguel aprobara el examen de ingreso, en el otoño de 1829, en la Escuela de Cadetes.

Contaba Miguel ahora dieciséis años. Al estar rodeado durante su infancia de la bandada de sus hermanas y sentirse admirado por ellas, le había cogido gusto al mando y estaba acostumbrado a verse obedecido. Pero, en cambio, carecía totalmente de experiencia en el trato con los chicos de su edad y no poseía ninguna cualidad que le distinguiera de sus camaradas. Aunque de constitución recia no descollaba, como su abuelo y homónimo, por su fuerza física, sino que, al contrario, era tímido y sexualmente subdesarrollado.

> Hasta aquel momento —escribió años más tarde—, mi alma y mi imaginación habían conservado su pureza y su virginidad, sin asomo de perversidad alguna. En la Academia de Artillería tuve que conocer muy pronto el lado más negro, el más asqueroso de la vida. Aunque no llegué a caer en los vicios de los que era asiduo espectador, me acostumbré tanto a ellos que, hacia el final, ya no me repugnaban y ni siquiera me sorprendían. Pronto adquirí el hábito de mentir, pues una mentira hábil, lejos de ser considerada por los cadetes como un vicio, merecía la aprobación de todos.

No hay que tomar tan ingenua y afectada acusación al pie de la letra. Con todo, las únicas irregularidades que se le conocen durante el período de sus estudios de cadete fueron de índole económica. Pedía dinero prestado a todo el mundo (vicio del que no pudo desprenderse en el resto de su vida) y firmaba a los prestamistas recibos por cantidades de dinero muy superiores al que le daban. Durante sus tres años de permanencia en la Escuela de Artillería contrajo deudas (aparte de las que los amigos de su padre, discreta y calladamente, pagaron) por

valor de mil novecientos rublos. Por más que adquirió ciertos conocimientos de altas matemáticas y un estilo de redacción vívido y vigoroso, no se distinguió por la brillantez de sus estudios. Se jactaba de no haber mirado nunca un libro hasta un mes antes de los exámenes, pasando entonces dos o tres semanas estudiando noche y día para compensar el tiempo perdido. Éste era un método característico en él; método que, reforzado por su inteligencia natural, le permitió aprobar, al término del tercer curso, su examen final, por lo que en enero de 1833 se le entregó el nombramiento de alférez de artillería.[10]

Pero todavía el joven alférez debía asistir a unos cursos en la Academia de Artillería, si bien, una vez en posesión del nombramiento, podía vivir y alojarse donde mejor le acomodare. Así, pues, volvió a casa de los tíos Nilov, pero esta vez con la fuerza del sentimiento de la libertad adquirida y de la hombría consumada. Fue por entonces que se enamoró de una prima lejana, algo más joven que él, llamada María Voyekov, que estaba pasando el invierno en San Petersburgo. En consecuencia, Miguel se convirtió en asiduo visitante de la casa. Él leía en voz alta mientras ella cosía, o discutían cosas de tanta trascendencia como quiénes habían hecho más por la humanidad..., si los Maestros de música o los del Arte. Argüían sobre temas tan delicados como, por ejemplo, el sentido de los términos «amor, exaltación, sentimiento, sensibilidad (concepto este último al que ponían mucho empeño en distinguir del sentimentalismo) y mil cosas más». Del amor en forma menos abstracta, parece que no hablaron jamás, pero era evidente que a Maria no le desagradaba tan quintaesenciado cortejo. Cuando se presentaron los dos en sociedad, él le reprochó su coquetería..., y tampoco le desagradaron sus reproches a María. Durante la cuaresma él leía los sermones de Massillon, y cuando en Semana Santa y vestida de blanco ella hizo la primera comunión, Miguel la estuvo contemplando mientras «en éxtasis, oraba por María y por toda su familia». Otra vez, al asistir juntos a un concierto, María se quedó aterrada al ver la expresión de su compañero mientras ejecutaban la Novena Sinfonía de Beethoven (compositor entonces favorito de Miguel), pues, según dijo ella, parecía «dispuesto a destruir el mundo». María Voyekov debió de ser muy buena observadora. Poco tiempo después de aquel día, su tía se la llevó al campo. «San Petersburgo se me antoja ahora un desierto», escribió Miguel a su hermana Varvara (a quien hizo su confidente) en una carta de veinticuatro páginas. Y de esta manera la novela de su primer amor quedó interrumpida..., para no ser reanudada nunca.[11]

Con todo, esto tuvo una consecuencia inmediata. A tía Nilov le produjo muy poca impresión —desde luego mucha menos que a Miguel— la diferencia entre un chico de quince años que estaba para

ingresar en la Academia de Artillería y un hombre de casi diecinueve que acababa de salir de ella. Tía Nilov se consideraba todavía con derecho, y con el deber, de dejar sentir el peso de la disciplina sobre el sobrino cuyo cuidado se le había encomendado. Así, pues, cuando ella se enteró de las atenciones de Miguel para con María Voyekov, no sólo las desaprobó, sino que le prohibió a su sobrino que saliese con ella sin su permiso. Naturalmente, Miguel hizo caso omiso de su prohibición. Por ese motivo las relaciones entre ellos fueron cada vez más tirantes. Tía Nilov aprovechó la ocasión para reprocharle las deudas que había contraído en la Academia de Artillería, y Miguel echó, como vulgarmente se dice, los pies por alto, y se marchó de la casa jurando que jamás volvería a pisar su umbral. Toda vez que Miguel Bakunin ha conquistado un lugar en la historia, no como un gran amante, sino como un gran rebelde, es lícito considerar su primera rebeldía como un jalón, más importante que su primer amor, en el curso de su vida.[12]

Por los días de su airada salida del hogar de los Nilov, lo trasladaron a un campamento militar de verano, lo que fue una afortunada, quién sabe si calculada, coincidencia, pues Miguel ya no podía permitirse el lujo de residir en San Petersburgo. Cuando, en el mes de agosto, finalizaran los ejercicios militares en el campamento, dispondría de una licencia lo suficientemente prolongada para pasar una temporada en la casa paterna. Esa perspectiva despertó en él las más profundas emociones. Durante su estancia en el campamento, la vida al aire libre ejerció una influencia poderosa en él, pues una noche en que leía unos versos de Venevitivinov, el poeta entonces de moda, sintió como si todo le impulsara al arrepentimiento y al amor y un anhelo de reconciliación con el mundo.

> La noche maravillosa —escribió más adelante a su padre—, el cielo tachonado de estrellas, la temblorosa y misteriosa luz de la luna y las estrofas de ese grande y noble poeta me conmovieron hasta mis raíces más hondas. Una profunda melancolía y un irresistible sentimiento de felicidad se apoderaron de mí. ¡Oh, qué puro e inmaculado me sentía en aquellos momentos! Invadía mi corazón una sensación de infinito, de potente flamígero amor hacia este mundo de Dios, tan bello, y hacia toda la humanidad, y muy especialmente hacia usted, padre, y hacia mi madre y mis hermanas.

En una contrita carta, humildemente confesó a su padre su rompimiento con los Nilov..., y el total de sus deudas. Como su paga anual, incluía la gratificación en concepto de vivienda, ascendía sólo a setecientos rublos, no tenía más remedio, si quería cumplir con sus obligaciones, que acudir a la generosidad paterna.

Por fin, en agosto de 1833, llegó el tan anhelado momento del regreso al hogar. Hacía casi cinco años (transcurridos entre extraños y en las desacostumbradas condiciones de la vida urbana) que no veía el familiar y entrañable paisaje de Premujino, con el Osuga ante la amplia mansión solariega. La familia estaba comiendo cuando el joven apareció en la sala. Fue abrazando a todos, unos tras de otro, los cuales lo acogieron con cálida efusión mientras, con voz emocionada no paraban de preguntarle y tratando de reconocer, a través del hombre que llegaba, los rasgos fisonómicos del muchacho con el que habían convivido pocos años antes. «Tales emociones —escribió años después— pueden sentirse, pero no se pueden describir.» En aquellos momentos, la felicidad era general y completa. El padre, siempre indulgente, tomó con bondadosa filosofía el incidente de las deudas del hijo, pagando las más urgentes, que ascendían a unos seiscientos rublos, y dejando al resto de los acreedores «que esperaran sentados» la recuperación de sus préstamos. Probablemente tampoco merecían otro trato. Diez años más tarde, todavía esperaban la devolución del dinero, pero entonces Miguel ya estaba fuera de su alcance, y tampoco era una novedad para Alejandro Bakunin el ulterior e intermitente acoso a que se vio sometido por parte de los acreedores de su hijo mayor.[13]

* * *

La reaparición de Miguel en el círculo doméstico fue un acontecimiento de capital importancia en la historia de la familia. El joven rebelde, alentado por su victoria de San Petersburgo, alzó el estandarte de la revuelta en el mismo Premujino. De acuerdo con su peculiar estrategia, inició la campaña en calidad de dirigente y campeón de sus hermanas. Cuando, tres meses antes de su regreso, tuvo noticia de que su hermana mayor, Liubov, se había prometido con un tal barón Renne, oficial de caballería cuyo regimiento estaba de guarnición en aquella vecindad, Miguel no demostró ninguna emoción al respecto, pero pidió a sus hermanas que le informaran de «todos los detalles de un asunto que tan de cerca me afecta». Ahora, a su llegada a Premujino, en seguida se dio cuenta, a través de la actitud de la misma Liubov, de que algo había de extraño en sus relaciones con el pretendiente. Al interrogar con habilidad a Varvara y a Tatiana, se enteró de que Liubov no quería a Renne, pero que no había sido capaz de resistir la presión de su padre y, contra de su voluntad, aceptó el noviazgo. La innata rebeldía de Miguel era tan fuerte como la innata tendencia de Liubov al sometimiento a la voluntad de los demás. Él que no toleró la tiranía con que tía Nilov trató de someterle tampoco

iba a tolerar el tiránico trato que su padre le imponía a Liubov. Así, pues, se constituyó en adalid de la joven generación, estimulando a Liubov para que cumpliese con el sagrado deber de desafiar a su padre rechazando al prometido que éste le había impuesto. Una vehemente y abierta animosidad tenía divididas a ambas generaciones, y Liubov oscilaba, atormentada e indecisa, entre la una y la otra. Quizá, ninguno de los combatientes hacía demasiado caso de los sentimientos de la muchacha, ni tampoco pasaba por sus mientes la idea de que su sufrimiento era más profundo y más callado que el de cualquiera de ellos en unos momentos en que se estaba decidiendo su destino. En los sentimientos del barón, nadie pensaba en absoluto. Este era un conflicto no sólo entre dos generaciones, sino entre dos siglos. Los singulares amoríos de Miguel y María Voyekov habían impreso en él la huella del exaltado concepto de la pasión romántica. En la década de 1830 a 1840, el mundo occidental, incluida la siempre rezagada Rusia, se hallaba saturado de romanticismo, y Miguel llevó a Premujino la primera chispa de esa revolución. Los deberes del hombre no se definían ya a través de leyes establecidas ni de convencionalismos que se consideraban periclitados. Ahora el deber esencial del hombre consistía en ser fiel a la divina chispa encendida dentro de sí mismo, es decir, a sus más elevadas facultades personales, y el amor era considerado —de acuerdo con el veredicto conjunto de la juventud y de la filosofía— como el más elevado logro a que el individuo podía aspirar Amar era la suprema misión del hombre en la tierra, y entregarse sin amor, era un pecado contra el Espíritu Santo. Así, había que impedir que Liubov cayera en semejante abominación.

Para Alejandro Bakunin, nacido en el tiempo viejo, todo eso no eran sino zarandajas, locuras de la juventud; y al darse cuenta de que su decisión era objeto de la oposición de sus hijos, se sintió profundamente lastimado, mayormente no siendo capaz de comprender el sentido de su oposición. El representaba la cultura del siglo XVIII; poseía un rico acervo de amor a la familia y sentía una instintiva desconfianza hacia los entusiasmos excesivos. Creía que los juicios debían ser formulados con serena cordura, olvidando, empero, que él mismo había tomado la decisión más trascendental de su vida, la de casarse con Varvara Muraviev, sin tener para nada en cuenta tales normas de conducta. En su razonamiento, había llegado a la conclusión de que el matrimonio con Renne constituía la mejor oportunidad de hacer feliz a su bienamada hija mayor. Y estaba seguro de que, sin ingerencias extrañas, Liubov se habría plegado a su decisión y aceptado complacida su idea. Se sintió, pues, además de vejado, desconcertado por la intromisión de los demás en un asunto que solamente a su hija y a él les competía. El sentimiento del fracaso ante sus hijos llevó su exasperación al paroxismo.

Todavía no se había disipado la tempestad, cuando, tras una «terrible escena», Miguel se reincorporó a su destino. Pero la distancia no amortiguó su ardor, y siguió bombardeando con cartas explosivas tanto al padre como a la hermana, protestando contra tan descabellado matrimonio. En su afán de impedirlo, llegó a reexpedir a su padre cartas de Liubov en que ella le aseguraba no sentir ninguna inclinación ni afecto por Renne. Pero lo más extraordinario del caso fue que Miguel, totalmente decidido a ganar la batalla, consiguió poner de parte de la joven generación hasta a la inflexible tía Nilov, quien escribió a su hermano haciéndole patente su oposición al proyectado matrimonio. Así, viéndose atacado por todos los costados, Alejandro Bakunin hubo de sucumbir y reconocer su derrota. Tenía entonces sesenta y cinco años. No podía, pues, competir en energía y tesón con su indomable hijo mayor. Y, después de todo, quería demasiado a sus hijos para llevar la batalla hasta el extremo de poner en peligro la armonía familiar. El resultado fue que en diciembre, después de cuatro meses de conflicto, Liubov pudo renunciar a su compromiso matrimonial. El barón desapareció de Premujino para siempre, y su nombre ya sólo se recordó como un mero incidente en la historia de la familia.

> La solución de continuidad en nuestra vida de Premujino —escribió Miguel a su padre cuatro años más tarde— quebró cuando el episodio de Renne. El desgarro había de producirse por ley natural. La oposición entre el pasado y el presente era demasiado violenta para no ser percibida por nosotros, hermanos y hermanas. Usted y nuestra madre, que habían sido hasta entonces objeto constante de nuestra adoración —sí, adoración, porque, aparte de la religión, no existía para nosotros nada más alto que ustedes dos—; ustedes, que hasta entonces habían sido felices solamente cuando nosotros nos sentíamos dichosos...; ustedes se separaron repentinamente de sus hijos; ustedes rompieron bruscamente aquella maravillosa armonía que causaba la admiración y la envidia de todo aquel que nos conocía... Y nosotros, que hasta entonces habíamos visto en ustedes la personificación del amor hacia los hijos, no comprendíamos —como todavía no comprendemos— qué les movió a perseguir a Liubov.

La tormenta pasó Las relaciones entre padres e hijos volvieron a su sereno cauce. Mas algo había cambiado en el carácter de sus relaciones. Los supuestos de la infancia habían sido destruidos y no había medio de reconstruirlos. La fe en la infalibilidad de los padres había sido arrinconada como un juguete más de la infancia. Y en la vida de Miguel llegaba el día en que toda autoridad había de ser juzgada, hallada falta de peso y condenada al aniquilamiento.[14]

* * *

Miguel se hallaba ahora en la mitad del vigésimo año de su vida, y se iba convirtiendo rápidamente en un hombre. De vuelta a San Petersburgo, comunicó a sus hermanas el descubrimiento de que el hombre posee «dos dimensiones: la física y la intelectual». En aquellos días se le despertó una gran sed de saber, y, para empezar, se sumergió en el estudio de la historia y la estadística rusas. Al fin se había sacudido las inhibiciones del muchacho tímido, del infeliz alumno de la Escuela de Cadetes que antes fuera, y había adquirido conciencia de su excepcional poder de atracción. Se había captado también, las simpatías de la tía Nilov y estaba en vías de congraciarse con Nicolás Muraviev (el miembro viviente más distinguido del clan Muraviev), llegando a ser, en el otoño de 1833, uno de los visitantes más asiduos de su finca de los alrededores de San Petersburgo. Entre los dieciséis hijos de Muraviev, había tres hijas en edad casadera. Miguel no tardó en advertir, con admiración, sus cualidades de «corazón y mente». Y la pobre María Voyekov ahora sólo acudía a su mente para compararla, y viéndola inferior, con la gracia, la hermosura y el ingenio de las hermanas Muraviev. Sin embargo, la admiración que Miguel sentía por ellas no pasó nunca de colectiva y abstracta. Las tres chicas eran deliciosas, pero jamás supo elegir, de entre ellas, a la mejor. Por consiguiente, el episodio no tuvo trascendencia. Con todo, parece ser que aquella amistad no dejó de dar salida a la erótica imaginación de Miguel, pues cuando quince años más tarde escribió para su propio entretenimiento una novelita pornográfica, a la manera de Crebillon hijo, el tema elegido fue el desfloramiento por el protagonista de las tres vírgenes, precisamente a instigación del padre de ellas. [15]

A principios del año 1834, pocas semanas después de la derrota de Renne, el telón cae bruscamente sobre el período de la vida de Miguel transcurrido en San Petersburgo. Los atractivos de las chicas de Muraviev, si bien no lograron flecharle, sí le distrajeron de sus estudios, lo cual tuvo consecuencias muy perjudiciales para él, pues por «no progresar en sus estudios ni demostrar interés alguno por ellos durante el curso», fue despedido de la Academia de Artillería y enviado a una brigada destacada en uno de los lugares más desolados (y, por cierto, más impopulares entre el elemento militar) de la frontera polaca. Bajo la presión de una de sus peculiares indecisiones —pues lo que menos podía tolerar era verse humillado ante su propia familia—, Miguel no tuvo el valor de enterar a los suyos de semejante afrenta. Sin embargo, su padre se informó, a través de la Gaceta oficial, de lo ocurrido, como también por una carta que le escribió Nicolás Muraviev. Antes de incorporarse a su nuevo destino, Miguel consiguió permiso para pasar unos días en su tierra. No existe testimonio alguno sobre esa visita, pero cualquiera puede imaginarse la humillación por la que debió de pasar el culpable. En el mes de junio, Miguel llegó a su nueva residencia, la pequeña ciudad de Melodechno, en la provincia de Minsk. Desde allí, después de dos meses de ejercicios en un campamento de verano, la brigada se trasladó a Vilna para tomar parte en una gran parada militar. Más tarde, en octubre se dirigió a Kartuz-Bereza, en la provincia de Grodno, donde tenía sus cuarteles de invierno. [16]

La simpatía que años más tarde patentizó Miguel por las injusticias de que Polonia era víctima no obedecía a su forzada permanencia en los confines de este desgraciado país, puesto que habían transcurrido ya tres años desde la gran insurrección nacionalista y de la subsiguiente supresión de las libertades polacas, y Miguel estaba todavía convencido de que las drásticas y crueles medidas tomadas contra los insurgentes eran «no solamente excusables, sino indispensables». En Vilna asistió a dos bailes, llevándose una excelente impresión de las damas polacas, a las cuales encontró «amables, inteligentes, consumadas bailarinas y, según parece, vestidas a la última moda». Por lo demás, pocos contactos mantuvo con la sociedad polaca. Pero observó que si los terratenientes acomodados de la comarca eran polacos, la masa del pueblo era, tanto por sus costumbres como por su idioma, rusa. A lo largo de su vida Miguel combatió vigorosamente las pretensiones de los propietarios polacos a las marcas (o tierras fronterizas) del este del antiguo reino de Polonia.

El más sólido resultado de este período de servicio militar fue la intensificación del recién nacido afán de autoeducación intelectual. En la soledad de aquella monótona vida, encontró la salida a esa «inconsciente, casi instintiva sed de saber», entregándose a la lectura de cuantas obras pudo procurarse: libros de viajes, un texto de física, una gramática rusa (al igual que la mayoría de rusos cultos, Miguel escribía más y, desde luego, más correctamente, de corrido, en francés que en su idioma materno. Basta decir que casi todas sus cartas a la familia estaban escritas en francés) y la *Historia de la Restauración*, de Capefigue. Estudió también la *Historia y Estadística de Lituania* e intentó aprender el polaco. En Vilna conoció a un médico militar que estudiaba filosofía alemana y le inició en este nuevo y vasto campo del pensamiento humano. Pero Miguel no había nacido para erudito de gabinete. Tenía necesidad de cambiar constantemente de ideas, como también necesitaba del estímulo permanente de un fraternal compañerismo. En cambio, se veía condenado, lo mismo si estaba en el campamento que si en el cuartel, a convivir con una clase de hombres

cuya conversación no se salía de los límites de la rutina militar y cuyo único recreo eran los naipes y el vodka. Contra tan intolerable soledad, Miguel se refugió en la redacción de apasionadas cartas que mandaba a Premujino.

Aquí me hallo completamente solo. El eterno silencio, la eterna tristeza, la eterna nostalgia son los compañeros de mi soledad... Por propia experiencia, he descubierto que el encanto de la perfecta soledad, tan elocuentemente predicado por el filósofo ginebrino, es la falacia más idiota que pueda darse. El hombre está hecho para vivir en sociedad. Le es indispensable disponer de un círculo de familiares y amigos que le comprendan y que compartan sus penas y sus alegrías. La soledad voluntaria se identifica casi con el egoísmo. ¿Y puede ser feliz el egoísta? [17]

La paciencia de Miguel se acercaba a su punto crítico. En enero de 1835 lo enviaron, en comisión de servicio, a Tver para que trajera una manada de caballos de remonta para su brigada. Con o sin permiso, continuó viaje hasta Premujino para abrazar a sus padres y hermanas. Una vez en casa y después de las escenas tan entrañablemente familiares vividas entre quienes fueron los dilectos compañeros de los años más felices de su vida, la sola idea de volver a la desolación de una remota guarnición polaca le horrorizaba. En el transcurso de los dos años anteriores, había perdido por completo la facultad de oponerse a cuanto anhelara su corazón. La disciplina, pensaba él, estaba hecha para los cobardes y para los cretinos, pero no para los hombres valerosos ni para los que albergan en su pecho alguna ambición. Se quedó, pues, en Premujino. Alegó una enfermedad imaginaria y presentó su dimisión. La consternación que semejante conducta causó a su padre fue inenarrable, mientras que sus hermanas le rodeaban medio asustadas, medio admiradas y totalmente desconcertadas. Y como a Miguel le divertía ser la causa del desconcierto de sus hermanas, poco le preocupaba que fuese el culpable de la aflicción de su padre. Tan despreocupado comportamiento estuvo a punto de acarrearle un serio disgusto. Sólo porque la familia movilizó sus influencias, pudo evitarse su detención y solucionar el caso de la mejor manera posible, «A petición propia, y por falta de salud», Miguel fue «dado de baja del servicio». Entonces todavía no había cumplido los veintiún años. Quedaba, pues, mucho tiempo por delante para enmendar la falsa salida a que la ambición paterna de hacer de él un soldado le había impulsado. Pero él no disponía de plan alguno para el futuro. En cambio, según él mismo, contaba con algo mucho más importante: una absoluta confianza en su estrella. [18]

Un mes antes del dramático retorno de Miguel a Premujino, otro importante acontecimiento se había registrado. Varvara, su segunda

hermana, se había casado con Nicolás Diakov, oficial de caballería y terrateniente avecindado en la provincia de Tver. La razón y no la pasión fue lo que movió a Varvara al aceptar a Diakov, quien si era un modelo de hombre digno, no lo era precisamente de sensatez. Probablemente lo menos sensato que hizo en su vida fue entrar a formar parte de la turbulenta familia Bakunin, cuya forma de tratar a los intrusos era arisca, cuando no era insolente, aun cuando se tratara de un intruso con inteligencia. Por el momento, las consecuencias de su insensatez no tuvieron manifestación alguna. La estancia de Miguel en Premujino para recuperarse de las penalidades de la frontera polaca y disfrutar de su equívoca condición de desertor, duró algo menos de dos meses. En marzo, y acompañado de Liubov y de Tatiana, marchó a Moscú. [19]

NOTAS

1. Kornilov, *Molodye Gody*, pp. 1-9, 83; *Sobranie*, ed. Steklov, I, 25-6. (Los títulos completos de las obras citadas en las notas al pie los hallará el lector en la Bibliografía al final del libro.)
2. Kornilov, *Molodye Gody*, pp. 12-17, 30, 32.
3. La fecha corresponde al 30 de mayo, de acuerdo con el calendario occidental, y marca la firma de la llamada Paz de París.
4. Kornilov, *Molodye Gody*, pp. 4, 8-12.
5. *Sobranie*, ed. Steklov, I 27; II 189.
6. *Sobranie*, ed. Steklov, I 27; El, *Severnyi; Vestnik* (mayo, 1898), p. 179.
7. Se trata, con toda evidencia, de Catalina la Grande, que reinó durante la juventud del autor de este poema y hacía ya treinta años que había muerto cuando él lo escribió.
8. Kornilov, *Molodye Gody*, pp. 31-3, 36-9.
9. Kornilov, *Gody Strantsviya*, p. 390; *Sobranie*, ed. Steklov, II 105; IV 223-4.
10. *Sobranie*, ed. Steklov, I 110-11; II 106-7.
11. *Sobranie*, ed. Steklov, I 78-9.
12. *Sobranie*, ed. Steklov, II, 108-9.
13. *Sobranie*, ed. Steklov, II, 109-10.
14. *Sobranie*, ed. Steklov, I, 104, 113-20; II, 113-14; Kornilov, *Molodye Gody*, p. 78.
15. *Sobranie*, ed. Steklov, I, 120-26. La novelita (todavía inédita) aparece incluida en el expediente Bakunin del Staatsarchiv, Dresde.
16. *Materiali*, ed. Polonsky, I 406; *Sobranie*, ed. Steklov, I 127, 133, 139-140; IV 102.
17. *Sobranie*, ed. Steklov, I 140-42, 161-5; II 398.
18. *Materiali*, ed. Polonsky, I 404-5; Kornilov, *Molodye Gody*, pp. 88-9.
19. Kornilov, *Molodye Gody*, p. 80.



2

AMOR Y METAFISICA

La primera influencia intelectual de verdadera importancia que Miguel recibió fue la de un joven de casi su misma edad llamado Nicolás Stankevich y que, como él, era el hijo mayor de un terrateniente. Según la opinión de sus contemporáneos, Stankevich era una especie de santo, de mente muy despierta y sutil. A través de una fotografía que todavía se conserva, pueden verse sus finas, bien moldeadas y casi femeninas facciones, su ondulado pelo y sus negros y penetrantes ojos. Carecía de las cualidades características del dirigente de masas, de vigor físico y de fuerza de voluntad, pero, paradójicamente, esas mismas deficiencias constituían en parte su atracción. Al igual que muchos hombres débiles, sentía una inmensa necesidad de la simpatía de sus semejantes, y al mismo tiempo poseía una inmensa capacidad para inspirarla a los que le rodeaban. Y, por una rara combinación de dotes, su capacidad de simpatía hacia los demás no era menos grande. Lo mismo si se trataba de hombres que de mujeres, todo el mundo se sentía irresistiblemente atraído por su personalidad. En su corta vida, no tuvo jamás un enemigo. El lugar que Stankevich ocupa en la historia de Rusia, y particularmente en la biografía de Miguel Bakunin, es doblemente importante. Stankevich fue el primer romántico que ocupó un lugar destacado en su país y, a la vez, el intrépido pionero que abrió al pensamiento ruso el vasto y fértil continente de la metafísica alemana.[1]

El romanticismo ruso tiene, sin lugar a dudas, antepasados germánicos. Ese movimiento había brotado en Alemania a principios de siglo, en un momento de estancamiento y de depresión, y significaba la revuelta del naciente siglo diecinueve bajo la bandera de lo abstracto y de lo ideal frente al grosero materialismo del siglo anterior.

El romanticismo halló su expresión concreta en la «flor azul» de Novalis —la mística meta del poeta romántico— y en los cuentos fantásticos y sobrenaturales de Tieck, de Hoffmann y de Jean-Paul Richter. Goethe, en una brillante síntesis de lo clásico y de lo romántico, había situado en Italia el romántico mundo de los sueños. Los rusos particularmente, adoptaron la famosa canción de Mignon, del *Wilhelm Meinter* como símbolo del romántico «más allá», de la salvación a través de la búsqueda de lo desconocido. El estribillo «*Dahin, dahin liegt unser Weg*»[2] se halla repetido, una y otra vez, en la correspondencia entre Stankevich y sus amigos, como un eslogan romántico, y encuentra su espúreo eco final medio siglo más tarde, en el «A Moscú, a Moscú» de las tres hermanas campesinas de Chejov. El romanticismo significó, para la generación de Stankevich, una evasión de la realidad. Y ahí está el problema. La necesidad práctica y cotidiana del compromiso con la realidad produjo el dualismo característico de los románticos: la «naturaleza desdoblada», que continuó siendo la constante querencia de la literatura romántica hasta los días de Dostoiewsky y aun de la de muchos años más tarde.

El siglo XVIII fue un siglo masculino, que hizo de la Razón su axioma y del Amor el lema de la nueva era. Por vez primera se elevó a la mujer (cuyo «íntimo ser, como dijera Sehlegel, es la poesía») al más honorífico trono. Pero aún aquí el movimiento romántico muestra con particular viveza su peculiar dualismo, y los intentos de Nicolás Stankevich de hallar la solución de este problema caracterizan a toda una generación. Cuando, en 1833, Stankevich acababa de cumplir los veinte años, conoció a la joven esposa de un propietario vecino, cuyos entornados y lánguidos ojos azules «absorbían, al mirarlos, toda su fuerza, toda su vitalidad». Hasta ahora había estado buscando el amor concebido como la exaltada comunión de almas gemelas en pos de un mismo ideal. Pero cuando en una noche de luna la señora lo llevó a un pabellón de su jardín, donde se besaron, comprendió que la emoción egoísta que se apoderó de él no tenía nada de común con el amor puro, y huyó, aterrorizado, de su primer intento de conciliar lo divino con lo terreno.[3]

Moscú fue el escenario de su segundo experimento. Entre los jóvenes de ambos sexos que se agrupaban alrededor de Stankevich, se hallaban las dos hijas de una rica viuda llamada Beyer, íntima amiga de los Bakunin y propietaria de una extensa finca en la provincia de Tver. En Natalia Beyer, Stankevich creyó encontrar aquella amistad pura y romántica que constituía, como él mismo escribió, «la más selecta y sacrosanta especie del género amor». Pero sus esperanzas se vieron frustradas una vez más. Después de varios meses de fervorosa comunión, Natalia demostró ostensibles síntomas de inquietud y hasta

de histeria. Después de todo, ella no era sino una mujer de carne y hueso, y, más aún, de temperamento ardiente. La naturaleza, por consiguiente, no la había troquelado para vivir en santa comunión espiritual con un hombre. Los síntomas del deseo egoísta y de la pasión insatisfecha, que tanto le habían desconcertado en la señora de los lánguidos ojos azules, reaparecían ahora en Natalia, y sus relaciones con ella se habían puesto ya difíciles y embarazosas cuando Stankevich se vio nuevamente compelido por el destino a realizar un tercer experimento. En la primavera de 1834, mientras Miguel se estaba preparando para su exilio en la frontera polaca, Liubov Bakunin fue a Moscú acompañada de su madre. Stankevich vio, al fin, en la dulce, modesta y tranquila Liubov la personificación del ideal romántico. Pero él era demasiado tímido para pronunciar la palabra decisiva. Así, pues, Liubov regresó a Premujino, y la incómoda amistad con Natalia continuó su curso. Las emociones de Natalia, complicadas ahora con los celos, fueron más turbulentas, y Stankevich se vio acusado, con sincero azoramiento suyo, por los amigos de ella de jugar con las emociones de la joven. Y, así estaban las cosas cuando Miguel, Liubov y Tatiana llegaron juntos, en el mes de febrero de 1835, a Moscú.[4]

* * *

La aparición del tempestuoso Miguel acompañado de sus hermanas no constituyó precisamente la más adecuada circunstancia para calmar aquel alborotado océano de incomprensión y de pasión. Con todo, esa circunstancia tuvo la virtud de crear una diversión y de producir, al cabo de pocos días, algunos notables resultados. Ahora, ya totalmente histérica, la celosa Natalia fue saltando, movida por un súbito impulso, de un extremo de su mórbida pasión al extremo opuesto. Ya que no podía ser la heroína de un gran amor, se convertiría en la heroína de un gran renunciamiento. Y si no podía conquistar para sí a Stankevich, llevaría el sacrificio hasta conquistarlo para su amiga Liubov Bakunin. Así, pues, hizo cuanto estuvo en su poder para echar al uno en brazos del otro. Siguiendo un socorrido pero efectivo ardid, fue asegurándole a cada uno por separado que el corazón del otro había sido tocado por la flecha del dios ciego.

El carácter de Liubov la hacía víctima fácil de tan peligroso juego, y, en efecto, cuando ella abandonó Moscú, el veneno estaba circulando ya por sus venas y Stankevich, aunque todavía no osaba confesárselo a sí mismo, también empezó a imaginarse que su sueño de amor romántico iba a convertirse ahora en realidad.[5]

Seríamos desconsiderados, y probablemente injustos, si insinuáse-

mos que Natalia Beyer, al llevar a cabo su sublime sacrificio había descubierto ya otra y más prometedora salida a sus frustradas emociones. Pero ese descubrimiento no tardó mucho en producirse. Después de la partida de sus hermanas, Miguel permaneció todavía unas semanas más en Moscú, un tiempo que, casi sin interrupción, pasó en compañía de Natalia y de su hermana menor Alejandra. De manera que, antes de terminar su estancia en Moscú, el joven Bakunin había suplantado ya a Stankevich en el papel de ídolo del fervor histérico de Natalia. La opción de ésta, a primera vista, no parecía mala. Cualquier mujer que se hubiera sentido prendida en las finas mallas de la red de emociones en que se veía envuelta por Stankevich es de presumir que hubiera recurrido al antídoto de un hombre robusto y aplomado, de un hombre, en una palabra, de las características de Miguel. Para un observador accidental, éste hubiera constituido el verdadero tipo del joven normal, cuyas emociones, una vez despertadas, no se verían contrariadas por las desconcertantes reservas de la romántica adoración de Stankevich. Los primeros contactos fueron prometedores, pues, para Miguel, recién liberado de las humillaciones del último año de su vida militar, y fresca todavía en su mente la fría acogida que hallara en Premujino, tenía forzosamente que resultar particularmente acogedora la ardiente admiración de Natalia, admiración que halagó su masculinidad e hizo crecer ante sus ojos su propia estatura moral. Llegó incluso a insinuar a Natalia que sus hermanas no le apreciaban en todo su valor, que ellas le trataban todavía como a un niño, que no tenían, en definitiva, fe en la alta misión que el destino le tenía reservada. (Aunque tal misión no apareciera todavía con claros contornos en su mente.) A Natalia le faltó tiempo para prometerle aquella perfecta comprensión que hasta ahora no había hallado en el seno de la propia familia

La reticencia no era precisamente una cualidad que brillara entre aquellos jóvenes románticos, y todavia menos en Natalia Beyer Al reunirse con sus hermanas en Tver, a mediados del mes de marzo, Miguel llevaba en su bolsillo una carta de Natalia para ellas.

Queridas amigas —había escrito Natalia—, ¡tratad de conocerle a fondo y de comprenderle! Echad por la borda las falsas ideas que de él os habéis formado. Creedme, nosotros estamos en mejor posición que vosotras para verle como es en realidad... Miguel es uno de esos hombres cuya fuerza de carácter y ardiente espíritu pueden llevarle muy lejos. Y esas cualidades son tanto más peligrosas cuanto más tiempo hayan sido objeto de represión. Reflexionad seriamente en el irreparable daño que podéis ocasionarle a pesar de lo mucho que le queréis. Si seguís en vuestra obstinación de ver en él al ser que vuestra imaginación ha creado, no estaréis nunca en condiciones de conocer al hombre que en realidad existe dentro de vuestro hermano.

Natalia no se daba cuenta del avispero en que se había metido. Las chicas de Bakunin habían, desde luego, hecho de vez en cuando uso del natural privilegio que, a fuer de hermanas, tenían de criticar a su propio hermano, pero nunca existió familia más unida que la de Bakunin por lazos de mutuo y apasionado apego, por lo que el hecho de que un extraño pretendiera explicarles cómo era Miguel constituía para ellas una acción tan intolerable como ridícula. Tan indiscreto ardor de su nueva admiradora provocó en Miguel un verdadero bochorno. Pero, como es de suponer, la reconciliación no se hizo esperar, y no fue precisamente Natalia la que salió mejor parada de semejante trance. Tatiana, la más vehemente y celosa de las hermanas, escribió a Alejandra Beyer con la franca brutalidad de sus diecinueve primaveras; una carta rebosante de desprecio hacia la naciente pasión de la Beyer por Miguel. [6]

Transcurrió un mes en fútiles recriminaciones, al final del cual Miguel creyó llegada la hora de dominar la situación. Bajo la influencia de sus hermanas, había tomado clara conciencia de su actitud hacia aquellas explosivas jóvenes; lo que él buscaba era una comunión espiritual, un amor fraterno, un amor romántico. Pero, por encima de todo, quería hacerse con la dócil admiración de sus discípulos. Y halló que tales requisitos eran incompatibles con la pasión exclusiva, individual; con la pasión de los sentidos. Hasta aquí su opinión coincidía con la de Stankevich y estaba plenamente de acuerdo con el ideal romántico. Pero Miguel no era de ninguna manera consciente de ese dualismo, de ese conflicto interior que atormentaba a Stankevich. Y, a diferencia de éste, se expresaba en términos cuya claridad no dejaba nada que desear. En estas relaciones con las hermanas Beyer podemos hallar, por vez primera, una vena de normalidad en la conducta de Miguel. Su amor de muchacho por María Voyekov, así como su galanteo con las chicas de Muraviev, no puede decirse que presenten ningún rasgo fuera de lo corriente. Pero desde entonces en adelante, su desarrollo sexual aparece extrañamente estacionado. En su vida ulterior, Miguel fue, con toda certeza, impotente. Cuando tenía veintitantos años, algunos de sus contemporáneos ya sospechaban en él una incapacidad en ese sentido. Y ciertamente no se sabe que haya tenido relaciones sexuales con mujer alguna. Mas no se ha conservado ninguna declaración médica —o de otra índole— sobre este particular; aunque parece probable que su incapacidad datara ya de su adolescencia y que fuera el producto psicológico de aquel odio que sintió hacia su dominadora madre, de la que, por otra parte, habló después

con tanto fervor. Sus tumultuosas pasiones obstruían una salida sexual; hirvieron alrededor de cada una de las relaciones personales y políticas que en su vida tuvo, y crearon aquella su intensa, fantástica, destructiva personalidad, por demás fascinante —aun cuando resultara repelente—, que dejó impresa su huella en la Europa de mediados del siglo XIX.

Las dos cartas escritas por Miguel a las chicas de Beyer en abril (prudentemente dirigidas a nombre de ambas hermanas, aunque destinadas principalmente a Natalia) son notables por la manifiesta aversión hacia el amor sexual que Bakunin expresa en ellas, y por la engreída presunción de la misión a que se sentía destinado. Si, según explicaba a sus interlocutoras, la pasión por una de las Beyer lo hubiera cegado —«ardiente, tempestuosa pasión, en conexión con los sentidos, no con el alma»—, pudiera haber existido el peligro de que su amor se viera expuesto a los cambios que tales pasiones llevan apareados. Pero toda vez que las quería «por su hermosa alma y por sus hermosos sentimientos», nada podía causar la menor alteración en aquellas «sencillas y tiernas relaciones». La otra cara del amor, la que él había conocido en el pasado, así como el «ardiente recuerdo» que ese otro amor le dejó, no había impreso huella alguna en su corazón (diríase que ese pasaje entraña cierta reminiscencia de María Voyekov). Tal amor es un simple egoísmo *à deux*.

No, mi reacción es otra. Soy un hombre de mi tiempo, y la mano de Dios ha trazado sobre mi corazón las sagradas palabras que mueven todo mi ser: «No vivirá para sí». Yo trato de encaminarme hacia este bello porvenir; debo hacerme digno de él. Ser capaz de sacrificarlo todo en aras de esa santa empresa; he ahí mi única ambición... Toda otra felicidad me está vedada.

Habiendo definido así el alcance, a la par que los límites, de sus afecciones, Miguel suplicó a sus hermanas que tuvieran confianza en él. Natalia debía «verter su duelo en su propio corazón, buscando fuerzas y consejo dentro del mismo». Pero temiendo que tal consejo pudiera ser interpretado en un sentido demasiado exclusivo, invita también a Alejandra a «guardarle un lugar en su grande y apasionado corazón». Con esta observación, amistosa pero prudente, Miguel termina su segunda homilía. Los Beyer marcharon de veraneo al campo, lo cual supuso un apaciguamiento de sus agitadas emociones de los últimos meses. [7]

Miguel pasó la mayor parte del verano de 1835 en Premujino. Allí reflexionó largamente sobre su misión, y en julio escribió a Efremov, uno de los amigos de Stankevich a quien había conocido en Moscú:

La voluntad es la esencia fundamental del hombre iluminado por los sagrados rayos del sentimiento y de la idea. Pero nuestra voluntad no está todavía desarrollada. No se ha liberado aún de las rígidas y oprimentes vestiduras de nuestro siglo XVIII, siglo del libertinaje y del charlatanismo, de la vulgaridad y de las necias pretensiones de nobleza, de escepticismo hacia todo lo excelso y sublime, cegado, en suma, por el irracional miedo al infierno... No, nosotros no pertenecemos aún al siglo XIX. Nos hallamos todavía en el período de transición entre el XVIII y el XIX. Y esta nuestra condición nos mantiene en un estado verdaderamente atormentado, en un interregno entre dos ideas incompatibles y que tienden a destruirse mutuamente. La única solución reside en el desarrollo de nuestra voluntad. Cuando seamos capaces de decir «lo que o quiero es lo que Dios quiere», entonces seremos felices, entonces abrán cesado nuestros sufrimientos. Hasta que ese momento no llegue, nuestros sufrimientos serán, pues, obligados.

Nuestro joven romántico no había hecho aún el suficiente acopio de fuerza de voluntad para descubrir su propia vocación. Sin embargo, de una cosa estaba seguro: de su conformidad con los designios divinos. [8]

* * *

A mediados de octubre Efremov y el mismo Stankevich pasaron diez días en Premujino. Y existen suficientes indicios para creer que la visita de este último obedecía, en cierto modo, a la esperanza de que ocurriera algo que le ayudara a vencer la timidez de sus sentimientos hacia Liubov Bakunin. Tales esperanzas se vieron defraudadas al no tener Stankevich la audacia suficiente para tomar la iniciativa, toda vez que lo que menos podía esperarse de Liubov era que fuese precisamente ella quien primero se declarase. Y si por un lado su visita dio como resultado la frustración emocional de Liubov, para Miguel constituyó, en cambio, un motivo de inmensa satisfacción. La amistad iniciada en Moscú durante la primavera, alcanzó en Premujino su punto de madurez y se transformó en estrecha alianza intelectual. Miguel, cuya despejada y poderosa inteligencia estaba siendo fertilizada por medio del intercambio humano antes que por el estudio de los libros, absorbió con avidez el relato de los viajes de Stankevich por el nuevo mundo de la metafísica germánica, y el idealismo romántico de Bakunin encontró, al fin, una sólida base filosófica.

El objeto esencial de los estudios metafísicos de Stankevich se había visto limitado hasta este momento al pomposo y sentimental Schelling, para quien la naturaleza, la humanidad y la historia no eran sino diversas formas de la manifestación de un Absoluto identificable con el Dios de los cristianos. Durante el transcurso de esta visita a Premujino fue cuando Stankevich empezó a sentir la necesidad de un ali-

mento espiritual más sustancioso. Y orientó la búsqueda de ese alimento en dirección a la filosofía de Kant. La necesidad de dominar el pensamiento del fundador de la moderna filosofía alemana fue el tema de reiteradas y vehementes discusiones a lo largo de los diez días pasados en Premujino. Lo primero que hizo Stankevich a su regreso a Moscú fue enviar a Miguel un ejemplar de la *Crítica de la razón pura*. Y durante el mes de noviembre los dos amigos, el uno en Moscú y el otro en Premujino, se embarcaron en un estudio paralelo del sistema de Kant, intercambiando sus impresiones a través de una correspondencia casi diaria; correspondencia de la que solamente quedan las cartas de Stankevich. Hasta para éste el trabajo a que se entregaron resultó arduo y difícil. «Adoro a Kant —escribió Stankevich—, aunque a veces me produce dolor de cabeza.» Y, naturalmente, temía que Miguel, menos versado en los giros de la metafísica alemana, se quedara arramblado a un lado del camino. Le rogó, pues, que no dedicara más de tres horas a Kant, y le dio periódicas y minuciosas explicaciones sobre los puntos oscuros o de más difícil comprensión, buscando además, en todas las bibliotecas de Moscú, cuantos comentarios alemanes y franceses pudo hallar sobre la materia. Mientras, Miguel seguía luchando con ardor viril, asegurando a su amigo que para él «no habría descanso hasta que no hubiera penetrado el espíritu de Kant». [9]

Los estudios de Miguel fueron, sin embargo, interrumpidos por otra crisis, la más grave con que tropezó en sus relaciones con su padre. Durante muchos meses (desde que desertó del Ejército), la paz había reinado en el círculo doméstico. Alejandro Bakunin era un hombre práctico. El pasado era irreparable, y como no se podían hacer planes para el futuro hasta que el cese de Miguel fuera oficialmente confirmado, dejó las cosas como estaban. Mientras tanto, miraba con desprecio divertido los pasatiempos filosóficos de Miguel, y pensó que muy bien podría ocuparse de llevar a sus hermanas a los bailes en vez de encerrarse como Diógenes con sus libros y sus pipas. Pero cuando, en diciembre, el procedimiento oficial siguió su curso, y Miguel fue un hombre libre, el problema volvió a agudizarse. Había que dar el siguiente paso.

Para Alejandro Bakunin (y nunca tuvo la menor duda acerca de ello), la carrera de funcionario del Estado, fuera en su aspecto militar o en el civil, era la única carrera idónea y honrosa para el hijo de un aristócrata terrateniente. Desde el momento en que Miguel había rechazado la carrera de las armas, no quedaba otra alternativa que la de hacerle ingresar en el servicio civil. Unos meses atrás, Miguel pareció inclinarse por esa profesión, pero, después, la idea de su misión en este mundo había echado firmes raíces en su voluntad. Era evidente

que el contacto con Stankevich le había confirmado en la idea de la superioridad de la vida contemplativa sobre la existencia oficial. La filosofía germánica no sólo constituía para él la suma de todo conocimiento, sino que consideraba como un deber el proseguir la búsqueda de tales conocimientos en el propio Berlín. «*Dahin, dahin.*» Hacía solamente un mes que Stankevich había repetido esas ya familiares palabras en una carta a su amigo. Entre tanto, allí estaban los regocijos de la vida de estudiante en Moscú; vida que Miguel, aun ignorante de muchas cosas, había apenas probado en su última visita a esa ciudad. Ni por pienso iba él a emparedarse en una covachuela burocrática, trocando las oscuras pero embriagadoras páginas de Kant por los expedientes administrativos. [10]

La crisis llegó a su punto culminante en el momento en que la familia se hallaba congregada en Tver con ocasión de celebrar el Año Nuevo de 1836. La hoja de servicios del joven no constituía precisamente una recomendación para él, pero el conde Tolstoi, gobernador de Tver, era amigo de la casa, y le ofreció a Miguel un empleo en uno de sus negociados. La cortesía del ofrecimiento hacía más difícil la declinación, aparte de que, con la vejez y la inminente ceguera, Alejandro Bakunin se había vuelto muy irritable. Con todo, Miguel declinó el ofrecimiento. Según un semihumorístico relato, se «dio, por desesperación, a la bebida» durante toda una semana, y pensó, incluso, en el suicidio. Luego sobrevino el desfallecimiento, la depresión moral. Le faltó el valor necesario, o la suficiente dureza de corazón para enfrentarse con su padre y con el conde. Ni aun a sus hermanas les dijo nada. Abandonó súbitamente Moscú y escribió desde allí una carta a su padre en la que renunciaba a toda idea de entrar en la carrera de funcionario del Estado; haciéndole al mismo tiempo patente su resolución de estudiar filosofía y de ganarse la vida como profesor de matemáticas. [11]

Alejandro Bakunin bordeaba ya los setenta años, y se sentía como anulado por sus crecientes achaques. Había, pues, llegado la hora de que su hijo mayor se preparase para ocupar el puesto que le correspondía en los consejos de familia y asumir sus responsabilidades. Se decía a sí mismo que jamás había sido un padre severo ni exigente. Por el contrario, había satisfecho las primeras deudas del chico en la Academia de Artillería; había encajado con magnanimidad la insubordinación filial de la revuelta contra Renne; se había mostrado indulgente con las subsiguientes calaveradas del joven. Pero lo que se salía de los límites de su paciencia y de su capacidad de comprensión era que su hijo mayor, después del desastre de su carrera militar, en la que por un pelo se escapó de ser condenado por deserción, llevara su contumacia hasta rechazar el cómodo empleo que las gestiones pa-

ternas le habían conseguido y se propusiera establecerse en Moscú, sin carrera, sin recursos, sin perspectivas y sin ocupación definida.

Abrumado por el disgusto, Alejandro cogió la pluma y escribió a Miguel:

He recibido tu carta desde Moscú, por la que veo que tu cabeza está todavía bajo los efectos de la misma fiebre y que tu corazón permanece mudo. Tu partida me causó más sorpresa que pena. La verdadera filosofía consiste, no en teorías de visionario, ni en palabrería huera, sino en llevar a cabo las cotidianas obligaciones hacia la familia, la sociedad y la patria. Y tú abandonas esas obligaciones por ir en pos de tus quimeras y gastas saliva en hablar sobre esa «vida interior» que parece servirte de compensación, pero al mismo tiempo no sabes cómo huir de ti mismo. Ese desaliento que te abruma es el inevitable resultado del menosprecio de la propia dignidad, de la vida ociosa y de una conciencia intranquila. Yo nunca me porté como un déspota contigo. Si te hubieras plegado a mis deseos, habría redundado en tu beneficio; en cambio, el plegarme yo a tus incomprensibles principios no dejaría de ser, más que ridículo, absurdo. Todavía tienes ante ti un camino abierto para demostrar que tu corazón no está muerto del todo. Reflexiona, vuelve en ti, y quiere ser, sin reservas, un hijo bueno y obediente. Borra con tu obediencia el pasado, y cree más en tu padre ciego que en tu ciego... Llámale como tú quieras. Ésta es mi última palabra.

La elocuencia de Alejandro tuvo esta vez la misma fortuna que la mayor parte de las anteriores amonestaciones; Miguel continuó viviendo en Moscú, y unas semanas más tarde escribió a Varvara:

«Donde hay amor no existen obligaciones. El deber excluye al amor, y todo lo que excluye al amor es malo y mezquino. Para mí no existen los padres. Renuncio a los míos. No necesito su amor.» [12]

NOTAS

1. *Sobranie,* ed. Steklov, II 386.
2. «Allí, allí conduce nuestro camino» (N. del T.).
3. *Perepiska Stankevicha,* pp. 239-44; Schlegel, *Ideen,* p. 127.
4. *Perepiska Stankevicha,* pp. 221, 254-5.
5. Kornilov, *Molodye Gody,* p. 97; *Perepiska Stankevisch,* pp. 126-9.
6. Kornilov, *Molodye Gody,* pp. 152-7.
7. *Sobranie,* ed. Steklov, I 165-73.
8. *Sobranie,* ed. Steklov, I, 174-5.
9. *Perepiska Stankevicha,* pp. 572, 581.
10. «¡Allí, allí!» (N. del T.).
11. Kornilov, *Molodye Gody,* p. 141; *Sobranie,* ed. Steklov, II, 398.
12. Kornilov, *Molodye Gody,* pp. 141-2; *Sobranie,* ed. Steklov, I, 223.

3

ENTUSIASMO VERANIEGO

La rivalidad entre la antigua y la moderna capital —entre Moscú y Petersburgo— fue, por espacio de doscientos años, un rasgo constante en la historia rusa. En el período de los años 1830-40 Moscú ejerció una influencia decisiva sobre la intelectualidad del país. Mientras esta ciudad había resurgido de las cenizas de la conflagración napoleónica con renovado esplendor, San Petersburgo se había convertido, a causa de la insurrección decembrista, en la ciudadela de la reacción. El pensamiento progresista trasladó su cuartel general a Moscú, donde todavía se podía respirar cierto aire de libertad. La Universidad de esta ciudad se transformó en la colmena de la actividad intelectual de Rusia. Los estudiantes se organizaban en grupos, o —según la terminología de aquellos tiempos— en «círculos»; círculos que pronto extendieron su influencia más allá del recinto de la universidad, creando, en el terreno de la filosofía, de la literatura y de la política, una nueva escuela del pensamiento ruso. Dos de esos círculos adquirieron gran renombre. El uno —al que Alejandro Herzen y su amigo Ogarev pertenecían— se consagró a la política, y halló su hogar espiritual entre los primeros socialistas franceses. El otro, conocido por el «círculo de Stankevich», se desinteresó de la política, buscando la verdad por caminos menos peligrosos —aunque no con menos fogosidad que aquéllos— en las páginas de los poetas y de los filósofos germánicos.

En este último círculo de jóvenes entusiastas fue donde buscó refugio Miguel. La aureola de sus conocimientos filosóficos le granjeó una cálida acogida. Durante el primer mes de su estancia en Moscú vivió con Stankevich y más tarde con Efremov. Entre las nuevas amistades íntimas que en aquellos días trabó estaba Vissarión Belinski, llamado a ser (con el tiempo) el gran crítico literario de su generación. Miguel

se hallaba dispuesto a aprender, pero todavía más a enseñar. Así, cierto observador nos cuenta que no desperdiciaba ocasión de «echarse —como un ave de presa— sobre todo recién llegado para iniciarle en los misterios de la filosofía». Turguenev, que aunque no llegara a conocer a Miguel, frecuentó en fecha posterior, dicho circulo, nos ha dejado una pintoresca descripción de aquellas reuniones nocturnas:

Imagínense ustedes a cinco hombres y a seis muchachos alrededor de una vela encendida, de unas tazas de té pésimo y de unos restos de galletas rancias y duras. Si hubieran podido observar nuestras caras y oír nuestras conversaciones, habrían visto nuestros ojos inflamados por el entusiasmo, nuestras mejillas encendidas, nuestros corazones palpitando al discutir acerca de Dios, de la verdad, del porvenir de la humanidad y de la poesía... Mientras, la noche se deslizaba silenciosa y suave, como si tuviera alas. La madrugada empezaba a palidecer cuando salíamos, emocionados, felices, puros de corazón, sobrios (no pasó nunca por nuestra imaginación traer vino a nuestras reuniones) y con nuestra cabeza agradablemente exhausta. Y uno se dirigía a su casa a través de las calles desiertas, en paz con todo el mundo y hasta mirando amistosamente las estrellas, como si ellas se hubieran acercado más a nosotros, como si se hubieran vuelto más comprensibles. [1]

La mayoría de los pensadores rusos se han sentido más atraídos por la ética que por la metafísica. En la época en que Miguel llegó a Moscú, el círculo de Stankevich había abandonado ya el estudio de Kant para dedicarse al de un tema más popular: las homilías de Fichte, cuya *Guía de la vida feliz* (que constituía un intento de crear un sistema idealista de ética) se convirtió en el compañero inseparable del joven Bakunin, hasta el extremo de atiborrar con citas y paráfrasis de la obra indicada la mayoría de sus cartas escritas en aquel tiempo. Tradujo, además, al ruso las conferencias de dicho autor *Sobre la vocación de los estudiosos*. Su traducción —que apareció en el *Telescopio*, uno de los diarios más avanzados de aquellos días— fue su primer trabajo literario, y es de suponer que le proporcionara algunos recursos monetarios. Si pudo disponer de otros ingresos en aquellos días, no lo sabemos. Con la «huida de la Meca a Medina», como él —con su peculiar fraseología grandilocuente— calificaba su salida de Tver, había conseguido la independencia. Mas si bien esa independencia le había convertido, como él mismo fanfarroneaba, «en un hombre», le había dejado, en cambio, sin un cuarto. Así, pues, se hizo imprimir tarjetas de visita en las que se presentaba como «*Monsieur de Bacounine, Maître de Mathématiques*», y las fue distribuyendo entre su rica y aristocrática parentela. Pero, con todo, hasta el mes de abril no se le presentó más que un alumno: el primero y el único. Mientras, para ir

tirando, fue pidiendo dinero prestado a sus amigos, y cuando éstos no pudieron o no quisieron prestárselo, tuvo que recurrir a los prestamistas profesionales. Miguel poseía la buena cualidad de sobrellevar con buen ánimo las incomodidades y las privaciones que su agitada vida le iba deparando, pero en las raras ocasiones en que disponía de fondos, le gustaba comer, e invitar a sus amigos a comer con él, en los restaurantes más caros, donde acostumbraba pedir los mejores vinos. El dinero le tenía sin cuidado..., como tampoco se cuidaba de devolver el que le habían prestado. Por lo tanto, llegó a tener la mala reputación (incluso en aquel círculo desenfrenado y bohemio), de hombre vividor. Primero en broma y luego casi en serio, sus amigos le llamaron «Jlestakov», nombre del parásito y bravucón de la famosa comedia de Gogol *El Inspector*.

Pero al fallarle todo, aún le quedó un refugio. La señora Beyer seguía teniendo casa abierta en Moscú, y resultaba agradable para él —a pesar de los riesgos que podía acarrearle— el revelar los misterios de Fichte a dos oyentes tan simpáticas como sus dos constantes admiradoras Natalia y Alejandra. Las conferencias de Fichte *Sobre la vocación de los estudiosos* habían desarrollado todavía más las innatas facultades didácticas de Miguel.

Soy fuerte —nos dice él al trazar su autorretrato—, y siento la necesidad constante de prestar mi apoyo a algún ser querido. Necesito de alguien que quiera ponerse con entera confianza bajo mi guía.

El actuar de mentor y de confesor de jóvenes emotivas le resultaba enormemente agradable a aquel joven de veintiún años. No tardó mucho tiempo en confesar a sus hermanas que el trato con las Beyer se le había hecho «indispensable». Y aun llegó a asegurar a Natalia y Alejandra que «su corazón y su amistad» les pertenecían. La situación del año anterior amenazaba con repetirse en todos sus detalles.

Sin embargo, esta vez la conducta de la más joven de las dos hermanas originó una desviación de tan peligroso camino. La señora Beyer era una dama dominadora, cuya voluntad había sido siempre ley para sus hijos, y en aquellos momentos estaba tratando de obligar a Alexandra a aceptar las atenciones de un importuno pretendiente. Pues bien, a la muchacha le entró de súbito la vocación religiosa, y anunció su intención de ingresar en un convento. Miguel, como especialista en rebeliones familiares que era, tomó el asunto en sus manos. Rogó a Alejandra que le considerara como a «un enviado del cielo para liberarla y abrirle las puertas de la verdad», y le describió la vida monástica rusa como «un albañal de mentiras, de farsa y de murmuración y de toda clase de imaginables corrupciones». Llamó a Varvara para

que viniera en ayuda de Alejandra, y a ésta la invitó a ir a residir con Varvara en Tver. La invitación fue inmediatamente aceptada. Miguel triunfaba una vez más. La señora Beyer se puso como histérica, y hasta quiso propinarle una buena zurra a su hija Alejandra. Del pretendiente y del convento no se oyó hablar nunca más.[2]

Este triunfo de Miguel fue seguido de otros dos borrascosos acontecimientos. Aquellos jóvenes románticos, que se ufanaban de ser los timoneles de sus propias almas, solían sucumbir, con puntualidad casi mecánica, a las más simples emociones. Alejandra, repitiendo la equivocada táctica de la primavera anterior, en sus cartas a las hermanas de Miguel lo elogió en términos tan exagerados que Varvara y Tatiana se sintieron nuevamente celosas, y hubieron de quejarse con amargos remilgos a su hermano de que «las Beyer las habían suplantado en su corazón». Por aquellos mismos días Natalia estaba repitiendo en Moscú el juego sentimental del año anterior. Mientras Alejandra estuvo allí, Miguel pudo hacer copartícipes de su pasión y su entusiasmo a las dos hermanas indistintamente. Pero ahora la indivisa atención prestada por Miguel hacia Natalia produjo devastadores efectos en la naturaleza emotiva de ésta. Las prédicas de Miguel acerca de la superioridad de la vida interior y de la «amistad» sobre el mundo exterior de la «pasión», inflamaron, sencillamente, su histeria, y replicó airadamente que no podía haber «amistad alguna entre ellos». Miguel, en su incorregible candor, se sintió sinceramente desorientado por la *débâcle* de sus buenas intenciones. Reconoció, no sin un poquitín quizá de vanidad, que él «involuntariamente había sido la causa de los sufrimientos de una muchacha a quien quería pero cuyos tormentos no podía aliviar». En una ocasión, informó, medio en serio medio en broma, a sus hermanas que él «había estado a punto de tomar la decisión de casarse con ella», si bien pronto reaccionó al considerar que «este matrimonio no podría hacer feliz a Natalia», pero tampoco la alternativa de abandonarla había, según él, pasado por sus mientes. El nudo gordiano fue cortado en la forma acostumbrada a finales de abril: la señora Beyer y su hija abandonaron Moscú para irse al campo.[3]

La marcha de Natalia, según él mismo declaró unos días después a la interesada, «le había causado profundo pesar, dejándole en la más completa soledad». Stankevich se hallaba en el Cáucaso en plan de hacer salud. Así que, llegado el verano, el círculo se dispersó, y Miguel casi no disponía de otras amistades en Moscú. Pero fue muy bien acogido en casa de Ekaterina Levashov, aristocrática dama a quien le había dado por proteger y patrocinar a los hombres de ideas avanzadas. Mas a Miguel poco le importaba la sociedad de quienes no se prestaran a ser dominados o instruidos por él, y, aunque se decidió por ir a comer en aquella casa los domingos, no desperdició ninguna

oportunidad para «derramar su mal humor sobre aquella manada de criaturas sin alma, sin fe, sin amor, sin ideal». Ahora ya no le quedaba más que un solo alumno, un tal Ponamariev, a quien estaba preparando para los exámenes de matemáticas y de física. Pero para Miguel las obligaciones que como profesor particular tenía contraídas no las consideró nunca tan poderosas como para retenerle en Moscú, máxime cuando otras cosas, que él consideraba de mayor interés, no conseguían tampoco mantenerle en su puesto de trabajo. En su primer vuelo por el campo de la revuelta había reclamado, con altanería, «la libertad individual», como había también declarado que él no podía «ya vivir en familia». Pero ahora ya estaba de vuelta de semejante postura mental. El cariño y la simpatía le eran tan indispensables como el oxígeno para respirar, y, ¿dónde podría hallar tales sentimientos —ahora que el experimento de las Beyer había fracasado— si no en el pecho de sus amantes hermanas? A pesar de todo, Premujino era todavía su hogar. Y las noches de verano en la casa paterna, cuyo recuerdo le acompañaba desde la cuna, ocupaban en su corazón un puesto del que no podría nunca nada ni nadie arrancarlos. A mediados del mes de mayo, unos quince días después de la partida de las Beyer, ya no pudo seguir soportando la vida de Moscú. Dejando a su alumno, como vulgarmente se dice, en la estacada, salió precipitadamente para Premujino. La «huída de la Meca a Medina» se había convertido en la vuelta del hijo pródigo.[4]

* * *

En el verano de 1836 se cerró el primer período de la vida de Miguel, quien se había emancipado para siempre de la tutela paterna, y se había liberado de la pesadilla de la carrera regular a la que se le había querido uncir. Ahora que la reunión con la familia había disipado la sombra de los celos que las chicas de Beyer proyectaran sobre su camino, no existía freno alguno al apasionado afán de operar como maestro sobre la embelesada receptividad de sus hermanas. El viejo Alejandro Bakunin, aunque seguía manteniendo su punto de vista respecto a la conducta del mayor de sus hijos, no se creyó obligado a forzar una salida o a tomar una decisión en uno o en otro sentido. Parecía como si existiera una tregua tácita entre las generaciones, y entre hermano y hermanas, los tiempos felices se fueron deslizando en un estado de ánimo de apasionamiento mutuo. Nunca había tenido Miguel discípulos tan perfectamente comprensivos. Una vez solamente se ausentó de Premujino durante aquel verano, y fue en ocasión de una visita de varios días a Tver; y aquella breve ausencia proporcionó a las

chicas la ocasión de ahondar en las inquietudes sentimentales que él les había inspirado.

Tú nos has infundido nueva vida —escribió Liubov—; tú nos has ayudado a descubrir el objeto de nuestra existencia, y ahora no puedes disfrutar aquí, en nuestra compañía, del fruto de tus afanes; no puedes compartir con nosotras nuestra felicidad, ni comunicarnos tu fuerza y tu valor.

Y Varvara añadió una posdata:

Tu pequeño rebaño te está aguardando. Realmente, querido Miguel, no puedo llegar a comprender cómo te nos has hecho tan indispensable. ¡Que Dios te bendiga!

El mismo día Tatiana le rogó que se diera prisa en terminar la traducción de la *Guía para una vida feliz,* toda vez que ella estaba deseosa de leerla «miles de veces».

La armonía divina —continuó escribiendo algunos días más tarde— impregna todo mi ser... Mi corazón está inflamado de amor por ese Dios que tú nos estás enseñando a conocer; de amor por ti, por todos mis amigos y por todas las criaturas que van en busca de nuestra misma meta. ...¿Comprendes ahora, querido, lo mucho que te debemos y los muchos derechos que tienes de disponer de nuestra amistad?

La réplica de Miguel estaba concebida en idénticos exaltados términos:

Al fin hallé esa divina armonía en mi misma familia:.. Vosotras sois mis hermanas, no sólo por las leyes naturales de la sangre, sino también por la vida de nuestras almas gemelas, por la identidad de nuestros eternos objetivos.

Años más tarde Tatiana hubo todavía de escribir que Miguel fue «siempre la causa de nuestra felicidad, de nuestro gozo».[5]

Tan singulares relaciones con Tatiana alcanzaron su momento culminante en el verano de 1836. Tatiana no solamente era la más próxima a él en edad (tenía poco menos de un año que él), sino que era la que más se le parecía física y temperamentalmente. A juzgar por las fotografías hoy todavía existentes, ella era el miembro menos agraciado físicamente de una familia que, en cuanto a las hembras se refiere, no se distinguía precisamente por su hermosura. Las anchas facciones y los gruesos labios, que daban al semblante de Miguel una impresionante expresión de virilidad, resultaban inadecuados para un rostro femenino, y Tatiana, tan apasionada de por sí, no parece que despertase pasión alguna en ningún hombre, a excepción de su hermano. Entre ellos dos la pasión alcanzó tal intensidad, que llegó al rojo blanco. Eran dos naturalezas gemelas. Pero la antorcha que Miguel blandió y paseó por espacio de treinta años a través del cielo europeo se apagó, falta de pábulo, en Tatiana.

Miguen se sentía «violentamente» celoso de toda influencia en la vida de cualquiera de sus hermanas que amenazara con suplantar la suya. La mera proximidad de otro hombre a su bienamada Tatiana bastaba para avivar su rencor. Poco después de su huida desde Tver a Moscú, el rumor de que un elegante y joven propietario, el conde Cologub, estaba haciendo objeto de sus solicitudes a Tatiana provocó una serie de burlescas cartas en las que él irónicamente se refería al «frenesí de Tatiana por las diversiones de Tver», y a Cologub como a «un héroe social, un perfecto caballero».

Y fue precisamente cuando esas nubes de sospecha se hubieron disipado cuando —al igual que después de una riña entre amantes— la pasión de Miguel llegó a su cenit.

Gracias, mi querida, mi maravillosa Tatiana, por tu carta —le escribió en el mes de marzo—. Ha constituido para mí un verdadero placer. Me ha hecho vivir momentos de la más pura felicidad. Gracias, pues, desde lo más profundo de mi corazón, mi encanto. Hacía mucho tiempo que no había experimentado placer igual... ¡Oh, nunca volveré a dudar de ti! Nada, en lo sucesivo, hará flaquear mi fe en ti.

Un mes más tarde, aún había Miguel de escalar sumidades líricas más elevadas:

No, encanto de mi corazón; nadie ha visto tu carta. Pero no la he quemado. ¡Ah!, la guardaré siempre junto a mi corazón y nunca me apartaré un solo momento de ella. ¡No más dudas! Tú me has devuelto a mi adorada hermana. En lo sucesivo nada nos separará. ¡Si tú pudieras penetrar en mi corazón verías cuánta felicidad me ha deparado tu carta! ¿Y crees tú que yo puedo romperla o enseñársela a alguien? No la verán más ojos que los míos. Lo contrario sería una profanación. Tu carta está al abrigo de toda mirada, y permanecerá en mi ardiente corazón, al que ha inundado de alborozo.

Separadas de su contexto peculiar —el período y las circunstancias en que fueron escritas—, esas descabelladas y alocadas palabras se prestan a ser torcidamente interpretadas. La idealización del amor entre hermano y hermana era cosa corriente durante el movimiento romántico. Tal fenómeno conceptual lo encontramos en obras tan características de aquel período como son el *René,* de Chateaubriand, *La novia de Mesina,* de Schiller y *La revuelta del Islam,* de Shelley. Y en el

ambiente de Premujino eso era considerado como la cosa más natural del mundo. Alexis Bakunin, que era, según lo que de él sabemos, un joven completamente normal, escribió en una de sus cartas: «Para mí no existe más que una clase de amor verdadero, de amor sagrado: el amor del hermano a la hermana». De todas maneras, no cabe ninguna duda de que Miguel halló en el celoso frenesí de su pasión por Tatiana una compensación a su incapacidad para el amor sexual. Con todo, Miguel, años más tarde, adquirió conciencia de la naturaleza incestuosamente anormal de ese amor. En el texto de una carta escrita inmediatamente después de su salida de Rusia, se halla esta cita: «La ley condena al objeto de mi amor»; y, por si la referencia resultara oscura, añade: «Esto se refiere a ti, Tatiana». [6]

* * *

Las ideas de Fichte, que constituían en aquellos días el fondo del pensamiento de Miguel, a la par que el de su correspondencia y conversaciones con sus hermanas, eran la expresión filosófica del más puro espíritu romántico. El idealismo de Kant fue llevado hasta el más extremado de los subjetivismos. «El alma debe ser su propio objeto», aseguró Miguel a sus hermanas, recién terminado su estudio de la *Guía para la vida feliz;* «no debe existir ningún objeto». Y a continuación les esbozó la «idea fundamental» del tratado de Fichte en los siguientes términos:

La vida es amor, y toda forma y esencia de la vida consiste en el amor y del amor procede. Decidme lo que verdaderamente amáis, lo que buscáis y deseáis con todo el anhelo de vuestro corazón al esperar encontrar en vosotros mismos el verdadero gozo..., y me habréis revelado vuestra vida. Lo que amáis, eso es vuestra vida.

Su mente insistía continuamente en la distinción entre la vida «interior» y la «exterior». Esta última era una «especie de vida artificial», basada en «fórmulas de sabiduría mundanal y en prédicas anticristianas acerca del deber». (Tales «fórmulas», como puede suponerse, serían las que con tanta frecuencia había oído a su padre). Ése era el mundo de «la ética práctica, de andar por casa y la moralidad de dos al cuarto». Así, el discípulo de Fichte se refugió en la vida interior de su propia alma para estar al abrigo de esa vida de obligaciones exteriores.

No estoy hecho para la vida ni para la felicidad exteriores —explica Miguel a Tatiana—, y tampoco las deseo... Vivo una vida puramente interior. Permanezco dentro de mi «yo», en donde me hallo totalmente enterrado, y sólo este «yo» es lo que me mantiene unido con Dios.

Eso le daba la sensación de estar sólo a un paso de la propia divinidad. «Sufro —como escribiría más tarde— porque sólo soy un hombre y quisiera ser Dios.» [7]

Pero si Fichte proporcionó al joven romántico un refugio que le permitió huir de la realidad y dedicarse a la contemplación del alma divina, los poetas y los novelistas le ofrecieron otra forma de evasión hacia el soñado mundo de la fantasía. Y fue precisamente en el círculo de Stankevich donde Miguel leyó por primera vez a aquellos tan populares y fantásticos narradores que se llamaron Jean-Paul Richter y Hoffmann, acreedores a la justa descripción que Balzac hiciera del segundo: «*le poète de ce qui n'a pas l'air d'exister, et qui néanmoins a vie*». Miguel halló en ellos una expresión artística perfecta de la creencia romántica en la primacía del mundo del espíritu sobre el mundo de los fenómenos; es decir, de la realidad de lo irreal. Bajo tales influencias, el atractivo de lo milagroso empezó a dar color a todos sus pensamientos y ambiciones. «Me dice Miguel —anotó Stankevich cuando vivían juntos en Moscú— que cada vez que regresa a casa espera encontrarse con algo fuera de lo común.» Y Miguel mismo, en su *Confesión* al zar, hace alusión a ese «defecto capital en mi carácter: el amor a lo fantástico, a lo insólito, a las aventuras inauditas, a las empresas abiertas hacia horizontes infinitos y sin que nadie pueda prever cómo van a terminar». Complemento de esa embriagante nutrición eran las lecturas de Goethe, de Schiller y, sobre todo, de la espuria correspondencia de Bettina von Arnim con Goethe, en la que sus contemporáneos vieron la flor más galana —y las generaciones posteriores, la caricatura— del espíritu romántico. Se supone que fue durante su estancia de aquel verano en Premujino cuando Miguel, como él mismo recordó muchos años después, «tradujo a Bettina por las noches, en el jardín y sentado sobre la gruta, a la luz de una linterna». [8]

El círculo de Stankevich, la filosofía de Fichte, los fantásticos novelistas germánicos, la traducción nocturna de las románticas expansiones de Bettina von Arnim, la apasionada comunión con sus hermanas...; todo ello formó una ingente mezcla en el corazón de Miguel junto con la influencia que de por sí Premujino ejercía sobre él. Para los jóvenes Bakunin, Premujino representaba el verdadero hogar, la esencia misma, del espíritu romántico. En su paz idílica, no perturbada por la dura realidad del mundo «exterior», uno podía vivir la regalada y extática vida del alma. El idealismo romántico era, por su propia naturaleza, una doctrina aristocrática. Sus productos característicos eran los frutos de la ociosidad. Por lo tanto, ésta era una condición indispensable para que los idealistas pudieran tener la oportunidad de cultivar su alma individual en un ambiente de tranquila ociosidad y de libertad; dones éstos que el fértil suelo de Premujino ampliamente proporcionaba. Mi-

guel Bakunin permaneció siempre fiel al patrimonio espiritual de Premujino. Y continuó siendo un aristócrata hasta el final de su vida.

Sin embargo, es necesario echar una ojeada —aunque el mismo Miguel no lo hiciera hasta mucho tiempo después— al reverso de tan hermosa medalla. Los elevados pensamientos de los jóvenes románticos de Premujino estaban condicionados solamente por el emotivo sibaritismo y por la mutua admiración. Estaban, como el propio Miguel en cierta ocasión hubo de confesar, «llenos de sentimientos y de imaginación, pero vacíos de toda realidad». En la suerte de los siervos —la «realidad» que hacía posible aquella clase de vida— no se le ocurrió pensar jamás. No tenía el sentido del deber para con la humanidad; es decir, el sentido de la responsabilidad hacia lo que existía fuera del propio individuo.

Así como los espíritus abstractos —hubo de escribir Miguel más tarde, durante las largas horas de reflexión pasadas en el cautiverio— suelen estar tan absortos en sus propios pensamientos, que, a imagen de los jugadores de ajedrez, no ven más que su propio juego, así también nosotros no prestamos entonces atención a lo que sucedía en el mundo real, ni a los pensamientos, sentimientos e impresiones de quienes se hallaban a nuestro alrededor.

Pablo, el más inteligente de los hermanos más jóvenes, fue quien, en una carta escrita diez años más tarde a Varvara, resumió con más precisión el vicio característico de Premujino:

Una imaginación calenturienta, una teorización impropia de la edad tierna, un excesivo entusiasmo durante la infancia actúan a manera de golosinas y especias en un estómago vacío. De entrada, el hombre debe alimentarse del basto y seco pan de la vida ordinaria.

Miguel, producto genuino de la era romántica, continuó durante toda su vida rechazando el pan ordinario de la dura realidad, y paladeó, en cambio, las golosinas y las especias de su propia fantasía.[9]

En el verano de 1836 alcanzó su cumbre más elevada el período romántico de la vida de Miguel. Nunca fue tan completa como entonces su evasión de la realidad. Identificadas con él sus queridas hermanas, se había construido un mundo interior, un mundo de ensueño al servicio de su imaginación. Y en tal mundo había de continuar viviendo todos los días de su vida, porque hasta el de su muerte la vida de Miguel fue una lucha ininterrumpida contra el mundo tal cual es en la realidad. Durante toda su vida prefirió sus románticas ilusiones a la realidad del mundo exterior. Pero nunca como en aquel verano volvió a ser la ilusión tan definitiva ni la imaginación tan triunfante. Aquellos

días veraniegos constituyeron el último período de la perfecta armonía en la vida de Miguel. Ya antes de la llegada del otoño, la realidad invadió Premujino en la persona de Vissarión Belinski.

NOTAS

1. *Sobranie*, ed. Steklov, I, 196, 204; *Herzen*, ed. Lemke, XIII, 11; *Panaev, Literaturniya Vospominaniya*, p. 239; Turguenev, *Rudin*.
2. *Sobranie*, ed. Steklov, I, 204, 211, 213, 227, 232-4, 241, 291.
3. Kornilov, *Molodye Gody*, p. 205; *Sobranie*, ed. Steklov, I, 283, 289-90.
4. *Sobranie*, ed. Steklov, I, 211, 249, 299, 301.
5. Kornilov, *Molodye Gody*, pp. 224-5; *Sobranie*, ed. Steklov, I, 325-6; Kornilov, *Gody Stranstviya*, p. 12.
6. *Sobranie*, ed. Steklov, I, 193, 217-18, 271; III, 2; Kornilov, *Gody Stranstviya*, p. 77.
7. *Sobranie*, ed. Steklov, I, 209, 221, 274-5, 300.
8. *Perepiska Stankevicha*, p. 347; *Sobranie*, ed. Steklov, I, 235; III, 250.
9. *Sobranie*, ed. Steklov, I, 27; IV, 220; Kornilov, *Gody Stranstviya*, p. 360.



4

REALIDAD OTOÑAL

Antes de salir de Moscú en el mes de mayo de 1836, Miguel invitó personalmente a su nuevo amigo Belinski para que visitara Premujino aquel mismo verano. La invitación le fue reiterada por escrito, y hacia finales de agosto, después de un largo período de perplejidad, en el que el deseo estuvo luchando con el miedo, el invitado hizo su aparición en la mansión de los Bakunin.[1]

Tal perplejidad era achacable a dos causas. Vissarion Belinsky, tres años mayor que Miguel, era hijo de un médico militar de limitados medios de fortuna. El rígido sistema de casta bajo el que estaba organizada la sociedad rusa negaba a Belinski la «nobleza hereditaria» que, en cambio, concedía a los Bakunin y Stankevich. El hecho de que Belinski no fuera, como la mayoría de los camaradas de Stankevich, hijo de terrateniente, sino que perteneciera a la menospreciada clase profesional, no importaba gran cosa en un círculo donde las ideas avanzadas eran lo único que contaba. Con todo, tal hecho no implicaba un trasfondo divergente. Desde el primer contacto, los hombres de la clase de Bakunin y de Stankevich se trataban de igual a igual, puesto que les unían miles de invisibles vínculos de tradición clasista. Pero, en cambio, entre Bakunin y Belinski existía un foco de incompatibilidad social que había que ir rellenando gradualmente. Se comprende, pues, que Belinski se encontrara en Premujino como gallina en corral ajeno.

En otro aspecto, Belinski era también consciente de sus deficiencias. Hacía cuatro años que había sido expulsado de la Universidad de Moscú por haber escrito una pieza de teatro en la que se atacaba la institución de la servidumbre. Desde entoces se había ido sosteniendo con los trabajos literarios que podía conseguir, colaborando en el *Telescope*, escribiendo una gramática rusa y traduciendo al ruso las novelas de Paul

de Kock. La posteridad ha reconocido que Belinski poseía el cerebro mejor organizado de su generación, aun cuando, en relación con la educación formal, se hallaba en inferioridad de condiciones respecto de los demás miembros del círculo de Stankevich. Su desconocimiento del idioma alemán le privaba del acceso directo a los grandes filósofos celebrados por sus compañeros como fuente de toda sabiduría, y sólo podía rendirles culto de segunda mano y a través de la benevolencia de quienes estaban mejor preparados que él. Belinski confesaba, con su modestia característica, que su preparación era de índole más bien práctica que metafísica, y que todavía no había conseguido emanciparse de la realidad; emancipación que, por otra parte, constituía la meta del verdadero romántico. Belinski llevó a Premujino un vivo sentido de la parvedad de sus merecimientos, tanto sociales como intelectuales, así como el poco varonil hábito de sonrojarse a la más nimia provocación, lo cual constituía un constante tormento para él. [2]

Belinski llegó a Premujino en el momento en que el espirituoso vino del idealismo fichteano había embriagado enteramente a la joven generación. Impetuoso e impresionable como Miguel, se convirtió tan rápidamente a la nueva fe que, en un artículo para el *Telescope*, escrito a las tres semanas solamente de su llegada, hizo una completa y entusiástica exposición del sistema de Fichte.

Todo hombre debe amar a la humanidad como al compendio que ella es del pleno desarrollo de esa consciencia que constituye su meta adecuada; de manera que lo que todo hombre ama en la humanidad es el futuro desarrollo de su propia «consciencia».

Así, el autodesarrollo conduce a un ideal cósmico. Y el artículo termina con una interesantísima visión apocalíptica de la vida en el futuro:

En la lejanía, más allá de las colinas y en el horizonte aparece el cielo crepuscular, radiante e incendiado por los rayos del sol poniente, y el alma sueña que, en la solemne quietud, está contemplando el misterio de la eternidad y descubriendo una tierra nueva y un nuevo cielo.

El paisaje de Premujino en aquella maravillosa tarde de verano tardío se había de algún modo entrelazado, en la consciencia de Belinsky, con la filosofía de Fichte. Y el joven sentía su cabeza deliciosamente mareada, no sólo por las revelaciones metafísicas de Miguel, sino por la gratísima visión del paraíso terrenal en medio del cual había sido súbitamente colocado.

Tú me has resucitado de entre los muertos —había de escribirle más adelante a Miguel—, no en virtud de tus nuevas y consoladoras ideas, sino por haberme traído a Premujino. Aquello fue un verdadero sedante para mi alma, disipó su amargura y la hizo accesible a las impresiones curativas y a las diáfanas verdades. La armonía de Premujino no sólo contribuyó a mi resurrección, sino que fue su causa principal.

Tal fue el poderoso efecto de Miguel y de Premujino en la mente más preclara de su generación. [3]

Los mejores días de la visita de Belinski duraron hasta mediados del mes de septiembre. Luego, y simultáneamente, sobrevinieron varias tormentas.

Hasta ese momento, Miguel había limitado sus especulaciones filosóficas al reino de la conducta personal; su disposición a la rebeldía solamente la había ejercitado en la esfera doméstica. Belinski, por otra parte, halló en el intransigente individualismo de Fichte una sólida base metafísica para su fe en la libertad política. Un día, hallándose toda la familia reunida alrededor de la mesa, la conversación recayó sobre la Revolución francesa, la *bête noire* de Alejandro Bakunin. Belinski, haciendo caso omiso de la precaución impuesta por la presencia del cabeza de familia, no ya sólo defendió el Terror, sino que llevó su temeridad hasta el extremo de dejar escapar una frase relacionada con «las cabezas que todavía están aguardando la guillotina». El viejo Alejandro se quedó, como era natural, horrorizado, pero como era un perfecto caballero, hizo honor a sus obligaciones de hospitalidad reprimiendo la desagradable impresión que aquella manifestación le produjo. Y solamente al sorprender a Belinski leyendo el artículo del *Telescope* a Liubov y Tatiana fue cuando formuló, con dignidad, su protesta por la tentativa del joven de contagiar a sus hijas con el virus revolucionario. Mas la cólera que no pudo descargar sobre su invitado la desató contra su hijo mayor. No era de su incumbencia juzgar si Belinski había adquirido tales ideas de Miguel o si éste las había tomado de Belinski. Lo que le indignaba no era que Miguel y sus amigos de Moscú estuvieran malgastando el tiempo en fútiles especulaciones filosóficas, sino que predicaran abiertamente la maldita revolución. Todo ello estaba en consonancia con la reciente conducta de Miguel; conducta que para él adquirió un aspecto todavía más siniestro a la luz de tales revelaciones. [4]

Así, pues, habiendo suscitado la sospecha y la reprobación de su huésped, el pobre Belinski no tardó en darse cuenta de que había incurrido también en la animosidad del propio Miguel. Inconscientemente, había sido la causa de una seria perturbación del precario equilibrio emocional de la joven generación de los Bakunin. Liubov, absorbida por sus sentimientos hacia Stankevich, y Varvara, a vueltas con

los problemas del matrimonio, no se vieron afectadas por la visita de este nuevo valor literario. En cambio, para Tatiana y Alexandra este acontecimiento las sacudió profundamente, puesto que desde el principio se sintieron casi tan entusiasmadas con Belinski como el propio Miguel. Y Belinski no se sintió menos afectado que ellas, ya que él no era menos sensible que la mayoría de escritores al aprecio de las personas inteligentes, máxime cuando muy pocas mujeres inteligentes se habían cruzado en su camino. Antes de su llegada a Premujino había oído hablar, «confusa y misteriosamente», de las maravillosas hermanas de Miguel. Y ahora sus sueños se habían convertido en realidad. «La comprobación de todas mis concepciones de la mujer —según él mismo escribió— las había encontrado en las chicas de Bakunin.»

En tales condiciones, y dada la continua proximidad que la vida en una casa de campo suele imponer, era lógico esperar consecuencias de índole sentimental. Y, en efecto, esas consecuencias no se hicieron esperar. Pero aquí revistieron un cariz incómodo y desencajado, como convenía al ambiente de Premujino. Alejandra, que tenía entonces veinte años, era, de todas sus hermanas, la única que podía presumir de algo parecido a la belleza física. Y el impresionable Belinski, horro de todo afecto, se enamoró perdidamente de ella. Por su parte, Alejandra se hallaba por demás dispuesta a admirar el talento de Belínski, pero su corazón permaneció impasible. Y fue Tatiana, cuya naturaleza era más viva y apasionada, la que con más vehemencia respondió a la seducción del tímido visitante. Ante la lectura de su artículo para el *Telescope*, los sentimientos de la muchacha fueron «inefables», y antes de que el artículo fuera enviado a Moscú, ella se apresuró a sacar una copia.

En ese enamoramiento, a juzgar por las cartas de Tatiana y por su desarrollo, intervino más bien el cerebro que el corazón. Pero la sola sospecha de su existencia bastó para desatar los celos de Miguel, celos que adquirieron un cariz tanto más furioso por cuanto no podía revelar a nadie su secreto, ni, quizá, tampoco se atrevió a confesarse a sí mismo la causa de sus celos. Su amistad con Belinski se convirtió, casi de la noche a la mañana, en odio, pero en odio encarnizado y de una virulencia feroz. Hasta entonces, Miguel siempre había mostrado cierta condescendencia en su amistad hacia Belinski, pero a partir de este momento lo trató con visible desprecio. Irrumpía en las conversaciones entre Belinski y Tatiana con burlas y sarcasmos. En la mesa, a la hora de la comida y en presencia de toda la familia, le hacía objeto de desaires y de toda clase de vejaciones. Un día, cuando Belinski se disponía a leer un nuevo artículo para el *Telescope*, Miguel salió de la sala, regresando hacia el final de la lectura con ostensible indiferencia. Con refinada crueldad, solía atormentar a Belinski en uno de sus puntos más dolorosos: su desconocimiento de idiomas, hablando delante de él a sus hermanas en alemán. Pero todavía lo más hiriente eran las burlas con que lo zahería por su no correspondida pasión por Alejandra, y se carcajeaba del engreimiento de un tal Belinski que se había creído ser un buen partido para una Bakunin. [5]

Bajo tal lluvia de insultos, el sensible Belinski vivía en continuo temor. Al no disponer del suficiente aplomo para hacer frente a los sarcasmos de Miguel, buscó refugio en la exageración de sus propios defectos, representándoselos como faltas imperdonables. Se sentía culpable de haber hecho el ridículo «al aspirar a vestir la púrpura imperial cuando la sola vestimenta que le iba era una burda tela de arpillera». Hasta el placer que le había producido la amistad con Miguel se le convirtió en amargura, porque «la visión de los ángeles solamente despierta en los diablos la consciencia de su propia caída». En cuanto a Miguel, su estado de espíritu no era más envidiable, puesto que se sentía tocado en su punto más vulnerable. Al primer embate de la dura realidad, su mundo ideal se había venido abajo, y en todo el taller de Fichte no existía herramienta capaz de volverlo a levantar de nuevo.

> No sé —escribió después— cómo llamar a mi sentimiento hacia Tatiana. Sé solamente que tal sentimiento engendró celos, y que aquellos celos royeron mi alma, llevándome al borde del más absoluto hundimiento. ¡Oh, si pudiera usted saber, si pudiera usted comprender lo terrible de las humillaciones por que pasé; si supiera usted cómo deploré mi propia desmoralización, cómo sentí mi propia impotencia! Yo, que había sido consciente de mi alta misión, de mi altísima vocación, me había rebajado hasta contraer una infame, una indigna pasión, y tal pasión había conquistado todo mi ser, hasta el extremo de convertirme en un esclavo, en un esclavo sin fuerzas suficientes para liberarse de la esclavitud. Llegué a inspirar compasión a mis hermanas, incluso a usted. ¡Ah, aquello fue un infierno, un infierno con todos sus tormentos!

Ese infierno de tortura y de autotortura duró varias semanas. Resulta curiosa la circunstancia —y muy significativa para quien se dedique al estudio de la naturaleza humana— de que, por más que aquellos jóvenes románticos se sintieran inclinados a despedazarse mutuamente por medio de fieras e indisciplinadas emociones, no se les ocurriera la posibilidad de hallar a través de una simple separación física el remedio contra las mutuas agresiones con que se atormentaban. Las relaciones humanas —y los sentimientos por ellas engendrados— eran considerados como algo demasiado fundamental y sacrosanto para que se les aplicase tan sencillo remedio externo como el de la separación geográfica. Los problemas que se les planteaban tenían que ser resuel-

tos por la lucha y al precio de no importaba qué sufrimientos. El sufrimiento era, en efecto, parte esencial del desarrollo espiritual de la víctima, y constituía por sí mismo un valor espiritual. De ello resultó una especie de fatalismo emocional. Así, pues, Miguel, por más que estuviera rabiando de celos, no hizo nada por acelerar la partida de su indeseable huésped, y Belinski, simultáneamente atormentado por su desgraciado amor por Alejandra, por los incomprensibles insultos de Miguel y por la tácita desaprobación de Alejandro Bakunin, siguió en Premujino hasta entrado el mes de noviembre.

Estando así las cosas, una catástrofe de diferente índole vino a romper la tensión y obligó a Belinski a coger la posta más rápida para Moscú. El *Telescope*, que se había tomado demasiadas libertades para con la ortodoxia política y religiosa, fue prohibido por la censura, lo que trajo como consecuencia el agotamiento de una de las pocas fuentes de ingresos de Belinski. Pero para el viejo Bakunin supuso un triunfo. Sacó, pues, su manuscrito de *El Osuga* y le añadió algunas nuevas estrofas, en las que se acusaba al nuevo periodismo y se celebraba el hundimiento del *Telescope*. [6]

* * *

Los días que precedieron a la salida de Belinski de Premujino fueron testigos de la culminación de otro episodio que completó la derrota de Miguel y el hundimiento del armonioso universo que su sueño de verano había creado.

Nicolás, su hermano, cursó también —aunque con menos inquietante resultado— estudios en la Escuela de Cadetes de Artillería de Petersburgo, mientras Ilya los cursaba, también como cadete, en un regimiento de caballería. Los tres chicos restantes —Pablo, Alejandro y Alexis— estudiaban en una escuela de Tver, y vivían en un piso particular atendidos por una antigua sirvienta de la familia y bajo la supervisión de la abuela Poltoratsky. A primeros de agosto de 1836, terminadas ya las vacaciones veraniegas, Miguel acompañó, en su viaje de regreso a Tver, a los muchachos, permaneciendo allí una quincena de días, regresando a Premujino con el tiempo preciso para recibir a Belinski. Miguel no vivía en aquellas fechas más que para Fichte, en quien estaba pensando y soñando continuamente, y sintió, como era natural en él, la necesidad de hacer copartícipe de sus pensamientos y de sus sueños a un auditorio que supiera apreciarlos en lo que valían. Por las tardes, cuando los muchachos regresaban a casa, después de los antipáticos trabajos del día, él solía entregarse a la lectura, dedicándose luego a exponerles las maravillosas revelaciones de la filosofía germánica, que debía mostrarles el camino de la perfección y consolarles de las insignificantes trivialidades del mundo exterior. El efecto que las exhortaciones de Miguel producían en las impresionables mentes de su auditorio queda registrado en una carta escrita por el joven Alejandro —quince años tenía entonces— a sus hermanas:

> Cuando más nos adentramos en el conocimiento de Miguel, tanto más comprendemos lo indispensable que es para nosotros. Él nos elevó de nuestro anterior estado y hemos podido disfrutar por primera vez de una felicidad que antes desconocíamos. La mutua franqueza nos ha ido identificando cada vez más, hasta que nos hemos convertido en un solo cuerpo, cada uno de cuyos miembros sirve de apoyo al conjunto. Ahora comprendemos realmente la gran vocación del hombre. Para que nuestra dicha sea completa, sólo nos faltas tú.

Pero tan lírico talante cesó de súbito con la partida de Miguel. El mundo exterior de la escuela estaba inexorablemente grabado en la conciencia de los chicos, y así Alexis, adolescente de trece años, escribió unas semanas más tarde que si aquella vida de hastío no cambiaba él no tendría más remedio que cortarse el cuello.

En tal situación de ánimo, mezcla de desesperación y de truculencia, los tres muchachos llegaron, para las vacaciones de mitad de curso que solían darse en octubre, a Premujino; y en el transcurso de aquella visita, Miguel y Tatiana les prometieron, no sin cierta temeridad, interceder cerca de su padre para obtener el consiguiente permiso de abandonar la escuela de Tver y marchar a Moscú, donde proseguirían sus estudios bajo la supervisión de Miguel. Los chicos regresaron a Tver radiantes de contento ante la perspectiva de una cercana liberación. Miguel planteó oportunamente la propuesta a su padre, quien le contestó en los términos que eran de esperar. Alejandro Bakunin declaró que antes que enviar a sus hijos menores a Moscú y «exponerlos a los peligros que iban a amenazarles en la compañía de los amigos de Miguel», prefería la muerte, deplorando que bajo la guía de Miguel ya hubieran adquirido «bastantes falsas opiniones, una actitud despreciativa hacia la institución en que habían sido criados y una aversión por los métodos empleados en su instrucción». Y que no tenía nada que añadir a lo dicho. Ninguno se sintió con ánimos de comunicar tan desagradable noticia a los colegiales de Tver.

Ni aun Miguel se daba exacta cuenta del espíritu de determinación y de rebeldía que él mismo había engedrado en los explosivos cerebros de sus hermanos adolescentes, y una tarde de fines de octubre pidieron un carruaje, cargaron sus maletas y ordenaron al cochero que los llevase a Premujino. Desgraciadamente, los chicos tenían el mismo flaco de Miguel de no conceder la más mínima importancia al dinero, y, consecuentemente, no habían pensado en la necesaria provisión de fon-

dos para costearse el viaje. Lo largo que era y la juventud de los viajeros despertaron las sospechas del cochero. Y les advirtió que quería cobrar el importe del viaje por adelantado. Indignados, se negaron a pagarle, y el cochero los dejó en medio de la calle, gruñendo mientras se iba. El altercado atrajo al ama de llaves al lugar del suceso, y corrió a explicar lo ocurrido a la abuela Poltoratsky, quien ordenó que los chicos se presentaran ante ella. Parece que la anciana señora estuvo a la altura de las circunstancias, pues les llamó «jóvenes cachorros», les amenazó con informar a la policía para que no les dejase salir de los límites de la ciudad, y, finalmente, les leyó una carta que estaba escribiendo a Miguel en la que le acusaba de «dar un hermoso ejemplo a sus hermanos» y de ser el principal culpable de la fuga. Terminada su diatriba, salió de la habitación dando un fuerte portazo. Y ambas partes se apresuraron a enviar a Premujino las respectivas versiones de tan irregular proceder.

Los informes fueron la causa de una general consternación en Premujino. Hasta Miguel se sintió desazonado por la ligereza con que sus hermanos se habían conducido, escribiéndoles una carta llena de sentido común.

Yo os hablé de libertad moral, de esa libertad que consiste en el desarraigo, por el esfuerzo espiritual, de todos los malos hábitos y de todas las malas inclinaciones, pero vosotros pensabais en otra clase de libertad, una libertad que, debido a vuestros pocos años, a vuestros estudios y a vuestros limitados medios, está todavía fuera de vuestro alcance... Hay que triplicar vuestra laboriosidad y aplicación para asimilar todas las lecciones que en la escuela recibáis. No habléis más a nadie de los derechos del hombre.

Tatiana les dijo que se habían conducido «irreflexivamente, como niños», y habían acarreado «a Miguel muchos sinsabores». Consecuencia principal de tal episodio fue el aumentar todavía más el descrédito de Miguel y de sus enseñanzas. Alejandro Bakunin consideró el acto de desafío de los chicos como el fruto de las nefastas prédicas de Miguel y como una prueba fehaciente de su inclinación a seguir las huellas de éste, y, en consecuencia, se hallaban ya en el camino de la rebelión, y, por ende, en el de la perdición. Pero se sentía demasiado viejo para personalmente corregir el desbarajuste, y no tenía confianza en ninguno de sus hijos; en este trance, recurrió a su yerno Diakov, pidiéndole que se pusiera inmediatamente en camino para Tver con objeto de restablecer la disciplina entre sus amotinados hijos, y recomendándole que no reparase en apelar al castigo corporal si lo viese necesario.

Aquellas severas instrucciones provocaron una verdadera conmoción entre la joven generación de Premujino, la cual hizo patente su oposición a tan draconianos métodos de represión de la juvenil revuelta, y menos conformes estuvieron aún en que fuera precisamente una persona ajena a su sangre la encargada de resolver un asunto de naturaleza tan delicada y que tan directamente afectaba al honor de la familia Bakunin. Pero, sobre todo, desaprobaban la elección de Diakov, hacia quien siempre había mostrado Miguel una abierta aversión y un no disimulado desdén. Pusieron a los chicos sobre aviso de la inminente expedición punitiva, y éstos se aprestaron a recibirla con la debida resistencia. Uno de ellos buscó un trinchante con el que repeler el asalto de que iba a ser objeto. Con todo, Diakov, aunque no era hombre que se distinguiera por sus notables cualidades, desplegó un tacto ejemplar en el desempeño de su delicada misión. Consciente de la debilidad de su posición, no recurrió a castigos ni siquiera a amenazas, sino que, de la manera más amistosa, procuró serenar los ánimos de los soliviantados muchachos y darles el tiempo suficiente para que consideraran su fuga a través de una perspectiva sensata. Este procedimiento dio excelentes resultados, y la rebelión fue zanjada en una atmósfera de disculpas, de reconciliación y perdón.

Queridas hermanas —reza una carta de Pablo, que puede servir de colofón a este episodio—, acabamos de recibir vuestras cartas en las que de manera tan clara nos expresáis vuestros sentimientos de amistad. Por lo que a mí respecta, yo no me sentía demasiado inclinado, que digamos, a plegarme a las circunstancias, por haber leído esto en Schiller: «Todos los demás deben; sólo el hombre "quiere"...». Pero al fin ha comprendido la necesidad de ceder. Hay casos en que el hombre «debe».[7]

Miguel fue el único que resultó excluido del perdón paterno. La visita de Belinski y la fuga de los chicos habían convencido a Alejandro Bakunin de la incorregibilidad y perversidad de su hijo mayor. Hasta este momento, el anciano no había abandonado por completo la esperanza de domeñar al más rebelde e ingobernable de sus hijos. Pero de entonces en adelante se sintió obligado a tratar a Miguel como a una oveja perdida y como a una fuerza hostil. El cáncer de la revuelta se había introducido en el organismo familiar y no había forma de desarraigarlo. Lo único que cabía hacer era impedir que se propagara a los demás miembros. Por lo que a Miguel se refiere, las consecuencias de estos acontecimientos fueron igualmente decisivas e igualmente desalentadoras. La doctrina de Fichte no había resistido la prueba. Aquella realidad tan menospreciada se había abierto camino a través de las defensas de tal doctrina. Y la tan cacareada armonía había sido rota por las ingobernables pasiones del propio Miguel y puesta en ridículo por la infantil hazaña de sus jóvenes discípulos. Ahora se daba

perfecta cuenta de que en Premujino ya no le quedaba más que el sentimiento de la humillación y de la derrota. A los pocos días hizo su equipaje y siguió las huellas de Belinski, en dirección a Moscú.

NOTAS

1. *Sobranie*, ed. Steklov, I, 332-3; Belinsky, *Pisma*, I, 284-5.
2. Belinski, *Pisma*, I, 115-16, 123.
3. Belinski, *Sochinemya*, I, 171-88; Belinski, *Pisma*, I, 121.
4. Belinski, *Pisma*, I, 273-4.
5. Belinski, *Pisma*, I, 121, 157, 159-62; Kornilov, *Molodye Gody*, p. 245.
6. Belinski, *Pisma*, I, 123; Kornilov, *Molodye Gody*, pp. 209-10, 269.
7. Kornilov, *Molodye Gody*, pp. 252-67; *Sobranie*, ed. Steklov, I, 354-5.

5

HERMANO Y HERMANAS

Llegados a este punto, y antes de seguir rastreando el ulterior rumbo del desarrollo espiritual de Miguel, será conveniente narrar dos interesantes episodios relacionados con sus dos hermanas mayores Liubov y Varvara, episodios que ilustran la dominante posición en que su despótica naturaleza le había situado en el seno de la familia. Los acontecimientos de referencia se extienden más allá del período hasta aquí analizado. La culminación de ambos eventos —que constituyen un digno apéndice de la época fichteana en el curso de la vida de Miguel— tuvo efecto en el año 1837.

De todos los hermanos Bakunin, Liubov era la menos fuerte físicamente y la de carácter más apacible. El afecto que Miguel sentía por ella era de un matiz infinitamente más pálido que el de su pasión por Tatiana y del que sentía por Varvara. Ese afecto no contenía ningún instinto de posesión, ni tampoco entrañaba ninguna sombra de celos. El año anterior, Miguel se había limitado a sonreír ante la incipiente simpatía entre Liubov y Stankevich, simpatía inspirada, a fin de cuentas por las tempestuosas demostraciones de Natalia Beyer. Y cuando en noviembre de 1836 inmediatamente antes de la visita de Belinski a Premujino Liubov se encontró en Moscú con Stankevich, Miguel se hallaba totalmente dispuesto a aprobar y aun a alentar la mutua atracción, y Stankevich repuso que no podía declarar formalmente sus sentimientos a Liubov sin consultarlo antes con su padre, cuya llegada a Moscú esperaba para Año Nuevo. Mientras, los dos jóvenes continuaron escribiéndose, y Miguel se encargó de expedir secretamente su correspondencia incluyéndola en las cartas que dirigía a sus otras hermanas. La conformidad de Liubov en mantener esa correspondencia era la suficiente prueba de su amor por Stankevich.

El amor de un ser tan excepcional como Stankevich tenía, a los ojos de Miguel, un carácter sacrosanto y universal. La discusión y el análisis —efectuados de la manera más franca y ostensible— de la trascendencia y cualidades del amor de Nicolás a Liubov llegaron a convertirse en su pasatiempo favorito. Solía leer para sí, y luego en voz alta para las Beyer y demás miembros de su círculo, las cartas de Stankevich que se le habían confiado para hacerlas llegar a Liubov, cosa que efectuaba acompañándolas de comentarios sobre las mismas dirigidos a Varvara y Tatiana. Una vez leídos los comentarios, Tatiana entregaba las cartas a su destinataria. Esos curiosos procedimientos nos dan la medida del fervor con que aquellos jóvenes románticos trataban al individuo, considerándolo como una función del Absoluto. Parece que a ninguno de los interesados se le ocurrió jamás pensar que su proceder fuera incorrecto o poco leal. Sea como fuere, lo cierto es que la lectura de las cartas de referencia era escuchada por todos con reverente admiración. Sólo las hermanas de Liubov, confinadas con ésta en Premujino e inclinadas a la suspicacia por el cariño que hacia ella sentían, las encontraban particularmente frías y abstractas, lo cual les inspiraba serias dudas sobre si el curioso amor de Nicolás podía o no hacer la felicidad del objeto amado. Miguel, en el ambiente más sereno y más filosófico de Moscú, rebatió airadamente su escepticismo, indigno de ellas. A tal efecto, escribió una apasionada defensa de Stankevich; defensa que sugiere, más que carencia de simpatía por Liubov, incapacidad orgánica para comprender la naturaleza de las aprensiones de sus hermanas.

No tenéis motivos para acusar a Stankevich. Su amor es un verdadero, sagrado, sublime amor; un amor que constituye toda su existencia actual; que ha caldeado e iluminado, con luz clara y radiante, toda su vida moral e intelectual. Si le oyerais cuando habla, os daríais cuenta de que algo sagrado, sobrenatural, está hablando por boca de él... Este amor le hace perfectamente feliz, porque ha encontrado en él la expresión individual de su vida interior en el mundo exterior. El amor ha transformado completamente la vida individual de este hombre en la vida de lo Absoluto.

La carta que contenía esa descripción del sublime (aunque sospechosamente impersonal) amor de Stankevich fue escrita el último día del año 1836, coincidiendo con la llegada a Moscú del padre de Stankevich. Pero nadie parecía tener prisa por tomar una decisión... Un mes después, Stankevich salió para su casa, diciendo enigmáticamente que consultaría con su hermano tan importante asunto. La correspondencia entre Stankevich y Liubov continuó su curso. El *suspense* se hizo intolerable para todo el mundo, con la sola excepción de Miguel, cuya paciencia y cuya fe en su amigo eran inconmovibles. Por fin, en el mes

de abril, después de conseguida la licencia paterna, Stankevich hizo la petición formal de la mano de Liubov, que inmediatamente se le concedió. El alivio fue inmenso en Premujino. Miguel se sentía triunfante. Por vez primera en muchos años se dio el caso en Premujino de que toda la familia se uniera en un coro de entusiástica aprobación. Pero esta vez el destino mostró su faz irónica. La eliminación del último obstáculo exterior fue la señal del comienzo de la tragedia, y no de una tragedia originada por las circunstancias, sino por los caracteres.

A mediados de marzo, dos semanas antes de los esponsales, Nicolás había escrito a Liubov anunciándole que se encontraba enfermo y que «su única salvación estaba en Karlsbad». La enfermedad era, desde luego, real. Las fiebres intermitentes, la persistente tos, los dolores en el cuello y en el occipucio eran los primeros síntomas de la tuberculosis pulmonar que había de llevarle a la tumba tres años más tarde. Sus ataques quizá fueron, más que coincidentes, motivados, en parte, por una crisis espiritual que sus amistades consideraron más seriamente que si se hubiera tratado sólo de desarreglos físicos. Stankevich era uno de esos Hamlets románticos cuyo débil poder de resolución estaba, crónicamente, a merced del «pálido matiz del pensamiento» y cuya mórbida consciencia de la misión recibida paralizaba todo impulso para la acción. «Él considera toda felicidad personal como una desviación del camino de su misión —escribió, refiriéndose a él, Belinski en aquellos días—, y todo vínculo humano como una traba para sus movimientos.» Los aplazamientos y las vacilaciones de su padre eran un eco casi fiel de la irresolución de su propio corazón. La implícita obligación moral en que incurrió cuando declaró su amor a Liubov ya no dejó ni un momento de minar su decisión ni de agobiar su mente. El compromiso matrimonial que formalmente había contraído completó la obra destructiva, y le convenció irrevocablemente de que sus sentimientos hacia su prometida no constituían, después de todo, aquel sublime y apasionado amor, requisito previo e indispensable para el matrimonio. Todavía no osaba formularse a sí mismo esta conclusión. El viaje a Karlsbad ofrecía una oportunidad de escapada indolora de un compromiso que no podía eludir de manera honorable ni tampoco cumplimentar con honor. Así que se aferró a la idea de tal viaje, no sólo porque fuese el único remedio para la salud de su cuerpo, sino también para la paz de su espíritu.[1]

Miguel, que aprobaba cada una de las particularidades de la conducta de Stankevich, no halló nada censurable en su proyecto. Lo único que sentía era no poder, debido a su carencia de fondos, acompañar a su amigo al extranjero. A tal efecto, se atrevió a insinuar su deseo en Premujino. Alejandro Bakunin (cuya creencia en la innata perversidad de su hijo mayor tuvo en esta ocasión una reacción instantánea), sacó

la precipitada conclusión de que el viaje de Stankevich al extranjero no era sino una estratagema maquinada por los dos jóvenes, y en consecuencia escribió una airada y destemplada carta a Stankevich reprochándole no ya sólo el abandono de Liubov, sino también el haber incitado a Miguel para «correr mundo» a sus expensas. Varvara fue la única a quien se le ocurrió preguntar por qué Stankevich no se casaba con Liubov y no se la llevaba con él a Karlsbad. Pero su pregunta —por demás natural— no obtuvo contestación de nadie. En agosto de 1837 Stankevich salió para Alemania sin la compañía de nadie. Y sin haber hallado siquiera tiempo para hacerle una visita de despedida a su novia. [2]

No puede asegurarse que Miguel supiera —ni incluso en esta ocasión— que Stankevich no se casaría nunca con Liubov. Pero lo cierto es que pasó el otoño de 1837 en Premujino, y la especial ternura que le mostró a su hermana sugiere la duda de si se había despertado en él alguna oscura consciencia del trágico trance en que se vería ella, y quizá también de su propia, aunque indirecta, responsabilidad.

Nunca habíamos estado antes tan íntimamente compenetrados —escribió Liubov cuando él se marchó en noviembre—. Tenemos que conocernos todavía más a fondo y querernos más aún. Ya no tengo miedo de hablar con él; se ha vuelto tan delicado, tan poco exigente... Confieso que antes solía, involuntariamente, evitar su trato. Todo en él era tan tempestuoso, tan violento, que me producía un efecto terrible. Aun cuando entonces estaba de acuerdo con él, procuraba evitar las ocasiones de hablarle. Su conversación me ponía triste. Y, en cambio, ahora, ¡qué diferente es! Ahora encuentro un gran consuelo en mis conversaciones con él, y me siento muy triste cuando se marcha.

La fantástica e irreal correspondencia entre la prometida pareja continuó a intervalos durante el invierno. Pero la misma enfermedad que empujaba a Stankevich de un balneario a otro en busca de curación atacó también a la delicada Liubov. En el duro clima de Rusia, esa terrible enfermedad causó tan rápidos estragos en su organismo que ya en la primavera de 1838 era una mujer moribunda. Miguel visitó nuevamente Premujino en aquel verano, permaneciendo allí durante los últimos meses de la vida de Liubov. Años más tarde le gustaba recordar como en cierta ocasión los hermanos y las hermanas habían encendido una hoguera cerca de su arboleda favorita, y cómo llevaron a Liubov hasta allá en un carruaje para que la viera. Éste fue uno de los últimos momentos de pura alegría que Premujino iba a conocer. En junio, Liubov escribió su última carta a su prometido. En agosto —exactamente al año de la salida de éste de Rusia y casi a los dos de su última entrevista— fallecía la muchacha.

Lo mismo por su vida que por su muerte, Liubov Bakunin puede ser considerada como un modelo de humildad y de resignación cristianas. También Varvara era profundamente religiosa, si bien su piedad respondía a un impulso diferente. Durante su adolescencia había atravesado sucesivas crisis religiosas, lo que movió a su padre a llamarla un «histérico capullo de muchacha». Su fe tenía un sentido apasionadamente místico, completamente ajeno a la clara y sumisa aceptación por parte de Liubov de la doctrina ortodoxa. Por ello su matrimonio —sólo de conveniencia; es decir, sin amor— con Diakov, a la edad de veintidós años, resulta incomprensible. Diakov, de mucha más edad que ella, tenía un carácter llanote y carecía tanto de distinción como de talento, por lo que la aceptación por parte de Varvara de su galanteo parece que fue un acto de autoinmolación, plenamente consciente, en el altar del deber filial. Podemos imaginarnos su vida matrimonial en los primeros meses por la marcada aversión que, en sus relaciones sexuales con su marido, Varvara manifestó más tarde. En el mes de noviembre de 1835 el matrimonio tuvo un hijo, lo que sirvió de lógico pretexto a Varvara para pasar todo el invierno siguiente con sus padres. Y todavía se encontraba en Premujino cuando la llegada de Miguel en el mes de mayo de 1836. [3]

La hostilidad que, ya desde el principio, demostró Miguel hacia este «extravagante» enlace parece responder únicamente a la natural animadversión de un joven arrogante hacia un cuñado que, siendo de carácter tan opuesto al suyo, tenía que resultarle por fuerza antipático. Pero ahora que Fichte le había revelado el verdadero sentido de la vida, las relaciones de Varvara con Diakov adquirieron una significación mucho más honda, y hasta podríamos decir más cósmica. Tales relaciones constituyeron para él un ejemplo clásico del eterno conflicto entre las obligaciones convencionales y cotidianas del mundo exterior y las profundas reivindicaciones de la vida anímica, o, lo que es lo mismo, del mundo interior. Miguel comprendió ahora que el matrimonio de Varvara no había sido un mero error de cálculo, como al principio pensó, sino que constituía un verdadero pecado contra el elevado *ego* de su hermana; una traición, en suma, a la sagrada misión que ella había de llevar a cabo en esta vida. Y, por consiguiente, de tal pecado sólo podía ser redimida a través de sus propios sufrimientos y de la maternidad. Durante el apasionado verano de 1836, que fue cuando el ascendiente moral de Migual sobre sus hermanas alcanzó su punto culminante, la propia Varvara se identificó plenamente con el punto de vista de su hermano. Ya no había que pensar, pues, en volver al lado de su marido.

He renunciado a mi vocación —escribió ella en aquellos días—. He permitido que un hombre extraño a mi manera de ser me profanara con sus caricias. Pero Dios, que leía en mi corazón, se compadeció de mi debilidad. He lavado mi pecado con mis sufrimientos, y, con el nacimiento de mi hijo, ha nacido una nueva vida en mi corazón.

Fiel a su costumbre de utilizar los asuntos privados de sus hermanas para presentarlos como ejemplo a sus amigos, Miguel se apresuró a iniciar a Belinski en todos los detalles de la situación; éste no dudó un momento en admitir que Varvara había cometido un «pecado», y poco después de salir de Premujino recibió una carta en la que ella reconocía que era «una criatura débil hasta el punto de haber llegado a la apostasía», y le daba las gracias por no haberse formado una opinión más elevada de la que en realidad se merecía.[4]

La historia de Varvara es, quizás, el más cumplido ejemplo del afán de aquellos jóvenes románticos por medir sus pasiones y su conducta con los abstractos patrones de los filósofos. La ruptura, en el otoño de 1836, de la «armonía fichteana» establecida por Miguel en Premujino, unida a la inhibición de éste de tal asunto, provocó en Varvara una reacción inmediata en su actitud hacia su marido. Una vez más hubo de triunfar la realidad exterior. En la atmósfera cargada de entusiasmo del verano pasado, había parecido cosa fácil el tratamiento (con el patrocinio de Miguel y en función del alma de la propia Varvara y bajo el aspecto de su más elevada personalidad) de tan espinoso asunto. Pero al llegar a este punto, ella se dio cuenta de que Diakov constituía una realidad de la que no podía así como así desentenderse. Varvara era demasiado honrada para echarle la culpa a su marido del fracaso de su matrimonio, y demasiado humana para considerar como a un indiferente al padre de su hijo. Por consiguiente, sus propios sufrimientos debían servir de instrumento de su redención. Pero, ¿con qué derecho podía ella ser la causa del sufrimiento de su marido? Dos meses después de la marcha de Miguel, en el mes de enero, le escribió a su marido una carta rezumante de compasiva solicitud, en la que le pedía perdón por el mal que le había causado y diciéndole que estaba dispuesta a «sacrificarlo todo menos su religión». En cuanto a la cuestión de su regreso al hogar conyugal, ni una palabra. Tal ambigüedad indicaba el desasosiego de su corazón y el mar de encontradas emociones en que estaba sumida. Cuando Miguel se enteró de la existencia de esa carta se puso furioso. Por aquellos días se hallaba inmerso en un filosófico abismo de desaliento. No obstante, los celos y el temor de ser suplantado en el corazón de su hermana por cualquier posible rival reaparecieron más vivos que nunca en su espíritu. En ese estado de ánimo, cogió la pluma y escribió a Varvara una de las más encendidas cartas de todo su epistolario. Atribuía a Diakov «el aspecto de una repugnante bestia, aspecto indigno de un ser humano», y, tras advertirle que si volvía a reunirse con su marido habría de «derramar amargas lágrimas de arrepentimiento cuando ya sería demasiado tarde», concluía con este apasionado llamamiento:

Varvara, es un crimen renunciar al amor, y, sin embargo, tú quieres cometer ese crimen; estás dispuesta a apartarte de toda vida humana encerrándote a convivir con un animal...

Varvara, dime qué debo hacer para convencerte de la veracidad de mis palabras. Dímelo. Querida, estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por ti, y nada me hará retroceder en mi empresa. Tú no sabes cuánto te quiero; tú no sabes lo que sería capaz de hacer si me escuchases. Varvara, Varvara, en nombre del cielo, no te destruyas tú misma.[5]

Pero esta vez Miguel había llegado, en su extremismo, demasiado lejos. Su carta contenía una dosis excesivamente elevada de aquella insensibilidad y falta de humanidad en las relaciones personales que fue la característica de su juventud. Nada, pues, tiene de extraño que Varvara se asustara y rechazase la intransigente negativa, formulada por Miguel, de toda obligación hacia su marido, así como la calificación de «animal» que le dedicaba. Por consiguiente, se aferró a la idea de que estaba ligada por un insoslayable deber al hombre al que se había unido; deber que le imponía la misión «de encauzarle hacia una vida feliz y abrir su corazón a la verdad». Y, con objeto de llevar a cabo esa misión, le invitó a reunirse con ella en Premujino en la primavera de 1837. Mas, una vez reunidos, pronto volvió a aflorar la vieja incompatibilidad de caracteres entre los cónyuges. En lo exterior, la conducta de Diakov era perfectamente correcta. Se sometía a todos sus deseos, accedía a convivir con ella «como un hermano» y la cortejaba con humilde adoración. Pero era evidente que, en vez de las «cariñosas atenciones y cuidados maternales» que ella le prodigaba, Diakov hubiera preferido otros «placeres más terrenales», y que, para él, aquel período de prueba no constituía más que un preludio del retorno de su mujer al hogar y al lecho matrimonial. Después de la partida de su marido, Varvara le escribió a Miguel una patética atormentada confesión de su fracaso. La muchacha había llegado a un estado de emotividad tal que le resultaba tan imposible vivir con su esposo como desterrarlo de su pensamiento. Su única esperanza, entonces, era la fuga. Cuando en el verano de 1837 llegó Miguel a Premujino, los dos hermanos se pusieron de acuerdo sobre la forma de realizar un viaje al extranjero. Como pretexto para ese viaje, Varvara alegó la necesidad de un cambio de aires para la salud del niño, y Miguel (que en aquellos días se hallaba enfrascado en el estudio de Hegel y que anhelaba con toda el alma conocer Berlín) sería su acompañante.

La «liberación interior» de Varvara (la antítesis entre «interior» y «exterior» seguía siendo la muletilla favorita de Miguel) podía considerarse ya conseguida, pero su «liberación exterior» constituía todavía un serio problema. El problema de la cuestión financiera. Según los cálculos de Miguel, la venta de las joyas de Varvara no cubriría más que los gastos del viaje de ella, del niño y la niñera hasta Karlsbad. El coste de su estancia en esta ciudad no bajaría de los dos mil rublos anuales. Miguel, como es natural, no tenía un céntimo. Pero bien pudiera ser que Alejandro Bakunin, por más que desaprobara la actitud de Varvara para con su marido, adelantase, con cargo a la parte de herencia que correspondía a su hija, mil rublos al año. El afable Diakov, cuya voluntad era notoriamente débil, podría (o, en su defecto, su hermano) proveer el resto. Además, Varvara tal vez fuera capaz de subvenir a sus necesidades dando lecciones de música o escribiendo cuentos infantiles.[6]

Las negociaciones a base de los extremos que acabamos de apuntar seguían su curso cuando Alejandro Bakunin vino en conocimiento del propósito de Miguel de acompañar a su hermana al extranjero. Tal noticia provocó la cólera del anciano. Nuevamente creyó descubrir la mano de su hijo mayor en todas las desgracias de la familia. En el mes de diciembre le mandó a Miguel —que residía por aquellas fechas en Moscú— una extensa epístola (escrita por su esposa, signo de sus crecientes achaques) en la que recapitulaba el largo catálogo de sus cargos contra su hijo. Miguel había sembrado la discordia entre los hijos y los padres y destruido la fe con que los hijos los miraron siempre. Había hecho desviar del camino recto a sus hermanas, «atiborrando sus cerebros con las vitandas teorías de Saint-Simon bajo el disfraz de cristianismo». Había igualmente inducido a escapar del colegio a sus hermanos menores. Había, en fin, matado el amor que Varvara sintiera por su marido, al cual había libremente elegido, y ahora mismo la estaba incitando a abandonarlo. A modo de conclusión, Alejandro Bakunin conjuró a Miguel a que se convirtiera en «un hijo verdaderamente cristiano», o que renunciara para siempre a sus «filosóficas visitas» a Premujino. La situación en la finca solariega fue cada vez más tensa y más penosa, llegando las chicas a pensar, con razón o equivocadamente, que su padre estaba incitando a Diakov a que se opusiese al viaje de Varvara, o, peor aún, que la estaba obligando, con la amenaza de quitarle el niño, a volver a convivir con su marido. Miguel, comprendiendo que el poder del dinero era un factor decisivo, recurrió finalmente a la táctica conciliatoria. En el último día del año acudió, no a Premujino, sino a Kozitsino, donde vivían todavía sus dos tías solteras, y desde allí envió a sus padres una carta kilométrica (cuyo original se ha perdido, aunque nos queda de ella un borrador incom-

pleto que llena más de treinta páginas impresas) en la que recuerda su vida y las relaciones con su padre desde la niñez. Esa carta está escrita en un tono muy afectuoso; su texto aparece entreverado de citas bíblicas y termina con un llamamiento a sus padres «para que vuelvan a conceder su amor a los hijos y les ayuden a restablecer la concordia entre ellos y salvar entre todos a Varvara». [7]

Entretanto, Miguel estaba realizando desesperados esfuerzos para hacerse con los fondos necesarios para poder llevar a cabo su viaje al extranjero. Su esperanza mayor descansaba en Stankevich. Antes de su partida para Alemania, el pasado mes de agosto, había prometido pagar las deudas de Miguel hasta el orden de los mil rublos, correr con los gastos de su viaje hasta Karlsbad y entregarle mil quinientos rublos anuales mientras durara su permanencia en aquel país. El único inconveniente consistía en vencer los escrúpulos que el propio Stankevich sentía a la hora de pedir a su generoso padre tan elevadas sumas de dinero. Parece que esos escrúpulos fueron intensificándose después de su salida de Rusia, pues en febrero de 1838, ya en Berlín, escribió a Miguel que, en total, sólo podía poner a su disposición dos mil rublos, «y quizá menos», añadiéndole el poco grato consejo «de vivir más económicamente». En una carta posterior, fechada del mes de marzo, fue todavía más explícito y más descorazonador. Como no existía otro Mecenas en perspectiva, Miguel no tuvo otro remedio que remitir a una fecha más lejana la realización de su sueño. [8]

Durante el verano se experimentó cierto alivio en Premujino. Alejandro Bakunin se ablandó y accedió a que Varvara realizara el viaje, aunque no está muy claro si a la obtención de ese resultado contribuyó más el sentimental llamamiento de Miguel o su obligado abandono de la idea de acompañar a su hermana al extranjero. El hermano de Diakov sufragó con esplendidez la mayor parte de los gastos. Y Diakov salvó su vanidad imponiendo la condición de que él mismo debía acompañar a su esposa y a su hijo hasta Karlsbad, desde donde regresaría después a Rusia. Pero en el último momento, comprendiendo tal vez lo absurdo de su posición de marido consentido, los despidió en Petersburgo, en cuyo puerto embarcaron para Lübeck a mediados de junio. A Miguel le quedó cierta sensación de triunfo porque al fin había conseguido «la liberación» de Varvara, pero al mismo tiempo se quedó con la amarga decepción de no haber podido hacerse con los fondos necesarios para acompañarla en su viaje.

Todavía habrían de transcurrir dos años para que Miguel viera realizado su viejo anhelo de seguir el camino de su hermana hacia la «tierra prometida». Mas, llegados a este punto de nuestro relato, nos es necesario retroceder hasta los inicios del año 1837, cuando Miguel

residía en Moscú entregado a la depresión y a la desilusión determinadas por los acontecimientos que la visita de Belinski a Premujino trajo consigo.[9]

NOTAS

1. Kornilov, *Molodye Gody*, p. 293; *Sobranie*, ed. Steklov, I, 378-80; *Perepiska Stankevicha*, pp. 370-78, 503-26; Belinski, *Pisma*, I, 110.
2. Kornilov, *Molodye Gody*, pp. 306-9; *Perepisha Stankevicha*, p. 537.
3. Kornilov, *Molodye Gody*, pp. 67, 324; *Sobranie*, ed. Steklov, I, 202.
4. *Sobranie*, ed. Steklov, I, 448; Kornilov, *Molodye Gody*; 346; Belinski, *Pisma*, I, 248.
5. Kornilov, *Molodye Gody*, pp. 331-5; *Sobranie*, ed. Steklov, I, 396-8.
6. Kornilov, *Molodye Gody*, pp. 340, 351, 353-5; *Sobranie*, ed. Steklov, II, 133, 144.
7. *Sobranie*, ed. Steklov, II, 86-7, 90, 96-130.
8. *Perepiska Stankevicha*; pp. 631, 655, 659-60.
9. *Sobranie*, ed. Steklov, II, 138, 148, 186; Kornilov, *Molodye Gody*, p. 361.

6

HEGEL Y BELINSKI

El círculo de Stankevich, en los primeros meses de 1837, reflejaba la melancolía que se había apoderado de sus principales miembros. Stankevich estaba luchando con su intranquila conciencia en el asunto de Liubov. Belinski se sentía dolido por la humillación de que había sido objeto cuando su visita a Premujino, por el sentimiento de su propio desmerecimiento y por la necesidad (ahora que el *Telescope* había dejado de existir) de vivir a costa de sus amigos. Miguel, si bien no tenía ahora más escrúpulos en pedir dinero a quien quisiera prestárselo que en cualquier otro tiempo, se veía atormentado por el resquebrajamiento de su aplomo filosófico y comprendía que ya no le quedaba ninguna base firme en la que asentar sus ideas y su conducta. Veía claro que su «mundo exterior» estaba formado sólo de «sueños y de frases», a la vez que comprendía que su «vida interior» era «estéril y vana». El escepticismo se desquitó de su ilimitada fe del verano pasado. Hasta sus sentimientos de cariño hacia sus hermanas se habían vuelto «demasiado mezquinos, demasiado triviales, demasiado limitados». Diríase que el amor que por ellos sentía pertenecía más bien al mundo de la fantasía y de la ilusión. Pero, por naturaleza, Miguel no era presa fácil del pesimismo. Puesto que se trataba de una enfermedad filosófica, el remedio tenía que ser igualmente filosófico. Así, pues, el círculo abandonó a Fichte y se orientó hacia Hegel.[1]

Stankevich había realizado los primeros estudios de las obras de Hegel en el verano anterior, y en febrero de 1837 aparece el nombre de Hegel por primera vez en el texto de una carta de Miguel a sus hermanas. Éste comprendió, casi desde la primera ojeada, que la nueva doctrina le señalaba el camino de donde procedían sus presentes insatisfacciones, y con la prontitud que su ágil y aplomada inteligencia

le permitía se dedicó a propugnar entre sus hermanas y amistades la solución descubierta por él. Hegel le enseñó que en el desarrollo del hombre se distinguen tres fases o estadios: el del instinto, el del sentimiento y el del pensamiento. El estadio que había atravesado el año anterior bajo la guía de Fichte era el del sentimiento. Pero la armonía del sentimiento, que él había triunfalmente definido, era una armonía transitoria e ilusoria, puesto que sólo afectaba a lo más íntimo del alma y no tenía ni un mínimo contacto con la realidad. Esa armonía correspondía, por lo tanto, al período femenino de la educación del hombre. Pero el hombre tiene que penetrar en el mundo. La armonía interior tiene que enfrentarse con las «tormentas de la contradicción» y ser destruida para que el hombre pueda llegar, mediante el sufrimiento, a su propia resurrección a través del pensamiento. La «armonía del pensamiento» provoca la reconciliación entre el yo más íntimo y la realidad exterior. Por primera y única vez en su vida adquirió la creencia en el poder salvador del pensamiento. «Pensar, pensar, pensar...; esto es lo esencial», aseguró a sus hermanas, si bien, por otra parte, tuvo buen cuidado de explicar que el «pensamiento» germánico era algo muy distinto del «razonamiento» francés e infinitamente superior; tan superior como lo es el siglo diecinueve al dieciocho. [2]

Tanto Miguel como sus amigos no habían hecho más que rozar la superficie del saber hegeliano cuando en el mes de abril el círculo se dispersó. Stankevich marchó a la finca de sus padres, donde pasó el verano ultimando los preparativos para su viaje al extranjero en el otoño siguiente. Belinski, que no andaba demasiado bien de los pulmones, se fue al Cáucaso. Y Miguel regresó en el mes de junio a Premujino. En su casa, y en los intervalos que le dejaba libre su lucha por la «liberación de Varvara», se entregó al arduo estudio de Hegel. Sus cuadernos correspondientes a aquel año y al siguiente contienen detallados ensayos analíticos de esas lecturas. Tras resumir un texto sobre el sistema de lógica de Hegel, emprendió el estudio directo de las propias obras del maestro, empezando por la *Fenomenología del Espíritu.* Ese estudio le resultó abiertamente una decepción, por lo que poco después de empezado lo abandonó, sustituyéndolo por la *Enciclopedia.* En la introducción de esta obra leyó por primera vez aquella famosa afirmación que tantas controversias originó en Rusia y en todas partes: «Lo que es racional es real, y lo que es real es racional». Pero también el análisis de la *Enciclopedia* hubo de ser interrumpido antes de llegar a terminar la sección dedicada a la Lógica; y se entregó a la lectura de la *Filosofía de la Religión,* para volver a reanudar el estudio de la *Enciclopedia* y de la *Fenomenología* tres meses más tarde.

Procedimiento metodológico tan poco sistematizado demuestra por sí solo lo difícil que le fue a un discípulo tan afanoso como Miguel

llevar a término la tarea que él mismo se había impuesto. En efecto, aunque era un lector omnívoro y poseía un cerebro extraordinariamente despejado y receptivo, no era un estudiante nato. Puede afirmarse que nunca consiguió dominar completamente el sistema hegeliano. Sólo tomó de Hegel lo que hacía a su caso, adaptándolo a sus propias exigencias espirituales.

El romanticismo de Fichte le había fallado porque entrañaba una negación de la realidad exterior, realidad que se había obstinado en hacer acto de presencia cada vez que pretendió desentenderse de ella. Hegel no sólo aceptaba la realidad, sino que basaba todo el edificio de su filosofía sobre ella, y, triunfalmente, soldaba lo real con lo ideal. En sustancia, pues, nada se había perdido. El romanticismo de Hegel era más sutil —y no menos profundo— que el romanticismo de Fichte.

> No existe el Mal —anotó Miguel en sus cuadernos hegelianos—; el Bien está en todas partes. Lo único malo es la limitación del ojo espiritual. Toda existencia es vida del Espíritu; todo está penetrado del Espíritu; nada existe más allá del Espíritu. El Espíritu es el conocimiento absoluto, la libertad absoluta, el amor absoluto, y, en consecuencia, la felicidad absoluta.

Al reconocer la realidad, Hegel había tenido buen cuidado de salvaguardar las premisas románticas de la divinidad del hombre. [3]

El período hegeliano de la juventud de Miguel está indisolublemente ligado al nombre de Belinski. Y Belinski, por más tributo que pagara a la época romántica en que había nacido, no fue, como Miguel, romántico por hábito ni por temperamento. Había visto y había conocido, por experiencia propia, demasiadas cosas en la lucha por la vida para abrigar cualquier clase de fe aristocrática en el cultivo del *ego* interior como fin supremo de la existencia. Había sido momentáneamente seducido por la «armonía fichteana» de Premujino; pero después hubo de reprochar a Miguel el haber desterrado de su mente la idea del «valor de la experiencia y de la realidad» al enredarle en las mallas de «la abstracción fichteana». Con el cambio de Fichte a Hegel, Belinski pudo asentar nuevamente los pies en la tierra. No obstante, la ignorancia del idioma alemán le obligó a contentarse con un conocimiento de segunda mano de las fuentes de la sabiduría germánica, pero se aferró afanosamente a «la realidad», adoptándola como palabra clave del sistema hegeliano. Y mientras Miguel, llevado de su natural inclinación, creyó hallar en Hegel un romanticismo más noble y más elevado que en cualquier otro autor, Belinski, igualmente fiel a sus propias características, descubrió en él un baluarte de sentido común contra las románticas ilusiones de Fichte. [4]

Entre dos naturalezas tan distintas, el conflicto era, pues, inevita-

ble, aunque no llegó a estallar tan pronto como era de esperar. Belinski era demasiado modesto y apocado para mostrarse abiertamente ofendido ante las inexplicables humillaciones de que fue objeto por parte de Miguel durante las últimas semanas de su estancia en Premujino. Sus relaciones, cuando se reunieron de nuevo en Moscú, ya no fueron tan efusivas como antes; sobre ellas había caído un manto de tristeza y de depresión. Con todo, no sobrevino la ruptura, ni siquiera una disputa. A fines del mes de junio de 1837 Belinski, que se hallaba en Piatigorsk (Cáucaso), tuvo la iniciativa de escribirle a Miguel una larga carta, cuyo texto se ha perdido, en la que trató de diagnosticar la causa de su común «lapso». En aquellos días, Belinski sólo conocía muy superficialmente las obras de Hegel. Sin embargo, con o sin su ayuda, había descubierto que la causa del desasosiego consistía en el exceso de sentimiento a la vez que en no haberse conducido como cuadra «a un hombre honrado». Con todo, la carta no impresionó a Miguel favorablemente. Su aristocrática arrogancia se sentía ofendida por la libertad que Belinski se tomaba al tratar con él en un plano de igualdad y comparar los apuntes de los dos sobre la misma experiencia espiritual. Ya no tenía interés para él un «lapso» de hacía seis meses. Con cierta tardanza, le respondió informándole —por cierto que en un tono bastante altivo— de su «resurrección» por el estudio de Hegel. Se había «levantado para no volver a caer», dándose al mismo tiempo aires de superioridad sobre quienes se hallaban sumidos todavía en el cenagal de la duda.[5]

Esta carta provocó la primera revuelta de Belinski contra la dominación de Miguel, al sentirse mortificado por el descubrimiento (cosa que, por otra parte, pudo haber descubierto en Premujino el otoño anterior) de que en su amigo «el desprecio había sustituido al amor». El tono general de la carta, e incluso la ilegible escritura de Miguel, así como su descuidada ortografía, revelaba una evidente falta de respeto. Belinski contestó acto seguido formulando una extensa acusación contra tal actitud, acusación que dos meses después amplió con todo detalle a través de otra larga carta.

Miguel continuaba aún, lo mismo que en el período fichteano, viviendo su vida «interior», y precisamente ese «exceso de vida interior» le impedía ver el «sórdido» aspecto de su vida «exterior». Su costumbre de «ir gastando dinero que no había ganado», pidiéndolo prestado a sus amigos y a los amigos de su padre, constituía, a los ojos de Belinski, un ejemplo de aquella «sordidez». Porque cuando el mismo Belinski se veía obligado a pedir dinero prestado, no podía menos de sentirse profundamente humillado. Por el contrario, Miguel no experimentaba el más mínimo sentimiento de vergüenza ni sabía lo que eran escrúpulos. A esto hay que añadir que tampoco tuvo nunca la intención de pagar

las deudas que sin cesar iba contrayendo. Belinski le recordó su comportamiento con cierto conde llamado Stroganov. A raíz de su primer viaje a Moscú, a comienzos de 1836, Miguel había aceptado de Stroganov el encargo de traducir al ruso un texto alemán de historia, y transcurrieron más de doce meses sin que se le ocurriera empezar el trabajo. Y al recordarle Stroganov la obligación que había contraído, no se le ocurrió otra cosa sino dividir el libro en varios trozos que fue repartiendo entre sus amistades, hermanas y hermanos menores, o sea entre los que poseían algunos conocimientos de alemán. Como era de esperar, el procedimiento no dio resultado alguno. Miguel debía dinero a todo el mundo, y, por otro lado, necesitaba hacerse con los fondos suficientes para realizar su soñado viaje al extranjero. Había empezado la traducción, pero lo que nunca entró en sus cálculos era llevar él mismo a cabo todo el trabajo. A pesar de Hegel, Miguel no había conseguido hacerse todavía con una percepción exacta de la realidad.

«Lo mismo si lo crees que si no lo crees —le escribió Belinski—, existe una realidad exterior, realidad a la que te debes someter si quieres librarte de ella.»[6]

Contra lo que era de prever, las cartas de referencia tuvieron la virtud de tocar el punto más benigno del carácter de Miguel. Si bien rechazó la sugerencia de que «la precisión» en materia de «minucias» debía ser considerada una virtud por los filósofos, le entró cierto remordimiento en relación a cómo se había portado con Belinski, por lo que le escribió desde Premujino una larga «confesión». En un alarde de sinceridad reconoció que sus pecados eran tres veces más graves que los de su amigo. Y por vez primera le explicó la causa secreta de su conducta durante el pasado otoño: sus celos de Tatiana. Revelación que «afectó y excitó» profundamente a Belinski. Pero lo que más le conmovió fue que el hombre que siempre había sido su ídolo (por más que su admiración estuviera entreverada de odio) se humillara hasta este extremo ante un ser inferior, pues Belinski continuaba considerándose muy por debajo del nivel social e intelectual de Miguel. Se sintió, pues, consolado con tan palmaria explicación, aceptándola como un argumento suficiente para perdonar y olvidar la conducta, hasta ahora considerada como irresponsable, de Miguel en Premujino. Finalmente, quizá lo que más le halagó fue saber que él había sido capaz de producir a las chicas de Bakunin la suficiente impresión como para despertar los celos de su hermano Miguel. La correspondencia iniciada bajo tan poco prometedores auspicios resultó un sedante efectivo. Los problemas de «la realidad» y de «la precisión» fueron abandonados. Cuando a principios de diciembre Miguel y Belinski se encontraron en Moscú, se desarrolló entre ambos amigos una escena de reconciliación en extremo sentimental. Y los dos meses siguientes pueden considerarse

como el período de su más íntima amistad. Pero fueron el preludio de una inminente tempestad.[7]

* * *

Los acontecimientos «exteriores» correspondientes al referido período fueron pocos y de escasa importancia. A su llegada a Moscú, Miguel se hospedó en la magnífica mansión de los Ievashov, donde tenía que ejercer las funciones de preceptor del hijo de la casa. Pero su colocación, como todas sus actividades encaminadas a ganarse la vida por sus propios medios, fue de corta duración. De acuerdo con sus mismas manifestaciones, Miguel sentía la nostalgia de Premujino, y al propio tiempo no se resignaba a separarse de sus amigos de Moscú. Al cabo de una semana justa, ya no pudo soportar más aquella vida de preceptor, mudándose al alojamiento de Belinski, en el que pasó el resto del invierno. En el mes de enero de 1838 vivía en Kozitsino, desde donde urdía intrigas para conseguir la «liberación» de Varvara. En febrero hizo una visita a la casa de campo de las Beyer, donde se vio envuelto en otra de aquellas complicaciones sentimentales hijas de su insensibilidad para con las necesidades de la feminidad normal, es decir, de la condición de la mujer individualmente considerada.[8]

La mayor parte del tiempo de esa visita transcurrió en una atmósfera bastante agradable, dedicándose a la lectura de Bettina von Arnim, de Lutero y del *Egmont* de Goethe. El enamoramiento que tres años atrás había tenido tan desazonada a Natalia, estaba ya completamente apagado. Pero ahora Alejandra nuevamente sucumbió a tan peligrosa proximidad. Más sincera y valerosa que su hermana, en el último día de la estancia de Miguel en su casa, le hizo una franca declaración de amor.

Estaba ante ti silenciosa como ante el mismo Dios —le escribió después—. En Él estaba sumido todo mi ser. Tal vez tú también fuiste capaz de leer en mi alma, pero me mirabas con tristeza y parecía como si me dijeras: «Yo no puedo aceptar tu amor».
En tus ojos leí la triste sentencia y me alejé... No quise que vieras los míos llenos de lágrimas. Pero al mismo tiempo no podía permanecer lejos de ti. Volví y me acerqué donde tú estabas, pegada a tu puerta, deseando ardientemente apretar mi cuerpo contra el tuyo, estrechar tu mano, coger tu cabeza e inclinarla sobre la mía.

Fuera por lo que fuere, Miguel se quedó menos desconcertado por la clara postura de Alejandra que por los histéricos berrinches de Natalia. Como ya lo había hecho anteriormente, por medio de una carta dirigida a ambas hermanas le contestó en tonos alegres:

Mi celosa esposa (es decir, la Filosofía) te saluda, Alejandra, y me encarga que te diga que osas olvidar que ella es la única que tiene derecho a mi amor.

Pero no por ello interrumpió su apasionada correspondencia, por lo que dos años más tarde todavía le escribió que su «mundo interior» tenía necesidad de hallar un «desagüe, un eco», cosa que había encontrado en ella. Esta vez las efusiones de Miguel arrancaron un grito de amargura del corazón de la muchacha, grito envuelto en una sinceridad que Miguel no había hallado en ninguna de sus humildes adoradoras.

¿Es que tú nunca podrás comprender a una mujer tal como ella es en realidad? ¿Es que tú no ves que, a menos que esté armada en todo momento contra sí misma contra la natural inclinación de su corazón, una mujer no puede continuar manteniendo unas relaciones como las que mantengo yo contigo?

Pero esta protesta no duró más que lo que dura un fugaz resplandor. Miguel fue inexorable; siguió escribiéndole como siempre, sin ningún perceptible cambio de tono, hasta el momento de su salida de Rusia.[9]

La súbita declaración de amor de Alejandra Beyer parece que excitó alguna fibra del corazón de Miguel, o por lo menos le hizo comprender la anomalía de su propia condición, porque inmediatamente después de su regreso a Moscú realizó otra de aquellas tentativas que encontramos esparcidas, como piedras miliarias, a lo largo del camino de su juventud. Trabó amistad con otra lejana prima suya llamada Sofía Muraviev, y «algo se agitó en su interior..., muy seriamente esta vez». Pero hubo de rogar a sus hermanas que no dijeran ni una palabra de ello a las Beyer, quienes «se pondrían hechas unas fieras contra él». Un mes después todavía no estaba seguro de si estaba o no enamorado, porque el hombre es una «extraña, engañosa criatura». El destino, anotó medio irónicamente, quizás algún día «decida unirle a una *damisela*». Pero todavía está muy lejos de haber hallado al «verdadero amor». Después la bella Sofía se esfumó —como las tres bellas hijas de la otra Muraviev, o como la todavía más bella María Voyekov— en el limbo del olvido. Aquéllas no eran cosas que pudieran ocupar seriamente la atención de un Miguel Bakunin.[10]

Durante ese tiempo en lo que de veras se ocupaba Miguel era en iniciar a Belinski en los secretos de la ciencia de Hegel. Desde su regreso del Cáucaso, Belinski se hallaba sumido en el estudio de Hegel, en compañía de Katkov, quien también era miembro del círculo. Pero desde que llegó Miguel, se apartó de todo otro profesor que no fuera su amigo. El ascendiente de Miguel quedó, pues, triunfalmente restable-

cido, y por espacio de varias semanas los dos amigos anduvieron a vueltas con Hegel.

Nunca vi en ti tanto amor —escribió Belinski dspués—, tanta nobleza de carácter, tanta amplitud en el vuelo de tu espíritu, tanta poseía, tal calidad leonina en tu personalidad —tanto interior como exterior— como en aquellos días. Este recuerdo permanecerá vivo siempre en mi corazón, y, en ese aspecto, seguirás eternamente vivo dentro de mí.

El tributo de Miguel, si bien matizado de condescendencia, no fue menos sincero. «Mi Vissarión ha renacido nuevamente —escribió en febrero a sus hermanas—; es un hombre excelente, un alma grande.» [11]

El nivel más elevado de tan dispar amistad fue alcanzado en el mes de marzo de 1938. En ese mes, un acomodado impresor de tendencias liberales adquirió un periódico que iba a la deriva —el *Observador de Moscú*—, portavoz hasta entonces de opiniones tradicionalistas, y aun reaccionarias, y ofreció la dirección a Belinski. Para éste, privado desde la desaparición del *Telescope* de toda ocupación periodística y por lo tanto de todo ingreso monetario, semejante ofrecimiento fue como si se le hubiera abierto el cielo; no hay que decir que le ofreció inmediatamente a Miguel una colaboración regular.

El color, de una amarillez otoñal de la cubierta, fue sustituido por el verde, el color de la esperanza. El primer número publicado bajo la nueva dirección —con fecha del mes de marzo, si bien no apareció hasta mediados de abril— insertaba la traducción, hecha por Miguel, de tres de las conferencias de Hegel, precedidas, a modo de introducción, de un artículo firmado. Éste fue el primer trabajo original de Miguel que vio la luz pública en letras de molde.

Su artículo venía a ser, como era inevitable en ese período de la vida de Bakunin, un canto en honor de la realidad hegeliana. En los cuadernos de notas, así como en las cartas a sus hermanas del año anterior, Miguel había ponderado con ardor los aspectos idealistas y románticos de la doctrina hegeliana. Pero ahora el entusiasmo suscitado por el eslogan de «la realidad racional», reforzado por la influencia de Belinski, le situó en una nueva y sorprendente posición. La autoridad, declaró, había sido definitivamente destruida por la Reforma. Descartes había echado los cimientes de una nueva filosofía basada en el «ego». Los descendientes directos de Descartes eran, en Alemania, Kant y Fichte. Los fines de sus sistemas eran «la destrucción de toda objetividad y de toda realidad, y la concreción del abstracto y vacío "ego" en egoísta autocontemplación». En Francia, la filosofía del siglo dieciocho, basada en el divorcio entre el «ego» y la realidad, había desembocado en «el materialismo, en el triunfo de la carne desprovista de espíritu». La Revolución francesa fue la secuela de aquella «perversión espiritual», porque «donde no existe religión no puede haber Estado». En su exégesis, Miguel se refirió también a Rusia, donde la epidemia de la irrealidad era igualmente general.

Sí, la felicidad no estriba en fantasías ni en sueños abstractos, sino en la realidad viva. La rebelión contra la realidad significa ahogar dentro de uno la fuente de la vida.. Hay que esperar que la nueva generación se reconcilie con nuestra bella realidad rusa, y que nuestros compatriotas, abandonando toda huera pretensión de convertirse en genios, sientan al fin la legítima necesidad de convertirse en reales y verdaderos rusos.

En este período Miguel no sentía ningún interés por la política. Sin embargo, la brumosa diatriba que acabamos de citar, y que puede ser tildada de todo menos de revolucionaria, es evidente que contenía el germen de una doctrina de conservadurismo político de la más extremada especie. «Lo que es racional es real, y lo que es real es racional.» El propio Hegel, que empezó siendo un acérrimo idealista, había acabado propugnando la aceptación de la Iglesia y del Estado divinos. Es de toda evidencia que en el mes de marzo de 1838, lo mismo Miguel que Belinski andaban tras las huellas de Hegel, y resultaba muy difícil afirmar (hasta los testigos contemporáneos disienten al respecto) quién de los dos era el dirigente y quién el dirigido. Belinski, impetuoso e inflexible, siguió aquel pedregoso camino hasta el final, y escandalizó a sus amigos radicales al salir en defensa de la realidad racional del Estado ruso. Miguel, rebelde nato y romántico apasionado, se salvó de correr la misma suerte. Su fidelidad a la ortodoxia no duró mucho tiempo; sólo la mantuvo durante un corto período de su vida, y no deja de ser humorística la coincidencia de que precisamente fuera en ese período cuando escribió su primer trabajo literario original. Un violento altercado con Belinski, en cuya génesis tuvo muy poco que ver la filosofía, fue la causa del rompimiento de las relaciones filosóficas, y hasta personales, de los dos amigos. [12]

La génesis de esa disputa no resulta difícil de descubrir. Mientras Miguel llevó sobre sus hombros el manto del profeta y Belinski se contentó con la humilde postura de discípulo, su amistad fue indestructible. Pero al trocarse los papeles, convirtiéndose Belinski en director y en mero colaborador suyo Miguel, la nueva situación se hizo insostenible para éste. La vanidad de autor no constituía una suficiente compensación a tal correlación de valores. Y su ilusión de escribir para el *Observador de Moscú* artículo tras artículo sobre la filosofía hegeliana se desvaneció. Por lo que hubo de comunicar a Belinski que él había llegado a la conclusión de que, en el estado actual

—amorfo y embrionario— de sus opiniones, ellos «no tenían derecho» a publicar un periódico, y en consecuencia era preciso abandonar el ya iniciado proyecto. Parece que Miguel dio por supuesto que su influencia sobre Belinski seguía prevaleciendo todavía sobre todas las demás, y por lo tanto bastaba con pronunciar el veredicto que acabamos de transcribir para que inmediatamente se aceptase. Pero la verdad es que esta vez Miguel había llegado tarde.

Un mes antes —le escribió Belinski más adelante— tal decisión me ubiera dejado perplejo. Pero entonces se abía operado ya en mi corazón una notable evolución espiritual, y me había dado cuenta de mi propia independencia y de mi propia realidad (sí, de mi propia realidad, Miguel).

Tenía plena conciencia del «fuego y de la energía» que en su interior se habían encendido y de que ya había «hallado la fuerza suficiente para apoyarse en sí mismo». Los días de su patrocinio habían terminado. Con valentía informó a Miguel que de allí en adelante se proponía «vivir su propia vida; vivirla con independencia de criterio y de acuerdo con su propio modo de ver las cosas». Miguel recibió esta declaración de independencia con desprecio y rencor a la vez. Su réplica consistió en organizar lo que Belinski llamó una «coalición separatista» entre sus amigos comunes, y dejó de escribir para el *Observador de Moscú*. [13]

Y ahora ha llegado el momento de presentar en escena a un personaje que sólo tiene una importancia secundaria en la biografía de Bakunin. Se trata de Vasili Botkin. Botkin era hijo de un próspero comerciante de té. Pero como la plutocracia no había sido todavía objeto de reconocimiento a comienzos del siglo XIX, Botkin era considerado socialmente inferior, no sólo a Bakunin y a Stankevich, sino hasta al mismo Belinski, que era hijo de un profesional. Botkin no había cursado estudios universitarios, pero en la escuela se le despertó una sed inextinguible de arte, de música y de literatura. Un año de viajar por Alemania, Francia e Italia le había servido para redondear su educación. En 1836 fue presentado por Belinski al círculo de Stankevich, donde sus dotes polifacéticas, su calva precoz, su chaqueta de terciopelo, su risa bonachona y sus repetidas disculpas por lo que dijera o hiciera le granjearon —no sin cierta amable condescendencia— el afecto de todos. Después de que Belinski, en la primavera de 1838, se sacudió el yugo de las lecciones de Miguel, éste eligió como candidato a la sucesión al respetuoso Botkin, quien tenía una ventaja que no se podía desdeñar: era casi el único miembro del circulo que disponía de fondos. Así, pues, al separarse de Belinski, Miguel estableció su nuevo domicilio en casa de Botkin. Pero el éxito de se-

mejante medida, que por la docilidad de Botkin parecía tener asegurado, duró poco tiempo. Muy pronto Miguel dio señales de impaciencia. El afable dilettantismo de su anfitrión resultó ser un desdichado sustituto de la penetrante e incisiva inteligencia de Belinski, por lo que, cuando en el mes de mayo Miguel dejó Moscú y se fue a Premujino con el objeto de despedirse de Varvara, las relaciones con Botkin, lo mismo que la amistad con Belinski, estaban ya al borde de la ruptura. [14]

Poco después de la marcha de Miguel a Premujino, su madre llegó a Moscú con dos de sus hermanas menores, y Belinski se puso en contacto allí con ellas. Su amor por Alejandra había permanecido punto menos que inalterado, y ahora se daba cuenta de que la emoción que le causó la vista de las dos hermanas no podía coexistir en su generoso e impulsivo corazón con la animadversión que sentía por su hermano. Así, pues, imbuido del sentimiento de su reciente emancipación, escribió a Miguel que por su parte ya no existía ningún motivo para continuar disgustados. Aunque ya era capaz de estimar, respetar y comprender a su amigo con independencia moral e intelectual, por el tono de su carta se adivinaba el potente hechizo que la personalidad de Miguel ejercía todavía sobre él.

Sí, ahora te aprecio y estimo tal como eres; te quiero a pesar de tus defectos, de tus limitaciones; me place recordar tus manos, tus largas manos, con las que, con elegante gesto, azotas el aire en los momentos de distensión y con una de las cuales (en este momento no recuerdo si es la derecha o la izquierda), tan pintoresca como expresivamente, sueles doblar el dedo mayor para probarme y demostrarme que no poseo la facultad de pensar en abstracto... «ni un tanto así». Te quiero por tu cabeza rizada (ese almacén de sabiduría) y por la pipa que acostumbras apretar entre tus labios. Miguel, quiéreme, también, tal como soy. Haz votos para que alcance la perfección suprema; ayúdame en mi camino hacia mi alto destino y no me castigues con tu altivo desprecio si no llego a alcanzarlo.

A la hora de emprender su regreso a Premujino, la madre y las hermanas invitaron a Belinski y a Botkin a ir con ellas. Pero esa visita, que transcurrió bajo la sombra del inminente desenlace de la enfermedad de Liubov, no produjo ningún cambio perceptible en las relaciones entre los amigos. Belinski se sintió desasosegado y como aturdido; Miguel permaneció todo el tiempo silencioso e indiferente. «Aquello no era una paz —escribió Belinski por aquellos días—; era sólo un armisticio mal remendado.» A primeros de agosto de 1838 y pocos días antes de la marcha de los visitantes, el fallecimiento de Liubov hizo olvidar, temporalmente, todo otro recuerdo. [15]

Pero Belinski, igual que Jacob en su pugna con el ángel, estaba

decidido a continuar la lucha entablada con su enemigo. Incluso ahora no había logrado superar su inveterado complejo de inferioridad. Y se propuso conquistar el reconocimiento del derecho a ser tratado por Miguel de igual a igual. Prefería el conflicto abierto a la fría indiferencia. «Es mejor romper abiertamente las relaciones a que continúen estancadas en un terreno falso.» En septiembre Belinski escribió a Miguel tres largas cartas, que él mismo calificó de «disertaciones». Una de ellas se conserva, aunque incompleta, y llena casi treinta páginas de la colección de su correspondencia. Esta carta empieza con una fervorosa defensa de la realidad. «Sólo, y trabajando con absoluta independencia en la fragua de mi alma, he logrado captar el significado de la magnífica palabra realidad... «¡Realidad!», repito al levantarme, al acostarme y a todas las horas del día y de la noche.» No retrocedía ante ninguna de las consecuencias de la más estricta aplicación de la doctrina hegeliana. «La realidad es un monstruo con garras y mandíbulas de hierro. A quien no se le entrega de buen grado, lo agarra y lo devora.» Y volviendo al caso particular de Miguel, hay quien «comprende —dice— admirablemente, en teoría, lo que es la realidad, pero en la práctica vive fuera de ella». El principal defecto de Miguel era «el idealismo y la falta de sencillez..., frutos del premeditado repudio de la realidad viva y de su sustitución por el pensamiento abstracto». Aquí trata un tema muy rara vez sacado a relucir en las conversaciones entre Miguel y sus amigos. «Realmente, tú no has vivido en absoluto, y por lo tanto no sabes todavía lo que todo el mundo sabe perfectamente sin necesidad de haber ido a la escuela: el acto de la vida, el cual es en sí mismo un misterio, incluso si se considera aparte de ese sentimiento que se llama amor.» Belinski parece que fue el único entre todos sus contemporáneos que tuvo la suficiente perspicacia para relacionar la índole peculiarmente abstracta y escolástica de la actitud de Miguel hacia los demás con su carencia de experiencia sexual.

En los pasajes finales de la carta de referencia, Belinski se aventura en un terreno todavía más delicado. En la tensa atmósfera emocional que rodeaba a las muchachas de Bakunin, Miguel no había sido la única víctima de los celos. Belinski sentía una viva envidia al comprobar el incuestionable influjo que Miguel ejercía sobre ellas. En el calor de la controversia, desató un ataque frontal contra esa influencia. Miguel había pervertido, en nombre de la filosofía, el sentido que de la realidad tenían sus hermanas; había destruido su vida al sustituir en ellas los sentimientos reales —naturales— por la descarnada teoría.

Tú las has conducido al reino de la idea y les has comunicado una nueva vida. Pero me asisten poderosas razones para creer que ellas desean muy de veras zafarse de esa esclavitud. Antes de conocer el alcance de la idea abstracta, es lógico que todavía no hubiesen experimentado aquel deseo, debido, sencillamente, a que estaban poseídas del sentimiento de sumisión a la Providencia. Y creo que esta postura mental todavía era preferible a la que tú las has empujado a adoptar.

Siempre refiriéndonos a la carta que nos ocupa, Belinski se burla de los supuestos progresos filosóficos de las muchachas. «Las piedras angulares de su conocimiento son estas dos palabras mágicas: Dice Miguel...» Y Belinski expresa, de manera cáustica, la esperanza de que algún día «esa pomposidad doctoral del pensamiento, que tan mal les sienta, se les caiga de los hombros y vuelvan nuevamente a su prístina, sagrada y deliciosa sencillez». [16]

Miguel, que nunca toleró la crítica, debió de encajar muy mal semejante ataque a su filosofía y a su propia persona. Pero lo que realmente provocó su furia fueron precisamente estos últimos pasajes, por los que se sintió herido en dos de sus puntos más sensibles: la apasionada admiración por sus hermanas y su vanidad de profesor. Ahora sí que no tendría ninguna clase de piedad. La extensa y sañuda réplica de Miguel se ha perdido, pero se sabe de cierto que les aseguraba a sus hermanas que le había administrado a Belinski «tal tunda en las espaldas y en otras partes del cuerpo, que estaría rascándose mucho tiempo». En la contrarréplica de Belinski aparecen algunas citas de la carta en cuestión que nos permiten inferir que Miguel no sólo refutó los ataques, tanto los dirigidos a sus hermanas como los que se le dedicaron a él, sino que hubo de rebatir en su totalidad el giro que Belinski había dado a «la realidad racional». Queda, pues, bien claro que Miguel continuaba siendo un perfecto hegeliano. Y por lo tanto es natural y lógico que, en su interpretación de Hegel, arremetiera con fiereza contra el «monstruo con garras y mandíbulas de hierro» de Belinski, saliendo nuevamente por los fueros del «idealismo» y del «pensamiento libre e independiente». La redacción de su contrarréplica se le llevó a Belinski unos quince días, ocupando casi cincuenta páginas de letra de molde. Esa carta puso fin a la inestable amistad de esa pareja tan vehemente como mal acoplada. Un año más tarde, cuando ya se habían cicatrizado sus heridas, nuevamente volvieron a encontrarse. Pero su mutua atracción y recíproca influencia habían pasado ya a la historia. Belinski se había emancipado definitivamente de la tutela de Miguel, y, a la vez había emancipado a Miguel del ortodoxo y estrecho concepto de la realidad hegeliana, del que él mismo había estado a punto de convertirse en esclavo. Cuatro años más tarde, sometido a nuevas y distintas influen-

cias, Miguel hubo de interpretar a Hegel en un sentido completamente distinto.[17]

Belinski fue el más inteligente, y quizás el más cordial, de todos los amigos que tuvo Miguel en su primera juventud, y sus cartas contienen los comentarios más penetrantes que hasta nosotros han llegado, tanto sobre la reciedumbre como sobre las flaquezas de la personalidad de Miguel. Belinski tenía plena conciencia de ambas. «Vivir contigo en la misma habitación —escribió en los momentos críticos del conflicto surgido entre los dos— equivale a reñir continuamente contigo.» Y más tarde: «Vivir con ese hombre supone progresar constantemente en el camino del pensamiento..., así como ir adquiriendo una diabólica capacidad de comunicar ideas a los demás.» Tal contradicción no fue nunca resuelta, y Belinski siguió revoloteando entre «el amor más próximo al odio y el odio más próximo al amor». Otras dos citas extraídas de su correspondencia vendrán a completar tan complejo cuadro. La primera está tomada de la contrarréplica a Miguel, de octubre de 1838:

> Fuerza, potencia indisciplinada; inquieta, excitable, profunda desazón espiritual; incesante empeño en conseguir algún distante objetivo; insatisfacción por el presente...; ímpetu en la generalización, sin tener en cuenta ninguna clase de consideración personal...; tal es tu carácter. A eso puedes añadirle, si me lo permites, una carencia absoluta de cordialidad, de afabilidad, de ternura en el trato con los que te rodean. Por ello has podido repetir una y otra vez: «Bueno, si hemos de separarnos, separémonos ya»; o esto otro: «Si no te gusta, déjalo», etc., etc. De este modo, has estado aplastando a todo el mundo con tu peso, por lo que resulta difícil que ninguna persona corriente llegue a quererte.

El segundo pasaje, extractado, procede de una carta a Stankevich:

> Un hombre maravilloso, una naturaleza honda, primitiva, selvática...; eso no se le puede negar. Ahora bien, sus exigencias, su infantilismo, su fanfarronería, su falta de escrúpulos, su doblez y mala fe...; todo esto contribuye a que sea imposible que su amistad persista. Quiere a las ideas, no a las personas. Quiere dominar con su personalidad, pero no quiere amar.[18]

NOTAS

1. Belinski, *Pisma*, I, 109; *Sobranie*, ed. Steklov, I, 358, 386; II, 18, 78.
2. *Perepiska Stankevicha*, p. 624; *Sobranie*, ed. Steklov, I, 408; II, 185.
3. Kornilov, *Molodye Gody*, pp. 389-93, 396.
4. Belinski, *Pisma*, I, 227-8.
5. Belinski, *Pisma*, I, 77, 105-6, 125.
6. Belinski, *Pisma*, I, 107, 117, 148-9, 153, 173.
7. Belinski, *Pisma*, I, 157, 164, 177.
8. *Sobranie*, ed. Steklov, II, 80.
9. *Sobranie*, ed. Steklov, II, 141, 147, 232; Kornilov, *Molodye Gody*, pp. 593, 605.
10. *Sobranie*, ed. Steklov, II, 142, 161-2.
11. Belinski, *Pisma*, I, 293; *Sobranie*, ed. Steklov, II, 142.
12. *Sobranie*, ed. Steklov, II, 154, 163, 166-78.
13. Belinski, *Pisma*, I, 278, 294.
14. Pypin, *Biografiya Belinskogo*, pp. 135-7; Belinsky, *Pisma*, I 127-8, 196, 271, 295-6.
15. Belinski, *Pisma*, I, 190-92, 296-9.
16. Belinski, *Pisma*, I, 227-55, 259, 299-300.
17. *Sobranie*, ed. Steklov, II, 204, 212-13; Belinsky, *Pisma*, I, 259-307.
18. Belinski, *Pisma*, I, 204, 297, 307; II, 6.



7

HUIDA

En el intervalo de veinte meses entre la desavenencia de Miguel con Belinski y su partida para Berlín, no hallamos traza alguna que nos permita seguir de cerca su evolución espiritual. El estado mental de Miguel en esos veinte meses fue de acusado desaliento. Con la desaparición de Liubov y la ausencia de Varvara, Premujino perdió para él la mitad de sus atractivos. Las posibilidades de galanteo filosófico con las hermanas Beyer se hallaban del todo exhaustas. Además, el círculo de Stankevich ya no existía. Con Belinski, había desaparecido el único miembro de esa inquieta colectividad cuya compañía hubiera podido servirle de estímulo y de ejemplo. Hasta su ingénita pasión por la enseñanza y la confianza en su capacidad como profesor le habían abandonado, síntoma en extremo alarmante.

> Ya no me atrevo a enseñar a los demás —hubo de confesar a sus hermanas—. Yo mismo tengo necesidad de que se me instruya. Mientras traté de impartir mis conocimientos a otros, toda una hueste de enemigos fue penetrando solapadamente en mi alma, y ahora me veo en la necesidad de ahuyentar a esos enemigos.[1]

Embargado por tales pensamientos, Miguel trataba por todos los medios de convertirse en un estudiante aplicado y eficiente. Dado que ya no le quedaba en Moscú otro amigo que Botkin, esa ciudad había perdido todo aliciente para él. Por lo que, por vez primera desde los tiempos de su infancia, pasó la mayor parte del invierno en Premujino. Y todavía, más adelante, había de encontrar otro motivo para prolongar su permanencia en la casa paterna. La muerte de Liubov había supuesto un doloroso golpe para toda la familia, ante lo cual

Miguel comprendió que sus padres necesitaban de alguien que «les ayudara a resolver los asuntos familiares», y, en consecuencia, adoptó la decisión de «sacrificarse en aras de la paz espiritual de sus padres y del bienestar de sus hermanas y su hermano». En el transcurso de aquel invierno, colaboró en la instalación (realizada, desde luego, por mano esclava) de una pequeña factoría de papel en Premujino. Previsoramente, Miguel había calculado que los beneficios, en adelante incrementados por tal mejora, que la factoría rendiría permitirían la financiación de su proyectado viaje a Berlín, por lo que se afanó en cultivar las buenas relaciones con su padre. Su actitud hacia éste fue desde entonces, según sus propias palabras, «afectuosamente respetuosa y al mismo tiempo firme». Estaba dispuesto a sacrificarlo todo, excepto su «*inextinguible sed de saber...; sed que constituye la base fundamental y la íntima esencia de toda mi vida espiritual*» (El subrayado es suyo).

En sus cuadernos de notas de aquel período, se hallan registradas, casi por completo, las fuentes en las que Miguel apagó su inagotable sed de saber. Abierto de nuevo su apetito intelectual, a efectos del prolongado duelo sostenido con Belinski, continuó, de forma extensiva aunque no sistematizada, los iniciados estudios de Hegel.

Pero su mente, siempre inquieta, tuvo poco después que emprender la exploración de campos más vastos. Por espacio de dos largos meses anduvo a vueltas con la gramática griega, con la intención de poder leer en su idioma original a los filósofos de la antigüedad clásica. A tal efecto, elaboró una lista de varios tratados de religión, entre los que no faltaba la en aquel tiempo famosa obra de Neander, *Historia de la Iglesia Cristiana*, amén de bastantes textos de historia antigua, como también la *Historia de la civilización francesa*, de Guizot. En una lista de lecturas que redactó en mayo de 1839 hallamos las *Leyes de Manu*, el *Corán*, las obras de Locke, una gramática inglesa y un tratado de cálculo diferencial. Lo que no podemos saber es si llegó a leer esas obras, o por lo menos alguna de ellas. Igualmente ignoramos si leyó la *Decadencia y desaparición del Imperio romano*, de Gibbon, obra a la que hace también referencia en alguna de sus cartas. Con todo, después de hechas las oportunas deducciones, existe la suficiente evidencia de que Miguel llevó a cabo en aquellos días una copiosa y variada lectura, lo que supone la realización de un considerable esfuerzo de concentración mental. Por lo tanto no puede haber demasiada exageración en la afirmación de Miguel cuando dice que se pasaba los días «estudiando desde la mañana hasta la noche obras cuya lectura me resultaba en extremo difícil y laboriosa, teniendo en cuenta que mi educación militar y mi anterior pereza habían dejado vastas lagunas en mis conocimientos». [2]

Tan heterogéneas lecturas aparecen reflejadas en el pronunciado tinte de eclecticismo que caracteriza su filosofía. Nuevamente se entregó ahora al estudio de Schiller, a quien en los días de su extremado hegelianismo había rechazado por parecerle demasiado abstracto y sentimental. También leyó una biografía de Fichte, saludando una vez más a su antiguo maestro como a un «verdadero héroe de nuestro tiempo» y ensalzando su facultad de «mantenerse apartado de toda circunstancia accidental y exterior, así como de la opinión de los demás en todo cuanto se refiere a su constante e incansable marcha hacia la meta que se ha señalado». Pero el más importante de sus nuevos descubrimientos fue la *Vida de Jesús*, de Strauss, quien, al sustituir un Cristo sobrenatural por otro histórico, desató una revolución en el dominio del pensamiento germánico.

Por aquellos días Miguel tuvo noticia de que los hegelianos de Alemania «se habían escindido en dos grupos»: un ala izquierda, partidaria de Strauss, y una derecha que lo combatía «duramente». Miguel militaba aún en este último campo. A través de Botkin, que le mandó un ejemplar del *Halische Jahrbücher*, órgano oficial de la «Izquierda Hegeliana», Miguel tuvo conocimiento de la existencia de Ludwig Feuerbach, acérrimo hegeliano que acaudillaba una ofensiva contra la religión revelada y andaba en busca de las bases materialistas de la religión y de la filosofía. A Miguel esas ideas tuvieron que parecerle en extremo paradójicas, a más de oscuras e incomprensibles. Como permanecía firmemente aferrado al ala derecha del movimiento hegeliano, se creyó en el deber de advertir a sus hermanas que aun siendo, como era, un admirador de Strauss, «no creyeran todo lo que Strauss decía». Este momento de su evolución filosófica merece ser retenido en la memoria porque fue ahora cuando se dio cuenta por primera vez de que Hegel y sus discípulos estaban propensos a convertirse en verdaderos campeones de concepciones revolucionarias. [3]

Con la excepción de dos cortas visitas a Moscú acompañado de Tatiana, en los meses de diciembre y marzo, y durante las entrevistas que tuvo con Botkin y evitó encontrarse con Belinski, Miguel permaneció ininterrumpidamente en Premujino, absorto en sus estudios, hasta el mes de julio de 1839. Luego, la necesidad de algún estímulo exterior fue tan apremiante que decidió marchar a Petersburgo, adonde no había vuelto desde el bochornoso final de su carrera en la Escuela de Cadetes de Artillería, hacía ya más de cinco años. La causa, o el pretexto, de su viaje es curiosa. Se propuso realizar gestiones para la consecución del divorcio de Varvara, y en este sentido le escribió a ella en la víspera de su salida asegurándole que «haría todo lo posible por conseguir su liberación». El proyecto era fantástico. De acuerdo con las leyes del país, el divorcio no fue nunca fácil en Rusia, a me-

nos que se contara con influencias políticas, y Miguel no podía recurrir a tales influencias si no contaba con la colaboración de su padre. Alejandro Bakunin (a quien, como era habitual en él, no había informado previamente de su proyecto) se enteró después de su partida, y le escribió una nueva y severa epístola.

He de manifestarte que me ha dolido mucho el que tú, antes de salir para Petersburgo, no me hayas dicho una sola palabra de tus propósitos, porque tal vez yo hubiera podido darte algunos consejos útiles... Tus gestiones no pueden obtener resultado alguno. Pensé escribirle a Varvara sobre el particular, pero por experiencia sé que mis consejos no habrían servido de nada. [4]

A pesar de su resultado negativo, el desplazamiento a San Petersburgo produjo efectos lo suficientemente agradables como para inducir a Miguel a permaneecr por espacio de más de cuatro meses en esta ciudad. El mismo día de su llegada se topó con Sergio Muraviev, primo lejano suyo, de su misma edad y a quien había conocido durante su anterior estancia en la capital. Muraviev le invitó a vivir en su casa, y Miguel aceptó encantado la invitación. En San Petersburgo visitó varias veces a su hermano Nicolás, quien le había sustituido en la Escuela de Cadetes de Artillería y al que casi no había vuelto a ver desde los días de la niñez. Nicolás era, pues, un desconocido para él. Visitó también a sus numerosos parientes de San Petersburgo, entre los que se contaba Nicolás Muraviev, cuya hospitalidad había disfrutado a menudo durante los últimos meses de su vida como cadete. El anciano le dispensó la cálida acogida de siempre, pero al enterarse Miguel de que sus tres hermosas hijas estaban ausentes no volvió a aparecer por allí. Días después se puso en contacto con Dubbelt, jefe del Tercer Negociado de la Cancillería Imperial y en cuya amplia jurisdicción entraban los asuntos relativos al divorcio. Trabó, además, conocimiento con Kraevski, el emprendedor y activo director de la popular revista mensual *Notas de la Patria*, quien favorablemente impresionado por el talento del joven Bakunin, se apresuró a invitarle para que escribiera una serie de artículos sobre filosofía con destino a ser publicados en la revista de su dirección. Nuevamente volvió a aparecer ante Miguel la visión de una lucrativa fuente de ingresos, e inició inmediatamente la tarea de redactar el primero de los artículos solicitados, artículo que se publicó en la primavera de 1840. Poco después de empezado, abandonó el trabajo, y así el segundo artículo no lo terminó hasta la víspera de su salida de Rusia, y permaneció inédito. [5]

Antes de finalizar la estancia en San Petersburgo empezaron a acumularse las fricciones y los disgustos. El desaliento que sus fracasadas

gestiones en relación con el divorcio de Varvara le causaron fue tan profundo, que estuvo casi dos meses sin escribir a Premujino. Su padre, en la carta a que antes nos hemos referido, se burlaba mordazmente de su porvenir literario. El que Belinski vendiera sus aptitudes intelectuales —agregaba sarcásticamente— le parecía lo más natural del mundo, pero lo que cuadraba a Miguel, lo que incumbía al hijo de un aristócrata terrateniente era dedicarse a la agricultura y a los asuntos de la familia, reservando sus aficiones literarias, e intelectuales en general, para las horas de asueto.

Las relaciones entre el anfitrión y el invitado habían llegado a tal tensión que difícilmente podía Sergio seguir teniéndolo de huésped suyo. Hubo quien le oyó lamentarse de que no sabía como desprenderse de él. Por fin Miguel decidió cambiar de domicilio, yendo primero a un elegante hotel (aunque no tenía un céntimo), y después al piso de un antiguo condiscípulo de la Escuela de Artillería. En el mes de octubre de 1839 Belinski llegó a San Petersburgo acompañado de Panaev, un rico *dilettante* que aspiraba a ser el Mecenas de los escritores noveles. Había transcurrido exactamente un año desde el famoso enfrentamiento con Miguel, y al encontrarse de nuevo los dos, Belinski comprobó que Miguel se había vuelto «más juicioso y más humano». Belinski, una vez superado el embarazo de los primeros días, cayó presa una vez más de su hechizo, volviendo a encontrar en Miguel «al amigo y hermano del alma».

Como es de suponer, la reconciliación fue más cordial por parte de Belinski que de Miguel. Con todo, su reconciliación estaba destinada a tener muy corta vida. En efecto, no se prolongó más allá del tiempo que Miguel permaneció en San Petersburgo. A mediados del mes de noviembre recibió una nota urgente de Botkin, en la que le anunciaba el envío a través de Panaev de cuatro mil rublos para que pudiera pagar sus deudas. Con esos refuerzos crematísticos, Miguel pudo abandonar la capital y trasladarse a Premujino. Más tarde se fue a Moscú. [6]

A fin de dejar explicada esta súbita intervención de Botkin, conviene que hagamos una breve digresión. Botkin había sido víctima de la inexorable ley en virtud de la cual los amigos de Miguel se veían sentimentalmente envueltos con sus hermanas. En el mes de julio, mientras Miguel se hallaba en San Petersburgo, los demás miembros de la familia Bakunin habían hecho un viaje a Moscú, y allí Botkin se enamoró perdidamente de la hermana Alejandra, a la que había conocido el verano anterior en Premujino. Lo que no está nada claro, pues no se conservan sus cartas, es hasta dónde ella le correspondió. Botkin, socialmente inferior y sin visibles atractivos personales, no era lo que se llama un buen partido para Alejandra. Pero no hay que olvidar que ella, con sus veintitrés años, pensara que ya iba siendo

hora de que le saliera algún pretendiente. Como quiera que fuese, lo cierto es que Alejandra contemporizó con las pretensiones de Botkin, y antes de regresar con sus padres a Premujino, accedió, como lo había hecho Liubov con Stankevich, a cartearse secretamente con su pretendiente. Así las cosas, Miguel fue puesto al corriente del asunto. Los años habían suavizado bastante su carácter, y, por otro lado, Alejandra nunca despertó en él aquellas ocultas emociones que tan violentamente estallaban cuando se trataba de algo relacionado con Tatiana. Entonces escribió a Alejandra una carta muy sensata en la que le aconsejaba que se casara con Botkin si realmente estaba segura de que le quería. [7]

Esos amoríos fueron objeto de laboriosas discusiones y comentarios en conciliábulos celebrados —desde luego, a escondidas del viejo Alejandro Bakunin y en consonancia con el estilo de aquellos jóvenes románticos— por Alejandra, Botkin, Miguel y todas sus amistades de Moscú. Y, como era inevitable, la cosa no tardó en llegar a oídos de uno de los tíos maternos de Alejandra, el cual se creyó en el deber de informar sin pérdida de tiempo a su cuñado. Ya puede suponer el lector el efecto que tal información habría de producir en Alejandro Bakunin. La reacción suya fue escribir inmediatamente a Botkin. En su carta, irónicamente cortés y singularmente perifrástica, se refería a Alejandra como a «mi parienta», y a sí mismo como el «padre de mi parienta», y terminaba con la declaración de que él, Alejandro Bakunin, no estaba dispuesto a autorizar aquel matrimonio. Botkin, hombre irresoluto y sin carácter, que había estado esperando desde el principio este desenlace, se hallaba ahora totalmente desorientado. Lo único pues, que se le ocurrió fue llamar urgentemente a Miguel, el cual, a mediados del mes de noviembre, se puso en camino de Premujino, echando pestes contra «ese bestia de tío». [8]

Habiendo desaparecido los documentos que podían indicarnos lo ocurrido a la llegada de Miguel a Premujino, nos es imposible hacer la crónica de la última batalla librada en campo abierto entre éste y su padre. No obstante, sí podemos asegurar que el hijo mayor fue una vez más la víctima propiciatoria de las indiscreciones de su hermana. De nuestra afirmación da fe una carta, que aún se conserva, de la madre a Alejandra, en la que critica severamente a Miguel por no haber denunciado el secreto de su hermana. Miguel sólo permaneció en Premujino unos cuantos días, saliendo para Moscú después de declarar, como ya era característico en él, que «no tenía padre» y que Premujino había sido «maleado y envilecido, y que ya no quedaba en su casa ni sombra de humanidad, de religión, ni de caridad». Mientras, los enamorados seguían enfrascados en su inútil correspondencia. Pero tanto la poco firme resolución de Botkin como el incierto afecto

de Alejandra por él habían recibido un severo golpe. En los comienzos de 1840 se produjo un empeoramiento de las relaciones entre Miguel y Botkin al acusar éste a Miguel (y posiblemente no le faltaba razón al hacerlo) de haber advertido a Alejandra que su casamiento con él le enajenaría el cariño de sus hermanos. La correspondencia se fue prolongando todavía unos meses más, hasta que Alejandra enfermó, y por ese motivo cesó su correspondencia. Ésta fue la causa inmediata de que tan endebles y furtivas relaciones tocaran a su fin. Diakov y Botkin habían cometido la imprudencia de meterse, en detrimento de su paz espiritual, dentro de la tensa y sobrecargada atmósfera de Premujino, atmósfera que por otra parte constituía el elemento natural de los jóvenes Bakunin.[9]

* * *

Durante el verano de 1839-40 —el último que había de pasar en Rusia— Miguel trabó amistad con dos notables personalidades que más tarde habían de desempeñar un papel muy importante en su vida. Como hemos apuntado antes, en los dos primeros años de la década del 30 al 40, y antes ya de que Stankevich formara el suyo, existía en Moscú otro círculo rival, aunque de carácter esencialmente político, colocado bajo la égida de Herzen y de su amigo Ogarev. En 1834, y temiendo la policía que aquel círculo pudiera llevar su radicalismo teórico al terreno de la práctica, detuvo a sus miembros más destacados, desterrándolos de Moscú. Herzen fue enviado a Perm, en la región de los Urales, y a Ogarev, por considerársele menos peligroso, se le residenció en la provincia de Penza, de donde era natural. Pero ya en el año 1839 la ojeriza de las autoridades se había apaciguado. Hacia el mes de noviembre, en el mismo tiempo en que Miguel apareció en Moscú, Ogarev y su mujer habían obtenido la oportuna autorización para establecerse en la mencionada ciudad. A su vez, Herzen realizó durante aquel invierno algunas visitas a la misma capital. La disputa entre Miguel y Belinski había, mientras, provocado la disolución del círculo de Stankevich. Botkin, Katkov y algunas de sus luminarias menores permanecían todavía en Moscú. Y Granovski, uno de los miembros fundadores del círculo e íntimo amigo de Stankevich, acababa de regresar de Berlín, aureolado con el prestigio de sus tres años de residencia en la capital germana. Lo que más se echaba a faltar en Moscú era una dirección central. Miguel, dado su carácter, era una fuerza centrifuga, no un factor aglutinante. Prefiriendo las amistades nuevas a las antiguas, ahora se orientó hacia Herzen y Ogarev, quienes, además de ser amigos recientes, tenían un carácter parecido al suyo.

Herzen nos ha legado, a través de las memorias que escribió unos veinte años más tarde, un cuadro, vivo y brillante y pintado con la maestría que caracteriza todas sus obras, de las discusiones que en aquellos días se desarrollaron alrededor de la doctrina hegeliana de la racionalidad de lo real. Su relato es, sin embargo, históricamente inexacto, porque entrelaza las discusiones con Miguel (que tuvieron lugar en Moscú) con las que tuvo con Belinski (que hubieron de desarrollarse en San Petersburgo). Con todo, en lo que concierne a la esencia de esas controversias, se ajusta exactamente a la verdad. Belinski había alcanzado ya por aquellos días su postura extremadamente conservadora y fatalista, estando, por lo tanto, preparado para admitir, en respuesta al desafío de Herzen, «que la monstruosa autocracia bajo cuyo régimen vivimos es racional y susceptible de tomar cuerpo en la realidad». Miguel, quien por otra parte parecía compartir al principio semejante punto de vista, empezó a manifestar sus dudas sobre el particular. «Su instinto revolucionario lo arrastraba hacia la dirección opuesta.» En realidad, las dudas de Miguel habían empezado ya con bastante antelación a su encuentro con Herzen. Y lo que le empujó en la «dirección opuesta» no fue ningún «instinto revolucionario» (instinto que, en el sentido político de la palabra, aún no poseía), sino la tentativa de Belinski de aplicar la doctrina de la realidad racional a las cuestiones de la vida y de la conducta cotidianas (entre ellas, la «exactitud en las minucias»), así como también la arrogante crítica a la educación filosófica de las hermanas de Miguel. Para éste, el problema de la realidad constituía todavía un problema de índole primordialmente metafísica y ética. Su artículo sobre filosofía, aparecido en la revista *Notas de la Patria*, que dirigía Kraevski, no contiene ninguna indicación que nos permita insinuar que ya en aquellos días pensara servirse de la filosofía de Hegel para fines políticos. En política, y hasta su salida de Rusia, la de Miguel fue una postura ortodoxa, hija más bien de la indiferencia, no existiendo, por lo tanto, la más leve sombra de ironía en la predicción formulada en una de sus cartas de que su hermano Pablo sería un día un «terrateniente modelo», o en el elogio dirigido a Nicolás por estar éste «enteramente entregado a su Zar...: un auténtico ruso». [10]

En realidad, en ninguna de las cartas y escritos que Miguel redactó por aquellos días hallamos indicación alguna que nos permita suponer que el hombre político que había en Herzen hubiera ejercido influencia alguna sobre él. Desde el día de su querella con Belinski hasta su salida para el extranjero, sus ideas no experimentaron ningún cambio sensible, y el invierno que pasó en Moscú fue, desde el punto de vista de su evolución intelectual, completamente estéril. En aquella ciudad, sustrajo al estudio de Hegel el tiempo suficiente para convertirse en un apasionado jugador de ajedrez, y dedicó más tiempo que nunca a los entretenimientos sociales. Asistió a las frecuentes recepciones ofrecidas por los Ogarev (María Ogarev tenía espíritu de «salón», siempre dispuesta a recibir a los hombres de valía intelectual) y a las veladas musicales celebradas en casa de los Botkin, quienes con motivo de Año Nuevo dieron una cena cuyo menú consistió en mahonesa, esturión y becada, y en el curso de la cual Miguel se bebió hasta nueve copas de champán. A la cena siguieron varios «experimentos gimnásticos», siendo Miguel uno de los que más se distinguieron haciendo ejercicios. En otra ocasión bailó «primorosamente». Lo que no se ha podido probar es si formó parte del grupo que semanas más tarde acompañó a Botkin a un baile de disfraces organizado con fines benéficos y en el que los asistentes a la cena que le precedió brindaron por todas las categorías hegelianas, desde la «Existencia pura» a la «Idea». [11]

Tampoco salió Miguel muy bien parado de los escándalos inevitables en un ambiente social tan frívolo como el que frecuentó por aquellos días. María Ogarev tenía un marido complaciente en extremo, y era bastante dada a la coquetería. Uno de sus más asiduos galanes de aquel invierno de 1839-40 fue Katkov. Lo que en realidad ocurrió queda velado por una decente oscuridad. Pero, según una versión difundida por Miguel, al llegar él, cierto día a casa de María Ogarev, los halló a ella y a Katkov en una postura realmente comprometedora, faltándole tiempo para contar a todos sus amigos lo que había presenciado. Katkov se vio obligado a enviar una carta a Ogarev en la que le daba las más humillantes explicaciones. Sus explicaciones fueron, desde luego, aceptadas, y tanto el marido como el amante se convirtieron desde entonces en enemigos jurados del murmurador. El pacífico Ogarev, bravío en la defensa del honor de su esposa, rompió toda clase de relaciones con «aquel asqueroso reptil». Y Katkov alimentó durante mucho tiempo un tremendo rencor contra Miguel, de quien se vengó (de la manera que oportunamente relataremos) al año siguiente. Mientras, en Moscú la murmuración se cebaba en la reputación de Miguel. Miguel había violado la correspondencia dirigida a otras personas; había vivido por espacio de seis años a expensas de sus amigos; había recibido de Stankevich tres mil rublos después de que éste dejó plantada a su hermana Liubov; había vivido durante un año a costa de Botkin y favorecido, a cambio de ello, los amoríos de Botkin y Alejandra, y, finalmente, había traicionado a su amigo y bienhechor. Ese fárrago de hechos ciertos, además de otros imaginarios, estuvo circulando por espacio de varios meses, haciendo trizas la honorabilidad de Miguel. Este se convirtió en un hombre solitario, cada vez más enfrentado con el mundo que le roderba y consigo mismo. Igual

en Moscú que en San Petersburgo se le tenía en una opinión altamente desfavorable, no quedándole casi ningún amigo con el que pudiera contar. [12]

El pesimismo se posó, como una negra nube, sobre su alma, llegando a perder el sentido de su misión, la confianza en sí mismo, la fe en su porvenir, y viéndose humillado en lo más profundo de su orgullo. Stankevich, aquel objeto —ahora tan distante— de su veneración; aquel hombre que no había reñido nunca con nadie; aquel ser que poseía el don singular de inspirar los mejores pensamientos a todos los que le tratasen..., era el único confesor en quien le era dable descargar su conciencia.

> Durante toda mi vida, mi virtud —escribió a Stankevich en febrero de 1840— ha consistido en una especie de fuerza espiritual abstracta, y esta fuerza ha naufragado en las sórdidas trivialidades de la vida cotidiana, en las fútiles desavenencias con la familia y con los amigos, y quizá también en mi propia incapacidad. Vive todavía en mi interior la antigua, la imperiosa necesidad (que predomina sobre todo lo demás) de adquirir nuevos conocimientos, nuevas experiencias... Y esa necesidad todavía no ha sido satisfecha, a pesar de mis laboriosos y estériles esfuerzos. Todo mi saber se circunscribe a saber que no sé nada, lo cual provoca en mí un estado de ánimo tan abatido, que estoy seguro que había de resultar insoportable para cualquiera que se hallara condenado a permanecer indefinidamente dentro de él.

La modestia y la sinceridad confieren a estas líneas un lugar destacado en la correspondencia de Miguel. La única evasión posible de esa desazón espiritual era emprender un viaje al extranjero. Los románticos alemanes hallaron en Italia el lugar ideal para esa evasión. Los rusos fueron a buscarlo a Alemania. En el transcurso de cinco años, en medio de todas las fluctuaciones y de todos los cambios de opinión, Miguel no titubeó jamás en su convicción de que había que buscar la clave de todo saber en la filosofía germana. Y si esa sed de saber no se hallaba todavía satisfecha, se debía a no haber podido beber en la auténtica, en la genuina fuente. El viaje a Berlín se convirtió en «el único objetivo de mi vida..., en el único sentido de mi vida». Ese viaje constituiría su «bautismo por el agua y por el espíritu».

> No podéis haceros una idea —escribió a sus hermanas por aquellos días— de lo grande que es mi impaciencia. ¡No puedo seguir aquí ni un minuto más! Puedo y debo «saber», porque en el sagrado, en el divino conocimiento descansa toda mi vida, toda mi felicidad, toda mi fuerza.

Ésta fue una de las mayores crisis que en el curso de toda su vida

hubo de experimentar. Todo «el destino de su existencia espiritual» se hallaba en juego. [13]

* * *

Hallándose sumido, pues, en tan deplorable estado de ánimo, Miguel realizó un supremo esfuerzo, y, «embargado por una permanente excitación, como nunca había experimentado anteriormente», escribió una larga carta a sus padres, carta que se conserva todavía y es la muestra de un talento literario muy superior al manifestado a través de sus tentativas periodísticas de aquel periodo de su vida. Su texto, hábilmente entretejido de humildad e independencia, de sinceridad e ingenio, anticipa, en miniatura, su magnifica *Confesión* al zar de once años más tarde. Miguel admite en su escrito los errores y las faltas que cometiera en el pasado, pero no los deplora, porque constituyeron para él una excelente escuela de «experiencias». Había abandonado enteramente aquella su anterior «postura de exaltación que me hizo creer que el hombre puede desprenderse impunemente de todas las condiciones sociales». Su única ambición consistía ahora en hallar «alguna concreta y verdadera actividad exterior». Años antes su padre le había dicho que se abrían ante él dos caminos, dos alternativas: la agricultura y la carrera de funcionario del Estado. Y él contestó que estaba plenamente de acuerdo con su criterio; había estimado en lo que valía el deseo de su padre de que su hijo mayor se dedicara al cuidado de la finca. Pero su inagotable sed de saber —sus horas de asiduo estudio durante el invierno anterior en Premujino fueron la prueba más elocuente de su inquietud— era incompatible con la vida de un señor rural. Excluida, pues, la alternativa del campo, quedaba la de funcionario del Estado, en una u otra de las ramas de la administración pública. Pero si ingresaba inmediatamente, sin la adecuada preparación y sin un título universitario, sólo podría aspirar a ocupar uno de los puestos más bajos, lo que no le permitiría rendir ningún elevado servicio a su país. En cambio, con tres años de estudios en Berlín podría alcanzar el título de doctor, el cual le habilitaría para ocupar una cátedra en la Universidad de Moscú. Y habiendo calculado minuciosamente el coste que la realización de ese programa supondría, terminaba suplicando a su padre que le concediera una pensión de dos mil rublos anuales («o, si esta cantidad no es posible, de mil quinientos al menos») durante tres años. Alegremente prometió a sus padres que si se le concedía esa pensión, ya nunca más volvería a molestarles pidiéndoles dinero. [14]

La carta la mandó el día 24 de marzo de 1840, y por espacio de tres semanas Miguel estuvo como sobre ascuas, temiendo una negativa,

y escribió a sus hermanas rogándoles que le informasen del menor indicio de la reacción de su padre a raíz de la lectura de su carta, pero no pudiendo resistir por más tiempo la incertidumbre, escribió de nuevo a sus padres en un tono más melifluo que tierno. Por fin, hacia mediados de abril, llegó la respuesta. La fecha era del 30 de marzo, pero se adivinaba que la habían llevado al correo algunos días después. Los recursos persuasorios, de los que Miguel estaba tan bien dotado, habían surtido su efecto. Alejandro Bakunin, ante las protestas de afecto de la carta de Miguel, consideraba que «el amor sin obras es algo muerto», y agregaba que creía que, «como don Quijote, Miguel se había enamorado de una nueva Dulcinea». Sin embargo, consentía en que su hijo llevase a cabo el proyecto que le exponía en su carta. Luego se extendía en explicaciones bastante detalladas acerca de su situación: la finca estaba fuertemente hipotecada, Ilia necesitaba un caballo y a Nicolás había que hacerle un nuevo uniforme. No obstante, le prometía (en una postdata escrita por su esposa) una pensión de mil quinientos rublos al año, «si las circunstancias lo permitían». Miguel tenía motivos para bailar de contento. Pero, por si acaso, anteriormente se había puesto al habla con Herzen para pedirle si entre él y sus amigos podrían prestarle cinco mil rublos. Y Herzen no había rechazado de plano su solicitud. Ahora Miguel le escribió para preguntarle si podría entregarle dos mil... inmediatamente y mil quinientos cada año de los dos siguientes. Tal vez sea significativo observar que de entre todos aquellos a quienes Miguel llamaba sus amigos, Herzen era el más reciente y en quien seguían más vivas las primeras impresiones de su magnética personalidad. Herzen respondió noblemente, si bien con cierta vaguedad en cuanto al futuro se refería, pero respecto al presente, Herzen le entregaría mil rublos. Su partida pues, estaba resuelta. El sueño de toda su vida se iba a realizar.

> Ante mí aparece un ancho camino, una nueva vida —escribió a sus hermanas el 9 de mayo—. Dentro de unos años volveré convertido en un nuevo hombre, en un real y verdadero hermano y en un amigo digno de vuestro cariño.

Si en aquella ocasión tuvo Miguel alguna íntima premonición de que nunca volvería a visitar por espontánea y libre voluntad su tierra nativa, se guardó de insinuárselo a sus amantes y desconsoladas hermanas, las cuales quisieron dedicarle las dos últimas semanas de su estancia en Rusia. [15]

Miguel llegó a Premujino hacia fines del mes de mayo. Las lilas, los manzanos y los cerezos, que tan familiares le eran desde la misma cuna, empezaban a perder su floración primaveral. Nunca más había

de volverlos a ver en flor. Pero ahora su corazón estaba alegre y no tenía por qué alterar la tranquilidad estival de su querido hogar. Con las excepciones de Liubov, que había fallecido, y de Varvara, que residía en Italia, toda la familia estaba en Premujino. La tirantez que tantas veces dividió a las dos generaciones había cesado. Y en esta hora en que Miguel iba a separarse de la familia y a lanzarse a su azarosa aventura, sus padres reprimieron toda otra clase de emociones para dar paso solamente a las de la benevolencia y el afecto. Alejandro Bakunin se mostró «tierno, cortés y discreto», y en el momento de su partida, Miguel llegó incluso a convencerse de que su madre le quería. Una vez conquistada su libertad, bien podía mostrarse tolerante e indulgente. Por vez primera desde aquel maravilloso verano de 1836, se sentía en paz con el mundo y consigo.

Mediado el mes de junio, dos voces del mundo exterior vinieron a turbar esta idílica paz y armonía. Las chicas de Beyer veraneaban en la finca que la familia poseía en la Rusia Central, y parece que Miguel, en los primeros momentos de su excitación, llegó hasta olvidarse de la existencia de sus amigas. Pero después las invitaron a que fueran a Premujino para despedirse de él. Ahora bien, había bastantes dificultades de índole práctica para efectuar el viaje. En primer lugar, la distancia era demasiado grande, y la invitación no se había cursado con la suficiente antelación. En cada una de las cartas que las dos hermanas le escribieron expresaban, y por cierto que en tono mordaz, sus dudas respecto a la sinceridad de la amistad de Miguel, y Alejandra, particularmente, declaraba que «hay personas que, en sus alegrías, se olvidan de sus infortunados amigos». Miguel contestó a las dos con una carta en que les reprochaba su escepticismo y llamaba a Alejandra «niña mimada...; mimada por mi, no por el destino». Por otra parte, les aseguraba que convivirían con él «en el vasto y libre reino del amor inmortal» y que siempre estarían presentes en su espíritu, «el cual os ceñirá con su amor». Nadie, en la hora de su partida, había de quedar excluido de sus benévolos sentimientos.[16]

Por aquellos mismos días llegaron a Premujino otras dos cartas, procedentes de Roma. Una de ellas era de Varvara y la otra de Stankevich. Hacía tiempo que para nadie era un secreto el amor que Varvara sentía por Stankevich, como tampoco el que éste había depositado en Varvara el cariño que antes profesó a Liubov. Tanto Miguel como sus hermanas se sentían más alborozados por hallarse al fin reunidos que apenados por las noticias de la agravación de la enfermedad de Stankevich. Éste era, para Miguel —como el mismo escribió a Varvara—, el único hombre, como ella era la única mujer, «en el pleno sentido que estas palabras entrañan». A los dos les informó, con ánimo alegre y triunfal, de su inminente viaje a Berlín.

Viaje que emprendió a los pocos días de escritas las cartas de referencia. Miguel se despidió de sus padres y de Premujino, y sus hermanas y hermanos le acompañaron hasta Kozitsino. Aquí Miguel dijo adiós a Tatiana, a Alejandra y a tres de sus hermanos, continuando el mismo día con Pablo y Alexis hasta Torzhok. La noche había cerrado ya, mientras el coche, en el que iban llorando los tres, les iba distanciando cada vez más de Premujino y acercándoles al inevitable momento de su separación. Miguel recordaría mucho tiempo la escena, amenizada por el canto de los tordos que desde los matorrales y a su manera también le despedían. En Torzhok bajaron del coche los dos hermanos, y Miguel, solo ya, continuó viaje hacia Tver, y luego hasta San Petersburgo, adonde llegó el 26 de junio, tres días antes de que zarpase el barco para el que había pedido pasaje. [17]

* * *

El único relato detallado de los tres últimos días que pasó Miguel en Rusia se debe a la pluma de Belinski, a quien lógicamente hay que considerar como testigo hostil. Después de una serie de fluctuaciones, Belinski creyó «haber encontrado la solución del enigma» del carácter de Miguel. No le cabía la menor duda acerca de la traición de que Botkin había sido objeto por parte de Miguel, a quien había descrito, en una carta dirigida a Botkin, como «hombre de cabeza maravillosamente organizada pero carente en absoluto de corazón y cuya sangre es tan caliente como la de un bacalao rancio». Pues bien, en este estado de ánimo con respecto a Miguel, le llegó la noticia (que no dejó de causarle cierto temor, porque todavía sentía pesar sobre sí su poderosa influencia) de la inminente llegada de éste a San Petersburgo, para «discutir con todo detalle lo que importaba discutir y tener con él una amplia conversación». A su llegada a la capital, Miguel se hospedó en un hotel pidiendo una espaciosa habitación, por la que pagó cuatro rublos diarios. La misma noche del día de su llegada hizo una visita a Panaev, quien, debido a la influencia de las informaciones de Belinski, le recibió cortés pero fríamente. Katkov, sin que Miguel estuviera enterado, vivía con Panaev, pero no estaba en casa; luego, al enterarse por Panaev de que Miguel tenía el propósito de visitar a Belinski el día siguiente, vio llegada la hora de saldar la cuenta que tenía pendiente con el murmurador de Moscú. A primera hora del otro día Miguel se presentó en el piso de Belinski (quien, por otra parte, el no encontrarse solo frente a la formidable personalidad de Miguel lo tenía por un verdadero alivio). Belinski no ha dejado nada escrito acerca de lo que pasó entre Miguel y Katkov. Pero no dejaría

de suponer que la presencia de Katkov en el piso no presagiaba nada bueno para nuestro biografiado.

Ya habían dado las doce, cuando Belinski, con el corazón palpitante, vio acercarse a Miguel —«con su alargada y desgarbada figura, tocado con una sucia gorra de estudiante»—, y le llamó desde la ventana diciéndole que subiera. En el recibidor se hallaron los dos frente a frente. Belinski prefería no darle el beso de Judas, pero Miguel lo atrajo hacia sí, le estrechó entre sus brazos y le rozó la mejilla con sus «cochinos labios». Cruzaron el dormitorio y se dirigieron al cuarto de estar, donde Miguel se topó de manos a boca con su adversario. Katkov abrió inmediatamente el fuego dándole irónicamente las gracias por haberse servido intervenir en sus asuntos particulares. Miguel, cogido totalmente por sorpresa, se retiró al dormitorio y se sentó en el diván. Katkov le siguió hasta allí en espera de su respuesta. «Hechos» —pudo decir al fin Miguel, en un tono de fingida indiferencia—. «Hechos, necesito hechos». «¡Hechos?» —repitió como un eco burlón, Katkov—. «Usted me ha difamado canallescamente ¡Usted es un canalla, señor!» La reacción de Miguel ante ese insulto fue levantarse del diván y gritar airadamente, pero sin ninguna originalidad: «¡El canalla es usted!» Seguidamente Katkov disparó su último dardo envenenado: «¡Eunuco!»

Entonces Belinski vio como el cuerpo de Miguel era sacudido por un súbito temblor, «como bajo los efectos de una descarga eléctrica». Katkov fue quien primero levantó la mano, empujando hacia atrás a su adversario, con lo que se constituyó, tanto física como moralmente, en el agresor. Miguel cogió su bastón y se revolvió contra él. En el forcejeo que por la posesión del arma se entabló, algo fue a dar contra el techo, del que se desprendió una nube de yeso, mientras Belinski les gritaba desesperadamente que se detuvieran. Miguel ganó el primer asalto al conseguir que su adversario le dejara libre el bastón con el que descargó un tremendo golpe sobre la espalda de Katkov. Luego fue éste quien atacó, y en el instante en que Miguel se echó atrás para evitar su embestida, le escupió dos veces a la cara. Después de proferir toda clase de insultos contra su víctima, Katkov se retiró a la habitación vecina, pero aún volvió un momento después para pegarle la última estocada. Durante la pelea Miguel había exclamado: «Después de esto, ya no caben más que las pistolas entre nosotros.» Y ahora Katkov estaba empeñado en recordarle su amenaza. «Oiga usted, señor —le dijo lentamente y recalcando las palabras—: si tiene usted una sola gota de sangre caliente en las venas, no olvide lo que me ha dicho.» Y, sin aguardar la respuesta, salió de la casa.

Belinski se quedó solo con el león herido. En las mejillas de Miguel aparecían brillantes manchas rojas. Sus labios, hinchados por la rabia

y la humillación, parecían un paralelogramo, y Belinski se dijo que parecía imposible que sus hermanas no sintieran repugnancia al besarlos. Después de unos momentos de embarazoso silencio, o de más embarazosa conversación, Belinski pretextó que tenía que acudir a una cita, y salieron a la calle. Más tarde, aquella misma noche, Belinski fue a ver a Miguel con el manifiesto propósito de poner en regla la situación, y Miguel le entregó un billete para Katkov en el que le decía a éste que, dada la severidad de las leyes rusas contra el duelo, sería preferible que el encuentro fuese en Berlín. Miguel era un fanfarrón, pero su fanfarronería era mucho más sutil que la de Katkov. Quizá fuese, como sus enemigos afirmaban, cobarde en el sentido físico de la palabra, pero lo cierto era que las consideraciones sobre el honor personal no significaban nada para él. Su flexible naturaleza no se resintió en lo más mínimo por este golpe moral, y de ahí el que tan trivial e inoportuno episodio no significase el menor estorbo en la trayectoria que seguiría. [18]

El siguiente día lo pasó haciendo preparativos para su partida. En la compañía de Herzen y de su esposa, quienes le acogieron afectuosamente, encontró Miguel algún consuelo a la hostilidad de sus más antiguos amigos. De los demás, que, en Moscú o en San Petersburgo, habían representado algún papel durante su primera juventud, no echaba a ninguno de menos. Por el contrario, les dejó con «sincero placer». Sólo le quedaba su querido y fiel círculo de Premujino, y en el transcurso de la última noche, la del 28 al 29 de junio, escribió a cada uno de sus componentes una carta de despedida. Nicolás debía ocupar su puesto de guía de la joven generación de Premujino. Como en cierto período había temido que Nicolás cayera bajo la influencia de Belinski, ahora le previno contra ese peligro:

> Mantente estrecha y firmemente unido a nuestro pequeño círculo, y recuerda que ni los Belinski ni los Botkin pueden reemplazarlo.
>
> Belinski es un hombre bueno, pero no es uno de los nuestros, ni tampoco un hombre de nuestra clase. Sé el amigo y protector de nuestras hermanas; enséñalas y aprende de ellas. El aprender los unos de los otros es lo mejor que existe en el mundo. Tú tienes que aprender de ellas...; yo he llegado a esta conclusión por propia experiencia.

Luego llegó la vez a los demás. Alejandra no debía olvidar que tenía en él a un cordial y leal amigo; tenía que ser sincera y escribirle con frecuencia. Pablo y Alexis no debían olvidar tampoco sus promesas de cuidar a su padre y a sus hermanas. Alejandro había de escribirle de vez en cuando, ser constante en sus estudios de dibujo y «tratar de asegurarse una verdadera y definitiva satisfacción en su vida espiritual». Su última carta fue para Tatiana:

> Querida, guapa, sensata Tatiana: Adiós, mi dulce, mi sagrada amiga. Que seas muy feliz... y nunca me niegues tu cariño. Tu afecto es más indispensable para mí de lo que el mío pueda serlo para ti.
>
> Ni una sola de tus emociones ha de quedar en secreto para mí. Escríbeme a menudo.

A sus padres no les envió ningún párrafo: Ya les escribiría una respetuosa carta así que llegase a Lübeck.

Al terminar su última misiva eran las seis de la mañana. Pensó en las chicas de Beyer, a quienes inconscientemente había ofendido con su olvido. Miguel significó todo un mundo para ellas durante los últimos seis años; en cambio, ellas no significaron casi nada para él. Sin embargo, en el momento de su marcha tuvo que recordar los momentos de entusiasmo que habían compartido, y pensó en ellas con sincero afecto.

> Ni una sola de mis emociones —les escribió, invirtiendo la frase que acababa de imprimir en la carta de Tatiana— será un secreto para vosotras. ¿Puedo esperar de vosotras lo mismo? No me abandonéis, amigas mías. Vuestro olvido supondría una terrible, una irreparable pérdida para mí. [19]

Preparó su equipaje, y, acompañado solamente por Herzen, subió al lanchón que había de conducirlo, río Neva abajo, a Cronstadt, donde estaba amarrado en espera de hacerse a la mar el barco a vapor. En la desembocadura del Neva arreció el viento, y el lanchón tuvo que regresar al puerto. Al acercarse nuevamente a los muelles y a los edificios que Miguel creyó que no volvería a ver por espacio de algunos años, Herzen declamó el cuarteto con que Pushkin saludó a San Petersburgo como la ciudad del «ennui, del frío y del granito». Miguel no quiso abandonar la embarcación, y, después de que Herzen se hubo despedido de él, su desgalichada y solitaria figura envuelta en una negra capa permaneció inmóvil en la cubierta, bajo la brumosa lluvia.

El lanchón llegó a Cronstadt aquella misma noche, y a mediodía del 30 de junio de 1840 el vapor zarpó Báltico adentro. El viaje resultó algo movido y la mayoría de los pasajeros se marearon. Pero Miguel, arrebatado por el espectáculo, nuevo para él, de un mar embravecido, no podía apartarse de la cubierta. La apacible costa rusa había quedado atrás. Desde este momento la tempestad era su elemento preferido. La isla de Bornholm, con sus elevadas e imponentes escarpaduras y su ruinoso castillo, suscitaba románticas evocaciones de Heine y de *El Pirata* de Scott. El temporal amainó. Y hubo magníficos crepúsculos, vespertinos y matutinos, y noches de luna en el mar. Al quinto día de navegación, el barco llegó a Travemünde, el puerto de Lübeck. Mi-

guel se detuvo tres días en Hamburgo («las chicas alemanas son muy bonitas —escribió estando aquí—, y todas dicen Jawohl»), y aún tardó otros cuatro, pues todavía no existía el ferrocarril, en llegar a Berlín. Al fin, una tarde, a las seis, hizo su entrada en la capital de Prusia. Era el día 13 de julio, o, según el calendario occidental (que desde ahora en adelante va a sustituir al ruso), el 25 de julio.[20]

En Berlín le aguardaba la noticia de que Stankevich había fallecido un mes antes en brazos de Varvara, en un pueblecito del norte de Italia, en Novi, donde habían hecho alto en su camino de Roma a Como. Otro de los escasos vínculos que hasta ahora lo habían mantenido con el pasado se acababa de romper. Y un mundo nuevo aparecía ante él en la lontananza.

NOTAS

1. *Sobranie,* ed. Steklov, II, 294-5.
2. *Sobranie,* ed. Steklov, II, 7-12, 229, 246, 260, 276, 396, 399, 402.
3. Granovsky, *Perepiska,* II, 377-8; *Sobranie,* ed. Steklov, II, 232, 275, 306; Kornilov, *Molodye Gody,* pp. 524-5.
4. *Sobranie,* ed. Steklov, II, 225, 231, 255-6; Kornilov, *Molodye Gody* pp. 568-9.
5. *Sobranie,* ed. Steklov, II, 257-8, 371-85; *Molodye Gody,* p. 570.
6. Kornilov, *Molodye Gody,* pp. 540, 567, 570; Belinski, *Pisma,* II, 1-2, 10, 48.
7. Kornilov, *Molodye Gody,* pp. 525-6; *Sobranie,* ed. Steklov, II, 258-9.
8. Kornilov, *Molodye Gody,* pp. 541-2; *Sobranie,* ed. Steklov, II, 268.
9. Kornilov, *Molodye Gody,* pp. 551, 553-4; *Sobranie,* ed. Steklov, II, 270-71, 308.
10. *Herzen,* ed. Lemke, XIII, 15-16; *Sobranie,* ed. Steklov, II, 234-295.
11. Kornilov, *Molodye Gody,* pp. 555-7; Sobranie, ed. Steklov, 280-81.
12. *Sobranie,* ed. Steklov, pp. 482, 485-6; *Pisma Bakunina,* ed. Dragomanov, pp. XIII-XIV.
13. *Sobranie,* ed. Steklov, II, 256, 260, 296, 304, 407.
14. *Sobranie,* ed. Steklov, II, 392-406.
15. *Sobranie,* ed. Steklov, II, 410, 419-21, 423; Kornilov, *Molodye Gody,* pp. 637-8; Belinski, *Pisma,* I, 162.
16. Kornilov, *Molodye Gody,* pp. 675-6; *Sobranie,* ed. Steklov, II, 430; III, 4.
17. *Sobranie,* ed. Steklov, II, 427-9, 431-3; III, 6, 151.
18. Belinski, *Pisma,* II, 124, 145-9.
19. *Sobranie,* ed. Steklov, II, 434-6; III, 1, 6.
20. *Herzen,* ed. Lemke, VI, 459; *Sobranie,* ed. Steklov, III, 1-2, 6-7.

LIBRO SEGUNDO

EL REVOLUCIONARIO AVENTURERO

«No sé si mi barco se estrellará contra las rocas, ni si —lo que aún sería peor— ha de encallar en algún banco de arena. Pero lo que sí sé con toda certeza es que ese barco no reducirá su marcha en tanto quede una sola gota de sangre en mis venas.»

MIGUEL BAKUNIN
a Pablo Bakunin y a Turgueniev
(noviembre de 1842)

«Los hombres de tu temple crecen y echan raíces en medio del embate de los huracanes y maduran mejor en tiempo tormentoso que bajo los rayos del sol.»

ADOLFO REICHEL
a Miguel Bakunin
(19 de abril de 1850)



8

ENTRE DOS MUNDOS

Miguel Bakunin consiguió, mediante la puesta en juego de su gran fuerza de voluntad, que la noticia de la muerte de Stankevich no enfriara su optimismo. Ese propósito, según su propia declaración, suponía «una victoria completa sobre la muerte..., una gloriosa revelación de inmortalidad». Y abundando en el mismo tema, Varvara escribió que se hallaba en un estado de espíritu «absolutamente tranquilo y rebosante de amor y de divina gracia». Varvara, nuevamente sola en el mundo con su hijo, se trasladó a Berlín, donde se reunió con su hermano y se instalaron en un piso amueblado. El viejo Alejandro Bakunin, a quien se le había ocultado el último viaje que Varvara hizo con Stankevich, estaba firmemente convencido de que la unión de su hija con Miguel en Berlín formaba parte de un plan premeditado y realizado deliberadamente a espaldas de él, por lo que creyó su deber escribir una severa carta a Miguel reprochándole su falta de sinceridad. Su sino era ser engañado cuando no sospechaba nada y en sospechar el engaño cuando no lo había. [1]

El joven Bakunin llevaba todavía muy pocos días en Berlín cuando, por pura casualidad, trabó conocimiento con otro gigante de ojos azules, procedente también de Rusia, cinco años más joven que él y destinado a conquistar en su día una fama más extendida que la suya. Iván Turgueniev llevaba ya dos años viviendo en el extranjero, y por consiguiente conocía el terreno. Bakunin, a pesar de su ingénita desenvoltura, estaba aturdido por la desorientación que causa siempre una ciudad extranjera, y en aquellos momentos habría abrazado con emoción a todo compatriota que se hubiera cruzado en su camino, aunque se hubiese tratado de una persona menos atrayente y más difícil de congeniar que Turgueniev. A los pocos días de conocerse —podría de-

cirse que a las pocas horas— ya se habían jurado mutua y vitalicia amistad.

Iván Turgueniev era el benjamín de una viuda. A los veinte años se sacudió el yugo materno; a los veinticinco se sometió al de Paulina Viardot, del que ya no se liberó durante los restantes cuarenta años de su vida. En el intervalo que medió entre esos dos acontecimientos, ofició en el altar de sus más caras amistades. Una de éstas fue Nicolás Stankevich, con quien se encontró en Berlín durante el primer otoño que pasó en el extranjero, y después en Roma, pocos meses antes de la muerte de Stankevich. La veneración que por él sentía emparejaba con la devoción a Hegel y a la metafísica, y aunque la filosofía no echó raíces en la mente del joven Turgueniev, no por ello dejó de pagar tributo a la moda entonces reinante. Muerto Stankevich, le fue preciso buscar un nuevo ídolo. Ídolo que encontró en la persona de Bakunin, el discípulo y amigo de Stankevich.

Stankevich nos ha juntado —escribió seis semanas después de su encuentro—, y ni siquiera la muerte nos va a separar. Ni yo mismo soy capaz de saber cuánto te debo. Los sentimientos se agitan en mi alma como olas gigantescas; olas que no han amainado aún lo suficientemente para poder dar salida, en forma de palabras, a tales sentimientos. En la portada de mi enciclopedia [2] está escrito: Stankevich murió el día 24 de junio de 1840. Y debajo: Conocí a Bakunin el día 20 de julio de 1840. [3] De toda mi vida anterior, no quiero conservar otros recuerdos.

La impresión, por parte de Bakunin, no fue menos profunda. Se apresuró a informar a sus hermanas que, «después de vosotras, las Beyer y Stankevich», Turgueniev era la única persona con quien «había establecido una verdadera e íntima amistad». [4]

Muy pronto los dos amigos fueron inseparables. Miguel se dio cuenta de que la convivencia con un hijo mimado y con una madre afligida tenía sus inconvenientes, y en octubre se separó de Varvara y se fue a vivir con Turgueniev en un piso vecino, y allí los dos jóvenes, en la primera flor de su amistad, solían pasarse (Turgueniev pegado a la estufa y Miguel tendido en el diván) noche tras noche hablando de sus fantasías, de sus opiniones y sus ambiciones. O bien bajaban por el paseo Unter der Linden hasta su café favorito, donde conseguían prensa extranjera, llamando la atención de todo el mundo por su elevada estatura y sus bellas y expresivas facciones. El papel de jefe y maestro le cuadraba tan perfectamente a Miguel como satisfacía a su compañero el rango de discípulo; y la cosa fue todavía mejor cuando Bakunin se enteró de que la bolsa de Turgueniev era, como fuente de préstamos, tan inagotable como la de la viuda; préstamos que eran concedidos a cambio de vagas promesas de devolución en un futuro imprevisible.

Era la suya, pues, desde todos los puntos de vista, una alianza ideal.[5]

En aquellos dias Bakunin llevaba una vida de trabajo intensivo. Para todo discípulo de Stankevich, Berlín era el hogar primordial de la filosofía, y a pesar de haber transcurrido nueve años ya desde la muerte de Hegel, nombrar a la filosofía en Berlín equivalía a nombrar el sistema hegeliano. El profesor de moda era Werder, fiel discípulo de Hegel y cuyas ideas habían apenas traspasado las paredes de su aula. Bakunin estaba impaciente por sentarse a los pies del maestro. «*Zwar weiss ich viel, doch möchte, ich alles wissen*»[6] —exclamó, citando los versos que Goethe pone en boca del pedante de su Fausto. Su impaciencia por aprender no le había permitido esperar siquiera la apertura de los cursos universitarios, que se inauguraban en el mes de octubre. Pidió prestados a un compañero de estudios los apuntes de las conferencias de Werder sobre lógica, y no solamente los estudió, sino que emprendió la tarea de transcribirlos al objeto de enviar una copia a su hermano Pablo.

Una vez iniciado el curso en la universidad, asistió asiduamente a las conferencias de Werder sobre filosofía y a las clases de estética, de teología y de física, dedicando las horas de asueto a la práctica de la esgrima y de la equitación. Bakunin esperaba, con no menos confianza que Turgueniev, que podrían pasar juntos, un estupendo invierno en Berlín.

No ha quedado constancia escrita de hasta qué punto realizaron tan ambicioso programa escolar. Lo único que sabemos con certeza es que Bakunin se matriculó puntualmente en la universidad, obteniendo un diploma que lo calificaba de *vir invenis ornatíssimus*, y que, por su asistencia regular al no demasiado concurrido curso de lógica explicado por Werder, tanto él como Turgueniev adquirieron fama de entusiastas hegelianos. Más adelante, Miguel estableció contacto con Schelling, el viejo ídolo de los románticos, y éste le dejó bastante defraudado. Bakunin encontró las conferencias de Schelling «interesantes, aunque bastante superficiales». Pero esto no fue obstáculo para que participase con entusiasmo en el acto con que se celebró la jubilación del viejo profesor. Cuando el desfile de antorchas paró frente a la casa del anciano, el estentóreo hurra lanzado por Miguel se hizo oír por encima de la tempestad de vivas y de aplausos, y su cara se convirtió —según expresión de uno de los asistentes al acto— en «una enorme boca abierta». A Bakunin, todo lo que fuera ruido, todo lo que fuera la demostración de una actividad humana espontánea le entusiasmaba, estando siempre dispuesto a tomar parte, si no sistemáticamente, sí ruidosamente en la vida de la universidad.[7]

Y en lo que a la vida social se refiere, esas actividades absorbían igualmente buena parte de su tiempo. De ahí que, una vez lanzados

en el ambiente berlinés, los Bakunin no carecieron jamás de amistosa compañía. Entre la colonia rusa de Berlín, estaba Efrenov, quien no se separó de Varvara en los días que antecedieron a la muerte de Stankevich, también estaban otros dos amigos de este último, los Frolov, a quienes veía Miguel por primera vez. Se hallaba igualmente en Berlín un barón de ascendencia germánica, procedente de las Provincias Bálticas, el cual dejó algunos relatos escritos (aunque por modestia no los firmó) sobre las veladas que, mientras tomaban té ruso y fiambres, había pasado con Bakunin y Turgueniev. No tardó mucho en aparecer en escena Katkov, siendo saludado con toda clase de demostraciones exteriores de simpatía. La agitación de la vida berlinesa había borrado de la memoria de Bakunin todo desagradable recuerdo. Katkov era el único que se sentía violento. Tuvieron que pasar muchos años antes de que encontrase la oportunidad de vengarse, lo que hizo recurriendo a las despectivas referencias que hace de Bakunin en las memorias que dejó escritas. Entre los alemanes que alternaban con los rusos había un tipo en extremo pintoresco y del que no podemos pasar sin hacer mención. Se trata de Müller-Strübing, quien por espacio de un decenio se dedicó a iniciar a los turistas rusos en los misterios germánicos del pensamiento puro... y en beber a caño abierto. Müller-Strübing era periodista, hombre de letras, crítico de arte, de música y de teatro, y filósofo, por añadidura. En su juventud había tenido veleidades políticas, que pagó con cinco años de cárcel. En aquellos días nadie sabía cómo se las arreglaba para ir viviendo. Pero la mayoría de los rusos que solían visitar Berlín eran ricos y generosos, y en pago de sus servicios le invitaban a aquellos pasteles de Strassburgo que, después de la cerveza, el arte y la metafísica, constituían el mayor placer de su vida. Posiblemente la principal importancia de este personaje radique en el hecho de haber ayudado a tantísimos rusos —Bakunin entre ellos— a formarse una idea del alemán típico: metafísico, sentimental, omnipresente, bonachón, glotón y, sobre todo, extraordinariamente ridículo. [8]

Pero el más memorable de todos los alemanes que frecuentaron el círculo de Bakunin y Turgueniev fue Varnhagen von Ense. Varnhagen era un diplomático retirado, de gustos literarios y con notables dotes para el género biográfico. Había asistido al Congreso de Viena y representó, además, al rey de Prusia en la corte de Würtemberg. Debido a su inclinación natural, o a la experiencia diplomática adquirida, no había nadie como él para ir a la caza de celebridades. Y la mayor celebridad que cazó en toda su vida fue Rahel Levin, la reina sin corona de los románticos alemanes, con quien contrajo matrimonio. Ahora, en los años de la decadencia, se ocupaba en editar los escritos póstumos de su fallecida esposa, en llevar un minucioso diario, en coleccionar autógrafos y en apadrinar todo nuevo movimiento en el terreno del arte o de

la literatura. A finales de la década del 30 al 40, el nombre de Pushkin había penetrado en Prusia a través de su frontera oriental, y en Alemania se rendía culto a la moda de la literatura rusa. Varnhagen fue uno de los primeros y más entusiastas adeptos de ese culto. Estaba siempre al husmeo de los prestigiosos literatos rusos residentes en Berlín, como Granovski y Stankevich. Un amigo de éste, llamado Neverov, le daba clases de lengua rusa.

La amistad entre Bakunin y Varnhagen nació de la forma más curiosa. Bakunin se dirigió cierta mañana a casa de Varnhagen con el objeto de disculparse por haber perdido una carta que Neverov le había confiado para que se la entregase personalmente. Varnhagen se hallaba todavía en la cama, pero esto no afectó para nada a su dignidad o a su presencia de ánimo. Recibió al joven y aceptó sus excusas. Con su buen tacto de siempre y su peculiar buena información, recordó que Bakunin había publicado hacía años una versión rusa de algunos fragmentos de la correspondencia de Bettina con Goethe. Y le preguntó a Miguel si después había completado aquella traducción. Y Bakunin, con un magnífico desprecio de la verdad, le contestó que sí, pero que había extraviado el manuscrito. Varnhagen conceptuó a su visitante de «joven sobresaliente, de libre y elevado entendimiento». Pero no consignó en su diario el resto de la conversación. Herzen cuenta que Bakunin y Turgueniev, en su afán de «bucear en el torbellino de la realidad», fueron a visitar a Varnhagen para rogarle que les presentase a «cierta linda actriz». Pero la veracidad de ese relato es dudosa, porque Bakunin no tenía necesidad de conocer aquella clase de «realidad», y en cuanto a Turgueniev, para entrar en contacto con ciertas «realidades» no necesitaba la presentación de Varnhagen. La dama a quien Varnhagen les presentó realmente fue a una famosa cantante, Enriqueta Solman, pero ya no era joven ni, como es de suponer, hermosa, y había abandonado los escenarios para aparecer en un *salón*, donde hacía lo posible para mantener la tradición de la inmortal Rahel. Los dos jóvenes se pusieron sus mejores chalecos de terciopelo —gris uno y púrpura el otro— para hacerle una visita. También fue Varnhagen quien presentó a Bakunin a Bettina von Arnin. Bettina ya había traspuesto los cincuenta años y era «una mujer menudita —según un relato contemporáneo—, sin el menor vestigio de hermosura, con el pelo teñido y no demasiado bien peinado, llevando un viejo vestido de seda negro y puesto de manera tan descuidada que ninguna de sus partes parecía estar donde debía». A Bakunin, el conocer personalmente a Bettina le causó una impresión mil veces inferior al impacto romántico que en sus días de inexperiencia juvenil le produjeron las cartas de aquella mujer. Sin embargo, la visitó repetidas veces, y, según refirió después, sus visitas solían durar por lo menos tres horas. [9]

La sociedad en que se desenvolvían Bakunin y Turgueniev era heterogénea y cosmopolita, y las ocupaciones de las gentes que la integraban eran tan diversas como su composición. Los viernes todo el mundo acudía, en rebaño, a los conciertos de Beethoven, en los que se ejecutaban por turno las grandes sinfonías. Esa preferencia era significativa. Todavía no se había convertido Beethoven en un clásico universal, y entonces no era más que el intérprete musical del idealismo germánico. Los jóvenes románticos de los años cuarenta, según las referencias de Herzen, «despreciaban a Rossini, toleraban a Mozart (a pesar de encontrarle infantil y endeble) y realizaban investigaciones filosóficas sobre cada uno de los acordes de Beethoven». A la salida de los conciertos —y a menudo también en otras ocasiones—, se reunían en casa de Varvara, quien disponía de una amplia y agradable sala en el tercer piso, con macetas en las ventanas, un canario volando en libertad y un jilguero en su jaula. Miguel y Turgueniev la ayudaban a servir el té ruso y la lengua ahumada a los invitados. Las veladas las dedicaban a lecturas literarias (una noche se leyó el *Caín* de Byron, en versión alemana) o a discusiones sobre filosofía y arte. La política era el único tabú para aquella gente, que consideraba los asuntos corrientes y ordinarios infinitamente por debajo de las verdades eternas. El propio Werder, para quien la «temeridad» de Bakunin venía a constituir como una especie de bebida refrescante después de haber estado aguantando la sosa pedantería de sus alumnos alemanes, aparecía de vez en cuando por allí. En una ocasión les leyó el primer acto de un drama poético suyo sobre Cristóbal Colón. En otra «tranquilizó completamente» a Varvara con la demostración metafísica de la inmortalidad del alma. «Casi no disponemos de un momento de sosiego», escribió Varvara a sus hermanas. A aquellos jóvenes les hubiera sido en extremo difícil tener que dar exacta cuenta a sus respectivas familias de los objetivos que perseguían y de los resultados obtenidos. De lo que no cabía la menor duda era que su vida resultaba dinámica, intensa y plena de contenido. [10]

* * *

Pese a la intensidad y a la multiplicidad de estas nuevas inquietudes, Bakunin permanecía fundamentalmente extraño a la Europa occidental. Al embarcar en Cronstadt, en el verano de 1840, no abrigaba la menor intención de renunciar a su patria, y menos se imaginaba que no volvería a pisar el suelo ruso en el pleno disfrute de su libertad individual. Todavía en la primavera de 1842 seguía creyendo —o por lo menos permitía que sus amistades lo creyeran así— que su objetivo era hacerse con una cátedra de filosofía en la Universidad de Moscú. Durante los primeros meses de exilio, sus pensamientos, como su voluminosa correspondencia lo atestigua, estaban constantemente fijos en Premujino, y su mayor deseo era el de reunirse con sus seres más queridos y hacerles copartícipes de los beneficios y logros morales e intelectuales que estaba cosechando en su transitoria estancia en el extranjero.

Pablo era el primero en quien pensaba. Nicolás, el hermano que le seguía inmediatamente en edad, nunca se sintió espiritualmente ligado a él, y, además, estaba a punto de contraer matrimonio. Pablo siempre fue su hermano favorito; su afición a la filosofía era tan grande como la de Miguel, y sentía la misma impaciencia por sentarse a los pies de Werder. Pablo, por consiguiente, debía ir a Berlín. Sus padres no se opondrían a ello, y Turgueniev aportaría, en calidad de préstamo, los fondos necesarios. Y cuando el viaje de Pablo estuviera completamente decidido, entonces, y sólo entonces, éste debía plantear la cuestión de llevarse con él a la querida hermana Tatiana. Esos proyectos fueron el tema casi exclusivo de las cartas de Miguel a Premujino durante la primavera de 1841.

Por lo que a Tatiana se refiere, nada había que hacer. Separada de Miguel, era un ser inútil para la lucha. Tenía un carácter demasiado apacible para causar, conscientemente (con una proposión que ellos, de buen grado, nunca aceptarían), tan grave disgusto a sus padres. En cambio, el viaje de Pablo obtuvo, con gran alegría por su parte, una fácil aprobación. Pablo y Alejandra Beyer se hallaban ahora presos en las mallas de uno de aquellos embrollos sentimentales que fatalmente se daban cada vez que una Beyer y un Bakunin se ponían en contacto. Pablo tenía entonces veintiún años; Alejandra era algo mayor. Y esta diferencia de edad fue lo que indujo a Alejandro Bakunin a enviar a su hijo al extranjero, con el fin de sustraerlo al peligro de caer en el lazo. Así, pues, en el mes de agosto de 1841, trece meses después de Miguel, Pablo hizo su aparición en Berlín. [11]

Su partida fue tan súbita que no hubo tiempo de avisar con la antelación debida a Varvara y a Miguel, quienes habían salido de excursión por la Alemania occidental sin haber dejado sus señas a nadie. Pablo optó por ir en su seguimiento, dándoles alcance en Ems, lugar ya entonces preferido de los turistas rusos. En esa población pasaron juntos varias semanas; luego visitaron Frankfort, el campo de batalla de Lützen y el monumento a Gustavo Adolfo, y continuaron el viaje hasta la plácida ciudad de Dresde, donde Varvara decidió quedarse a invernar. Esa decisión, al entrañar una división de los efectivos familiares, hace suponer que se había producido cierta tensión entre los hermanos. En el mes de octubre de 1841 Miguel regresó a Berlín para continuar sus estudios filosóficos; estaba absolutamente solo —como él mismo señaló— por primera vez en su vida. [12]

Absolutamente solo, toda vez que Turgueniev había vuelto a Rusia, y, provisto de los «plenos poderes» que le otorgó Miguel, en aquellas mismas fechas estaba en Premujino llevando a cabo una visita de seis días; visita largamente esperada y de funestos resultados, pues Turgueniev salió seducido y al mismo, aun sin haberlo pretendido, sedujo. Su buena presencia y sus mejores modales le granjearon la general simpatía, incluida la de Alexis, con el que luchó, haciendo con su corpulencia retemblar el suelo al caer; la de Alejandro, con quien dibujó caricaturas, y la de Tatiana, quien, preparada de anternano para idolatrar al amigo de Miguel, se enamoró apasionadamente de Turgueniev. Tatiana tenía entonces veintisiete años, y exceptuando la pasajera y superficial inclinación que un día sintió por Belinski y el afecto hacia Miguel y sus demás hermanos, hasta este momento no había amado a ningún hombre. Pero la marcha de Miguel determinó el relajamiento de la forzada sujeción que su dominadora influencia había ejercido en sus emociones. En el corto espacio de seis días su pasión por Turgueniev fue tan intensa que ella misma se maravilló por encontrarse en un mundo en el que ni el propio Miguel había sido nunca capaz de transportarla.

Los dos se volvieron a ver en Torzhok, en el mes de diciembre, y en Moscú en la primavera siguiente. Turgueniev sentía un tierno afecto por la hermana de su amigo, pero como no era un verdadero romántico, no poseía ninguna de las fatales disposiciones de los Bakunin para complicar el natural fenómeno de la atracción sexual con emociones enrarecedoras y con metafísicas disquisiciones. Su personalidad estaba más cerca de un hedonista que de un sentimental. De acuerdo con su concepción de la vida, había celebrado su regreso a Rusia corriendo una aventura con una rubia costurera de su madre, aventura que tuvo por consecuencia el nacimiento de un hijo. Decididamente, en su plan de vida no había sitio para Tatiana Bakunin, y ella, ávida de amor, tenía la clarividencia necesaria para comprender después de pasarse noches enteras llorando, cuál sería su destino. Existe una carta escrita por Tatiana a Turgueniev en el verano de 1842 en la que declara su «no solicitado y no deseado amor», un amor sin esperanza, sin pretensión, sin orgullo. Decimos mal, porque Tatiana poseía algún orgullo. Lo que más la molestaba ahora era que Miguel hubiera vivido, y viviese todavía, a costa de la generosidad de Turgueniev, generosidad que nunca podría pagar. [13]

Entretanto, Miguel, ignorante de la tragedia de Tatiana y libre de escrúpulos respecto al dinero de Turgueniev, se había instalado en una casa de la calle Dorotheenstrasse, en Berlín. Alternaba casi exclusivamente con alemanes —Müller-Strübing y varios otros, que no representaban para él más que fugaces nombres—. [14] Añadió a Schelling *(La Filosofía de la Revelación)* y a Ranke *(La Historia Moderna)* en su lista de lecturas, y el estudio de Shakespeare fue otro de sus desvelos. Las sinfonías de Beethoven le evocaban el nostálgico recuerdo de Premujino, de Varvara y de Pablo, entonces, como ya hemos dicho antes, residentes en Dresde. Por aquellos días le salió un flemón en la mejilla derecha que le impidió conciliar el sueño durante varios días, y más tarde sufrió un agudo dolor de muelas. «La Soledad —escribió a sus hermanas de Premujino— ha sido siempre una circunstancia favorable para mí: me ha ayudado a penetrar en mí mismo.» Sin embargo, se nota cierta insatisfacción y depresión en sus cartas de aquel invierno de 1941-42. Es evidente que nos vamos acercando a una gran crisis en la vida de Bakunin. [15]

* * *

Su crisis coincidió con el regreso de Varvara y Pablo a Premujino, lo cual supuso para Miguel la pérdida de los últimos contactos personales con su tierra natal. Varvara fue la primera en irse. Desde la primavera anterior, y con motivo de haberse recibido una carta de Alejandro Bakunin en la que rogaba a su hija que volviese a Rusia para reconciliarse con su marido, la cuestión del regreso a su tierra había sido objeto de continuas discusiones. La intervención paterna provocó en Miguel todo el ardor de que su rebelde pecho era capaz. Para él esa intromisión fue lo que para un viejo corcel de guerra el ventear el olor de la batalla. Sería un crimen, declaró, dejar que Varvara volviera a Rusia, a menos que ella y su hijo estuvieran garantizados contra toda interferencia del marido. Miguel no tenía confianza en su padre, máxime sabiéndolo de parte de Diakov, y Turgueniev, que aún no había regresado de Rusia, fue el encargado de «negociar, con su hermano Nicolás, todo lo concerniente a la vuelta de Varvara», la cual se hallaba en un estado de gran perplejidad, vacilando entre el deseo de vivir libre y la compasión, mezclada con una oculta especie de respeto, por el que era su marido y el padre de su hijo. Y nuevamente se sintió mortificada por la empedernida y ofensiva actitud de Miguel hacia Diakov, como también por la manera en que ella misma era tratada por su hermano. Pero al mismo tiempo tenía conciencia del poder que Miguel ejercía sobre ella, hasta el extremo de llegar casi a tenerle miedo. Al final, por más que ella le regateara la victoria, Miguel salía siempre vencedor. «Te acordarás —escribió Miguel a Tatiana a propósito de Varvara— de cuando ella solía rebelarse, decidida a no escuchar a nadie y a obrar según su propia voluntad..., para acabar cediendo. Pues eso es lo que ha sucedido ahora.»

La lucha se prolongó durante varias semanas. En noviembre de 1841

Varvara le mandó a Miguel, desde Dresde y para que le diera su aprobación, una carta que pensaba enviar a su marido. Para Miguel, esa carta sabía demasido a rendición sin condiciones, y con olímpico desprecio la rompió y escribió otra para que Varvara la enviase a su marido. Unos días después, Miguel recibió una carta de Nicolás, quien actuó de intermediario entre marido y mujer. Diakov había prometido que no trataría de ver más a Varvara, y sólo «raras, muy raras veces», a su hijo. Ante esos términos, Miguel había, al fin, «consentido» en el regreso de Varvara, pero viajar en pleno invierno resultaba punto menos que imposible, por lo que Varvara no se puso en marcha hasta el mes de junio de 1842. Parece que durante esos últimos meses, fueron muy pocas las cartas que se cruzaron los dos hermanos. Miguel fue a Dresde en Navidades para pasarlas con Varvara y Pablo, pero Varvara abandonó Alemania sin volver a ver a Miguel.

Tratamos de comprendernos recíprocamente —le escribió Miguel a Varvara después del regreso de ella a Rusia—, tratamos de ser amigos, pero todo fue imposible, y ninguno de los dos tuvo la culpa... No niego que fui a menudo mordaz y que herí tus sentimientos, pero créeme, Varvara, si te digo que me ha dolido tanto..., y cada vez que lo he recordado me he arrepentido tan sinceramente que creo que merezco tu perdón. Por otra parte, el motivo de mis asperezas fue honrado, pues yo trataba de ser tu verdadero amigo, aunque trataba de lograr por la fuerza cosas que por la fuerza no se pueden conseguir. Ahora comprendo que la mía fue una actitud infantil. Te juro que nunca más volveré a hacer lo que hice contigo.

Pero Varvara había roto el hechizo. Entre el «rebañito» había surgido una rebelde. Se había roto otro de los vínculos que ataban a Miguel a Premujino.[16]

Todavía le quedaba Pablo. Poco después de la partida de Varvara, al final del curso universitario, Miguel fue, desde Berlín, a reunirse con él, y en agosto Turgueniev, recién llegado de Rusia, apareció en Dresde. Pero Turgueniev ya no era el mismo opulento bienhechor del año pasado. Ahora dependía enteramente de la buena voluntad de su rica pero caprichosa madre, quien se había cansado de suministrarle los fondos suficientes para que los amigos de su hijo se permitieran vivir a costa de él. La restricción financiera llegó a hacerse, más que incómoda, intolerable. «Diles a nuestros padres —escribió Miguel en tono sarcástico a su hermano Alexis— que ahora estamos aprendiendo a mantenernos del aire, pero que todavía no hemos terminado el aprendizaje.» En Dresde vivía una familia rusa, los Yazikov, a quienes los Bakunin habían conocido en Ems. Miguel, a su manera, andaba medio enamorado de la madre, y Pablo estaba más que medio comprometido con la hija. Los dos hermanos habían pedido, ya antes de la partida de Varvara, dinero prestado a los Yazikov, y ahora no tenían ninguna posibilidad de devolvérselo. Aparte de estas deudas, habían contraído otras de índole más perentoria. Si no hubiera sido por algún dinero inesperado que acababan de recibir, escribió Miguel, habrían estado «a dos pasos de la prisión...».

Había que hacer algo para poner remedio a la situación. En el año que llevaba residiendo en el extranjero, Pablo no había dado muestras del más mínimo entusiasmo por los estudios filosóficos. Pero, por otro lado, ese año había producido el efecto deseado por su padre: la desilusión del joven acerca de la hondura de sus sentimientos por Alejandra Beyer; un cambio que Alejandra, enconadamente, atribuyó, no a la volubilidad de la juventud, sino a la influencia de Miguel. Ya no existía ninguna razón para demorar más su regreso. Turgueniev iba a volver a Rusia en noviembre, y Miguel insistió en que Pablo debía acompañarle.[17]

Existía otro motivo de más peso en su decisión. Durante los últimos meses, las ideas y las ambiciones de Bakunin habían ido experimentando un cambio gradual. En el invierno anterior había escrito a Alejandra Beyer (y ésta fue casi la última carta que escribió a las apasionadas hermanas) que, a menos que ella fuera a Alemania a verle, «es posible que no nos veamos nunca más»; y, poco más o menos por aquellos mismos días, todavía, medio en broma, medio en serio, añadió una posdata a la carta que envió a sus hermanas de Premujino: «¿Nos volveremos a ver algún día? Eso sólo Dios lo sabe». Cuando en el verano de 1842 dejó Berlín para ir a vivir a Dresde, supuso para él algo más que la simple mudanza desde la capital de Prusia a la de Sajonia. Había trocado la vida académica por la periodística y la política. Y el corolario de ese cambio fue el verse imposibilitado de volver nunca más a Rusia, país en el que la política estaba fuera de la ley. Miguel había estado jugando bastante tiempo. Hora era ya de plasmar sus ambiciones en una realidad. Al anunciar su decisión a Premujino, citó unos versos del *Fausto*:

Ich bin zu alt um nur zu spielen,
zu jung um ohne Wunsch zu sein.[18]

No cabía duda de que seguía sintiendo el mismo hondo afecto de antes por sus hermanos y sus hermanas y de que siempre seguiría queriéndolos, pero el azar de la vida había separado sus caminos, marcándole a él un rumbo diferente del de ellos. Pasaría, pues, otro año en Alemania, y luego quizá marcharía a Francia. No deja de ser curioso el tono positivista de esta carta, que iba acompañada de otra para

Nicolás y en la que le pedía que vendiera la parte que de la finca paterna le correspondía y que se pusiera el producto de la venta a su disposición. La hipotética parte que del patrimonio paterno le correspondía continuaba brillando ante sus ojos como un fuego fatuo; parte que no había estado al alcance de su ávida mano por espacio de treinta años. [19]

Ahora bien, ni la sosegada indiferencia ni el cálculo frío pudieron nunca alentar mucho tiempo en el corazón de Miguel. Su salida de Rusia le había dejado una honda impresión. El renunciar a su patria no significó nada para él, pero Premujino, su río, sus bosques, sus hermanas y hermanos..., todo eso había sido hasta entonces parte de su más íntimo ser. Así, pues, cuando el día 3 de noviembre de 1842 se despidió de Pablo en la estación de ferrocarril de Dresde, sabía que, a menos que se produjera un milagro, no volvería a ver nunca más aquello que tanto había amado. Al día siguiente de la marcha de su hermano cogió la pluma y escribió una carta a Premujino; carta que es única en la correspondencia de este género y que no podría ser apreciada en todo su valor si no transcribiésemos algunos de sus fragmentos:

Pablo y Turgueniev se han ido. Mañana enviaré esta carta a Berlín, donde ellos van a permanecer tres días. Al separarme de Pablo, me separé una vez más —sí, y por última vez— de vosotros, de Premujino, de Rusia, de todo mi pasado. Pablo ha representado para mí el último eco de mi querido viejo mundo de Premujino. El eco se apagó; el eco ya no está aquí, ni tampoco vosotros. ¡Adiós, adiós! Sólo caras extrañas me rodean; no oigo más que sonidos extraños. La voz del hogar ha enmudecido. Nunca había imaginado que lo quería tanto; no sabía que me hallaba todavía tan ligado a vosotros. Ahora, cuando os escribo, estoy llorando; estoy llorando como un niño de pecho. ¡Qué flaqueza! Pero no trataré de esconder mis lágrimas; ¡hacía tanto tiempo que no había podido hablar con vosotros! La partida de Pablo arrancó la corteza que cubría mi corazón. Una vez más siento vuestra presencia dentro de mí; la siento para, una vez más —y por última vez—, deciros adiós para siempre... Ha sido un bien que me quedara solo, para poder llorar; antes no sabía lo que eran las lágrimas... Sí, ahora estoy totalmente convencido de que éstas son mis últimas lágrimas; ya no me queda nada más que perder. Lo perdí todo, me despedí de todo. Adiós, amigos míos, adiós.

Querida Tatiana, te ruego que cuelgues mi retrato en tu cuarto. Me lo hice dibujar para ti. Tal vez su vista hará que mi recuerdo se conserve vivo en tu corazón. Reconozco, mis queridos amigos, que para vosotros ya no soy más que un fantasma con el que no tenéis nada en común. Mi retrato y lo que Pablo os cuente de mí me traerán nuevamente a la vida en vuestro recuerdo. Varvara no pudo hacerlo, porque no me conocía y ni aún ahora me conoce.

¿Os acordáis de la vez que, en un atardecer de otoño, imaginábamos los cuadros que podían pintarse desde el seto vivo que hay entre Lopatino

y el bosque de Mytnits? ¿Recordáis que en aquellos momentos una bandada de grullas pasó volando sobre nuestras cabezas? Ahora me hallo en el país hacia el cual las grullas salen volando desde el nuestro. ¿Os acordáis de nuestros paseos por el bosque de Mytnits? ¿Habéis seguido mi sendero favorito este verano? ¿Cómo están mis árboles del bosquecillo? Allí encendimos una hoguera una tarde de Semana Santa. Liubov estaba entonces enferma y ya muy cerca de la muerte, y vino en un carruaje a reunirse con nosotros... Luego yo partí. ¡Dios mío, qué destrozado estaba mi corazón cuando le dije adiós a papá! Cuánta tristeza me causó el abandonar a nuestro pobre y venerado padre, quien, al desear nuestra felicidad, no se daba cuenta de que echaba a perder nuestras vidas, y las echaba a perder porque no tenía fe en sus propias creencias. Sé que ahora su corazón está cerrado para mí. ¡Si supiera cuánto le quiero! Cuidadle tiernamente, amigos míos; es un mártir digno de mejor suerte. Entonces nos dirijimos todos juntos a Kozitsino, y después...; ¿os acordáis, hermanas, de cómo nos dijimos adiós aquella noche? ¿No tuvisteis entonces el presentimiento de que no volveríamos a vernos nunca más? ¿No te acuerdas, Alexis, de cómo luego nosotros tres seguimos juntos en el coche, llorando mientras el tordo cantaba en el matorral...?

Un gran porvenir me espera todavía. Mis presentimientos no pueden engañarme. ¡Ah, si yo pudiera realizar solamente una minúscula parte de cuanto proyecta mi corazón! Otra cosa no pido. No pido felicidad; no pienso en la felicidad. Trabajar, trabajar de firme por una causa sagrada es todo lo que pido. Ante mí se abre un vasto campo, y mi parcela no será la más pequeña...

Todavía estoy triste, pero mi tristeza desaparecerá. Ésta ha sido mi ultima angustia desde que abandoné Rusia. Ahora ya me siento nuevamente fuerte; no le temo a nada, y estoy dispuesto a seguir adelante, con la cabeza alta. Pero sabed, amigos míos, que más allá de los mares existe un ser que no dejará nunca de ser vuestro amigo, y que necesita de vuestro afecto porque, lejos de vosotros, no tiene en el mundo un hogar que pueda decir que es el suyo...

Adiós, amigos; adiós otra vez. Un saludo con la mano, y a seguir viviendo sin volver la vista atrás.

Bakunin era demasiado joven todavía para vivir de los recuerdos del pasado. Quince días después escribió en términos alegres que había estado en un baile de gala y que había bailado con la esposa del Ministro francés.[20]

NOTAS

1. Kornilov, *Gody Stranstviya*, p. 16; *Sobranie*, ed. Steklov, III, 8, 27.
2. Con toda evidencia, se trata de la *Encyklopädie der philosophischen Wissenschaften*, de Hegel.
3. Esta fecha es incorrecta o pertenece al calendario ruso (por más que la del fallecimiento de Stankevich viene expresada según el cómputo de Rusia). Bakunin llegó a Berlín el día 13/25.
4. Kornilov, *Gody Stranstviya*, p. 52; *Sobranie*, ed. Steklov, III, 59.
5. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 25, 40, 44-5, 85 Annekov *Literaturniya Vospominaniya*.
6. «Sé muchas cosas, pero quisiera saberlas todas». (N. del T.)
7. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 10, 18, 32-3, 37, 78; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, p. XX.
8. *Herzen*, ed. Lemke, XIV, 314-19; *Russkaya Starina* (mayo, 1884).
9. Varnhagen, *Tagebücher*, I, 232; *Herzen*, ed. Lemke, XIII 235; *Sobranie*, ed. Steklov, III, 85-6, 93, 266-7. El «relato contemporáneo» de Bettina von Arnim se halla en el libro de Lucy Cohen, *Lady Rothschild and Her Daughters* (1935).
10. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 22, 43, 66, 86; *Herzen*. ed. Lemke, XIII, 14; Kornilov, *Gody Stranstviya*, pp. 16, 42.
11. Steklov, *M. A. Bakunin*, I, 93; *Sobranie*, ed. Steklov, III, 44-5, 51-3; 58; *Gody Stranstviya*, pp. 68-71.
12. Kornilov, *Gody Stranstviya*, p. 73; *Sobranie*, ed. Steklov, III, 60, 65, 69-70; IV, 232.
13. Kornilov, *Gody Stranstviya*, pp. 75-7, 115-16; 222.
14. Engels, llegado a Berlín en octubre de 1841, residió también en la Dorotheenstrasse, y asistió igualmente a las conferencias de Werder y de Schelling. Pero los dos jóvenes no trabaron conocimiento hasta unos años más adelante.
15. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 66-7, 73-4, 92.
16. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 55, 70-73, 78, 92-3, 117-18.
17. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 65, 108, 119-20; Kornilov, *Gody Stranstviya*, página 215.
18. «Soy demasiado viejo para entregarme a esos juegos; demasiado joven para no sentir deseos.» (N. del T.)
19. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 91, 94, 115, 120-22, 125-6.
20. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 148-53, 161.

9

ADIOS A LA FILOSOFIA

Miguel Bakunin tenía ahora veintinueve años. Las batallas domésticas libradas en Premujino no habían afectado en lo más mínimo la ortodoxia de su credo político; y tampoco había pensado aún en buscar implicaciones políticas en el debate filosófico entablado acerca de la realidad hegeliana. En el momento de su salida para Alemania se le hubiera podido definir como rebelde por temperamento y conservador, tanto por tradición familiar como por convicción racional. En todo carácter obstinado, como era el de Bakunin, a la larga el temperamento llega a superar lo mismo la tradición que la razón. Por lo que su subsiguiente conversión a la causa revolucionaria debe ser considerada como una mutación lógicamente predeterminada, si bien la rapidez e integridad de esa conversión ofrezca síntomas típicos del aristócrata en general a la vez que de Miguel Bakunin en particular.

La intensa emoción que Premujino producía en él no pasaba de tener un carácter estrictamente local y personal. Por lo tanto no se trataba de una manifestación de amor y de lealtad hacia su patria ni de apego a la tradición nacional. Su afecto, su devoción no iban dirigidos a su país ni tampoco al Estado ruso. Incluso, y quizá sobre todo, entre los miembros de la nobleza rusa el patriotismo nacional, en la primera mitad del siglo diecinueve, se hallaba en una fase de crecimiento todavía muy débil. El ruso de la generación siguiente, imbuido ya de la nueva doctrina eslavófila, había de poder mirar al alemán, al francés o al inglés con aquella mezcla de irritación y de desprecio que hallamos, por ejemplo, en las páginas de Dostoievski. Pero para la generación de Herzen, de Turgueniev y de Bakunin, Europa aparecía todavía como una segunda patria, y, en muchos aspectos, como una patria de tipo superior. Los tres hablaban y escribían el francés y el

alemán casi tan perfectamente y con la misma facilidad que su idioma nativo. Y a los treinta años de edad, los tres, tan diferentes en algunos aspectos, se consideraban, no como primordialmente rusos, sino como ciudadanos de Europa y del mundo. Mientras el nacionalismo se hallaba en todo su apogeo en el resto de Europa, la casta de los terratenientes rusos conservaba algo de la cultura cosmopolita y de las perspectivas de la era de las Luces. Esa casta continuó siendo hasta mediados del siglo XIX un tardío pero fértil campo de buena educación para el hombre internacional.

Nacido y criado en tal ambiente, Bakunin estaba exento de toda tradición nacional lo suficientemente vigorosa como para estorbar el libre juego de su temperamento rebelde. La razón resultaba igualmente inoperante, porque por más que Bakunin poseyera una inteligencia ágil y vigorosa, era, en un grado que casi no admitía paralelo, siervo y no dueño de sus propios impulsos. La insubordinación, indiscriminada, contra toda autoridad es una fase inherente al desarrollo de todo individuo normal. Y Bakunin no superó en toda su vida la fase que la mayoría de los seres humanos superan entre los diez y los treinta años. En este sentido, poseyó el secreto, no ya de la juventud, sino de la niñez perpetua. La determinación del objeto contra el cual iba dirigida su rebeldía parece que fue para él de una importancia secundaria. Esa determinación venía dado por condiciones y motivos más o menos transitorios, siendo más adventicios todavía los argumentos que, para justificar la revuelta, le proporcionaba la razón. El puro instinto de rebelión, independientemente del objeto o de la razón de la rebeldía, nunca se dio de una manera tan abiertamente expresada como en la personalidad de Miguel Bakunin.

El proceso de la metamorfosis de la rebelión doméstica en rebelión política que se operó en Bakunin en la Alemania del 1842 puede ser descrito en los simples términos de la literatura y la filosofía germánicas. Bakunin, junto con la mayor parte de sus compatriotas contemporáneos, había estado sujeto —antes de su traslado a Alemania— a dos importantes influencias teutonas: el romanticismo germánico y la filosofía de Hegel. Cuando llegó a Berlín, en el año 1840, esas influencias seguían todavía disfrutando del mayor favor por parte de los alemanes, y el ambiente intelectual que encontró en Alemania no era en esencia diferente (aunque, tal vez, de nivel más elevado) del que había dejado en Rusia. El primer año de su permanencia en Berlín representó el final de su período ruso más bien que el principio de su período europeo.

El año 1841 constituye un punto crítico muy importante en el pensamiento germánico. El año anterior, Federico Guillermo IV había subido al trono de Prusia. Este monarca fue un impenitente; más aún, un imprudente reaccionario. No tuvo para nada en cuenta el prudente aforismo político de «no molestar al león dormido», mereciendo, por sus provocativos ataques a la libertad de pensamiento y de palabra, el irónico título que le dieron los radicales de «primer revolucionario alemán». La *Vida de Jesús*, de Strauss, no pasó de ser un escándalo aislado, y la «Izquierda Hegeliana» no fue más allá de un metafísico corrillo que pasó casi inadvertido. Mas la persecución oficial confirió, paradójicamente, un poderoso ímpetu a aquel movimiento. En 1841 Luis Feuerbach —del cual Bakunin había tenido vagas noticias durante su estancia en Moscú— publicó *La esencia del cristianismo*, obra que tuvo la virtud de cristalizar el espíritu de la generación naciente y de iniciar una nueva época filosófica.

El libro de Feuerbach, cuyo móvil era hallar una base materialista a la religión, constituyó un poderoso centro de atracción para la Izquierda Hegeliana; es decir, para los «Jóvenes Hegelianos», nombre con el que entonces se designaba a los radicales. Uno de los rasgos más significativos del carácter de la época es que el primer asalto a la ortodoxia hegeliana se dio precisamente en el frente de la religión. Igualmente demostrativo del enorme prestigio de que disfrutaba Hegel es el hecho de que todavía diez años después de su muerte los rebeldes seguían cobijándose bajo su nombre, al tiempo que puntualizaban que ellos estaban interpretando, y no negando, su doctrina. Los «Jóvenes Hegelianos» demostraron que el sistema de Hegel, liberado de las excrecencias del culto al Estado (producto engendrado en los años de la senectud de este filósofo), no era un credo reaccionario, sino, por el contrario, un sistema filosófico netamente revolucionario. Porque si bien todo lo real es racional, el método dialéctico prueba que todo lo real está en continuo movimiento y es objeto de una transformación incesante. Por consiguiente, el estancamiento, la inmovilidad no puede, en ningún caso, ser racional. La razón y la revolución se vieron, al fin, triunfalmente reconciliadas, y la nueva doctrina se propagó como un reguero de pólvora por todos los ámbitos de la juventud pensante: de la juventud que integraba la joven generación de aquellos días. Aquellos ardientes hegelianos, que hasta este momento habían interpretado el hegelianismo en función de una especie de quietismo político, se metieron de cabeza en la política, presentando a Hegel —correctamente interpretado— como su justificación. En los años treinta, ser hegeliano significaba aceptar el mundo político tal como era en aquel momento. En los cuarenta (con la excepción de unos pocos filósofos profesionales), ser hegeliano equivalía a ser políticamente revolucionario. [1]

Quien primero inició a Bakunin en el neohegelianismo fue Arnold Ruge, hombre mediocre pero inteligente, a quien hoy se recuerda especialmente por la influencia que, aunque transitoria, ejerció sobre Baku-

nin y Carlos Marx. En 1838 Ruge fundó en Halle, la ciudad universitaria, el *Hallische Jahrbücher*, periódico filosófico y político a la vez, que llegó a convertirse en el órgano de la Izquierda Hegeliana, y del cual Botkin había dado a conocer años antes, en Moscú, un ejemplar a Bakunin. Ese periódico muy pronto atrajo la atención de los círculos radicales, entre los que fue adquiriendo cada día más influencia. Es natural, pues, que la pesada mano de Federico Guillermo cayera, a finales del 1840, sobre él, ordenando su prohibición. Ruge, impasible, se apresuró a desplazar sus actividades al clima, más benigno, de Sajonia. En 1841 el periódico, con el título más genérico de *Deutsche Jahrbücher*, reaparecía en Dresde, con una tendencia más acentuadamente radical y un prestigio cada vez mayor. Bakunin conoció a Ruge con ocasión de su viaje a Dresde en el otoño de 1841 acompañado de Varvara y de Pablo. Ruge le pareció «un hombre interesante y notable», a pesar de su oposición a «todo lo que oliese a misticismo» y de su «abierta resistencia hacia todo lo que a religión, arte y filosofía se refiriese». Bakunin era todavía un hegeliano ortodoxo, por lo que los puntos de vista de Ruge hubieron de causarle cierta desazón. Con todo, pensó que podría serle útil en su esfuerzo por sacar a los alemanes de su cómoda postura conformista en relación con la «podrida, dorada, inmutable medianía».[2]

* * *

El invierno de 1841-42 —que pasó completamente solo en Berlín— parece que fue el período decisivo en la conversión de Bakunin. Por aquellos días estuvo devorando con avidez insaciable el cúmulo de folletos y disertaciones con que los Jóvenes Hegelianos, en las propias barbas de la censura, inundaron a Alemania. Incluso escribió —por lo menos así se lo dijo a Ruge— un folleto anónimo que publicó por su propia cuenta y cuyo verdadero autor, a pesar de los esfuerzos que se hicieron por identificarle, la policía no logró descubrir.[3] En el verano de 1842 —fecha en que se instaló nuevamente en Dresde— Bakunin era ya un cumplido «joven hegeliano», hasta el punto de que Ruge declaró que había «dejado atrás a todos los burros viejos de Berlín». Y Miguel Bakunin, tarareando la tonada, en aquellos días muy popular, de la recién estrenada ópera de Meyerbeer *Los Hugonotes*, apodó a Ruge *Papá Coligny*, nombre del jefe de los insurgentes. Bakunin estaba dispuesto a proclamar *urbi et orbi* su conversión a la causa de la revolución. Y como las columnas del periódico de Ruge estaban a su disposición, publicó en el *Deutsche Jahrbücher* un trabajo titulado *La reacción en Alemania: del cuaderno de notas de un francés*, trabajo que firmaba *Jules Elysard*. ...

La actualización de la libertad, declaraba Bakunin en aquel artículo, es la cuestión candente del día; una cuestión que constituye la oposición fundamental entre la reacción y la democracia. La historia contemporánea está dominada por la antítesis hegeliana entre lo positivo (el orden existente) y lo negativo (la revolución). La democracia como ideal aún no ha conseguido una existencia independiente. «La democracia como tal, todavía no se expresa a sí misma con toda su fuerza afirmativa; sólo lo hace en forma negativa, a través de la negación de lo positivo.» Cuando la democracia haya derrocado a la reacción, entonces, y sólo entonces, habrá dejado de ser una mera negación. «Se operará una transformación cualitativa; una nueva, vigorosa, vivificante revelación; un nuevo cielo y una tierra nueva; un mundo joven y potente, en el que nuestras actuales discordancias serán resueltas en un todo armónico.»

Mientras no se llegue a este término, la reacción y la democracia proseguirán su encarnizada lucha. Quienquiera que manifestaba creer en la posibilidad de compromiso entre lo positivo y lo negativo era despreciativamente remitido a Hegel como a la última instancia para la refutación de su falacia. El compromiso era absolutamente ajeno a la naturaleza de Bakunin, y los *compromisistas* (o «moderados») eran objeto de ataques todavía mayores que los reaccionarios (o «positivistas»). «La Izquierda dice "dos y dos son cuatro"; la Derecha dice "dos y dos son seis"; y para el Centro, "dos y dos son cinco". A las reaccionarios se les empieza a considerar como un anacronismo. Y a los *compromisistas* como el característico producto de una época que sabe que los días del orden existente están contados.»

Todos los pueblos, todos los hombres —rezaba el famoso alegato— están llenos de presentimientos. Todo aquel que no tiene los órganos vitales paralizados o atrofiados, ve con temblorosa expectación acercarse el futuro que ha de decir la última palabra. ¡Incluso en Rusia —ese ilimitado y nevado imperio que tan mal conocemos y que tiene ante sí tan gran porvenir—; incluso en Rusia se están acumulando las negras nubes de la tormenta! ¡El aire es allí sofocante y está preñado de tempestades!

Por lo que gritamos a nuestros hermanos ciegos: ¡Arrepentíos!, ¡arrepentíos! El reino de Dios está ya cercano.

Pongamos nuestra confianza en el espíritu eterno que destruye y aniquila sólo porque ésa es la arcana —y eternamente creadora— fuente de toda vida. La pasión de la destrucción es también una pasión creadora.

La reacción en Alemania fue un brillante ensayo del arte de transformar al respetable Hegel en filósofo de la revolución. Ese trabajo resultó el escrito más convincente y más sólidamente razonado que salió de la pluma de Bakunin, y de él provino su prestigio en los círculos avanzados de Europa. Nadie, desde luego, creía en la existencia del tal

Jules Elysard, y pronto empezó a propalarse el verdadero nombre del autor del ensayo. Al llegar a Moscú la noticia de la identidad del autor, Herzen anotó en su diario: «*La reacción en Alemania* ha borrado sus pecados anteriores... Me siento completamente reconciliado con él». Cuando Belinski se enteró del escrito de Bakunin, declaró en seguida, con la generosidad de siempre, que «Miguel y él habían estado buscando a Dios por caminos diferentes, pero al fin se habían encontrado en el mismo templo». Y le escribió una entusiástica carta que fue como una especie de bandera blanca en su mutuo enfrentamiento anterior. Botkin siguió el ejemplo de Belinski. El ensayo obtuvo un enorme éxito; fue un *succès de scandale.* Bakunin no había pensado que su trabajo no tardaría mucho en llegar a conocimiento de las autoridades rusas, y tampoco Ruge pensó que tan inflamatorias páginas no dejarían de poner en estado de alerta a la censura sajona. En adelante, pues, los dos tuvieron motivo para considerar insegura y precaria su situación en Dresde. [5] No obstante, esto le inquietaba menos a Bakunin que a Ruge. Bakunin había sido siempre temerario, sin que le inquietasen las consecuencias de sus actos, y, por otra parte, empezaba a estar cansado de vivir en Dresde, en Alemania incluso. *La reacción en Alemania* no sólo marcó la culminación de la fase hegeliana de Bakunin, sino que supuso también su adiós a Hegel. La filosofía alemana había, de una o de otra forma, dominado su pensamiento por espacio de siete años, y había llegado el momento de buscar nuevos campos de acción. Resultaba significativo que hubiera escogido un *nom de plume* francés y no alemán para firmar el ensayo que fue como un anticipo de su programa. Un año antes había tenido ocasión de leer *La política del pueblo,* de Lamennais, encontrando en ella una nueva y divertida síntesis de la religión y la política, que presentaba el mundo de la metafísica alemana como si nunca hubiera existido. En los días en que apareció *La reacción en Alemania,* un profesor alemán llamado Stein publicó una obra titulada *El socialismo y el comunismo en la Francia contemporánea,* obra que reveló por vez primera al mundo germánico las teorías de Saint Simon y de Fourier, de Proudhon y de Leroux. Los utópicos y visionarios sistemas de esos escritores franceses se le antojaban a Bakunin prácticos y concretos en comparación con las abstracciones de la metafísica alemana. Hasta el propio Feuerbach le parecía «irreal» y «puramente teórico», y el resto de los filósofos alemanes, con sus «teóricas fórmulas de salvación», eran en su concepto, sencillamente «cómicos». El radicalismo neohegeliano era pura teoría y el socialismo francés sólo práctica. La filosofía únicamente servía para negar el pasado. El futuro pertenecía a los hombres de acción. Una vez que Bakunin se formuló la alternativa en estos términos, ya no cabía duda acerca de su elección. [6]

* * *

La elección de Miguel Bakunin vino a confirmarla la aparición en Dresde de una nueva y sorprendente figura. En el año 1841 se publicó en Suiza un pequeño volumen de versos titulado *Poemas de un hombre vivo*; la obra consiguió un singular eco en todo el mundo de habla alemana, y se hicieron docenas de ediciones en los siguientes dos años. *Poemas de un hombre vivo* —un apasionado alegato en pro de las libertades políticas— era la obra de un joven que se llamaba Jorge Herwegh, y constituían la expresión de un movimiento que, con la denominación de «La joven Alemania», había ido ganando, lenta y gradualmente, terreno a través de los últimos diez años. «La joven Alemania» propugnaba las ideas progresistas de Francia (donde la tradición revolucionaria todavía estaba viva) para que sirvieran de modelo al anacrónico y estático reaccionarismo teutón. Los dos representantes más famosos de ese movimiento eran Börne y Heine, ambos judíos y exiliados en París. Los dos sentían inclinación por las sentimentales nebulosidades del romanticismo y por las sutilezas metafísicas de sus diferentes escuelas. Los escritores y poetas de «La joven Alemania» no se distinguían precisamente como hombres de acción, aunque en teoría proclamaran la primacía de la acción sobre el sentimiento y la idea. En uno y otro aspecto, Herwegh fue un típico representante de este movimiento.

La visita de Herwegh a Dresde, hecha en el mes de octubre de 1842, coincidió con el breve intervalo entre la publicación de *La reacción en Alemania* y la marcha de Pablo y de Turgueniev a Rusia. Herwegh se desenvolvía en la atmósfera de progreso triunfante que llenaba el ámbito germánico, recibiendo el constante y respetuoso homenaje de todos los buenos demócratas. A los de Dresde les dedicó una semana, compartiendo el alojamiento de Bakunin y Turgueniev. Esta convivencia dio resultados completamente halagüeños. Herwegh parecía la persona más indicada para llenar el sitio que la marcha de Turgueniev iba a dejar pronto vacante en el corazón de Miguel. Turgueniev era un aristócrata, y Herwegh el hijo de un hotelero. Pero vistos desde un plano distinto del social, tenían muchas cualidades en común. Los dos eran bien parecidos (un contemporáneo observó que Herwegh poseía «los ojos más bellos que había visto en su vida») y los dos eran igualmente superdotados. En la naturaleza de cada uno yacía una profunda veta de vanidad y de sibaritismo al lado de una total aversión al trabajo. Además, lo mismo el uno que el otro carecían del sentido de la responsabilidad. Y sus ideas sobre la amistad igualmente coincidían. Según ellos, el amigo ideal era aquel que les admirase, les guiara y les preparase un cómodo porvenir. Miguel Bakunin, que, al lado de Herwegh, daba

la impresión de que era un mujik ruso, sucumbió, una vez más, a la tentación de convertirse en el protector del débil. En su vida había encontrado un ser tan «delicadamente constituido» como Herwegh. Esa misión de protector no la había podido cumplir cerca del robusto, prosaico y teórico Ruge. [7]

La simpatía de Bakunin por Herwegh la incrementó el descubrimiento de la casi plena coincidencia de ambos en sus ideas. Herwegh ridiculizaba a los sentimentales y teorizantes, y se tenía por hombre de acción. Bakunin siguió su ejemplo con todo el entusiasmo y el fervor de un catecúmeno. Herwergh había estado combatiendo durante los dos o tres últimos años la desacertada y torpe política de Alemania, y consideraba a Francia como el único país capaz de salvar a Europa. El pensamiento de Bakunin venía orientándose en idéntica dirección desde hacía varias semanas. Herwegh le presentó a George Sand, cuya personalidad adquirió a los ojos de Bakunin una significación política nueva, y Bakunin y George Sand tuvieron largas conversaciones acerca de *Consuelo*, la última obra maestra de la célebre escritora. Antes de finalizar la semana que Herwegh permaneció en Dresde, los dos nuevos amigos se juraron eterna amistad y alianza. La alianza tuvo su lado económico a la vez que su lado romántico. Herwegh acababa de hacerse cargo de la dirección de un periódico radical alemán que se publicaba en Suiza —el *Deutsche Bote*—, y *Jules Elysard* entraría a formar parte, en calidad de colaborador, de su redacción. [8]

Herwegh salió de Dresde el 2 de noviembre de 1842, y pasó ocho semanas (muy pródigas por cierto en acontecimientos) en suelo prusiano. En el transcurso de sólo diez días celebró sus esponsales con la hija de un rico judío de Berlín, traficante en sedas, y una semana después, el 19 de noviembre, le llamó a una audiencia Federico Guillermo, quien, en un arranque de excentricidad, le aseguró al joven poeta que le gustaba tener «oponentes honorables». Es probable que el móvil esencial de tan extraño gesto en aquel déspota fuera simplemente la curiosidad. Pero ese «gesto» no impidió que a los pocos días hiciera publicar un decreto declarando fuera de la ley al *Deutsche Bote* en todo el territorio de Prusia. Herwegh, que se había hecho la ilusión de haber conquistado al rey tan rápidamente como había conquistado a su novia, dirigió a Federico Guillermo una elocuente carta de protesta. Bien fuera por accidente, bien de manera deliberada, Herwegh permitió que esa carta apareciese en la prensa, y el resultado de la indiscreción fue recibir una orden gubernativa conminándole a abandonar el suelo de Prusia en el plazo de veinticuatro horas. Herwegh tuvo que dejar Berlín el 29 de diciembre, y como las autoridades sajonas no le permitieron que se quedase a vivir en Leipzig, se vio obligado a continuar el viaje en dirección a Suiza.

Bakunin adoptó la inesperada y súbita decisión de seguir a Herwegh en su destierro. La notoriedad que le habia dado la aparición de *La reacción en Alemania* le tenía inquieto y algo preocupado, y ahora se consideraba todavía más comprometido por su pública asociación con Herwegh. De ahí que le asaltase el temor de que las autoridades sajonas le detuvieran y lo entregasen a Rusia. Como más tarde admitió, sus temores fueron infundados. No había, por consiguiente, ninguna necesidad de salir huyendo «como un gallo inglés ante el halcón». Y si la alarma fue el único motivo de su huida, Bakunin había obrado en esta ocasión, por primera y última vez en su vida, con un exceso de precaución. Pero existían otros motivos que aconsejaban su desaparición del suelo prusiano. Bakunin estaba totalmente encariñado con su nuevo amigo, cuya gloria había adquirido un mayor brillo a raíz de sus recientes aventuras, y la sola idea de la separación le era intolerable. Si Herwegh hubiera amigrado a América —escribiría años después Bakunin en su *Confesión*—, él le habría seguido sin vacilar. Tampoco hay que olvidar algunas consideraciones de índole menos elevada y más materialista. Cuando Bakunin se trasladó desde Berlín a Dresde dejó ciertas deudas, y ahora esas deudas —incluido un préstamo de Ruge— pasaban ya de la no despreciable cantidad de dos mil táleros. Hasta entonces había podido ir aplacando a sus acreedores con la renovada promesa de pagarles tan pronto recibiera los fondos que había pedido a sus padres y a Turgueniev, pero su situación se había hecho insostenible. Entonces pidió prestados doscientos cincuenta táleros más a Ruge, y a primeros de enero de 1843 se marchó precipitadamente para ir a reunirse con Herwegh. [9]

Es muy probable que en Dresde no pasaran de dos las personas que sintieron sinceramente que se fuese Bakunin. Algunos meses antes —con anterioridad a la partida de Pablo y de Turgueniev— Miguel había trabado amistad con Adolfo Reichel, joven profesor de música del Conservatorio. Adolfo tenía una hermana, Matilde. La relevante personalidad de Bakunin causó una viva impresión a los dos hermanos. Miguel iba con frecuencia a su casa, para oír a Reichel interpretar a Beethoven, su compositor favorito, o bien, si Reichel estaba fuera, para charlar un rato con Matilde. Para ella, aquellas ocasionales conversaciones constituyeron «un segundo bautismo espiritual». Pero mientras que para Matilde sus diálogos nunca eran demasiado largos, Miguel, en cambio, siempre llevaba prisa por marcharse. Total, que pronto se vio claro que el destino había querido que, una vez más, Miguel inspirase una pasión a la que no podía corresponder. Alrededor de aquellos días escribió a su hermano Alexis que «había tratado de enamorarse, pero no lo había conseguido». Y a Pablo le dijo que «aún no "la había" encontrado, y probablemente no la encontraría nunca». No había, pues, espe-

ranza alguna para la pobre Matilde. Y aunque después ella se casó, permaneció, a pesar de todo, siempre fiel al recuerdo de Bakunin, escribiéndole —de tarde en tarde— cartas de un subido tinte religioso, y aún trató, siete años después, de visitarle en la prisión. Adolfo Reichel, el apacible músico para quien la política no significaba nada, siguió siendo durante más de treinta años el más leal y constante de todos los amigos que tuvo Bakunin. [10]

Miguel se reunió con Herwegh en Karlsruhe. El 6 de enero de 1843 se hallaban los dos en Estrasburgo (primer suelo francés que pisó Bakunin) y pocos días después llegaban a Zürich. [11]

NOTAS

1. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 103.
2. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 65-6.
3. En efecto, un folleto anónimo de aquel período, dirigido contra Shelling y titulado *Shelling y la revelación*, se atribuyó al principio a Bakunin, pero hoy está fuera de duda que su autor fue Engels.
4. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 126-48, 183; IV, 103; Ruge, *Briefwechsel*, I, 273.
5. *Herzen*, ed. Lemke, III, 96; Belinski, *Pisma*, II, 317; *Sobranie*, ed. Steklov, III, 184.
6. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 62-4, 154, 175-6; IV, 103.
7. Herwegh, *Briefwechsel*, p. 24; *Sobranie*, ed. Steklov, III, 183-4.
8. Ruge, *Briefwechsel*, I, 284; Herwegh, *Briefwechsel*, p. 272.
9. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 172-3, 209; Ruge, *Briefwechsel*, I, pp. 307-8.
10. *Materiali*, ed. Polonsky, II, 388; *Sobranie*, ed. Steklov, III, 107, 164.
11. Herwegh, *Briefwechsel*, pp. 104, 113; *Sobranie*, III, 172-3 (en donde el n.º 461 parece que lleva fecha equivocada).

10

INTERMEDIO SUIZO

Bakunin hizo un compás de espera mientras realizaba un análisis de la situación y andaba buscando a su alrededor nuevos mundos que conquistar. La momentánea timidez que se apoderó de él la primera vez que llegó a Berlín, dos años y medio antes, volvió a sobrecogerle ahora en Zürich. Todo el espacio geográfico situado al oeste de Berlín y Dresde le era desconocido. Además, aquí no conocía a nadie, excepto a Herwegh. Herwegh no era ni dirigente ni organizador político, y en aquellos días sólo se ocupaba en ultimar los preparativos de su brillante boda. Bakunin vivía solo, en una casa de las afueras de Zürich, y desde la ventana de su habitación podía contemplar, más allá del lago, las montañas cubiertas de nieve. Desde aquella ventana, sació su deseo de conocer las soñadas bellezas del paisaje suizo. Iba con Herwegh a practicar el remo en el lago, y, durante sus paseos en barca, «los dos amigos soñaban y reían y se ponían tristes a un tiempo». Quería a su compañero «como el hermano quiere a la hermana», pero en este sentimiento había cierta protectora condescendencia hacia el ser más débil. En los primeros días de febrero, Bakunin escaló el Uetliberg, donde halló casi ya en flor las campánulas de invierno y las «purpúreas florecillas que despedían un aroma parecido al del jacinto». Comprimió tres de aquellas flores y las incluyó en la próxima carta que envió a Premujino. La filosofía yacía en el olvido y la política podía esperar...

A veces me paso aquí largas horas sentado en el diván —escribió a Pablo— contemplando el lago y las montañas, que a la puesta del sol tienen una belleza singular, y observando los más imperceptibles cambios del cuadro que a mi vista se ofrece, cambios que se suceden los unos a los otros sin cesar. Y pienso, pienso en todas las cosas, sintiéndome unas

veces triste y otras alegre y risueño..., hasta que todo desaparece, velado por una especie de neblina.

En aquellos idílicos alrededores se pasaba las horas devorando las novelas de George Sand, que venían a corroborar su convicción de la superioridad del espíritu francés sobre el alemán. ¡Cuán mezquinas y artificiales le parecían ahora las insustancialidades de la en otro tiempo tan admirada Bettina al lado de la «magnífica, apostólica figura» de Madame Dudevant! Bettina pertenecía al mundo germánico de la teoría abstracta. George Sand poseía la finura francesa, la gracia de la «sencillez práctica y animada». Era la profetisa de la humanidad, y cada vez que leía sus escritos, Bakunin se sentía transformado en un hombre mejor, y su fe «se incrementaba y se robustecía». [1]

El cantón de Zürich, que desde los días del fallido levantamiento de 1839 estaba regido por un gobierno fuerte y conservador, no estimaba ni por asomo el honor de albergar al poeta revolucionario expulsado de Prusia y de Sajonia. A mediados de febrero, Herwegh recibió la orden de abandonar Zürich, viéndose obligado a buscar refugio en el cantón de Basilea, donde se le concedió el derecho de ciudadanía. El 8 de marzo de 1843 se celebró su boda con Emma Siegmund en el pequeño pero elegante balneario de Baden. Bakunin actuó, con gran soltura y aplomo, de padrino de boda y de maestro de ceremonias, llevando del brazo a la novia desde la carroza hasta el interior de la iglesia, donde la despidió con un «*Adieu, mademoiselle*», y escoltándola nuevamente desde la iglesia hasta la carroza con el saludo ritual de «*Bonjour, madame*». En definitiva, es innegable que Bakunin obtuvo una inesperada cantidad de satisfacciones sentimentales del matrimonio, por amor, de Herwegh. Sus cartas, desde luego, aparecen rebosantes de cumplidos, un poco afectados, dirigidos a la novia. Pero tales sucesos, coronados por la salida de la novel pareja para Italia, pusieron fin al ambicioso sueño del *Deutsche Bote*. Los materiales literarios —poemas y ensayos— producidos por Herwegh y sus amigos, debidamente compilados, se publicaron en un pequeño volumen, en el que no figuraba ningún trabajo del indolente Bakunin. [2]

En el transcurso de aquella misma primavera, Miguel se embarcó en el más curioso y enrevesado de todos sus lances sentimentales. En Dresde lo habían presentado a un cantante italiano llamado Pescantini y a su mujer, Johanna, una rusa oriunda de las Provincias Bálticas. Al tal Pescantini le pidió dinero prestado, e incluso «le rogó que se cuidara de administrar sus recursos económicos». Los Pescantini eran ricos, y acababan de comprar una finca a orillas del lago de Ginebra, cerca de Nyon, en donde Bakunin debía reunirse con ellos al llegar el verano. Pero donde se reunieron fue en la isla de Rousseau y en la que, en

1765, había residido por espacio de dos meses. Aquí Bakunin pasó los diez últimos días del mes de abril con los Pescantini y sus chicos. Esos diez días representaron un delicioso intermedio en la solitaria vida que por aquellas fechas se veía obligado a llevar.

Un sitio encantador y una gente igualmente encantadora —dice en una carta a Pablo—. Dejando a un lado todos mis cuidados, fui por unos días tan feliz como un muchacho de vacaciones. Me estuve paseando de un lado para otro, canté a pleno pulmón, trepé por aquellas rocas, no cesé de admirar la naturaleza, traduje a Schelling, leí en italiano, me abandoné por completo a la fantasía y me harté de construir castillos en el aire.

Pero quien en realidad construyó castillos en el aire fue Johanna. En Dresde, Bakunin había hallado en Pescantini «un italiano natural, delicado y generoso, muy apasionado e inteligente y, en suma, un artista por temperamento». Mas las confidencias de la temperamental Johanna le indujeron a cambiar de opinión. El «italiano natural» era, según su nuevo punto de vista, indigno de tan perfecta esposa, y Bakunin creyó llegada la hora de hacer su aparición como un caballero errante cuya misión era liberar a Johanna de la «terrible e infame esclavitud» de su matrimonio. Hacía ya muchos años que el papel, congénito en él, de liberador le era familiar. Bakunin se convirtió, pues, una vez más en el director de conciencia de una esposa, en el profeta de la rebelión doméstica. Se trataba ahora de representar de nuevo la «liberación de Varvara», pero esta vez en un escenario perfectamente romántico. [3]

* * *

Mas el espíritu novelesco ya no era un factor lo suficientemente operante para procurar a Bakunin la deseada evasión de la realidad. El regreso desde la isla de San Pedro a Zürich fue para él un descenso de lo sublime hasta lo vulgar y ordinario. El sentimentalismo tuvo que ceder el sitio al interés monetario. Suponemos al lector lo suficientemente enterado como para saber que la situación económica de Bakunin fue siempre precaria y confusa. Y el biógrafo no cree ser, en manera alguna, más competente que el propio Bakunin para desenredar la embrollada madeja de sus deudas. En cierto aspecto, sin embargo, su contabilidad era la sencillez personificada. La página de su haber permaneció siempre en blanco, mientras que clasificaba sus deudas en dos categorías. En la primera figuraban aquellas que suponían un peligro de ir a parar a la cárcel o que podían conducirle al deshonor. De todas las restantes no se preocupaba lo más mínimo, olvidándolas en el mismo momento de contraerlas. Sólo cuando atravesaba alguna crisis

de excepcional gravedad se dignaba dedicar a sus acreedores algo más que un fugaz pensamiento. Pues bien, con una de esas crisis tuvo que enfrentarse a su regreso a Zürich, a principios de mayo de 1843.

Su situación económica se había ido agravando cada vez más, hasta el punto de convertirse en desesperada a raíz de su fuga de Dresde. Su activo, cuando se instaló en Zürich, se reducía a dos francos, que dio de limosna a un mendigo que encontró en la calle, para, como le dijo a Herwegh, quedar totalmente libre de preocupaciones «mundanales». Desde ya antes de la visita a la isla de San Pedro, el tono de las cartas que Ruge le escribía desde Dresde se había ido haciendo cada vez más impaciente, más apremiante. Como acreedor, Ruge no admitía comparación con Turgueniev. No siendo rico (la suspensión del *Deutsche Jahrbücher*, a los pocos días de la marcha de Bakunin, le había privado de unos ingresos que, aunque modestos, eran regulares), esperaba recuperar lo antes posible sus préstamos, y no siendo ruso, pudo avalar las deudas comerciales de Bakunin en Dresde, deudas cuya liquidación le estaba exigiendo insistentemente el acreedor. La suma total de esas deudas superaba la cantidad de dos mil táleros. En marzo, Bakunin decidió coger el toro por las astas, extendiendo un documento a cobrar de los banqueros de Turgueniev en Petersburgo por el importe de dos mil quinientos táleros; se lo envió a Ruge diciéndole, además, que el saldo que sobraba le iría a propósito para cubrir sus necesidades ordinarias. Únicamente a la intervención de su correspondencia por la censura rusa podía atribuirse —añadía— el persistente silencio de su familia en relación con sus reiteradas llamadas de ayuda económica. No le cabía al menor duda de que Turgueniev pagaría al banco la consabida suma ni de que su padre saldaría oportunamente esa cuenta. Y cuando todo fallase, él disponía de unas buenas «piernas y de unos robustos brazos, aparte su voluntad de hierro», para no convertirse en un pordiosero.

> Reconozco lealmente —concluía con franqueza— que he sido hasta hoy una persona desordenada, pero te puedo asegurar que superaré mi desorden. Ahora comprendo que la economía constituye una de las condiciones esenciales de mi dignidad personal.[4]

Esas protestas de enmienda fueron pronto olvidadas, disipándose rápidamente en el extático ambiente de la isla de San Pedro. Pero Ruge no olvidaba ni la deuda ni al deudor. A principios del mes de mayo seguía reclamando su dinero. Una nueva carta, y ésta en extremo desabrida, estaba aguardando en Zürich el regreso de Bakunin. En esa carta se le informaba que el efecto contra la cuenta de Turgueniev no se había hecho efectivo. A Bakunin no le quedaba, pues, más recurso que diri-

girse, en un extenso y elocuente escrito, a Premujino. El escrito fue franqueado con sello de urgencia e iba dirigido «A Pablo o a Nicolás, o, si éstos se hallaran ausentes, a mis hermanas», y contenía una detallada lista de sus deudas, que en total ascendían a unos diez mil rublos. Los dos tercios de esta suma requerían inmediato pago, siendo de presumir que caían dentro de la categoría de las deudas que involucraban la «prisión» o el «deshonor». Bakunin suplicaba que su padre realizara la parte de la finca que le correspondía a él en herencia, que su tía hipotecara sus tierras, que se pidiera un préstamo a Turgueniev, o a la señora Yazikov... En suma, era imprescindible hallar algún medio de evitar su ruina. Si sus deudas eran satisfechas y si al mismo tiempo se le entregaba a él lo suficiente para poder ir tirando «uno o dos años», no había de pedirles un céntimo más en toda su vida. En el entretanto, aceptaría de sus acreedores letras con vencimiento a los tres meses, y si en este lapso de tiempo el dinero pedido no llegaba, entonces él iría, satisfecho, a la prisión, con la honrada convicción de que había hecho todo cuanto estuvo en su mano para evitarlo.[5]

La consternación que el recibo de tales nuevas hubo de producir en Premujino se deja a la imaginación del lector, puesto que nada queda escrito sobre el particular. Una cosa sí sabemos de cierto, y es que la impresionable Natalia Beyer, conmovida por la perspectiva de que Miguel pudiera hallarse algún día en el trance de «ir vagabundeando de un lado a otro y casi sin tener un pedazo de pan que llevarse a la boca», dirigió una apremiante exhortación a sus amigos de Premujino.

> Decidles a vuestros padres toda la verdad; decidles que puede que un día estén dispuestos a gastarse toda su fortuna para redimir a su hijo y que quizá sea ya demasiado tarde. ¿Y podrán entonces acallar, con todo su oro, el remordimiento, el horrible pensamiento de que perdieron a su hijo, de que tal vez fueron los causantes de su muerte por haber hecho oídos sordos a su clamor?

Éste no era precisamente el momento más propicio para pedir dinero a Premujino. La familia Bakunin estaba atravesando un período de estrechez económica, y, por otro lado, Turgueniev no se llevaba bien con su madre, que era la que disponía del dinero. Tatiana, superando el orgullo que antaño la hizo estremecerse ante la idea de que Miguel estaba viviendo a expensas de Turgueniev, se decidió a escribir a éste suplicándole que accediera a pagarle a Ruge los dos mil táleros que su hermano le debía. Turgueniev, que ya había sido abordado directamente por Ruge con idéntica demanda, recibió la carta con una mueca de desagrado. Para él no era una novedad el tener que cotizar sus aventuras amorosas, pero le resultaba en extremo molesto el que una mujer

cuyo amor no había podido corresponder, le pidiera dinero. Acababa de enviar a Miguel mil rublos de su propia cuenta, y después de un corto plazo le remitió mil doscientos más. Y a Tatiana le escribió una carta tan seca, que ésta se sintió herida en lo más vivo del alma, por lo que este sórdido episodio crematístico fue la causa del rompimiento de unas relaciones que habían empezado en una atmósfera del más puro y exaltado amor. Alejandro Bakunin consiguió encontrar mil ochocientos rublos para salvar a su hijo mayor de la deshonra. Si ulteriormente se le enviaron a Miguel otras cantidades, y quién se las envió si las hubo, no aparece el menor detalle en ninguna parte. Lo cierto es que la crisis fue momentáneamente superada: Ruge quedó apaciguado y el deudor no fue a la cárcel. Conque Miguel se vio nuevamente libre para dedicarse a asuntos de más alta importancia.[6]

* * *

Porque ni los sentimientos ni las exigencias económicas constituían —al menos por mucho tiempo— el elemento principal en la vida de Bakunin. Y menos ahora, cuando ya sus pensamientos se dirigían a la política. Se puso en contacto (en la mayoría de los casos por intermedio de Herwegh) con muchos dirigentes radicales del país, entre los que se contaba Augusto Follen, quien veinte años atrás había sido expulsado de Prusia y actualmente era el líder del partido radical de Zürich, y Julio Fröbel, emigrado de fecha más reciente y editor en aquellos días del *Schweizerische Republikaner*, el más importante de los periódicos democráticos de Suiza. Follen, apiadándose del apuro económico en que se hallaba Bakunin, trató de persuadirle de que escribiera un libro sobre Rusia, pero Bakunin conservó durante toda su vida una aristocrática aversión a ganarse el sustento con la pluma, cosa que consideraba indigna de él. Además, tenía todavía en aquellos tiempos el prejuicio, que pronto superaría, de que no debía atacar en letra de molde a su país. Exceptuando un artículo acerca del comunismo, inserto en el *Schweizerische Republikaner* (y que, por conjeturas, se le atribuye), no publicó durante su estancia en Suiza ningún escrito. Entre sus amistades de menor importancia de aquel período estaba Agassiz, catedrático de Historia Natural en Neuchâtel, quien poco después emigró a Estados Unidos, y en Berna conoció al famoso Vogt, catedrático de Ciencias Naturales y convencido liberal. La esposa de Vogt, Luisa, que era hermana de Follen, sintió un interés maternal por aquel fascinante joven ruso que carecía de hogar. De los cuatro hijos del matrimonio Vogt, el mayor, Carlos, es históricamente conocido por haber tomado parte en la revolución alemana del 48 y por su subsiguiente polémica contra Marx. El tercero, Adolfo, que entonces todavía era un

niño, fue un fiel amigo de Bakunin durante los últimos años de la vida de éste. Y el más joven de los hermanos, Gustavo, se cruzó en el camino de Bakunin hacia finales de la década del 60 al 70. De todos los amigos que tuvo Bakunin, los Vogt, junto con Adolfo Reichel, demostraron ser los más constantes y duraderos. [7]

Pero la personalidad más relevante que conoció durante su estancia en Suiza fue un extranjero como él, que andaba errante de un lado para otro por toda la faz de la tierra. Bakunin llegó a Zürich al iniciarse el año 1843, y uno de los primeros libros que cayeron en sus manos fue un delgado volumen titulado *Garantías de la Armonía y de la Libertad*, de Guillermo Weitling, editado en Vevey el mes de diciembre anterior. Ese libro, «libro verdaderamente notable», le llamó poderosamente la atención. Su autor —observó Bakunin, empleando por vez primera un término todavía poco usado— «pensaba como un proletario», y transcribió para Ruge un pasaje del libro que le llamó poderosamente la atención:

> La sociedad perfecta carece de gobierno; sólo posee una administración. En ella no existen leyes; sólo rigen las obligaciones. No existen en su seno los castigos; sólo se emplean medios de corrección.

La impresión que tan sorprendente pasaje produjo en la mente de Miguel fue intensa y perdurable. Aquí se hallaba en embrión el artículo fundamental del credo anárquico que él mismo habría de elaborar más de veinte años después. [2]

Guillermo Weitling era hijo ilegítimo de una joven de Magdeburgo y de un oficial francés acuartelado en aquella ciudad cuando la campaña napoleónica de 1806. Aprendió el oficio de sastre, y todos los conocimientos que adquirió posteriormente fueron fruto exclusivo de su tesonera aplicación. Al llegar a la edad militar eludió el servicio marchándose de su casa con un hatillo al hombro y dispuesto a abrirse camino en el mundo. Al cabo de unos años de andar errante, amaneció un buen día del año 1835 en París, donde se dedicó a estudiar los principios socialistas y a practicar la propaganda revolucionaria. Después del levantamiento de 1839 fue expulsado de Francia junto con otros secuaces extranjeros. Se refugió en Suiza, y aquí pasó los cuatro años siguientes, yendo de un lado para otro, fundando sociedades políticas secretas de trabajadores, componiendo e imprimiendo él mismo libros, periódicos y folletos, en los que propugnaba por una sociedad futura que era una utopía y por el cataclismo social que había de allanar los obstáculos que se opusiesen a la instauración de esa sociedad.

Un día del mes de mayo de 1843, Weitling, provisto de una carta de presentación que le entregó Herwegh, fue a ver a Bakunin en Zü-

rich. Miguel dispensó al autor de *Garantías de la Armonía y de la Libertad* una entusiástica acogida. Admiró sus dotes de astucia, de inteligencia, de energía y, «sobre todo, un caudal de fanatismo indisciplinado, de altiva honradez y de fe en la liberación y en el porvenir de la esclavizada mayoría». Hasta ahora la revolución había sido, según la experiencia de Bakunin, un tema propio para ser discutido por intelectuales tomando té y fumando tranquilamente alrededor de una mesa. Era imposible imaginar en Ruge ningún estímulo que le indujera a cambiar la pluma por la espada, y Herwegh, por más que le gustara presentarse ante la gente como un hombre de acción, estaba fundamentalmente más interesado en componer poemas contra la tiranía que en derrocarla. En la persona de Weitling, la revolución adoptaba la forma, práctica y concreta, de una candente ofensa personal. Sus ideas fundamentales aparecían revestidas del ropaje de la fraseología peculiar, casi mística, del socialismo francés en boga por aquellos días. Pero no abrigaba ninguna ilusión ni tenía ningún escrúpulo acerca del método a través del cual aquellos ideales se podían lograr. El aprendiz de sastre de Maguncia estaba exento de toda tradición de raza, familia o condición social. Su mano se dirigía contra cada uno de los hombres, y predicaba el derrocamiento de los estados y la expropiación violenta de la riqueza. Parece que fue el primero que propuso «fusilar sin piedad a todos los enemigos del comunismo». Bakunin encontró en esta combinación de elevado idealismo y de temeraria y atropellada brutalidad algo de su propia naturaleza turbulenta. El encuentro con Weitling constituyó uno de los principales eventos de su vida, viniendo a completar la transformación del filósofo especulativo que hasta ahora había sido en el revolucionario práctico que de ahora en adelante iba a ser. El aristócrata ruso se convirtió en el servidor del proletariado internacional. En adelante, el derrocamiento por la violencia del orden social y político se convirtió en el objetivo primordial, fundamental, de la vida de Miguel Bakunin. [9]

Hasta qué punto colaboró Bakunin en la propaganda de Weitling o en la organización de las sociedades de «artesanos» que éste iba fundando, no se ha podido poner en claro. En todo caso, su colaboración fue breve. Weitling acababa de enviar a la imprenta el manuscrito de un nuevo libro *El evangelio del pobre pescador*, en el que presentaba a Jesús como el primer rebelde y el primer comunista, como «el hijo ilegítimo de una pobre chica llamada María», como el prototipo, en suma, del propio Weitling. Habiéndose enterado las autoridades de Zürich del contenido del libro, y estimando que entrañaba la simultánea comisión de dos delitos —político el uno y de lesa ortodoxia el otro—, ordenaron un registro policíaco de la imprenta, el subsiguiente secuestro de las planchas tipográficas y la detención de Weitling, quien

fue condenado a seis meses de cárcel con la ulterior expulsión del país. Sus papeles fueron sometidos al análisis de una comisión presidida por un jurista conservador —mejor dicho, reaccionario— llamado Bluntschli, quien elaboró el correspondiente informe sobre aquella nueva y solapada epidemia conocida con el nombre de *comunismo*.

Esos acontecimientos tuvieron una enorme repercusión en el destino de Bakunin. Habían encontrado su nombre entre los papeles de Weitling, por lo que se le consideró uno de sus cómplices. A pesar de todo, las autoridades suizas no procedieron contra él, pero a la siempre vigilante Legación rusa de Berna le faltó tiempo para, como era habitual en la diplomacia rusa, informar con toda clase de detalles a San Petersburgo sobre aquel joven ruso, hijo de familia noble, que estaba en connivencia con los comunistas. Las autoridades quedaron seriamente preocupadas. En el mes de noviembre de 1843 Alejandro Bakunin recibió en Premujino un aviso requiriéndole para que en lo sucesivo no prestara ayuda financiera a su hijo Miguel y le hiciera regresar inmediatamente a Rusia. El anciano respondió con toda humildad que él desaprobaba las actividades de su hijo y que no le había enviado más dinero desde el mes de mayo, pero que en sus manos no estaba el hacerle volver.

Mientras tanto, Bakunin, ignorando esas actuaciones, había pasado el verano y el otoño anteriores con los Pescantini en Nyon. De allí se dirigió a Berna, donde Reichel, procedente de Dresde, se reunió con él. En Berna permaneció hasta bien entrado el año 1844, y aquí fue invitado a presentarse en la Legación rusa, donde se le requirió oficialmente para que volviese a su patria. Como Bakunin sentía un saludable respeto por el largo brazo del gobierno ruso, dio muestras de sumisión y al día siguiente se fue de Berna. Pero su punto de destino no era Rusia. Pasó varios días en Baden, en espera de que llegara su equipaje desde Zürich. Luego, en compañía de Reichel, abandonó Suiza y se dirigió a Bruselas.

En Petersburgo se incoó un proceso criminal, en rebeldía, contra el delincuente. La ley siguió su lento curso, y en el mes de diciembre de 1844 el zar firmó un decreto condenando al «ex-alférez Miguel Bakunin» a la pérdida de su noble rango y a la deportación a Siberia por un período de tiempo indefinido, en calidad de condenado a trabajos forzados, siéndole confiscadas sus propiedades por el Estado. La sentencia de exilio perpetuo que él pronunció contra sí mismo al huir de Dresde era ahora oficialmente confirmada.[10]

NOTAS

1. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 179-84, 186.
2. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 196; Herwegh, *Briefwechsel*, pp. 40, 222.
3. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 183, 199, 204, 209, 218, 245.
4. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 156, 196-8; Wagner, *My Life*, p. 466.
5. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 205-11.
6. *Kornilov*, *Gody Stranstviya*, pp. 224, 242-36, 248, 262; *Sobranie*, ed. Steklov, III, 204.
7. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 174-5, 193-4, 222-31.
8. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 176-7.
9. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 106.
10. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 232, 448, 458-60; IV, 110.

11

EN PARIS

El primero, y único, acontecimiento importante ocurrido en el transcurso de los tres meses que duró la permanencia de Bakunin en Bruselas, fue una corta visita a París, invitado por un amigo ruso, probablemente el antiguo pretendiente de Alejandra, Botkin. En los años cuarenta y tanto del siglo pasado —es decir, cuando Bakunin pisó por primera vez el suelo de la capital de Francia— París era lo que llegó a ser Londres en el decenio siguiente, o sea el refugio obligado de los emigrados políticos de todas las partes del continente europeo y el punto de cita de las ideas avanzadas. Bajo la insípida, desalentadora monotonía de la monarquía de julio, seguía todavía alentando la tradición de 1789. Inconformistas de muchas nacionalidades y de todas las escuelas —incluidos más de ochenta mil emigrados de Alemania sólo— estaban haciendo propaganda de sus panaceas y prediciendo la ruina del estado burgués. Todo aquel que se interesaba, teórica o prácticamente, por la revolución estaba expuesto a ir a parar, más tarde o más temprano, a París. París era el coco de los conservadores y la Meca de los inconformistas. Era lógico, pues, que esta ciudad fuera el elemento más apropiado para un espíritu como el de Miguel Bakunin.

Los pocos días que, en el mes de marzo de 1844, Bakunin permaneció en París, fueron intensos, embriagadores. Allí se encontró con varias caras familiares. Además de Botkin, que ya se hallaba totalmente recuperado de su pasión por Alejandra, vio a Gregorio Tolstoi, a quien había conocido en Dresde. Tolstoi era uno de aquellos aristócratas rusos ilustrados que se dedicaba, cuando estaba en el extranjero, a propagar sus opiniones liberales, pero que en Rusia vivía a costa de las rentas y los beneficios que le proporcionaban sus siervos. Los Herwegh, recién llegados de su prolongada luna de miel en Italia, se habían instalado

en un elegante hotelito, en el mismo Paris, viviendo de la generosa asignación que Emma recibía de su padre. Y, por último, allí estaba también Ruge, que había tenido que salir de Dresde. Éste había olvidado, pero sólo a medias, la falta de puntualidad financiera de Bakunin, y anotó con acritud que su amigo ruso «había perdido la costumbre de hablar en alemán, hasta el extremo de cometer una falta tras otra, sin encontrar muchas veces la palabra apropiada». Al aparecer Bakunin en París, Ruge acababa de lanzar el primer número (que resultó ser también el último) de un periódico —sucesor del desaparecido *Deutsche Jahrbücher*—, que bautizó con el nombre *Deutsch-Französische Jahrbücher*. En ese número publicó un interesante artículo de Marx sobre *La filosofía de la Ley*, de Hegel, y también una corta colaboración de Bakunin, que era una carta escrita desde la isla de San Pedro en el mes de mayo último (carta probablemente retocada para su publicación), en la que exhortaba a Ruge a no desesperar de las perspectivas revolucionarias y señalaba a Francia como la esperanza del futuro. Ruge, cuyas ambiciones iban más allá de lo que sus facultades le permitían, se consideraba a sí mismo el líder de un movimiento revolucionario internacional. El día 23 de marzo se celebró un solemne conclave para la discusión de «nuestros asuntos». Bakunin, Tolstoi y Botkin representaban a la Rusia revolucionaria. Entre los franceses, se hallaban Luis Blanc, Pedro Leroux y Félix Pyat. Por parte de los alemanes, Ruge estaba apoyado por un periodista llamado Bernays y por Carlos Marx. Bakunin, seguramente a través de Ruge, había ya oído hablar de Marx en Dresde. Y ahora se hallaba por primera vez frente a su futuro antagonista. [1]

Algunos días después de celebrarse esa reunión, Bakunin se apresuró a volver a la monótona vida de Bruselas, en donde Reichel había encontrado un empleo en calidad de profesor del Conservatorio. Los únicos hermanos espirituales que Bakunin halló en Bruselas fueron unos pocos emigrados polacos, cuyo jefe era Lelewel, veterano demócrata e historiador. Pero, por lo que a Polonia se refería, las perspectivas de una nueva rebelión eran escasas y muy lejanas. Además, la capital de Bélgica carecía de atractivos para él. Una vez que se había puesto en contacto con el centro del universo revolucionario, ya no podía contentarse con otra cosa. En julio de 1844 consiguió persuadir al maleable Reichel de que lo mejor que podían hacer era emigrar juntos a París, siendo por consiguiente esta ciudad su lugar de residencia durante los siguientes tres años y medio. [2]

Su primer lugar de expansión en París lo encontró entre el grupo de exiliados alemanes que habían estado ligados al *Deutsch-Französische Jahrbücher*. A raíz del fracaso de aquel malogrado proyecto, la mayoría de los colaboradores, incluido Marx y el propio Ruge, habían

traspasado sus actividades a un semanario (menos ambicioso, por cierto) —el *Worwärts*— dirigido por Bernays y otro judío apellidado Bernstein. Bakunin abandonó temporalmente a Reichel, yéndose a vivir en la Rue des Moulins en compañía de un hermano de Bernstein, que se quedó sorprendido al ver que todo el mobiliario del despreocupado aristócrata ruso se reducía a un solo baúl, una cama plegable y una palangana de cinc. Si Bakunin escribió para el *Vorwärts*, las investigaciones realizadas al respecto no han podido hasta la fecha identificar sus colaboraciones. Lo único que podemos decir es que calificó aquella publicación de «insignificante papel». Poco después Bakunin se alojó nuevamente en casa de Reichel, en la calle de Bourgogne, donde al mismo tiempo los dos estudiaron inglés y francés. Es de suponer que, como siempre, Bakunin viviría fundamentalmente a costa de la generosidad de sus amigos. No queda ningún vestigio de las «traducciones del alemán», que, de acuerdo con lo que cuenta en su *Confesión*, emprendió, para ganarse el sustento, en París, como tampoco se sabe nada de un supuesto contrato para dar «lecciones en casa de familias rusas a diez y a siete y medio francos la lección». [3]

Los radicales alemanes se apresuraron a presentar al novicio ruso a sus colegas franceses, por lo que Bakunin tuvo la oportunidad de conocer a casi todos los representantes de las ideas avanzadas radicados en el París de los años cuarenta y tantos. Entre las personalidades que visitó, destacan dos cuyos escritos le habían causado una gran impresión en años anteriores: Lamennais y George Sand. Pero George Sand era demasiado dominadora y Lamennais vivía demasiado alejado de los negocios de la vida cotidiana para que Bakunin se sintiera a gusto al lado de ellos. De todas maneras no llegó a establecer estrechas relaciones con ninguno de los dos. En el tiempo que duró su primera y breve estancia del mes de marzo conoció a Pedro Leroux, quien unos años antes había fundado la *Revue Indépendante* en colaboración con George Sand. Mas, según parece, Bakunin no volvió a ver a Leroux, por lo que sus deseos de colaborar en aquella publicación no se cumplieron. Visitó también a Cabet, el veterano autor del famoso *Viaje a Icaria* (y después fundador de una colonia «icariana» en Estados Unidos), y a Considérand, el líder de los furieristas. Pero a pesar de que los comunistas franceses le habían parecido en los primeros momentos «más progresivos y más humanos, más libres y más dignos que los alemanes», pronto se tuvo que convencer de lo ilusorio de llevar a cabo una revolución social predicando sermones y escribiendo libros, o de que podía construirse un paraíso terrenal apriorísticamente perfilado en el gabinete de trabajo de un catedrático. Aquellos soñadores utopistas tenían todos los defectos de Weitling y no poseían su única condición de calidad. Donde Bakunin halló un ambiente algo más en conso-

nancia con sus gustos fue entre los periodistas liberales y radicales: Merrucan, del *Constitutionnel*; Marrast, del *National*; Emilio Girardin, de la *Presse*, y, sobre todo, Luis Blanc, Flocon y Cavaignac, de *La Réforme*. Sin embargo, en París sus actividades periodísticas se redujeron a un par de artículos. Tampoco ninguno de esos hombres ejerció influencia alguna en su evolución. En los primeros tiempos de su vida en París, asistió a algunas reuniones —socialistas y comunistas— de los trabajadores franceses. Pero temiendo que esto podía comprometerlo ante las autoridades francesas y acarrearle la expulsión, decidió abandonar incluso esta forma de intervención en la vida política de Francia. El proletariado francés ejerció durante este período tan poco influencia sobre él como los burgueses radicales. [4]

En la vida de Bakunin existe un hecho —que él no consignó en su *Confesión* ni en cualquier otro de sus escritos— del que hay que hacer mención al llegar al presente período de su vida en París. En el año 1845 ingresó en la masonería, concretamente en la Logia Escocesa del Gran Oriente de la capital de Francia. En aquellos días ya era tradicional la alianza entre la masonería y las ideas avanzadas. En los inicios del siglo XIX, la «minúscula secta de los masones —como escribió el mismo Bakunin— conservó en secreto la sagrada llama del amor a la humanidad», y a lo largo de todo el siglo la mayor parte de los radicales franceses eran francmasones. Por consiguiente, nada tiene de extraño que Bakunin se afiliara a la masonería. Sin embargo, Reichel, en cuya casa vivió durante la mayor parte del tiempo, ignoraba esta faceta de las actividades políticas de Miguel. Y este hecho, unido a que no hay en su correspondencia una sola alusión a su filiación masónica, indica que su interés por esa sociedad secreta no sería muy grande. Igualmente se carece en absoluto de pruebas fehacientes y detalladas respecto a este punto oscuro de su vida. [5]

* * *

De entre el grupo de simples conocidos, franceses y alemanes, con los que Bakunin estuvo en relación durante su primera estancia en París, se destacan dos personas, las cuales más adelante iban a tener un importante papel en su vida: Carlos Marx y Pedro-José Proudhon.

Resulta muy difícil saber si las relaciones de Bakunin con Marx llegaron a ser más o menos estrechas en el transcurso de la segunda mitad del año 1844. Desde luego, los dos pertenecieron al círculo *Vorwärts*, y los dos eran amigos y admiradores de Herwegh. No consideraban a Ruge, y hasta llegaron por aquellos días a querellarse con él. Ambos se afanaron en denunciar la falta de sentido práctico en el pensamiento germánico, y ambos abrigaban la misma esperanza de que

la señal para desencadenar la revolución europea había de darla el «gallo gálico». Pero sea cual fuere el grado de la amistad que les unió, lo cierto es que Marx fue la parte dominante. Marx era cuatro años más joven que Bakunin. Sin embargo, su *curriculum vitae* y su experiencia eran muy superiores a los de su amigo. Durante un año había dirigido el *Rheinische Zeitung* de Colonia, convirtiéndolo en la publicación periódica más importante y en el más agresivo de todos los órganos periodísticos radicales de Alemania. Su reputación era en extremo sólida, tanto en el terreno de la filosofía como en el campo del periodismo político, y acababa de realizar intensos y profundos estudios de economía política. Muchos años después, ya en plena desavenencia con él, Bakunin rindió un generoso tributo a la profundidad de la erudición de su rival en la época de su primer encuentro en París. Nunca había conocido a nadie que hubiera leído «tanto y tan inteligentemente» como Marx.

En aquel tiempo yo no sabía nada en absoluto de economía política, y mi socialismo era puramente instintivo. Y él, aunque más joven que yo, era ya ateo, materialista documentado y socialista consciente.

Todo lo cual fue también, en su día, Bakunin. Existen motivos para creer que, bajo la influencia de Marx, proyectó en el otoño de 1844 una obra sobre la filosofía de Feuerbach (pero nadie oyó nunca hablar de tal proyecto); empezó a estudiar economía política (aquí tampoco llegó muy lejos) y declaró ser (aunque en cierto modo desorientado) comunista de todo corazón.

La sincera admiración que Bakunin sentía por el talento de Marx no entrañaba, empero, ninguna clase de afecto al hombre. A Bakunin, el carácter de Marx siempre le fue antipático. Marx era trabajador, minucioso y calculador. El suyo era un socialismo científico, basado en la línea de pensamiento más pura y sistematizada, mientras que para Bakunin nada valía nada si no venía impulsado, si no lo animaba la emoción. Pronto, entre el aristócrata ruso y el abogado judío, había de manifestarse, no ya un simple choque de temperamentos, sino la más absoluta ausencia de toda comunidad de tradiciones y de ideas. En sus respectivos trasfondos, no existía nada que contribuyera a aglutinar sus caracteres. Así, no es de extrañar que ya desde el principio no mediase la menor simpatía entre los dos.

Nos veíamos bastante a menudo —escribió Bakunin después de aquellos días—, porque yo lo admiraba sobremanera por su saber y por su apasionada y entusiástica dedicación y entrega a la causa del proletariado, por más que en ello hubiera siempre su poquitín de vanidad personal. Yo aprovechaba con verdadera avidez todas las ocasiones para escuchar su

conversación, que resultaba altamente instructiva y amena, mientras no estuviera inspirada por mezquinos rencores..., lo cual, por desgracia, ocurría muy a menudo. Pero nunca existió entre nosotros verdadera intimidad. Nuestros respectivos temperamentos no lo permitían. El me tildaba de idealista sentimental, y tenía razón. Yo le llamaba arisco, vanidoso y falso, y yo también tenía razón.

Pero esas divergencias fundamentales no tuvieron, entonces, tiempo de encontrar su plena expresión. En enero de 1845 ciertos artículos demasiado sinceros, publicados en el *Vorwärts*, indujeron a las autoridades francesas, a requerimiento del gobierno prusiano, a expulsar a Marx, y tuvo que refugiarse con su familia en Bruselas, «...lo cual me produjo una no pequeña sensación de alivio», declara Bakunin en su *Confesión*.

Pedro-José Proudhon ejerció durante ese período una influencia tal vez más importante en la evolución de Bakunin. Proudhon fue, como Weitling, un trabajador autodidacta, pero, al contrario de Weitling, su vida privada constituía un dechado de respetabilidad burguesa, y aunque sus opiniones se contaban entre las más radicales que jamás se habían formulado, nunca tomó la menor parte en la preparación práctica de la revolución. Su audaz y original inteligencia derivaba de los convencionalismos utópicos que constituían el pasatiempo favorito y la propia ruina del socialismo francés. El primer paso de su vida, y el más importante, fue la publicación en 1840 de un folleto titulado *¿Qué es la propiedad?*, y cuya respuesta se dio en la famosa frase «La propiedad es un robo». La negación de la propiedad fue seguida de la no menos categórica negación de Dios. Se llamaba a sí mismo no sólo ateo, sino «antiteo». Creía en Dios en tanto que personificación del Mal. «Si no existiese Dios —argüía— no habría propietarios.» Las instituciones políticas las trataba en el mismo tono. Como Weitling, no creía en la democracia constitucional. «Voto contra la constitución —declaró en la Asamblea Constituyente de 1848— no porque contiene cosas que desapruebo y no contiene cosas que apruebo. Voto contra la constitución porque es una constitución.» La disolvente virtud de esas negaciones, así como el mordaz vigor de su estilo, han valido a Proudhon, antes que a Weitling, el título de «padre del anarquismo».

Las relaciones entre Bakunin y Marx fueron puramente unilaterales. Marx no recibió nada de Bakunin. Las relaciones entre Bakunin y Proudhon fueron más complejas. Las opiniones de Proudhon, como las de Bakunin, se caracterizaron por su estado de perpetua fluidez, y, al igual que las de Bakunin, tendieron más a la negación que a la afirmación. Como Proudhon no sabía alemán, Bakunin le prestó la valiosa ayuda de iniciarle en el conocimiento de Hegel, cuyas obras no se ha-

bían traducido todavía al francés. Una noche, según reza un memorable relato, Bakunin empezó a hacer a su amigo la exposición de las implicaciones revolucionarias de la filosofía de Hegel. Al amanacer, aún seguía desarrollando el tema alrededor de la ceniza del brasero. La dialéctica hegeliana apareció ampliamente expuesta, aunque extraordinariamente embrollada, en una obra titulada *Las contradicciones económicas* y que Proudhon publicó en 1846, y en las palabras «*Destruarn et Aedificabo*», que adoptó como lema de dicha obra, hay una curiosa reminiscencia de *La pasión por la destrucción es una pasión creadora*, de Bakunin. No obstante esta identidad de puntos de vista, durante los últimos años de su vida Bakunin hablaba siempre de lo mucho que le debía a Proudhon, y nunca de lo que Proudhon le debía a él. Proudhon, conforme escribió muchos años más tarde, era «cientos de veces más revolucionario, por sus actos y por su instinto, que los doctrinarios socialistas "burgueses"». Proudhon hizo saltar en pedazos el sentimental optimismo y los sueños fantásticos de los sansimonistas y furieristas. Atacó valientemente los tres pilares esenciales del orden existe: Dios, el Estado y la propiedad privada. Weitling había descargado el primer golpe, pero a Proudhon más que a ningún otro se debe la transformación de la rebelión instintiva de Bakunin contra la autoridad en una doctrina anarquista sistematizada. Tuvieron que pasar más de treinta años para que esa doctrina fuera formulada. Pero veinte años después de iniciada su amistad, todavía Bakunin seguía saludando a Proudhon como a su maestro y precursor.[6]

* * *

Con todo, mientras vivió en París, el interés de Bakunin no se limitó exclusivamente a la política en sus aspectos teórico y práctico. El rompimiento con Ruge y la marcha de Marx señalaron el final de sus relaciones con los grupos políticos alemanes exiliados en París. Los únicos alemanes con quienes ahora se reunía eran los Herwegh. Herwegh, indolente y sibarita de nacimiento, al verse rico a la vez que famoso, encontraba más atractiva la brillante y alegre sociedad parisiense que la adusta causa de la revolución social o la reforma política. Así, llegó a convertirse en un hombre mundano, agenciándose una amante en la persona de la condesa de Agoult, distinguida igualmente en el mundo literario y en la buena sociedad. Este estilo de vida le atrajo el desprecio, no exento de envidia, de Ruge y de otros buenos demócratas alemanes. Pero Bakunin no abrigaba prejuicio alguno contra los aristócratas, y las objeciones de los amigos contra la *liaison* de Herwegh con la condesa le parecían aburguesadas y muy convencionales. Miguel sabía, si necesario era, vivir casi con nada, pero cuando se

presentaba la ocasión de disfrutarlo, no le hacía ascos al lujo ni a la vida refinada. Años más tarde, el digno Reichel le recordó, con un suspiro de añoranza, las «noches maravillosas» que habían pasado juntos en la mansión de los Herwegh, de la Rue Barbet. Bakunin incluso se codeaba de vez en cuando con las celebridades que acudían al «salón» de la condesa de *Agoult*, para, según observó a manera de disculpa, «no perder por completo el hábito de la cortesía y de la frivolidad francesas».[7]

Sin embargo, esas nuevas amistades no pudieron llenar todas las necesidades del corazón de Bakunin. Cinco años de vida errante no le habían curado de las frecuentes crisis de nostalgia del hogar paterno.

> Yo me condené a mí mismo al exilio en un país extranjero, en un ambiente frío, sin parientes ni amigos, sin oficio ni beneficio y sin la menor esperanza de un porvenir mejor. Yo mismo me desarraigué de mi país, cerrándome alegremente todos los caminos de regreso. Pero lo que no conseguí fue convertirme en alemán o en francés. Por el contrario, a medida que iba prolongándose mi estancia en el extranjero, más ruso me sentía y más ahondaba en mi corazón el sentimiento de que nunca dejaría de ser ruso.

Estas palabras proceden de la *Confesión al zar*, y no encierran toda la verdad acerca de los sentimientos de Bakunin en este período de su vida. Con todo, tales palabras caracterizan con exactitud uno de sus peculiares estados de ánimo, durante los cuales, en los momentos en que le sobrevenían esas depresiones morales, debió, en efecto, de estar tentado de «arrojarse al Sena y ahogar en él una triste y baldía existencia».[8]

Desde el día en que dejó de cumplimentar el requerimiento gubernativo de repatriación, no había vuelto a saber nada que tuviera relación con la Rusia oficial. Pero un día del mes de enero de 1845 apareció en la parisiense *Gazette des Tribunaux*, transcrita de la Gaceta oficial rusa, la sentencia imperial de deportación y trabajos forzados. Este mismo decreto incluía una sentencia similar contra otro emigrado en París, Iván Golovin, impopular personaje que Bakunin calificó más tarde de «bribón de la alta sociedad». Y cuando la *Gazette des Tribunaux* publicó una carta de Golovin en la que protestaba contra el decreto de referencia, por la violación que suponía de «la carta otorgada por los Romanov a la nobleza rusa», Bakunin no pudo tolerar semejante desfachatez, y envió una extensa carta al periódico radical *La Réforme*, en la que tanto Golovin como el gobierno ruso aparecían duramente fustigados. Ridiculizaba la idea de que la nobleza rusa poseyera una carta de derechos válida contra la voluntad del zar. «La ley de Rusia es la sola voluntad del zar», decía en su carta Bakunin, y sa-

caba la conclusión de la necesidad de la democracia para «los países oprimidos y desgraciados, tales como Rusia y Polonia». Su elocuencia subió de punto cuando se refirió a las cualidades y a la suerte del pueblo ruso.

A pesar de la terrible esclavitud que le abruma, a pesar de los golpes que de todos lados llueven sobre él, el pueblo ruso es, por instinto y por hábito, resueltamente democrático. No está corrompido; es, sencillamente, infeliz. En su semibárbara naturaleza, hay algo tan enérgico, tan liberal; hay en ella tal abundancia de poesía, de pasión y de ingenio, que es imposible que quien conozca a fondo a ese pueblo no esté convencido de que aún le queda una gran misión que cumplir en el mundo.

... Porque el pueblo ruso está en marcha, y se ha puesto en marcha por encima de la mala voluntad del gobierno. Prueba de ello son los levantamientos —aunque parciales, de carácter muy serio— de los campesinos contra sus amos. Tal vez no esté lejano el día en que esos levantamientos se fundirán en una gran revolución, y si el gobierno no se da prisa en emancipar al pueblo, habrá una gran efusión de sangre.

Esta carta apareció en *La Réforme* el 27 de enero de 1845. Era la primera vez que Bakunin atacaba públicamente al gobierno ruso y preconizaba una revolución en su país. (En su *Confesión* se refiere a esta carta como a su «segundo delito»; el primero consistió, según él mismo, en no acatar la orden de regresar a Rusia.) Más significativo todavía fue el hecho de que anunciara públicamente su sentimental creencia en el carácter esencialmente democrático del pueblo ruso; creencia que, por otra parte, constituyó uno de los rasgos más sobresalientes de su doctrina ulterior. Es interesante señalar que esta fe nació, no de la observación directa —*in situ*—, sino de la nostálgica emoción experimentada en una capital extranjera a los cuatro años de haber perdido todo contacto con el propio pueblo ruso. [9]

Para dejar las cosas bien claras, conviene anotar que la nostalgia de Rusia hay que intrepretarla, ante todo, como nostalgia de Premujino. El patriotismo de Bakunin no tenía nada de abstracto. Estaba centrado en un solo lugar geográfico, un lugar que, para él, resumía la totalidad del mundo ruso. Desde julio de 1843, y a raíz de haber aparecido públicamente su nombre en el expediente Weitling, no había vuelto a saber nada de Premujino. En otoño de 1844 señaló que había encontrado el medio de comunicarse secretamente con su familia. Mas, si efectivamente llegó a escribir a su casa por aquellos días, sus cartas fueron o interceptadas por la censura o, guiados por una elemental precaución, destruidas por sus destinatarios, porque no queda ningún vestigio de ellas en los archivos de Premujino. Luego, más adelante, en la primavera de 1845, escribió desde París tres cartas sucesivas; la pri-

mera a Pablo, la segunda a éste y a Tatiana conjuntamente, y la tercera a Tatiana sola. Esas cartas fueron confiadas, para que las entregasen personalmente y en propia mano a sus destinatarios, a leales amigos que regresaban a Rusia. En la última, Miguel envió a Tatiana una copia de su carta a *La Réforme*, y le rogaba que rompiera su silencio de dos años. No le importaba renunciar a todos, con tal de contar con el cariño de Pablo y de ella. Pero, por encima de todo, lo que más le dolía era que la sagrada intimidad de toda la vida con Tatiana «estuviera sujeta, como todas las demás cosas, a las leyes del tiempo y del espacio». Una vez más —y que resultó ser la última— trató de recuperar la antigua sensación de proximidad.

Querida Tatiana, tal vez me equivoque, pero no sé por qué creo adivinar que tu vida es triste y que tus días se van deslizando en medio de una honda y silenciosa pena; que tu apasionado corazón, torturado por la insatisfecha necesidad de amor y de vida, se encerró dentro de sí mismo y está sufriendo lo indecible en su altiva e inaccesible soledad. Creo adivinar que has quedado abandonada entre las ruinas de nuestro viejo mundo de Premujino, entre las ruinas de nuestras juveniles creencias y esperanzas —repudiadas u olvidadas ahora por los demás—, y que no tienes a nadie cerca de ti, que no tienes ningún amigo con el que puedas o quieras compartir tu desconsuelo. Querida, si mis suposiciones son ciertas, recuerda que todavía te queda un amigo fiel e inalterable...

Pero Tatiana no pudo contestar esta carta, o, para ser más exactos, no la contestó. Y Miguel tampoco volvió a escribirle más. Sus recuerdos fueron, en lo sucesivo, el único vínculo que continuó manteniéndole unido al hogar donde transcurrió su juventud. [10]

Los numerosos rusos que acudían a visitar París le traían, de tarde en tarde, un tenue perfume de su tierra natal. Durante su primer invierno en la capital de Francia, invierno que pasó en compañía de Gregorio Tolstoi, «su alma petrificada fue caldeándose, recuperando fuerzas y rejuveneciéndose». Una de las últimas visitas que recibió fue la de Ogarev, a quien había abandonado su esposa y ahora andaba errante de un lugar para otro en busca —sin encontrarlos en ninguna parte— de distracción y consuelo. Fuera de que Bakunin le hizo una visita en París, nada se sabe de lo que allí pasó entre los dos. De lo único que existe constancia es de que hicieron las paces y de que volvieron a encontrarse de nuevo diecisiete años más tarde, en plan ahora de amigos íntimos. También vio en París a los Melgunov, «excelentes personas y "sinceros" amigos míos», los cuales se encargaron de llevarse la carta para Tatiana, a la que antes nos hemos referido. En la primavera de 1845 (si tenemos que dar fe a la enigmática alusión contenida en la carta de Miguel a Pablo) Johanna Pescantini se hallaba en

París, sola al parecer, y Miguel continuaba luchando por su «liberación». El desenlace de la tragedia de Varvara tuvo su réplica más fiel en el drama de los Pescantini. Johanna era una mujer de convicciones profundamente religiosas. Las apasionadas incitaciones de Miguel a la rebelión contra la esclavitud del matrimonio chocaban contra su sentido del deber para con su marido y sus hijos, que ella llevaba profundamente arraigado en el alma. Y fue, en definitiva, su irreductible postura lo que prevaleció. Ella amaba a Bakunin, pero volvió a Pescantini. No fue fácil para Miguel separarse de ella, como escribió él más tarde. Pero tuvo que resignarse a perderla porque ella así lo quiso. Y desde aquel día ya no volvieron a verse. Parece que Johanna fue la única mujer, aparte sus hermanas, que consiguió agitar hondamente los sentimientos de Bakunin durante su primera juventud. Y no deja de ser significativo el que esos sentimientos se manifestaran a través de un apasionado llamamiento a la lucha y a la rebeldía. [11]

Otra de las relaciones sentimentales de este período se ajusta a otro tipo característico en la vida de Bakunin: al tipo de sus malogrados amoríos con las hermanas Beyer y con Matilde Reichel. Entre los emigrados rusos en París, se hallaba Nicolás Sazonov, antiguo miembro del círculo de Herzen y Ogarev en Moscú. Era este último, de carácter indolente y sibarítico por naturaleza. Exiliado de su país natal, se dejó arrastrar fácilmente por aquella sociedad integrada por multitud de rusos que llegaron a París, como escribió Bakunin, «para beber vino francés y besar a las francesas». Esas ocupaciones contribuyeron a disipar su clara inteligencia y a dilapidar sus considerables riquezas, hasta el extremo de que, en el otoño de 1846, se vio encerrado, por deudas, en la prisión de Clichy. Al tener noticia de ello, dos de sus hermanas salieron precipitadamente de Rusia para sacarlo del apuro.

Las dos hermanas llegaron demasiado tarde para realizar su propósito. Sazonov había conseguido liberarse de la prisión de Clichy. Pero todavía llegaron a tiempo de encontrarlo preso en otra cárcel más peligrosa si cabe: en las garras de una amante italiana. Ante tal perspectiva, se dirigieron, desesperadas, a los amigos de su hermano, entre los cuales estaba Bakunin. Probablemente no era él la persona más indicada para intervenir con su consejo y sus buenos oficios en tan delicado asunto. Con todo, la mayor de las hermanas, viuda de un tal Poludenski, quedó, casi inmediatamente de conocerlo, prendada del joven y apuesto gigante a quien se había dirigido en demanda de ayuda para sacar a su hermano del peligro en que se hallaba. La amistad trabada con este motivo duró unos dos años. Siguen conservándose varias de las cartas que ella le escribió a Bakunin. Éste aceptó los servicios de su admiradora con amable tolerancia, y no pudo resistir, como es de suponer, la tentación de pedirle algún dinero en

calidad de préstamo. Por parte de él, no existe el menor indicio de que llegara a concebir por aquella viuda una pasión análoga a la que le había inspirado Johanna Pescantini. Si bien, en su aspecto exterior, ambos procesos sentimentales parece que siguieron idéntico curso, hasta el punto de no haberse podido todavía averiguar cuál de los dos procesos fue el que sugirió a Turgueniev su famoso pasaje de la novela titulada *Rudin* y cuyo héroe, como todos son unánimes en afirmar, no es otro que el propio Bakunin.[12]

* * *

En el año 1847, último de su permanencia en París, volvieron a aparecérsele otros tres fantasmas del pasado.

Durante la primavera del mismo año, Alejandro Herzen llegó a la capital acompañado de su mujer y de sus tres niños (exiliados permanentes de la tierra que les vio nacer, aunque ellos, dada su corta edad, no tenían conciencia de su poco envidiable condición). A la semana de llegar, Herzen se topó con Bakunin en una esquina, quien iba con tres amigos y hablaba y subrayaba su conversación con grandes ademanes, parándose cada cuatro o cinco pasos, como para remachar una sentencia, exactamente a como acostumbraba hacer en Moscú. En cuanto a su aspecto exterior, Bakunin casi no había experimentado cambio alguno desde que Herzen se despidió de él en aquel ya lejano verano de 1840 en los muelles de San Petersburgo. Pero en el aspecto espiritual había sufrido una enorme evolución. Desde su salida de Rusia, Bakunin había llevado a cabo no sólo una interpretación revolucionaria de Hegel, sino que había llegado mucho más lejos. Disfrutaba de un privilegio que, hasta entonces, Herzen sólo había sido capaz de imaginarse en sueños: el de haber residido tres largos años en la capital revolucionaria de Europa. Herzen le saludó, pues, como a un pionero en una tierra en la que él mismo empezaba a dar los primeros pasos. Todavía se hallaba en una fase mental en que el hablar con Proudhon en el alojamiento de Bakunin o el reunirse con Luis Blanc en un café se le antojaban piedras miliarias en la ruta de su desarrollo político.

La reflexión y las vicisitudes ulteriores le obligaron a modificar tan simple e ingenuo punto de vista. Herzen descubrió que Bakunin, en el transcurso de su larga permanencia en el extranjero, había ido perdiendo la noción de la realidad del pueblo ruso. Ya en el artículo de *Jules Elysard*, aparecido en el *Deutsche Jahrbücher*, Bakunin había declarado su opinión de que «las nubes se iban acumulando» sobre su tierra natal, y ahora Herzen no era capaz de hacerle comprender al optimista Bakunin que en la Rusia de Nicolás I no se percibía actual-

mente, ni era probable que se percibiera en muchos años, el más leve soplo de aire revolucionario. Herzen, en aquellos días (aunque después de llevar unos cuantos años en el extranjero también él mismo llegó a ser víctima de análoga ilusión), estaba todavía demasiado cerca de Rusia para compartir el a todas luces místico punto de vista de Bakunin sobre el carácter democrático del pueblo ruso. Tampoco le había causado gran impresión lo que pudo conocer de las actividades de Bakunin, de Sazonov y de los restantes amigos exiliados en París. La vida bohemia, los sórdidos alojamientos de los estudiantes, las crónicas dificultades económicas (y la forma arbitraria de resolverlas), las discusiones en los cafés hasta las tres de la madrugada, en las que, como anotó sarcásticamente Herzen, «cinco hombres estaban escuchando sin comprender lo que oían y otros cinco no comprendían lo que ellos mismos estaban diciendo»...; todo eso había llegado a constituir una especie de segunda naturaleza de Bakunin, y al mismo tiempo, de acuerdo con su manera de ver el mundo, estaba inexplicablemente entrelazado con la revolución mundial. Al ordenado, metódico y bien disciplinado cerebro de Herzen le era imposible captar esa conexión. Bakunin y el París de 1847 le suministraron más que sobrados elementos para corroborar su innato escepticismo.[13]

Unas semanas antes de la llegada de Herzen, Belinski apareció en París, no en busca, como Herzen, de ilustración, sino en busca de salud. Fue el primero y el último de los viajes de Belinski a la Europa occidental. Se encontraba ya entonces en un período de tuberculosis muy avanzado, habiendo tenido que permanecer, la mayor parte del tiempo que duró su estancia en París, en un establecimiento médico de Passy. El fuego se hallaba, pues, casi extinguido. No es de extrañar, entonces, que no se sintiera en ánimos de renovar aquellos fogosos resentimientos y reconciliaciones que antes jalonaron el curso de sus relaciones con Bakunin. Belinski, lo mismo que Miguel, se había liberado del hechizo de la realidad hegeliana, desplazando, como también lo había hecho su antiguo amigo, su interés desde Hegel hacia los socialistas franceses. No obstante, en el aspecto temperamental seguían subsistiendo las viejas divergencias. En aquellos días Belinski hablaba caballerosamente de Bakunin como de «nuestro alemán» y de «mi confiado amigo». Al abandonar París, Belinski escribió, refiriéndose a éste:

Es un místico nato y morirá siendo místico, idealista y romántico, porque el haber renunciado a la filosofía no significa que haya cambiado de genio.[14]

El visionario optimismo de Bakunin provocó en Belinski una reacción parecida al cinismo. Así llegó a escribir que el despotismo y la injusticia acabarían por triunfar, «a pesar de lo que cree mi confiado amigo Bakunin».

El tercero de los aparecidos fue Turgueniev, quien se presentó en París hacia finales del verano. Acababa de realizar una excursión a los balnearios alemanes y un viaje a Londres. Pero en aquellos días el pensamiento de Turgueniev estaba totalmente alejado de la filosofía y de la política. Después del corto reinado de Bakunin en el corazón de Turgueniev durante la estancia de los dos en Berlín, Miguel había sido definitivamente arrojado del trono. Por otra parte, es probable que el recuerdo de Tatiana fuese la causa de que mediase en el encuentro un sentimiento de reserva. Lo cierto es que ninguno de los dos hizo nada por reavivar la antigua intimidad. Desde 1844 Paulina Viardot había ejercido un indiscutido dominio sobre el maleable corazón de Turgueniev, y pocos días después de su llegada a París, éste se retiró silenciosamente a la villa Viardot, en Courtavenel, y sus amigos de la ciudad ya no lo volvieron a ver más. [15]

En el mes de septiembre Belinski dejó París para dirigirse, en viaje de regreso, a Rusia. La despedida a los amigos que mayor significación tuvieron en su vida —Herzen, Turgueniev y Bakunin— había de ser su último adiós, pues aún no había transcurrido un año desde su partida cuando se supo que había muerto. En octubre, Herzen, después del banquete de despedida que dio a sus amigos, entre los cuales estaban Bakunin y Herwegh, abandonó París juntamente con su familia y se trasladó a Italia. Dos meses más tarde le llegó la vez a Bakunin de decirle adiós a la capital de Francia. [16]

NOTAS

1. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 555-6; Ruge, *Briefwechsel*, I, 318, 370. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 64, 211-15, 461.

2. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, p. 555; *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 110-11.

3. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 236-8, IV, 114; *Materiali*, ed. Polonsky, II, 400-401; Steklov, *M. A. Bakunin*, I, 127.

4. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 200, 235; IV, 113.

5. *Sobranie*, ed. Steklov, I, 25. Un certificado obrante en el expediente Bakunin, en la *Staatsarchiv* de Dresde, probablemente el obtenido por Skorzewski en 1848 (ver p. 172), da fe de la persistencia de Bakunin a la Logia Escocesa del Gran Oriente de París por espacio de tres años. Reichel informó

a Nettlau (según una comunicación personal del mismo Dr. Nettlau al autor) que él ignoraba que Bakunin fuera francmasón.

6. Bakunin, *OEuvres*, II, 311-12; *Herzen*, ed. Lemke, XIV, 453.

7. Ruge, *Briefwechsel*, I, 374; *Materiali*, ed. Polonsky, II, 372; *Sobranie*, ed. Steklov, III, 269.

8. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 114-15.

9. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 234-43; IV, 112; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, p. 41.

10. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 243-57.

11. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 244-5, 256; *Herzen*, ed. Lemke, XIV, 556.

12. *Herzen*, ed. Lemke, XIII, 587-8; XIV, 134-7; *Materiali*, ed. Polonsky, I, 38-41, Turgueniev, *Rudin*.

13. *Herzen*, ed. Lemke, XIII, 289, 579-80, 582.

14. Belinski, *Pisma*, III, 249, 265, 328, 338-9.

15. Belinski, *Pisma*, III, 258.

16. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 268.

12

EL PRELUDIO DE LA REVOLUCION

La palabra libertad, según el concepto que de ella tenían los liberales decimonónicos, criados en la tradición revolucionaria francesa, entrañaba la idea, no solamente de libertad para el individuo, sino de libertad a la vez para la nación. Las naciones, como los individuos, tenían el «derecho» a no ser gobernados contra su voluntad por monarcas absolutos o extranjeros. En la época de Metternich, el principio del nacionalismo era considerado, lo mismo por sus partidarios que por sus adversarios, como el corolario natural de la democracia, y aunque en el transcurso del siglo, lo mismo Carlos Marx que Bismark (el uno en teoría y el otro en la práctica), demostraron palmariamente que no existía necesariamente conexión entre lo uno y lo otro, el concepto de democracia y de nacionalismo, como fuerzas aliadas marchando de consuno por el camino de la justicia política, prevaleció en el mundo hasta muy entrado el siglo XX, para finalmente ser liquidado por Mussolini y por Hitler.

Durante gran parte del siglo diecinueve la causa de Polonia sirvió a los liberales europeos de modelo y ejemplo de aquellos dos principios. Esa causa representaba la esencia del nacionalismo y la de la democracia al mismo tiempo. Los opresores de Polonia —Austria, Rusia y Prusia— eran, desde el Congreso de Viena, los enemigos tradicionales de la democracia y del nacionalismo. Francia y la Gran Bretaña, que gobernaban en Europa razas no sojuzgadas, eran libres de dar satisfacción a los sentimientos liberales que ellas mismas profesaban, simpatizando abiertamente con los polacos, sujetos al yugo de la dependencia de otros países. Los demócratas de todo el mundo eran unánimes en denunciar como opresoras a las autocracias austríacas, rusa y prusiana. Y para proceder a esa denuncia, ¿qué mejor

plataforma que la de las desventuras en que estaba sumida Polonia? Evidentemente, Polonia constituía el talón de Aquiles de dos de las tres potencias particionistas. En manos de los demócratas del siglo XIX, la causa de Polonia se convirtió en el símbolo de la justicia internacional.

Era inevitable que Miguel Bakunin, el más extremista de todos los campeones decimonónicos de la libertad, añadiera, tarde o temprano, al culto del nacionalismo el culto de la democracia; como asimismo era natural que ese culto hallara en Polonia su primordial y concreto objetivo. La evolución de Miguel en este aspecto fue lenta, tardando mucho tiempo en alcanzar su madurez. Hallándose en su juventud destacado en la frontera polaca, Bakunin alardeaba de compartir la actitud oficial de despreciativa condescendencia hacia aquellos inquietos y semiextranjeros súbditos del zar. Años más tarde, cuando vivió en Berlín y en Dresde, todavía rehusaba alternar con los numerosos refugiados polacos. Y la impresión que Lelewel le causó en Bruselas no fue precisamente por su condición de polaco, sino por su talla intelectual. Sus contactos con Lelewel sirvieron, cuando menos, para enterarse de que Polonia no era simplemente una provincia rusa —aunque refractaria—, sino un país con historia propia. Polonia significaba, como la misma Rusia, un brillante ejemplo de la opresión zarista. Y ese concepto hubo de echar tan profundas raíces en la mente de Bakunin que en su carta de enero de 1845 a *La Réforme* (de la que hemos transcrito unos párrafos en el capítulo anterior) se refirió a Rusia y a Polonia como «países [igualmente] desgraciados y oprimidos», cuya única salvación consistía en la adopción de «la democracia».[1]

Los polacos, entregados durante largos años a la contemplación de sus propios males, eran sensibles —casi de manera morbosa— a las muestras de estimación y simpatía de los extraños. Y especialmente si esa simpatía, aunque no se tratara sino de una palabra de condolencia ocasional, procedía de un súbdito ruso, entonces era considerada por ellos como una sorprendente novedad. El conde Adam Czartoryski, líder de la fracción aristocrática de los emigrados polacos, invitó, por intermedio de uno de sus subordinados, a Bakunin para que le visitara en su domicilio. Bakunin acudió a la invitación, y la entrevista no despertó en él ningún interés, por lo que no repitió la visita. Semanas más tarde recibió una misiva de otro polaco —miembro del partido democrático, llamado Stolzmann y residente en Somers Town, Londres— en la que se le informaba que su carta a *La Réforme* —que «testimoniaba su franco y leal carácter, así como sus esclarecidas y progresivas ideas»— se había publicado en un periódico de los polacos emigrados, y al mismo tiempo se le invitaba a asistir a la celebración de un acto en honor de los mártires de la insurrección decembrista,



acto que tendría lugar en Londres el siguiente mes de noviembre. Miguel contestó cortésmente, pero no acudió. En cambio, hizo una visita a Adam Mickiewicz, el poeta polaco exiliado en París. Este, que ya se hallaba en edad avanzada, estaba seriamente atacado. de aquella extraña epidemia de romanticismo polaco que consistía en creer que el martirio de Polonia era un símbolo de la crucifixión, y por consiguiente su resurrección sería el anuncio de la salvación de la humanidad. Le aseguró a Bakunin que el mundo podría salvarse por la acción conjunta de un polaco, un checo, un francés, un judío y un ruso, viviendo los cinco en comunidad y trabajando colectivamente. De todos esos elementos humanos se disponía ya, menos del ruso, y Mickiewicz había pensado en Bakunin como la persona más indicada para cubrir el puesto vacante. Cortésmente también, Bakunin declinó la invitación.[2]

Esta casi indiferente —mejor diríamos tibia— actitud hacia las aspiraciones de los polacos hubo de verse muy pronto perturbada por ciertos hechos que acontecieron en un pequeño rincón de la Europa central, cuya existencia le había sido hasta entonces punto menos que desconocida. El único, y minúsculo, fragmento de suelo polaco que aún conservaba una independencia nominal era la república de Cracovia, donde nuevamente se había izado —en febrero de 1846— el estandarte de Polonia y proclamado la liberación de las regiones polacas bajo el yugo de Prusia y Austria. La insurrección en la zona prusiana fue sofocada sin casi disparar un tiro.

En Galitzia ya fue otra cosa. Allí la lucha revistió un carácter más duro; los campesinos se levantaron contra sus amos los terratenientes y esto fue precisamente lo que decidió la suerte de la rebelión. Cuando quedó restablecido el orden, Austria se anexionó tranquilamente —en connivencia con Rusia y Prusia y contra las protestas diplomáticas de la Gran Bretaña y de Francia— la república libre de Cracovia.

Tales sucesos originaron una extraordinaria agitación entre los polacos exiliados en París, que eran numerosos y disponían de poderosos amigos. Durante dos o tres días el desarrollo, al parecer favorable, de la insurrección alentó a los optimistas, al mismo tiempo que conmovió profundamente a los radicales franceses, para quienes aparecía ya cercana la perspectiva de una reivindicación de la democracia y del nacionalismo. Bakunin se contagió en seguida de la excitación de sus amigos los radicales. Desde que había salido de la adolescencia, era la primera vez que veía una revolución en marcha en Europa, y no en teoría, sino en acción. Y, naturalmente, se sintió irresistiblemente arrastrado hacia ella. Sentía la llamada de la revolución en la sangre, de la misma manera que algunos hombres sienten dentro de sí la llamada del mar o de las montañas. Pero antes de que sus sentimientos

tuvieran tiempo de pasar a la acción, la insurrección había fracasado. La única aportación de Bakunin fue un indignado artículo inserto en el *Constitutionnel* —su segunda y última aventura periodística en París— en defensa de Polonia y contra la opresión zarista. Si O'Connell —rezaba el artículo— había podido declarar en el Parlamento inglés que ninguna nación de la tierra había sido tan cruelmente tratada como la nación irlandesa, era porque no estaba enterado de las barbaridades cometidas en Polonia por el gobierno ruso. [3]

Esta vez el temperamento de Bakunin había sufrido tal sacudida ante los males de Polonia, que ya no volvería a caer en su anterior apatía. Y, en efecto, se apresuró a ponerse en contacto con la organización democrática polaca, cuya dirección central radicaba en Versalles, ofreciéndole sus servicios para el fomento de las actividades antizaristas en Polonia y en las provincias fronterizas. Su objetivo político final era la revolución en Rusia y la constitución de una federación republicana de los pueblos eslavos libres. Las conversaciones entre Bakunin y esa organización se prolongaron bastante tiempo. Pero el ofrecimiento y el programa de Bakunin no consiguieron aquel espontáneo entusiasmo que Miguel había esperado, y los polacos le parecieron «apocados, reservados y exclusivistas». El depositar la confianza en un ruso le venía muy cuesta arriba a todo exiliado de Polonia. Incluso a los demócratas polacos —que en su mayoría pertenecían a la clase de los pequeños propietarios— era imposible que les contentase el programa revolucionario de Bakunin. Puede que la pésima situación económica contribuyera también a malograr el resultado de las discusiones. Bakunin podía poner a contribución su valor, su energía y su fabuloso caudal de ideas, pero el capital para la explotación de toda empresa en la que él se comprometía tenía que salir forzosamente del bolsillo de los demás. A pesar de la falta, según escribió en su *Confesión*, de confianza mutua y de cooperación práctica, su interés por la causa polaca no decayó ni sufrió desdén alguno. En su correspondencia surgen a menudo, al lado del nombre de una hermana de Mierolawski, general polaco que había dirigido la revuelta de 1846, los de otros polacos implicados en esa rebelión. En un informe redactado en febrero de 1847 por la policía secreta francesa se consigna que Bakunin «recibía en su alojamiento a un considerable número de emigrados polacos» y unos meses después escribió a Luisa Vogt que él mismo «vivía casi exclusivamente entre polacos y que se había entregado en cuerpo y alma al movimiento polaco-ruso».

Pero de momento no se había puesto todavía nada en marcha. Por espacio de dieciocho meses, desde su artículo del *Constitutionnel*, Bakunin volvió a su antigua vida de estudio y de tertulia en los cafés de París. [4]

Sin embargo, el acontecimiento que selló el destino político de Bakunin y que durante los dieciséis años siguientes mantuvo su nombre pública y abiertamente ligado a la rebelión en Polonia, estaba ahora muy cerca. En noviembre de 1847, exactamente un mes después de la salida de Herzen para Italia, dos jóvenes polacos emigrados invitaron a Bakunin a un banquete organizado con motivo del aniversario de la insurrección del año 1831 y que presidiría el diputado radical francés Vavin. En el momento de recibir la invitación, se hallaba convaleciente de una enfermedad que le «retenía sentado en su casa y con la cabeza afeitada». Acogió esta oportunidad con el ansia de acción de quien lleva una larga temporada de forzada inactividad. Lo primero que hizo fue encargar una peluca; luego se pasó tres días preparando el discurso que pronunciaría a los postres y que tuvo la virtud de provocar el entusiasmo de todos los asistentes al acto político. El tema del discurso fue la unidad de acción de la democracia rusa y del nacionalismo polaco, proponiendo a Polonia, en nombre de la «verdadera nación rusa», la pertinente alianza. «Por ser enemigos del emperador Nicolás (enemigos de la Rusia oficial), sois, lo queráis o no, amigos del pueblo ruso.» Halagó el patriotismo eslavo al referirse al origen alemán del zar, y declaró que lo mismo Rusia que Polonia estaban sirviendo a un amo extranjero. En su alocución tendió una mano a todos los pueblos eslavos esclavizados.

Mientras hemos permanecido separados, nuestros esfuerzos se han anulado mutuamente. Pero si actuamos unidos seremos invencibles. La reconciliación de Rusia y Polonia es una gran causa, y a ella debemos dedicar todo nuestro afecto, todas nuestras energías. Porque esa causa significa la liberación de sesenta millones de almas; significa la libertad para todos los pueblos eslavos que gimen bajo un yugo extranjero; significa, en una palabra, el hundimiento —el inexorable hundimiento— del despotismo en toda nuestra Europa.[5]

La personalidad de Bakunin es uno de los fenómenos que no pueden ser explicados en términos racionales. Sus ambiciones eran indefinidas y quiméricas. Sus escritos, aunque vigorosos, adolecían de incoherencia, y lo mismo en lo que escribía que en sus actos, rara vez llegaba a terminar lo que había empezado. Su desigual carrera política careció casi siempre de una conquista concreta. Sin embargo, consiguió producir en sus contemporáneos una profunda impresión de vitalidad y de energía. Su influencia superó en gran medida todas las realizaciones que se le atribuyen, y su figura fue la de un personaje legendario aun antes de su muerte. De haber nacido en cualquier país en el que la oratoria política constituye una tradición viva, hubiera podido ser uno de los oradores más famosos de todos los tiempos. Su vida transcurrió

en tales condiciones que sólo le fue posible hablar en público contadísimas veces y nunca en su propia lengua. Pero en esas escasas ocasiones su maciza figura y su fogosa vehemencia produjeron en su auditorio un fervor casi hipnótico. Su discurso en el banquete de los polacos fue la primera demostración, y la más notable, de sus facultades de orador. Los frenéticos aplausos del entusiasmado auditorio, integrado por mil quinientos polacos y franceses, llegaron hasta los oídos del indignado conde Kiselev, embajador ruso en París, el cual se sintió obligado a protestar ante Guizot contra el abuso que de la hospitalidad francesa hacían los refugiados en su propaganda contra un gobierno amigo. Al mismo tiempo pidió la disolución de las organizaciones polacas y que a los culpables se los expulsase de Francia. Los polacos contaban con las suficientes influencias y simpatías en París para que un gobierno que dependía del apoyo popular se mostrase reacio a meterse con ellos. Pero en Francia, un ruso no disponía de amigos, y el discurso de Bakunin había sido la sensación del banquete del 29 de noviembre. Era, pues, necesario que el gobierno francés hiciese algo que apaciguase las iras del gobierno ruso. Así, el 14 de diciembre de 1847, Bakunin fue «invitado» a abandonar el territorio francés. Bakunin recurrió a Duchâtel, ministro del Interior, contra tal medida, pero su recurso no obtuvo ni siquiera respuesta, y el expatriado tuvo que volver a Bruselas, de donde hacía tres años y medio que había salido.[6]

Alrededor de la fecha de la expulsión de Bakunin empezó a circular subrepticiamente un extraño rumor entre los círculos radicales de París. Corría la especie de que Bakunin era un agente secreto del gobierno ruso, que había logrado ganarse la confianza de los polacos y de los socialistas con el objeto de denunciarles a sus superiores. Los mismos polacos enteraron a Bakunin de que el embajador ruso, Kiselev, había informado a Guizot, al mismo tiempo que solicitaba su expulsión, de que se trataba de un agente que «se había excedido en su falso papel». La hipótesis es, con toda evidencia, contraria a la verdad, pues ya se hizo referencia a ese repetido rumor en el informe policíaco de febrero de 1847, meses antes de que Guizot interviniera en los asuntos de Bakunin. Con toda probabilidad, la fuente de tan vil calumnia hay que situarla en los círculos polacos, pues desde un principio consideraron a Bakunin como sospechoso. Pero cualquiera que fuese el primero que la lanzó, lo cierto es que la calumnia se propagó rápida y ampliamente. El infundio tenía, en los primeros momentos de formularse, cierto grado de verosimilitud, pues que un miembro de la clase terrateniente rusa se dedicase a predicar la revolución roja era un fenómeno demasiado desconcertante para que se interpretase en su verdadero sentido, en su valor real. Otro ruso lla-

mado Jacob Tolstoi, que había mariposeado alrededor de los círculos radicales de París, acababa de ser desenmascarado como agente secreto. El caos de Bakunin era, ciertamente, difícil de explicar, pues no tenía ocupación definida ni medios de subsistencia declarados. Su vida irregular, que si bien hubiera convencido a quien pensara con un poco de lógica de la ineptitud de Bakunin para la metódica y exigente vocación de espía, fue lo que precisamente despertó las sospechas en los espíritus irreflexivos. Una vez puesta en marcha, la calumnia echó tan profundas raíces que tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera ser atajada y desarraigada de la mente del público. Fue a menudo amortiguada, pero nunca ahogada del todo, y reapareció, con intermitencias y cada vez de forma más incongruente, a través de los diversos períodos posteriores de la vida revolucionaria de Bakunin.[7]

* * *

La segunda estancia de Bakunin en Bruselas fue todavía más corta que la primera. Duró sólo desde el mes de diciembre de 1847 hasta finales de febrero de 1848. Lelewel y los demócratas polacos le hicieron objeto de la calurosa acogida a que en realidad era acreedor. Pero Lelewel había envejecido visiblemente desde la primera vez que —casi hacía cuatro años— Bakunin le había tratado. Ahora era «un hombre acabado, un simple cero en política». Y, lo que todavía era peor, estaba a todas horas acompañado de un tal Lubliner —«un judío que se hace pasar por polaco (y ésta es la primera manifestación documental de la fuerte vena de antisemitismo en la idiosincracia de Bakunin), una criatura enormemente repulsiva, enormemente inaguantable, enormemente pesada»—. Al grupo de los demócratas polacos radicados en Bruselas lo encontró «bastante antipático». Los polacos del grupo eran, según él, muy dados «a esa mezquina animosidad y murmuración que ya va constituyendo una harto extendida epidemia entre los emigrados, y muy particularmente entre los emigrados polacos». Así que aquella especie de una doble personalidad que años atrás nació en París, ahora volvía a levantar la cabeza en Bruselas. En estas condiciones, es comprensible que entre él y los polacos residentes en Bélgica no existiera más que una ficción de confianza y de cooperación. La única aparición en público de Bakunin en esta capital fue con ocasión de un banquete organizado por los polacos en conmemoración del aniversario de la insurrección decembrista. Sin embargo, ese banquete, después de aplazarse varias veces, no se celebró hasta el 14 de febrero. En esta ocasión pronunció un discurso que fue, según dice Bakunin al referirse a él en su *Confesión*, «la continuación desarrollada del primero». Habló del «magnífico papel reservado a los eslavos en su misión de regenerar

al decadente mundo occidental», y predijo la proximidad de la revolución europea y «la inevitable destrucción del Imperio austríaco». No nos es posible verificar la referencia que acabamos de dar del discurso en cuestión, toda vez que no llegó a imprimirse y tampoco se ha hallado ninguna nota que lo aluda.

Bakunin coincidió en Bruselas con otro antiguo conocido suyo. Carlos Marx residía en la capital de Bélgica desde que a principios de 1845 se le expulsó de París. A través de su estímulo y su dirección, Bruselas llegó a convertirse en el cuartel general del movimiento comunista internacional. Esta capital era no sólo el albergue de un «Sindicato de Trabajadores Alemanes», sino también de una «Federación Democrática» destinada a unir a los hombres de ideas avanzadas de todas las nacionalidades. El presidente de esta organización política era un belga llamado Jottrand, considerado por Bakunin como un hombre «activo, enérgico y práctico». Marx y Lelewel actuaban de vicepresidentes. Pero Bakunin jamás demostró mucho interés por la actuación de Marx. Sabía que éste había estado negociando recientemente con los cartistas de Londres.[8] Tampoco hace mención en ninguno de sus escritos del *Manifiesto Comunista*, redactado por aquellos días y publicado unas semanas más tarde en la capital del imperio británico. Está documentalmente demostrado que Bakunin asistió a una reunión de la Federación Democrática celebrada el 26 de diciembre y en la que fue admitido como miembro de la organización, en unión de D'Ester, un alemán oriundo de Colonia. Asimismo asistió a una reunión ulterior, posiblemente la celebrada el día 9 de enero, en la que Marx leyó una comunicación en francés sobre la libertad de comercio. Pero aquí termina su participación en las actividades de esa Federación. Parece que durante su permanencia en Bruselas, Bakunin se mostró particularmente intolerante con sus compañeros de trabajo en la causa de la revolución, sintiendo una antipatía, casi instintiva, contra el grupo alemán.

> Los alemanes —escribió a Herwegh—, esos artesanos llamados Bornstedt, Marx y Engels (y, de manera especial, Marx), están aquí fraguando sus acostumbradas diabluras. La vanidad, la malicia, las disputas, la intolerancia teórica y la cobardía práctica; el incesante teorizar sobre la vida, la actividad, la sencillez, mientras en la práctica muestran una ausencia total de vida, de acción y de sencillez... La palabra burgués es el epíteto que repiten *ad nauseam*, por más que ellos mismos sean unos inveterados burgueses desde los pies a la cabeza. En una palabra, mentiras y estupideces, estupideces y mentiras. No se puede respirar libremente en tal compañía.

En otro lugar escribió, de forma más lacónica, que la Federación Democrática era «el mayor embeleco que imaginarse podía; un lugar sólo apto para vacuas disertaciones desprovistas de todo significado eficaz y práctico». Y añadía que Marx estaba «echando a perder a los trabajadores al hacer de ellos unos teorizantes». La antítesis fundamental —temperamental— entre Carlos Marx y Miguel Bakunin, entre el hombre de estudio y de la teoría y el hombre del impulso y de la acción, fue definida, al poco tiempo de tratarse, de la manera antes expresada por el propio Bakunin.[9]

El único ambiente en que éste se hallaba a sus anchas en Bruselas era el de los emigrados polacos. De todos cuantos trató aquí, con el que más congenió fue con el general Skrzyniecki, miembro de la extrema derecha del movimiento polaco en la emigración. «Dejando a un lado sus opiniones católicas —y aun jesuíticas—, y aparte su teoría del derecho divino», el general (según manifestó, en tono de disculpa, Bakunin a uno de sus amigos polacos de París) tenía «un auténtico sentimiento polaco y eslavo». Esto entraña una curiosa ilustración de la indisciplina y la impulsividad que presidían la selección de sus amistades, así como la confirmación de que la extracción social y la tradición son lazos que unen más estrechamente que las mismas ideas políticas. Skrzyniecki presentó a Bakunin a la sociedad conservadora y clerical de la capital belga; al conde de Mérode, que había sido ministro y había tomado parte en la instauración de la independencia de Bélgica; al conde de Montalembert, legitimista francés; hombres todos ellos que hubieran sido mirados como reaccionarios incluso en la Francia de Luis-Felipe.

> Estaba metido —escribió Bakunin mucho tiempo después— en el mismo centro propagandístico de los jesuitas, los cuales intentaron convertirme a la fe católica. Y como fuera que las damas trataban igualmente de salvar mi alma, no hay por qué decir cuánto me divertí en su compañía.

Los piadosos católicos no fueron los únicos que en aquellos días hicieron objeto de su solicitud a Bakunin. También María Poludenski (recién llegada de París) contribuyó a su bienestar espiritual... y económico. La solicitud de sus admiradoras sirvió una vez más de contrapeso a sus contratiempos y desencantos políticos.[10]

Sin embargo, esas muestras de interés por su persona no consiguieron reconciliar a Bakunin (cuyo recuerdo de la vida en París estaba todavía muy vivo en su memoria) con la «mezquina y aislada vida» de Bruselas. Hubo un momento en que, influenciado por lo que Marx y Engels le habían contado de los cartistas ingleses, casi estuvo decidido a trasladarse a Londres. Pero el regreso a París era lo que más le

seducía. En febrero de 1848, su expulsión motivó una interpelación —que encontró un vigoroso apoyo— en la Cámara de los diputados, interpelación a la que lo mismo Guizot que Duchâtel contestaron con vacilaciones y que dio lugar a una acalorada controversia. Tres. días después de esta efemérides parlamentaria, Bakunin escribió, para que se publicase en *La Réforme*, una carta abierta protestando contra ciertos extremos de la intervención de Duchâtel; carta que terminaba declarando que «el tiempo juzgaría quién de los dos tenía razón». Al aparecer —el 10 de febrero— ese escrito, ni el mismo Bakunin pudo imaginar que el tiempo dictaría su sentencia antes de quince días. Porque el 22 de febrero de 1848, la prohibición por el gobierno de ciertos banquetes organizados por los radicales (una forma de manifestación política muy en boga en aquellos días) provocó en París varias manifestaciones callejeras de carácter pacífico, pero al día siguiente hubo algunos tiroteos. En los barrios obreros se levantaron barricadas, y Luis-Felipe trató de contener el oleaje popular con la destitución del ministerio Guizot. Esta capitulación, en vez de apaciguar, agudizó aún más las ansias populares. El día 24 del mismo mes de febrero la revolución estaba ya en pleno desarrollo. Luis-Felipe, menospreciado y sin que casi nadie le apoyase, abdicó y huyó del país. Los insurgentes ocuparon las Tullerías y proclamaron un gobierno provisional integrado por hombres de talento, en representación de los diversos matices políticos, desde el socialista Luis Blanc hasta el poeta Lamartine.

El efecto que tan prometedores acontecimientos provocó en Bakunin fue instantáneo y entusiasta. Inmediatamente decidió abandonar la apacible capital belga, diciéndole a María Poludenski en la precipitada visita de despedida que le hizo que no podía resistir por más tiempo la excitación a que se hallaban sometidos sus nervios. Sólo tardó en irse el tiempo que necesitó para conseguir un pasaporte prestado, por si tenía que valerse de él para sortear algún peligro. En la frontera se enteró de la proclamación de la república; después se encontró con que los insurgentes habían levantado por varios sitios la vía férrea, y resolvió irse andando hasta la población francesa más cercana, que era Valenciennes. Las calles y los edificios públicos de esta ciudad estaban adornados con banderas rojas y todo era regocijo y vítores. Bakunin tomó un tren para París, adonde llegó el 26 de febrero. Por fin la ocasión de actuar había llegado.[11]

NOTAS

1. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 242.
2. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 112-13; Kornilov, *Gody Stranstviya*, pp. 300-304.
3. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 257-61; IV, 117.
4. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 263, 267; IV, 118-19; Pfitzner, *Bakuninstudien*, p. 127.
5. *Sobranie* ed. Steklov, III, 270-79; IV. 118-19.
6. *Sobranie*, ed. Steklov, III. 281, 291; IV, 119-20.
7. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 119-20; Pfitzner, *Bakuninstudien*, p. 27.
8. Cartismo: fue el nombre que se le dio en Inglaterra a un partido político que se fundó a raíz de la disconformidad de la clase trabajadora con la Reforma electoral del 1832 (*Reform Bill*). La finalidad de los cartistas era política, social y económica, reclamando una constitución democrática para sus afiliados, a la que le dieron el nombre de «Carta del pueblo», de la que proviene el cartismo.
9. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 282, 284, 287; IV, 120; Marx-Engels, *Sochineniya*, VI, 435, 679; *Karl Marx, Chronik Seines Lebens* (Moscú, 1934), p. 43.
10. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 287; IV, 120; *Materiali*, ed. Polonsky, I, 38.
11. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 120-21; *Materiali*, ed. Polonsky, I, 38.



13

1848

Herzen afirma que los primeros días de la revolución de febrero fueron los más felices de la vida de Bakunin. La revolución era su elemento natural. Se había consagrado a ella, y ahora, por vez primera, se veían los dos cara a cara. Su vida ya tenía un objeto. Con verdadera satisfacción observó Bakunin que los petimetres, que antes acostumbraban pasear en sus elegantes coches, y los ociosos de toda laya, que nunca se desprendían del bastón ni de los impertinentes, habían desaparecido por completo de los bulevares, habiendo sido sustituidos por barricadas de piedras y muebles rotos, apilados hasta la altura de los tejados de las casas, y por banderas rojas y canciones revolucionarias; por una atmósfera, en suma, de entusiasmo y de confraternización general. Bakunin estaba ahora muy lejos de aquel desilusionado realismo que, en sus ratos de depresión, le había hecho exclamar que vista de cerca la revolución era un mal asunto. Ahora todo se le antojaba joven y espléndido, teñido de esperanza y pletórico de fe en la dignidad y en la virtud del hombre libre. El proletariado francés, al que antes casi no había concedido importancia, se había convertido de la noche a la mañana en «mis nobles trabajadores».

Caussidière, el revolucionario prefecto de policía, estaba organizando una Guardia Nacional obrera, cuyos efectivos se alojaban en un cuartel próximo al palacio de Luxemburgo. Con ellos, vivió Bakunin por espacio de una semana, compartiendo día y noche su vida. Estaba sencillamente maravillado de cuanto veía y oía. Jamás en sitio alguno había visto «tan noble abnegación, tan emocionante sentido del honor, tan natural delicadeza en la conducta, tan amistosa jovialidad, unido todo ello a tanto heroísmo, como en medio de aquellos hombres incultos». El mismo Bakunin estaba entregado al trabajo desde las cuatro

o las cinco de la madrugada hasta las dos de la madrugada siguiente. Aquella vida era una constante sucesión de «asambleas, reuniones, desfiles, marchas y manifestaciones», y él no cesaba de predicar la destrucción, hasta que no quedara nada por destruir, y la rebelión... hasta que no quedara nada ni nadie contra quien rebelarse. Lo que menos le interesaba era el trabajo constructivo para la edificación del nuevo orden. De la leyenda de Bakunin forman parte dos frases atribuidas a otros tantos miembros del Gobierno provisional: «¡Qué hombre éste! —exclamó Caussidière—; el primer día de la revolución es un tesoro inestimable; el segundo habría que fusilarle». Y Flocon: «Si tuviéramos trescientos Bakunines, Francia sería simplemente ingobernable.» [1]

En medio del entusiasmo y de la embriaguez espiritual de aquellas delirantes semanas, a Bakunin no le quedaba tiempo para pensar en sus amigos ni en sus enemigos. De los rusos, los dos únicos que había en París eran Turgueniev y Annenkov, y lo mismo el uno que el otro temían demasiado verse envueltos en la revolución para que les resultara grata la compañía de Bakunin. Turgueniev aseguró después a las autoridades rusas que durante aquellos días «no había visitado a Bakunin ninguna vez y que sólo en una ocasión le vio pasar por la calle». Herwegh, obligado por el deseo de su mujer a que justificara su fama de líder revolucionario, se dedicó a organizar una «legión alemana» para que llevara la antorcha de la revolución a su tierra natal. Marx, que había sido expulsado de Bruselas por la policía, llegó a tiempo de establecer en París la dirección central de la Liga Comunista y de formular su más descarnada crítica contra la empresa de Herwegh. Bakunin consideró que la actitud de Marx hacia Herwegh era inmerecidamente severa y poco generosa, y le volvió la espalda. No era aquella la mejor coyuntura para enzarzarse en disputas. Al contrario, todo aquel que hacía algo por la revolución debía ser objeto del aprecio y el aliento de todos. [2]

Pero no tardó mucho Bakunin en darse cuenta de que París no era el lugar más apropiado para sus actividades revolucionarias, mayormente cuando la capital de Francia ya no constituía, según él, el único centro de la revolución.

> En breve, quizás antes de un año —escribió el 13 de marzo en *La Réforme*—, el monstruoso imperio austríaco será destruido. Los italianos, liberados de su yugo, proclamarán la república. Los alemanes, unidos en un solo y grande estado, proclamarán igualmente la suya. Los demócratas polacos, después de diecisiete años en el exilio, volverán a su hogares. Y el movimiento revolucionario sólo cesará cuando Europa —toda Europa, «sin excluir a Rusia»— se habrá convertido en una república democrática federal.



Tan atrevida profecía pareció, entonces, a dos dedos de ser una realidad. Precisamente el día mismo en que apareció el artículo de referencia los vieneses se alzaron en armas contra el gobierno de Metternich; establecieron un Comité de Salvación Pública y dieron la señal de la revuelta a diversas nacionalidades del viejo Imperio. El día 17 de marzo fue instaurado en Hungría un ministerio constitucional, sólo responsable ante la Dieta húngara. Venecia se constituyó en República; una insurrección triunfante estalló contra la guarnición austríaca de Milán, e Italia entera estuvo a pique de unirse para expulsar a sus gobernantes extranjeros. El 18 de marzo Berlín recogió la antorcha revolucionaria y arrancó al asustado Federico Guillermo la promesa de una constitución. Análogos acontecimientos tuvieron lugar en la mayor parte de los pequeños estados germánicos. La ola revolucionaria, que el ejemplo de Francia había suscitado, parecía imposible de contener.

Nuestro estado de ánimo era tal —escribió Bakunin después de aquellas gloriosas jornadas—, que si alguien nos hubiese anunciado que «Dios había sido expulsado del cielo y proclamada la república allá arriba», lo habríamos creído a pie juntillas y a ninguno hubiera sorprendido tan fabulosa noticia.[3]

Podemos imaginarnos lo penoso que resultaría para Bakunin, quien todavía se sentía sentimentalmente vinculado a su tierra, ver que Rusia era el único gran país de Europa en el que no se había movido ni un dedo. No obstante, el ardor de Bakunin seguía inalterable. Aquí tenía señalada una tarea digna de su temple y de sus arrestos. Si no se había producido niguna revolución en Rusia, a él le estaba reservado el honor de preparar una. Y el punto de partida de la revolución rusa debía ser, claro está, Polonia. Los dirigentes polacos, Czartoryski entre ellos, habían ya abandonado París para encaminarse hacia la Europa oriental y, se había nombrado un Comité Nacional Polaco con el consentimiento de las autoridades prusianas, en Poznan. Nada retenía, pues, a Bakunin en París, donde la revolución iba perdiendo gradualmente la seducción que al principio ejerció en él y se iba convirtiendo paulatinamente en una insulsa rutina. Debía, entonces, partir inmediatamente para Poznan. El obstáculo de siempre volvía a levantarse en su camino: la falta de fondos. Pero él nunca se había arredrado ante esa bagatela. Solicitó del Gobierno provisional un préstamo de dos mil francos para financiar su trabajo revolucionario en Poznan. Los gobiernos noveles son generalmente generosos. Flocon se apresuró a conceder a Bakunin el préstamo solicitado. Algunos maliciosos comentaron en voz baja que Flocon había aprovechado la oportunidad

para, a cambio de unos pocos francos, deshacerse de tan embarazoso colaborador. Pero Bakunin manifestó que Flocon le había ofrecido una suma más elevada y que él no la había aceptado. Quizá fuese verdad. Bakunin era generoso y nunca pensó en el mañana.[4]

El obsequioso Caussidière le proporcionó dos pasaportes, uno extendido a su nombre y otro a nombre de un polaco imaginario —Léonard Neglinski— y natural del Gran Ducado de Poznan. Armado, pues, de dos mil francos y de dos diferentes personalidades, Bakunin se ausentó de París el último día de marzo de 1848, con la misión de avivar la llama de la revolución en la Europa oriental. Viajó en diligencia hasta Estrasburgo, y en su *Confesión* finge un diálogo con uno de sus compañeros de viaje.

—¿Cuál es el objeto de su viaje?

—Promover una rebelión.

—¿Contra quién?

—Contra el emperador Nicolás.

—¿Y con qué medios cuenta usted?

—Casi ni yo mismo lo sé.

—¿Adónde va usted?

—Al ducado de Poznan.

—¿Y por qué allí precisamente?

—Porque me han dicho los polacos que existe más vida y hay más movimiento, y que también es más fácil operar desde allí sobre la Polonia rusa que desde Galitzia.

—¿Con qué fondos cuenta usted?

—Con dos mil francos.

—Pero es de suponer que esos fondos se verán incrementados en el futuro.

—Sobre eso no hay nada definitivo, pero es posible que pueda conseguir más dinero.

—¿Tiene usted amigos u otras relaciones en el ducado de Poznan?

—Excepto unos cuantos amigos jóvenes con quienes me juntaba muy a menudo en la Universidad de Berlín, no conozco a nadie en absoluto.

—Pero cuando menos llevará usted algunas cartas de recomendación.

—Ni una.

—Entonces, ¿qué esperanzas tiene usted, solo y sin amigos, de medirse con el zar de Rusia?

—La revolución está de mi lado, y espero que en Poznan no estaré tan solo como ahora.

—En la actualidad todos los alemanes están acusando a Rusia, ensalzando y animando a los polacos y preparándose para ir con ellos contra el Imperio ruso. Siendo, como es usted, ruso, ¿piensa unírseles en esa especie de cruzada?

—¡Dios me libre de hacer tal cosa! Lo único que sé decirle es que si los alemanes osaran poner un pie en el territorio eslavo, me convertiría automáticamente en su irreconciliable enemigo. El objetivo de mi viaje a

Poznan es oponerme con todas mis fuerzas a esa antinatural unión de polacos y alemanes contra Rusia.

—Pero no ignorará usted que los polacos solos no pueden intentar nada contra la potencia rusa.

—Los polacos no están solos. Se coaligarán con los demás eslavos, y hasta es posible que consigan atraerse a los rusos residentes en el reino de Polonia.

—¿En qué funda esas esperanzas? ¿Mantiene usted algunas relaciones con esos rusos?

—Ninguna. Mis esperanzas están basadas en la propaganda y en el enorme espíritu de lucha revolucionaria que actualmente está invadiendo el mundo.

El precedente diálogo nos proporciona un razonable trasunto de su estado de ánimo de aquellos días. En lo que probablemente exagera (y se comprende, toda vez que se trata de un escrito que había de leer el propio zar Nicolás) es en su patriotismo y en su aversión por la alianza germana; alianza que, por otra parte, estaba dispuesto a utilizar si convenía a sus fines. Pero en lo que no hay exageración es en la incalculable temeridad con que se embarcó en tal aventura. Porque lo cierto es que no disponía de amigos ni tenía plan alguno de campaña. [5]

* * *

Su primera parada en suelo alemán fue en Francfort. Llegó a esta ciudad a principios de abril, al tiempo que estaba reunido el llamado Preparlamento, una asamblea de fugaz duración, constituida —mejor dicho, autoconstituida— por profesores, periodistas y políticos liberales, como preparación para la convocatoria de una Asamblea Nacional Germánica. Bakunin traía cartas de recomendación de Herwegh para varios demócratas alemanes. Otras personalidades le fueron presentadas por Carlos Vogt, miembro de la citada asamblea. Aquí también todo el mundo estaba desplegando una actividad febril. Pero el ala republicana y revolucionaria del Preparlamento se veía irremisiblemente superada por los liberales moderados, y Bakunin no halló «ni el más leve germen de unidad en aquella nueva torre de Babel». Hizo un viaje a Mainz (Manheim) y a Heidelberg. Pasó varios días, soberanamente aburrido, en Colonia (donde no se percibía todavía la más mínima señal de rebelión), esperando su equipaje despachado en Bruselas. Y finalmente, el 21 de abril de 1847, llegó a Berlín. [6]

Unos días antes de su entrada en esta capital, el Ministro plenipotenciario ruso había informado al gobierno prusiano de que Miguel Bakunin, agitador ruso, se hallaba en camino de Berlín para dirigirse a Poznan con la misión de promover la revolución entre los polacos.

Los momentos eran muy delicados. Desde el 18 de marzo las autoridades prusianas habían adoptado la política de hacer tantas concesiones en la forma y tan pocas en sustancia, como fueran necesarias para apaciguar la opinión popular y contener la revolución. Sentían ciertamente aversión por los demócratas, pero a la hora de obrar contra ellos se veían frenados por su decidido respeto a la libertad de expresión. La cuestión polaca estaba resultando particularmente embarazosa. El gobierno prusiano se había comprometido, en los primeros momentos de entusiasmo popular, a crear una provicia autónoma polaca. Pero los límites territoriales de esa provincia estaban todavía por definir y, por otro lado, el Comité Nacional Polaco reclamaba unos derechos y exigía unas reivindicaciones que los más moderados prusianos juzgaban exorbitantes.

Esas dificultades —tanto por su número como por su variada índole— se reflejaron en el singular recibimiento de que fue objeto Bakunin en la capital alemana. Al día siguiente de su llegada —y antes de que tuviera tiempo de visitar a nadie, con la sola excepción de Siegmund, el acaudalado suegro de Herwegh— fue puesto a disposición de la policía, cuyo jefe, Minutoli, le invitó a empeñar su palabra de honor de no dirigirse al Gran Ducado de Poznan, informándole al mismo tiempo de que si así lo hacía era libre de trasladarse a Breslau, donde, por más activa que fuese la propaganda polaca, no podía proyectarse contra Prusia y sí solamente contra Rusia y Austria. Bakunin aceptó sin vacilar estas condiciones. La policía se incautó de su pasaporte personal, pero le devolvió el de Léonard Neglinski, con la prudente advertencia en el dorso: «No válido para Leipzig ni para el Gran Ducado de Poznan». Además, se le proveyó de un nuevo pasaporte extendido a nombre de un tal Simón, súbdito prusiano. Habiendo así doblemente enmascarado (mejor dicho, destruido) la identidad del viajero, Minutoli transmitió al Ministro de Rusia la halagüeña información de que al agitador ruso Miguel Bakunin se le había detenido a su llegada a Berlín y devuelto, debidamente custodiado, a Colonia. Al mismo tiempo el embajador de Francia, que había expuesto su interés en este asunto, recibió una nota en la que se le aseguraba que Bakunin «no sería entregado a las autoridades de su país de origen».

Mientras tanto, Bakunin había sido conducido, bajo escolta, desde Berlín hasta Leipzig, donde se le dejó. Aquí hizo una parada de veinticuatro horas, casi el tiempo preciso para hacerle una visita a Ruge, a quien halló en plena campaña electoral como candidato para las elecciones de delegados a la Asamblea Nacional de Francfort. Bakunin le invitó, con cierta rudeza: «Vente a beber conmigo una botella de champán y deja que esos elijan a quien ellos quieran». Nada había que esperar de las elecciones; «sólo puede salir de ellas una sociedad

en que se practique la retórica; nada más». Ruge, resistiéndose sólo a medias, se dejó llevar al Hotel de Pologne, donde pasaron la velada. Bakunin estuvo elocuente al hablar de las decepciones que le habían producido los franceses, de las futilidades de los alemanes, de la revolución y de las brillantes esperanzas que ya se estaban vislumbrando en el Este de Europa. Ruge le escuchaba con recelo e inquietud, y mientras seguían hablando y bebiendo, llegó un mensaje comunicándole que su candidatura había sido derrotada. De lo que Bakunin se alegró sinceramente, jurando que «cuando los eslavos pusieran su revolución en marcha» Ruge se vería ampliamente compensado de la «ingratitud de aquellos reaccionarios sajones». A la mañana siguiente Bakunin salió apresuradamente para Breslau.[7]

Para quienquiera que tuviese el exuberante temperamento de Bakunin, había más motivos para sentirse decepcionado por la marcha de los acontecimientos en el Oeste que confiado y optimista ante las perspectivas revolucionarias del Este. El mes de mayo, que Bakunin pasó en Breslau, fue, en efecto, un mes de desilusiones y de estancamiento. En Baden, a finales de abril, los revolucionarios de la Alemania occidental habían sufrido una seria derrota ante las tropas leales, y la «Legión Germánica» de Herwegh, que había acudido en su ayuda, fue deshecha y puesta en fuga. Y ya nadie en Alemania hacía otra cosa que hablar y hablar. La Asamblea Nacional de Francfort inició la elaboración del proyecto de una hipotética constitución para una inexistente federación germánica. Bakunin nunca había esperado gran cosa de la revolución alemana. Por otra parte, las noticias de París eran francamente desalentadoras. El gobierno provisional, como sucede con todas las instituciones consolidadas, iba tomando un matiz conservador cada vez más acusado, hasta el punto de utilizar sus tropas para deshacer una manifestación de trabajadores frente al Ayuntamiento. En el Gran Ducado de Poznan, la luna de miel polaco-prusiana había terminado en una abierta desavenencia entre Prusia y la provincia autónoma a propósito de la fijación de los límites fronterizos de esta provincia, lo que hubo de ser satíricamente calificado por los polacos de «cuarta partición.» La marea de la revolución estaba en franco reflujo. Y ni aun en los momentos culminantes de su flujo se había aproximado —y menos alcanzado— a los confines de Rusia.

Tampoco la situación de Bakunin en Breslau permitía esperar que se realizasen sus esperanzas y sus ambiciones. Situada en un punto equidistante de las fronteras de la Polonia austríaca, rusa y prusiana, Breslau era un magnífico punto de concentración para los polacos partidarios de la insurrección. En el mes de mayo de 1848 esa ciudad era un hervidero de polacos procedentes de todos los confines de Alemania, de París, de Londres y aun de la misma Polonia. La intención de sus

dirigentes era enviarles a Cracovia, donde estaba en vías de formación un comité cuya misión era la de fomentar la insurrección de la Polonia rusa. Pero esos líderes carecían, lo mismo que el propio Bakunin, de planes concretos de campaña. Le faltaban igualmente armas y dinero, y, discutiendo sin llegar a ningún acuerdo, se pasaron todo el mes de mayo. Además, aunque en lo externo hacían objeto de cumplimientos y atenciones a Bakunin, en el fondo desconfiaban totalmente de él. Un ruso viviendo a salto de mata en Breslau y hablando constantemente de revolución tenía forzosamente que despertar sospechas entre los polacos. Y, en efecto, el rumor de que era un espía pronto se extendió entre ellos. Bakunin se vio, pues, aislado y sin amigos. La carta, llena de reproches, que recibió María Podulenski (la cual estaba en camino de retorno a Rusia y a quien él había escrito que «un inmenso abismo les mantenía para siempre separados») no fue precisamente el remedio más indicado contra la melancolía y la tristeza que en aquellos momentos le embargaban. [8]

Solamente en Austria se mantenía viva la revolución. Y, naturalmente, los pensamientos de Bakunin se dirigieron ahora hacia el sur. El 15 de mayo estalló un nuevo alzamiento popular en Viena, por lo que el emperador Fernando se vio obligado a retirarse a Innsbrüch. Hungría era virtualmente independiente. Los eslavos del Imperio estaban inquietos y alborotados. Jellacic levantó a los croatas contra sus amos húngaros. En Praga se había constituido un Comité Nacional Checo que asumió las funciones de gobierno provisional. Las ambiciones de los checos, el elemento eslavo más progresivo, eran aún de más largo alcance. La Asamblea Nacional Germánica había sentado un precedente. Para los eslavos había llegado, pues, la hora de unirse. Un comité checo para la dirección de las actividades políticas lanzó una invitación, abierta y general, para la celebración en Praga de un Congreso Eslavo hacia finales de mayo. La unidad eslava era una visión, un sueño que hacía mucho tiempo estaba excitando la imaginación de Bakunin. Y esa visión, fue ahora como un brillante rayo de luz que disipó las negruras de su abatido ánimo. Recuperados, pues, sus antiguos bríos, se apresuró a salir para Praga, llegando a esta ciudad el día 3 de junio, justamente cuando iba a celebrarse la sesión de apertura del Congreso.

* * *

El Congreso Eslavo se reunió en el Museo Nacional de Bohemia, y estuvo presidido por Palacki, historiador checo y miembro del Comité Nacional. El número de delegados alcanzó la respetable suma de trescientos cuarenta. Más de sus dos terceras partes eran checos y eslo-

vacos; unos cuarenta eran eslavos del Sur, y sesenta eran polacos y rutenos. El grupo mayor de raza eslava estaba representado únicamente por Miguel Bakunin, proscripto de su país, y por un clérigo llamado Miloradov, perteneciente a la secta ortodoxa de los «Viejos Creyentes» —o viejos cristianos— y oriundo de la Bukovina, provincia austríaca fronteriza con Rusia. La mayoría de los delegados iban ataviados con el traje nacional, y como fuese que muchos de los buenos burgueses de Praga imitaron su ejemplo en honor de aquel acontecimiento, esa antigua ciudad checa ofrecía en aquellos días el exótico aspecto de un mercado oriental. Los delegados procedentes de lugares lejanos fueron alojados en las casas de entusiastas eslavos locales. Bakunin se hospedó en la de un patriota checo, cervecero de profesión.[9]

En el Congreso de Praga, Miguel tuvo ocasión de observar por primera vez la divergencia fundamental existente entre el nacionalismo y la democracia, divergencia que los políticos románticos del siglo XIX se obstinaban en no querer reconocer. Esa divergencia —con la que él hubo de enfrentarse— era particularmente compleja y muy profunda. En todo el territorio germánico la democracia y el nacionalismo habían ido siempre de acuerdo. Los demócratas germano - austríacos, incluidos los revolucionarios que ocuparon Viena, eran ardientes partidarios del pangermanismo. No sentían ninguna simpatía por las aspiraciones eslavas, y daban por sentado que Bohemia, con su amplio exponente demográfico de origen alemán y su tradicional cultura igualmente alemana, permanecería dentro de la Confederación Germánica. Checos y alemanes anduvieron, pues, desde el principio a la greña alrededor de este punto de tan vital importancia. En el lejano Este existía una situación análoga. Los húngaros, que se habían liberado del yugo de los Habsburgos, no se creían obligados a reconocer las aspiraciones nacionalistas de sus súbditos eslovacos y croatas, y la misma enconada antipatía que reinaba entre alemanes y checos mantenía separados a los húngaros de los eslovacos y los croatas.

En estas circunstancias, los demócratas alemanes y húngaros eran mirados por los nacionalistas eslavos como sus enemigos jurados, y como los demócratas alemanes y húngaros se habían alzado contra el imperio de los Habsburgos, entre los eslavos y los Habsburgos se había establecido un vínculo —una especie de tácito compromiso— por demás incongruente, lo cual dio pie a que circulase la especie de que los eslavos eran «más austríacos» que los alemanes. El Comité Nacional checo de Praga había despachado una delegación al emperador Fernando, quien, como ya hemos indicado, se había trasladado a Innsbrüch, y los dirigentes checos ya empezaban a soñar en un Imperio austriaco reformado, en el que, no los alemanes, sino los eslavos (y de modo especial los checos) constituirían la minoría predominante. Unos

meses más tarde habían de ser los croatas quienes, a fuer de leales agentes de los Habsburgos, aplastarían la insurrección de los demócratas húngaros. Está claro, pues, que en la tambaleante estructura del Imperio de los Habsburgo la democracia y el nacionalismo eslavo aparecían como fuerzas en oposición. [10]

Los problemas con que se enfrentaba el Congreso Eslavo habrían resultado casi insolubles si la invitación se hubiera reducido, como al principio se pensó, a los eslavos de Austria. Pero como la invitación se había hecho extensiva a los demás eslavos, y también se sentaron en el Congreso polacos, servios, montenegrinos y Miguel Bakunin, la confusión y el choque de ideas se hizo inextricable. Los polacos no tenían dificultad alguna en conciliar la democracia y el nacionalismo, y veían su salvación, lo mismo que Bakunin, en una revolución que derribase el Imperio ruso. Los eslavos y Turquía no podían esperar su salvación si no era a través de la intervención de aquella potencia que los polacos pretendían destruir. Mientras tanto, la cuestión rusa (que para los polacos y Bakunin en un sentido, y para los servios y montenegrinos en otro, era el punto focal de todo el problema eslavo) dejó a los eslavos austríacos, que eran mayoría en el Congreso, indiferentes.

Bakunin había ido a Praga con la esperanza de encontrar allí un nuevo semillero de la revolución, y lo que halló fue una situación completamente distinta. Esto le obligó a imprimir un nuevo derrotero a sus actividades. En París había descubierto a los polacos. En Praga descubrió al resto de la vasta familia eslava. Su corazón de eslavo, como explica en su *Confesión*, empezó a latir. Halló en los eslavos «una asombrosa lozanía y una energía e inteligencia natural incomparablemente mayor que la de los alemanes». Uno de los rasgos que más le conmovieron fue su «entusiasmo infantil», tan parecido al suyo. Palacki había echado los cimientos del nacionalismo checo al presentar la historia de Bohemia como una larga lucha de eslavos y alemanes por alcanzar la supremacía. Bakunin pudo darse cuenta por sí mismo de que el odio a los alemanes y a todo lo alemán constituía la piedra de toque de todo buen eslavo, y al mismo tiempo era el aglutinante que mantenía unida la hermandad eslava. Cuando un alemán que había sido amigo suyo le objetó, socarronamente, que el no disponer siquiera de un idioma común representaba un serio obstáculo para los hermanos eslavos, él le replicó con viveza que existía una frase que todos los eslavos, desde el Elba a los Urales y desde el Adriático a los Balcanes, comprendían perfectamente: «¡Zahrabte niemce!» («Abajo los alemanes»). Bakunin se obstinaba en no admitir que esos nuevos sentimientos fueran incompatibles con sus convicciones anteriores. Si él se hubiera convertido en patriota eslavo no habría por ello dejado de ser demócrata. En Praga se propuso realizar dos tareas: fundir los diversos

—y, a veces, encontrados— nacionalismos eslavos en un solo ideal paneslavo, y, después de que hubiera fermentado esa masa étnica, inyectar savia y espíritu democráticos al paneslavismo. [11]

El Congreso se dividió en tres grupos o comisiones: el septentrional, integrado por los polacos, rutenos y rusos; el occidental, formado por los checos y eslovacos, y el meridional, compuesto por los diversos grupos de sureslavos. Bakunin fue elegido secretario del grupo septentrional y miembro de la comisión de delegados elegidos por este grupo, cuya misión era la de explicar sus puntos de vista al grupo meridional. En su calidad de secretario, hubo de pronunciar discursos ante los grupos septentrional y meridional, y, como congresista, en las sesiones plenarias del Congreso. Ninguno de esos parlamentos ha llegado hasta nosotros, pero hemos podido encontrar un extracto de ellos bastante amplio por cierto, en la *Confesión.* Reclamó de todos y de cada uno de sus compañeros eslavos el olvido de sus «intereses provinciales». Exhortó a los checos para que desconfiaran del Imperio de los Habsburgo, el cual, una vez recuperada su fuerza con la ayuda de los eslavos, ya no tendría ningún interés en favorecer su independencia. Previno a los sureslavos contra su inclinación a apoyarse en la ayuda del zar, opresor de los eslavos de Polonia. «Que se unan los eslavos, pero sin Rusia (hasta que ésta haya conquistado su libertad y se la haya concedido a Polonia) y contra Austria.» La revolución rusa y la dectrucción del Imperio austríaco eran, como Bakunin certeramente previó, las dos condiciones esenciales de la liberación eslava. [12]

La idea de la unión paneslava fue ulteriormente desarrollada por Bakunin en tres documentos presentados al Congreso y después publicados en la prensa. En *Los Fundamentos de la nueva política eslava* explicó, con cierto desconocimiento de la psicología, que los eslavos, por haber sido durante tantos años víctimas de la opresión, nunca podrían convertirse en opresores. «La nueva política —escribió, como en un anticipo de sus ulteriores opiniones anarquistas— no habrá de ser una política estatal, sino una política del pueblo, de los individuos libres e independientes.» En *Los fundamentos de la Federación eslava* preconizaba la creación de un «Consejo Eslavo», organismo supremo de los pueblos eslavos libres e independientes que arbitraría las diferencias que pudieran surgir entre ellos y conduciría las relaciones con las naciones no eslavas. *La Constitución interna de los pueblos eslavos* era la expresión de las convicciones democráticas de Bakunin. La «nueva vida» de los pueblos eslavos debía estar basada en los tres principios clásicos de la Revolución francesa: «igualdad para todos, libertad para todos y amor fraternal entre todos». La servidumbre, el régimen de casta, la aristocracia y el privilegio no debían existir entre los eslavos. Al Consejo Eslavo incumbía el velar por la observancia de esos princi-

pios. No se sabe si tales propuestas fueron objeto de discusión por el Congreso. Lo que sí, y de manera positiva, se sabe es que no fueron aceptadas. No es probable que, con la excepción del propio Bakunin, se hallara en todo el Congreso un solo delegado lo suficientemente audaz como para suscribirlas.[13]

En realidad, el Congreso de Praga no aprobó más que un solo documento: un manifiesto dirigido a todos los pueblos de Europa. Bakunin fue uno de los nombrados para ayudar al presidente a elaborarlo. «Estamos preparando —explicó a uno de sus amigos alemanes— un manifiesto a los pueblos de Europa que vendrá a ser un programa tan democrático como el de la extrema izquierda de Francfort.» El borrador preliminar presentado por Bakunin en colaboración con uno de sus colegas polacos puede que mereciera tal calificación. Pero el texto final y definitivo, procedente de la discreta mano de Palacki, estaba exento del más leve matiz revolucionario e incluso democrático. En él aparecían expresadas las justas esperanzas que el Congreso tenía puestas en la transformación del Imperio austríaco en una federación de pueblos libres, en que serían solucionadas las divergencias ruso-polacas y en que se conseguiría la liberación de los eslavos del dominio de Turquía. Ese manifiesto fue aprobado por unanimidad en la sesión que el Congreso celebró el día 12 de junio de 1848, día de Pentecostés.[14]

Las actividades públicas de Bakunin en los días que duró el Congreso de Praga no acapararon, ni mucho menos agotaron sus energías. Cuando más contrariado se veía por el cariz que iba tomando el Congreso, con tanto más ardor se dedicaba a buscar los medios de salir adelante en su empeño revolucionario. Jamás ni por un solo momento perdió de vista su meta final: la revolución rusa. La presencia en el Congreso de un cura compatriota suyo, residente en la frontera rusa, constituyó para él una irresistible tentación. Los «Viejos creyentes» (la más importante de todas las sectas disidentes de la Iglesia ortodoxa) llevaban dos siglos luchando contra el zarismo y la ortodoxia, pese a las duras persecuciones de que eran objeto de manera persistente y autóctona en Rusia, y sus miembros, por consiguiente, debían ser considerados como un terreno abonado para la siembra revolucionaria. Pero Miloradov resultó «un vulgar bribón ruso». Bakunin no tenía dinero para empezar la más mínima acción, y pronto tuvo que darse cuenta de que Miloradov no se sentía precisamente inclinado a prestar tan honrosos servicios a la causa de la revolución. Así que hubo de ir a llamar a otras puertas. Buscó partidarios entre aquellos miembros del Congreso —un puñado de eslovacos, moravos, croatas y servios— que más de acuerdo parecía que estuviesen con él, y formó con ellos una sociedad secreta para el fomento de los fines revolucionarios. Ésta fue la primera de toda aquella innumerable y tenebrosa serie de sociedades

secretas que más adelante habían de convertirse en la pasión dominante de Bakunin. Pero esa sociedad no tuvo ninguna consecuencia práctica. Su existencia fue más simbólica que real, y terminó el mismo día en que fue clausurado el Congreso. Al final, Bakunin se puso en contacto con varios jóvenes demócratas checos que se habían mantenido alejados de las tareas del Congreso y cuyas opiniones estaban más de acuerdo con la suya que con las de Palacki y congéneres. Tres de aquellos jóvenes checos —Arnold, Sabina y José Fric— aparecerán más adelante en estas páginas. [15]

La sesión del 12 de junio —en la que fue aprobado el manifiesto redactado por Palacki— fue la última del Congreso. Y en este día precisamente estalló en Praga una insurrección protagonizada por los estudiantes y los obreros checos; insurrección que nada tenía que ver con el congreso que acababa de celebrarse, si bien es de suponer que la excitación que tal acontecimiento hubo de producir entre las capas populares sería uno de los factores inmediatos que contribuyeron al levantamiento. En su *Confesión*, Bakunin relata que la víspera del estallido revolucionario había oído «vagos y confusos rumores» que le hicieron suponer que algo se estaba tramando, por lo que, «en unión de otros», había tratado de disuadir a los estudiantes de tan desesperada acción. Si esto es verdad o no, no podemos saberlo, como tampoco podemos dar fe de otra versión (que más adelante había de encontrar una gran audiencia) en la que Bakunin aparece como el principal instigador y organizador de aquel alzamiento. Sobre lo que no hay duda alguna es que Bakunin, después de iniciada la insurrección y de que los demás miembros del Congreso se hubieron dispersado despavoridos y buscando refugio en sus respectivas casas, se lanzó en cuerpo y alma a la lucha. Por mínimas que fueran las posibilidades de éxito de la revolución, una vez iniciada, él no podía permanecer al margen. Así que, desde el primer día, le vemos corriendo de barricada en barricada, animando a los revolucionarios, o en el Clementinum (cuartel general de los rebeldes), discutiendo con los dirigentes, ante un plano de la ciudad, la estrategia para proseguir la lucha entablada, la cual sólo duró el tiempo suficiente para avivar al principio las esperanzas de los insurgentes, quienes llegaron incluso a decretar la formación de un gobierno revolucionario. Mas el general Windischgrätz, que disponía de un nutrido contingente de fuerzas (incluyendo a muchos eslavos leales), aprovechó la oportunidad para hacer un gran alarde de su potencial artillero. En 16 de junio hizo bombardear el centro de la ciudad, a consecuencia del cual ardieron unos cuantos edificios, y los insurgentes se rindieron incondicionalmente. Entonces, y sólo entonces, Bakunin desapareció de la escena, llegando sano y salvo a Breslau. [16]

* * *

Después de una breve estancia en esa población, Bakunin se dirigió a Berlín, donde pasó el resto del verano de 1848, compartiendo el alojamiento del servicial y omnipresente Müller-Strübing. Habían transcurrido seis años desde su anterior estancia en la capital de Prusia. Müller-Strübing le presentó a la nueva generación de filósofos y políticos alemanes. Pero ahora Bakunin ya no era aquel joven entusiasta de 1842 que no hacía distinción entre unos hombres y otros. Las sucesivas decepciones que franceses y alemanes le habían causado, unidas a las que ahora le habían producido las revoluciones eslavas, habían influido en su ánimo. Los demócratas de Berlín adolecían de falta de combatividad; eran espantadizos y se dejaban descorazonar ante las fuerzas superiores de la reacción. La «revolución oficial» —como escribió Bakunin a Herwegh— rivaliza «en estupidez y nulidad» con la reacción oficial. En Alemania, la revolución se había convertido en «una batalla de fantasmas que se creen ser personas de carne y hueso». Tampoco se sentía satisfecho del comportamiento de los eslavos de Austria. Cuando Fröbel, su amigo suizo, le escribió desde Viena que «aquí, donde los alemanes son demócratas, los eslavos aparecen como enemigos de la democracia», sólo pudo oponer a tal afirmación una tibia y casi indiferente negativa. Ahora sus pensamientos se dirigían, cada vez más, hacia su país natal. Visitó a Varnhagen von Ense, y le habló de las muchas ligazones de que disponía en Rusia, de un manifiesto en lengua rusa del que había hecho imprimir diez mil ejemplares (no se trata del que ha llegado hasta nosotros) y de la liberación de los pueblos eslavos. En los momentos de depresión, Bakunin hallaba consuelo en esos inocentes vuelos de la imaginación; vuelos que se hicieron más frecuentes y más fantásticos a medida que iban transcurriendo los años. Constituían el quimérico mundo en el que, como en los días de su juventud, este incorregible romántico hallaba refugio contra la ingrata e inexorable realidad.[17]

Bakunin tenía sobrados motivos, tanto de carácter privado como público, para sentirse pesimista. Aquellos dos mil francos que le dio Flocon se habían agotado hacía tiempo. Estaba en deuda con su casera, que se incautó de sus efectos personales para cobrarse el alquiler. No obstante sus muchos servicios y sacrificios en aras de la causa de la revolución, continuaba persiguiéndole la vieja calumnia de que era un espía al servicio del gobierno ruso. El 6 de julio de 1848, la calumnia se abrió paso en letras de molde, nada menos que en el periódico *Neue Rheinische Zeitung*, de Carlos Marx, bajo la forma de una crónica de su corresponsal en París, en la que se insinuaba que George Sand

estaba en posesión de ciertos documentos fehacientes de que un ruso recientemente expulsado de París —Miguel Bakunin— era un instrumento del gobierno ruso. El rumor, que hasta ahora no había pasado de ser una habladuría transmitida subrepticiamente de boca en boca, especialmente entre los polacos, se divulgaba en el extranjero a través del más difundido de los órganos de la democracia alemana. Bakunin expresó, desde Breslau, donde se encontraba entonces, su indignación por medio de un periódico local, escribiendo, además, a George Sand con el ruego de que desmintiese la información de la parte que se refería a ella. El *Neue Rheinische Zeitung* insertó el *démenti* del propio Bakunin, como también la negativa que George Sand envió a ese periódico, el cual añadía que se congratulaba de que la carta de George Sand «explicara y aclarase perfecta y totalmente la cuestión». Con lo que el pertinaz infundio fue otra vez acallado. Más tarde, entre los papeles de Bakunin se encontraron algunos borradores de cartas de protesta escritas por él, si bien parece que ninguna de esas cartas fue expedida. [18]

Años después, este episodio fue utilizado como un cargo más de los que, en la acusación contra la malicia de Marx y sus seguidores, formuló Bakunin. Pero, a fuer de justos, debemos absolver a Marx de tal acusación. En cuestiones como la que nos ocupa, el *Neue Rheinische Zeitung* no fue menos delicado que sus colegas de la prensa política contemporánea. La información de referencia había llegado desde París circunstancial e indirectamente. Y Marx no conocía íntimamente a Bakunin. En general, los rusos tenían entonces fama de poco responsables, y, además, se sabía positivamente que muchos de ellos eran espías. La información, por lo tanto, podía haber sido exacta y veraz. Marx la publicó, como publicó también los escritos que la desmentían. Cumplió, pues, con su deber. También hay que añadir que Bakunin no alimentaba por aquellos días ninguna particular animosidad contra él. Marx estuvo en Berlín hacia finales del mes de agosto, y nuevamente había de visitar, de paso, esta ciudad en la primera quincena de septiembre, con ocasión de su viaje de ida y vuelta a Viena. Por una anotación en el diario de Bakunin venimos en conocimiento de que los dos hombres entraron en contacto posiblemente más de una vez y que las conversaciones entre ellos fueron, más que correctas, cordiales. La anécdota que en 1871 refirió Bakunin respecto a que el episodio que acabamos de relatar había advertido a Marx del peligro que corría su vida, puesto que él (Bakunin) era el jefe de una sociedad secreta y cualquiera de sus miembros no vacilaría en asesinarlo si se le diera la orden de hacerlo, pertenece al mundo de la ficción melodramática en el que Bakunin vivió durante la última parte de su vida. [19]

Hacia mediados de septiembre, los agentes rusos se pusieron nueva-

mente sobre la pista de Bakunin. Se alegaba, y probablemente se creía, que había sobornado a dos individuos para que fueran a asesinar al zar. Las autoridades prusianas estaban dispuestas a hacer la vista gorda mientras la presencia de Bakunin en su territorio fuera ignorada por la Legación rusa. Pero ahora se sentían más inclinadas a complacer al gobierno ruso —y menos temerosos de sus propios radicales— que cinco meses atrás. Ahora podían permitirse la libertad de tratar a un inoportuno agitador extranjero con menos miramientos que antes. Así, pues, Bakunin fue detenido y sus papeles sometidos a un minucioso registro, no sin que antes el previsor Müller-Strübing hubiera quemado, con harto disgusto de su amigo, el cuaderno de direcciones de éste. El Ministro ruso fue debidamente informado de que la correspondencia secuestrada revelaba que Bakunin mantenía relaciones con los demócratas alemanes y con los emigradós polacos, pero que, en cambio, no se había encontrado entre sus papeles indicio alguno de que tuviera contacto alguno con Rusia. Pero esto no le valió a Bakunin de exculpación. Se le ordenó, sin más explicaciones, que abandonase el país. La noche del 22 al 23 de septiembre de 1848 la pasó viajando. En el trayecto pidió unas tijeras a una señora compañera de viaje, y, sin barba y sin ser descubierto, se apeó del coche en Breslau.

El motivo de haber elegido Breslau era evidente. Bakunin seguía pensando en utilizar aquella ciudad como cuartel general de sus operaciones en el lejano Este. Desde la celebración del Congreso de Praga estaba en contacto con un polaco de Cracovia llamado Lukasiewicz, quien en varias ocasiones le había remitido dinero, con destino seguramente a fines revolucionarios. Stur, uno de los líderes eslovacos a quien había conocido en Praga, le instaba para que fuera a Eslovaquia, y le proponía la celebración de una entrevista «en algún lugar de los Cárpatos». En Mislowitz, pueblo de la frontera silesiana de la Polonia rusa, vivía un misterioso personaje llamado Anna Lissowska, que servía de puente para la comunicación secreta entre los polacos de Breslau y los de la Polonia rusa. La primera misión al llegar a Breslau era visitar a Mislowitz. Pero el viaje tuvo que aplazarse. Y en el interrogatorio a que fue sometido cuando su detención, Bakunin negó terminantemente haber visitado jamás a Mislowitz, e igualmente negó conocer a Anna Lissowska. Si se había puesto en contacto con los revolucionarios del otro lado de la frontera rusa, tuvo la habilidad (posiblemente por primera vez en su vida) de borrar las huellas. Nadie logró jamás averiguar la verdad sobre esas conexiones; como tampoco existe constancia alguna de sus actividades durante su corta permanencia en Breslau, excepción hecha de la entrevista que tuvo con un tal conde Skorzewski, veterano polaco que había servido bajo las órdenes de Napoleón y que se había impuesto la misión de actuar de inter-

mediario entre los polacos de Prusia y los de París. Por medio de una seña secreta, Skorzewski reconoció a Bakunin como compañero masón. Le presentó a una logia local, inició las gestiones oportunas para la obtención, desde París, del correspondiente certificado de miembro desde hacía tres años del Gran Oriente y le instó a que solicitara pasar al grado de Maestre, «para el que poseía las condiciones requeridas». Pero esta relativa tranquilidad había de durar poco tiempo. A la semana escasa de haber llegado, la policía descubrió su identidad, con lo que puso fin a sus intrigas a la vez que a sus esperanzas. Oficialmente se le advirtió que si seguía en suelo prusiano lo entregarían al gobierno ruso, y se le proveyó del oportuno pasaporte para que pudiera dirigirse a Bélgica. Pero Bakunin no podía hacerse a la idea de abandonar de nuevo el futuro escenario de la revolución para retirarse a vegetar en un oscuro remanso de paz. El 8 de octubre de 1848 se trasladó a Dresde. Aquí tuvo la mala suerte de que la autoridad descubriera un empolvado requerimiento de expulsión decretado por el gobierno ruso en fecha del año 1844, y, en consecuencia, se le conminó a salir de la ciudad en un plazo de cuarenta y ocho horas. Cerrados todos los caminos y cercado por todas partes, Bakunin pudo al fin encontrar refugio en la pequeña ciudad de Koethen, situada en el ducado de Anhalt, el cual, no obstante ser un enclave (o, mejor dicho, una serie de enclaves) dentro de territorio prusiano, constituía un estado independiente y en el que, por lo tanto, no regían los decretos prusianos ni los sajones. [20]

El *status* legal de Anhalt permitía que Koethen sirviera en aquellos días de seguro y cómodo refugio para bastantes políticos perseguidos por las autoridades de Prusia. Bakunin se encontró allí con viejos conocidos de Berlín, teniendo también ocasión de cartearse con otros. En Koethen conoció a un exaltado joven, natural de la misma localidad, llamado Enno Sander, el cual andaba constantemente tramando misteriosos complots con los demócratas de Berlín y de Dresde y con el que congenió completamente. Pero el sitio resultaba demasiado exiguo y aislado para actividades políticas de gran envergadura. Y, por otra parte, su magnífica situación entre el Elba y el Saale, no lejos de las estribaciones orientales de los montes Harz, parecía calculada a propósito para recordar a Bakunin los deleites de la vida campestre, que no disfrutaba desde que salió de Rusia ocho años antes. Keil, periodista y editor alemán que le visitó en Koethen, nos lo presenta sentado, con una niña en las rodillas y a la que le contaba cosas de sus hermanos y hermanas y de su propia infancia en Rusia. La vida del revolucionario internacional del siglo diecinueve era en verdad penosa y amarga. Tenía que vivir en las grandes ciudades, por ser los centros de la actividad política. Su único recreo consistía en jugar continuamente al escondite con los esbirros de la autoridad. Si Bakunin tuvo otras diver-

siones, pocas trazas quedan de ellas en su correspondencia o en otros documentos relativos a su vida, redactados por él o por sus amigos. Sin embargo, nos es grato registrar que durante aquellas semanas otoñales recorrió con algunos compañeros el país, cazando «liebres y otros animales monteses». Es probable que fuera también durante esas mismas semanas cuando se dedicó a pergeñar el más curioso de todos los documentos hallados en su poder cuando seis días más tarde fue detenido: el fragmento de la novelita erótica de que hicimos mención en uno de los primeros capítulos.[21]

Con todo, aun en aquellos días de forzada inactividad y reposo, el hirviente cerebro de Bakunin no descansaba. Todavía le seguía dando vueltas —buscándoles solución— a los problemas de los eslavos, alemanes y magiares y a la revolución en general. En diciembre apareció su libro *Llamamiento a los Eslavos*, «Por el patriota ruso Miguel Bakunin, miembro del Congreso Eslavo celebrado en Praga». La portada llevaba la siguiente indicación: «Editado por el Autor, Koethen, 1848». Pero en realidad fue impreso en Leipzig, en los establecimientos tipográficos de Keil. La publicación de *Llamamiento a los Eslavos* nos ofrece la ocasión de echar una ojeada a la filosofía política de Bakunin durante esta importante y grave crisis de su vida.[22]

NOTAS

1. *Herzen*, ed. Lemke, XIV, 424; Bauler, *Byloe* (julio, 1907), p. 75; *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 121-2; Tuchkova-Ogareva, *Vospominaniya*, p. 304.
2. Lemke, *Ocherki*, p. 162; *Sobranie*, ed. Steklov, III, 296; Steklov, *M. A. Bakunin*, I, 188-9.
3. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 265, 296; IV, 122-3.
4. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 124-5.
5. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 129; Pfitzner, *Bakuninstudien*, p. 56.
6. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 297-9; IV, 130; *Materiali*, ed. Polonsky, II, 44; Pfitzner, *Bakuninstudien*, p. 56.
7. Pfitzner, *Bakuninstudien*, p. 57; Ruge, *Briefwechsel*, II, 43-5.
8. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 131-2; *Materiali*, ed. Polonsky, I, 40; *Herzen*, ed. Lemke, XIV, 135; Circourt, *Souvenirs d'une Mission à Berlin*, II, 7, 88.
9. Nikolaevski, *Germanoslavica* (1931), n.° 2, pp. 303-4; *Materiali*, ed. Polonsky, II, 152.
10. Nikolaevski, *Germanoslavica* (1931), n.° 2, p. 308.
11. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 132-3; Nicolaevski, *Germanoslavica* (1931), n.° 2, pp. 305-6.
12. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 138-41.
13. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 300-305.

14. Nikolaevski, *Germanoslavica* (1931), n.º 2, p. 308.
15. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 137-8, 158; *Materiali*, ed. Polonsky, II, 114, 125 128.
16. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 158; *Materiali*, ed. Polonsky, II, 695; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 55-60.
17. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 316-17, 320-23; Varnhagen, *Tagebücher*, V, página 174.
18. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 305-14; IV, 186; Pfitzner, *Bakuninstudien*, pp. 76, 91.
19. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 319 (el nombre transcrito como «Carrière» aparece escrito con toda claridad como «Marx» en el original que se conserva en el *Staatsarchiv* de Dresde); *Materiali*, III, 303.
20. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 308, 323-5, 538; IV, 164; *Materiali*, ed. Polonsky, II, 51, 83, 94, 101-4, 160, 686; Pfitzner, *Bakuninstudien*, pp. 52-5, 78-9; Circourt, *Souvenirs d'une Mission à Berlin*, I, 366; II, 138-40.
21. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 164-6; Nikolaevski, *Katorga i Ssylka* (1930), núms. 8-9, p. 112; Pfitzner, *Bakuninstudien*, pp. 63-78.
22. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 345-66; *Materiali*, ed. Polonsky, II, 133.



14

LA PROFESION DE FE DE UN REVOLUCIONARIO

De cuantos hombres ejercieron, ya sea por su vida o bien por sus ideas, una poderosa influencia sobre la humanidad, pocos nos han dejado una constancia tan confusa e imperfecta de sus opiniones como Miguel Bakunin. Escritor prolífico aunque incoherente, Bakunin lo confiaba todo a la inspiración del momento, o lo que es lo mismo, prefería la palabra hablada a la escrita.

Ninguna teoría, ningún sistema preestablecido, ningún libro —dijo en cierta ocasión a uno de sus corresponsales— salvarán al mundo. Yo no pertenezco a ningún sistema; soy un auténtico buscador.

La revolución, declaró en otro lugar, es más bien «un instinto que una idea». Fiel a este principio, rara vez intentó hacer una exposición sistematizada de su ideario, y menos todavía llegó a terminar lo que había empezado. Reichel refiere que cuando vivían juntos en París Bakunin estaba escribiendo un «libro inmortal, en el que trabajaba todos los días, sin que llegara a terminarlo nunca». Y en su correspondencia desde aquella capital se encuentran ciertas referencias a una obra en curso de redacción —cuyo tema parece que iba cambiando de un día para otro— que estaba destinada a hacer época. Pero es lo cierto que esa obra no fue dada a luz jamás, y existen motivos para creer que Bakunin no llegó nunca a trabajar en serio en ella. Desde *La reacción en Alemania*, escrita en el otoño de 1842, Bakunin no había dado a la estampa ninguna exposición coherente de su filosofía política. El artículo sobre el comunismo, aparecido en el *Schweitzer Republikaner* (suponiendo que su autor fuera Bakunin), no pasó de ser un signo de interrogación que sugería muchas cosas pero que no afirmaba

nada. En París sólo había publicado la protesta contra su condena —protesta aparecida en *La Réforme*—, sin contar un corto artículo denunciando las persecuciones religiosas llevadas a cabo en Lituania y en la Rusia Blanca por la Iglesia ortodoxa ni su discurso del banquete polaco. Los primeros seis febriles meses de la revolución del 48 acapararon todo su interés. No tuvo, por lo tanto, tiempo ni ganas de coger la pluma. Incluso ahora, cuando al fin parecía haber hallado algún reposo en Koethen, no habría salido de su silencio de no haber sido por el estímulo que le llegó de fuera. El irresistible Müller-Strübing le rogó desde Berlín que publicase «un llamamiento a los demócratas eslavos». [1]

Un requerimiento de esa naturaleza no podía ser desoído por Bakunin, quien, por una curiosa ironía del accidente de su nacimiento, había heredado una noción del nacionalismo que hacía en extremo difícil la identificación del patriotismo con la democracia. Por los años cuarenta, los nacionalismos italiano, polaco y (aunque con ligeras aberraciones) el germánico iban de la mano en sus comunes aspiraciones a la libertad política. El nacionalismo eslavo, con la excepción de Polonia, se mostraba abiertamente reacio a aquella dualidad de objetivos. Los checos, eslovacos y eslavos del Sur (que formaban casi todo el activo de los patriotas eslavos) se vieron constreñidos, por las circunstancias expuestas en el capítulo anterior, a escoger entre el nacionalismo y la democracia. La mayoría de ellos se inclinaron resueltamente por el nacionalismo. Desde que Windischgrätz, apoyado por tropas leales eslavas y aplaudido por la burguesía checa, apuntó sus cañones contra los obreros y los estudiantes en las calles de Praga, los eslavos aparecieron identificados con las más resonantes victorias de la contrarrevolución. En el mes de agosto algunos destacamentos croatas habían entrado, a las órdenes de Radetski y con la misión de estrangular a la democracia italiana en su misma cuna, en la ciudad de Milán, donde cometieron tales atrocidades que merecieron el calificativo de «bárbaros croatas». Y en el preciso momento en que Bakunin recibió la carta de Müller-Strübing las tropas eslavas bajo el mando de Windischgrätz y Jellacic, el líder croata, estaban forzando la entrada en Viena. El día primero de noviembre ocuparon esta ciudad, disolviendo el Reichstag, deteniendo a los diputados demócratas y fusilando a Robert Blum, el delegado de Francfort. Otro peligro eslavo, todavía más amenazador que el pasado, asomaba detrás del horizonte político. El zar Nicolás, viendo ahora su imperio más seguro que nunca, sentía cada vez mayor impaciencia por enviar sus buenos soldados rusos a sofocar la conflagración revolucionaria de la Europa central. Nada tenía, pues, de extraño que los demócratas alemanes, y de manera especial Marx y Engels, acusaran a los eslavos de ser una raza contrarrevolucionaria, enemiga natural de la democracia.



El problema eslavo no era el único que inquietaba a los revolucionarios europeos en aquellos días del otoño de 1848. Las esperanzas concebidas en febrero y marzo habían pasado ya a la historia. La reacción iniciada en abril y mayo había puesto a los revolucionarios en retirada, en fuga casi. En junio, el alarde artillero de Windischgrätz en Praga demostró cuán fácilmente se podía acabar con el proletariado insurgente de una ciudad con sólo un puñado de soldados disciplinados. A la pacificación de Praga siguió, diez días después y de manera análoga, la de París, mediante la operación llevada a cabo por el general Cavaignac. En esta capital la «pacificación» costó tres días de luchas callejeras seguidas de varios centenares de ejecuciones en el Campo de Marte y de varios millares de deportaciones. De esta forma, los soldados salvaron a la república burguesa de caer en manos del proletariado. En septiembre hubo barricadas en las calles de Francfort, y la Asamblea Nacional, impotente ante tales manifestaciones de oposición popular, escapó de las iras de las masas gracias a la intervención de las tropas prusianas. Casi al mismo tiempo una concentración de masas, arengadas por Engels y Lassalle, izó en las cercanías de Colonia una bandera roja y proclamó la república socialista. Pero el único resultado que ese gesto consiguió fue el que los principales participantes de la concentración tuvieran que huir para salvar su vida. A fines de septiembre se proclamó en Baden una república socialista y se instauró un gobierno provisional. Pero ese gobierno sólo tuvo unos días de vida. Y luego, a principios de noviembre, el desastre se consumó con la represión de la democracia vienesa. En todas partes, en el verano y otoño de 1848, la burguesía saludó jubilosamente la llegada de los soldados para atar al monstruo revolucionario que ella misma, unos meses antes, había llamado. Puestos a elegir entre la reacción y el proletariado, los buenos ciudadanos burgueses no vacilaron en tomar partido por la reacción, toda vez que para ellos la reacción era un mal menor.

A los pocos días de su llegada a Koethen, y en unas condiciones tan poco favorables, Bakunin cogió la pluma y empezó la redacción de su *Llamamiento a los Eslavos*. Bakunin no era hombre que se doblara ante el fracaso ni muchos menos que se entregase a la desesperación. Si la revolución no había triunfado todavía, se debía a que no la habían llevado hasta sus últimas consecuencias. Su lema (parodiando, en cierto modo, la célebre consigna de Marat) era: revolución, más revolución y siempre revolución. Escribió su llamamiento en francés —idioma que le era más fácil que el alemán— y con un cuidado poco habitual en él. Al ser detenido seis meses más tarde, hallaron entre sus papeles media docena de borradores y de fragmentos de borradores. A principios del mes de noviembre remitió a Müller-Strübing el borrador definitivo (que no ha llegado hasta nosotros) para su debida tra-

ducción al alemán. Pero los demócratas de Berlín se atribuyeron una función bastante más amplia que la de simples traductores. Esos demócratas eran —por tradición lo mismo que por vocación— casi casi burgueses. En Prusia la situación era realmente crítica. La suerte de los demócratas estaba pendiente de un hilo. Por lo cual previeron, al primer golpe de vista, que determinados pasajes del *Llamamiento* (en los que Bakunin formulaba un desafío al orden social establecido) no dejarían de ser aprovechados por la reacción para asustar a los más tímidos de los burgueses, haciéndoles gravitar hacia su propio campo. Conque el borrador original fue devuelto, sustancialmente censurado, a Bakunin, el cual se resignó, con sorprendente humildad, a la mutilación de su trabajo. Todo lo más que hizo fue añadir algunos párrafos, mayormente referidos a Austria, y envió el texto final a Keil, el editor de Leipzig, para su impresión. [2]

El *Llamamiento a los Eslavos*, junto con sus borradores preparatorios, constituye una dilatada manifestación —aunque confusa, a veces, en sus detalles— de los puntos de vista de Bakunin después de haber sufrido los disgustos y desencantos de la revolución del 48. Sus ideas pueden resumirse en tres apartados: primero, la burguesía se había revelado como una fuerza específicamente contrarrevolucionaria, por lo que en adelante había que cifrar las esperanzas revolucionarias en la clase trabajadora; segundo, la condición fundamental de la revolución era la destrucción del Imperio austríaco y la subsiguiente instauración en la Europa central y oriental de una federación de repúblicas eslavas libres; tercero, el campesinado, y particularmente el campesinado ruso, estaba llamado a ser la fuerza decisiva que determinaría el éxito final de la revolución. Esos tres conceptos constituían la base de toda la actividad de Bakunin por aquellos días.

* * *

El repudio de la burguesía era el primero de los tres puntos esenciales del nuevo programa de Bakunin.

La revolución del 48 había sido obra de la burguesía, la cual, inspirándose en sus tradicionales eslogans de libertad e igualdad, descartaba a la aristocracia, pero se hallaba dispuesta a mantener en pie a la monarquía, a condición de que el poder de ésta estuviera contrarrestado por una constitución que asegurase su propio predominio político y económico. La burguesía no pedía; es más, no deseaba la completa destrucción de la estructura de la sociedad existente. La institución de la propiedad privada era el baluarte de la supremacía burguesa, y cuando este baluarte se veía amenazado, la burguesía se disponía, como un solo hombre, a su defensa, defensa que era llevada a cabo de forma tan

brutal y vindicativa como la que antiguamente realizó, en pro de sus privilegios, la aristocracia. El proletariado quería llevar la revolución hasta sus últimas consecuencias; es decir, hasta que todos los privilegios, incluidos los de la burguesía, fuesen abolidos. Y esta nueva extensión del concepto de la revolución convirtió a los burgueses, de un solo golpe, en empedernidos contrarrevolucionarios y en defensores obstinados de sus propios privilegios. En el verano de 1848 Marx y Bakunin —consecuentes radicales— pusieron a la burguesía en el platillo de la balanza revolucionaria y la hallaron falta de peso.

Hasta qué punto influyó Marx por aquellos días en la evolución de Bakunin es una cuestión que sólo puede ser dilucidada a través de conjeturas. Tres años antes, en su famosa profecía de que la señal de la revolución europea procedería del «canto del gallo francés», Marx había declarado que la «médula» de la revolución era el proletariado. El *Manifiesto Comunista*, publicado en el mes de febrero de 1848, predijo la victoria final de la revolución bajo la forma del derrocamiento de la burguesía por el proletariado. Lo mismo si había o no leído el *Manifiesto*, Bakunin tenía por fuerza que estar familiarizado con su doctrina. Pero conviene advertir que en los días del Congreso de Praga no demostró que la compartiese. El programa social presentado al Congreso era pura y simplemente burgués. Se basaba en el trilema de 1789 —libertad, igualdad, fraternidad—, y reclamaba solamente la abolición de la servidumbre, de la aristocracia y de los privilegios. Bakunin había descubierto al proletariado cinco años antes, en Berna, pero todavía no había adoptado su filosofía política.

El Congreso de Praga fue la piedra de toque que le hizo perder la fe en la revolución burguesa. La burguesía eslava había preferido no solamente el nacionalismo a la democracia, sino que permaneció —en actitud más o menos tolerante— al margen de la contienda cuando los soldados de Windischgrätz aplastaron sangrientamente a los estudiantes y a los trabajadores revolucionarios. El día 21 de junio de 1848 el *Neue Rheinische Zeitung*, bajo la dirección de Marx, había iniciado su publicación en Colonia, y durante los meses de julio, agosto y septiembre, mientras Bakunin permanecía abatido y desalentado en Breslau, Marx estaba disparando su artillería pesada contra el «terror blanco» de París, contra el «cretinismo parlamentario» de la Asamblea Nacional de Francfort y contra la cobarde y despreciable burguesía, cuyas veleidades contrarrevolucionarias eran las responsables de la derrota de la democracia. No hay duda de que Bakunin leería el *Neue Rheinische Zeitung*, el más importante de los órganos radicales de la prensa alemana, y en el mes de septiembre entró en contacto con Marx en Berlín. La transición de una postura a la otra fue, para él, fácil y naturalmente lógica. Bakunin había preconizado siempre la nega-

ción, y ahora que la burguesía impedía el paso hacia una ulterior destrucción, había que contarla entre los enemigos de esa misma destrucción. La lógica de los hechos, apoyada quizás en la contundente propaganda de Marx, transformó rápidamente a Bakunin, del burgués que hasta ahora había sido, en proletario revolucionario. Jamás perdonó a la burguesía el pecado de su deserción del campo revolucionario, y hasta el final de sus días habló de ella con desprecio y rencor. «¿Sabe usted —declaró en cierta ocasión a un profesor burgués suizo— por qué todo anda tan mal en el mundo de la burguesía? Pues porque esa respetable clase está filosóficamente muerta. Ya no puede...» [3]

El cambio que se operó en la mentalidad de Bakunin en 1848 fue un cambio radical. Se pasó del campo de la revolución política al de la revolución social. Antes de 1848 los revolucionarios se habían contentado con asociarse a las reivindicaciones de la burguesía (instituciones representativas y abolición de los privilegios). Ahora ese programa político era considerado como un anacronismo. En París, una asamblea representativa había aprobado y aplaudido el fusilamiento y la deportación de trabajadores por Cavaignac. En Francfort, una asamblea representativa estaba ocupada en discutir el proyecto de una hipotética constitución sobre el papel, mientras los problemas reales y candentes que podían decidir el futuro de Alemania se resolvían a tiros en la calle entre el proletariado revolucionario y las tropas prusianas. Proudhon había acuñado la consigna definitiva: «El sufragio universal es la contrarrevolución». Y Marx y Bakunin la hicieron suya. La democracia constitucional era considerada tan enemiga de la causa de la revolución como la privilegiada aristocracia. Sólo quedaba un camino a seguir: el derrocamiento de todo el orden social.

La renuncia a las instituciones representativas era, enfocada desde el ángulo temperamental, empresa mucho más fácil para Bakunin que para Marx. Educado al estilo tradicional ruso y en plan aristocrático, Bakunin, por naturaleza, no se sentía dispuesto a aceptar el recuento de cabezas como medio para descubrir el mejor criterio político. Amaba la libertad, pero rechazaba la igualdad. La igualdad había sido para él un señuelo y un ideal, pero no un credo viviente. Desde entonces no desperdició ocasión de expresar su desprecio por las constituciones y los parlamentos.

Me interesan muy poco los debates parlamentarios —escribió a Herwegh en el mes de agosto—. La era parlamentaria, la de las asambleas nacionales constituyentes, etc., etc., ha terminado. Cualquiera que sobre este particular se interrogue a sí mismo descubrirá que ya no siente ningún interés —o, en todo caso, un interés forzado e irreal— por esas formas políticas caducas. Por lo que a mí respecta, he de confesar que ya no creo en constituciones ni en leyes de ninguna clase, la más perfecta constitución

del mundo no sería capaz de satisfacerme. Lo que hoy se necesita es algo muy diferente: inspiración, vida y un mundo totalmente distinto del actual, un mundo sin leyes, un mundo libre, en suma.

En su *Confesión* reitera, con perfecta sinceridad, esta misma actitud:

Yo anhelaba una república. Pero, ¿qué clase de república? No una república parlamentaria, por cierto. El gobierno representativo, la aristocracia parlamentaria y el llamado equilibrio de poderes, donde las fuerzas activas están tan astutamente dispuestas que ninguna de ellas puede actuar con eficacia —en una palabra, todo ese estrecho, habilidosamente urdido e insulso catecismo político de los liberales occidentales—, nunca consiguieron mi admiración ni mi simpatía. Ni siquiera mi respeto. Y en aquellos días, a la vista de los frutos que las formas parlamentarias dieron a Francia y a Alemania, incluso al Congreso Eslavo, todavía sentí un mayor asco hacia esas formas.

Al rechazar la reivindicación de la democracia parlamentaria como método representativo del pueblo, Bakunin se expresó en unos términos que, aunque parezca paradójico, nos resultan más familiares a los hombres del siglo veinte que a los del diecinueve.

Este nuevo programa social fue paladinamente expresado en los primeros borradores del *Llamamiento a los Eslavos*:

Dos cuestiones de capital importancia han sido planteadas de manera, diríamos, espontánea desde los primeros días de la primavera: la cuestión social y la de la independencia nacional, o, lo que es lo mismo, la emancipación interna y externa de los pueblos. Y esas dos cuestiones no han sido suscitadas por ningún partido, sino por unos pocos individuos aislados, a través de los cuales ha hablado el inefable instinto de las masas, exigiendo, por encima de todas las demás, la pronta, la inmediata solución de esas reivindicaciones. El mundo ha comprendido que la libertad no es más que una mentira cuando la inmensa mayoría de la población se ve reducida a llevar una existencia miserable, cuando privada en absoluto de instrucción, de descanso y de pan, se ve condenada a servir de trampolín a los poderosos y a los ricos.

La vieja doctrina de la destrucción total fue nuevamente puesta en vigor —esta vez con renovado énfasis y con un subido tinte social— por Bakunin:

Hay que destruir las condiciones materiales y morales de nuestra cotidiana vida actual. Hay que demoler, desde arriba abajo, este cascado mundo social que se nos ha vuelto impotente y estéril, incapaz ya de soportar el poderoso anhelo de libertad que le acosa. En primer lugar hemos de purificar nuestro ambiente; hemos de transformar totalmente el medio social en que vivimos, porque este ambiente corrompe nuestros

instintos y nuestra voluntad, encoge nuestro corazón y oprime nuestra inteligencia. La exigencia que más urge de la cuestión social es el derrocamiento de la sociedad.

Pero los timoratos demócratas burgueses de Berlín, que todavía soñaban con las libertades constitucionales que se les escapaban de las manos, no podían encajar la vigorosa afirmación de la revolución social en beneficio de las masas. Los pasajes que acabamos de transcribir, lo mismo que otros varios de análoga significación, tuvieron que tacharlos del borrador. Y en la versión impresa del *Llamamiento a los Eslavos*, la cuestión social sólo se rozaba ligeramente. [4]

* * *

La liberación de los pueblos eslavos (segunda parte del programa de Bakunin), al ser suprimida la cuestión social, quedó convertida en el tema central de la versión definitiva del *Llamamiento.*

En París, el concepto de la revolución como puente hacia la liberación, no solamente de los individuos oprimidos, sino también de las naciones sojuzgadas, Bakunin sólo lo había limitado a Polonia y tratándolo como un mero aspecto de la cuestión rusa. En Praga hizo extensivo ese concepto a los demás pueblos eslavos que clamaban por verse libres del dominio austríaco o turco. En los últimos meses de 1848 elaboró un estudio completo (cosa en él inusitada) de la cuestión eslava considerada en bloque. En sus papeles de entonces pueden leerse bastantes páginas llenas de estadísticas etnológicas. A través de esas estadísticas, Bakunin descubrió que de los doce millones de habitantes de la Turquia europea más de seis eran eslavos y sólo un millón pertenecían a la raza turca. Calculó también (por procedimientos que él conocía mejor que nosotros) que de los dieciséis millones de habitantes con que contaba Hungría ocho eran eslavos y los cuatro restantes magiares.

Bakunin no dejaba de darse cuenta de alguna de las complejidades de que adolecía su programa para la liberación eslava. La emancipación de los eslavos de Turquía sería más fácilmente lograda por el triunfo del imperialismo ruso que a través de la revolución. Bakunin se consolaba de esta concesión con la reflexión de que nada podría salvar al «poder artificial» de Turquía de la desintegración inminente. Turquía era «incurable como una persona que lleva en su organismo el germen de una enfermedad fatal». La liberación de los rutenos de la Galitzia oriental era objeto de la oposición más cerrada por parte de los polacos, quienes, en su ámbito nacional, desempeñaban el papel de propietarios territoriales y de opresores. En este caso particular, Bakunin optó por suponer que los terratenientes, siendo polacos, estaban «penetrados

del espíritu democrático de la libertad», y satisfecho con esta no comprobada pero cómoda suposición, no le importó dejar al campesino a merced de su amo. La liberación de los eslavos de Hungría no presentaba ninguna dificultad teórica. Los magiares, que luchaban por independizarse de los Habsburgos, constituían un bloque compacto situado en el centro y en el oeste del territorio, no mereciéndole ninguna simpatía los terratenientes magiares de Croacia y Eslovaquia.[5]

La dificultad mayor fue resuelta en parte por los acontecimientos desarrollados precisamente en los momentos en que Bakunin estaba entregado a la tarea de redactar el *Llamamiento*. Mientras la democracia estuvo en candelero en Viena, la inveterada antipatía existente entre la democracia austríaca y el nacionalismo checo arrojó a éste en brazos de los Habsburgos e impuso al programa eslavo un sesgo contrarrevolucionario. Pero cuando, a principios del mes de noviembre de 1848, los demócratas vieneses fueron aplastados y los Habsburgos se hicieron nuevamente dueños efectivos del poder en la Austria germánica, los burgueses nacionalistas checos, lejos de cifrar sus esperanzas en el poder imperial, se sintieron amenazados por ese poder. La tácita alianza entre los eslavos y los Habsburgos dejó de existir tan pronto desapareció el enemigo común. La liberación de Bohemia del yugo alemán dejó de ser una causa democrática. En manos de Bakunin, el concepto de la liberación eslava tomó una nueva, y más concreta, forma. Esa liberación supuso en lo sucesivo, para él, el derrocamiento ante todo del imperio de los Habsburgos. Por esta razón, más que por ninguna otra, el *Llamamiento a los Eslavos* representa un hito en la historia de Europa, puesto que ésta fue la primera ocasión en que (exactamente setenta años antes de noviembre de 1918) la destrucción del imperio austríaco y la construcción de nuevos estados eslavos sobre sus ruinas fue públicamente prevista.

En tal demanda, Bakunin se encontró casi prácticamente solo entre los radicales europeos. Los eslavos de la Europa central planteaban un nuevo y casi inédito problema, un problema que ni en el Congreso de Praga había llamado la atención de los europeos. Los franceses permanecieron indiferentes, y lo mismo ocurrió con Herzen, único ruso, aparte de Bakunin, que formaba en las filas radicales. Los alemanes, unos se mostraron indiferentes y los otros hostiles al propuesto engrandecimiento del mundo eslavo. Entre los adversarios implacables del programa estaban Marx y Engels. El *Llamamiento a los Eslavos*, seis semanas después de su publicación, fue objeto de un despiadado análisis de Engels, que se publicó en el *Neue Rheinische Zeitung* dividido en dos artículos y con el título *El paneslavismo democrático*. ¿Puede concebirse nada más absurdo —se preguntaba Engels— que integrar a «cinco millones y medio de checos, moravos y eslovacos en un solo

estado y cinco millones y medio de eslavos del Sur, juntos con los eslavos de Turquía, en otro»? Ninguno de esos pueblos ocupaba zonas compactas de territorio. Y, además, ¿qué iba a hacerse con las mayorías alemanas de las ciudades? Si Polonia exigía el litoral báltico, ¿en virtud de qué razón se iba a desposeer a Austria y a Hungría de sus litorales adriáticos?

Con la excepción de los polacos, los rusos y quizá los eslavos de Turquía, ningún otro pueblo eslavo tiene porvenir alguno, porque todos los demás eslavos carecen sencillamente de los requisitos previos, lo mismo históricos que geográficos, y aun políticos y económicos, para poder subsistir en un régimen de independencia.

Además, los eslavos no eran, como pretendía Bakunin, revolucionarios en absoluto, sino que, por el contrario, eran fundamentalmente burgueses y reaccionarios. La ayuda prestada por Jellacic y los croatas a la contrarrevolución era uno de los rasgos característicos del genuino espíritu eslavo. Las pretendidas aspiraciones de los eslavos de la Europa central no eran, a juicio de Engels, sino un peón del juego de Nicolás I y de la autocracia.[6]

Es un hecho incontrovertible el que Engels sintiera tanta antipatía por los eslavos como la que experimentaba Bakunin por los alemanes; y este ingenuo prejuicio racial constituía, antes que cualquier profunda diferencia de principio, la línea divisoria entre ambas personalidades. Ahora bien, esta diferencia de enfoque existía en realidad, y era precisamente la que teñía de diferente color sus respectivas ideologías. Bakunin se mantenía firmemente apegado a la creencia romántica (sólo pudo desprenderse de ella tras el fracaso de la insurrección de 1863) de que la democracia y el nacionalismo eran fuerzas gemelas, que actuaban en sentido paralelo y tenían su expresión en idéntico impulso revolucionario. Marx y Engels, consecuentes materialistas, y basándose, por lo tanto, en el carácter social y económico de la revolución, no podían considerar el nacionalismo sino como una fuerza específicamente reaccionaria. Bakunin, nacionalista por naturaleza, apoyaba el nacionalismo eslavo, si bien sus principios no eran lo suficientemente consistentes como para inspirarle igual entusiasmo por el nacionalismo alemán. Marx y Engels, internacionalistas por principio, condenaban el nacionalismo eslavo, aunque por otra parte toleraban —relativamente— el fenómeno correspondiente del nacionalismo germánico. Sobre el problema del nacionalismo y del internacionalismo, la historia todavía no ha dictado su juicio definitivo. Ni quizá tampoco ha dicho su última palabra sobre el problema de los eslavos de la Europa central. Bakunin triunfó en 1918. Pero todavía queda quien comparte la opinión de Engels.

* * *

El tercer artículo de fe del credo de Bakunin —su fe en el valor del campesinado como fuerza revolucionaria— se halla implícitamente integrado en el *Llamamiento a los Eslavos*. Pero donde lo encontramos más claramente expresado es en algunos artículos sobre *Las condiciones rusas*, que escribió después de la publicación del *Llamamiento* y que aparecieron, el siguiente mes de abril, en el *Dresdener Zeitung.*[7]

Las actitudes respectivas de Marx y Bakunin en relación con el papel del campesinado en la revolución revelan una diferencia tan profunda entre ellos como la que les separa a la hora de enjuiciar el nacionalismo. Marx, habitante por excelencia de la ciudad y producto de la revolución industrial, colocó al campesinado en el peldaño más bajo de la escala revolucionaria. (La primera fuerza motriz de la revolución era, según él, el proletariado industrial; la segunda estaba constituida por el campesinado —*N. del T.*) Dividió a la clase trabajadora, desde el punto de vista de su capacidad revolucionaria, en tres categorías (mejor dicho, en dos y una subcategoría —*N. del T.*): el proletariado industrial, la capa social mejor organizada, con mayor conciencia de clase y, por consiguiente, más consecuentemente revolucionaria; el *lumpenproletariat* (o proletariado andrajoso), subproducto social de la revolución industrial, colocado en el escalón más bajo de la clase trabajadora y que no posee todavía conciencia de clase ni está organizado para la revolución, y, finalmente, el campesinado (en sus diferentes capas —*N. del T.*). La segunda categoría no constituye en modo alguno un material potencialmente revolucionario ni es, bajo ningún concepto, terreno abonado para la propaganda. La tercera categoría, no era ya considerada en aquellos días como de escaso valor para la causa de la revolución, sino que hasta es la conceptuada como abiertamente hostil a ella. En sus escritos de tono polémico más subido, Marx se refería a los campesinos como a «bárbaros natos» y «trogloditas», y declaraba que toda vez que ellos no constituían una clase homogénea, eran incapaces de defender por sí mismos sus propios intereses de clase. La población rural, a juicio de Marx, en aquellos días era el baluarte de la contrarrevolución.

Esta oposición entre el carácter del proletariado industrial y el campesinado era una noción completamente ajena a la mentalidad de Bakunin, pues estaba acostumbrado, ya desde la infancia, a ver una población rural compuesta de siervos, e igualmente eran siervos los que trabajaban en las escasas fábricas de la Rusia de aquel entonces. Bakunin estaba siempre dispuesto a admitir que los intereses y sentimientos de los trabajadores del campo y los de los trabajadores de la

ciudad eran idénticos. En Suiza había conocido a los pequeños artesanos —principales seguidores de Weitling—, y por aquellos días hasta llegó a decir que, de no recibir la esperada ayuda económica de su casa, estaba dispuesto a convertirse en un proletario más. En París había admirado a los «nobles trabajadores» enrolados en la Guardia Nacional de Caussidière. En Praga había visto al proletariado checo unirse a los estudiantes y juntos levantar el estandarte de la revolución. Y, sin embargo, cuando pensaba en la clase trabajadora que tenía que levantarse en armas para acabar con la civilización burguesa, su pensamiento iba hacia los trabajadores del campo antes que hacia los de la ciudad. Si los campesinos franceses y alemanes habían parecido, hasta ahora, indiferentes a la revolución, se debía a la «enorme equivocación» de los dirigentes al centrar sus esfuerzos en las ciudades. [8]

Pero la misión de llevar a cabo la revolución efectiva estaba reservada, no a los campesinos en general, sino, específicamente, a los campesinos rusos. Hacía cinco años que Bakunin se había ufanado en anunciar su convicción de que Rusia «estaba llamada a desempeñar un magnífico papel en el sagrado campo de la democracia». Y ahora había hallado la confirmación de su patriótica creencia en la doctrina roussoniana basada en una edad de oro prehistórica y en los enervantes efectos de la civilización. A principios de la década del 40 al 50 un viajero alemán llamado Haxthausen descubrió el sistema ruso de posesión comunal de la tierra (el histórico *mir* — *N. del T.*), y lo consideró como la única forma superviviente de un hipotético comunismo prehistórico. El campesino ruso, menos expuesto que el resto de los campesinos europeos a los perniciosos efectos de la civilización, había conservado no sólo el vigor y la fresca vitalidad de la humanidad primitiva, sino también la herencia de aquel feliz estado primitivo en el que los hombres poseían todas las cosas en común. Esta teoría halló una cálida acogida en Bakunin, quien la adaptó a su criterio de que el campesino ruso no solamente era el último heredero de la edad de oro —de la era comunista— del pasado, sino que, además, había de ser el heraldo de la edad de oro del comunismo del porvenir. La misión revolucionaria del campesinado ruso estaba íntimamente ligada a su propia organización comunista (el *mir*). «El carácter de la revolución rusa, en tanto que revolución social, está ya predeterminado y se halla profundamente enraizado en el carácter del pueblo y de su constitución comunal.». [9]

El campesino ruso tenía una potente tradición revolucionaria. En 1670 Stenka Razin, un cosaco del Don, levantó a los campesinos de la Rusia meridional contra el zar Alejo. Por espacio de muchos meses, bandas de campesinos se dedicaron a merodear por el país, saqueando e incendiando las fincas de los grandes terratenientes. Después de su muerte, Stenka Razin, el caudillo de los campesinos, fue convertido por



la imaginación popular en un héroe de leyenda. Casi exactamente un siglo más tarde, un campesino llamado Pugachev acaudilló otro levantamiento, más terrible todavía que el primero, contra Catalina la Grande. Pugachev instituyó una especie de gobierno revolucionario, proclamó la emancipación de los campesinos y decretó la ejecución de los terratenientes y la destrucción de sus propiedades. Por espacio de casi dos años pudo llevar a cabo sus amenazas, así como cumplió sus promesas en una vasta extensión de la cuenca del Volga. El movimiento desencadenado por Pugachev constituyó la mayor amenaza con que el imperio ruso se había enfrentado desde su misma creación. Y vino a añadir una nueva voz al vocabulario ruso —*pugachevina*—, palabra que constituye un recuerdo permanente de los turbulentos instintos del campesino de Rusia.

En sus escritos de aquel período, Bakunin insiste una y otra vez en sus alusiones a la rebelión de Pugachev. Aquélla fue, solía decir, la «primera gran protesta de la población rural contra sus opresores», y, por cierto, «no fue la primera ni será la última revolución campesina de Rusia». Incluso en los días —relativamente tranquilos— del reinado de Nicolás I se dieron muchos casos de alzamiento de campesinos contra sus amos, a quienes asesinaban en venganza de lo mucho que les habían hecho sufrir. Inexorablemente, más tarde o más temprano la revolución campesina tenía que sobrevenir. Y cuanto más tardara, más terriblemente destructiva sería su obra. Rusia desconocía la tradición humanitaria de la Europa occidental. La vida humana no contaba gran cosa cuando se trataba de la reivindicación de los intereses de clase. Todo «fruto vital del progreso humano —declaraba Bakunin— ha sido "regado con sangre humana"». Y hablaba con entusiasmo de la «infantil, casi demoníaca fruición del pueblo ruso cuando está soliviantado». La voluntad del pueblo ruso proyectada contra Napoleón tuvo su genuina expresión en el incendio de Moscú. Y pronto el campesino ruso hará arder las fortalezas de sus amos, y las llamas de esos incendios se propagarán al resto de los países y toda la civilización será destruida. Herzen refiere cómo Bakunin, «en el camino de París a Praga», vio a un grupo de campesinos alemanes amotinados alrededor del castillo de un barón. Se apeó del carruaje para indicarles lo que tenían que hacer, y mientras continuaba el viaje, vio como el castillo era pasto de las llamas. Su mente estaba perfectamente condicionada para imaginarse «a toda Europa, con San Petersburgo, París y Londres, convertida en un ingente montón de escombros». Una novela histórica contemporánea le atribuye una descripción de la democracia que muy bien pudiera ser auténtica: «La democracia es un templo de fuego en el que la raza humana está siendo depurada de la escoria de la esclavitud». [10]

Por los días en que Bakunin comenzó a proclamar ante el mundo

el destino revolucionario del pueblo ruso, Konstantin Aksakov, a quien conoció en Moscú, estaba elaborando una doctrina que, partiendo de las mismas premisas y poseyendo muchos rasgos iguales a los suyos, llegaba a una conclusión diametralmente opuesta. Los eslavófilos de Moscú, cuyo exponente máximo era el propio Aksakov, ponían tanto énfasis como Bakunin en señalar las pecualiares cualidades del campesino ruso y en subrayar el destino reservado a la raza eslava. El sistema comunal de la tierra en el país ruso databa de la época en que Pedro el Grande transformó a Rusia en un estado moderno. Y esta acción de Pedro, como también la «civilización» de Rousseau, era precisamente la fuente de donde procedía la degeneración de la era moderna. La misión de los eslavos para combatir el materialismo de la civilización moderna y retrotraer a Rusia (y, a través de Rusia, al mundo entero) al estadio de la perfección primitiva; estadio que los eslavófilos identificaban con la Moscovia petrina. Las conclusiones de Aksakov eran reaccionarias, en tanto que las de Bakunin eran genuinamente revolucionarias. Pero el caso es que ambas conclusiones resultaban puramente arbitrarias, siendo idénticas, en sus líneas esenciales —teoría del campesinado ruso y fe en la misión peculiar de los eslavos en relación con el resto del mundo—, las enseñanzas de los dos eslavófilos. Veinte años más tarde, cuando los eslavófilos rusos se hallaban ya integrados en un potente partido reaccionario en cuya plataforma figuraban las formas más extremas del nacionalismo ruso, Bakunin fue puesto repetidas veces en la picota por Marx y otros revolucionarios como un eslavófilo disfrazado.

Pero en el invierno de 1848-49 esos dimes y diretes todavía pertenecían a un futuro bastante remoto. Nadie trataba aún de encontrar tendencias reaccionarias ocultas en el programa de Bakunin. Tal programa era netamente revolucionario, tanto en su aspecto político-social como en el nacional, y en él se preconizaba el destronamiento de reyes y emperadores, la destrucción del poder y de las riquezas de la burguesía, la disolución del antinatural conglomerado de razas conocido por el nombre de Imperio austríaco y, a través de la liberación de los pueblos eslavos, se preparaba el camino para una federación europea de repúblicas libres. A éstos venía a sumarse otro sueño: el sueño de la revolución rusa. Revolución que unas veces se enfocaba como principio y otras como culminación de la revolución universal. Pero siempre como el coronamiento y la quintaesencia de la Revolución. Porque, en medio de sus pasiones revolucionarias, Miguel Bakunin permaneció siendo apasionadamente ruso.

NOTAS

1. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 235, 237, 317; IV, 98; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, p. 556; Pfitzner, *Bakuninstudien*, pp. 20, 92.

2. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 345-66; Pfitzner, *Bakuninstudien*, pp. 78-106. (A más del borrador del *Llamamiento de los Eslavos*, impreso por Pfitzner, se conservan varios otros borradores y fragmentos de borradores en el *Staatsarchiv* de Dresde.)

3. Vyrubov, *Vesnik Evropy* (febrero 1913), p. 79.

4. Pfitzner, *Bakuninstudien*, pp. 101-2.

5. *Materiali*, ed. Polonsky, I, 22-3; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, página 385.

6. Marx-Engels, *Sochineniya*, VII, 203-20.

7. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 399-426.

8. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 169.

9. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 179, 408.

10. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 406; IV, 23, 38-9, 43; Wagner, *My Life*, pp. 468-9; Nikolaevski, *Katorga i Ssylka* (1930), núms. 8-9, p. 127.



15

NAUFRAGIO

El día 30 de diciembre de 1848, hastiado de la limitada vida de Koethen y enervado por la inacción, Bakunin se trasladó a Leipzig. Su expulsión de Dresde había provocado una movida interpelación en la Cámara, a consecuencia de la cual sus amigos habían conseguido seguridades de que si regresaba a Sajonia no seria molestado. Pero Bakunin no estaba dispuesto a correr riesgos, por lo que permaneció oculto, cambiando repetidas veces de domicilio. Se sabe que primero se hospedó en la *Posada del Gallo de Oro*, que luego estuvo viviendo en casa de un librero llamado Schreck y que más adelante se alojó en el domicilio de dos hermanos checos, estudiantes de la facultad de Teología y apellidados Straka. La primera preocupación de Bakunin fue concertar con el editor Keil la publicación de una traducción polaca del *Llamamiento a los Eslavos*, hecha por un polaco residente en Dresde y llamado Andrzejkowicz. Seguidamente se enfrascó en la redacción de una voluminosa obra sobre la situación política de Rusia. Como de costumbre, la obra quedó sin terminar. Con todo, algunos fragmentos fueron sucesivamente publicados en forma de artículos titulados *Las condiciones rusas*, a los que pertenecen los párrafos que hemos transcrito en el capítulo anterior. Durante todo este período, Bakunin vivió en la más absoluta estrechez económica. Había llegado a Leipzig sin un céntimo, y gracias a la generosidad de Reichel, que le envió desde París algún dinero, pudo ir tirando una corta temporada. Después, para poder subsistir, tuvo que recurrir a los préstamos y a los donativos de varios simpatizantes locales. Y como sea que éstos no estaban muy por encima del nivel de la pobreza, no deja de ser sorprendente que, según él mismo declara en su *Confesión*, sus ingresos llegaron a superar la media mensual de cien táleros.[1]

Con esos recursos pecuniarios, Bakunin realizó el primer intento de organizar una internacional revolucionaria. La participación alemana en tal organización fue fácil de conseguir. Sus amigos más íntimos eran dos jóvenes llamados D'Ester y Hexamer, los cuales acababan de formar un comité democrático pangermánico. Ambos habían estado refugiados con él en Koethen, pero a D'Ester ya le conocía de Bruselas. Francia ya presentaba mayores dificultades. Con el intento de superarlas, Bakunin envió a Flocon un ejemplar del *Llamamiento a los Eslavos*, acompañado de una carta en la que le rogaba que mandase a Leipzig un delegado demócrata francés. Por lo que a los polacos y a los checos se refería, no había problema. Se podía disponer de gran cantidad de ellos. De Lusacia llegaron dos vendos, los cuales hacían ahora su primera aparición en la historia como minoría nacional. Bakunin pensaba dirigirse al conde Teleki, agente diplomático de Kossuth en París, para que le mandara algún húngaro. Mas todos esos planes murieron antes de nacer. Los polacos no dieron su conformidad. Flocon ni siquiera se dignó contestar. D'Ester y Hexamer, aunque eran voluntariosos y enérgicos, no tenían gran audiencia entre sus compatriotas. [2]

Entre los checos fue solamente donde Bakunin encontró buena disposición. El *Llamamiento a los Eslavos* había causado muy buena impresión en Praga, donde casi todo su texto fue reimpreso, como artículos de fondo, por el *Tilo Eslavónico*, órgano de la prensa de la sociedad patriótica checa del mismo nombre. Los checos empezaron a ocupar ahora en el corazón de Bakunin el lugar que antes ocuparon los polacos. A los hermanos Straka los convirtió, de buenos nacionalistas burgueses que eran, en ardientes revolucionarios. Envió a Gustavo Straka a Praga con la misión de convocar a una conferencia con él, en Leipzig, a dos demócratas checos que había conocido en el Congreso de Praga: Sabina, director del *Tilo Eslavónico*, y Arnold, director de otro periódico checo. Pero la mutua envidia acabó por indisponerlos, por lo que solamente Arnold acudió a Leipzig. En los últimos tiempos, Bakunin sólo había cosechado decepciones en sus planes revolucionarios. Y fue tal la alegría que experimentó al ver que un checo de carne y hueso se había desplazado desde Praga para tratar con él sobre la revolución, que abrazó a Arnold con verdadero entusiasmo. [3]

Arnold permaneció en el *Gallo de Oro* por espacio de veinticuatro horas. La mayor parte de este tiempo se pasó en infructuosas discusiones con D'Ester y Hexamer, cuyas intenciones eran preparar en Leipzig un congreso germano-eslavo. Bakunin se opuso, desde luego, a tan «estúpido proyecto». El hombre había perdido la fe en los congresos públicos y en las organizaciones abiertamente legales, porque tales formas orgánicas no duraban sino el tiempo que las autoridades se

permitían el lujo de tolerar su existencia. Un año de experiencia revolucionaria le había llevado al convencimiento —que no le abandonó en el resto de su vida— de que el orden existente sólo podía ser eficazmente combatido por medio de un trabajo de zapa y de conspiración totalmente secreta. Terminadas las conversaciones generales, Bakunin se quedó hablando a solas con Arnold durante cuatro o cinco horas, trazando un plan de sociedades secretas que cubría enteramente a Bohemia y envolvía, en una red revolucionaria, a todos sus pueblos y ciudades. Al término de las veinticuatro horas, Arnold emprendió el viaje de regreso a Praga, convencido sólo a medias, lamentando el no disponer de fondos y preguntándose si lo que había escuchado en el *Gallo de Oro* era sueño o realidad. [4]

De las actividades de Arnold en Praga después de celebrada esa conferencia de pesadilla no se sabe nada. Lo único que se puede afirmar es que no escribió ni una sola vez a Bakunin, el cual hubo de permanecer a solas con su imaginación. Pero Bakunin no podía alimentarse sólo de conjeturas. Necesitaba saber lo que estaba ocurriendo en Praga, ahora centro de todas sus esperanzas. Entre los clientes asiduos del *Gallo de Oro* se encontraba un joven polaco-austríaco llamado Heimberger (a fuer de buen patriota, se creyó en el deber de traducir su apellido al polaco, llamándose en lo sucesivo Lasogorski), alumno del Conservatorio de Música de Leipzig. Cuando la paciencia de Bakunin estaba ya a punto de agotarse, Heimberger le anunció que iba a salir para Viena con el objeto de visitar a sus padres. Esa oportunidad era demasiado tentadora para que Bakunin la dejase escapar. Con la ligereza en él característica, inició a Heimberger en el secreto de la gran empresa de Bohemia y le rogó que se detuviese en Praga a su regreso de Viena para informarse de lo que Arnold estaba haciendo. Heimberger cumplimentó el encargo con toda fidelidad y diligencia, y la información que trajo fue de que Arnold no había hecho nada en absoluto. Obstinado, como siempre, en su propósito, Bakunin persuadió al impresionable Heimberger de que volviese a Praga con el doble objetivo de montar otra organización revolucionaria y al mismo tiempo espiar a Arnold. [5]

Como sea que ésta es la primera de la serie de aquellas medio reales, medio imaginarias sociedades secretas de las que la mente de Bakunin fue (especialmente en la última parte de su vida) tan prolífica, creemos que merece la pena transcribir el relato que el propio Bakunin hace en su *Confesión* de la organización inicial de aquella serie:

La organización tenía que constar de tres sociedades separadas e independientes una de la otra, con nombres distintos e igualmente ignorados de los miembros de las otras sociedades: una de burgueses, otra de estu-

diantes y una tercera para los individuos residentes en distintos pueblos. Cada una de esas sociedades debía sujetarse a una estricta ordenación jerárquica y a una obediencia incondicional, si bien, en lo que a detalles y formas se refería, cada una de ellas podía adoptar los que mejor cuadraban al carácter y a la potencialidad de la clase a que pertenecían sus elementos integrantes. Los efectivos de tales sociedades debían limitarse a un número de adheridos, entre los que se debía preferir a los hombres más capaces, experimentados, enérgicos e influyentes, los cuales, bajo la más severa obediencia a un control central, tenían a su vez que proyectar, de forma invisible, su influencia entre las masas. Las tres sociedades estaban coordinadas por un comité central, formado por tres o, a lo sumo, cinco miembros: yo mismo, Arnold y algunas otras personas que todavía se tenían que seleccionar... Yo esperaba establecer de esta forma mi influencia en Bohemia. A escondidas de Arnold, autoricé a un joven estudinae alemán de Viena (quien, por cierto, ya no vive en Austria) para que montara otra organización de las mismas características entre los alemanes de Bohemia y de cuyo comité central yo no formaría parte abiertamente, pero que secretamente sería su verdadero y efectivo director. De esta manera, si mi plan hubiera cuajado en la realidad, todos los hilos del movimiento habrían estado en mis manos. Así hubiese tenido la seguridad de que la proyectada revolución de Bohemia no se apartaría de la línea previamente trazada.

A través del pasaje transcrito se ve en seguida que lo que ocupaba la voluntad de Bakunin en el período que precedió de cerca a su encarcelamiento era una mezcla de megalomanía, de vanidad y de ingenua falta de astucia. Predicador y protagonista, en teoría, de la más absoluta libertad y dispuesto à todas horas a denunciar en los términos más severos la rígida disciplina del comunismo, Bakunin recurrió, para la organización de sus actividades revolucionarias, a métodos que no solamente estaban en contradicción con sus propios principios, sino que iban todavía más allá de la rigidez orgánica preconizada por Marx. Con todo, parece ser que esa inconsecuencia no llegó a turbar jamás la mente de Bakunin. Para él, pues, era perfectamente compatible la libertad sin restricción alguna, que, como principio social y político, preconizaba, con la «obediencia incondicional» a su propia voluntad que exigía de sus discípulos. [6]

Hay algo de repugnante en el esquema orgánico esbozado en la *Confesión* y en la doblez con que Bakunin nombró a un agente confidencial y secreto y enviando luego a otro para, a espaldas del primero, tener en sus manos todos los hilos de la conspiración. Pero el aspecto más sorprendente de todo este asunto es el elemento de irrealidad, de pura patraña que lo impregna desde principio al fin. La vasta empresa revolucionaria, cuya jefatura activa puso en las manos del azorado Arnold —a quien apenas si conocía—, sólo existía en el reino de la fantasía de Bakunin. El comité central «de tres o, a lo sumo, cinco miembros», y del que él mismo y Arnold eran fundadores, nunca llegó a constituirse y menos a entrar en funciones. La organización similar que Heimberger estaba encargado de crear entre los alemanes resultó ser, igualmente, un aborto. Se dieron ciertos movimientos en Bohemia, y aun es posible que Arnold, e incluso Heimberger, tomaran parte en ellos, pero no existe testimonio alguno de que esos movimientos tuvieran algo que ver con las elucubraciones de Bakunin, ni menos de que estuvieran orientados personalmente por él. [7]

Parece que Heimberger poseía una mayor disposición para el entusiasmo que Arnold, aunque, por otro lado, era menos inteligente que éste. Y, al revés de Arnold, era un corresponsal asiduo y diligente. Escribía muy a menudo a Bakunin, asegurándole la simpatía y la admiración que en todas partes se sentía por él y prometiéndole un caluroso y entusiástico recibimiento si se dignaba algún día desplazarse a Bohemia. Bakunin no pudo resistir tanto halago, y a principios del mes de mayo de 1849 se trasladó a Dresde, donde se afeitó la barba, se procuró un pasaporte inglés a nombre de un tal Anderson, y continuó el viaje hasta Praga. Sus fieles discípulos, los hermanos Straka, le acompañaron, o, mejor dicho, le siguieron desde Leipzig.

En los cuatro o cinco días que pasó en Praga tuvo que sufrir una desilusión tras otra, pues aunque encontró «todos los elementos necesarios para una pronta revolución», allí no había la menor traza de la organización que su fantasía había creado. Estaba claro —excepto para Bakunin, ciego, como siempre, ante el fracaso— que los revolucionarios checos eran, primero y ante todo, nacionalistas y que el odio que sentían por los alemanes y magiares constituía una fuerza motriz infinitamente más potente que la que les movía en su amor a la democracia. Bakunin tampoco había tenido en cuenta la idiosincrasia humana. Arnold —cosa por demás natural— sentía celos de Heimberger, y se hallaba en cama con un ataque de gota. Sabina, que contaba en realidad con un fuerte contingente de nacionalistas checos, desconfiaba de Heimberger y de Arnold. Bakunin no encontró la más mínima traza de la simpatía que Heimberger le había anunciado respecto a sus planes conspirativos, por lo que tuvo que llegar a la conclusión de que «los demócratas de Praga no son más que unos parlanchines que prefieren la vanagloria de la fácil retórica a las empresas que entrañan algún peligro». Y tanto hablaron esos «parlanchines», que medio Praga, incluida la policía austríaca, se enteró en seguida de su presencia en la ciudad. Después de cambiar cuatro veces de alojamiento, Bakunin tuvo que emprender una rápida retirada hacia Dresde, dejando esta vez a los Straka al cuidado de sus intereses en la capital bohemia, y prometién-

doles, con su habitual optimismo, enviarles los fondos necesarios para la gestión que les encomendaba.[8]

En su ardor revolucionario, Bakunin era como el hombre cuya pasión por su amante se ve inflamada antes que enfriada al descubrir que le es infiel. Las deficiencias de los demócratas checos actuaron en él como un estímulo para llevar a cabo, con más tesón que nunca, sus planes revolucionarios. A su paso por Dresde, camino de Praga, comprobó que la vida política de aquella ciudad era más activa y turbulenta que la de Leipzig. Además, Dresde estaba más cerca que Praga de la frontera de Bohemia, por lo que decidió establecer allí su cuartel general. Parece que su certero instinto le guiaba siempre hacia el escenario de las grandes conmociones que se iban avecinando.

En Dresde pasó el último tempestuoso mes que vivió libre en Alemania.

* * *

A través de la pluma de otro hombre de genio, ha llegado hasta nosotros un vivo retrato de Bakunin tal como éste era en vísperas de producirse el desenlace de su actuación revolucionaria. Hallándose en Dresde, de paso para Praga, Bakunin conoció a Augusto Röckel, director del semanario radical *Volksblat*. Hasta hacía poco, Röckel había sido director de la orquesta de la Ópera del Estado —cargo del que se le había desposeído a causa de sus ideas democráticas—, y debido a su franca y sincera simpatía por los eslavos, se captó su afecto. En casa de Röckel, Bakunin conoció a otro de los directores de la Ópera, Ricardo Wagner. Aparte de la revolución, dos cosas tenían la virtud de conmover profundamente a Bakunin: el recuerdo de Premujino y la música. Ya en el primer día que se conocieron le contó a Wagner la historia de su vida, y el domingo de Ramos —1 de abril de 1849— asistió al concierto que se dio en la Ópera y en el que Wagner dirigió la Novena Sinfonía de Beethoven. La perfecta ejecución de esta obra musical indujo a Bakunin a introducir una salvedad en su doctrina de la destrucción. Al subir al escenario para felicitar a Wagner, le dijo que «si toda la música que hasta ahora se ha escrito estuviera en peligro de desaparecer en la conflagración mundial, me brindaría a salvar esta sinfonía aun a costa de perder la vida en el intento».

La amistad entre los dos hombres fue cada vez más estrecha, y Bakunin se convirtió en un visitante habitual de la casa de los Wagner. Solía halagar al compositor invitándole a repetir las primeras escenas de *El Holandés Errante,* escenas que calificaba de «estupendamente bellas». A Minna Wagner le chocó la forma en que su invitado engullía enormes trozos de carne o de salchicha, o como se bebía los vasos de

coñac de un solo trago, mientras decía que el vino no era para él sino un insípido brebaje. Incluso Wagner, quien por regla general se dejaba impresionar más fácilmente por sí mismo que por los demás, confesaba sentirse un ser insignificante al lado de la insólita, aplastante figura de aquel gigante salvaje.

Se hallaba en la plenitud de su virilidad y en una edad que oscilaría entre los treinta y los cuarenta años. Todo en él era colosal y lleno de exuberancia primitiva y de fuerza. No creo le diera excesiva importancia a mi amistad... En realidad, a él le tenían sin cuidado los hombres intrépidos y enérgicos... Su modo general de discusión era el método socrático, y parecía hallarse en su elemento natural cuando, tendido en el sofá de su anfitrión, argumentaba, con hombres de todas las tendencias, acerca de los problemas de la revolución. En esas ocasiones salía invariablemente vencedor del debate entablado. Era sencillamente imposible contrarrestar sus ideas y opiniones, expuestas siempre con la máxima convicción y traspasando, en todas las direcciones, los límites, incluso los más extremos, del radicalismo.[9]

Las últimas febriles semanas que Bakunin había de pasar en libertad fueron pródigas en discusiones: polacos, checos y alemanes, sucesiva y a veces mancomunadamente, formaban el elenco de sus interlocutores. Solía cambiar con frecuencia de domicilio. Primero se hospedó en casa de Wittig, director del periódico radical *Dresdener Zeitung* y a quien conocía ya desde el año 1842; luego en la de un ex general polaco que vivía precariamente con lo que le pagaban los huéspedes que tenía en su casa; más tarde en la de Röckel, y finalmente en la de Andrzejkowicz, el traductor al polaco de su *Llamamiento a los Eslavos.* Ocultaba su identidad (lo que nunca consiguió del todo) bajo una serie de nombres falsos, y hasta una vez pasó por clérigo inglés. No se limitaba a visitar los cafés retirados y las sórdidas viviendas donde los demócratas se reunían, sino que también frecuentaba los salones elegantes, como el de una condesa polaca o el de un príncipe valaco. Es más que seguro que el interés de este príncipe por la revolución no pasaría de ser una chifladura platónica. Como vemos, Bakunin no les hacía ascos a las amenidades de la sociedad, y, además, los aristócratas también eran, a veces, prestamistas. El nivel de vida de Bakunin nunca se elevó muy por encima del de un régimen de hambre, y sólo gracias a la abnegación de Röckel —quien para ayudarle vendió parte de sus muebles—, le fue posible mandar algún dinero a los Straka, sus emisarios en Praga.

Una vez más trató de revivir el sueño del comité revolucionario internacional. A tal efecto, se puso en contacto con dos polacos, Kryzanowski y Heltman, a quienes respectivamente había conocido en París y en

Bruselas. Éstos se hallaban entonces camino de París desde su nativa Galitzia, con el objeto de presentarse al Comité Central Polaco, y Bakunin les dio el encargo de dirigir una urgente petición al Comité para que enviara delegados y oficiales polacos, y, sobre todo, dinero polaco con que contribuir al financiamiento de la inminente revolución de Bohemia. Visitó a un general húngaro llamado Bayer, y a través de él dirigió un llamamiento similar al conde Teleki. Pero esos ambiciosos planes acabaron en nada. Kryzanowski y Heltman no sólo volvieron de París con las manos vacías, sino que, además, insinuaron el desconcertante deseo de sustituir a Bakunin en el papel de patrocinador y dirigente de la revolución eslava, lo que fue causa de un enfriamiento temporal de las relaciones entre él y los dos presuntuosos polacos.[10]

Los ojos de Bakunin seguían fijos en Praga. A lo largo del mes de abril de 1849 no cesó el ir y venir de agentes entre Sajonia y Bohemia. El entusiasta Heimberger regresó a Dresde, y fue alojado secretamente por Bakunin en la casa de Röckel, por temor de que divulgara los secretos de Praga a sus compañeros polacos. Luego se presentó Gustavo Straka, seguido de José Fric, el estudiante que Bakunin había conocido el año anterior en el Congreso de Praga. Después del fracaso de la insurrección de junio, Fric había organizado una pequeña hermandad de estudiantes, organización que según parece llegó a ser la más activa y extremista de las sociedades revolucionarias de Praga. Bakunin, que tenía sobrados motivos para desconfiar de Arnold como para no confiar en la capacidad de los Straka, recibió a Fric con entusiasmo. La idea de un pequeño y selecto cuerpo de revolucionarios le era particularmente grata, y Fric era el único entre todos los demócratas checos a quien profesaba un respeto inalterable. Pero ni el mismo Fric era capaz de promover una revolución en Bohemia. La burguesía checa se hallaba todavía dividida entre las reivindicaciones del nacionalismo y las aspiraciones de la democracia. Por otra parte, los celos y envidias recíprocas entre Fric, Arnold y Sabina suponían un fatal contratiempo para las ambiciones de Bakunin. Praga permanecía desesperanzadoramente tranquila. Y en Dresde, la moribunda revolución alemana se estaba debatiendo entre las últimas convulsiones de la agonía.[11]

* * *

Enfrascado en esos fantásticos proyectos de revolución eslava en Bohemia, Bakunin no se había fijado —cosa, como ya sabemos, característica en él— en lo que estaba sucediendo ante sus propias narices. Muy pocos eran los demócratas que conocía en Sajonia. El fiel y generoso Röckel se convirtió en seguida en íntimo amigo suyo. Pero no fue él quien atrajo a Bakunin al campo de los alemanes, sino que, por el contrario, fue Bakunin el que envolvió a Röckel en la maraña de sus intrigas eslavas. Bakunin tenía fácil acceso, por mediación de Wittig, a las columnas del *Dresdener Zeitung*, periódico en el que publicó, allá por el mes de abril, su disertación sobre las condiciones rusas, así como también el manifiesto a los checos, en el que les ponía en guardia contra el peligro de la cooperación con el enemigo ruso infiltrado en Hungría y al que más tarde se refirió calificándolo de «Segundo Llamamiento a los Eslavos». Pero ni éstos ni los demás artículos aparecidos en el *Dresdener Zeitung* y atribuidos, si no a la pluma a la inspiración de Bakunin, muestran interés alguno por la lucha, que en aquellos días estaba en su fase más crítica, entre la democracia sajona y el poder real. Si bien es cierto que Bakunin estuvo presente en la reunión del 1 de mayo de 1849, acompañado de Wittig, de D'Ester, de un delegado de la Asamblea de Francfort y de los polacos Kryzanowski y Heltman, al objeto de coordinar la contribución de los polacos a la revolución en todo el territorio alemán, no existe fundamento alguno para suponer que esa reunión tuvo influencia alguna en la insurrección que estalló dos días después en Dresde. El 3 de mayo, día en que fueron construidas las primeras barricadas y se hicieron los primeros disparos en esta ciudad, Bakunin estaba haciendo los preparativos para abandonarla en compañía de su amigo el príncipe valaco Ghika con la intención de dirigirse a Malta. Mas, como fuera que no disponía del dinero suficiente para costearse el viaje, y por otro lado no le era posible a Ghika sufragar los gastos de los dos, tuvo que quedarse en Dresde.[12]

La génesis del estallido revolucionario de Dresde no era lo más a propósito para atraer la adhesión de Bakunin. Después de varios meses de forcejeo, por fin la menospreciada Asamblea Nacional de Francfort había elaborado una constitución federal para Alemania, constitución que fue aprobada, por gran mayoría de votos, por la Dieta Sajona. El rey de Sajonia (quien, lo mismo que las demás testas coronadas de los grandes Estados alemanes, miraba con malos ojos la Asamblea de Francfort), el 28 de abril de 1849 decretó su disolución. Durante los días que siguieron a su decisión, el clamor popular fue cada vez más insistente. El ejército sajón se encontraba por aquellos días bastante debilitado a consecuencia del envío de un considerable contingente de sus efectivos a Schleswig-Holstein, por lo que cuando el mencionado 3 de mayo empezaron a levantarse barricadas en las calles de Dresde, se tuvo que echar mano de la Guardia cívica para contener a los insurrectos. Al intentar asaltar el Arsenal, custodiado por tropas del ejército, esas fuerzas hicieron fuego contra la multitud, causando quince muertos. Esto tuvo por efecto el inflamar aún más al pueblo, con lo que la rebelión llegó al punto culminante. Durante la noche la familia real se vio

obligada a salir para Königstein, fortaleza situada en las márgenes del Elba, a unos treinta kilómetros, río arriba, de Dresde. Al día siguiente se formó un gobierno provisional, integrado por tres demócratas, Tzschirner, Todt y Heubner, gobierno que fue proclamado desde el balcón del Ayuntamiento.

La composición de ese gobierno provisional nos da la clave de la naturaleza de las fuerzas que apoyaban la insurrección. De sus tres miembros, sólo Tzschirner, ex vicepresidente de la Segunda Cámara, puede ser considerado como radical de extrema izquierda, el cual, por otra parte, tenía cierto talento demagógico. Heubner y Todt eran representantes típicos de la burguesía pangermanista —y reformista— constitucional. En su actitud levantisca, les movía el resentimiento por los abusos de las prerrogativas reales en general, y en especial la reprobación de la Constitución de Francfort. Pero, en definitiva, no eran revolucionarios. No disponía de programa social alguno, y estaban muy lejos de estar poseídos de aquel místico impulso de destrucción que constituía el móvil esencial de Bakunin. Los buenos burgueses de Dresde, en alianza con el proletariado, se hallaron de súbito, y sin esperarlo, ocupando el sillón de la autoridad, pero no tenían la más mínima idea de cómo hacer uso del poder que se les había venido, casi por sí solo, a las manos.

La primera reacción de Bakunin ante tal situación fue de desdeñosa indiferencia. Nada le importaba de la unidad alemana ni de la Constitución de Francfort. Unas semanas antes, y con ocasión de las varias confabulaciones en que había tomado parte, conoció a Tzschirner y no se formó muy buena opinión de él. A Todt le conocía personalmente, pero nunca había colaborado políticamente con él. Y a Heubner no le había visto en toda su vida. Sin la más mínima intención, pues, de intervenir en el asunto, en la mañana del día 4 de mayo se encontró en la calle a Ricardo Wagner, quien se dirigía al Ayuntamiento para enterarse de la marcha de las cosas, y Bakunin le acompañó. El gobierno provisional acababa de ser proclamado. Tzschirner estaba arengando a la entusiasmada muchedumbre. La naturaleza fue más fuerte que las buenas intenciones de Bakunin. El aire estaba cargado de los efluvios de la revolución, y, lógicamente, se vio contagiado por la fiebre revolucionaria. Lo único que atemperaba su entusiasmo era la lástima que le inspiraban unos dirigentes que de manera tan manifiesta no sabían cómo dirigir al pueblo. Se abrió paso a empujones entre la multitud, hacia el interior del Ayuntamiento, donde se presentó al gobierno provisional, ofreciéndole su asesoramiento sobre la forma de conducir la revolución.[13]

Sus consejos, de acuerdo con los testimonios escritos que se conservan, fueron justos y acertados. Las autoridades de Sajonia, al no disponer de tropas suficientes para hacer frente a la rebelión, se habían abstenido de emprender ninguna operación ofensiva y habían solicitado la ayuda militar de Prusia. Por lo tanto no cabía duda de que la ayuda pronto se enviaría. Bakunin aseguró a Tzschirner y a sus compañeros que la suerte de la insurrección no se decidiría con discursos ni conferencias, sino con cañones y fusiles, instándoles al mismo tiempo a que dedicaran todas sus energías a la organización de las fuerzas militares de que disponían. Estas fuerzas habían sido colocadas bajo el mando de un estrambótico aventurero llamado Heinze, ex coronel del ejército griego. Bakunin no tenía ninguna confianza en Heinze. En cambio, sí tenía fe en los polacos como jefes militares, pues, de entre todos los revolucionarios, ellos eran los únicos que estaban lo suficientemente preparados para ejercer el mando militar. Entonces se dedicó a recorrer los clubs y cafés de la ciudad en busca de oficiales polacos. Al principio pareció que su búsqueda iba a ser infructuosa, pero a la mañana siguiente, 5 de mayo, volvió a aparecer en el Ayuntamiento acompañado de Heltman (quien había servido en los ejércitos prusiano y polaco) y de Kryzanowski, cuyas aptitudes militares eran ya más dudosas. Los tres se sentaron a una mesa de la Sala del Consejo del Ayuntamiento, con un mapa de Dresde extendido ante ellos, en calidad de consejeros militares del gobierno provisional. Los precavidos polacos estipularon que se les debía proveer de dinero y de pasaportes «para el caso de que los acontecimientos tomaran un mal cariz».[14]

Tal medida resultó muy oportuna, porque en la tarde de aquel mismo día llegaban a las cercanías de la ciudad las primeras tropas prusianas. El levantamiento de los raíles del ferrocarril retrasó por unas horas su llegada a las puertas de Dresde. Los consejeros militares marcaron en su mapa, después de un estudio concienzudo, el emplazamiento de los pocos cañones de que los insurrectos disponían. Pero parece ser que los planes de defensa no fueron más allá de esta medida. La conocida anécdota de que Bakunin propuso colgar en lo alto de las barricadas el cuadro de la Madona de la Sixtina, basando su proposición en que los prusianos eran «demasiado cultos para disparar contra una obra de Rafael», pertenece al acervo de las leyendas pintorescas. Como resulta inevitable en tales situaciones, pronto empezaron las suspicacias y las rivalidades entre los consejeros militares y el comandante en jefe, llegando este último a negarse a facilitar tropa alguna para toma parte en las operaciones recomendadas por los consejeros. En su *Confesión*, Bakunin asegura categóricamente que Heinze era un traidor, y manifiesta su sorpresa ante el hecho de que éste no fuera después encarcelado y condenado por el gobierno sajón. Así las cosas, la situación fue haciéndose más desesperada a medida que las horas transcurrían.[15]

El domingo día 6 de mayo era evidente para cualquier observador imparcial que la causa estaba perdida. Los dos consejeros polacos sacaron la oportuna conclusión, y cogieron su dinero y su pasaporte y se fueron sin más explicaciones. Tzschirner y Todt desaparecieron casi al mismo tiempo de la ciudad y por más que poco después volviesen a aparecer, ya la moral del gobierno provisional estaba herida de muerte. En el aire se mascaba la derrota. Sólo Heubner demostró estar a la altura de su misión. Recorría incansable e intrépidamente las barricadas, arengando y animando a sus defensores. A su lado iba Bakunin, quien había de realizar grandes esfuerzos para contener sus impulsos de hablar en público: tenía ya la voz ronca de tanto como había discurseado desde el mismo principio de la lucha.[16]

No existe la menor duda de que el día 6 de mayo, y aun en los dos días siguientes, Bakunin habría podido salvarse si hubiera desaparecido del lugar de la lucha. Se había visto envuelto, incidental y casi involuntariamente, en una insurrección que él no había planeado ni siquiera aprobado, cuyos objetivos no le interesaban en lo más mínimo y en cuyo éxito ni por un momento creyó. Ningún papel oficial había representado y tampoco se debía a nadie que estuviera relacionado con su ideología. ¿Por qué, entonces, se quedó Bakunin, exponiéndose a una detención segura? La respuesta que él mismo da a esta pregunta es —en su *Confesión*— de una sinceridad absoluta. Se quedó porque su sentido moral de la honradez no le permitió dejar a Heubner en la estacada, y éste, virtualmente abandonado por Todt y Tzschirner, era como «un cordero al que llevan al matadero». Había sido tan ajeno a los preparativos de la insurrección como el propio Bakunin. Aquel choque armado le resultaba tan ominoso (a él, que no pasaba de ser un sentimental constitucionalista con vetas de liberal) como trivial se le antojaba a Bakunin, apóstol de la destrucción universal. Pero una vez en el ruedo de la insurrección armada, una vez aceptado el cargo de la dirección de los bravos defensores de las barricadas, Heubner no podía desertar en su puesto de dirigente, ni tampoco Bakunin podía dejarle solo. Hubo momentos en que Bakunin estuvo a la altura del más puro quijotismo. Se enfrentó con la muerte y sacrificó más de diez años de su vida, no por la revolución eslava, ni siquiera por la insurreccionada burguesía de Dresde, sino en honor a una persona a la que una semana antes no conocía en absoluto, pero cuyo temperamento admiró y su desamparo le había llegado al corazón.[17]

* * *

Los acontecimientos de los últimos días de la insurrección constituyeron otros tantos sucesivos pasos hacia una conclusión predeterminada.

Bakunin se encontró situado en el papel de dirigente de una empresa que de antemano consideraba perdida; y durante aquellos días «no durmió, no comió, no bebió y ni siquiera fumó». El día 6 de mayo los insurgentes prendieron fuego al Teatro de la Ópera, el mismo teatro donde Bakunin escuchó unas semanas antes la Novena Sinfonía, dirigida por Wagner. El fuego se propagó a un ala del vecino Zwinger, destruyendo la colección de Historia Natural allí instalada. No existe prueba alguna de la responsabilidad de Bakunin en esa acción; pero después, cuando las autoridades se creyeron obligadas a agitar los prejuicios en contra del agitador extranjero, se le atribuyó la preparación de un complot para incendiar toda la ciudad. Las tropas sajonas y prusianas penetraron lenta pero implacablemente en Dresde. El día 8 de mayo Heinze fue hecho prisionero. Tuvo suerte, porque cuando la lucha cuerpo a cuerpo se volvió más enconada no hubo cuartel para nadie, siendo fusilados los prisioneros en el mismo lugar de su captura o bien arrojados al Elba. La resistencia organizada pronto tocó a su fin, y Bakunin propuso que los supervivientes emplearan el remanente de sus provisiones de pólvora en la voladura, con todos ellos dentro, del Ayuntamiento. Aquella misma noche se ordenó la retirada general, anunciando al público que el gobierno provisional se trasladaba a Freiberg, localidad situada a unos cuarenta kilómetros de Dresde y que había visto nacer a Heubner. En las primeras horas de la mañana del 9 de mayo los dirigentes salieron sigilosamente de la ciudad.[18]

Entrado ya el día, Wagner (que había abandonado Dresde en los momentos en que la insurrección estaba en su apogeo) se encontró con Bakunin, Heubner y un oficial de Correos llamado Martin en el camino de Freiburg, hacia donde se dirigían con la mayor prisa en un carruaje de alquiler. Wagner les aseguró de que no todo estaba perdido todavía. En Chemnitz, donde la población trabajadora industrial era muy nutrida, todo el mundo estaba de su parte, y, a juzgar por la elevada moral de aquellas gentes, era muy posible continuar allí la insurrección empezada en Dresde. Aquellas noticias eran tan optimistas que los fugitivos no llegaban a creer que fuesen verdaderas. Pero como sea que la situación les ponía en el trance de agarrarse a un clavo ardiendo, después de un breve descanso en Freiberg —donde el irrefrenable Bakunin dirigió una soflama a Heubner y a Wagner sobre la futilidad de todas las formas de gobierno—, determinaron dirigirse a marchas forzadas a Chemnitz. Wagner, acompañado de su mujer, emprendió apresuradamente el camino de Weimar para desde allí encaminarse a Suiza.[19]

En aquellos momentos Bakunin no llevaba encima más que varios cuños del gobierno provisional, unos trece táleros en dinero y un montón de correspondencia comprometedora. Sus compañeros no iban me-

jor equipados que él. Sólo el desespero, pues no llevaban plan alguno de acción, les condujo a Chemnitz, en donde su última esperanza —el proletariado industrial— les falló. Ni el más leve soplo de revolución se percibía en la ciudad. Sin embargo, el alcalde, curándose en salud, ordenó que, durante la noche del 9 al 10 de mayo, Bakunin, Heubner y varios otros potenciales alteradores del orden, fueran detenidos mientras se hallaban durmiendo. No se había tomado ninguna clase de precauciones ni se hizo uso de la fuerza, por lo que Bakunin se reprochó después el no haber aprovechado aquella fácil y única ocasión de escapar de las manos de los que fueron a prenderle. Pero conviene decir, para explicar su falta de decisión en aquellos momentos, que se hallaba física y moralmente agotado a consecuencia de los esfuerzos sobrehumanos realizados la semana anterior. Y sólo deseaba dormir, sin importarle lo que pudiera suceder después. Esto explica que no opusiera la menor resistencia al ser detenido.[20]

NOTAS

1. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 525; IV, 166-7, 173; *Materiali*, ed. Polonsky. II, 43, 47, 171, 190; Pfitzner, *Bakuninstudien*, p. 72.
2. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 173-5.
3. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 167-8; *Materiali*, ed. Polonsky, II, 125, 477.
4. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 177-8; *Materiali*, ed. Polonsky, II, 190.
5. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 180-81; *Materiali*, ed. Polonsky, II, 190, 197, 421, 430.
6. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 178.
7. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 180-81.
8. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 183-6; *Materiali*, ed. Polonsky, II, 433-42.
9. Wagner, *My Life*, pp. 467-70.
10. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 187-90; *Materiali*, ed. Polonsky, II, 195, 197; Pfitzner, *Bakuninstudien*, p. 146.
11. *Materiali*, ed. Polonsky, II, 450-54; Pfitzner, *Bakuninstudien*, pp. 143-4, 179.
12. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 196-7; *Materiali*, ed. Polonsky, II, 50-53, 74-80; 417; Pfitzner, *Bakuninstudien*, 113-20, 148-9; Nikolaevski, *International Review for Social History* (1936), n.º 1, pp. 121-216.
13. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 199-200; *Materiali*, ed. Polonsky, II, 49, 53.
14. *Materiali*, ed. Polonsky, II, 54-6.
15. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 202; *Materiali*, ed. Polonsky, II, 56; *Herzen*, ed. Lemke, XIV, 425.
16. *Materiali*, ed. Polonsky, II, 57-9.
17. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 202-3.
18. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 203-5; *Materiali*, ed. Polonsky, II, 58-63.
19. Wagner, *My Life*, pp. 493-6; *Materiali*, ed. Polonsky, II, 59.
20. *Sobranie*, IV, 205; *Materiali*, ed. Polonsky, II, 683; Wagner, *My Life*, p. 499.

LIBRO TERCERO

ENTERRADO VIVO

«No existe estado más deplorable que el de verse obligado a permanecer eternamente encerrado en uno mismo... Solamente en la sociedad de los otros, y con la ayuda de los demás, puede el hombre *sentirse* plenamente hombre.»

BAKUNIN

a Matilde Lindenberg (Reichel, de soltera)
(Primavera de 1850)

16

SAJONIA, AUSTRIA

Bakunin y Heubner, junto con los demás prisioneros, fueron entregados a las fuerzas de guarnición en Altenburgo. Las autoridades sajonas, avisadas previamente por telégrafo, enviaron un sargento y seis números a hacerse cargo de ellos, y en la tarde del 10 de mayo de 1849 los cautivos estaban de regreso en Dresde, donde permanecieron durante quince días recluidos en la vieja cárcel de la ciudad. El número de detenidos a causa de la insurrección era tan elevado y el sitio disponible tan escaso que ni para un prisionero de la importancia de Bakunin pudo habilitarse una celda donde tenerle aislado de los demás. En los días en que compartió su celda con un demócrata austríaco llamado Kürberger, se le lamentó de que el «cuarto estado» (esto es, el proletariado) había sido engañado y traicionado por el tercero (es decir, la burguesía). Aquella instalación provisional no les pareció adecuada a las autoridades, por lo que, hacia el final del mes de mayo, Bakunin y otros cabecillas fueron trasladados al cuartel de caballería, en las afueras de la ciudad. [1]

Pero ni el cuartel de caballería resultó lo suficientemente seguro para una detención prolangada de tan peligrosos presos políticos. Pese a la vigilancia de los guardianes, existían demasiadas posibilidades de comunicación subrepticia con los simpatizantes de la ciudad. El proceso incoado, con la consiguiente encuesta judicial, se iría prolongando por espacio de varios meses y había que hallar un alojamiento más en consonancia con la larga duración del encierro. En la noche del 28 al 29 de agosto, pasadas ya las doce, a Bakunin, a Heubner y a Röckel se les sacó, debidamente esposados, de Dresde. Cada uno fue metido en un carruaje distinto, en medio de dos guardianes armados, y un destacamento de caballería los escoltó a través de la ciudad. Nada ocurrió

que justificase tan extraordinarias precauciones, y, poco antes de las seis de la mañana, los prisioneros fueron alojados en la fortaleza de Königstein, la misma que había servido de refugio al rey durante los angustiosos días de la insurrección. Aquí pasó Bakunin los últimos nueve meses de su vida en Alemania. Ya nunca más habría de volver a pisar el suelo germano. [2]

Las condiciones materiales de Königstein resultaron las mejores de todos los lugares en que estuvo recluido durante su largo cautiverio. Disponía aquí de una habitación bien iluminada y caldeada, y, cosa inusitada en una fortaleza, podía ver el cielo a través de una ventana. Le era permitido pasear diariamente por los amplios jardines del castillo, y gracias a su estatura podía admirar, mientras andaba, las pintorescas bellezas de la «Suiza sajona». Pero en esos paseos no iba sólo: lo hacía colocado entre dos soldados con bayoneta calada y atado a ellos por medio de una cadena. Como el fugarse de Königstein era absolutamente imposible, la cadena no constituía más que una refinada precaución. Quizá, comentó con amargura Bakunin, la cadena no fuera sino un símbolo que venía a recordarle, en su soledad, el invisible lazo que une a cada individuo al conjunto de la humanidad. Por lo demás, era tratado con consideración, «no faltándole nada de cuanto un hombre pudiera razonablemente desear». Podía fumar tanto como quisiera. Basta decir que en un mes le entregaron mil seiscientos cigarrillos. Se le permitía leer libros, aunque era previamente objeto de un minucioso examen, hoja por hoja, para asegurarse sus guardianes de que no tenían ningún código secreto, cosa que efectuaba el oficial ayudante a la entrada y a la salida de los libros. Igualmente podía enviar y recibir cartas, si bien a veces se producían interminables retrasos en el despacho o en la entrega de la correspondencia, lo que le hacía sentirse como una muchacha de quince años cuya correspondencia es cuidadosamente censurada por sus padres con el santo propósito de proteger su inocencia.

Esos lujos en la vida carcelaria de Bakunin corrían a cargo de la abnegación de sus amigos, a quienes, ahora más que nunca, se veía obligado a importunar con sucesivas peticiones de fondos. Adolfo Reichel y su hermana Matilde, que eran sus corresponsales más asiduos y regulares, solían responder (lo mismo que Alejandro Herzen) a sus peticiones con gustosa solicitud. Hemma Herwegh le mandó cien francos. Franz Otto —el abogado de oficio para la defensa de Bakunin— hacía las veces de tesorero, y le compraba libros, cigarros y otras menudencias, y cuando no disponía de fondos de procedencia ajena, él mismo satisfacía de su propio bolsillo el importe de las compras. De hecho, Bakunin se hallaba en la singular situación, no del cliente que no paga, sino del «que es pagado por su abogado». Tanto los demócratas de Koethen como los de Leipzig contribuyeron espléndidamente al sostenimiento de Bakunin, aunque consideraron prudente permanecer en el anónimo. Por otro lado, el conde Skorzewski contestó con evasivas, provocando el irónico comentario de «la firmeza y gratitud polacas». Porque no dejaba de parecer paradójico que el hombre cuyo objetivo esencial había sido la restauración de Polonia y la disgregación de Alemania tuviera que estar reconocido a los alemanes por la ayuda desinteresada que le prestaron cuando más la necesitaba. [3]

De sus actividades, sin objetivo determinado, durante el otoño de 1849, da testimonio un abultado fajo de amarillentos papeles rayados y enteramente llenos de la apretada pero perfectamente legible letra de Bakunin y que se conservan todavía en los archivos del Ministerio de la Guerra, en Praga. Uno de los primeros encargos que hizo desde Königstein fue un diccionario, una gramática y un libro de texto ingleses. Todavía pueden leerse sus estimables ejercicios de composición inglesa. Pero a medida que iba transcurriendo el tiempo, esas actividades intelectuales fueron perdiendo su capacidad adormecedora para hacerle olvidar su triste situación, hasta que al fin encontró el narcótico ideal: las matemáticas. Páginas y más páginas del legajo de papeles en cuestión aparecen atiborradas de ejercicios algebraicos y trigonométricos. Hasta llegó a inventar (ilustrándolo con numerosos ejemplos) un nuevo sistema de «multiplicación de decimales y de fracciones periódicas sin necesidad de utilizar la tabla pitagórica». Interpolados en sus anotaciones, aparecen retazos de un diario en que apuntaba los libros que iba leyendo, los hechos más curiosos o sobresalientes de su vida de recluso, el estado de su salud (en noviembre hubo de consultar a un médico sobre el estreñimiento que por aquellos días le aquejaba), y, muy de tarde en tarde, el estado de ánimo en que se hallaba. Entre los libros que entonces pudo leer encontramos una versión, hecha por Schlegel, de las obras de Shakespeare (en una de sus notas menciona la lectura de *Romeo y Julieta*), *Don Quijote* y los poemas de Wieland. Después tuvo el capricho de leer la historia de Francia y encargó que le trajeran los cuatro volúmenes de *El Consulado,* de Thiers, y las historias de Guizot y de Lamartine. Y, entre los platos fuertes, dedicaba algunos ratos a la lectura de libros de memorias y de viajes. [4]

Con todo, ni en las matemáticas ni en la historia halló el sucedáneo de la vida, que era lo que en realidad estaba buscando. Bakunin nunca pretendió llegar a ser un erudito. Su decidida —aunque sólo a medias entusiástica— entrega al estudio no era, pues, sino un animoso esfuerzo para tratar de neutralizar el incesante fluir de su pensamiento, un a modo de entretenimiento de la imaginación para no tener que estar escuchando las fatídicas campanadas del reloj de la fortaleza, que sonaban cada cuarto de hora, o el toque de retreta, que oía todas las

noches a las nueve y media en punto. La única cosa libre, y sin reglamentar, que vivía en Königstein era el pensamiento. Y el pensamiento de Bakunin «andaba errante por todo el mundo» hasta que, al fin, el preso conseguía quedarse dormido. Mas aquello no era vivir. Parodiando, con amargura, el famoso aforismo de Descartes, Bakunin se definió a sí mismo como «un ser pensante pero no viviente». A veces solía hundirse en la más negra desesperación, llegando en cierto momento a afirmar que no «amaba a nadie en el mundo, ni tampoco existía nadie que necesitara de él». Se sentía completamente separado —amputado, diríamos mejor— del mundo. Y esa sensación de aislamiento venía agravada por la carencia total de noticias sobre lo que acontecía extramuros de su prisión, de lo que sucedía en el mundo, en aquel mundo que, sin embargo, tan cerca de él estaba y en el cual, pocos meses antes, tan eminente papel había desempeñado. Las autoridades se obstinaban en no prestar oídos a sus insistentes demandas de información. La prohibición de leer toda clase de periódicos aparecidos con posterioridad a su detención era absoluta. No es de extrañar, pues, que se mostrara agradecido cuando Otto le envió una vieja colección (primer trimestre de 1848) del *Augsburger Allgemeine Zeitung.*[5]

Su creciente apatía llegó incluso a proyectarse sobre la preparación de su propia defensa. El interrogatorio preliminar, iniciado en Dresde a los pocos días de su detención, fue reanudado ante una nutrida comisión investigadora inmediatamente después de su llegada a Königstein. El interrogatorio fue llevado a cabo con la minuciosidad típicamente germánica. No se pasó por alto ninguno de los incidentes de la vida del acusado en el transcurso de los dos últimos años ni se olvidó a ninguna de las personas con las que se sabía, o se sospechaba, que había establecido contacto. Tampoco se dejó de indagar sobre cuestiones de tan poca monta como la de si era cierto que él, en una fecha determinada durante la insurrección, había cogido por el cuello de la chaqueta a un tal Herr Pfotenhauer, consejero municipal, y lo había arrojado fuera del Ayuntamiento, incidente que el acusado admitió que pudo haberse dado pero que él no se acordaba. Cierto testigo declaró haber oído como el prisionero incitaba a la violencia a los rebeldes de las barricadas, y otro que, como al mismo prisionero se le advirtiera en cierta ocasión del peligro que corrían algunas casas de ser voladas, éste replicó con decisión: «¡Entonces, que se vuelen!» Muchas acusaciones de esas fueron rechazadas categóricamente por Bakunin. A otras se negó sencillamente a contestarlas, alegando que no podía comprometer a sus compañeros. Pero, en definitiva, existía todo un cúmulo de pruebas condenatorias que él no podía controvertir. Tampoco se lamentaba por ello, porque, después de todo, aquellos largos duelos con la comisión suponían un alivio para su soledad. Terminado, por fin (el 20 de octubre) el interrogatorio, anotó en su diario que había sentido «verdaderamente el tener que despedirse de la comisión, que tan humanamente se había conducido con él».[6]

* * *

Tres días después el sumario fue formalmente notificado al abogado defensor, dándosele tres semanas de tiempo para preparar la defensa por escrito. Pero el largo interrogatorio había agotado el interés de Bakunin por el asunto. No podía conseguir concentrarse en nada. Poniendo como pretexto la negativa de las autoridades a proporcionarle prensa de la calle, el día 12 de noviembre, víspera de la expiración del plazo para la preparación del escrito de defensa, escribió a Otto que se veía en el deber de «renunciar a la idea de redactar su propia defensa». El fiel Otto obtuvo una prórroga de quince días y se puso inmediatamente en el trabajo; el 26 del mismo mes de noviembre entregaba una defensa redactada por él mismo. Esta defensa estaba basada exclusivamente en preceptos legales. En ella se argüía que, no siendo el acusado súbdito sajón, mal podía haber incurrido en el delito de traición, y que, caso de ser declarado culpable, la máxima pena a que se le podía condenar era, según el Código, la de dos a cuatro años de prisión. Pero ya desde el principio se había visto que éste era un caso desesperado. Y en efecto, el día 14 de enero de 1850 el tribunal falló la causa y condenó a Bakunin, a Heubner y a Röckel a la pena de muerte.[7]

Los tres acusados hicieron uso del derecho de apelación, entablando el correspondiente recurso contra la sentencia. Esta vez Bakunin, por más que seguía estando convencido de la inutilidad de intentar defenderse a sí mismo ante un «tribunal cerrado», cogió la pluma y escribió una extensa «declaración política» con objeto de que Otto pudiera disponer de una pauta para la redacción del oportuno recurso. Bakunin, ajeno como siempre a la realidad cotidiana, demostró en su escrito no ser consciente de la suerte que pendía sobre su cabeza, como tampoco se ajustó al procedimiento normal obligado. A medida que escribía, la carta iba tomando las dimensiones de un tratado de política. Se olvidó de la prisión, del proceso y de la sentencia, y recobró su papel normal de propagandista político. Hizo un examen del estado de Rusia desde los tiempos de Pedro el Grande hasta los días actuales y predijo la inminencia de una revolución campesina. Rusia, afirmó, como enemiga declarada de la libertad, había hallado en Austria a su aliada natural. Se embarcó, luego, en un análisis de la composición étnica del Imperio austríaco; análisis en el que, como era de esperar dada la índole de la doctrina sustentada por su autor, llegó a la con-

clusión de que la destrucción del Imperio austríaco y el derrocamiento del zarismo eran condiciones indispensables para el triunfo de la libertad. Pero la carta se quedó, como siempre, sin terminar. Después de haber escrito más de veinte mil palabras, Bakunin abandonó su tarea. Así, pues, la *Declaración Política* quedó reducida —al igual que tantas otras producciones de su pluma— a un fragmento inacabado... Con todo, este fragmento constituye quizás la apelación más peregrina que un hombre condenado a la pena de muerte haya jamás escrito. Otto se vio obligado a abandonar la esperanza de conseguir ninguna orientación por parte de su excéntrico cliente y a presentar un recurso en el que se reiteraban los mismos argumentos de la defensa en el acto del juicio; argumentos que, por otra parte, no consiguieron resultado alguno. El día 6 de abril, a los diez meses de la detención de Bakunin, el recurso fue desestimado y confirmada la sentencia. [8]

El estado de ánimo del preso, a medida que transcurría el tiempo, se iba volviendo cada vez más deprimido. Los efectos de la carencia de todo contacto humano se acusaban gradualmente en el carácter de Bakunin. Matilde Reichel, a quien no había visto desde hacía dos años y que estaba ya casada, le escribió una carta; le decía que ella «estaba espiritualmente a su lado acompañándole en todos sus sufrimientos», y terminaba ofreciéndole los consuelos de la religión. Johanna Pescantini le envió, por mediación de Matilde, un Nuevo Testamento que había pertenecido a su difunto hijo y los poemas de Byron. Además de estos presentes, le mandaba un diario, una pipa y un alfiler de oro. No iba descaminada Matilde al pensar que sus solicitudes serían aceptadas con «una mueca de compasión». Y, en efecto, cuando a finales de abril, llegó a Dresde con el exclusivo propósito de hacerle una visita, fue ella, no él, quien se sintió amargamente contrariada por la negativa de las autoridades a concederle una comunicación con el preso.

Bakunin no le temía a la muerte, si bien, ya desde el principio, se le había asegurado que aunque se le condenara a la última pena la sentencia no se ejecutaría. Las autoridades alemanas todavía no se habían aventurado a ejecutar a uno solo de los presos políticos desde el estallido de la revolución. Sin embargo, Bakunin hubiera preferido mil veces la muerte a «tener que llevar una existencia solitaria y absolutamente pasiva tras los barrotes de una prisión». Sólo a una cosa le temía, y era el ser entregado a Rusia, porque sabía que allí no podía esperar ninguna clase de clemencia. Si tenía que sufrir humillaciones, era preferible recibirlas entre extraños que entre sus propios compatriotas. Constantemente estaba importunando a Otto sobre este particular, y el bondadoso abogado le aseguraba reiteradamente que «lo que usted particularmente teme, según estoy informado, no ocurrirá». [9]

Sin embargo, ese peligro existía realmente. Tanto Austria como Rusia habían manifestado un vivo interés por la detención de Bakunin, y a las pocas semanas de ser detenido habían presentado ante el gobierno de Sajonia una demanda formal de extradición. Esas demandas, lejos de ser mal acogidas por las autoridades sajonas, fueron recibidas con un sentimiento de alivio, puesto que no tenían ningún deseo de atraerse, con la ejecución de Bakunin, el odio de las masas, ni tampoco querían contraer la responsabilidad de mantenerle indefinidamente recluido en una de sus prisiones. Así, pues, las cosas, sólo era cuestión de decidir a cuál de los dos demandantes había que entregar el preso. A primera vista, parecía que Rusia tenía el derecho de prioridad, puesto que el prisionero era súbdito de este país y, además, había sido ya objeto de condena por parte de las autoridades rusas en el año 1844. Sin embargo, el interés de Austria era más inmediato, porque las actividades de Bakunin habían sido dirigidas contra Austria en fecha más reciente y de manera más directa que contra Rusia. También había que tener en cuenta que en aquellos mismos momentos se estaba procediendo en Praga a investigar los disturbios que en esta ciudad había contribuido a fomentar el mismo Bakunin. Por todo lo cual la indecisión del gobierno sajón no duró muchos días. Por su parte, el zar accedió, benévolamente, a que el delincuente fuera entregado primero a Austria, en el bien entendido de que una vez satisfechas sus intenciones con respecto al reo, lo transferiría a Rusia. Este arreglo diplomático había sido concertado a los dos meses de la detención de Bakunin. Y todas las partes interesadas —a excepción, naturalmente, de Bakunin— eran sabedoras de que en cuanto los procedimientos legales hubieran seguido su debido curso y el honor de Sajonia hubiera sido satisfecho, el prisionero sería puesto a la disposición de Austria, como medida preliminar a la entrega a su país de origen. [10]

Así, pues, el proceso fue llevado, de acuerdo con lo convenido, a su término. El 6 de junio de 1850, trece meses después de la detención de Bakunin, el rey se permitió el lujo de realizar un acto de clemencia. La sentencia de los otros tres prisioneros fue conmutada por la de «prisión perpetua de segundo grado». Pero a ninguno de los interesados le fue comunicada la noticia del indulto, por lo que cuando, en la noche del 12 al 13 de junio, se despertó a Bakunin ordenándole que se vistiera inmediatamente, él creyó que se trataba de su ejecución inmediata. Por sí mismo, dada la gran duración del viaje, se dio cuenta de que ya no podía esperar nada peor que aquel cambio de lugar de confinamiento. Y sólo supo que su nuevo destino era Austria cuando el destacamento alcanzó la frontera austríaca. A Bakunin no se le había permitido llevarse consigo ninguna de sus cosas, y, en relación con esta medida, según nuestra documentación, un mes más tarde el ser-

vicial y benévolo Otto, en carta escrita al tribunal de Dresde, solicitó que se le permitiera enviar a su antiguo cliente «al menos parte» de su ropa interior y demás prendas de vestir, de las que se hallaba en «extrema necesidad». [11]

* * *

El viaje se había hecho en menos de veinticuatro horas, y en la tarde del día 14 de junio Bakunin fue alojado en el Hradcin, la ciudadela de Praga. Su celda estaba situada en el monasterio de San Jorge, donde se hallaban también recluidos Gustavo Straka y Arnold. Esa celda estaba en el primer piso, y su ventana, debidamente provista de seguros barrotes, daba al jardín del monasterio, en el que un centinela estaba permanente de guardia, pero una tabla de madera, colocada al sesgo y al nivel del antepecho, impedía al ocupante del aposento la vista de la más mínima porción del exterior. Pocos momentos después de la llegada de Bakunin, se personó una comisión al objeto de realizar una inspección ocular de la celda, escudriñando hasta en la chimenea y ordenando que la condenasen con un enrejado de hierro. Al llegar el invierno se tomaron otras precauciones accesorias. La cerradura de la puerta fue provista de dos llaves, que confiaron por separado a dos distintos funcionarios. La celda no se podía abrir sino en presencia de seis soldados armados. El ejercicio diario del preso, y «sólo cuando éste manifestara urgente deseo de ello», estaba estrictamente limitado a media hora de duración y en un corredor especial. Cada cuarto de hora, día y noche, el guardián debía mirar por la mirilla de la puerta para cerciorarse de que todo estaba en regla. Tal era el miedo que el aherrojado Bakunin inspiraba a la mentalidad oficial austríaca.

Además, en otros aspectos, las relativas «amenidades» de Königstein fueron sustituidas por otros tantos rigores. Bakunin ya no era ahora, como antes en Sajonia, considerado como preso civil. En Austria estaba sujeto a la ley marcial, y este cambio de situación se reflejaba tanto en sus derechos legales como en el tratamiento de que era objeto. Ya no disponía ahora de representante legal alguno para la defensa de sus intereses, como tampoco le estaba permitido escribir ni recibir cartas. Con todo, tuvo la suerte de encontrar en el capitán-auditor Franz a un benévolo sucesor del digno Otto. Franz, a quien se le había confiado el caso, se conmovió ante el desamparo del preso, encargándose de cuidar de su correspondencia. «Aun cuando se ha tratado de un delincuente, nunca he dejado de respetar al hombre —escribió Franz, sentenciosamente, a Herwegh, con motivo de haber enviado éste veinticinco táleros a Bakunin—, y siempre hice en su favor todo cuanto, sin faltar a mi deber, estuvo en mi mano.» Al igual que Otto, Franz tuvo que

soportar la afable idiosincracia de su protegido. Contra el «bien intencionado consejo» de Franz, Bakunin se gastó la mayor parte de los veinticinco táleros en la adquisición de varios tratados de matemáticas sumamente caros, con el resultado de que se hubo de quedar muy pronto sin poder comprar sus cigarrillos favoritos, y llegando hasta a pasar hambre, toda vez que la comida de la prisión no era lo bastante copiosa para satisfacer su poco común apetito. Sus vestidos eran harapos, y su «más ardiente deseo —según la información de Franz— era disponer de una camisa de dormir hecha expresamente para él, pues de la única que tenía ya no quedaban sino unos miserables jirones». Más adelante Franz recibió otros envíos de dinero de Herwegh, de Otto y de los demócratas de Dessau. De manera que cuando Bakunin salió de Praga, su peculio ascendía a ochenta y cinco táleros y a ochenta y cinco florines austríacos, lo que da testimonio de la generosidad de sus amigos y, quizá también, de la rígida censura ejercida sobre sus dispendios.

El procedimiento judicial castrense austríaco resultó ser todavía más dilatorio que el civil de Sajonia. Al día siguiente de su llegada a Praga, Bakunin sufrió un breve interrogatorio. Y después, por espacio de nueve meses largos, se le dejó absolutamente en paz. Esta larga espera se explica por el interés de la policía en tomar declaraciones a todos los complicados en la causa antes de reanudar el interrogatorio de la figura central del proceso. Hasta marzo de 1851 no fue interrumpido el monótono curso de la existencia del prisionero. El día 13 de marzo del mismo año y a consecuencia de nuevos, aunque infundados, rumores acerca de una inminente tentativa de liberación, por la violencia, del prisionero, se tomó la precipitada decisión de trasladarlo a la fortaleza de Olmütz. La decisión fue ejecutada con tal rapidez que cuando el convoy llegó, a la mañana siguiente, a Olmütz, el comandante de la fortaleza todavía no había recibido el oportuno aviso de la llegada del importante huésped a quien tenía que dar albergue. En Olmütz, las condiciones de la reclusión de Bakunin diferían de las de Praga solamente en dos aspectos de índole material. Aquí Bakunin no sólo fue esposado, sino que se le encadenó al muro de la celda, pero, en cambio, el comandante de la fortaleza, a la vista del anormal apetito del preso, ordenó que se le suministrara, en lo sucesivo doble ración de comida. [12]

El traslado de Bakunin a Olmütz recordó a las altas esferas la existencia de Bakunin. Mientras los burócratas del Ministerio de la Guerra estaban llenando todavía páginas y más páginas de sus expedientes, el Gabinete imperial, en atención a la posibilidad de que el zar insistiera en reclamar la víctima que se le había prometido, cursó instrucciones perentorias para que el caso fuera sustanciado. El resultado

fue la iniciación de un intensivo interrogatorio ante una comisión presidida por el propio Franz. Entre el 15 y el 18 de abril, Bakunin tuvo que responder a más de ciento cincuenta preguntas, siendo sus respuestas debidamente registradas en el sumario. Las preguntas se referían casi exclusivamente a sus fracasados intentos de avivar la llama de la rebelión de Praga y a sus relaciones con los revolucionarios checos. Bakunin ya el primer día declaró —cosa que hubo de repetir diversas veces durante los interrogatorios— que tenía por norma de conducta moral el no contestar a las preguntas que pudieran incriminar a sus amigos. Pero pronto pudo ver, a través de las deposiciones que de los demás encartados le fueron presentadas, que éstos se habían, con sus propias manifestaciones, suficientemente comprometido. Desde el momento, pues, de que todo o casi todo lo ocurrido era conocido por los investigadores, Bakunin se sintió libre de hacer de la sinceridad virtud, hablando por lo tanto con mucha más franqueza que en Dresde y en Königstein y retractándose de muchas de sus anteriores negativas. Ya no tenía nada que perder por más cosas que confesara. En Sajonia había podido apoyarse en unos pocos vestigios de defensa, por lo que le fue posible usar de ciertas argucias respecto a su participación en la insurrección de Dresde. En cambio, en Austria no había escapatoria posible. Su *Llamamiento a los Eslavos* era un largo alegato por la desaparición de Austria del mapa de Europa. Aunque no hubiera existido ninguna prueba contra él, su condena era segura. Por consiguiente, aunque fueran lo más sinceras sus declaraciones, ya no podían modificar en absoluto la seguridad de ser condenado.

Esta actitud de Bakunin produjo una favorable impresión a la comisión investigadora. Como Bakunin tenía la certidumbre de que no había defensa posible para él, se despreocupó casi por completo del asunto. Y cuando al final del interrogatorio se le preguntó si tenía algo más que alegar en su defensa, lo único que pidió fue que se le devolviera un baúl que tenía en el piso de Andrzejkowicz, en Dresde, y que contenía ropa, así como también solicitó que le devolvieran los libros que se había dejado en Königstein. En conclusión, la declaración que se insertó en el sumario fue redactada en los siguientes términos:

En el curso de la presente encuesta, Miguel Bakunin ha declarado reiteradamente:

1.° Que después de ser entregado a las autoridades austríacas, había tomado la firme decisión de no hacer manifestación alguna ni contestar a las preguntas que se le hicieran; y que sólo la actitud que hacia el declarante mostró el oficial director de la encuesta le movió a cambiar de idea, pero que si tal oficial era sustituido por otro, no haría más manifestaciones.

2.° Que es consciente de que pueden serle aplicadas medidas compulsorias, pero que la aplicación de las mismas no obtendría otro resultado que su silencio más absoluto.

En general, se ha comportado con decisión y valor, y dentro de la más perfecta corrección.

Como vemos, el interrogatorio finalizó con los curiosos cumplidos, que acabamos de transcribir, del preso al presidente del juzgado y con los del juzgado al acusado. [13]

* * *

El día 10 de mayo Bakunin llevaba ya dos años separado del mundo; trece meses en las prisiones de Sajonia y once en las de Austria. Nada de extraño tenía, pues, de que se quejara de «dolores en todo el cuerpo» ni de que el comandante de la fortaleza le encontrara «cabizbajo y ensimismado». La persistencia de su extraordinario apetito indica hasta qué punto su robusta constitución había resistido la prueba de su largo y riguroso encierro, amenizado solamente con la media hora escasa de supervisado paseo. La constante demanda de textos de matemáticas es una prueba de que su cerebro conservaba todavía la suficiente vitalidad para responder a un intenso esfuerzo intelectivo. Pero esto, por más extraordinario que, como síntoma, resultara, no podía disimular el lento empeoramiento físico y moral expresado a través de la apatía y la indiferencia. Bakunin había dejado de luchar. La única arma que le restaba era el silencio, el obstinado silencio. Había perdido las esperanzas, y hasta la facultad del deseo. El andrajoso prisionero encadenado al muro de Olmütz conservaba, a pesar de todo, su dignidad humana, así como una apariencia de su figura corporal. Sin embargo, entre la torturada ruina del hombre de ahora y aquella gigantesca figura juvenil que había estado animando a los rebeldes en las barricadas del mes de mayo en Dresde, existía un abismo de diferencia. [14]

Cinco días después de este tétrico segundo aniversario empezó, al fin, una nueva y decisiva etapa en la odisea de Bakunin. El tribunal militar señaló la vista de la causa para el día 15 del mismo mes de mayo. El capitán - auditor Franz presentó a los jueces la relación de los hechos que constituían el sumario, hechos basados casi exclusivamente en la declaraciones del propio acusado. El caso no podía ser más claro. Por lo que el tribunal declaró, por unanimidad, a Miguel Bakunin culpable de un delito de alta traición y le condenó a morir en la horca. No deja de ser curioso el rasgo de torvo humor al condenársele igualmente al pago de las costas del proceso, mas esta vez no se hizo mención alguna al coste de la cuerda. El mismo día, e inmediatamente

después de hecha pública la sentencia, fue conmutada por el jefe supremo militar a la pena de cadena perpetua. [15]

Pero no fue éste el único acontecimiento acaecido en aquellas veinticuatro horas, tan llenas de movimiento y que tanto contrastaban con los tan monótonos y vacíos de meses anteriores. Algunas semanas antes se había adoptado la decisión de entregar a Rusia, por vía de precaución, «tan peligroso personaje» el mismo día de ser pronunciada la sentencia. Aquella misma noche, pues, Bakunin fue sacado de Olmütz bajo la custodia de un oficial y ocho soldados, y conducido, primero en tren especial y después por carretera, a la frontera rusa. A las diez de la noche del 16 de mayo se llegó a Cracovia, última ciudad austriaca. Después de un corto descanso en esta población, el convoy reanudó la marcha, y a las dos de la madrugada alcanzaba la frontera. Allí estaba aguardándoles un pelotón de seis gendarmes y veinte cosacos. Llevaban esperando la llegada del cautivo nada menos que siete semanas. Ello indica la gran impaciencia del gobierno ruso así como la extrema lentitud de la máquina burocrática austriaca.

La oscuridad y la desolación de aquel puesto fronterizo galitziano parecía el escenario más adecuado para la escena fantasmal que en aquel lugar se estaba desarrollando. Al prisionero le fueron quitadas las esposas austríacas (los austríacos, como dijo Bakunin años más tarde, eran demasiado roñosos para dejárselas como recuerdo) y se le pusieron otras del más macizo modelo ruso. Tanto como Bakunin había temido que sucediera lo que en este momento estaba sucediendo, y ahora resultaba que la cosa le causaba casi hasta regocijo, pues tras la intolerable monotonía del encierro de los últimos meses, cualquier movimiento, cualquier variación de postura, por pequeña que esta fuera, le producía ahora una sensación de alivio físico. Por lo que Bakunin no pudo reprimir un sentimiento casi de satisfacción al encontrarse de nuevo, tras un lapso de once años de ausencia, pisando su suelo natal y viéndose entre unos hombres que hablaban su lengua nativa. «Bien muchachos —exclamó (el relato procede de Natalia Ogarev, a la que Bakunin, doce años más tarde, le refirió el episodio)—, me alegro de haber regresado a mi tierra..., aunque sólo sea para morir en ella.» A lo que se apresuró a contestar —con respuesta exenta de toda emoción— el oficial: «Está terminantemente prohibido hablar». [16]

El viaje fue lento en extremo, pues duró una semana (Rusia no disponía por aquel entonces de comunicaciones con la Europa occidental). El temor, tanto del cautivo como de sus guardianes, resultó carente de fundamento. Nada había en la conducta actual de Bakunin que justificara la leyenda oficial de que se trataba de una especie de bestia salvaje con disfraz humano, que no hacía más que buscar víctimas que devorar, razón por la cual los gendarmes no tuvieron ocasión

de poner de manifiesto aquellas cualidades de mezquina tiranía y de brutalidad que los revolucionarios solían atribuir a todos los agentes del zar. Desde Varsovia se informó que el prisionero, «contra lo que se esperaba, se portaba pacífica y cortésmente», y «parecía completamente resignado con su suerte». Y el mismo Bakunin consignó, después, en su *Confesión* al zar, el humano e indulgente trato recibido de sus guardianes, tan diferente del que «esperaba encontrar». El día 11 de mayo de 1851 (hemos retrocedido doce fechas para ajustarnos a la cronología rusa) la conducción llegó por fin a San Petersburgo, y Bakunin fue encerrado en una celda de la fortaleza de Pedro y Pablo. [17]

La enérgica personalidad de Miguel Bakunin estaba tan penetrada de la conciencia europea, que ni las sombras de la prisión podían eclipsarla. «Bakunin —escribió el *Dresdener Zeitung* cuando éste se encontraba todavía en Königstein— parece estar convirtiéndose en un mito.» Y este proceso de mitificación se estaba efectivamente desarrollando rápidamente a medida que iban transcurriendo los meses. Hubo un momento en que su ejecución fue anunciada como inminente. En otra ocasión, «los carbonarios rusos», con la ayuda de Hungría, estaban planeando su fuga. Muchas señoras de la alta sociedad europea contribuían con fondos secretos a la preparación de un intento de rescate. Bakunin era sometido a inhumanas flagelaciones después de cada interrogatorio, ante el tribunal austríaco, por negarse a comprometer a sus amigos. En Praga declaró una huelga de hambre que duró quince días, desistiendo sólo de su actitud cuando se le dejó leer las novelas de Paul de Kock. En Olmütz intentó suicidarse ingiriendo un puñado de cabezas de fósforo, si bien el veneno no surtió efecto debido a su férrea constitución. Tales eran algunos de los «bulos» y patrañas que circularon profusamente por aquellos días. [18]

Pero al ser tragado Bakunin (en mayo de 1851) por la tétrica fortaleza de Pedro y Pablo, su recuerdo fue esfumándose gradualmente hasta desaparecer casi por completo del escenario de Europa. Al principio su nombre circulaba, de tiempo en tiempo, envuelto en los rumores más extraños...; incluso llegó a correr de boca en boca la especie —la horrible especie— de que Bakunin no era sino un espía, y que, lejos de languidecer en una fortaleza rusa, se hallaba ya de nuevo, en otro escenario, al servicio de su amo el zar. Pero lo cierto es que pronto su recuerdo se fue extinguiendo. Bakunin sólo seguía viviendo —pero como si hubiera ya muerto— en la memoria de unos pocos amigos fieles. Un negro telón había descendido sobre aquella vida indómita, melodramática, rota. Y, por espacio de diez años, nadie esperó que el telón volviera a levantarse para dar comienzo a un nuevo acto.

NOTAS

1. Pfitzner, *Bakuninstudien*, pp. 196-7; Nikolaevski, *Katorga i Ssylka* (1930), núms. 8-9, pp. 113, 120.
2. *Materiali*, ed. Polonsky, II, 70; Pfitzner, *Bakuninstudien*, p. 197; Nikolaevski, *Katorga i Ssylka* (1930), núms. 8-9, p. 107.
3. *Materiali*, ed. Polonsky, II, 353-87; *Herzen*, ed. Lemke, V, 291, 296.
4. *Materiali*, ed. Polonsky, II, 353-61; papeles originales y diario inéditos— incluidos en el «expediente Bakunin», obrante en los archivos del Ministerio nisterio de la Guerra, Praga.
5. *Materiali*, ed. Polonsky, II, 358, 371, 397.
6. *Materiali*, ed. Polonsky, II, 39-69, 108-84; diario inédito de Bakunin, incluido en el «expediente Bakunin», obrante en los Archivos del Ministerio de la Guerra, Praga.
7. *Materiali*, ed. Polonsky, II, 287-302; Pfitzner, *Bakuninstudien*, pp. 203-5, 220.
8. *Materiali*, ed. Polonsky, II, 222-87, 303-52; Pfitzner, *Bakuninstudien*, pp. 205-6.
9. *Materiali*, ed. Polonsky, II, 353-410.
10. Pfitzner, *Bakuninstudien*, pp. 207-9; *Materiali*, ed. Polonsky, II, 340-81.
11. Pfitzner, *Bakuninstudien*, pp. 206, 211; *Materiali*, ed. Polonsky, II, 363-4.
12. Pfitzner, *Bakuninstudien*, pp. 212-17; *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 365.
13. Pfitzner, *Bakuninstudien*, pp. 217-18; *Materiali*, ed. Polonsky, II, 414-62.
14. Pfitzner, *Bakuninstudien*, pp. 216-17.
15. *Materiali*, ed. Polonsky, I, 59-94.
16. *Materiali*, ed. Polonsky, II, 487; Pfitzner, *Bakuninstudien*, p. 219; Tuchkova-Ogareva, *Vospominaniya*, p. 308.
17. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 100; Pfitzner, *Bakuninstudien*, p. 219.
18. Pfitzner, *Bakuninstudien*, pp. 213, 215, 219; *Herzen*, ed. Lemke, VII, 473; Tuchkova-Ogareva, *Vospominaniya*, p. 306.

17

RUSIA

En Sajonia y en Austria, Bakunin había sido tratado en calidad de acusado y, como tal, juzgado y condenado de acuerdo con duros pero justos procedimientos legales. En Rusia, su situación legal era completamente distinta. Aquí había sido de antemano juzgado y condenado, en rebeldía, a la pérdida de todos sus derechos y, además, a trabajos forzados en Siberia. Así, pues, cruzó la frontera en calidad de preso penado. Lo dicho es suficiente para explicar el por qué en la fortaleza de Pedro y Pablo no se repitió la farsa jurídica de Königstein y de Olmütz. Aquí no existía ningún motivo para juzgarle y condenarle de nuevo. Lo único que restaba era aplicar una sentencia ya existente. Sin embargo, no se tenía la intención de enviarle inmediatamente a Siberia. La voluntad del zar estaba por encima de todas las leyes. Y Nicolás I solía considerar los más graves delitos contra el Estado como una cuestión personal entre él y el delincuente. Total, que Bakunin fue instalado en la fortaleza a disposición de lo que la imperial voluntad se sirviese ordenar.

Pasaron dos meses sin que nada rompiese la monotonía del más riguroso encierro. Esa dilación era probablemente —mejor dicho, seguramente— debida a la indecisión o a otras preocupaciones del zar antes que a la premeditada intención, por parte de las autoridades, de tener a su víctima sobre ascuas. Por fin, un día del mes de julio de 1851 apareció en la celda el conde Orlov, primer ayuda de campo del zar. Orlov era portador de un mensaje de su amo imperial, mensaje concebido en tonos tan insinuantes y hasta conciliatorios que no cabe la menor duda de que estaba calculado para que Bakunin contrastara la suavidad del mensaje con la severidad y el rigor que era lógico esperar dada la situación en que se hallaba. Después de asegurar al

preso que la pena de muerte no existía en Rusia y que, por consiguiente, no tenía que temer por su vida, el mensaje concluía invitándole a escribir «una completa confesión de todas sus culpas» al zar. Pero no tenía que escribir esta confesión como un delincuente frente a su juez, sino como si le estuviera hablando a su padre espiritual.[1]

No existe razón alguna que nos permita suponer que Bakunin experimentara el menor arrepentimiento al someterse a los deseos del zar. Un cuarto de siglo más tarde, cuando la revolución se había convertido en Rusia en una especie de juego con su reglamento propio, ya era una cuestión de principio, entre los buenos revolucionarios, el negarse a facilitar al ser detenidos toda información que pudiera comprometer a sus camaradas o que fuera susceptible de poner al descubierto sus actividades. Sería, pues, un anacronismo suponer que Bakunin fuera consciente de tal regla de conducta o que la invitación de Orlov hubiera suscitado en su mente un enfrentamiento entre sus principios políticos y un oportunismo circunstancial. Tampoco conviene olvidar que Bakunin había permanecido inactivo por espacio de dos años o, a lo más, había tratado de matar el tiempo realizando un trabajo que nadie sino él mismo había de ver. Hay que suponer, por otro lado, que el preso quiso aprovechar la oportunidad que ahora se le presentaba de realizar una tarea tan congénita con su naturaleza como era la de escribir, tarea que además de ser llevada a cabo de forma inteligente, podía influir mucho en su suerte. Incluso hay que pensar que su vanidad no pudo permanecer insensible ante esta última perspectiva. Lo que a Bakunin le halagaba sobre todo era que la invitación procediera de donde procedía y que estuviera, además, concebida en unos términos rayanos en la deferencia. También le halagaba, como autor (Bakunin era consciente de la elevada calidad de su talento literario), que se le pidiera la redacción de una *apología pro vita sua* destinada a ser leída por ojos imperiales. Esa tarea constituía, en suma, un agradable contraste con aquellos interminables y deprimentes interrogatorios a que se le había sometido en Sajonia y en Austria. Bakunin se sentó, pues, a la mesa y empezó su trabajo. Al cabo de dos meses había terminado, y remitido al zar, una *Confesión,* cuidadosamente escrita, de treinta mil palabras. Y por más que él mismo declare, en más de uno de los pasajes de esta obra, que la tarea fue ardua y difícil, la fruición con que la llevó a cabo salta a la vista en cada una de sus páginas. En claridad y vigor de expresión, esa obra figura entre las mejores de todas sus composiciones literarias.

La *Confesión* de Bakunin, ofrecida por vez primera al mundo en 1921, a los setenta años justos de haberse escrito, es un curioso documento histórico. Su autor empieza con la altiva declaración de que, aunque todavía esté perdido, su honor permanece intacto, y que él

nunca delatará, nombrándolo por su nombre, a ninguno de los que en él depositaron su confianza. Luego sigue con una detallada y exacta (en lo esencial, aunque no en todos los aspectos completa) narración de sus actividades desde el mismo día de su salida de San Petersburgo —junio de 1840— hasta el de su detención —mayo de 1849— en Dresde. Su redacción viene expresada en términos del arrepentimiento más servil y abyecto que darse puede. Bakunin confiesa ser merecedor de los castigos más duros contenidos en la legislación rusa, incluido el castigo corporal. Sus pensamientos y acciones habían sido «ridículos, insensatos, presuntuosos y delictivos en grado sumo: delictivos contra Vos, mi EMPERADOR; delictivos contra RUSIA, mi patria; delictivos contra todas las leyes, tanto las políticas como las morales, lo mismo las divinas que las humanas». Antes había sido capaz de ahogar la voz de la conciencia que le recriminaba la perversidad de su conducta, pero ahora se congratulaba de que su detención hubiera puesto coto a los males que su «vida ociosa, inútil y delictiva» había estado causando. Por último, se presenta ante Nicolás «como un hijo pródigo, descarriado y pervertido aparece ante su ofendido y airado padre». Y firma: «el arrepentido pecador, Miguel Bakunin».

Pero el más sutil e insistente *leitmotiv* de la *Confesión* es su odio a los alemanes y su afecto por los eslavos. Es evidente que todo estaba calculado para ganarse el favor del zar. Así, pues, no desperdicia ocasión de mofarse de la forma más despiadada de los alemanes. «¿Existe un ser más digno de lástima, más ridículo —se pregunta ya casi desde el principio de su escrito— que un profesor alemán y hasta de un alemán cualquiera?» Y en sus diatribas contra los alemanes, llega todavía más lejos:

En la Europa occidental, a dondequiera vuelva uno los ojos, no ve sino decadencia, encanijamiento, falta de fe y podredumbre moral, consecuencia todo ello del descreimiento... La cultura ha llegado a ser, para los occidentales, sinónimo de perversión, lo mismo del corazón que del intelecto, sinónimo, en suma, de impotencia, de decaimiento. Y en medio de esta corrupción general, el único que ha conservado su prístina lozanía ha sido el pueblo trabajador francés.

Los demócratas alemanes no paraban de ensalzar la libertad en su casa, mientras se la regateaban a los eslavos de Poznan y de Bohemia, como también a los daneses del Schleswig-Holstein. Tan odiosos se le habían hecho los alemanes, que a través de sus viajes por Alemania «no tenía la suficiente paciencia para aguantar siquiera una conversación con cualquiera de ellos, como tampoco podía oír hablar el alemán o escuchar una voz alemana sin que le invadiera una sensación de repugnancia». Y recordaba que, en cierta ocasión, al ser abordado por

un mendigo alemán le costó un gran esfuerzo contener el deseo de abofetearlo.

A esas manifestaciones de teutofobia, contrapone su encendido patriotismo eslavo. Hasta cuando se alió con Prusia contra Rusia sabía que «en el momento mismo en que los alemanes intentaran poner un solo pie en suelo eslavo, él se convertiría en su más implacable enemigo». La misión de los eslavos consistía en «la renovación del decadente mundo occidental». El desiderátum de Bakunin era «la liberación final de las tribus eslavas del yugo extranjero». En la libre federación de los pueblos eslavos entrarían igualmente los magiares, los valacos y tal vez hasta los griegos, y se echarían los cimientos de un gran estado oriental libre —con su capitalidad en Constantinopla—, destinado a ser enfrentado contra la decadente civilización occidental. Y si bien era cierto que en los planes de Bakunin iba incluida la revolución rusa para derrocar al zar, no era menos cierto que, en sus sueños de futura grandeza eslava, su corazón de ruso estaba en el sitio en que, como buen patriota, le correspondía estar. [2]

La *Confesión* seguirá siendo un insoluble rompecabezas para todo el que emprenda la tarea de intentar resolverlo mediante el simple análisis de un determinado acto, o explicarlo fundándose en un solo motivo o en un coherente complejo de motivaciones. La hipótesis más sencilla es, sin duda, la de considerar la *Confesión* como una obra maestra de hipocresía encaminada a echar humo a los ojos de Nicolás e inducirle a aliviar la suerte del prisionero. Ese motivo aparece con toda evidencia en muchas de sus páginas. No obstante, la motivación resulta, por distintas razones, insuficiente e inadecuada para explicar la totalidad de la *Confesión*. En ésta se hallan, desde luego, ciertas frases escritas con indudable sinceridad, pero están en flagrante contradicción con cualquiera de los puntos de vista hasta aquí expuestos. El generoso tributo de admiración que Bakunin dirige al celo revolucionario de los trabajadores franceses durante las jornadas revolucionarias del 48 era evidente que iba a causar al zar tan poca satisfacción como la temeraria declaración de que la mayoría de los males que aquejaban a Rusia eran debidos a la ausencia de una libre opinión pública. Y aun cuando humildemente reconoce que sus errores tuvieron su arranque en «el morbo de la filosofía», confiesa, en cambio, con todo candor, sus dudas sobre si está o no todavía «completamente curado de ella». Es de suponer que la reiterada declaración de no querer descubrir los nombres de sus compañeros no fuera sino un intento de poner de relieve su pundonor o una excusa que a sí mismo se daba por su claudicación al acceder a escribir su *Confesión*, *Confesión* que, por otra parte, fue recibida por Nicolás —como no podía ser de otra manera— como un gesto de desafío.

Son igualmente insostenibles las otras hipótesis sobre una bien urdida mixtificación. La hipocresía como sistema estaba reñida con el carácter de Bakunin. En el largo y vario acontecer de su vida se vio obligado a engañar con frecuencia a otras personas, pero en casi todos esos casos se había engañado antes a sí mismo. Además, sus propias afirmaciones ulteriores son, según parece, concluyentes. Desde Siberia escribió a Herzen que habia hecho a Nicolás, «aunque con determinadas omisiones, una reseña de la parte de mi vida transcurrida en el extranjero, así como mis intenciones, mis impresiones y sentimientos». Después de esta carta, ya no se halla en su correspondencia ulterior ninguna otra referencia a su *Confesión.* Sólo en su vejez aludió a ella para calificarla de «gran error». Pero lo que podemos afirmar, después de consultada la abundante documentación de que disponemos, es que jamás echó mano al fácil recurso de alegar que la *Confesión* fue el producto de una magnífica y bien urdida estratagema.[3]

Tampoco resulta difícil averiguar la evolución del pensamiento de Bakunin mediante el cotejo de la *Confesión* escrita en la fortaleza de Pedro y Pablo con la *Confesión política* escrita en Königstein. Pese a las diferencias de estilo, tono y circunstancias, ambos documentos aparecen, con manifiesta evidencia, como el producto de idéntica postura mental enfrentada a los mismos problemas. La profunda, mutua aversión entre alemanes y eslavos —el hecho más sobresaliente de la situación internacional de aquellos días— está descrita en los dos documentos casi con las mismas palabras. En ambos, el objetivo es idéntico: la liberación y subsiguiente federación de los pueblos eslavos. No obstante hablar en la *Confesión política* de la enemistad germanoeslava como de un obstáculo pasajero (y que había que lamentar) a la realización de la libertad eslava en colaboración con la democracia alemana, en su *Confesión* Bakunin acepta, y saluda, tal enemistad como un hecho inalterable, y declara basar sus esperanzas de liberación de los eslavos en la iniciativa de la Rusia revolucionaria. Históricamente, y como reflejo de sus ambiciones en el momento de su detención, esto era falso. Sin embargo, parece ser que interpreta, con bastante aproximación, su forma de pensar en el tiempo en que escribió su *Confesión.* Lo que no se puede saber es hasta qué punto pudo Bakunin estar informado de la marcha de los acontecimientos en Europa durante los dos años de su cautiverio. Pero, cuando menos, es de suponer que estaría enterado del fracaso general de la revolución y del triunfo de la reacción. Hasta un liberal de la talla de Herzen, que no sabía lo que era una celda por dentro, fue presa del pesimismo entonces reinante en Europa. Razón por la cual debemos mostrarnos comprensivos a la hora de enjuiciar el profundo abatimiento moral de Bakunin. Al igual que Herzen, Bakunin desconfiaba de la Europa occidental, y en su deses-

peración ponía una vez más sus esperanzas en Rusia. A raíz de su amistad con Proudhon había dejado de tener fe en la democracia constitucional (en un pasaje de su *Confesión* expresó su desdén hacia los parlamentos y los gobiernos representativos), y antes que Herzen siguiera igual camino unos años más tarde, estuvo tentado de contemplar, si no a través de una óptica favorable, sí con cierta tolerancia, las posibilidades de una autocracia ilustrada.

La *Confesión* terminaba con dos peticiones al zar. En la primera, Bakunin suplicaba que no se le dejara «pudrir en una fortaleza». Los castigos corrientes en Rusia eran el destierro a Siberia, el confinamiento en uno de los grandes establecimientos penales de ese territorio y los trabajos forzados en las minas. El encierro celular era un método alemán, no aplicado en Rusia sino en muy contadas ocasiones, y sólo en los casos de detención provisional. El suplicante pidió, por lo tanto, que se le enviase a Siberia. Cuanto más duro fuera el trabajo a que se le destinara, tanto más satisfecho se sentiría, porque así se olvidaría más fácilmente de sí mismo. Al mismo tiempo imploraba al zar que «no se le castigara por los delitos cometidos en Alemania con un castigo alemán». Bakunin se sentía satisfecho de haber escrito este último epigrama, que, según parece, repitió muchos años más tarde a sus amigos. Y ésta es, precisamente, la única frase de la *Confesión* que, con cierto aliño literario, fue citada por dos de los biógrafos de Bakunin pertenecientes a la siguiente generación.

La segunda petición no es menos significativa que la primera. El paso de los años había ido cortando, uno a uno, los vínculos externos que antes mantuvieron unido a Bakunin con el hogar de su juventud. La última vez que escribió a sus familiares lo hizo desde París, el año 1845. En esas sus últimas cartas todavía se lamentaba de la falta de contestación a otras suyas escritas anteriormente. Desde aquellos días había reinado el más absoluto silencio por ambas partes. No hay duda de que era peligroso para quienes quedaron en Rusia mantener correspondencia con tan notorio revolucionario, por más que se tratara de un hijo o de un hermano. Y por lo que a Bakunin se refiere, estuvo durante aquellos años demasiado inmerso en el mar de la revolución como para tener tiempo para pensar en quienes años antes constituyeron toda su vida. El silencio de la celda carcelaria y el regreso a su tierra natal tuvieron la virtud de hacer revivir los fantasmas del pasado. Premujino había sido en otro tiempo para Miguel el centro, la esencia misma de Rusia. Era, pues, lógico que ahora aquel gigante desamparado, que había ido desprendiéndose una a una de las turbulentas emociones de los últimos años, volviera a rememorar, en secreta soledad, los dulces y a la vez amargos recuerdos de la infancia. Solicitó, en consecuencia, autorización para ver a su familia «por una sola y

última vez», y decirles adiós, si no a todos, cuando menos «a mi anciano padre, a mi madre y a una querida hermana que no sé si todavía vive o si ha muerto». Si las dos peticiones formuladas le eran concedidas, concluía Bakunin, «bendeciría a la Providencia que permitió que de las manos de los alemanes pasara a los paternales brazos de VUESTRA IMPERIAL MAJESTAD».

La *Confesión*, copiada con buena caligrafía por uno de los oficinistas de Orlov, fue debidamente presentada al zar, quien la leyó con excepcional atención. La naturaleza humana es sensible a la lisonja, aun cuando su recipiendario tenga motivos para dudas de su sinceridad, y los cumplidos, por más que aparezcan dictados por el interés, no dejan de ser menos bien recibidos. A Nicolás le causó una agradable sensación de poder el que aquel ex alférez de artillería, que había declarado la guerra a la mitad de los tronos de Europa, se postrara, tan desamparada como abyectamente, a los pies del zar de todas las Rusias. Su vanidad se sintió halagada por el hecho de que se dirigiera a él, precisamente en unos términos de tan humilde contrición y de tan servil adulación, aquel rebelde tan orgulloso y de lengua tan suelta. Y lo que particularmente le hizo muy buen efecto fue cuando Bakunin, permitiéndose una sentimental digresión por el campo de sus reminiscencias, recordó una visita que, en su campamento de verano, hizo Nicolás a los cadetes de Artillería, y el «inefable entusiasmo» y la «temblorosa veneración» con que su aparición fue saludada. Nicolás estaba acostumbrado a oír tales cumplimientos, pero nunca se los había dirigido un Miguel Bakunin. Se sentía, repetimos, satisfecho, y su satisfacción le inclinaba a leer, con más benevolencia de la que él mismo se creía capaz, la parte narrativa de la *Confesión*. Excitaban particularmente su más cálida aprobación aquellos pasajes relativos a los defectos del carácter y de la filosofía alemanes, pasajes que iba acotando con exclamaciones marginales, tales como «Cierto», «¡¡¡Una verdad como un templo!!!», «¡¡¡Una incontestable verdad!!!», o, simplemente, «N. B.». Cuando terminó la lectura escribió en lo alto de la primera página una nota dirigida al heredero del trono, el futuro zar Alejandro II: «Merece la pena de que lo leas; es muy curioso e instructivo».

Ahora había que tomar una decisión sobre las dos peticiones de Bakunin. «Todo pecador —había escrito Nicolás sentenciosamente, al margen de la *Confesión*— puede salvarse por el arrepentimiento si es sincero.» Pero no convenía llevar los principios demasiado lejos. Además, la desafiante negativa de Bakunin a comprometer a sus cómplices despertaba ciertas dudas sobre la sinceridad de su arrepentimiento. Nicolás consideró entonces que no había que obrar con prisas. En cambio, no había ningún inconveniente en que se le dejara ver a algunos miembros de su familia. La humilde actitud en que se había colocado le hacía

acreedor, cuando menos, a esta gracia. El conde Orlov envió un despacho oficial a Alejandro Bakunin informándole de que el zar se había dignado concederle autorización a él y a su hija Tatiana para que pudieran visitar a su hijo Miguel, «actualmente preso en la fortaleza de Pedro y Pablo». Éstas fueron las primeras noticias auténticas que de Miguel llegaron, después de seis años, a su familia.

* * *

En la última década se había producido la dispersión de la joven generación de Premujino. Varvara, a su regreso del extranjero, se había reconciliado con su marido, justificando la opinión de sus padres de que Miguel había sido el principal causante de la desavenencia matrimonial. La agraciada Alejandra, que en un tiempo hizo que anduviesen de cabeza Belinski y Botkin, estaba casada con un oficial de caballería apellidado Wulf y era madre —una madre ejemplar— de una numerosa prole. Nicolás, casado también, llevaba una vida irreprochable en una finca situada en las cercanías de Premujino. Ilia, que unos años antes había provocado cierto escándalo doméstico al desafiar al marido de Varvara a un duelo, vivía actualmente en Kazán, dedicado a la agricultura. Los tres muchachos que se escaparon del colegio de Tver se hallaban todavía en los bulliciosos veintitantos años. Pablo era el que más se parecía a Miguel en vivacidad imaginativa y en el desprecio por los convencionalismos, razón por la cual era mirado con cierto recelo y temor por sus amigos, quienes le consideraban un «hegeliano acérrimo». A pesar de todo, su conducta social era bastante ortodoxa, y llevaba ya varios años ocupando un cargo oficial en Simferopol, capital de Crimea. Alexis, el menor y el menos alto de los hermanos, era el único que desde hacía algún tiempo vivía fijo en Premujino. A Alejandro, el penúltimo, se le tenía por el descarriado de la familia. Había abandonado una cátedra de Derecho de la Universidad de Odesa para fugarse con una mujer casada, y aún no había salido del embrollo que ya se metió de cabeza en otro enredo igualmente comprometedor, aunque no tan escandaloso, con Natalia Beyer. La tragedia se había cebado en la familia Beyer. Alejandra había muerto. Y Natalia aún conservaba a los treinta y cinco años el apasionado atolondramiento de los veinte. Alejandro, indigno sucesor de Nicolás Stankevich y de Miguel, pronto se cansó de las vehemencias de la Beyer.

A lo largo de los seis últimos años, Tatiana, convertida en una dramática y solitaria figura, había seguido cuidando a sus padres, sirviendo a veces de eslabón entre los hermanos y hermanas (entregados todos a sus propios quebraderos de cabeza) y pensando a menudo y con angustia en Miguel, a quien los demás hermanos habrían preferido

olvidar. Para ella, Miguel era todavía «la piedra angular de nuestra casa, sin la cual nuestra familia se ha desintegrado». Buscó consuelo en la religión, y escribió mucho acerca de Dios y de la resignación y de algún remoto y mejor porvenir, en el que todos sus adorados hermanos y hermanas, entre ellos «el que está lejos de nosotros pero que no nos olvida», se reunirían «con tanto entusiasmo y tanta fe en Dios y en la vida como cuando nos separamos».

Los años no habían conseguido aligerar la pesada carga de Tatiana. Su efímera pasión por Turgueniev se había amortiguado pero no extinguido del todo, habiendo dejado tras sí una llama silenciosa, una pasión defraudada, no por el instrumento casual, incidental, que la había encendido, sino por la realización en sí del amor. Ella misma habla sobre este punto en alguna de sus cartas a Pablo y en uno de sus raros momentos de exteriorización de sus sentimientos.

Mi amor por Turgueniev no cabe en ninguna de vuestras categorías. Llámale locura si tú quieres. Estaba, sencillamente, enamorada, y antes de que pudiera darme cuenta pasé días tan pletóricos de sentimiento que aún ahora su solo recuerdo me produce un inefable deleite... Vivía entonces con todo mi corazón, con toda mi alma, y mis venas latían con fuerza inusitada; todo lo que me rodeaba aparecía transfigurado. ¿Por qué debo ahora renunciar a todo aquello? Desde entonces no he vuelto a sentirme tan feliz. ¿Y he de decirte, Pablo, lo que pienso? Pues pienso y creo que no existe goce mayor para una mujer, que no hay mayor felicidad para ella que tener un amor como éste. No, nada hay en la tierra —ningún saber, ninguna idea— que pueda sustituirlo. Siempre esa mujer encontrará a faltar ese amor, y su ansia de felicidad permanecerá eternamente insatisfecha.

La salud de Tatiana estaba amenazada. Pasó cuatro años en la Crimea, parte de ellos con Pablo y parte con Alexis. Y fue precisamente en aquellos años que ella realizó su último y desesperado intento de conquistar la tan anhelada felicidad. Se enamoró —o al menos ella lo creyó— de un músico bastante conocido llamado Serov. Parece que éste era un débil juguete entre las garras de una amante sin escrúpulos, y Tatiana creyó que la fuerza de su amor sería suficiente para rescatarlo de su prisión. Tal vez en ese sentimiento de Tatiana hubiera más piedad que pasión. Total, que su intento fracasó. Y desde aquellos días su corazón seguía callado. En el verano de 1851 regresó a Premujino. Tres meses después se recibió la invitación del conde Orlov para ver a Miguel en la fortaleza de Pedro y Pablo.[4]

El anciano Alejandro Bakunin andaba ya en los ochenta y tres años y se había quedado totalmente ciego. Los tres días de camino hasta la capital suponían una empresa superior a sus fuerzas. Conseguida la

autorización para que el hermano mayor de Miguel pudiera sustituir al padre, a finales de octubre Nicolás y Tatiana llagaban a San Petersburgo. No existe documento alguno que nos facilite siquiera un pequeño indicio de lo ocurrido en este primer encuentro, después de nueve años de separación. Lo único que sabemos de esa visita es que, según dijo Miguel, «devolvió la paz y el calor a su corazón» y que fue para Tatiana como «el renacer de una esperanza que iluminó nuestra vida». La madre escribió a su arrepentido hijo una carta llena de inusitada ternura, y la terminaba con una bendición paternal, dictada por el anciano Alejandro, a quien, después de un largo forcejeo, se le convenció de que lo hiciera. A esa visita siguió una correspondencia bastante regular, sólo ocasionalmente interrumpida por los caprichos del censor, entre Miguel y su familia. Pensar que sus cartas serían escrutadas por ojos extraños les tenía cohibidos a todos al escribirse. Esto explica que en las cartas que de ese período se conservan no haya más que noticias de carácter familiar y alguna que otra trivial reflexión. Particularmente las cartas de Miguel rezuman —cosa tan poco habitual en él— humildad y espíritu de benevolencia. Les confiesa a sus padres que él no había cumplido las «sagradas obligaciones» de un buen hijo, dándole gracias a Dios porque, después de todo, con sus «errores» no había perjudicado a nadie sino a sí mismo. Instaba, además, a sus hermanos a que se guardaran de imitar su ejemplo y no siguieran su camino. Pidió también perdón a Varvara por la hostilidad con que había tratado a su marido. Nada había en esas cartas —según se lamentaba Pablo— que permitiera identificar al Miguel que antes habían conocido. Con todo, sirvieron para reavivar recuerdos extinguidos hacía muchos años y para restablecer contactos rotos hacía tiempo. Para Miguel, Premujino volvió a ser, como lo fue en su infancia, su «único interés viviente». Cuando escribía a sus hermanos y hermanas se sentía «más fuerte y más joven», y éstos ya no veían en él el espectro sombrío de un ayer ya sepultado, sino a un ser vivo que, aunque temporalmente separado de su vista, poseía una personalidad tangible y un sitio permanente. [5]

Las celdas reservadas a los presos políticos en la fortaleza de Pedro y Pablo tuvieron durante el siglo diecinueve una pésima fama por su oscuridad, su humedad y sus deplorables condiciones sanitarias. En el aspecto material, Bakunin había perdido con respecto a la prisión austríaca. Pero en otros aspectos, para él mucho más importantes que los puramente materiales, disfrutaba de una mayor tolerancia, por lo que hay que creer que sus constantes tributos de gratitud a la «humanidad» de sus carceleros no eran totalmente sinceros. Se le permitía recibir, a más de sus ya autorizadas entregas de novelas y libros de carácter científico, un periódico y varias revistas, rusos todos, y se le consentía

que siguiese las corrientes del pensamiento europeo a través de las páginas de la *Revue des Deux Mondes*. Durante el segundo invierno de su confinamiento en Rusia, desde Premujino le mandaron una camisa de dormir forrada con pieles de ardilla, varios pantalones y unos pares de zapatos. Y, entre otras amenidades, se le permitió tener en su celda dos canarios enjaulados. [6]

En el mes de julio de 1852 Miguel recibió otra visita de Tatiana, y en febrero de 1854 la de Tatiana y Pablo. Los dieciocho meses transcurridos entre esas dos visitas constituyeron, según nos permiten deducir los documentos consultados, el punto crucial de su cautiverio. Su salud empezó a resentirse seriamente. Padeció de hemorroides y de escorbuto (avitaminosis), y tuvo trastornos fisiológicos producidos por el régimen alimenticio de la prisión y la ausencia total de ejercicio físico, tan esencialmente necesario para su corpulenta y fuerte constitución. Los dientes empezaron a caérsele y se quejaba de frecuentes dolores de cabeza, de dificultades en la respiración y de ruidos, como de agua hirviendo, en los oídos. Con su abotagada y lacia figura, desdentado y la barba sucia y desgreñada, estaba a mil leguas de parecerse al robusto, casi acicalado y joven gigante que un día ingresó en la prisión de Sajonia. Una ojeada al espejo le bastó para recular, casi horrorizado de sí mismo. [7]

Tatiana y Pablo permanecieron más de una semana en San Petersburgo, siéndoles permitido que visitasen a su hermano varias veces durante su estancia en la capital. En una de esas entrevistas Miguel pudo entregar subrepticiamente tres notas a Tatiana, escritas a lápiz en otras tres páginas arrancadas de un libro, dos de ellas escritas en francés y otra en ruso. Estas notas fueron la única manifestación libre de su pensamiento en todo el tiempo de su vida de condenado. A través de ellas se le ve como a un animal cogido en la trampa. Nos revelan igualmente las quejumbrosas pequeñeces y las minuciosidades del ser humano que ha vivido años enteros en única y exclusiva sociedad consigo mismo.

No puedes imaginarte lo que supone el sentirse enterrado en vida, diciéndote constantemente, día y noche: soy un esclavo, soy un ser aniquilado, reducido a perpetua impotencia, escuchando desde tu cubículo los rugidos de la lucha que se va acercando y que va a decidir los intereses más vitales de la humanidad..., y viéndote forzado a permanecer inactivo, atado de pies y manos, silencioso, como un trasto inútil. Tener todo un almacén de ideas en la cabeza y no poder llevar a la práctica ninguna de ellas; sentir el amor bullir en tu corazón —sí, el amor—, a pesar de esta petrificación exterior, y no poderlo poner en algo o en alguien. Sentirte lleno del afán de ofrecer tu abnegación y el heroísmo de que te sientes capaz al servicio de una causa sagrada y ver que tu entusiasmo

se estrella contra las cuatro paredes desnudas, tús únicos testigos, tus únicos confidentes.

¡Ésta es mi vida! Y esto no es nada comparado con una idea mucho más terrible: la de saberte condenado, a causa de semejante existencia, a terminar tus días en la idiotez más absoluta. Encierra a los mayores genios conocidos en una prisión como la mía y verás cómo, al cabo de pocos años, un Napoleón se habrá convertido en un ser estúpido y el mismo Jesús en un malvado. Y por lo que a mí respecta, yo, que no poseo la grandeza de Napoleón ni soy infinitamente bueno como Jesús, necesitaré mucho menos tiempo que ellos para estar completamente embrutecido.

Miguel llegó incluso a sospechar que Tatiana se había vuelto indolente. Era —sospechaba Miguel— «demasiado tímida, demasiado provinciana» para atreverse a poner en conocimiento de las autoridades la situación real de su hermano.

Has caído en una deplorable apatía y en una resignación de signo netamente cristiano. Has realizado, sin la menor duda, ciertas gestiones, pero te has dejado amilanar por tu primer desencanto, no quedándote más esperanza que la que tienes puesta en Dios. Yo no soy cristiano, y no creo, por lo tanto, en la resignación.

Luego —en su tercera nota— se presenta a sí mismo como un ser egoísta; declara su confianza en que «su dulce providencia de Premujino ya ha despertado de su sueño», y notando, por vez primera, el semblante enfermo de Tatiana, se apresura a rogar a Pablo que la lleve a un buen médico de San Petersburgo. [8]

* * *

Algunas semanas después —en mayo de 1854— Bakunin fue trasladado desde la fortaleza de Pedro y Pablo, donde estuvo encerrado durante casi tres años, al presidio de Schlüsselburg, a orillas del lago Ladoga. La guerra de Crimea era inminente, y el temor de que fuera bombardeado San Petersburgo por la flota inglesa había aconsejado esa precaución. Pero el acontecimiento más importante que aquel año sufrió la familia Bakunin no tuvo nada que ver con los asuntos públicos ni con el preso de Schlüsselburg. En el mes de diciembre moría, a los ochenta y tres años, Alejandro Bakunin. [9]

Este esperado desenlace supuso para la viuda, no obstante lo apegada que estuvo siempre a su marido, la liberación de toda una vida de obligaciones. De los cuarenta y cuatro años de vida matrimonial, los primeros treinta los había dedicado a la crianza de los hijos, y el resto al cuidado de un anciano inválido. A los sesenta y dos años, Varvara

Bakunin descubrió nuevas fuentes de energía. En toda su vida de casada no había llegado más allá de Tver y de Moscú, y ahora ya llevaba muchos años sin salir de Premujino. Tres meses después de la muerte de su marido, y acompañada por Alexis, tomó el tren —que acababa de inaugurarse— de San Petersburgo para poder visitar a Miguel. Cuando vio a su hijo mayor, en otros tiempos tan altivo y lozano y ahora convertido en una piltrafa humana a causa del duro y largo cautiverio, sus sentimientos maternales sufrieron una fuerte conmoción, haciendo revivir en ella toda su solicitud de madre. Durante los dos años siguientes estuvo constantemente dedicada a gestionar cerca de las autoridades el mejoramiento de la situación de su hijo.

Eran aquellos unos momentos bastante propicios. Nicolás I había fallecido (febrero de 1855), justamente un mes antes de la visita de Varvara Bakunin a San Petersburgo. Alejandro II le había sucedido en el trono, y ya se sabe que los nuevos gobernantes suelen, al principio, mostrarse más dispuestos a la clemencia que los antiguos. Poco después de la muerte de Alejandro Bakunin, sus hijos se enrolaron voluntariamente en el ejército, y cinco hermanos al servicio del zar no dejaba de constituir un poderoso alegato para la defensa de cualquier preso. Además, Ekaterina Bakunin, sobrina de Alejandro y por lo tanto prima hermana de Miguel, había sido condecorada por sus notables servicios como directora de las enfermeras del frente de Crimea. Debido a su cargo gozaba de cierto favor en la corte, y a Ekaterina se dirigió la madre de Miguel suplicándole su intervención en favor del primo encarcelado.

La primera instancia de Varvara Bakunin, en la que suplicaba al zar que se dignase autorizar a Miguel a «encuadrarse, al lado de sus hermanos, en las primeras filas de vuestro heroico ejército y hallar en el combate una honrosa muerte, o bien conquistar con su sangre el derecho a llamarse mi hijo», fue redactada en San Petersburgo inmediatamente después de su primera visita a Schlüsselburg. Pero esa solicitud no obtuvo respuesta; habiendo tenido su madre que contentarse con mandarle a Miguel paquetes de comida, en los que incluía quesos de calidad y las mejores setas de Premujino. En el mes de enero de 1856 Varvara Bakunin visitó nuevamente a Miguel en Schlüsselburg. Al ver el progresivo empeoramiento de su hijo, recurrió a la autoridad competente para que se le proporcionase algún trabajo y los medios de realizarlo, permitiéndole tener en su celda un banco de carpintero. La petición la trasladaron al zar, y, como la anterior, fue desestimada. Con todo, la incansable madre no perdió la esperanza. En agosto se trasladó una vez más a Schlüsselburg, desde donde escribió una nueva solicitud —esta vez dirigida al príncipe Dolgorukov, quien había sustituido a Orlov en el cargo de primer ayuda de campo del zar— en demanda de

la excarcelación de su hijo y ofreciendo, como garantía de la buena conducta de éste, la cabeza de sus otros cinco hijos, «tres de ellos padres de familia», cuya lealtad al trono no admitía la menor duda. Por último, en el mes de noviembre y aprovechando la visita que Alexis, acompañado de Ekaterina Bakunin, hizo a Miguel, dirigió otra instancia al nuevo ministro de Asuntos Exteriores, el príncipe Gorchakov. Debe de haber sido a raíz de esta visita que Miguel —de acuerdo con lo que él contó años después a Herzen— suplicó a Alexis que le proporcionase algún veneno para acabar de una vez con aquella vida que ya no podía resistir, prometiéndole Alexis que si otra vez fracasaban los esfuerzos que se estaban realizando se lo traería. Pero sobre lo que no hay duda alguna es de que Alexis se llevó, el día que le hizo esa visita, una especie de código ideado por Miguel por medio del cual se le informaría, en forma de inocuas noticias familiares, el resultado de la solicitud que se había cursado.[10]

No deja de ser paradójico que al final Miguel tuviera que deber su liberación a una madre a la que nunca había querido y de quien durante su adolescencia y su juventud no había recibido más que tibias muestras de afecto. Pero está bien claro que la entrega de la madre a la causa de la libertad de su hijo, apoyada en las influencias que consiguió movilizar, fueron el factor determinante de la liberación de Miguel. A principios del mes de febrero de 1857 Miguel Bakunin recibió autorización para elevar una solicitud al zar, solicitud que, de ir redactado en los debidos términos, no dejaría —según se le prometió— de tener respuesta. No hay que decir que Miguel recibió esta noticia con sincera alarma, pues su prolongado cautiverio —según explicó a Dolgorukov— había embotado sus facultades hasta el extremo de que escribir le costaba un esfuerzo superior a su capacidad para el trabajo intelectual, mayormente cuando, como ahora, se le colocaba ante el miedo de ir demasiado lejos o, por el contrario, quedarse corto en la redacción de su escrito. Pero una vez empezada la tarea de escribir, las palabras fueron fluyendo de su pluma con bastante facilidad. Pensó que, estando ya su vida virtualmente terminada, lo único que importaba era no morir encerrado entre las cuatro paredes de un calabozo. Había sido tan grande el cáliz de humillación que le habían obligado a beber, que no era cuestión de retroceder si había que apurarlo hasta la hez. Y se humilló más profundamente, más abyectamente aún que las veces anteriores. Escribió con elocuencia, exaltando la magnanimidad del difunto zar y fustigando duramente sus propios errores y delitos, cosa que ahora hacía con más severidad que nunca al verse privado de la fortuna de demostrar con las armas en la mano —como podían hacer sus hermanos— la lealtad y el afecto a su zar y a su patria. Aunque todavía no era viejo por la edad, pues sólo tenía cuarenta y

cuatro años (en realidad, no había cumplido aún cuarenta y tres), sabía que no le quedaba mucho tiempo de vida. Sólo deseaba una cosa: «exhalar mi último suspiro en libertad, contemplar el cielo abierto y los verdes prados, ver la casa de mi padre, postrarme sobre su tumba, dedicar el resto de mis días a una madre que se ha desvivido por mí y prepararme para morir dignamente».

La solicitud del preso estaba fechada el 14 de febrero de 1857. Exactamente una semana después se le informó que el zar se había dignado darle a elegir entre permanecer donde estaba o ser desterrado a Siberia. No vaciló un momento en escoger la segunda alternativa, suplicando al mismo tiempo que se le concediera permiso para detenerse, pues quedaba en el camino de Siberia, en Premujino para despedirse de su hogar y de su familia, a los que ya no volvería a ver nunca más. La petición fue concedida. Al oscurecer del día 8 de marzo, escoltado por un coronel y dos gendarmes, se le condujo a San Petersburgo en un vagón especial enganchado a un tren de mercancías con destino a Tver. Al otro día llegaron a Premujino. [11]



Hacía casi diecisiete años que Miguel no había visto el único sitio que siempre siguió llamando su hogar, y al que no había de volver a ver más en los diecinueve años que le quedaban de vida. Todos sus hermanos habían acudido a recibirle. Durante el resto de su vida, todos ellos recordaron ese día de reunión familiar —en el que revivieron, en afectuosa comunión, los sagrados recuerdos de la infancia— como si se hubiese tratado de un milagro. Tal vez Miguel había dramatizado demasiado la escena de la reunión familiar al concedérsele permiso para esta visita. Y con idéntico sentimiento la esperaron todos sus allegados. Pero la realidad lleva en sí efectos dramáticos de implacable crudeza. Cuando Miguel pisó nuevamente el amado suelo familiar, su corazón se vio invadido por un profundo sentimiento de frustración. El contraste entre este regreso al hogar y los anteriores regresos de su juventud; entre el brillante y aplomado joven rebelde y el deshecho y prematuramente envejecido preso que ahora llegaba custodiado por unos guardias y que había visto humillado su orgullo ante el opresor y vendido su alma por una ilusoria libertad física, era demasiado intenso y cruel. La vista de aquellos a quienes había conocido en otras condiciones y que le habían considerado su director y su héroe, paralizó su corazón y su cerebro. Con nadie habló abiertamente y con júbilo. Contempló con indiferencia los rostros queridos y el escenario en otro tiempo tan familiar, y dedicó la mayor parte de las horas que estuvo en su casa a jugar a las damas con la vieja nodriza de la familia, sumido en aquella «idiotez» que había previsto como inevitable resultado de su prolongado encierro. A la mañana siguiente, hundido

aún en la apatía y en el silencio, salió de Premujino, conducido por sus guardianes, camino de Siberia.[12]

Años después, Alejandro le visitó en Londres y Pablo en Italia. Los demás le vieron por última vez cuando el trineo se alejaba lentamente entre la inmensidad nevada.

NOTAS

1. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 100-101, 206; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomaaov, pp. 70-71.
2. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 99-207.
3. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 366; Ross, *Katorga i Ssylka* (1926), n.º 5, pp. 148-9.
4. Kornilov, *Gody Stranstviya*, pp. 268, 277-40.
5. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 207,8, 222-3; Kornilov, *Gody Strantsviya*, pp. 447, 469 478, 485.
6. Steklov, *M. A. Bakunin*, I, 330-32.
7. Kornilov, *Gody Stranstviya*, p. 492.
8. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 243-8.
9. *Materiali*, ed. Polonsky, I, 275.
10. *Materiali*, ed. Polonsky, I, 276-81; *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 269; Kornilov, *Gody Stranstviya*, pp. 505-62.
11. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 270-79.
12. Kornilov, *Gody Stranstviya*, p. 563.



18

LA AVENTURA SIBERIANA

Viajando en trineo-posta por la carretera general de Siberia, a los dieciocho días Bakunin y sus guardianes llegaron a Omsk, capital de la Siberia occidental, localidad en la que éstos dejaron al deportado y regresaron inmediatamente a San Petersburgo, llevándose una carta de Miguel para el príncipe Dolgorukov y otra para su madre. En la primera de esas cartas —redactadas en el bajo y adulador estilo que ya se había convertido en su segunda naturaleza— expresaba su «sincera y profunda» gratitud al príncipe por su «poderosa intercesión». En la segunda se lamentaba de que el dinero que se le había proporcionado para el viaje hubiese sido insuficiente. Después de despedirse de sus acompañantes, se puso a deambular por las calles de Omsk, libre nuevamente tras ocho años de cautiverio. Como lugar de residencia se le había designado un remoto distrito de la provincia de Tomsk. Sin embargo, una vez llegó a esta ciudad, y pretextando su falta de salud, solicitó que se le dejase permanecer definitivamente en Tomsk, lo que le fue concedido. Como se ve, no tardó ni un minuto en conseguir la primera mitigación de su condena.[1]

La sociedad siberiana, a mediados del siglo pasado, estaba dividida en tres categorías: los funcionarios, los comerciantes y los exiliados políticos. En un sitio de tan escasa población y tan aislado no cabía la discriminación. Las tres clases convivían libremente, con la particularidad de que los exiliados —por regla general gente muy inteligente y con personalidad —gozaban de la estimación y del respeto de todos. Y por más que se tratara de residenciados políticos, eran considerados como la crema de la cultura siberiana. En tan abigarrada como poco exigente sociedad, Miguel Bakunin no podía dejar de ser acogido con agrado. Los primeros meses de su permanencia en Siberia los dedicó,

como era lógico, a la recuperación de su salud moral y física. El cálido aliento de la vida tuvo la virtud de reanimar su organismo y su espíritu.

Pero a medida que iba recuperando su perdida vitalidad y se le borraban los recuerdos de la prisión, le eran cada vez más intolerables las condiciones de su nueva vida. Los barrotes de su antigua celda se habían trocado en la traba con que se coartan los movimientos del animal doméstico. El círculo en que le era permitido moverse se le antojaba, tanto material como espiritualmente, insoportablemente reducido. El exiliado político estaba supeditado a sus propios recursos, y Bakunin no podía confiar en vivir indefinidamente del subsidio que recibía de Premujino. En determinado aspecto, su personalidad continuaba siendo la misma de antes. Todavía seguía creyendo en la posibilidad de hacer fortuna siempre que las circunstancias no le fueran adversas. Los depósitos auríferos del río Lena eran explotados a un ritmo acelerado. En Siberia no se hablaba de otra cosa más que del oro, y Bakunin no tardó en convencerse de que esa actividad industrial constituía la mejor oportunidad para un hombre de su temple. Pero, ¿de qué le servía a quien le estaba terminantemente prohibido alejarse más de treinta verstas de la ciudad de su residencia el rico campo aurífero del Lena, situado a más de mil seiscientos kilómetros de Tomsk? En el siguiente mes de agosto solicitó que le fuera levantada la restricción de las treinta verstas, permitiéndosele viajar libremente por toda Siberia con objeto de poder aliviar a su familia de la carga de su sostenimiento. La instancia, debidamente informada por el jefe de policía local, quien certificaba el «sincero y profundo arrepentimiento del solicitante», fue remitida a las autoridades de San Peterburgo. No obstante, Dolgorukov juzgó «improcedente» acceder a la demanda de Bakunin, y su escrito concluía secamente: «En cuanto a la ayuda que de sus familiares recibe, no es tan grande como para llevarles a la ruina». Así, pues, Bakunin tuvo que resignarse a pasar su primer invierno siberiano en los deprimentes alrededores de Tomsk.[2]



Pensó en otro medio de ganarse la vida, y al que en otro tiempo había recurrido en Moscú: dar clases. En Tomsk hizo amistad con un exiliado polaco llamado Tol, el cual, en los intervalos de lucidez (pues era excesivamente dado a la bebida, a la que recurría como antídoto contra la monotonía de la vida siberiana), se ganaba el pan cotidiano dedicándose a la enseñanza. Entre los alumnos de Tol se hallaban las dos hijas de un comerciante polaco, Ksaweri Kwiatkowski, afincado, desde hacía muchos años, en Siberia. Bakunin, ni corto ni perezoso, se ofreció para dar clases de francés a las chicas. La simpática familia Kwiatkowski vivía en una especie de chalet situado en las afueras de la ciudad. Bakunin pronto tuvo que darse cuenta de que, cuando no tenía nada en que ocuparse, instintivamente sus pasos le llevaban hacia

aquel chalet, y como eran raras las veces que estaba ocupado, no tardó mucho en ser asiduo visitante de la casa. Ésta fue la primera relación de intimidad humana —y el primer contacto femenino— que tuvo desde hacía casi diez años.

Durante toda su vida había estado rodeado del cariño y de la adoración femeninos, lo que se adecuaba a una fundamental necesidad de su temperamento. En el transcurso de su juventud pudo ver satisfecha esa necesidad, no obstante hallarse muy amortiguado en él, a causa de su impotencia sexual, el deseo de concentrar su emoción erótica en un único sujeto. A la salida del cautiverio se convirtió en un individuo solitario, en un ser humano a quien la vida había amarrado en una pequeña ciudad siberiana. Así, pues, se daban ahora todas las condiciones para que se enamorase de la primera joven que se cruzara en su camino y se detuviera a escuchar la historia de sus infortunios. Antonia, la mayor de las hermanas Kwiatkowski, satisfacía esas condiciones. Y así, antes de que terminase el invierno, Bakunin la pidió en matrimonio, petición que fue inmediatamente aceptada. [3]

Antonia Kwiatkowski tenía dieciocho años y era realmente hermosa, y lo que demuestra que lo era es que quince años después todavía los hombres la encontraban bella y seductora. Pero nos es imposible añadir una sola pincelada a este esbozo de retrato de la joven, puesto que no queda ningún recuerdo de cuanto ella dijo o escribió, a excepción de una sola carta. Se sabe que era en extremo parca en la expresión de sus pensamientos y sus sentimientos. Y hay quien incluso duda de que éstos llegaran a alcanzar nunca cierta profundidad. Su marido, al año de casados, alardeaba de que «ella compartía todas sus ambiciones y sus anhelos». Sin embargo, determinado observador, más imparcial que Bakunin, asegura que «ella se interesaba menos por las opiniones sociales que por la moda del año pasado». Y hasta el propio Bakunin tuvo que reconocer en cierta ocasión —en tono de broma, desde luego— que el único libro que su mujer había leído en toda su vida eran las *Causas Célebres*..., y todavía por las ilustraciones en que abundaba la obra. Aquellos que años más tarde los vieron juntos no se explicaban cómo pudo haberse llevado a cabo semejante matrimonio. Por lo que no es de extrañar que se hiciesen las más fantásticas hipótesis para explicarse tan raro fenómeno. Unos decían que Bakunin se había casado con Antonia para «salvarla de las proposiciones deshonestas de un hombre sin escrúpulos», y otros decían que la boda había servido sólo de tapadera de sus preparativos para fugarse de Siberia. En realidad no hubo ningún misterio en su matrimonio. Antonia era una de esas mujeres de temperamento pacífico y resignado, cuyo único anhelo consiste en hallar al hombre que les asegure el porvenir, ya que les horroriza la idea de abrirse camino por sí mismas. Además, hay que convenir en que en

Tomsk no abundarían tanto los pretendientes aceptables como para andarse con remilgos a la hora de la selección de marido. El desgarbado, desdentado y cuarentón Miguel Bakunin conservaba aún el mismo poder de seducción de antes de su cautiverio, y era, por añadidura, el hijo mayor de una distinguida familia rusa. Las facultades de Antonia, incluida la del amor, eran limitadas. Pero ella las puso, con agrado y sin reservas de ninguna clase, a los pies del hombre que la había hecho objeto de su preferencia.

El matrimonio en perspectiva puso sobre el tapete, una vez más para Bakunin, la cuestión económica. Como muestra de complacencia por el buen comportamiento del exiliado, las autoridades le ofrecieron un empleo, como «oficial de cuarto grado», en la administración. Aunque el empleo supusiera el tan deseado traslado a Irkutsk, capital de la Siberia oriental, el aceptarlo equivalía a rebajar la dignidad de un Bakunin, y el ofrecimiento fue rechazado. Bakunin se casó con Antonia a finales del verano de 1858. Ignoramos en qué proporción contribuyeron el padre de la novia y los hermanos del novio a la fundación y sostenimiento del nuevo hogar. Permítasenos, por otro lado, especular sobre si Antonia sabía de antemano que no existía el peligro de ver aumentado el número de bocas que hubiese que mantener. Pero sobre lo que no hay lugar a dudas es en que Bakunin se sintió, como marido, en el séptimo cielo.

> A los seis meses de vida matrimonial —escribió acerca de su mujer— no teme a nada y disfruta de todo como una criatura. La guardo como oro en paño, porque ella va a ser la gloria de mi vejez. [4]

* * *

Un nuevo, y muy importante, personaje aparece ahora en escena. Se trata nada menos que del general Nicolás Muraviev. Primo segundo de Miguel Bakunin por el lado materno, llevaba ya diez años en el cargo de gobernador de la Siberia oriental, y con la construcción del puerto de Nikolaevsk, en la desembocadura del Amur, había abierto al tráfico aquella inmensa región. Previamente, a principios de 1858, había conseguido del gobierno chino la firma de un tratado en virtud del cual pasaba a poder de Rusia todo el territorio situado al norte y al oeste del río. Tan señalados servicios prestados a su país le daban derecho a hacer ostentación de ciertas excentricidades. Pero cuando, apoyándose en su reciente victoria sobre los chinos, elevó al zar una petición de amnistía a favor de cuatro de los exiliados políticos, entre los que estaba su primo, no consiguió, a pesar de su prestigio, que su

demanda fuera aceptada. Bakunin tuvo ocasión de conocerlo personalmente hacia finales de 1858, con motivo de la visita de inspección que Muraviev realizó en Tomsk.[5]

La anciana Varvara Bakunin, como era natural, acudió al poderoso gobernador general, de cuya madre era prima hermana, suplicando su favor para su desgraciado hijo Miguel. Con todo, esta influencia familiar no basta para explicar por sí sola la singular atracción que había de surgir entre los dos primeros, atracción que más adelante dio lugar a las más severas críticas de sus amistades. Que aquel voluntarioso y arbitrario imperialista que acababa de anexionar al imperio de los zares una nueva y vasta provincia y el turbulento revolucionario que había pasado toda su vida en lucha contra toda clase de gobierno coincidieran (aunque ello fuera debido únicamente a las anormales y transitorias condiciones de la vida siberiana) en determinados puntos de sus respectivas líneas de pensamiento es un hecho explicable, en parte, por las circunstancias políticas de la época y, en parte también, por el temperamento impulsivo común a los dos familiares.

Entretanto, Nicolás I había bajado a la tumba en medio del escándalo que trajo la infausta guerra de Crimea. Soliviantada por la derrota militar, Rusia empezó a experimentar vagos anhelos democráticos. Alejandro II, hombre sincero, irresoluto y con ansias de popularidad, demostró cierta inclinación hacia esos anhelos. Tanto la corte como la *intelligentsia* se apresuraron a tomar ejemplo del zar, e iniciaron la discusión de proyectos como la liberación de los siervos, la redistribución de las tierras y la introducción del autogobierno local. Muraviev adoptó muy a gusto la moda del día. En Rusia había habido siempre liberales ilustrados incluso entre los propios gobernantes. Muraviev —a ejemplo de Catalina la Grande, que había mantenido correspondencia con Voltaire sobre los proyectos de reforma penal, y de Alejandro I, quien esbozó algunas constituciones modelo— no permitía que la teoría fuera un freno o un estorbo para su voluntad personal. Haciendo, como hacía, ostentación de los más admirables principios liberales y no tolerando más déspotas que el que él llevaba dentro ni más burócratas que los que ejecutaban sus órdenes, nada de extraño tiene que fuera considerado enemigo del despotismo y de la burocracia. Mientras los exiliados políticos no le llevaran la contra ni le ofendieran, estaba dispuesto a ser tolerante con ellos y a constituirse incluso en su protector. La notoriedad de los delitos políticos de su primo Miguel hacía que ese gesto protector resultase más llamativo aún. Pero a Muraviev le gustaban los gestos dramáticos.

Bakunin, en su presente situación, era más sensible que nunca a los beneficios de una poderosa protección. Y, por otra parte, su inveterada facultad para engañarse a sí mismo no había sufrido detrimento alguno

a pesar de las penalidades a que se había visto sometido en los últimos años. Su viejo amigo Herzen, radicado por aquel entonces en Londres, había fundado un periódico ruso titulado *The Bell.* Y cuando *The Bell* emprendió una campaña contra Muraviev, Bakunin saltó a la arena en defensa de su protector, defensa que consistió en tres largas cartas abiertas que ponían de relieve las cualidades morales de Muraviev —«abnegación, desprendimiento de sus propios intereses y generosidad principesca»—, presentándolo como a un «sencillo demócrata», enemigo de las clases privilegiadas, «revolucionario por temperamento» y que «no conocía más religión que la religión de la humanidad». Muraviev, aseguraba Bakunin, era «el único hombre investido de los poderes de la autoridad al que, entre todos los de Rusia, podemos y debemos llamar —sin que en ello haya la más leve exageración y en el pleno sentido de la palabra— nuestro».

Pero ni la credulidad ni la gratitud bastan para explicar por sí mismas ese apasionamiento de Bakunin, en cuya evolución política Muraviev tiene una participación importante. Ya en su *Confesión* había tenido la osadía de ofrecerle al zar la dirección de una federación paneslava revolucionaria que iba a regenerar a Europa. Y ahora traspasaba, con idéntica impetuosidad, una extraordinaria misión a Muraviev. La guerra de Crimea había tenido la virtud de inflamar el patriotismo eslavo. Las tan despreciadas potencias occidentales habían escamoteado Constantinopla —la futura capital de la federación eslava— a Rusia. El Imperio austríaco, principal espantajo de todo buen revolucionario, se había atraído el odio de los patriotas rusos por haber abandonado a Rusia cuando ésta más necesidad de ayuda tenía. Revolucionarios y patriotas se hallaban unidos, pues, por un odio común. «Muraviev —escribió Bakunin a Herzen, llevando el agua al molino del gobernador general— odia a los austríacos tan profundamente como yo mismo.» Muraviev estaba predestinado a ser el salvador, no ya sólo de Rusia, sino de toda Europa. Manteniendo unidos a los pueblos eslavos bajo su mando, le sería fácil deshacerse de los execrados austríacos y de los aborrecidos turcos. Muraviev no tendría necesidad de andar en cambalacheos con «constitución alguna ni con ningún parlamento de la nobleza saturado de verborrea». Su instrumento de gobierno sería una «transitoria dictadura de hierro», una «dictadura racional que, de acuerdo con sus convicciones, sería la única forma de gobierno capaz de salvar a Rusia». Tal era la extraordinaria forma que adoptaban entonces los sueños revolucionarios de Bakunin, quien había desechado para siempre el concepto de la democracia parlamentaria, y ahora la dictadura revolucionaria, en curiosa mescolanza con el fanatismo paneslavo, venía a ocupar el sitio de aquélla en su nuevo programa.[6]

En la primavera de 1849, cuatro o cinco meses después de la visita de Muraviev a Tomsk, Bakunin obtuvo permiso para trasladarse con su esposa a Irkutsk, donde se le había concedido un empleo en la Compañía del Amur —entidad fundada bajo los auspicios de Muraviev por un rico comerciante, Benardacci, para el desarrollo del comercio en la provincia recientemente anexionada—. Durante el verano siguiente Bakunin se dedicó a viajar por toda la Siberia oriental, con la misión de atender al desarrollo de los negocios de la citada compañía. En su calidad de viajante de comercio, disponía de plena libertad de movimientos. Su sueldo anual era de dos mil rublos, y pronto se lamentó de que su trabajo «no le reportaba ningún beneficio», por lo que en noviembre dejó el empleo y pidió a Benardacci que le proporcionase otra ocupación mejor remunerada. Es de presumir que Benardacci nunca se forjó ninguna ilusión acerca de las aptitudes de Bakunin como viajante comercial. No obstante, como buen comerciante que era, no desperdició la oportunidad de servir al todopoderoso gobernador general, dándole un nuevo empleo a Bakunin, quien, sin necesidad de dar un solo golpe, cobró cada mes su nueva paga.

En tan poco digna situación, Bakunin pasó dos inviernos más en Irkutsk. Pero ahora que había recuperado la salud y el vigor estaba menos resignado que nunca a pasar el resto de sus días en aquellas remotas inmensidades. Para conseguir su liberación, no dejó piedra sin remover. Así, pues, Varvara Bakunin solicitó el oportuno indulto para su hijo. Y Muraviev escribió nuevamente a Dolgorukov, asegurando al exiliado que antes de seis meses se hallaría de regreso en Rusia. Pero San Petersburgo siguió haciéndose el sordo. Había llegado, pues, la hora de la acción. Puesto que Rusia le cerraba irrevocablemente las puertas, los pensamientos de Bakunin se orientaron en otra dirección. A principios del año 1861 Muraviev se jubiló, siendo sustituido afortunadamente por el general Korsakov, una de cuyas primas, Natalia, acababa de contraer matrimonio con Pablo Bakunin. La suerte continuaba, pues, siéndole propicia. Ahora, después de que las conquistas de Muraviev habían abierto la ruta del Amur desde el Pacífico. Irkutsk —como insinuaba significativamente Bakunin— quedaba más cerca de Europa que el mismo Tomsk. El proyecto que bullía en su mente sería realizable si se contase con una primordial condición: el dinero, elemento esencial en toda empresa.[7]

Ante esta coyuntura, Bakunin sintió ciertos escrúpulos acerca de sus relaciones laborales con Benardacci, quien le había estado pagando el salario por espacio de dos años, a más de las dietas correspondientes —cinco mil y pico de rublos en total—. Bakunin debió de reconocer que sin haber movido una sola paja en beneficio de su jefe no podía hacer uso de un dinero que no se había ganado honradamente. En definitiva, no estaba bien que un Bakunin viviera a expensas de la caridad de un

comerciante cualquiera. Por lo tanto, no se quedaría satisfecho mientras no hubiese devuelto a Benardacci hasta el último rublo que en concepto de salario había percibido. Ahora bien, puesto que el dinero se había gastado, no quedaba más remedio que pedir a alguien un préstamo para poder reintegrar la cantidad. A tal efecto, escribió —en unos términos que él consideraba convincentes— a sus hermanos de Premujino. A ellos podía pedirles dinero sin tener que avergonzarse, porque el préstamo se haría con cargo a la hipotética parte de herencia que pudiera en su día corresponderle. Aun a riesgo de que la sospecha pueda interpretarse como una falta de consideración para el personaje objeto del presente estudio, uno se siente inclinado a suponer que lo que movió a Miguel a hacer esa petición de dinero no fue en modo alguno el quijotesco afán de devolver el préstamo a Benardacci, sino más bien la esperanza de hacerse con una elevada suma destinada a fines que de momento no podía ni debía declarar a nadie. Si efectivamente ése era su propósito, su plan fracasó totalmente, porque sus hermanos, conmovidos por su dramático alegato, enviaron el pago de la deuda directamente a Benardacci.

No sabiendo ya a quién acudir en demanda de dinero, Miguel decidió entonces encauzar su búsqueda en una dirección totalmente imprudente. Unos meses antes había escrito, con motivo de anunciarle su próximo matrimonio, a su antiguo enemigo Katkov. El móvil de la carta parece, a primera vista, enigmático. Pero, para su comprensión, conviene tener en cuenta que ya no le quedaban a Bakunin en Rusia más que contados amigos de antes, es decir, aquellos que habían «pertenecido al grupo Stankevich-Belinski». Katkov era uno de esos pocos, y, siendo ahora una figura destacada del periodismo —era director de una popular revista mensual—, probablemente dispondría de dinero en abundancia. Movido por esa esperanza, Bakunin le escribió una segunda carta insinuándole la necesidad en que se veía de pedirle un préstamo. Katkov, que era un cínico y no habría olvidado la mala fama que en cuestiones de dinero tenía Bakunin, optó por dejar la carta sin contestar. Ante ese fracaso, Bakunin se vio obligado a reanudar sus actividades de viajante de comercio. En la primavera de 1861, Sabashnikov, comerciante establecido en Kyajta, le ofreció mil rublos y un salario fijo para el futuro si quería emprender un viaje de negocios hasta la desembocadura del Amur. Por toda formalidad, Korsakov le pidió que le diese su palabra de honor de que estaría de regreso en Irkutsk antes de que, a causa de los hielos, se cerrase la navegación fluvial. Convenido todo, Bakunin obtuvo del complaciente gobernador una carta circular por la que se requería a los capitanes de los buques que navegaban por el Amur y sus afluentes que proporcionasen al viajante en cuestión el oportuno pasaje. Antes de su salida, confió su verdadero propósito

a unos pocos amigos de toda confianza. Se despidió de su mujer y de su suegro, dejando a ella en posesión solamente de sus deudas... y con la vaga esperanza de reunirse nuevamente con él —algún día y en algún lugar— si su intento tenía el éxito que esperaba y si el gobierno la dejaba salir del país. El día 5 de junio de 1861 salió Miguel de Irkutsk.[8]

* * *

El primer lugar que visitó fue Kyajta, donde cobró, además de los mil rublos ofrecidos por Sabashnikov, varios considerables anticipos de otros comerciantes para quienes llevaba determinados encargos; unos ingresos cuyo total ascendía, si hemos de creer la estimación oficial, a más de dos mil quinientos rublos. Desde Kyajta se dirigió a Stretensk, y desde aquí, en barco a vapor, a Nikolaevsk, puerto recién inaugurado en la desembocadura del río. A esta última localidad llegó el 2 de julio de 1861, después de recorrer en cuatro semanas los primeros tres mil kilómetros de su viaje.

Los siete días que pasó en Nikolaevsk constituyeron el período más crítico de su empresa, pues había alcanzado el límite confesable de su viaje. Continuar más allá de la meta asignada, o permanecer más tiempo del necesario en aquella apartada población, podría dar pie a las sospechas de las autoridades e inducirlas a tomar las pertinentes medidas preventivas. Por otra parte, ya no podía hacer uso de la circular de Korsakov (dirigida a los capitanes de los buques fluviales) para continuar su viaje. Además, los buques oceánicos no recalaban casi nunca en Nikolaevsk; su puerto de arribada más próximo era Kastri, en el litoral de la Siberia oriental. Uno de los barcos propiedad del Estado, el *Strelok*, iba a zarpar de Nikolaevsk con destino a Kastri el día 9 de julio, y Bakunin se las arregló de manera que consiguió que el jefe del Estado mayor del gobernador de la Provincia Marítima y cuyo nombre era Afanasiev dirigiese una recomendación al capitán del *Strelok* para que llevase hasta Kastri «al viajante Bakunin», quien haría el viaje de regreso siguiendo una ruta diferente. Como estaba anunciado, el día 9 de julio el *Strelok* se hizo a la mar llevando a Bakunin a bordo. A la altura del estrecho que separa la isla de Sajalin del continente asiático, el *Strelok* remolcó un barco de vela norteamericano —el *Vickery*— que hacía la escala comercial de los puertos japoneses. Y esta circunstancia deparó una oportunidad, que podríamos calificar de providencial, al viajero. Antes de soltar el cable del remolque, Bakunin había gestionado su trasbordo al barco americano, a lo que el capitán del *Strelok* no se opuso, toda vez que no había recibido instrucciones limitativas de los movimientos del pasajero que

se le había recomendado. El último puerto ruso de la escala del *Vickery* fue el de Olga, donde Bakunin, tentando por última vez a la Providencia, se alojó, mientras el barco permaneció en ese puerto, en casa del propio comandante militar de la plaza. Por fin, el 4 de agosto, Bakunin llegó a Hakodate, puerto japonés, asegurando al solícito cónsul ruso de aquella ciudad que regresaría a Irkutsk vía Shanghai y Pekín. El 24 de agosto estaba en Yokohama.[9]

En esta última ciudad sólo permaneció el tiempo indispensable, hasta el día 7 de septiembre[10] en que, con rumbo a San Francisco, embarcó en el *Carrington*, buque americano a vapor. En este barco trabó conocimiento con un joven clérigo inglés llamado Koe, quien estaba realizando un viaje alrededor del mundo en calidad de acompañante y preceptor de un rico alumno. Koe conceptuó a Bakunin como «al mejor amigo que en muchos años había conocido», y en su diario se encuentran varios datos ilustrativos de este viaje. Durante las largas y aburridas singladuras de la travesía del Pacífico, Bakunin le refirió las vicisitudes de su vida, insinuándole que sus dos «grandes objetivos» eran la constitución de una confederación de estados eslavos y la destrucción de Austria. Cantó canciones rusas y demostró mucho interés por el desarrollo de un naciente idilio entre un misionero que regresaba de China y una pasajera norteamericana. La conversación entre Bakunin y el clérigo recaía, las más de las veces, sobre temas religiosos. En el transcurso de sus diálogos, Bakunin condenó insistentemente el «rabioso ateísmo» de su amigo Herzen, prometiendo a Koe que iba a tener con su amigo «grandes discusiones» sobre este particular una vez llegase a Londres. Aseguró al joven clérigo su simpatía por el protestantismo, llegando a insinuarle que su mujer (quien, como buena polaca, era católica romana), sometida previamente a un inteligente adoctrinamiento, podría ser convertida a la religión protestante. (Esta manifestación fue de un efecto particularmente grato al joven clérigo, puesto que también él abrigaba la intención de casarse con una señora católica.) Finalmente, unos días antes de llegar al puerto de destino, abordó otro delicado tema. «Creo —escribió el clérigo el 10 de octubre, en su diario— que habré de prestarle el dinero necesario para llegar hasta Nueva York: unos doscientos cincuenta dólares.»

El *Carrington* arribó, felizmente, a San Francisco entrada ya la noche del 14 de octubre. Bakunin obtuvo de Koe un préstamo de trescientos dólares, y escribió a Herzen pidiéndole otros quinientos, que se le debían remitir a Nueva York, para hacer frente a los gastos del viaje transatlántico. A la semana de llegar a San Francisco embarcó de nuevo, con rumbo esta vez a Panamá, cuyo istmo cruzó, embarcando seguidamente con destino a Nueva York, adonde llegó el 18 de noviembre. Koe, después de permanecer varios días en el Far West, cruzó el

continente norteamericano, reuniéndose con Bakunin quince días más tarde.[11]

De la breve estancia de Bakunin en Estados Unidos poco se puede referir. En Nueva York se encontró con dos exiliados alemanes: Solger, a quien conocía ya desde el año 1843, a raíz de su estancia en Zürich, y Kapp, que había sido preceptor del hijo de Herzen. Desde esta ciudad, hizo un viaje a Boston con objeto de visitar a Agassiz, un naturalista a quien había conocido también en Suiza y que actualmente era conservador del Museo Zoológico de Harvard y gran amigo del poeta Longfellow. Tuvo igualmente intención de visitar Washington, pero no se sabe si llegó a realizar ese viaje. De los acontecimientos relacionados con la Guerra de Secesión, que por aquellos días estaba desgarrando a Norteamérica, poco pudo deducir. Con todo, afirmó que «el país había llegado, por el camino de la democracia, a los mismos resultados que han conducido a los europeos al despotismo». Igualmente notó en Norteamérica una «general e incondicional simpatía por Rusia, como también una gran fe en el porvenir del pueblo ruso». Después de tan halagüeño descubrimiento Bakunin emprendió la última etapa de su viaje a Europa, saliendo de Nueva York el día 14 de diciembre y desembarcando en Liverpool en la mañana del 27 del mismo mes, desde donde partió inmediatamente para Londres.[12]

El sencillo dramatismo de la fuga de Bakunin —fuga evidentemente propiciada y aún apoyada por los más altos funcionarios de Siberia— causó una gran perplejidad entre los occidentales, para quienes resultaba incomprensible el relajamiento de la administración rusa en los apartados distritos del Imperio zarista. La notoria amistad entre Bakunin y los sucesivos gobernadores de Siberia aparecía equívoca de por sí. Semejantes aprensiones estaban reforzadas por el arraigado rumor de que se trataba de un agente al servicio del gobierno ruso. Años más tarde, con ocasión de la disputa entre él y Marx, volvió a salir más de una vez a la luz pública la especie de que el gobierno del zar había deliberadamente dejado escapar a Bakunin a fin de que pudiera dedicarse a desbaratar el juego político de los honestos marxistas. Pero si bien hay que desechar de plano esos rumores, por demás fantásticos, queda, sin embargo, en pie la evidente realidad de la connivencia de Bakunin con las altas jerarquías de Siberia. La investigación oficial abierta con motivo de la fuga de tan importante «delicuente» se prolongó por espacio de más de dos años y medio, y como fuera que los hilos del desarrollo de esa investigación estaban en manos de Korsakov, para quien resultaba imposible condenar a sus subordinados sin que, a la vez, se pusiese al descubierto su propia negligencia, no se llegó a ningún resultado concreto. En definitiva, sólo se impusieron dos sanciones, ligerísimas por cierto. En mayo de 1864 Afanasiev fue condenado

a dos meses de arresto por haber requerido al capitán del *Strelok* para que admitiera como pasajero a Bakunin. Y a un guardiamarina, por no haber entregado con la diligencia debida un despacho de Irkutsk advirtiendo al gobernador de la Provincia Marítima que Bakunin era un desterrado político, se le impuso un mes de confinamiento en el cuartel. Todos los demás complicados en este asunto salieron absueltos. [13]

NOTAS

1. *Materiali*, ed. Polonsky, I, 296, 310; *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 279-80.
2. *Materiali*, ed. Polonsky, I, 298, 427; *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 282-4.
3. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 284-5, 367-8.
4. *Materiali*, ed. Polonsky, I, 428; Bauler, *Byloe* (julio, 1907), pp. 75-6; Arnoud, *Nouvelle Revue* (agosto, 1891), p., 594; Guillaume, *Internationale*, I, 108; *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 300, 368.
5. *Materiali*, ed. Polonsky, I, 308; *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 368.
6. *Sobranie*. ed. Steklov, IV, 303-65.
7. *Materiali*, ed. Polonsky, I, 308-12; II, 506-510; *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 314, 368, 373-8.
8. *Sobranie*, ed. Steklov, IV, 289-97, 302-3, 369-73, 380-82; *Materiali*, ed. Polonsky, I, 321-2; II, 497-514.
9. *Materiali*, ed. Polonsky, I, 320, 325, 358, 378, 388, 430; *Herzen*, ed. Lemke, XI, 278; Lemke, *Ocherki*, p. 134.
10. Fecha ya referida, como todas las sucesivas, al calendario occidental.
11. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, p. 75; Lemke, *Ocherki*, p. 134: diario inédito del reverendo F. P. Koe.
12. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 76, 79; Lemke; *Ocherki*, pp. 134-5.
13. *Materiali*, ed. Polonsky, I, 321, 347-88. Las circunstancias de la evasión de Bakunin han sido expuestas, con todo detalle, por el autor en la *Slavonic Review* (enero, 1937), pp. 377-88.

LIBRO CUARTO

REDIVIVO

«Seguiré siendo una persona imposible mientras quienes son ahora personas posibles permanezcan siendo posibles.»

BAKUNIN a Ogarev
(14 de junio de 1868)



19

PRIMEROS PASOS EN LONDRES

En las primeras horas de la noche del 27 de diciembre de 1861 Miguel Bakunin irrumpió de improviso en Orsett House (Westbourne Terrace, residencia de Herzen desde hacía dos meses), en el preciso momento en que Herzen y Ogarev se disponían a cenar. Natalia, la segunda esposa de Ogarev y a la vez amante de Herzen, estaba tendida en un sofá (había dado recientemente a luz dos gemelos) que había en el mismo comedor. «Conque tenemos ostras de cena, ¿eh?» —exclamó Bakunin a manera de saludo. Y dirigiéndose seguidamente a Natalia añadió: «No es bueno estar acostada. ¡Arriba! Hay que trabajar y no haraganear». Casi al mismo tiempo apareció Kelsiev, un pobre exiliado ruso protegido de Herzen, siendo inmediatamente presentado al viejo luchador revolucionario. Bakunin interrogó con verdadera impaciencia a sus amigos acerca de las novedades políticas.

—Sólo en Polonia se están llevando a cabo algunas manifestaciones —repuso Herzen—, pero es de esperar que los polacos entren en razón y comprendan al fin que cualquier propósito de levantamiento está fuera de lugar ahora que el zar acaba de decretar la emancipación de los siervos. Hay, ciertamente, nubes de tempestad en el cielo de Europa, pero espero que se disipen por sí solas.

—¿Y en Italia?
—Tranquilidad absoluta.
—¿Y en Austria?
—Tranquilidad absoluta.
—¿Y en Turquía?
—Tranquilidad absoluta en todas partes, y sin perspectivas de acontecimientos.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó, sorprendido, Bakunin—. ¿Vamos a ir a Persia o a la India a remover los ánimos de la gente? Es para volverse locos. Yo no puedo permanecer cruzado de brazos y sin hacer nada. [1]

El choque de temperamentos y de opiniones estaba latente ya desde los primeros momentos del diálogo, y Herzen era lo suficientemente inteligente para darse en seguida cuenta. Bakunin frisaba ya en los cuarenta y ocho años. Físicamente, había envejecido y se había vuelto más tosco, hasta el punto de ser casi irreconocible. De talla gigantesca, su corpulencia había ido adquiriendo proporciones elefantinas y su peso alcanzaba ya los ciento veintitrés kilos. Herzen comparaba su figura a la de un mastodonte. Sin ningún diente y en desorden y extremadamente largos el ensortijado pelo y la barba. Lo único que recordaba al guapo y elegante joven de treinta y tres años a quien vio Herzen por última vez en París eran los claros, centelleantes ojos y las pobladas cejas. En cuanto a mentalidad, Miguel seguía siendo el mismo de siempre.

Me siento bastante joven —escribió Bakunin a George Sand, residente entonces en París—. Tengo la misma edad del Fausto de Goethe cuando dijo que era «demasiado viejo para entregarse a los juegos y demasiado joven para no sentir deseos». Apartado de toda actividad política durante trece años, me siento ávido de acción y considero que, después del amor, la acción es la forma más elevada de felicidad.

En cambio, Herzen, desilusionado a causa del dilatado y paulatino triunfo de la reacción, y abatido por un drama doméstico de excepcional virulencia, se había transformado en un hombre entrado ya en la madurez. En Bakunin, el fuego de la juventud todavía no estaba apagado. Si bien el cautiverio había quebrado su cuerpo, no había, empero, roto su inquebrantable optimismo. En 1847 Bakunin y Herzen eran jóvenes, y ahora Bakunin descubría con tristeza en su antiguo coetáneo síntomas de vejez prematura, mientras Herzen, en cambio, no veía en su amigo sino a un joven ingenuo e impulsivo. [2]

Vistos desde el ángulo político, era evidente que ya no pertenecían a la misma generación. Bakunin seguía manteniendo, no ya sólo el espíritu, sino también las ideas y las opiniones de la frenética década del 40 al 50. Hubiérase dicho de él que era un fantasma surgido del pasado, o como quien, despertando de un largo letargo, reanuda el curso de la vida en el mismo punto en que se hallaba al quedarse dormido y cree que ha de encontrarlo todo en el mismo estado en que lo dejó. Bakunin no había vivido, como lo vivió Herzen, el fracaso total de la revolución ni la extinción definitiva de las libertades políticas en todo el continente europeo, y anhelosamente pedía noticias de una lucha

que hacía ya diez años había cesado. Sobre todas las cosas, deseaba ver el hundimiento del Imperio austríaco —hundimiento que tan inminente parecía en 1848—, y ahora le decían que el sueño de la federación paneslava no era ya sino una trasnochada curiosidad, de la que nadie se acordaba. Bakunin denunciaba la tiranía de Alejandro II, de cuyas garras acababa de escapar, en los mismos términos con que antes había despotricado contra Nicolás I. No es de extrañar, pues, que se quedara desconcertado al saber que este mismo Alejandro se había convertido en el liberador de los siervos, en el patrocinador del progreso y de las reformas, en la estrella de la esperanza de una Rusia regenerada. El tiempo había permanecido parado para él durante doce años, mientras que en el transcurso del mismo tiempo las ideas y los objetivos de sus antiguos compañeros habían sufrido una inexplicable metamorfosis.

La familia de Orsett House estaba integrada por Herzen y sus tres hijos legítimos: Alejandro (llamado familiarmente Sacha), Natalia y Olga, Ogarev y su mujer Natalia, los tres hijos de Natalia Ogarev (cuyo verdadero padre era Herzen), Luisa, niña de tres años, los dos gemelos y, por último, miss Reeve, la vieja institutriz inglesa. También se tenía como de la familia a un emigrado polaco llamado Tchorzewski, a quien Herzen utilizaba como agente y el cual regentaba al mismo tiempo una librería en Soho en la que había a la venta las publicaciones de Herzen. La casa de Herzen era objeto de un constante flujo y reflujo de visitantes rusos. A Bakunin se le proporcionó alojamiento, primero en Grove Terrace, St. John's Wood, y después —ya más cerca de Orsett House—, en el número 10 de Paddington Green, donde vivió casi un año. En Paddington Green, la señora Welch, la patrona, y Grace, la criada, no tardaron en convertirse en sus más rendidas esclavas. Desafiando las viejas costumbres inglesas, la fiel Grace solía llevar a la habitación del huésped hasta las altas horas de la noche pocillos de agua hirviendo y un tarro lleno de azúcar para el té del señor ruso. La fundamental sencillez de Bakunin y su absoluta carencia de afectación le granjeaban, indefectiblemente, el afecto y la confianza de la gente humilde. Así, pues, no es de extrañar que mucho tiempo después de haberse mudado de domicilio todavía se contasen en la casa anécdotas acerca de las extravagantes costumbres y de los aún más extravagantes visitantes de aquel señor extranjero tan encantador. [3]

Pero en Orsett House la impresión favorable no duró tanto. Cada día era más urgente la necesidad de buscarle a Bakunin un medio de vida, pues había llegado a Londres cargado de deudas y sin dinero y no quedaba más recurso que acudir a la generosidad de sus amistades. Desde París, Botkin le envió veintitrés libras y le indicó que podía contar con quinientos francos cada año. Herzen ofreció una aportación de diez libras al mes y Turgueniev prometió mil quinientos francos

anuales, sin contar la suscripción que abrió en París, la cual añadió doscientos francos a los mil que él le aseguraba. Un polaco acomodado, de nombre Golinski, entregó mil francos. Y hasta en Moscú se habló de una recolecta a su favor. Pues a pesar de tales pruebas de solidaridad, lejos de mostrarse dispuesto a coadyuvar al esfuerzo de sus amigos, Bakunin permaneció indiferente ante un problema que tanto les preocupaba. Había realizado un viaje alrededor del mundo con dinero prestado y seguía con la escuela de valerse de su antiguo hábito de no satisfacer más deudas que las que pudieran conducirle «a la cárcel o al deshonor». Herzen trató de hacerle comprender la necesidad de buscarse los medios de ayudarse a sí mismo. Su sensacional evasión había tenido la virtud de convertirle en una figura europea, y cualquiera de los diarios de tres o cuatro países de Europa le pagaría espléndidamente si quisiera escribir la historia de su cautiverio y de su fuga de Siberia. El gran Buloz se la pidió, en efecto, para su *Revue des Deux Mondes*. Herzen aseguró a Bakunin que podía ganarse de veinte a treinta mil francos sin la menor dificultad. Desde luego que Bakunin fue del mismo parecer, y anunció en la prensa inglesa la publicación de «un breve resumen de los principales episodios» de su carrera política. Durante el resto de su vida siguió hablando de su intención de escribir sus memorias, pero nunca tuvo fuerza de voluntad necesaria para poner manos a la obra. Tan arraigada estaba en él la tradición de su clase aristocrática, que nunca pudo hacerse a la idea de que no dañaba a su dignidad el escribir para ganarse la vida. Antes de caer en tal bajeza, siempre prefirió vivir a costa de sus amigos.[4]

Herzen estaba cada vez más irritado por tan absurdo prejuicio. Herzen era generoso y había mantenido durante varios años a Ogarev, y ninguno de los varios compatriotas necesitados que desfilaron por Orsett House se fue jamás con las manos vacías, pero también entendía que la ayuda sólo debía prestarse cuando se tratase de una verdadera necesidad. Su sentido burgués de las ventajas que el orden y el método reportan a la economía se sublevaba ante la graciosa, la aristocrática presunción de Bakunin de que el dinero no tenía ninguna importancia. En sus memorias nos ha dejado una mordaz descripción de esta etapa de la vida del gran revolucionario.

Bakunin estaba con nosotros recuperándose de sus nueve años de silencio y de soledad. Discutía, predicaba, daba instrucciones, gritaba, decidía, organizaba, exhortaba a lo largo del día, de la noche, de las veinticuatro horas, sin parar un minuto. En los breves momentos que le quedaban libres, solía sentarse bruscamente a su mesa y, después de quitar la ceniza de los cigarrillos que había fumado, dejándose limpio el espacio necesario para poner el papel, empezaba a escribir cinco, diez, quince cartas, a Semipalatinsk y a Arad, a Belgrado, a Constantinopla, a Besarabia, a Molda-

via, a la Rusia Blanca... A la mitad de alguna carta, soltaba la pluma par refutar las opiniones de los reaccionarios dálmatas, y, una vez las cosas en claro, volvía a coger la pluma y seguía escribiendo. Esto, naturalmente, le era fácil porque el tema sobre el que escribía era el mismo que estaba discutiendo de palabra. Sus actividades, sus ocios, su apetito, y los demás rasgos que le caracterizaban —incluidos su gigantesca estatura y su constante transpiración— eran de proporciones insólitas. En todo era un gigante: un gigante de cabeza y de cabellera leoninas.

A los cincuenta años continuaba siendo el mismo estudiante errático, el mismo bohemio sin hogar de la Rue de Bourgogne, para quien el mañana no existía y que derrochaba el dinero por los cuatro costados cuando lo tenía; que lo pedía prestado cuando no lo tenía, a la derecha como a la izquierda, indistintamente, y con la misma sencillez con que los niños se lo piden a sus padres, sin pensar nunca en devolvérselo; con la misma sencillez con que daba a cualquiera hasta su último céntimo, reservándose sólo lo necesario para comprar té y cigarrillos. Nunca se cansó de este género de vida; él había nacido para vagabundo y para ser el gran paria de la sociedad de su tiempo. Si alguien le hubiera pedido su opinión sobre el derecho de propiedad, le habría podido contestar lo que contestó Lalande a Napoleón respecto a su creencia en Dios: «Señor, en toda mi vida nunca sentí la menor necesidad de creer en él».

En el círculo de Herzen, todo parecía predisponer contra el infeliz Bakunin, hasta su tosca manera de comer y de beber, que antes tanto chocara a Minna Wagner, y que, como es de suponer, los hábitos contraídos en la prisión no habrían precisamente corregido. El único miembro de la familia que le quería sin reservas de ninguna clase era Liza, la chiquilla de tres años. Sólo los niños comprenden a los niños. El *grandote Liza* era el apodo con que se nombraba en Orsett House a Bakunin. [5]

Parece que todos, incluidos los interesados, daban por un hecho la colaboración regular de Bakunin en *The Bell*, y que el duunvirato de Herzen y Ogarev se convertiría en triunvirato. El mes de noviembre fue precisamente *The Bell* el periódico que dio la primera noticia de la evasión de Bakunin. Y el día de Año Nuevo anunció en grandes titulares, la triunfal arribada de Bakunin a Londres. Además, en el número siguiente apareció un artículo-editorial en el que se afirmaba que «Bakunin y nosotros somos los representantes y los agentes del pueblo ruso». Un mes más tarde *The Bell* publicaba, en un suplemento especial, las primeras declaraciones de Bakunin después de sus trece años de silencio: un manifiesto titulado *A mis amigos rusos y polacos y a todos en general*. El manifiesto no era sino un intento de restaurar su viejo programa del nacionalismo revolucionario apoyándose en sus experiencias de 1848-49. Antes —declaraba Bakunin— había desplegado sus actividades y gastado sus energías por tierras extrañas, y en

ningún país había conseguido apoderarse de las raíces... Ahora, en los «grandiosos momentos» que se acercaban, pondría todas sus energías al servicio exclusivo de sus compatriotas. Estaba decidido a entregarse hasta el final de sus días a la lucha «por la libertad de Rusia, por la libertad de Polonia, por la emancipación y la independencia de todos los eslavos». Nada nuevo había en ese editorial, considerado desde su principal punto de vista. Sin embargo, su publicación se interpretó como la prueba de que *The Bell* había aceptado el programa de Bakunin y de que él era el tercer miembro de la alianza.[6]

El artículo no era más que el primero de una serie que, como prometía al final, seguiría publicándose sobre el tema iniciado. Pero tardó tanto Bakunin en entregar otro, que los primeros entusiasmos del reencuentro con sus amigos tuvieron tiempo de enfriarse y de, al mismo tiempo, desvanecerse el sueño de constituir un triunvirato revolucionario. Hacia finales de marzo de 1862 Bakunin escribió un nuevo artículo, pero no se ha puesto en claro si se trataba de la prometida continuación del manifiesto o de otro trabajo distinto. Lo que sí se sabe cierto respecto a ese artículo es que, una vez Herzen leyó las galeradas se negó a publicarlo en *The Bell*. Ese artículo no ha llegado hasta nosotros, y lo único que queda es la respuesta de Bakunin a la negativa de Herzen.

> El dar un solo paso contra vosotros —escribió a Herzen y a Ogarev—, o independientemente de vosotros, sin haber tratado antes por todos los medios de llegar a un acuerdo entre los tres (si es que el acuerdo puede lograrse mediante el sacrificio de toda vanidad, incluso de las convicciones de importancia secundaria), sería, a mi juicio, un crimen, y un crimen mayor por cuanto, según parece, estamos de acuerdo acerca del objetivo final, discrepando quizá solamente respecto a los medios que se deben emplear para conseguir ese objetivo. No he perdido ni un ápice de la fe que tenía cuando vine a Londres, ni ha cedido mi intención de convertirme en el tercer miembro de vuestra alianza. Y ésta es la única base sobre la cual es posible establecer nuestra unión. De otra forma, seríamos compañeros, amigos si queréis, pero estaríamos aislados, divididos, y no responderíamos el uno del otro.

En esta situación era casi imposible tomar una decisión definitiva. Lo mismo Bakunin que Herzen no podían estar simplemente de acuerdo y, en cambio, seguir cada uno su propio camino con independencia del otro. Iban demasiado mancomunados en su manera de pensar, y estaban demasiado unidos a los ojos de todo el mundo, para poder separarse sin rencor ni trastorno alguno en sus relaciones. A excepción de dos notas, triviales además, ningún nuevo trabajo firmado por Bakuin apareció en las páginas de *The Bell*. En mayo, Herzen definió

(lo cual fue tomado como un mal presagio) sus relaciones en el sentido de que no pasaban de «una amistosa proximidad». Bakunin aceptó esta definición como una promesa formal de que no tenía que haber «ulteriores explicaciones personales entre nosotros». Pero esa esperanza no se convirtió en realidad. Sus diferencias políticas (que se tratan en el capítulo siguiente) eran la causa de constantes distanciamientos y violencias que ponían más al descubierto aquella incompatibilidad temperamental que ya desde el principio se interpuso entre los dos. Las mutuas recriminaciones empezaron de nuevo en el mes de junio, y, desde entonces, las disputas y «explicaciones» ya no cesaron un momento. Bakunin calificó de «altivo» y «desdeñoso» el trato de que Herzen le hacía objeto, y Herzen le replicó con una carta extremadamente mordaz (la carta se ha perdido), en la que, al parecer, le decía a Bakunin que lo mejor que podía hacer era trasladar su residencia y sus actividades a París. La justificación de Bakunin fué rápida y noble.

La culpa es mía, Herzen. Te ruego que no te enfades. Con mi inveterada torpeza, dejé escapar una palabra desagradable cuando la verdad es que en mi corazón no existía el menor sentimiento rencoroso. Pero suponte por un momento que hubieses sido tú quien hubiera recibido todos los billetes que me has escrito. Seguro que habrías deseado verme no ya en París, sino en Calcuta. Bromas aparte, quiero que sepas, Herzen, que el respeto que siento por ti no tiene límites, como no los tiene tampoco el sincero afecto que te profeso. Y todavía debo añadir, sin el más mínimo asomo de *arrière pensée* y con la más firme convicción, que te juzgo muy superior a mí en todos los aspectos —en capacidad y en erudición—, y que, para mí, tu opinión sobre no importa qué asunto es de una valía inmensa. Así, pues, ¿por qué desterrarme a París si, después de todo, la diferencia surgida entre nosotros no tiene sino una importancia secundaria?

Desde el punto de vista práctico, Herzen tenía razón. Era imposible trabajar con Bakunin. Sin embargo, hay que reconocer que las explosiones de Bakunin eran como las pasajeras rabietas de los niños. En cambio, el resentimiento de Herzen se veía reforzado por todas las armas de la razón. Y, como es sabido, una vez excitado el resentimiento, el tiempo contribuye a enconar todavía más el rencor que se ha acumulado.[7]

* * *

La historia de la vida de Bakunin en Londres se resuelve en una serie de cuadros fragmentarios y confusos. Mantenía muy pocos contactos con la población nativa, a la que, por otro lado, causó muy poca o ninguna impresión. Sus hazañas, como sus sufrimientos, le habían

proporcionado cierta fama entre los círculos radicales ingleses. Pocos días después de su llegada recibió la visita de una delegación de trabajadores británicos, en su domicilio de Orsett House, para felicitarle por su evasión. El discurso escrito que se le ofreció fue publicado en un humilde y efímero semanario radical, *The Cosmopolitan Review*. No existe ningún indicio de que Bakunin entrara en más relaciones con el movimiento obrero inglés, que entonces se encontraba todavía en la infancia. Hubiera sido en extremo difícil hallar una base de comprensión mutua entre los pragmáticos y testarudos padres del tradeunionismo inglés y el apóstol, activo y soñador a la vez, de la revolución universal. Bakunin no tenía, ni tampoco deseaba tener, noción alguna sobre la vida y la política inglesas. Estaba convencido de que el poder de la aristocracia británica era tan pernicioso como el de la aristocracia rusa, y cuando supo (nunca le dio por recorrer la ruralía inglesa) que era muy difícil hallar un «campesino» inglés que fuese propietario de la tierra que cultivaba, declaró patéticamente que la situación del campesinado inglés era todavía peor que la de los siervos rusos antes de la emancipación. [8]

En los demás medios ingleses, el nombre de Bakunin ha sido recordado con menos simpatía que entre las clases trabajadoras. Y la animosidad de que fue objeto en esos medios dio pie a uno de los episodios más desagradables de su estancia en Londres. En agosto de 1853, cuando ya llevaba más de dos años en la fortaleza de Pedro y Pablo, un «colaborador extranjero» del periódico londinense *Morning Advertiser* —que no era otro que el exiliado ruso Golovin— aludió, de una manera casual, a Miguel Bakunin como a «una de las víctimas del zar». Esa alusión provocó, pocos días después de publicarse, el envío de una carta al periódico en la que se afirmaba que, lejos de languidecer en un calabozo ruso, la presunta «víctima» estuvo al servicio del zar en el ejército del Cáucaso, pues se trataba de «un elemento demasiado valioso para tenerlo arrinconado en una prisión». El autor de la carta era un tal Francis Marx, partidario del conocido turcófilo y rusófobo inglés David Urquhart, y no aportaba ninguna prueba en apoyo de su grave acusación. Ahora bien, la similitud de esta calumnia con la otra aparecida cinco años atrás en el *Neue Rheinische Zeitung*; la curiosa coincidencia de apellidos, y, finalmente, la conocida predilección de Carlos Marx por Urquhart..., contribuyó a crear en los círculos de la emigración política —y también, con toda probabilidad, en la mente del propio Herzen— la errónea impresión de que Carlos Marx tenía algo que ver con la renovación de la vieja calumnia. La indignada repulsa publicada por Marx no consiguió que desapareciese de la circulación tan arraigada creencia. Con todo, el asunto perdió rápidamente actualidad y se olvidó en seguida. Pero en marzo de



1862, dos meses después de la llegada de Bakunin a Londres, el *Free Press*, periódico de Urquhart, publicó un artículo en el que nuevamente se afirmaba que Miguel Bakunin era un agente del gobierno ruso.

Bakunin no llegó a leer ese artículo. Pero días después de su aparición le enteró de él su viejo amigo Arnold Ruge (el cual vivía ahora retirado en Brighton), y también le informó el jefe de la delegación de trabajadores que le había visitado en Orsett House. Bakunin contestó indignado y en el siguiente número del *Working-Man* apareció un artículo laudatorio titulado Bakunin en Londres. Con este artículo y con la protesta de Herzen publicada en el propio *Free Press*, una vez más se puso fin, ahogándolo en sus comienzos, el escándalo que se perseguía. Pero el aspecto más problemático, y que reviste más importancia en cuanto a las subsiguientes implicaciones de semejante episodio es la actitud de Bakunin respecto de Carlos Marx. Herzen, que no sentía ninguna simpatía por Marx y no había olvidado el incidente de 1853, se refirió a este nuevo ataque en una carta particular dirigida a Reichel, atribuyendo su paternidad a los «alemanes y a un maniático inglés». Es de suponer que el germanófobo que era Bakunin compartiría las suspicacias de Herzen, si bien, y aunque así fuera, Bakunin no demostró que sintiese ningún rencor contra Marx. En sus cartas de aquel período no se le ve que crea que el autor de la injuria sea éste o el otro, sino el propio Urquhart. Hay que añadir que cuando, dos años y medio después, se entrevistó con Marx le hizo objeto de la más sincera y cordial acogida. Fue mucho más adelante, cuando ya la disputa con Marx había tomado las proporciones de una áspera controversia pública, que Bakunin relató como en Londres había sido objeto de un «clamoroso recibimiento» bajo la forma de «una serie de artículos aparecidos en un minúsculo periódico inglés, evidentemente inspirados, si no escritos, por mis queridos y honorables amigos los dirigentes de los comunistas alemanes». En realidad, no hay la más mínima prueba de la complicidad de Marx en este asunto.[9]

Las relaciones de Bakunin con la sociedad inglesa, como ya hemos apuntado, fueron escasas y meramente accidentales. Era el año de la Exposición Internacional —exposición que no vino a ser sino un intento de repetir en South Kensington los esplendores de la Gran Exposición celebrada en Hyde Park once años atrás—, y Bakunin no demostró ningún interés por semejante prueba del esplendor británico. Y de sus diversiones en Londres sólo se tiene noticia de que Tchorzewski se lo llevó una noche a ver las «estatuas vivientes» de *Eldorado Music Hall*. No tuvo ningún amigo inglés y muy pocos conocidos, pero es casi seguro que visitó alguna vez a Koe, en su casa de Blackheath, porque algunos meses después, y a causa de que el domicilio de la

señora Welch, de Paddington Green, ya no ofrecía garantías de seguridad, utilizó las señas del clérigo para la recepción de la correspondencia del extranjero. En otra ocasión pidió que se le remitieran las cartas a nombre de Ralston, Museo Británico. (Éste es el único vestigio que queda de sus relaciones con el erudito que, más adelante, había de ser conocido como el primer traductor al inglés de Turgueniev, y también de otros clásicos rusos.) De las demás amistades inglesas que tuvo, poco o nada se sabe. William Linton, grabador en madera y uno de los escasos partidarios ingleses del movimiento democrático internacional, que había acogido en Londres a muchos exiliados políticos de diferentes paises, entre ellos a Bakunin, a quien conoció en casa de Herzen, lo definió diciendo que era «un fornido e indomable gigante (de seis pies y dos o cuatro pulgadas de estatura), [10] alegre y festivo a pesar de los sufrimientos por que había pasado». Sutherland Edwards, el periodista cuya curiosidad profesional se sentía atraída por todo lo que oliera a ruso, no fue precisamente un admirador de las opiniones políticas del recién llegado, el cual, según ese periodista, «oponía impetuosas objeciones a todo». Pero su desaprobación en el terreno de la política no excluía cierta adhesión personal, y lo prueba el que la anécdota más jocosa de la estancia de Bakunin en Londres ocurrió al quedarse él a dormir unas noches en casa de Edwards. Habiendo observado la solícita ama de casa que su invitado llevaba siempre la misma camisa de franela roja (y cuya limpieza era muy dudosa), y que no traía otra de recambio, mandó a su sirvienta que al levantarse, sin hacer ruido para no despertar al huésped, entrase en su cuarto y cogiese su camisa, que la lavara y después de secarla la dejase en el mismo sitio. Pero la estratagema falló en su punto más vital, porque la famosa camisa de franela roja le servía también a Bakunin de camisa de dormir. [11]

* * *

Bakunin nunca llegó a hablar el inglés corriente. Tampoco se vio en la necesidad de hablarlo, toda vez que la mayoría de sus interlocutores, en reuniones y demás actividades políticas, eran extranjeros. La Exposición atrajo a Londres una verdadera multitud de ellos. El más exaltado de todos fue el príncipe Jerónimo Bonaparte, primo de Napoleón III y cuyo matrimonio, celebrado tres años antes, con la hija del rey Víctor Manuel selló el pacto establecido entre el emperador y Cavour. En el transcurso de su visita, el príncipe Jerónimo, que además de compartir la simpatía oficial francesa por Polonia hacía ostentación de sus ideas liberales, expresó el deseo de conocer a algunos de los dirigentes polacos y a determinados simpatizantes de

la causa de Polonia. Para complacerle, se organizó una comida a la que invitaron a Bakunin, a Herzen y a Ogarev. El ágape fue estrictamente privado, y no hay ningún escrito que haga referencia a lo tratado en esa reunión. Solamente sabemos que Kelsiev, quien fue también comensal, dijo que Bakunin desarrolló «teorías económicas y revolucionarias», y que el augusto invitado ofreció, en un arranque bastante temerario, los servicios de los consulados franceses en los países de la Europa oriental para la difusión de literatura revolucionaria. Esa promesa, si en realidad se hizo, no se cumplió, como tampoco se combatieron en esa reunión gastronómica ni las opiniones de Bakunin ni hubo discusiones sobre el discurrir de la historia. Es de presumir que Bakunin tampoco creyó que incurriese en ninguna incongruencia al asistir unos meses más tarde al funeral de Simón Bernard, cómplice de Orsini en el atentado contra Napoleón III, perpetrado el año 1857, y en el que pronunció una oración fúnebre ensalzando los méritos del fallecido conspirador. [12]

La mayoría de los extranjeros que visitaron a Bakunin en el curso del verano de 1862 fueron, como era lógico, eslavos. Muchos de ellos —de manera especial, los rusos y los polacos— estaban profundamente imbuidos de las ideas revolucionarias que habían vuelto a germinar en el inquieto cerebro de Bakunin, mientras que otros despertaron en él el recuerdo de una causa tantos años acariciada: la de la liberación de los eslavos de la Europa central. Esto último había constituido su principal preocupación en los meses que precedieron a su detención. Y fue a lo que dedicó sus primeros pensamientos al salir de las tinieblas de Siberia.

> La destrucción, la completa destrucción del Imperio austríaco —había escrito a Herzen desde San Francisco— será la última frase que saldrá de mis labios antes de morir... Y no digo que será mi última voluntad para que ello no suene a vana presunción.
>
> ...Y tras este objetivo viene el de la gloriosa, el de la libre federación eslava, única salida al problema de Rusia, Ucrania, Polonia y los demás pueblos eslavos.

En el mundo de 1849, mundo todavía vivo en la imaginación de Bakunin, el edificio del Imperio austríaco estuvo a punto de venirse abajo, y esperar su derrumbamiento no era, en realidad, nada que estuviera fuera de lugar en aquellos días preñados de amenazas. El derrumbamiento constituía, desde luego, la clave de toda la problemática que Bakunin se había propuesto resolver. [13]

En el Londres de 1862 Bakunin continuó alimentando durante varias semanas el ideal que había sido su gran sueño a lo largo de los trece últimos años. Los aristocráticos líderes del movimiento nacional

checo se habían «germanizado totalmente», por lo que tenían que ser descartados. La revolución nacional debía basarse en la colaboración de «la juventud culta» con «el pueblo». Una vez realizada esa revolución, habría llegado la hora de llevar a efecto la federación paneslava, incluyendo también a Rusia. Bakunin tuvo ocasión de reunirse nuevamente con su antiguo camarada Adolfo Straka, el cual había huido a Londres después de los desastres de 1849, y ahora se ganaba la vida dando clases y escribiendo. Había adoptado la nacionalidad británica, y hay que suponer que ya no era el mismo campeón del nacionalismo eslavo de años atrás. José Fric se hallaba también en el exilio y estaba al frente de la organización de la propaganda nacionalista checa en París y en Ginebra. Por mediación de Straka, Bakunin supo que un hermano de Fric, de nombre Vyacheslav, residía todavía en Praga, y le escribió una carta, incluyéndole otra para su hermano José en la que le esbozaba el programa antes perfilado, programa evidentemente destinado a reactivar el movimiento nacionalista revolucionario de Bohemia. Pero esas cartas no llegaron nunca a manos de sus destinatarios.

Ciertamente, se trataba de una empresa desesperada. Incluso Bakunin, soñador empedernido, no dejó de darse cuenta de que el mundo ya no se hallaba en el mismo sitio en donde lo dejó al ser detenido. El emperador Francisco José estaba ahora cómoda y firmemente sentado en el trono de Austria. Había conseguido sobrevivir al choque de Villafranca, y había llegado a un acuerdo con Napoleón III acerca de Italia. Los eslavos eran ahora, al parecer, sus más leales súbditos. En Inglaterra todo el mundo era partidario de la libertad italiana. En cambio, parecía que nadie hubiera oído hablar nunca de las injusticias ni de las aspiraciones nacionales de los checos, de los croatas y los eslovacos. Vyacheslav Fric se trasladó a Londres cuando se abrió la Exposición, y es posible que Bakunin se entrevistase con él. Pero sobre esta hipotética entrevista no hay nada escrito. Por esas fechas no se percibía todavía ningún síntoma de reavivación del nacionalismo revolucionario checo. Conforme avanzaba el año de 1862, Bakunin se interesaba cada vez más por los asuntos de Polonia, al mismo tiempo que a los eslavos de la Europa central los iba relegando a un segundo término. [14]

A pesar de todo, la preocupación de Bakunin por la causa eslava había influido en su actitud hacia los dos grupos más importantes de los emigrados que había en Londres: los alemanes y los italianos. La germanofobia que se apoderó de Bakunin durante los primeros meses de su vida londinense presenta los caracteres de un curioso complejo psicológico. Antes de su reclusión no había nada en él que permitiera prever esa su tan acusada postura mental. La primera vez que su ger-

manofobia adquirió proporciones, diríamos, patológicas, fue en su *Confesión*; germanofobia que hay que sospechar que fue deliberadamente recargada por el afán de agradar a Nicolás I. Una de las pruebas más convincentes de su casi sinceridad es que, si bien inspirado por motivos interesados, ese documento estaba lo suficientemente de acuerdo con la disposición temperamental de Bakunin como para quedar permanentemente incorporado a su bagaje emocional, incluso después de haber cubierto su objetivo inmediato. En Londres, Bakunin fue bastante sincero en ese cambio de actitud. «Ya no volveré a intentar que se reconcilien, como traté de hacerlo en Bohemia en el año 49, los eslavos y los alemanes», escribió en mayo de 1862. Y en una carta abierta dirigida a Fric el mismo mes, declara que, «en su aspecto negativo, el paneslavismo viene a ser una especie de profesión de odio hacia los alemanes». Un mes más tarde, en una carta a su cuñada Natalia Bakunin, es todavía más explicito:

> Me estoy ocupando únicamente de la causa polaca, rusa y paneslava, y preconizo sistemáticamente el odio a los alemanes. Y, como Voltaire decía a propósito de la existencia de Dios, yo afirmo que si no existieran los alemanes habría que inventarlos, pues nada hay que una tanto a los eslavos como un bien arraigado aborrecimiento de todo lo germánico.

En ninguna otra fase de su vida demostró Bakunin tan explícitamente su odio racial. Incluso las sucesivas manifestaciones de antisemitismo —estimuladas por su disputa con Marx y con Utin— fueron mucho menos feroces que las del período que estamos analizando.

Es difícil precisar hasta dónde esos accesos de germanofobia son achacables a Herzen. Los emigrados alemanes residentes en Londres fueron objeto de algunas de las más acerbas críticas de Herzen. Y los alemanes le respondieron con la misma violencia, por lo que las mutuas relaciones permanecieron durante muchos años interrumpidas. Es muy probable que Herzen alentara la suspicacia de Bakunin respecto a la participación de Marx en la redacción de los artículos aparecidos en el *Morning Advertiser* y en el *Free Press*. El único alemán residente en Inglaterra que, de acuerdo con la documentación de que disponemos, se preocupó de la llegada de Bakunin fue Arnold Ruge, con quien intercambió algunas cartas escritas en un tono de fría corrección. No está del todo claro si llegaron a celebrar alguna entrevista. Existe, en cambio, una carta de Ruge dirigida al poeta Freiligrath, en la que se advierte cierta intención de defender a Bakunin, basándose en que si Bakunin era, por un lado, partidario del paneslavismo, no era, en cambio, un patriota ruso. [15]

El entusiasmo por el paneslavismo constituía igualmente un factor

dominante en las relaciones de Bakunin con los italianos. Mazzini —el tranquilo e impasible fanático— era no solamente el decano de los exiliados políticos radicados en Londres —con más de veinte años de residencia en su haber—, sino que, de todos ellos, era el que más cerca se sentía de Herzen y de Ogarev. Años después Bakunin entró en pugna con el casi nacional, casi religioso misticismo del líder italiano. Pero en aquellos momentos los unía el eslabón del más ardiente nacionalismo. Bakunin se veía con Mazzini «muy a menudo» y «sentía por él un sincero afecto y profundo respeto», correspondiéndole Mazzini con recíproca simpatía.

Italia —escribe Bakunin en una carta abierta a Fric— es el único país enemigo irreconciliable de Austria. Italia, por vieja que parezca, es mucho más joven que ninguno de los demás pueblos de Occidente, llevando en sí la promesa de un futuro lleno de vida, futuro que la orientará, aun sin ella quererlo, hacia los pueblos eslavos. Italia, según sé de buena fuente, empieza ya a fijarse en los eslavos y tiene la firme intención de unirse a nosotros. Italia es nuestro único amigo en Europa.

«La aversión de los eslavos por los alemanes —escribió por los mismos días a Garibaldi— corresponde exactamente a la aversión que Italia siente por Austria, y así como esta aversión ha contribuido poderosamente a la unidad de Italia, así también el odio a los alemanes contribuirá a la unión de los eslavos.» A otro de sus corresponsales le escribió que tenía la intención de realizar un viaje a Italia, donde «iba a trabajar por la conjunción de italianos y eslavos». Pero tan interesante proyecto no llegó a realizarse. Cuando al fin Bakunin abandonó Inglaterra, su lugar de destino fue diferente del que había proyectado.[16]

* * *

Con todo y hallarse inmerso en el seno de la vida londinense, Bakunin no pudo olvidar los lazos que le unían al pasado. Puede que existieran motivos especiales para que sus hermanos no demostrasen interés alguno por el ausente. Alejandro —el penúltimo— estaba viajando por la Europa occidental en los días de la fuga de Siberia. Seguía siendo el joven calavera de siempre, y hacía poco se había metido en un lío de faldas, la causante de que intentase pegarse un pistoletazo en Florencia. A mediados de enero de 1862 fue a Londres con el exclusivo propósito de visitar a su hermano. Pero el encuentro no fue precisamente muy afortunado. «Nos reunimos —escribió después Miguel—, pero no nos comprendimos en lo más mínimo.» Herzen encontró a Alejandro tan «pesado como el hierro revestido de plomo»; por algún oscuro motivo le apodó *el Dromedario*, y le preguntó a Turgueniev si en su

vida como deportoista había dado alguna vez con un «animal tan majadero como aquél». Y a Miguel, Alejandro no podía serle de ninguna utilidad financiera. Cómo estaría este Alejandro de fondos lo indica claramente el hecho de que pocas semanas después de su salida de Londres tuvo que quedarse en Italia por no disponer del dinero suficiente para el viaje de regreso a su casa. En cambio —y en contraste con Alejandro—, la suerte de los demás hermanos de Miguel fue espléndida. En un acceso de entusiasmo liberal, Nicolás y Alexis se adhirieron a la petición que trece terratenientes de la provincia de Tver dirigieron al zar en la que expresaban su desagrado por las insuficiencias en el condicionamiento del decreto de emancipación de los siervos, ofreciéndose para que fuesen a cuenta de ellos las pesadas cargas económicas que en virtud de aquel decreto se imponían a los campesinos. A los ojos del zar, su audacia era francamente inadmisible, por lo que los firmantes de esa petición fueron recluidos durante varios meses en la fortaleza de Pedro y Pablo. De ahí que de todos los hermanos, sólo Pablo estaba en libertad. Y Pablo, fuera por precaución o por indiferencia, nunca le escribió a Miguel. Varvara había muerto, Alejandra se había casado y Tatiana continuaba guardando silencio. El único lazo que seguía manteniendo unido a Miguel con Premujino era la mujer de Pablo, Natalia, la sobrina del general Korsakov.[17]

Las numerosas cartas de Miguel a Natalia Bakunin —único miembro de la familia a quien no había visto nunca— están impregnadas de un hondo patetismo. Le suplica que le dé noticias de su madre y de sus hermanas, pues ya hacía años que había dejado de esperar sus cartas, y se sentía como el que está «condenado a vivir separado de lo que ha querido toda su vida». Estaba cansado de la «teoría». Arrojado sobre una costa extranjera, sólo sentía sed de «amor, pero de amor vivo». Y el amor estaba ahora personificado en aquella muchacha polaca que había dejado en el interior de Siberia.

Queridos hermanos y hermanas —le escribió a Natalia en abril de 1862—, sólo una cosa os suplico, y es que ayudéis a mi mujer a que se traslade primero desde Irkutsk a Premujino y después a Londres. Creo y espero que no dejaréis de quererla cuando la conozcáis, pues se lo merece. Pero no es esto lo más importante. Lo que sí tiene real importancia para mí es que la quiero y la necesito.

En junio del mismo año le escribía a Antonia:

Mi corazón sufre por ti. Pienso en ti día y noche. Tan pronto te reúnas conmigo, marcharemos a Italia. Allí todo será placentero y alegre y habrá trabajo en abundancia. No temas, mi vida; tendrás una sirvienta y no nos faltará nada. ¡Ven!

El sentimiento que en Tomsk le llevó a casarse seguía siendo dueño de su corazón en Londres.[18]

Es comprensible que ni a los hermanos ni a los amigos de Miguel les entusiasmara la noticia de que había contraído matrimonio en condiciones tan anormales. El unirse un hombre ya entrado en años, deshecho por las penalidades sufridas y afectado, además, de una notoria incapacidad sexual, con una muchacha hija de un pequeño comerciante polaco y que todavía no había cumplido los veinte años, había de parecerles una locura. La familia de Premujino no demostró ningún deseo de dar entrada en su corazón a Antonia, ni menos todavía de financiar su viaje. Herzen nunca tomó en serio los proyectos de Miguel, y hasta Turgueniev, de suyo tan tolerante, juzgó locura el llamar a la mujer antes de «haberse dado perfecta cuenta de la nueva situación en que se encontraba». La propia Antonia manifestó ciertos escrúpulos (por demás naturales) en emprender tan largo y duro viaje y sin saber, además, si las condiciones materiales de su existencia en tierra extraña y lejana estaban o no aseguradas. Durante el transcurso de aquel verano, Bakunin se desvivió por eliminar todos los obstáculos. Convenció a Turgueniev (aprovechando la breve estancia de éste en Londres) para que hiciese un «préstamo» de doscientos rublos a sus hermanos. Igualmente logró que un rico armenio, de nombre Nalbandian, le prestara trescientos rublos más. Engatusó a Herzen —cuya generosidad era mayor todavía que su escepticismo— para que le proporcionase ochenta libras. Y el dinero que pudiera faltar, ya se cuidarían sus hermanos de conseguirlo. Con plena confianza en sí mismo, Miguel les aseguró que era la última vez que les pedía dinero. Aunque es de suponer que sus hermanos no creyeran en la promesa de Miguel, cedieron, no obstante, a sus demandas. Y Antonia recibió, junto con los fondos necesarios, una invitación para que fuera a Premujino.[19]

Pero todavía hubo nuevos aplazamientos. En el mes de mayo Bakunin había escrito al general Korsakov rogándole que concediera a su mujer la oportuna autorización para que se pudiese reunir con él en el extranjero, pero como el general estaba por aquellas fechas en viaje de inspección por la cuenca del Amur, la petición se quedó sin respuesta. Y las autoridades de San Petersburgo no acababan de estar de acuerdo con el parecer de Bakunin de que «un hombre en compañía de su mujer es menos peligroso que si vive solo». Además, Miguel afirmaba en su carta que si la concesión del oportuno pasaporte era denegada, se vería obligado a recurrir a sus amigos para que secretamente sacaran a Antonia de Irkutsk. Tan emocionante alternativa no fue, empero, necesaria, porque en el mes de noviembre Antonia pudo ponerse en camino. Pasó las Navidades y Año Nuevo en Premujino, y en febrero de 1863 salió de Rusia, custodiada por un oficial de la policía hasta la frontera, y habiendo sido previamente obligada a firmar una declaración de que no llevaba encima ningún papel y de que se comprometía a no regresar nunca a Rusia.[20]

NOTAS

1. Tuchkova-Ogareva. *Vospominaniya*, p. 305; Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 3.
2. Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 11.
3. *Herzen*, ed. Lemke, XIX, 429-30.
4. *Herzen*, ed. Lemke, XI, 373; XV, 51-2, 54, 78, 220; XVI, 206; XXI, 412, 417.
5. *Herzen*, ed. Lemke, XIV, 429-30; XVI, 240.
6. *Herzen*, ed. Lemke, XI, 346; XV, 11, 17-21; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 392-5.
7. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 79-83; *Herzen*, ed. Lemke, XV, 194.
8. *Herzen*, ed. Lemke, XV, 15; Sutherland Edwards, *The Russians at Home and the Russians Abroad*, II, 26.
9. *Herzen*, ed. Lemke, VII, 303-6, 314-16; XV, 71, 126-7, 129-31; Ruge, *Briefwechsel*, II, 218-19.
10. Alrededor de 1'90 m. (*N. del T.*).
11. Lemke, *Ocherki*, pp. 36, 75; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, p. 96; Linton, *European Republicans*, p. 276; Sutherland Edwards, *The Russians at Home and Abroad*, II, 26. El incidente de la camisa le fue comunicado al autor por el profesor Gilbert Murray, quien lo supo por Sutherland Edwards.
12. *Herzen*, ed. Lemke, XV, 366, 505.
13. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 75-6.
14. Lemke, *Ocherki*, pp. 88-9, 485-95. La información relativa a los movimientos de los hermanos Fric y de Adolfo Straka le fue proporcionada al autor por el doctor Czechjan, de Praga.
15. Lemke, *Ocherki*, pp. 90, 490; Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 8; Ruge, *Briefwechsel*, II, 218, 221.
16. Guillaume, *Internationale*, I, 292; Lemke, *Ocherki*, pp. 86-8, 492; Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 277.
17. *Herzen*, ed. Lemke, XV, 48-9, 54; Lemke, *Ocherki*, pp. 23, 124, 127-8.
18. Lemke, *Ocherki*, pp. 26-7, 120, 127; Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 20.
19. *Herzen*, ed. Lemke, XV, 52, 110; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 93-4; Lemke, *Ocherki*, pp. 25, 165-6; *Materiali*, ed. Polonsky, II, 552; Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 21.
20. Lemke, *Ocherki*, pp. 26, 78, 171; *Materiali*, ed. Polonsky, II, 554.

20

AMBICIONES POLITICAS

La llegada de Bakunin a Londres, a finales de 1861, coincidió con uno de los momentos más críticos de la historia de Rusia. La emancipación de los siervos, promulgada en la primavera anterior, había constituido la culminación de un largo crescendo de expectación. A raíz de la pérdida de la guerra de Crimea y de la subsiguiente subida de Alejandro II al trono, la casi totalidad de la opinión rusa —tanto la interior como la del exilio— se había pronunciado a favor de la reforma. *The Bell* se hizo eco de la unanimidad pública sobre la necesidad de abolir la servidumbre, y, pese a estar prohibida su circulación en Rusia, ese periódico se convirtió automáticamente en el órgano del liberalismo ruso. Durante cinco años, los reformistas acapararon la opinión pública, al tiempo que los reaccionarios se veían reducidos a mantener una obstrucción sorda y disimulada. Pero una vez que el clamor popular alcanzó su más elevada cota y se consiguió la emancipación, llegó una significativa pausa. No bien hubo cesado el júbilo general, empezaron por ambos lados las críticas contra la nueva situación. Algunos opinaban que una vez conseguido el clamoroso triunfo de la emancipación de la servidumbre, la reforma podría dormir sobre sus laureles durante una generación. Otros, cuyos apetitos se habían aguzado, pero no satisfecho, por el éxito conseguido, llegaban a la conclusión de que la autocracia iba de capa caída y que por lo tanto había llegado la hora de elevar la presión al máximo y arrancarle al poder nuevas concesiones. La opinión pública rusa se escindió una vez más en dos grandes bloques: el conservador y el radical. En el verano de 1861 algunos jóvenes radicales fundaron una sociedad secreta, y en el otoño del mismo año se produjeron disturbios entre los estudiantes, disturbios que motivaron el cierre de la Universidad de

San Petersburgo. Los radicales, tan asustadizos, acabaron por desmoralizarse cuando supieron que la policía había recibido órdenes de extremar el rigor de la vigilancia. La agitación y la conspiración de uno de los bandos se vieron acosados por la suspicacia y la represión del otro, y las fuerzas en presencia se alinearon bajo las clásicas banderas de la revolución y de la reacción. El intervalo liberal de los últimos años de la década del 50 al 60 había llegado a su fin.

Cuando Bakunin llegó a Londres, los síntomas de la nueva alineación eran apenas perceptibles. La separación entre el liberalismo de Herzen y el radicalismo o «nihilismo» (el vocablo acababa de ponerse de moda) de la nueva generación no estaba todavía clara, por lo que es natural que Bakunin y Herzen siguieran creyendo que éste y los revolucionarios representaban la misma causa. Pero los acontecimientos se encargaron de precipitar la salida de esa ambigüedad. En la primavera de 1862 estallaron en San Petersburgo algunos incendios en extremo devastadores. Esos incendios fueron oficialmente achacados, aunque sin fundamento, a los nihilistas. Al mismo tiempo nació una neva sociedad secreta, «La joven Rusia», la cual publicó una proclama que iba firmada por «El comité central revolucionario». En la confusión que resultó de los incendios de San Petersburgo, Herzen recogió el fruto de su equívoca postura. La prensa oficial, dirigida por el viejo enemigo de Bakunin, el renegado Katkov, lanzó un ataque contra Herzen, a quien conceptuó como el verdadero padre del nihilismo. Al mismo tiempo, una estudiante recién llegada de San Petersburgo se dirigió a Orsett House preguntando si Herzen era el responsable de aquellos incendios. Herzen, exageradamente sensible a las críticas de que era objeto, para ver de recuperar el equilibrio trató de demostrar su inocencia y su imparcialidad denunciando el manifiesto de «La joven Rusia» como inoportuno y «antirruso». Pero con semejante postura sólo consiguió soliviantar a los revolucionarios, sin aplacar a los conservadores, por lo que *The Bell* experimentó un sensible descenso en el aprecio general. Con el corazón oprimido, Herzen vio señales de peligro tanto a la derecha como a la izquierda. Por naturaleza, él era moderado, y estaba condenado a correr la suerte de los hombres de tendencia moderada en tiempos de crisis. «El partido liberal —escribió en agosto a uno de sus corresponsales— será estrujado y pulverizado por las dos muelas del molino político.» [1]

Mientras Herzen vacilaba sobre cuál de los dos caminos debía seguir y Ogarev se iba desplazando tímidamente hacia el de la izquierda, Bakunin se mantenía impávido y firme en su irreversible postura, por lo que al aparecer en Orsett House, cierta noche de diciembre de 1861, a Herzen le pareció ver ante sí un anacronismo del ya casi olvidado pretérito. Desde entonces la situación se había invertido totalmente.

Los años de prisión constituían un paréntesis en la vida de Bakunin. Había saltado limpiamente por encima del período liberal que tan fuertemente ligado estaba al nombre de Herzen y de su periódico *The Bell*, y había pasado sin transición alguna de los años revolucionarios del cuarenta a los años revolucionarios del sesenta. Hacia el otoño de 1862 Herzen, avanzando trabajosamente por el callejón sin salida de la reforma constitucional, se había ya convertido en una figura del pasado. En cambio, Bakunin, que no concebía el progreso si no llegaba por el camino de la revolución, se hallaba ahora en el carro de la nueva vanguardia. El dilema que mantenía a Herzen paralizado de terror no existía para Bakunin. Lo que él tenía de extremista Herzen lo tenía de moderado. Nada le resultaba tan odioso a Bakunin como las medias tintas y las posturas centristas. Una vez trazada la línea divisoria entre los revolucionarios y moderados, no existían para él, en 1862, más dudas acerca del camino a seguir que las que tuvo en 1848.

En la decisión a que se veían abocados, la diferencia fundamental entre el criterio de Bakunin y el de Herzen venía reforzada por una diferencia, igualmente fundamental, de métodos. Herzen no sólo era moderado, sino que también era publicista. Antes de la llegada de Bakunin a Londres, había estado realizando por espacio de cuatro años un trabajo asiduo y efectivo cerca de la opinión pública. Sin estar rodeado de discípulos, sin fundar ningún partido, sin haberse entregado a otras actividades fuera de la proclamación de sus propias ideas, había ido introduciendo subrepticiamente en Rusia, por mediación de los viajeros que regresaban a su casa o por correo postal, centenares de ejemplares de *The Bell*. En su repugnancia por todo lo que oliese a secreto, no había creído necesario organizar ningún sistema de comunicación clandestina. Dejó siempre a la libre voluntad de los que le proporcionaban información o de los que le pedían ejemplares de su publicación el buscarse por sí mismos los medios de ponerse en comunicación con él.

Para Bakunin ése era un mero trabajo de aficionado. Sentía una especie de desprecio instintivo hacia quienes se proclamaban hombres de acción y no se procuraban los necesarios, rápidos y eficaces medios de publicidad. El publicista limitaba la proyección de su actividad a la aristocracia y a la intelectualidad, puesto que el pueblo —y en especial el pueblo ruso— era, en su mayoría, iletrado. Había que arbitrar otros medios de acercarse al pueblo. Las experiencias de 1848 habían enseñado a Miguel que era necesario desechar, por inoperantes, todas las formas orgánicas acreditadas. En los últimos meses que vivió en libertad pudo llevar a cabo sus primeros, y rudimentarios, experimentos de conspiración clandestina. Y ahora, en 1862, reemprendía con renovado entusiasmo la labor que se vio obligado a suspender trece años

atrás. En 1849 había soñado envolver a Bohemia en una red conspiradora. Ahora trasladaba su ambición de entonces al más vasto campo de Rusia. Bakunin no sólo creía en la revolución como medio para conseguir un fin, sino que era, además, un artista de la conspiración y de la intriga, y estaba encariñado con el valor intrínseco de ambos métodos de acción. Soñaba con tener agentes secretos en todas partes, agentes cuyo objetivo final fuera la organización de la revolución y su inmediata tarea distribuir las publicaciones periódicas de Herzen. Para él se reservaba el papel de director general del movimiento. A cargo de Herzen estaría la redacción de los folletos destinados a la agitación de las masas.

Pero los resultados de ese plan no pudieron ser menos satisfactorios, porque las directrices de semejante proyecto eran tan primitivas como la misma concepción del plan. Durante el año de la Exposición Mundial acudieron a Londres infinidad de visitantes rusos. Cualquiera de estos que se cruzara con Bakunin era inmediatamente enrolado, casi antes de que el propio interesado se hubiera dado cuenta, como agente suyo. Para Bakunin no habia excepciones. Sin tener para nada en cuenta su índole o sus cualidades, consideraba apto para el trabajo conspirativo al primero que trataba. Algunos, como el ya mencionado Nalbandian (quien había contribuido a sufragar los gastos del viaje de Antonia), estaban sinceramente ganados por la simpatía que les inspiraba la causa de la revolución y sabían perfectamente el terreno que pisaban. Otros, como cierto marqués de Traversi, habían visitado a los exiliados, como hicieron muchos otros turistas rusos, por simple curiosidad. Y un joven periodista apellidado Voronov expuso más tarde que, habiendo ido a Londres para visitar la Exposición, conoció a Bakunin por pura casualidad. Pero, para las redes de Bakunin, toda esa fauna era una buena caza. Admitía a todo el mundo sin discriminación, examen ni investigación previa, y hasta a veces contra la misma voluntad del interesado. No aceptaba objeciones de ninguna clase, como tampoco daba por buenas las negativas. Abrumaba a todos con encargos e instrucciones, y les entregaba paquetes de literatura ilegal para que la llevaran a Rusia, al mismo tiempo que les prometía códigos secretos para comunicarse con él. Así envueltos, los alegres, y a veces atolondrados emisarios, eran arrojados a las fauces de la poderosa y terrible organización policiaca secreta de Rusia.

Algunos de esos códigos secretos ideados por Bakunin han llegado hasta nosotros. Se trata de sistemas de una sencillez conmovedora. En uno de los primeros que elaboró, Herzen aparece como un «señor particular», el hijo de Herzen como «el joven» y Ogarev como «el poeta». Disfraces que el menos hábil de los policías no tendría ninguna dificultad en descubrir. Luego viene algo más complicado y difícil de desci-

frar. Herzen queda transformado en el «barón Tiesenhausen», Ogarev en «Kosterov», la prisión en un «café», un turco en un «zapatero», y así por el estilo... En otro código, Bakunin pasa a ser «Brykalov», y al escribir habla de sí mismo en tercera persona. En los textos cifrados de acuerdo con este código se insertan frases incongruentes acerca de la baja de los precios de la sal o de la subida del trigo, con la infantil esperanza de dar al escrito la apariencia de una carta comercial. Ahora bien, Bakunin ignoraba las más elementales reglas de semejante juego. Escribía una carta cifrada y metía el código en el mismo sobre; con frecuencia empezaba una carta en lenguaje corriente, y de improviso pasaba al empleo del lenguaje cifrado señalando simplemente la transición con estas palabras: «Lo mejor será que escriba conforme al diccionario». Tan ingenuo proceder priva a Bakunin de que se le considere un verdadero conspirador. El *grandote Liza* jugaba con los criptogramas en el mismo plan de mentirijillas con que su tocaya de tres años de edad jugaba con sus muñecas. [2]

Los resultados de ese proceder fueron, sin embargo, menos inofensivos que un sencillo juego de muñecas para sus corresponsales. En el transcurso de los últimos meses se había operado una rápida transformación en aquella acomodaticia tolerancia que, desde la ascensión de Alejandro al trono, las autoridades rusas tuvieron para los exiliados residentes en Londres. Desde el momento en que los directores de *The Bell* aceptaron la peligrosa colaboración del empedernido agitador recién salido de Pedro y Pablo, de Schlüsselberg y de Siberia, había que tratarles como a enemigos públicos. Con la misión de informarse sobre las actividades de Bakunin y de sus camaradas, se envió a Londres un policía-espía, el cual no tuvo ninguna dificultad para introducirse, como un simpatizante más, en las indiscriminadas recepciones que los miércoles y los sábados daba Herzen en Orsett House. Por este medio, las autoridades rusas llegaron al conocimiento de que un tal Vetoshnikov, comerciante que se hallaba de paso en Londres, llevaría consigo en el viaje de regreso a San Petersburgo, a principios del mes de julio, un montón de cartas dirigidas a los simpatizantes de Bakunin en Rusia. En la fecha señalada, Vetoshnikov cruzó la frontera, siendo inmediatamente detenido. [3]

La detención de Vetoshnikov fue el punto de partida de una prolongada investigación policíaca, a consecuencia de la cual resultaron descubiertas treinta y dos personas. Entre la correspondencia que se le ocupó había dos cartas cifradas de Bakunin a Nalbandian, otra a Natalia Bakunin, cartas de Herzen y de Ogarev para Nicolás Serno-Solovievich, el principal organizador de *Tierra y Libertad*, la sociedad política secreta más importante de aquel tiempo. Serno-Solovievich y Nalbandian fueron detenidos en seguida, encontrándose en poder de

este último no menos de cinco cartas de Bakunin cifradas de acuerdo con diversos códigos, y también una de Turgueniev. Entre las personas a las que se aludía en su calidad de mensajeros en esas cartas estaban Voronov y el marqués de Traversi, los cuales también fueron detenidos. En el registro practicado en el domicilio del marqués se encontró una nueva serie de cartas de Bakunin dirigidas a diversos destinatarios —a su mujer, a Natalia Bakunin, a Nalbandian y a Turgueniev—, como igualmente apareció una carta de la esposa de Bakunin para él. De toda esa correspondencia se había hecho cargo el marqués, el cual, por lo que se comprende, no se había preocupado por hacerla llegar, como había prometido, a sus respectivos destinatarios. [4]

Entretanto, las autoridades rusas tuvieron otro —esta vez inesperado— golpe de suerte. Hacia finales de mayo de 1862, Bakunin (con el poco cuidado de siempre) había confiado a otros dos viajeros rusos, que regresaban a su tierra atravesando el norte de Italia y Austria, un paquete de cartas para determinados corresponsales residentes en estos países. Entre esas cartas las había para Garibaldi y su secretario, y otras para los hermanos Fric. Los viajeros en cuestión, Nichiporenko y Potejin, llegaron sin novedad a la frontera austriaca, pero allí Nichiporenko, en cuyo poder estaban las cartas aludidas, fue víctima de un ataque de nervios, y después de intentar en vano que su compañero se hiciera cargo de los comprometedores documentos, echó el paquete debajo de un banco de la aduana, continuando sin otro contratiempo el viaje. No pudo habérsele ocurrido un recurso peor, porque algunos días después las autoridades austríacas descubrieron tirados por el suelo aquellos papeles, cuya índole y la identidad de su portador no tardó en averiguarse. A comienzos de agosto se enviaron copias de aquellas cartas a la policía de San Petersburgo, y Nichiporenko no tardó en añadirse al grupo de los ya detenidos. [5]

Tal cúmulo de pruebas dio pábulo durante varios meses a la investigación abierta por la policía. Los detenidos fueron sometidos a los consiguientes interrogatorios, y a Turgueniev se le envió un cuestionario a París para que declarara por exhorto. Sus contestaciones fueron consideradas insuficientes, por lo que se le citó para que compareciese ante la policía de San Petersburgo para un ulterior interrogatorio. Ese interrogatorio se llevó a efecto en la primavera de 1863, y durante su desarrollo, Turgueniev hizo uso de todos sus recursos dialécticos para poner de relieve su insolaridad con las ideas de sus antiguos amigos. El marqués de Traversi no pudo resistir la rigurosa prueba a que estaba sometido y se volvió loco, muriendo poco después en un hospital militar, no sin antes haber acusado de infidelidad a su esposa y al zar por mantener relaciones secretas con Bakunin. El pobre Nichiporenko falleció también, en la prisión, por las mismas fechas. El juicio no se

celebró hasta el mes de diciembre de 1864. Y el Senado emitió su veredicto cuando la mayoría de los treinta y dos acusados llevaban ya dos años de prisión preventiva. Serno-Solovievich fue condenado a doce años de trabajos forzados, con la accesoria de exilio perpetuo en Siberia. A Nalbandian se le desterró a una ciudad de provincias, sometido a la vigilancia de la policía. Entre los varios que resultaron absueltos, estaban Turgueniev y Voronov.

Tal fue el nefasto final de la primera tentativa de Bakunin de fundar una organización revolucionaria en Rusia. Transcurrieron muchos meses antes de que las noticias de lo ocurrido llegasen a Londres. Por aquel entonces Bakunin se hallaba demasiado absorto en sus cosas para entretenerse en prestar atención a los reproches que Herzen le dirigió al culparle de haber «hundido, con sus botaratadas a sus amigos». [6]

* * *

Los desastrosos resultados de las intrigas de Bakunin no influyeron para nada en sus actividades encaminadas a la promoción de la revolución en Rusia. Dos nuevas tentativas iniciadas durante los seis primeros meses de su vida en Londres dan fe de la espasmódica e incoherente índole de sus actividades y la creciente tensión de sus relaciones con Herzen.

La primera de esas tentativas la motivó una curiosa coincidencia. En vísperas de la llegada de Bakunin a Londres, Herzen recibió la visita del obispo Paphnutius, prelado perteneciente a la secta de los «Viejos creyentes», quien se había desplazado a Londres con objeto de conseguir que se pusieran en contacto los disidentes religiosos y los exiliados políticos. Entre los hechos demostrativos de la participación de los Viejos creyentes en las actividades revolucionarias, Paphnutius adujo la presencia de uno de sus sacerdotes en el Congreso de Praga. A Herzen, naturalmente, no le causó ninguna sensación esa reminiscencia, mas al enterarse Bakunin de la anécdota, su reacción fue inmediata. Es probable que no hubiera vuelto a pensar en Miloradov, su viejo y taimado colega de aquel congreso, después de haber descrito el episodio de sus antiguas relaciones con el clérigo en su *Confesión* al zar. Pero ahora se le fue de la memoria el desprecio que por Miloradov había sentido, recordando solamente aquella fugaz esperanza que tuvo en Praga de servirse de los Viejos creyentes para la agitación revolucionaria entre los campesinos rusos. Volvía ahora a sentirse el hombre de los gloriosos días del año 48, y creyó haber hallado en Paphnutius terreno propicio para la siembra de sus ideas revolucionarias.

El obispo disidente vivía en Fulham, en casa de Kelsiev, quien ha

legado a la posteridad un relato, bastante satírico por cierto, de la primera entrevista de los dos personajes. Bakunin subió las escaleras del domicilio de Kelsiev con paso lento y grave, entonando al mismo tiempo, con su potente voz de bajo, el cántico ritual de la Iglesia rusa «Señor, cuando fuiste bautizado en las aguas del Jordán...». Tan patética presentación no impresionó, empero, al astuto prelado, quien no dejó de percibir en ella cierta charlatanería. Bakunin permaneció impávido ante la fría acogida que le dispensó Paphnutius. A bordo del buque que lo trajo a Europa había conseguido convencer al clérigo inglés Koe de su simpatía por el protestantismo, y ahora trataba de persuadir al obispo disidente ruso de su vivo interés por las diferencias doctrinales de los Viejos creyentes con la Iglesia ortodoxa, insinuándole que, por poco que se le convenciera, estaba dispuesto a afiliarse a la secta. La salvación de las almas, declaró con toda convicción, no era para que se tomase a broma. Y se enfrascó en la pintura de una deslumbradora visión de un futuro en el que la salvación y la revolución irían cogidas del brazo, los Viejos creyentes vencerían a la Iglesia ortodoxa y el propio zar se convertiría en un decidido viejo creyente.

Bajo las diferencias de superficie, no dejaba de haber cierta similitud de carácter en aquella pareja tan extrañamente hermanada. Ambos personajes tenían conciencia de que sus respectivos ideales eran divergentes; más aún, eran incompatibles. No obstante, cada uno buscaba, mediante una sutil combinación de ingenuidad y astucia, llevar al otro al retortero de sus propias conveniencias. El obispo era, evidentemente, el más diplomático y el más difícil de embaucar de los dos, y no creyó oportuno prolongar su estancia en Londres para no tener que seguir escuchando las zalamerías de su interlocutor. Al llegar la primavera, Kelsiev realizó en secreto un viaje a Rusia. Las investigaciones que allí pudo llevar a cabo dieron como resultado la publicación de un suplemento regular de *The Bell* especialmente dedicado a las cuestiones y problemas de los Viejos creyentes. Ese suplemento (cuya dirección corrió a cargo de Ogarev) fue apareciendo, con toda regularidad, durante dos años, y Bakunin, cuya influencia en los trabajos insertados en el suplemento era clara, no dejó de aprovechar ninguna ocasión para escribir, y aun para hablar, de los Viejos creyentes como de una valiosa fuerza revolucionaria. [7]

Herzen, en sus trabajos, se distinguía por su habitual objetividad. Era demasiado escéptico, y como intelectual demasiado intransigente, para ser demasiado tolerante con las sectas rusas. Con todo, tenía a gala el que *The Bell* pudiera servir de foro para que en él expusiese sus quejas toda persona o clase social rusa que se considerase oprimida. Por otra parte, es muy posible que temiera que los desatinos que bajo su égida se publicaban llegasen a tomar proporciones alarmantes. Desde

luego que él no había visto con simpatía la misión de Kelsiev en Rusia, a pesar de lo cual es muy probable que proporcionase los fondos necesarios para llevar a efecto tal viaje. Ésta fue la primera, pero no la última, ocasión en que el entusiasmo de Bakunin y la amabilidad de Ogarev indujeron a Herzen a poner su nombre y su dinero a disposición de una empresa que su buen criterio desaprobaba. Las consecuencias de tan desatinada empresa no se dejaron sentir hasta después de dos años. A comienzos de 1864, y probablemente como resultado de un pacto establecido entre el gobierno zarista y el metropolitano de los Viejos creyentes, éste hizo pública una pastoral en la que denunciaba a los «empecatados ateos radicados en Londres» como agentes de «Voltaire, máximo portavoz de Satanás», y en la que demostraba con toda claridad que las letras de la palabra rusa equivalente a «librepensadores» significaban el Número de la Bestia. La comedia, pues, había terminado. El suplemento de *The Bell* dejó de publicarse, y Bakunin ya no volvió a hablar de las virtudes revolucionarias de los Viejos creyentes. [8]

* * *

Si el episodio de los Viejos creyentes no representó más que un simple intervalo en el curso revolucionario de Bakunin, el que le siguió no supone tanto un intervalo como una desviación de su ruta. El nuevo lance vino a ilustrar, no sólo la irreflexión y la temeridad del entusiasmo que en todas sus cosas ponía, sino también la extrema fluidez de sus ideas. En el otoño de 1861 Herzen recibió la visita de un campesino ruso apellidado Martinianov. Nacido en la esclavitud, Martinianov se había dedicado al comercio y consiguió hacerse con un considerable capital, que le valió para redimirse de su condición de siervo. Pero una vez hecha la transacción, fue víctima de un descarado timo de su antiguo amo lo que implicó su ruina. No habiendo podido obtener en Rusia la justicia que el caso requería, y, enardecido por el rencor que le despertó tan inicuo trato, decidió trasladarse a Londres para exponer sus reivindicaciones a los habitantes de Orsett House. Sólo en muy contadas ocasiones los exiliados de Londres habían tenido la suerte de acoger a un auténtico representante del «pueblo ruso». Debido a la influencia que ejercieron en él los frecuentes contactos con Herzen, y sobre todo con Bakunin, Martinianov no tardó en identificar el agravio sufrido con el mar de agravios de que era víctima el pueblo ruso. En abril de 1862 envió por correo al zar una carta en extremo interesante, que fue publicada en *The Bell*. Martinianov llevaba demasiado metida en la sangre la tradición de su clase para no estar poseído del sentimiento de lealtad hacia la dinastía. Aun en medio

de su amarga experiencia de un Estado que se había negado a hacerle justicia, era incapaz de concebir que los destinos de Rusia estuvieran presididos por alguien que no fuera un Romanov. El pueblo ruso, afirmaba enfáticamente, quería a su zar, pero Romanov debía ser el «zar de la nación rusa» en vez de «emperador» (título frío, además de extranjero) y «autócrata». Martinianov terminaba su misiva suplicando al zar que se dignase ordenar la convocatoria de una Asamblea Nacional Rusa. [9]

Bakunin y Herzen aplaudieron tan valeroso gesto. Pero la reacción de cada uno fue totalmente distinta. Herzen trataba a Martinianov con afable condescendencia, y Bakunin se sentía arrastrado por aquel sencillo e íntegro campesino. Cualquiera que, como Martinianov, oliese a su tierra nativa era capaz de hacer vibrar en los más íntimos recovecos de su corazón una fibra que en intelectuales como Herzen y Turgueniev permanecía insensible y muda. Y esa cualidad era parte de aquella sencillez que distinguía a Bakunin de todo otro radical o revolucionario de su tiempo. Herzen idealizó al pueblo ruso; Marx al proletariado. Pero es imposible imaginarse a un Herzen prohijando las ideas de un campesino o a un Marx las del obrero industrial. Sólo Bakunin, el aristócrata, estaba lo suficientemente exento de toda conciencia de clase para poderse sentir libre en sus relaciones con un antiguo siervo de la gleba y encontrar al mismo tiempo muy natural que Martinianov influyese en él como que él influyese en Martinianov.

Entre los dos hombres fue creciendo, a través de sus largos diálogos en Paddington Green, mientras tomaban té y fumaban, una cordial amistad. Bakunin, ayudando lealmente a su nuevo camarada, inició la recogida de firmas para suscribir una petición al zar con objeto de inclinarle a que convocara una Asamblea Nacional. Al propio tiempo escribió para *The Bell* un largo artículo que reflejaba claramente la influencia de Martinianov y que llevaba por título: *La causa del Pueblo. ¿Romanov, Pugachev o Pestel?* Rusia tiene ante sí, venía a decir ese artículo, tres alternativas: una revolución de la *intelligentsia*, igual que la iniciada por Pestel en diciembre del 1825; un alzamiento campesino, al estilo del que capitaneó Pugachev en los días de Catalina la Grande, o una revolución incruenta patrocinada por Alejandro II. A diferencia de Herzen, Bakunin nunca creyó en la dirección revolucionaria de la intelectualidad burguesa. Había que elegir, por consiguiente, entre Alejandro o un nuevo Pugachev.

Digamos la verdad. Por encima de todo, preferiríamos seguir a Romanov, a condición de que pudiera y quisiera dejar de ser un emperador de San Petersburgo y se convirtiera en un zar nacional. Nos alistaríamos con el mejor agrado en sus filas porque el pueblo ruso todavía lo reco-

noce como su jefe y porque su fuerza está concentrada y dispuesta a entrar en acción, y pudiera llegar a ser irresistible con tal de que se la invistiera del refrendo popular. Le seguiríamos porque «solamente» él podría llevar a cabo hasta sus últimas consecuencias una gran revolución, una revolución pacífica, sin que se vertiese una sola gota de sangre eslava.[10]

En ese artículo no había una sola idea que no se ajustase a los principios fundamentales de Bakunin. Había estado jugando durante muchos años con la idea de un dictador revolucionario. En su *Confesión* le ofrecía a Nicolás I la dirección suprema de la revolución. En Siberia se la ofreció a Muraviev. No existía, pues, inconveniente alguno para que ahora se la ofreciese a Alejandro II. Pero Herzen, que no conocía el precedente de la *Confesión* y que se había escandalizado ante la propuesta de convertir a Muraviev en el campeón de la revolución, estaba desconcertado por aquella súbita exaltación de Romanov al papel de héroe revolucionario. No podía comprender que un hombre de la talla de Bakunin se hubiera convertido en discípulo de un campesino ignorante; y aquel viraje se le antojaba el más grosero de los oportunismos. Herzen era un demócrata. Si estaba dispuesto a contemporizar momentáneamente con Alejandro, era sólo a condición de que el zar se plegara a representar el papel de soberano constitucional. Para él, la dictadura revolucionaria preconizada por Bakunin era una idea confusa e irracional. Lo único que estaba en claro era que no tenía nada que ver con la monarquía constitucional. Bakunin no tenía, en el sentido que Herzen confería a la palabra, nada de demócrata, como tampoco la Asamblea Nacional por él preconizada era el órgano de una democracia parlamentaria. Era, pues, lógico, que Herzen viese en el artículo un «popurrí de demagogia bakuninista». Ogarev, más benigno, lo calificó de «zarismo confuso y desorientado». Y Martinianov, a cuyo «arbitraje» recurrió Bakunin, salió, naturalmente, en defensa del artículo, lo que provocó la mofa satírica de Herzen, añadiendo que Bakunin debería de haber expresado su opinión «exenta de influencias extrañas». Herzen no se dejó convencer, y se negó a insertar el artículo en *The Bell*, negativa que trajo un nuevo elemento de discordia en sus ya difíciles relaciones con Bakunin.[11]

En breves palabras, vamos a concluir el relato de las relaciones entre Bakunin y Martinianov. Hacia finales de 1862 el artículo *La causa del Pueblo* se publicó en Londres, con lo cual el cisma lo advirtió quienquiera que tuviese ojos para ver. Poco tiempo después de su publicación Martinianov editó un folleto titulado *El Pueblo y el Estado* en el que se hallan ya algunas de las ideas que más adelante incorporaría Bakunin a su filosofía del anarquismo. En el mes de abril de

1863, cuando ya Bakunin había dejado Londres, Martinianov, sin hacer caso de las advertencias de Herzen, decidió regresar a Rusia. Era muy difícil para un campesino ruso encontrar un medio de existencia fuera de su propio país, y Martinianov era demasiado ingenuo y demasiado inexperto para creer que el zar pudiese dudar de la sinceridad de su devoción a la corona o que pudiera tomar a mal su franqueza. Es, pues, comprensible que Martinianov se llevase la mayor de las sorpresas al verse detenido apenas cruzó la frontera, y mucho más al condenársele a cinco años de trabajos forzados en Siberia, donde acabó sus días en el año 1866, habiendo pagado a un precio muy caro su fugaz aparición en el escenario de la historia.

* * *

Entretanto el panorama político ruso se iba transformando rápidamente. Las organizaciones clandestinas se multiplicaban en todo el país, siendo el grupo *Tierra y Libertad*, que dirigía Serno-Solovievich, el más importante de todos. Está en la misma naturaleza de las cosas el que escapen a la destrucción muy pocos de los documentos de una sociedad que actúa al margen de la ley, por lo cual gran parte de la historia de *Tierra y Libertad* nos es desconocida. Se supone que esa organización fue fundada a raíz del viaje que Serno-Solovievich hizo a Londres en septiembre de 1861. El nombre de *Tierra y Libertad* responde a dos eslogans favoritos de Herzen y tomados de un artículo de Ogarev aparecido en *The Bell* y que empezaba con estas palabras: «¿Qué es lo que quiere el pueblo? Sencillamente, quiere Tierra y Libertad». No hay duda de que Ogarev fue, ya desde su misma fundación, miembro favorito de esa sociedad, ni la hay de que sus organizadores hicieron todo lo posible para que Herzen no le negara su simpatía y su apoyo. En cambio, al principio demostraron que tenían menos confianza en Bakunin. Se le consideraba, viéndolo como un gran error, entregado a los eslavos austríacos, cuya causa no interesaba a los revolucionarios rusos. [12]

La detención de Serno - Solovievich debió de suponer un serio golpe para una sociedad que estaba todavía en sus principios. No obstante, el trabajo siguió su marcha, de forma que en el otoño de 1862 ya se habían constituido grupos de adheridos en las mayores ciudades de Rusia. Las noticias de su éxito indujeron al indomable Bakunin a hacer nuevos esfuerzos. Abandonadas las ilusiones que acerca de los eslavos de la Europa central se había forjado, y encontrando muy poco satisfactoria la conducta de los Viejos creyentes, agregado al «turbio zarismo» de Martinianov, todo su entusiasmo fue ahora para *Tierra y Libertad*. Según él, *The Bell* debía prestar su mayor apoyo al nuevo movimiento.

Herzen debía enviar agentes a todos los puntos estratégicos previamente elegidos, a fin de tener un contacto regular con Rusia. La frontera entre Rusia y la Polonia rusa, Galatz, Odesa y Constantinopla eran los lugares que él creía de máximo interés. Debía introducirse propaganda en el Cáucaso, en Georgia, en toda la longitud del Volga hasta Nijni-Novgorod y en toda la cuenca del Don. Se había hecho de un joven, Nicolás Zhukovski, que acababa de llegar de Rusia y que ardía en deseos de embarcarse en tan arriesgada misión. Sólo faltaba que Herzen proporcionase los fondos necesarios para la empresa, y Bakunin se encargó de hacer las gestiones necesarias para, a través de los buenos oficios de un búlgaro casi desconocido, proveer a Zhukovski de un pasaporte turco. [13]

Herzen observaba con indiferencia los inicios de *Tierra y Libertad* y miraba con profundo recelo el apoyo que Bakunin le prestaba. Tenía el presentimiento de que todo terminaría en un «fiasco o en un disparate». Herzen consideraba que la propaganda política era cuestión de tiempo y paciencia, y que sus resultados no sólo eran visibles después de varios años, sino despues de decenios. Bakunin rebasaba siempre la medida. Creía que la revolución era inminente, y «confundía el tercer mes del embarazo con el noveno». Ogarev, con la intención de aconsejar paciencia, empleó otro símil más curioso todavía. Bakunin, escribió, se había enamorado de la revolución como el que se enamora de una chica impúber. Para un hombre enamorado no había más que esperar, aunque la espera fuese tan larga que no llegase a disfrutar en lo que le quedara de vida de la posesión de la mujer amada. Pero ni Bakunin ni los «enamorados» de *Tierra y Libertad* tenían la necesaria paciencia para esperar que su novia estuviese en edad de recibir. En enero de 1863 un tal Sleptsov, amigo de Serno-Solovievich y miembro del comité ejecutivo de la sociedad, fue a Londres con el encargo de pedir a los directores de *The Bell* que fueran sus «agentes» en el extranjero, y los exiliados por primera vez se vieron obligados a definir formalmente su actitud política respecto a *Tierra y Libertad*. [14]

El dilema que venía preocupando cada vez más y desde hacía doce meses a Herzen ahora era inaplazable. La actitud de Ogarev contribuía todavía a hacer más difícil la decisión que se debía tomar. Ogarev era, como Bakunin, de corazón ardiente, lo que le impedía recibir a los jóvenes revolucionarios con el frío escepticismo de Herzen, y éste no podía chocar con Bakunin sin herir de rechazo a su amigo. Hallándose en tan difícil situación, optó, como siempre que se veía en parecidos trances, por refugiarse en la burla y en la crítica. Según él, Sleptsov era arrogante y condescendiente. Preguntó con cuántos adheridos contaba *Tierra y Libertad* en Rusia, y Sleptsov dijo que había «algunos centenares en San Petersburgo y tres mil en provincias». Después Her-

zen les hizo a Ogarev y a Bakunin la cáustica pregunta de si se habían creído lo que había dicho Sleptsov. Mientras Ogarev observaba un silencio embarazoso, replicó jovialmente Bakunin que si todavía no había tantos como dijo Sleptsov, no tardaría en haberlos. Las objeciones, por más razonables que fueran, nunca consiguieron que Bakunin desistiese de ninguna empresa en la que hubiese puesto el corazón.[15]

La ingénita perspicacia de Herzen había advertido lo ilusas que eran las pretensiones de *Tierra y Libertad* lo mismo que la endeblez de sus posibilidades. Pero su sagacidad no bastaba para salvarlo. Herzen fue siempre víctima, no sólo del común entusiasmo de sus dos aliados, sino también de la fuerza de las circunstancias. Solo y sin ayuda de nadie, no podía luchar contra el gobierno y al mismo tiempo contra los revolucionarios. Hacer las paces con el gobierno era imposible, o tenía que admitir que su postura se considerase una necedad y su prestigio se hiciese añicos. No le quedaba más salida que darse las manos con los revolucionarios, aun a trueque de renunciar a su enemiga a los métodos de organización secreta y a toda suerte de conspiración. Terminó, pues, por ceder, aunque con harto dolor de su corazón. Aceptó el cargo de «jefe de la representación en el extranjero de la sociedad *Tierra y Libertad*», y el primero de marzo de 1863 apareció en *The Bell* un vibrante manifiesto anunciando el nacimiento de la nueva organización y saludando a sus miembros como «hermanos en la senda común». Obligado por el vigor de Bakunin, por la flaqueza de Ogarev y la lógica de los acontecimientos, Herzen, contra su voluntad, cambió su antigua etiqueta de reformista por la de revolucionario y la de publicista por la de conspirador.[16]

Pero una vez alcanzada esta fase —alrededor de una semana antes de la publicación del manifiesto en *The Bell*—, Bakunin salió de Londres para Suecia, y el destino de *Tierra y Libertad* fue absorbido por el espectacular acontecimiento de la insurrección polaca.

NOTAS

1. *Herzen*, ed. Lemke, XI, 226; XIV, 382; XV, 391.
2. Lemke, *Ocherki*, pp. 28, 75, 78-81, 106, 115-16, 130.
3. Lemke, *Ocherki*, pp. 20-21.
4. Lemke, *Ocherki*, pp. 24-8, 75-83, 92, 120-35.
5. Lemke, *Ocherki*, pp. 85-92, 108-12.
6. Lemke, *Ocherki*, pp. 142, 182, 221-3; *Herzen*, ed. Lemke, XVI, 492.
7. *Herzen*, ed. Lemke, XV, 342-53, 398.

8. *Herzen*, ed. Lemke, XV, 342-53, 398; XVI, 470-71.
9. Lemke, *Ocherki*, pp. 335-50.
10. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 396-418.
11. *Herzen*, ed. Lemke, XV, 354, 549; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, p. 148.
12. *Herzen*, ed. Lemke, XVI, 77-83.
13. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 90, 92.
14. *Herzen*, ed. Lemke, XVI, 68, 90; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, página 89.
15. *Herzen*, ed. Lemke, XIV, 440.
16. *Herzen*, ed. Lemke, XVII, 107 8.

21

POLONIA

Polonia desempeñó un importante papel en la vida de Bakunin. Su primera manifestación de entusiasmo fue precisamente por la causa polaca, la cual ya le inspiró en el otoño de 1847 su primer discurso público, cuyo resultado fue el de que se le expulsase de París, por lo que en la primavera de 1848 se dirigió hacia la Europa oriental. El Congreso de Praga vino después a disolver la cuestión polaca en el ancho mar de la hermandad eslava, relegada temporalmente a segundo término en el pensamiento de Miguel. Pero las amistades polacas que hizo en Siberia y su matrimonio con una mujer también polaca (aunque a ésta la tuvieran sin cuidado las aspiraciones de sus compatriotas) ayudaron a mantener vivo su entusiasmo por la causa de Polonia, causa que acogió en el triple programa de liberación anunciado en el manifiesto *A mis amigos rusos, polacos y demás amigos eslavos en general* (Rusia, los eslavos de Austria, Polonia). La cuestión de la Polonia rusa, meollo del problema polaco, había entrado últimamente en una nueva fase. Polonia no podía ser mantenida en un compartimiento estanco ni defendida contra el contagio de las aspiraciones liberales que invadieron Rusia durante los cinco primeros años del reinado de Alejandro II. Inexorablemente, pues, sobrevino el renacimiento de las ambiciones nacionalistas polacas. Y ante este nuevo movimiento político, los más ilustrados consejeros del zar empezaron a darle vueltas a la idea de conceder una «autonomía administrativa» a la provincia oprimida.

La situación se veía complicada por la existencia en el campo polaco de dos facciones opuestas entre sí. En Varsovia habían surgido dos organizaciones paralelas: el Comité de la *Szlachta*, o burguesía terrateniente, y el Comité Central Nacional. El primero de estos dos orga-

nismos de dirección aspiraba a una «liberación» que asegurase la supremacía de la burguesía terrateniente en el nuevo Estado. El Comité Nacional propugnaba la liberación no solamente del yugo ruso, sino también de la no menos odiosa tiranía del terrateniente polaco. Esta disparidad en los fines perseguidos iba acompañada de otra, igualmente fundamental, divergencia en los programas políticos de los mencionados organismos de dirección. La nobleza polaca tendía a la cooperación, hasta donde fuera posible, con las autoridades rusas. Los demócratas polacos, en cambio, habían hallado en los radicales y los revolucionarios rusos a sus aliados naturales.

Era natural, pues, que en esas circunstancia el gobierno ruso hiciera todo lo posible por mantener enfrentados a los aristócratas y a los demócratas polacos. Pero la aplicación de esta política la entorpecían ciertas dificultades de carácter peculiar. Las viejas tierras de muchos de los principales propietarios polacos se habían adquirido en los días en que Polonia, a través de la Europa oriental, extendía sus dominios desde el Báltico hasta el mar Negro, abarcando amplias extensiones de Lituania, de la Rusia Blanca y de Ucrania, donde los terratenientes polacos imponían su ley a los siervos aborígenes. La Polonia «libre» con que la *Szlachta* soñaba englobaba esas extensas porciones de territorio no polaco. La Polonia que Rusia reconocía como espacio geográfico para una posible concesión de «autonomía administrativa» era la llamada Polonia del «Congreso», cuya frontera oriental había sido trazada demasiado distante de los límites etnográficos para que pudiera satisfacer las aspiraciones nacionales polacas. Los apetitos territoriales de la clase terrateniente polaca constituían un obstáculo permanente en el camino de la cooperación del gobierno de Rusia con el comité de la *Szlachta*. En cambio, los vínculos que unían al Comité Nacional y a los revolucionarios rusos eran más estrechos, pues ambas partes subordinaban la cuestión territorial a la social y estaban dispuestas a solucionar la primera —sobre el papel cuando menos— mediante una vaga referencia al sometimiento de la cuestión a la voluntad de las poblaciones interesadas. Sin embargo, incluso entre los demócratas polacos, había quien no se privaba, cuando veía propicia la ocasión, de apoyar las más extravagantes pretensiones de engrandecimiento territorial de la *Szlachta*.

El momento decisivo de esta fase de la historia de Polonia llegó en el verano de 1862, en los días en que Bakunin se hallaba ocupado en juntar los hilos de sus viejas intrigas en la capital de Inglaterra. En el mes de mayo del mismo año Alejandro nombró a su hermano, el Gran Duque Constantino —quien por otra parte, tenía fama de liberal—, regente de Polonia, y para el cargo de gobernador civil designó al aristócrata polaco, de tendencia pro rusa, marqués Wielopolski. Se-



mejante gesto demostraba intenciones conciliatorias. Pero el programa de autogobierno local que lo acompañaba lo estimaron irrisorio incluso los aristócratas, y excusado es decir que causó la irritación de los demócratas. Un sastre polaco atentó contra el Gran Duque y dos impresores dispararon contra Wielopolski. De esos atentados salieron ilesos los dos personajes, y, sin embargo, los frustrados asesinos fueron ejecutados. Esto exacerbó el rencor de los dos bandos. El conflicto abierto era, pues, inevitable. A lo largo del verano y el otoño siguientes, el Comité Nacional estuvo constantemente entregado a la preparación de la lucha que se avecinaba. De un lado a otro, entre Varsovia y San Petersburgo y entre Varsovia y los emigrados polacos de la Europa occidental, los emisarios secretos no pararon un solo momento de actuar. Por todas partes el ardor de los círculos polacos iba adquiriendo temperaturas febriles.

Esta agitación volvió a despertar en el corazón de Bakunin el antiguo entusiasmo. Los motivos de fricción que hasta ahora habían mantenido divididos a los patriotas polacos fueron echados a un lado. En tanto que revolucionario, Bakunin no podía simpatizar con el deseo de la aristocracia y de la *Szlachta* de mantener un sistema social análogo al de la servidumbre. Como ruso, no podía admitir la pretensión de incorporar a Polonia la Rusia Blanca y Ucrania. Esos borrones debían desaparecer de las inmaculadas páginas de la historia de Polonia. Por lo que conjuró a los polacos a que «volvieran la espalda a la historia y proclamasen una "Polonia campesina"». Pero en unos momentos en que la acción era lo único que se imponía, esas consideraciones no podían tener más que un mero interés teórico. Bakunin acogía con entusiasmo a todo polaco, fuese cual fuese su índole o condición, que se le acercase para hablarle de la inminente insurrección, y, sin poner reparos a sus credenciales o a sus opiniones, se los iba presentando al frío y escrupuloso Herzen. En junio de aquel mismo año llegó de Varsovia un oficial ruso llamado Potebnya, quien declaró que las guarniciones rusas establecidas en Polonia estaban muy descontentas y que nunca dispararían contra los insurgentes polacos, y aún añadió que él mismo estaba organizando un comité de oficiales rusos que, llegado el momento, haría causa común con los rebeldes. Hasta Herzen quedó impresionado por la sinceridad y el valor de Potebnya, lo que le indujo a adoptar una postura menos fría respecto a las probabilidades de éxito de los polacos. Luego, en el mes de julio, se celebró un banquete en honor del príncipe Jerónimo Bonaparte, el cual aprovechó Bakunin para declarar ante los polacos allí presentes su entusiasmo por la causa de Polonia. [1]

A mediados de agosto Bakunin se trasladó a París. El motivo original y los detalles de ese viaje no se encuentran en parte alguna. El episodio

más destacado de esa visita a París fue la entrevista que tuvo con el general polaco Mieroslawski, quien, cuando todavía era muchacho, tomó parte como combatiente en la insurrección de 1831, a consecuencia de lo cual tuvo que buscar refugio en París. Además, en 1846, fue uno de los dirigentes del abortado alzamiento en suelo polaco-prusiano, por lo que fue condenado a dos años de prisión en una cárcel de Prusia. Mieroslawski era uno de aquellos soldados profesionales polacos cuyo talento militar tanto se valoraba entre los promotores de revoluciones. Había luchado en Sicilia contra el rey de Nápoles, había sido uno de los jefes militares de la insurrección de Baden y había servido en las legiones de Garibaldi. Ahora, no cumplidos aún los cincuenta años, estaba aguardando en París la próxima oportunidad de poner su talento al servicio de cualquier causa justa, pero lo que más esperaba era que estallase la revolución en su patria. Tenía una gran amistad con el príncipe Jerónimo Bonaparte, lo que nos lleva a pensar si la visita de Bakunin a Mieroslawski en París fue fruto del banquete que se le ofreció al príncipe en Londres. [2]

Innegablemente, el general Mieroslawski era todo un carácter. Igual que Bakunin, unía a sus audaces convicciones radicales los prejuicios dictatoriales de su ascendencia aristocrática. Concebía la revolución, no como un movimiento popular, sino como una magnífica aventura, planeada y dirigida por él mismo.

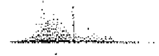
> La propaganda..., eso son tonterías —dijo en cierta ocasión—. Otra cosa muy distinta es verme a caballo con todos aquellos príncipes, condes y magnates pegados a mis estribos y con el cañón y las bayonetas detrás de mí... Después de esto, en un abrir y cerrar de ojos, en menos de veinticuatro horas les hago una revolución económica... Los cañones son terriblemente convincentes, y más elocuentes que el mismo Demóstenes.

Para abreviar, Mieroslawski y Bakunin poseían la misma energía, la misma megalomanía, el mismo desprecio por la consecuencia de las ideas y la misma facultad para hacer caso omiso de los hechos desagradables. Sin embargo, esas afinidades temperamentales no eran una garantía de concordia; concretamente, respecto a la cuestión polaca había entre ellos más puntos de divergencia que de concordia. Pues si por un lado las ideas de Mieroslawski eran tan avanzadas que llegaba hasta a tratar de reaccionarios a los componentes del Comité Nacional, por el otro lado era más inflexible que cualquier otro aristócrata en exigir la restauración de las «fronteras históricas» de su país, y afirmaba que consideraría como a su «irreconciliable enemigo» a quien se atreviera a pensar en una Polonia que no comprendiese a Lituania, la Rusia Blanca y Ucrania. Además, aunque se mostrara favorable a la

revolución en Rusia, consideraba que toda agitación revolucionaria en las regiones que él reclamaba como polaco era una traición a la causa nacional. [3]

Bakunin tuvo dos entrevistas con Mieroslawski. Del relato que de ellas hicieron los dos más tarde por escrito se infiere que las conversaciones se desarrollaron en un plan amistoso y que el entusiasmo de Bakunin resistió la prueba de las pretensiones leoninas del general, y Mieroslawski se presenta a sí mismo como un dechado de bondadosa condescendencia para los defectos de Bakunin. Y aun cuando creía que «la humedad del Ladoga había aguado el contenido del disparatado cráneo» de Bakunin, el general estaba dispuesto a admitir que «su malhadado cerebro era susceptible de ir gradualmente recuperándose mediante el contacto permanente con nuestro sensato patriotismo». Al estallar la insurrección polaca, Bakunin, solemnemente, emprendió la tarea de publicar un manifiesto «ordenando» a los ejércitos rusos en Polonia «que se replegaran sobre Smolensko y detrás del Dnieper», y Mieroslawski concedió tal importancia a este «categórico reconocimiento por los directores de *The Bell* de las fronteras de 1772», que se dejó convencer por sus amigos de no someter las «cándidas fanfarronadas» de Bakunin a «una crítica demasiado severa». Bakunin no hace ninguna alusión a tan famosa promesa, pero, en cambio, refiere que Mieroslawski le aconsejó que se abstuviera de tratar con otros revolucionarios polacos, porque, «fuera de él y de sus amigos, todos los demás eran gente de la que no se podía fiar». Especialmente le previno contra los emisarios del Comité Nacional, cuya existencia se negaba a reconocer. Hasta qué punto son dignos de crédito esos relatos (que se complementan sin que aparezca nada de contradictorio en ellos), es imposible averiguarlo. Lo único que se sabe de cierto es que Bakunin le pidió prestados dos libros a Mieroslawski, que le presentó un oficial ruso de guarnición en Polonia que acababa de llegar a París y tenía que regresar inmediatamente a Londres. [4]

Dada la rigidez de Bakunin, es poco probable que se dejara impresionar por la pretensión de Mieroslawski para que fuese el representante exclusivo de la causa polaca. En los últimos días del mes de septiembre llegaron a Londres otros tres polacos —Hiller, Padlewski y Milowicz—, quienes llevaban una carta del Comité Central Nacional de Varsovia para los directores de *The Bell*, ofreciéndoles una «alianza fraternal» entre los demócratas polacos y los rusos para la liberación de Polonia. Como ocurría con la mayoría de los polacos que llegaban a Londres, primero se dirigieron a Bakunin, el conocido y probado amigo de Polonia, y Bakunin les presentó a Herzen. Ese fue un momento de cierta importancia en la historia de Polonia y un nuevo punto crítico en las relaciones de Bakunin con los directores de *The Bell*.



Lo mismo Bakunin que Herzen estaban cordialmente entregados, por convicción y tradición, a la causa de la independencia polaca, pero los resultados no habían tenido hasta entonces más que un carácter puramente académico. Ahora no había duda de que se estaba a punto de recurrir al arbitrio de la fuerza, y la solicitud de ayuda por parte del Comité Nacional les colocaba, por primera vez en su vida, frente a una decisión de carácter práctico. Bakunin saludó la llegada de los delegados con verdadero entusiasmo, y los puso bajo su protección. Una vez adoptada la decisión de actuar, todos los demás problemas, como todo espíritu crítico, debían desecharse y no pensar más que en abrir el corazón, los brazos y, si había algo en ella, la bolsa a los bravos campeones de la sagrada causa. Pero Herzen era de otro parecer. Observando el panorama polaco a través de la óptica de su acostumbrado escepticismo, previó que el fracaso de la aventura significaría la ruina de los que la hubiesen apoyado. Por consiguiente, estaba en el derecho de someter a riguroso examen las credenciales de un movimiento al que *The Bell* se veía en el trance de prestar su nombre.

Herzen cuenta que todo el tiempo que duró la decisiva reunión celebrada en Orsett House, Bakunin estuvo como sobre ascuas, «a semejanza del pariente de un estudiante que se está examinando o del abogado que teme que su cliente pueda, durante el juicio, embrollarse en sus declaraciones y echar abajo su plan». Herzen inició su intervención dando lectura a un llamamiento dirigido a los oficiales rusos en Polonia, el cual estaba a punto de publicarse en *The Bell*, en el sentido de que no hicieran uso de sus armas contra sus hermanos los polacos. Milowicz leyó a continuación la carta de Varsovia. Los negociadores, en vez de arrojarse los unos en brazos de los otros, se enzarzaron, fría y cortésmente, en una interminable discusión. Herzen se condujo, según dijo Bakunin después, «como un diplomático en el Congreso de Viena». Las dos partes estaban descontentas. Herzen opinaba que la carta —que contenía una exposición del programa político del Comité Nacional— no era lo suficientemente explícita acerca del reparto de la tierra a los campesinos y, en cambio, decía demasiado sobre las provincias polacas perdidas en tiempos pretéritos. Si se la enmendase de manera que se reconociese el derecho de los campesinos a poseer la tierra, también el de los habitantes de Lituania, la Rusia Blanca y Ucrania a la autodeterminación, él se comprometía a publicarla en *The Bell* y a acompañarla de una carta de contestación expresando su simpatía por la causa polaca. La réplica de los polacos fue proponer la introducción de determinadas modificaciones en el texto del llamamiento de Herzen a los oficiales rusos. Y la reunión fue aplazada para el día siguiente.

A primera hora de la mañana Bakunin se presentó en Orsett House



para reprocharle a Herzen su falta de fervor y de confianza. Recordando quizá su choque con Mieroslawski, le rogó que tuviera cuidado en no «ofender el exaltado sentimiento nacionalista» de los polacos. En lugar de conducirse como un «hombre práctico», Herzen, declaró Bakunin, polemizaba sobre las palabras como si se tratara de una simple cuestión de periodismo o de literatura. Bakunin empleó también sus dotes persuasivas cerca de los polacos, consiguiendo que se presentaran en la próxima reunión dispuestos a hacer cuantas concesiones les pidiera Herzen. En cierto modo, el resultado fue incongruente. Porque la carta, en su texto definitivo, persistía en declarar que «para nosotros no existe más que una Polonia, la que engloba a la Polonia actual, a Lituania y a los rutenos», a la vez que reconocía el derecho y la libertad de los habitantes de esos territorios «a permanecer dentro de la alianza con Polonia o a disponer de sus destinos según su propia voluntad». Herzen dejó a la conciencia de los polacos la dificultad de proceder a la conciliación y articulación de tan variadas declaraciones. Y, como había prometido, publicó la carta en el número de *The Bell* correspondiente al primero de octubre de 1862 y su contestación en el número siguiente. El deseo de Bakunin de que su firma apareciera al pie de la contestación y al lado de las de Herzen y Ogarev no fue atendido. [5]

Mientras tanto, Bakunin no se había olvidado de Mieroslawski. Éste había escrito ofreciéndose para concluir «un acuerdo serio y obligatorio» con el «triunvirato», y advirtiendo otra vez a Bakunin que tuviera cuidado de no juntarse «con determinada clase de gente». Miguel le contestó un día después de publicarse en *The Bell* la carta del Comité Nacional. Trató de dorar la píldora saludando a Mieroslawski como al «más enérgico y culto de todos los hombres». Y trató de hacerle comprender que en aquellas circunstancias era imposible romper las relaciones con el Comité Nacional. Pero esperaba que esa necesidad no significaría entorpecimiento alguno en las relaciones entre los «londinenses» y Mieroslawski.

Mieroslawski contestó a esta cortés y moderada súplica con un rabioso rugido, replicando que si el Comité Nacional en realidad existía se había suicidado en el momento de dirigir la carta en cuestión a *The Bell*, en vista de lo cual él había creído que su deber era enviar una carta a varios periódicos franceses, en la que denunciaba ese «pretendido comité» por haber «ofrecido dos terceras partes del territorio polaco a una Moscovia resucitada». Bakunin no dio por terminada la controversia. En la primavera de 1863, cuando ya la insurrección polaca estaba en marcha, publicó un folleto que contenía extractos de la expresada correspondencia, insinuando con toda malicia la esperanza de que el general se trasladara «oportunamente» a Polonia para ver

a los rusos empeñados en la lucha por las libertades polacas. Mieroslawski se había quedado prudentemente en París, desde donde dirigió públicamente un ataque contra Bakunin y en cuyo texto nuevamente «exigía la Polonia de 1772». Tampoco terminó aquí la cosa. Cinco años más tarde, el incansable guerrero volvió de nuevo a la carga. Esta vez publicó en París una carta abierta en la que denunciaba la participación de Bakunin en la ya medio olvidada insurrección, lo que provocó una réplica de Bakunin, publicada en Ginebra con el adecuado título de *Mi última palabra sobre Mieroslawski.* Es muy dudoso que en aquellos días hubiese alguien que tuviera el más mínimo interés por seguir esa ya trasnochada polémica, a excepción de los propios implacables combatientes y de Alejandro Herzen, que se creyó obligado a escribir para *The Bell* un largo y seco artículo de disculpa.[6]

En el invierno de 1862-63, mientras en el aire se oían los truenos de la inminente tormenta polaca, Bakunin vivió otra curiosa aventura, la cual ilustra una vez más sobre su credulidad y su innato optimismo. Hacia mediados de diciembre recibió una carta de París que llevaba la firma de *Abracadabra* y en la que se le felicitaba por sus gestiones en pro de la causa polaca misma y se le ponía en guardia contra las intrigas de Mieroslawski. Bakunin, sintiéndose halagado por tal muestra de atención y afecto hacia él, contestó expresando sus deseos de conocer a su admirador, a quien le rogaba que le dijese su nombre. El misterioso comunicante se negó a descubrir su identidad, prestándose solamente a precisar su personalidad por escrito. Era, decía, un polaco que había nacido en Rusia y había sido, lo mismo que Bakunin, deportado, como condenado político, a Siberia, y actualmente se hallaba refugiado en París, ciudad que le gustaba por «su clima apacible, sus círculos democráticos y sociales, su abundancia de noticias y sus inconstantes mujeres». Afirmaba que «su situación y sus ataduras no le permitían averiguar muchas cosas», pero, como garantía de su buena fe, insistía en lo que desconfiaba de Mieroslawski, y terminaba insinuando a Bakunin que le agradecería que le informase sobre sus actividades respecto a los asuntos de Polonia. Esa correspondencia se fue desarrollando en términos cada vez más afectuosos durante dos meses. Si *Abracadabra* no consiguió información de importancia no fue por falta de buena voluntad en Bakunin, sino porque éste no sabía más que lo que ya era del dominio público en relación con la creciente inquietud que reinaba en Polonia. Desconocemos la causa que puso fin a tan extraña correspondencia. Y Bakunin nunca sospechó que el tal *Abracadabra* era un agente de la policía secreta rusa.[7]

* * *

La insurrección polaca se había venido planeando desde hacía tanto tiempo, se había informado y discutido tanto sobre todos sus aspectos y probabilidades, que cuando al fin estalló, la noticia causó el efecto de una bomba. Las autoridades rusas, sospechando con razón que nadie estaba tan preparado como ellas para una prueba de fuerza, decidieron anticiparse a los rebeldes forzando la máquina de los acontecimientos. Hasta entonces Rusia no había impuesto el servicio militar obligatorio en sus territorios polacos, pero el 15 de enero de 1863 decretó un reclutamiento selectivo, limitado en principio al proletariado de las ciudades —la clase que precisamente podía proporcionar el mayor contingente de combatientes a los insurrectos—, y los oficiales de la recluta entraron inmediatamente en acción. Esta jugada obligó al Comité Nacional a adelantar la fecha del levantamiento, por lo que, después de una semana de acelerados preparativos, en la noche del 22 al 23 de enero estalló la revuelta mediante un ataque general a las guarniciones rusas de Polonia.

La firme esperanza que Bakunin (y, aunque por breve tiempo, de Herzen) tenía puesta en la cooperación polaco-rusa se vino abajo de un solo golpe. Lo repentino del estallido cogió de sorpresa no sólo a los exiliados de Londres, sino también a los dirigentes de *Tierra y Libertad*, de Petersburgo, los cuales habían insistido cerca del Comité Nacional para que aplazara la insurrección hasta mayo, e igualmente a los oficiales rusos, destacados en Polonia que simpatizaban con el movimiento, quienes se vieron atacados y desarmados sin previo aviso por los mismos que creían que serían sus camaradas. Ni uno solo de los oficiales comprometidos, ni siquiera un soldado, se pasó a las filas de los insurgentes. Y en la propia Rusia todo permanecía tranquilo. Parecía imposible que los polacos pudieran obtener la victoria sin ayuda de nadie. Pero la lucha adoptó la táctica de guerra de guerrillas y se extendió por todo el país. Ante el inesperado giro de la insurrección, el entusiasmo inflamó a toda la Europa radical. Nada parecido se había visto desde hacía quince años, desde la fracasada revolución de los años 1848-49. «Ahora podemos decir con toda seguridad —escribió Marx a Engels— que la Era de la Revolución ha empezado de verdad.» [8]

Para Bakunin, la permanencia en Londres le resultaba punto menos que imposible ante los acontecimientos que se desarrollaban. Siempre había dicho que dondequiera que levantase la cabeza la revolución y cualesquiera que fuesen las perspectivas de éxito, él se encontraría allí. Bakunin no era de los que animan a los demás a la lucha por la libertad pero sin tomar ellos las armas. «*Propaganda oblige..., il faut payer de sa personne*», como había escrito en el mes de noviembre anterior a su hermano Alejandro. Bueno era para Herzen, el hombre de letras, quedarse sentado en su casa y celebrar desde *The Bell* los

éxitos iniciales de los insurgentes, denunciar las brutalidades de las autoridades zaristas, dirigir llamamientos a las tropas rusas para que no disparasen contra sus hermanos polacos y privadamente exponer su íntima convicción de que la rendición terminaría mal para sus amigos. Bakunin, el hombre de acción, el ave de las tempestades revolucionarias, tenía el deber de hallarse entre los combatientes; Polonia estaba ardiendo, y él tenía el deber de atizar y propagar las llamas del incendio.

Pero llegar hasta Polonia era un asunto bastante más complicado de lo que creía. No obstante, las dificultades materiales fueron fácilmente superadas, pues no le fue difícil conseguir el oportuno pasaporte, extendido a nombre de Henri Soulié, profesor francocanadiense, y el conde Branicki, acaudalado polaco cuya amistad había hecho en París, se ofreció voluntariamente para darle el dinero que necesitase para el viaje. Solucionado este extremo, no le cabía la menor duda de que sería recibido con los brazos abiertos por los polacos, y escribió varias veces al Comité Nacional de Varsovia ofreciéndole sus servicios. Su propósito era crear una diversión mediante acciones antigubernamentales en la misma Rusia y conseguir la revuelta del campesinado de Lituania y de Ucrania. También reclutaría, entre los desertores del ejército zarista, los hombres necesarios para formar una legión que combatiría al lado de los rebeldes. Finalmente, él y sus amigos «se interpondrían entre los insurgentes polacos y las tropas rusas para impedir, si no era ya demasiado tarde, la consumación de «vuestro infortunio».

Pero pronto Bakunin llegó a la conclusión de que no se deseaba su presencia. La desconfianza de los polacos hacia los rusos era demasiado profunda para admitir así como así a un ruso en sus filas, aparte de que había sobradas razones para dudar de la discreción de Bakunin. Es, pues, lógico que su ofrecimiento fuese fríamente recibido. Sus primeras cartas quedaron sin contestar, y al final recibió un mensaje del Comité Nacional en el que se le insinuaba la conveniencia de no moverse de Londres. Pero Bakunin no era hombre a quien se le pudiera rechazar a las primeras de cambio. Después de unos días de vacilación, salió de Londres el día 21 de febrero de 1863, dejando bajo la custodia de Cwierciakiewicz —representante en Londres del repetido Comité Nacional— uno de sus famosos códigos para las futuras comunicaciones secretas y recibiendo al mismo tiempo una fórmula para la obtención de tinta simpática. Lo último que exigió antes de despedirse fue que un representante plenamente responsable (no «un tonto o un medio tonto», como rudamente puntualizó) le aguardase en Copenhague para tratar con él del rumbo que debía seguir en su viaje hasta Polonia. Herzen, cediendo, siquiera por una vez, a la congénita debilidad de Bakunin por la mixtificación, escribió a su hija, residente en Italia, que «tío

Miguel ha salido de Bruselas y es muy posible que no pare hasta Florencia». [9]

Nos equivocaríamos si creyéramos que Miguel se había puesto deliberadamente en camino con el objeto de ofrecerse en sacrificio de una causa que daba por perdida. Cuando salió de Londres, la rebelión aún no estaba irremisiblemente condenada al fracaso, y pocos días antes el prudente Herzen aún había escrito a Ogarev que «la causa polaca está manteniendo firmemente, y pese a todo, sus posiciones, y hasta me atrevería a decir que se halla en período ascendente». Todo el mundo esperaba una intervención diplomática, incluso militar, por parte de Francia y de la Gran Bretaña en favor de Polonia, y, en el mismo mes de abril, el impetuoso hijo de Herzen todavía creía que «la caída de la dinastía de los Holstein-Gottorp [10] era inevitable». En febrero de 1863 Bakunin aún tenía motivos para considerar la insurrección polaca como una acción a cuyo desarrollo podía contribuir, si no con sus consejos, con su presencia. Además, todavía le quedaba otra carta por jugar. En el caso de que se le impidiese su entrada en Polonia, podría quedarse en Estocolmo y desde la capital sueca «incitar a aquellos ambiciosos patriotas suecos a que preparasen un levantamiento en Finlandia»; levantamiento que pondría en un aprieto al gobierno ruso al tener que apagar dos fuegos a la vez. Al llegar, pues, a Copenhague estuvo cuatro o cinco días aguardando en vano una llamada del Comité Nacional, hasta que, cansado de esperar, salió para Suecia. [11]

En el barco que le llevó de Copenhague a Gothenburgo entró en franca conversación con el encargado de Negocios del Brasil en las capitales escandinavas, un señor Brito, y compañero de viaje hasta Estocolmo. Pronto se cansó Bakunin de representar el falso papel del canadiense Henri Soulié, y no paró hasta que le reveló al señor Brito su verdadera personalidad, previa la solemne promesa de éste de que le guardaría el secreto. Le puso entonces al corriente de los proyectos que se proponía realizar, asegurándole que lo único que haría caer al gobierno de Rusia sería un levantamiento campesino. No hay que decir que al señor Brito le resultó simpático en extremo su compañero de viaje, pero no le prestó el menor crédito. Y una vez llegaron a Estocolmo, el diplomático brasileño tuvo una entrevista con su colega ruso, y no imaginó ni por un momento el interés que le despertó el solo nombre de Bakunin. [12]

* * *

No bien abandonó Bakunin la capital de Inglaterra, Branicki, el acaudalado polaco que había proporcionado el dinero para su viaje, emprendió la tarea de organizar en París una legión de más de dos

cientos hombres, destinada a servir de refuerzo al ejército insurgente polaco. Esa unidad, compuesta de polacos, franceses, húngaros, un ruso y otros elementos de distintas nacionalidades, tenía que transportarse por mar y desembarcar en la costa lituana. Su jefe, el coronel Lapinski, era un filibustero polaco que había luchado contra los rusos en el Cáucaso. El lugarteniente de Lapinski era un judío llamado Esteban Polès, alias *Tugendhold.* Un tal Demontowicz formaba parte de la legión en calidad de «comisario civil», llevando la representación del «gobierno provisional» que se había formado en Varsovia. El 14 de febrero de 1863, una semana antes de la partida de Bakunin, la legión fue transportada con gran secreto de París a Londres, para que allí embarcase. Pero las cinco semanas más de espera fueron fatales para el secreto de la expedición. Cuando ya el vapor *Ward Jackson* (que se había fletado para el transporte de los legionarios al Báltico) se disponía a zarpar, el embajador ruso se enteró de lo que se tramaba y presentó inmediatamente una protesta ante el Foreign Office, a consecuencia de la cual las autoridades aduaneras registraron el vapor, descubriendo que su carga, registrada como artículos de ferretería, era un cargamento de armas y municiones. Todavía se estaba estudiando el asunto cuando, en la noche del 21 de marzo, los legionarios subieron a bordo del *Ward Jackson* y temiendo que todo se perdería si la salida se retrasaba, convencieron al capitán, Robert Weatherley, para que se hiciera a la mar sin esperar el oportuno despacho de la aduana.

Bakunin embarcó para Copenhague sin haberse enterado de tan des cabellado proyecto. Los organizadores de la expedición se olvidaron de él, o quizás, y esto es lo más probable, no fiaron en su discreción. Pero una vez que las ventajas del secreto habían desaparecido, el prestigio que la presencia de Bakunin reportaría a la expedición fue objeto del más cuidadoso estudio, y, el mismo día de la salida del *Ward Jackson,* Herzen y Cwierciakiewicz telegrafiaron a Estocolmo invitando al veterano luchador a incorporarse al buque en Helsingborg, el primero donde haría escala. Bakunin se quejó después amargamente a Herzen de que a él, un hombre de casi ya cincuenta años, se le hubiera tenido en la ignorancia de los planes en cuestión, mandándole en el último momento de acá para allá como si hubiese sido un don nadie. Con todo, su primera reacción fue de júbilo ante la oportunidad que al fin se le deparaba de representar un papel activo. En la noche del 22 de marzo recibió los telegramas, y a las ocho de la mañana siguiente, no sólo estaba ya listo para partir, sino que había convencido a un polaco llamado Kalinka, al que había conocido en Estocolmo, para que se fuera con él. Más allá de Gotenburgo no había ferrocarril, por lo que tuvieron que hacer el resto del viaje en diligencia. Hasta la tarde del 26 de marzo no llegaron a Helsingborg, cuando el *Ward Jackson* ya

llevaba veinticuatro horas esperándoles mientras el capitán Weatherley y los principales oficiales de la expedición estaban cómodamente hospedados en un hotel.[13]

La llegada de los viajeros creó una atmósfera de mutua irritación. A los polacos no les hizo ninguna gracia que Bakunin se hubiera traído, sin que nadie lo hubiese invitado, a un huésped, porque, además, Kalinka pertenecía a la facción aristocrática y clerical y era partidario acérrimo de Czartoryski, y Bakunin, por el contrario, estaba defraudado respecto a los polacos. Lapinski era bravo e inteligente, pero Bakunin pronto sacó la conclusión de que «no tenía conciencia, o la que tenía era muy elástica», y, además, odiaba a los rusos. Polès-Tugendhold era judío, y por consiguiente un espía. Al único ruso que formaba parte de la expedición, un infeliz llamado Reinhard, se le había puesto el apodo de *El Moscovita*, y lo miraban con evidente suspicacia sus camaradas. Pero todo esto no suponía nada en comparación con la equívoca conducta del capitán Weatherley, cuya conversación giraba constantemente en torno a las quinientas libras de multa que se vería obligado a pagar por hacerse a la mar sin tener los papeles en regla, además del peligro que corría de que se le enviase a Siberia o a la horca. Cuando la facción estuvo dispuesta a hacerse de nuevo a la mar, el capitán alegó que el tiempo estaba mal y les entretuvo un día y medio en Helsingborg. A Bakunin no le cabía la menor duda de que el capitán estaba vendido al gobierno ruso, y deseaba verse cuanto antes en alta mar para poder someter al capitán Weatherley acercándole un revólver a la sien.[14].

Entretanto, habían llegado a Helsingborg malas noticias, noticias que parece que tenían algo que ver con las vacilaciones del «valiente» capitán. La primavera de 1863 llegó antes que otros años en el norte de Europa; el puerto de Reval ya estaba libre de hielos y podía esperarse de un día a otro la llegada de los cruceros rusos. Pero Bakunin siempre le encontraba una salida a todo. Escribió a Branicki indicándole la conveniencia de comprar un crucero «armado de cuatro cañones del mayor calibre» para poder exhibir el pabellón polaco en el mar Báltico. Con fantástica precisión, estimó el costo del mismo en un millón ochocientos mil francos, y terminó su epístola (si hay que creer la pintoresca narración de Polès-Tugendhold) con este magnífico llamamiento: «Yo estoy exponiendo mi vida...; ¡exponga usted sus millones!» Branicki ni siquiera respondió a la invitación. Pero la iniciativa de Bakunin sirvió para reanimar la moral de los expedicionarios. A la una de la tarde del día 28 de marzo el *Ward Jackson* salió del puerto de Helsingborg. Bakunin, junto con su equipaje, llegó al vapor en un bote de remos, y los que le vieron subir a bordo se hacían cruces de que un guerrero se dirigiese al combate con un equipaje de ocho maletas.[15]

El destino del *Ward Jackson* era la isla de Gothland, frente a la costa báltica de Suecia, desde donde se dirigía directamente a la orilla lituana, pero el capitán Weatherley tenia otras intenciones. Sabía sin duda que se estaban aproximando los cruceros rusos, y no ignoraba la amenaza del revólver de Bakunin. Disponiendo solamente de un puñado de marineros ingleses frente a aquella banda de locos exaltados y en un mar infestado de cruceros, prefirió hacer uso de la estratagema antes que recurrir a la resistencia abierta. Se habían producido algunas quejas sobre la mala calidad del agua potable, que sabía a cal y tenía un color lechoso. El capitán Weatherley comunicó su intención de recalar en Copenhague para hacer agua. La operación no duraría más de un par de horas. Pero una vez entró en el puerto bajó a tierra y fue a ver inmediatamente a sir Augusto Paget, el embajador británico.

Sobre lo tratado en esa entrevista no se encuentra nada escrito, mas lo cierto es que el capitán Weatherley no regresó a bordo aquella noche, y a la mañana siguiente hizo saber a los expedicionarios que no se haría nuevamente a la mar mientras hubiese un polaco a bordo, lo que bastó para que desertase también el resto de la tripulación, no quedando a bordo más que los legionarios, el jefe de máquinas y un piloto danés. El mismo Bakunin, acompañado de uno de los oficiales de Lapinski, salió precipitadamente para la Legación británica. Sir Augusto Paget les recibió con la más cumplida cordialidad, y convino en que habían sido objeto de un pésimo trato. Pero también creía que ellos no tenían en cuenta las desagradables consecuencias de toparse con algún crucero ruso, y se negó a admitir que el capitán Weatherley estuviera vendido a Rusia. En todo caso, él no podía obligar al capitán y a la tripulación a zarpar si ellos se negaban. Lo único que estaba en su mano era recomendarles a los consignatarios del *Ward Jackson*, advirtiéndoles que, por una curiosa coincidencia, los consignatarios eran a la vez los proveedores de la flota rusa y que en aquel mismo momento estaban ultimando los preparativos para abastecer de carbón a un crucero ruso que estaba a punto de entrar en el puerto. Bakunin salió encantado de la entrevista y con la impresión de que sir Augusto era «un perfecto caballero». Los consignatarios se mostraron en extremo serviciales, ofreciéndose para buscar una tripulación danesa que se hiciera cargo del *Ward Jackson* y lo condujera a Malmoe, el puerto sueco más cercano y del cual sólo les separaban unas dos horas de navegación. Una vez en Malmoe, los legionarios tendrían que componérselas por sí mismos.[16]

No hubo más remedio que aceptar el ofrecimiento, y el 30 de marzo, nueve días después de su gloriosa salida del Támesis, la expedición se dedicó a dormir tranquilamente en Malmoe. La población local no permaneció insensible ante el suceso, sino que acogió a los legionarios

al grito de «¡Viva Polonia!», acudiendo en bandadas al hotel donde los jefes buscaron acomodo y saludándoles con aplausos y con canciones patrióticas. Al poco rato apareció Bakunin. No deja de ser extraño que fuese precisamente un ruso el elegido por los polacos para dar las gracias a aquella multitud en nombre de Polonia. Pero bajo los efectos del enardecimiento, muy pocas personas se atrevieron a discutir el derecho de Bakunin a la jefatura. También es posible que en aquella ocasión se tuviera en cuenta que su estentórea voz se dejaría oír por encima del griterío y de las ovaciones de la gente. Bakunin agradeció al auditorio la entusiástica acogida de que habían sido objeto los viajeros, y declaró que los polacos y los suecos «siempre habían estado poseídos del mismo amor a la libertad y siempre se habían profesado una profunda y mutua simpatía». Nuevamente se reprodujeron los vivas a Suecia y a Polonia, y las canciones patrióticas llenaron una vez más el aire con su vibrante acento. La velada terminó con un banquete en el hotel. [17]

Pero aquellas pruebas de entusiasmo no podían ocultar el vergonzoso cariz que había tomado la expedición. El día primero de abril Bakunin y Demontowicz salieron para Estocolmo, y Lapinski y el resto de los polacos emprendieron el mismo camino quince días después. Los legionarios rasos permanecieron en Malmoe en espera de otro barco que les llevase a Polonia, pero el ridículo final de su viaje en el *Ward Jackson* no era lo más a propósito para animarles a nuevas empresas marinas. Y sus jefes se entregaron a la provechosa tarea de la autodefensa y de la mutua recriminación. En Estocolmo existía la creencia general de que el culpable de todo era el ausente Cwierciakiewicz, cuyos defectuosos preparativos y mala organización habían sido la causa de la demora de los legionarios, lo cual había dado pie a que el secreto de la expedición ya no fuera un secreto para nadie. Cwierciakiewicz, por su parte, señaló a Bakunin como al verdadero culpable, pues éste había introducido en el barco al importuno de Kalinka y había dado, sin que nadie se los pidiera, sus «inadecuados y perniciosos consejos». El propio Bakunin había cambiado ahora de parecer respecto a Kalinka, al cual llenaba de insultos por haberse descubierto que era un «discípulo de los jesuitas» y «más jesuita que polaco». Sin embargo, consiguió que Demontowicz y Lapinski firmaran un certificado por el que atestiguaban que la llegada de Kalinka no había tenido «influencia alguna en el éxito o en el fracaso de la expedición», que los consejos que él había dado no fueron ni intempestivos ni de ellos se derivó ningún daño para nadie, y, finalmente, que la culpa del fracaso había que atribuirla a los aplazamientos primeros de Londres y a la «desastrosa elección» del capitán Weatherley, el cual había «deliberadamente traicionado» a la expedición. Herzen, a quien fue remitido tan raro

documento, atacó a Cwierciakiewicz, llamándole «cerdo». A Bakunin lo calificó de «apestado», de «depósito de intrigas», y se lavó las manos respecto a tan malhadado asunto. Demontowicz terminó por revolverse contra Bakunin, declarando que era un hombre que «echaba a perder todo lo que emprendía», y que «no había hecho más que perjudicar la causa de Polonia». Y así quedaron las cosas. Demontowicz, Lapinski y Polès-Tugendhold nos han dejado escritas sus impresiones sobre el episodio que acabamos de narrar; impresiones cada una de ellas a cual menos digna de fe, pero a pesar del confusionismo que su lectura produce, no logran desvirtuar los contornos de este monumental fracaso.[18]

* * *

El episodio del *Ward Jackson*, por demás trivial y carente de influencia en el curso de la historia, es propio de la insurrección polaca de 1863. Si bien fue minuciosamente planeado, falló, en cambio, la previsión de que, para su éxito, era necesaria la concurrencia de una incalculable combinación de factores favorables. Además, la operación estuvo, ya desde sus comienzos, mal dirigida. Al primer contratiempo aparecieron las clásicas antipatías entre polacos y rusos, y aun entre los polacos de diferentes facciones. El afrentoso desembarque en Malmoe no fue su final definitivo, pues a principios del mes de junio Lapinski reagrupó los restos de su legión, se agenció un barco y llegó a poner el pie en el litoral de la Prusia oriental, cerca de Memel, pero uno de los botes con que se intentó efectuar el desembarco zozobró, ahogándose muchos de los hombres que llevaba, y los expedicionarios regresaron desconsolados a Suecia, donde fueron licenciados. Por entonces la insurrección estaba desarticulada y ya casi aniquilada. Pronto la represión había de empezar su sangrienta tarea. Y Polonia fue «pacificada» para otros cuarenta años.

El episodio de la revolución polaca no dejó de tener su influencia sobre las últimas etapas de la vida de Bakunin. Diecisiéis años antes, en París, la creencia en el nacionalismo polaco como fuerza revolucionaria le había enardecido. El fracaso de 1863 destruyó para siempre aquella firme ilusión, y Bakunin, al caerle de los ojos la venda de la ilusión, se percató de que el nacionalismo polaco encerraba una fuerte dosis de voracidad territorial y de que el deseo de conseguir las libertades polacas corría parejas con el afán de imponer la soberanía de Polonia a otras minorías nacionales. Al fin comprendía que la inmensa mayoría de los polacos no tenían nada de revolucionarios, y que si demostraban algún interés por la causa de la revolución en Rusia era sólo para servirse de ella como instrumento para sus propios fines políticos. La natural antipatía entre polacos y rusos, contra la que él había

luchado hasta ahora, volvía a afirmarse en su corazón. Bakunin tuvo que darse cuenta de que existían «pocos, muy pocos polacos con quienes poder trabajar incondicionalmente», y de que «todo polaco, poco o mucho, abomina no sólo del gobierno ruso, sino que odia también al pueblo ruso». La ilusión polaca corrió la misma suerte que la que antes corrió la ilusión de los eslavos-austríacos, y los fuegos fatuos del nacionalismo eslavo fueron en lo sucesivo relegados al último término de sus ambiciones políticas. Las autoridades austríacas no estaban, sin embargo, tan seguras de que fuese así. Pocos días después del fracaso de la desdichada expedición llegó a todos los puestos fronterizos de Austria un comunicado oficial advirtiendo que el «conocido agitador ruso Bakunin» había ido, «a finales del pasado año o a principios de éste», a Polonia, y ordenando que, en el caso de que apareciera en alguna de las fronteras austríacas, fuese inmediatamente detenido y llevado a Praga. [19]

Por los mismos días en que Bakunin subía a bordo del *Ward Jackson* con sus ocho maletas, una joven de aspecto atractivo llamó a Orsett House preguntando por él. El precavido Herzen pensó en seguida que se trataba de una espía, costándole algún trabajo a la visitante demostrarle que ella era Antonia Bakunin. Aquello puso a Herzen sobre ascuas. Le parecía absurdo que Bakunin se hubiera casado, y todavía más absurdo el que una joven desamparada, y a la cual no le era posible acoger, tuviera que perseguir a su marido a través de todo el mundo. Una vez convencido de la identidad de Antonia, Herzen le buscó alojamiento adecuado. Pero su recibimiento estuvo exento de cordialidad, y no creyó que valiese la pena telegrafiar a Bakunin la noticia de su llegada. Bakunin, que no solía guardar rencor por las ofensas que se hacían a él, recordó durante toda su vida y con el mayor encono el mezquino consuelo que Herzen ofreció a su mujer cuando después de su fatigoso viaje llegó a Londres.

Hasta después de haber desembarcado en Malmoe no se enteró Bakunin de que Antonia estaba en Londres. Al principio estuvo de acuerdo con la suposición de Herzen de que ella se quedaría de momento allí, e inmediatamente escribió una carta encomendando su mujer a la benevolencia de Natalia Ogarev, pero poco después se dio cuenta de que sus planes eran totalmente imprecisos, y le pareció insoportable prolongar por más tiempo la separación. En consecuencia, telegrafió a Herzen rogándole que encaminara a Antonia a Estocolmo, donde él estaba entonces. Después de pensarlo bien, es posible que Herzen también prefiriera esta solución. Antonia emprendió en seguida el viaje, llegando a Estocolmo alrededor del 8 de abril. Al día siguiente Bakunin escribió a Herzen diciéndole que era «completamente feliz». Hacía un año y nueve meses que se había despedido de su mujer en Irkutsk. [20]

NOTAS

1. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, p. 81; *Herzen*, ed. Lemke, XV, 364, 366.
2. Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 173, 179.
3. *Herzen*, ed. Lemke, XV, 561; Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 174, 184.
4. Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 175-6, 180.
5. *Herzen*, ed. Lemke, XIV, 436-9; XV, 503-5, 508-10.
6. Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 181-6; *Herzen*, ed. Lemke, XX, 231-9.
7. *Herzen*, ed. Lemke, XV, 595-604; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, página 108.
8. Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 199; Marx-Engels, *Sochineniya*, XXIII, 134.
9. Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 201, 205; *Herzen*, ed. Lemke, XVI, 103, 375-7, 491; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, 99-101, 107-9; *Krasnyi Arjiv*, VII, 113.
10. Los zares del siglo XIX eran Romanov sólo por línea femenina. El marido de Catalina la Grande, y padre putativo del zar Pablo, era el duque de Holstein-Gottorp. El *Almanaque de Gotha* siempre describió a la dinastía reinante —con gran disgusto de la misma— como la «Casa de Holstein-Gottorp-Romanov».
11. *Herzen*, ed. Lemke, XVI, 68, 103-4, 225; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, p. 110.
12. *Krasnyi Arjiv*, VII, 112, 119.
13. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 111-16, 119; papeles inéditos del Foreign Office obrantes en el Registro Central y relativos al *Ward Jackson* (extractos publicados por el autor en *Los exiliados románticos*, 1933, Apéndice E).
14. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 112-13, 116-19.
15. *Krasnyi Arjiv*, VII, 130, 132, 134.
16. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 113-14; *Krasnyi Arjiv*, VII, 134-7.
17. *Krasnyi Arjiv*, VII, 114, 137-8.
18. *Krasnyi Arjiv*, VII, 123, 140; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 119-120; *Herzen*, ed. Lemke, XVI, 226, 229-30. 234; Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 225.
19. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, p. 124; circular inédita que está en los Archivos del Ministerio del Interior, Praga.
20. Tuchkova-Ogareva, *Vospominaniya*, pp. 323-4; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 118, 122; Bauler, *Byloe* (julio, 1907), p. 77; *Herzen*, ed. Lemke, XVI, 204-6.

22

EPISODIO SUECO

El falso nombre con que Bakunin había llegado a Suecia sirvió más para destacar su importancia que para ocultar su identidad. El momento no podía serle más propicio. Los suecos eran demasiado conscientes del peligro que la proximidad del conflicto podía acarrearles para considerar la cuestión rusa con la flema de los confiados ingleses. La insurrección polaca les había causado una enorme impresión, y desde sus comienzos se convirtió en un problema político nacional. El cauteloso gobierno conservador que por aquellos días estaba en el poder tenía muy en cuenta la necesidad de mantener con su poderoso vecino unas relaciones, si no cordiales, por lo menos correctas. Por otro lado, los entusiasmados radicales simpatizaban con los insurgentes y deseaban vivamente la caída del zar, a quien consideraban el enemigo tradicional de Suecia y de la libertad. La aureola de Bakunin como mártir del despotismo zarista y protagonista de la milagrosa fuga del cautiverio ruso esa una valiosa recomendación ante el partido radical sueco, uno de cuyos dirigentes, Blanche, que se distinguía de la mayoría de sus colegas por saber hablar algo en francés, tomó al recién llegado bajo su protección. Hubo, sin embargo, un momento de desconcierto cuando a Bakunin se le ocurrió preguntar si podían presentarle al comité revolucionario. En Suecia —se le contestó— no existía semejante organismo, toda vez que allí nadie quería la revolución. Pero estas ligeras discrepancias no amenguaron el mutuo entusiasmo que provenía de la alianza. En Londres nadie sabía si existía Bakunin, y en cambio en Estocolmo era un personaje. [1]

Además, desde Suecia podía, a través de la frontera, observar el panorama político del Este. También en Finlandia, el país fronterizo arrebatado por Rusia a Suecia en 1809, flotaba en el aire el hálito de la

libertad. En el país finés, como en todas partes, Alejandro II había estado maniobrando desde su subida al trono con la política de concesiones a los liberales. Bakunin no supo intuir que la burguesía finlandesa, de extracción predominantemente sueca, estaba mucho más interesada en el restablecimiento de la constitución —que Alejandro hacía bailar ante sus ojos— que en la revolución social o en el derrocamiento del zarismo. Creía, en cambio, que Finlandia era una nueva Polonia, enemiga natural de Rusia. A alimentar esa ilusión contribuyó el aliento que, de una manera inesperada, le prestó un influyente personaje. Unos años antes, un poeta finlandés, Emil von Quanten, se había visto obligado, a consecuencia sin duda de sus ideas políticas, a emigrar a Suecia, donde publicó un libro en el que preconizaba la liberación de su país del yugo zarista y proponía la concesión al rey de Suecia del título de Gran Duque de Finlandia. Ni que decir tiene que tan ambicioso programa halagó los oídos del rey Carlos XV, quien contrariamente a sus consejeros constitucionales sentía una cordial aversión hacia Rusia, estando siempre dispuesto a animar, y ayudar, a los enemigos de este país. Nada, pues, tiene de extraño que Emil von Quanten fuese su primer secretario particular.

En estas circunstancias, tampoco es sorprendente que los dirigentes polacos de 1863 se pusieran en contacto con un enemigo del gobierno ruso tan influyente como Quanten. Es muy probable, entonces, que fueran sus amigos polacos quienes le presentaron a Bakunin, quien gracias a él obtuvo un singular honor: fue recibido en audiencia privada por Carlos XV. Nada se sabe, empero, de lo que se habló en esa audiencia. Parece naturalmente lógico que habiéndose permitido el rey el capricho de tener una entrevista personal con el mundialmente célebre revolucionario prefiriera que la entrevista quedase en secreto. Lo que sí resulta sorprendente es que Bakunin observara en aquella ocasión una conducta ejemplarmente discreta, tan ajena a su carácter expansivo. Esa conducta es posible que obedeciese al hecho de que no ignoraba la existencia de cierta incompatibilidad entre sus principios estrictamente revolucionarios y la concesión que había hecho a la dignidad real. Por la razón que fuese, lo cierto es que, por una vez, Bakunin no hizo uso de su acostumbrado afán de jactarse ante sus amigos del éxito conseguido. Él mismo, años más tarde, se expresó en términos muy duros contra la flaqueza de Garibaldi por los monarcas. [2]

El servicio de espionaje del conde Dasjov, embajador entonces de Rusia en la corte sueca, parece que no estuvo a la altura de las circunstancias, porque hasta después del viaje del *Ward Jackson* por el Báltico, o sea, con posterioridad a su regreso de Malmoe, no se enteró —y esto debido solamente a la casual indiscreción de su colega brasileño— de la identidad del profesor canadiense Henri Soulié. El conde

Manderstroem, ministro de Relaciones Exteriores de Suecia, informado por Dasjov del descubrimiento que éste acababa de hacer, prometió «cursar las oportunas órdenes para que tan peligroso personaje fuera rigurosamente vigilado» y «hacer cuanto estuviera en su mano para que su país se viera libre de tan empedernido revolucionario». Sin embargo, no se podía olvidar que Suecia era una nación de régimen democrático, y que, desgraciadamente, la democracia sueca tenía sus prejuicios contra Rusia. En la siguiente entrevista Manderstroem dijo al embajador ruso que, hechas las pertinentes averiguaciones, y ante la inquietud de la opinión pública, «particularmente en un momento en que tan preocupada estaba por la cuestión polaca», no era aconsejable la expulsión de Bakunin. A modo de consolación, le añadió que estaba procediendo al examen de viejos telegramas y referencias periodísticas relativos a la revolución del 48, con la intención de informar al público respecto al pasado del personaje en cuestión. Y en efecto, a principios de mayo apareció en el *Posttidningen* un artículo en el que se precisaban las pasadas actividades de Bakunin en términos muy poco halagüeños. La paternidad de ese escrito fue objeto de animada especulación durante varios días. (En realidad, su autor fue el propio Primer ministro, barón de Geer.) La inspiración oficial de semejante ataque fue fácilmente descubierta, lo que dio lugar a que se desencadenara una furiosa tormenta en la prensa radical. El mismo Bakunin replicó al escrito con tres artículos en el periódico radical *Aftonbladet*, y la controversia que alrededor de su persona se encendió contribuyó a hacer subir su popularidad al nivel más elevado. [3]

La idea de lanzar una campaña de prensa hostil a Bakunin, tan irreflexivamente llevada a cabo por el conde Manderstroem, halló un entusiástico, aunque tardío, eco en San Petersburgo. Tratándose de un país en el que la opinión pública ejercía tan deplorable influencia sobre la gestión de los intereses públicos, el método más adecuado era desacreditar a Bakunin ante sus propios partidarios. Desde las acogedoras columnas del *Aftonbladet*, Bakunin había temerariamente declarado que «no existía un solo acto en su vida del que pudiera sonrojarse». Las autoridades de San Petersburgo creyeron que había llegado el momento de dar publicidad a una serie de «actos delictivos cometidos por Bakunin», incluyendo los oportunos extractos elegidos de su *Confesión*. Esa compilación tenía que llevar por título *El autorretrato de Miguel Bakunin*; su paternidad tenía que atribuirse a «Un sueco», el cual había logrado llegar hasta los archivos de Rusia, y debía publicarse en Estocolmo. Es muy posible que la *Confesión*, aun después de los doce años transcurridos desde que se escribió, hiciera incluso subir los colores al rostro del «empedernido revolucionario». Pero parece que las autoridades rusas llegaron a la conclusión de que, de hacerse públicas esas revelaciones,

iban a revertir contra las mismas autoridades al transparentarse en los escritos seleccionados la facilidad con que habían sido embaucadas. Total, que después de haberse presentado para su aprobación —el 12 de junio de 1863— un primer borrador al zar, el proyecto, por esta o por la razón que sea, fue abandonado. La *Confesión* siguió en los archivos secretos por espacio de casi sesenta años más. Y Bakunin no se vio jamás enfrentado con la necesidad de tener que explicar esta pesadilla de su vida carcelaria. [4]

* * *

Entre tanto, y mientras Bakunin se estaba tostando al fuego encendido por el artículo del barón de Geer, el joven Sacha Herzen llegó a Estocolmo procedente de Londres. La tendencia del muchacho a sucumbir siempre a la seducción femenina dio a su padre un excelente motivo para llevar a cabo su deseo de mandarlo fuera de Inglaterra, pues hacía tiempo que Herzen tenía la ilusión de que su hijo se dedicase a la política. El propósito de Herzen fue acogido con verdadero entusiasmo por Bakunin, quien llevaba ya varias semanas esperando con impaciencia la llegada de Sacha. A Bakunin siempre le gustó vivir acompañado. Además, tener al hijo de Herzen como a su satélite no podía menos de halagar su amor propio a la vez que le iba a servir de refuerzo en su situación cerca de los radicales suecos. [5]

El primer acto al que asistió Sacha en Estocolmo fue un banquete que se dio en honor de Bakunin organizado por los radicales. En la noche del 28 de mayo de 1863 ciento cincuenta comensales se congregaron en el Hotel Fénix «para manifestar la simpatía de Suecia al hombre que tanto había sufrido por amor a su patria». Entre una serie de hombres cultos, formada por políticos, hombres de negocios, ministros de la religión, oficiales del ejército, funcionarios públicos y hasta tres o cuatro miembros de la nobleza, Bakunin se distinguió tanto por su capacidad para devorar como por la singularidad de su vestimenta. Apareció ataviado con lo que muy propiamente se describió como «el vestido del pueblo», aunque ese desafío a los convencionalismos fuera, con toda probabilidad, achacable a su ya ahora habitual descuido más bien que a ningún simbolismo político. Nada ocurrió en el curso del banquete que aguase el general entusiasmo. La parte oratoria del acto empezó, según se dijo, por expreso deseo de Bakunin, con un brindis de lealtad al rey. Después, Blanche propuso otro brindis por «la joven Rusia», al que unió el nombre del invitado principal y atacó duramente la autocracia rusa, saludando a Bakunin como el «apóstol de la luz y de la libertad». Su discurso terminó con la lectura de unos versos dedicados al acto.

Bakunin contestó en francés, y los oyentes que no comprendían esta lengua tuvieron que aguardar la correspondiente traducción, que apareció al día siguiente en el *Aftonbladet*. Pero poco importaban las palabras. El empleo de una lengua extraña no enfrió el entusiasmo de la concurrencia ni recortó la inspiración del orador. Bakunin agradeció a Suecia su «noble hospitalidad». Ningún país, «con la excepción quizá de la Gran Bretaña», concedía tan libre y generosamente asilo a las víctimas de la persecución política. Pero que no creyera nadie que el «gobierno de San Petersburgo» contaba con el apoyo y la simpatía del pueblo ruso. El verdadero revolucionario era el gobierno de Rusia. El gobierno de Rusia era quien había desencadenado una sublevación campesina contra los terratenientes polacos, no teniendo ningún escrúpulo en «apelar a las terribles fuerzas de la clandestinidad y en excitar las pasiones populares con riesgo de hundir a toda Europa en un torbellino de sangre y fuego». (Esta acusación es ciertamente extraña en boca de Miguel Bakunin, pero hay que tener en cuenta que se dirigía a un auditorio de impenitentes burgueses, con cuyos temores y prejuicios estaba especulando.) Lejos de ser revolucionario, declaró Bakunin, lo mismo él que sus amigos no llegaban ni a republicanos incondicionales. «Las palabras "monarquía" y "república" no importan nada, con tal de que el edificio en que se asienten no tenga otra base que la verdadera libertad del pueblo.» *Tierra y Libertad*, entidad a la que tenía el honor de representar, era «una vasta asociación, a la vez patriótica, conservadora, liberal y democrática». Entre sus afiliados había representadas «todas las clases de la sociedad rusa, todos los rusos de buena voluntad, cualquiera que fuese su rango o su posición: generales y oficiales, altos y bajos funcionarios, terratenientes aristocráticos, comerciantes, clérigos e hijos de clérigos, campesinos y millones de creyentes pertenecientes a distintas sectas disidentes». Aquella sociedad formaba ya una especie de Estado dentro del Estado. Estaba en vías de organizar sus propias finanzas, su propia organización, su propia policía, y pronto —el orador así lo esperaba— tendría su propio ejército. Acababa de concluir «una alianza formal con el Comité Central de Varsovia, el cual es hoy el gobierno nacional de Polonia». En nombre de esta sociedad y en el de la nueva Rusia Miguel tendió una mano a «los patriotas suecos», bebiendo por la futura prosperidad de la «gran unión federal escandinava».

Este famoso discurso, que no sólo identificaba *Tierra y Libertad* con la causa de la monarquía constitucional, sino que confería a un diminuto grupo de estudiantes exaltados millones de miembros procedentes de todos los estamentos de la sociedad rusa; este famoso discurso, repetimos, fue el plato fuerte de la velada. A Bakunin le sucedió Sacha Herzen, quien expuso la labor que su padre y Ogarev estaban desarro-

llando en la prensa rusa de Londres, y saludó la futura unión entre las federaciones eslava y escandinava. Finalmente, un individuo desconocido, Félix de nombre y único polaco en el banquete, contestó al brindis en honor de Polonia bebiendo a la salud de los oficiales rusos, pocos pero bravos, que se sacrificaron por la causa polaca. [6]

Este memorable acontecimiento tuvo una desagradable secuela. Las circunstancias precisas de la disputa surgida entre Bakunin y el hijo de su viejo amigo permanecen todavía en la oscuridad, pues la extensísima carta en que Bakunin detallaba sus motivos de queja permanece inédita. Pero podemos afirmar que la causa determinante fue la vanidad de los dos. Bakunin consideraba que su edad y su prestigio le daban derecho a detentar la dirección, y que un joven de veinticuatro años, sin experiencia todavía, sólo podía asumir el papel de subalterno. Sacha adolecía de un complejo de presunción, indiscreción y falta de tacto, defectos que, ni aun teniendo en cuenta su corta edad, se le pueden excusar. Herzen y *The Bell* ostentaban la representación en Londres de *Tierra y Libertad*, y parece que Sacha daba por descontado que el principio de la sucesión dinástica le daba derecho a irrogarse su representación en cualquier otro lugar. Con la precipitación y ligereza de la juventud, dio por sentado que los honores que se prodigaban a Bakunin en Estocolmo, y que culminaron en el banquete del 28 de mayo, eran un tributo, no a una personalidad, sino a una causa, y por lo tanto aquellos laureles iban también destinados a coronar su propia frente.

La disputa sobre si el representante autorizado de *Tierra y Libertad* en Estocolmo era Bakunin o era Sacha, fue, según anotó Herzen después, lo más cómico y ridículo que pudiera imaginarse. No fue una disputa sobre realidades, sino acerca de un nombre, y la vanidad de Sacha, quien no poseía otro título de distinción, fue quizá menos ridícula que la de Bakunin, quien no tenía necesidad de más credenciales que las que sus propias hazañas y sufrimientos le conferían. Pero una vez que Sacha hubo puesto sobre la mesa sus pretensiones, y visto que eran discutidas, su conducta ulterior ya no tenía disculpa. Las habladurías en Orsett House habían alimentado su precoz perspicacia respecto a los defectos del carácter de Bakunin. Sabía todo cuanto su padre pensaba y decía en privado de su supuesto aliado, y ahora obraba en consecuencia. Se burlaba de Bakunin ante los amigos de éste, y se burlaba de él en sus propias barbas. Bakunin le pagaba con la misma moneda, llamándole ladrón. Y los radicales suecos escuchaban hasta la saciedad las mutuas agresiones de los dos líderes rusos. Afortunadamente Sacha se cansó de vivir en Estocolmo, cuyo clima, decía, era demasiado frío para él. Y el escándalo cesó con su regreso a Londres, a finales del mes de junio. [7]

* * *

Con el banquete del Hotel Fénix llegó a su cúspide la popularidad de Bakunin en Estocolmo. La riña con Sacha Herzen fue el primer síntoma de la declinación de su gloria. No existía ya ningún motivo para continuar permaneciendo en la capital de Suecia. La causa polaca estaba muerta y los polacos olvidados. Los finlandeses habían sucumbido a la seducción de Alejandro II, quien publicó un decreto anunciando la convocatoria —por vez primera desde 1809— de la Dieta finlandesa para el 15 de septiembre, y Bakunin tuvo un enfrentamiento personal (a causa, según él, de Sacha Herzen) con Quanten. *Tierra y Libertad* se hallaba en estado agónico. Sleptsov, el emisario llegado a Londres a primeros de año, no pudo regresar a San Petersburgo, y tras una prolongada depresión nerviosa, se retiró a Suiza. En mayo de 1863 el miedo se apoderó de Nicolás Utin, otro miembro del comité ejecutivo, y huyó de Rusia. La sociedad había entrado, pues, en período de disolución. Los pocos representantes que quedaban no contestaban siquiera las cartas de Bakunin, y no les produjo la más mínima impresión su noticia de que había conseguido meter de contrabando siete mil ejemplares de varias proclamas en la provincia de Arkangel, con la ayuda de un compañero de Finlandia. Bakunin encontró «un joven honrado, capaz y diligente», llamado Straube, que estaba dispuesto a hacerse cargo de la venta de las publicaciones de Herzen en Rusia a condición de que alguien le concediera un crédito por valor de cuatro o cinco mil francos. Pero Herzen permaneció indiferente ante semejante proposición. Ni aun el más radical de todos los suecos quería oír hablar de hacer la revolución en Suecia. Poco después los acostumbrados nubarrones financieros volvieron a aparecer en el horizonte. Los amigos que Bakunin tenía en Suecia se familiarizaron muy pronto con su costumbre de pedir a quien fuera dinero prestado y de solicitar adelantos a los editores por artículos que luego no escribía, y pronto empezaron a escamarse por la aplicación, en la práctica, de su teoría de la propiedad común. De ahí que su presencia en Estocolmo empezó a pesarle a todo el mundo y ya nadie le atribuía ninguna utilidad. En vista de esta situación, decidió abandonar Suecia antes de que llegase el invierno.[8]

Al principio pensó regresar a Londres, pero después de pensarlo mejor, el propósito no le pareció tentador. Nada había en el clima ni en la vida de Inglaterra que pudiera reconciliar a una esposa joven con la separación del único hombre que había conocido y amado. Incluso para él mismo, Inglaterra tenía muy poco que ofrecer, exceptuando aquella cortés tolerancia que, examinada de cerca, se diferenciaba muy poco de la indiferencia, y el empeoramiento de las relaciones con Her-

zen eliminaba el único motivo de atracción que le había llevado a Londres dieciocho meses antes. Pero le era en extremo difícil sustituir su primera intención. Lo mismo Austria que los demás Estados germánicos estaban cerrados para él. La Francia de Napoleón III era demasiado caprichosa y no le merecía confianza. Suiza todavía no se había convertido en el lugar de reunión de los exiliados políticos de media Europa. Le quedaban, pues, muy pocos sitios para elegir. En Londres, los italianos ya le habían parecido los enemigos más activos y resueltos de su viejo espantajo el Imperio austriaco, y, por lo tanto, aliados naturales de los eslavos. Conocía a Mazzini y mantenía correspondencia con Garibaldi. En Italia, por lo menos existía el germen de un movimiento revolucionario —un movimiento al que nunca se había conseguido ahogar ni había pasado nunca de moda—. Pero esos atractivos de índole política sólo tenían para él quizás una importancia secundaria. Italia era, sobre todo, un país cordial, propicio y simpático, donde la vida era barata y donde él y Antonia podrían disfrutar de un período de paz y de bienestar. Fue la primera vez en su vida en que Bakunin demostró, aunque de una manera transitoria, el deseo de retirarse y de entregarse al reposo. Decidió, pues, establecerse por un período de tiempo en Italia y «esperar los acontecimientos».[9]

El 8 de octubre de 1863 Bakunin y su esposa abandonaron Estocolmo. Fue a despedirles un grupo de polacos y suecos, y de su partida se hizo eco la prensa radical. Pero el entusiasmo de los primeros meses se había esfumado, Bakunin se había convertido política y económicamente en una especie de estorbo para sus amigos. Y así, cuando al fin embarcó en Gothemburgo para Londres, todos lanzaron un suspiro de alivio. El embajador ruso comunicó una semana más tarde, «con verdadera alegría», la noticia a San Petersburgo. El gobierno austríaco fue el único que se quedó temblando ante la perspectiva de que Bakunin pudiera llegar de un momento a otro a sus fronteras, por lo que dirigió una circular a las autoridades fronterizas poniéndolas en antecedentes de la salida de Miguel Bakunin de Suecia, con «destino desconocido», y ordenándoles que establecieran una estrecha vigilancia.[10]

* * *

El período de dos años que se inició con la llegada de Bakunin a Londres al final de 1861 no puede darse por cerrado sin dedicar antes unos párrafos a la persona que desempeñó el papel más importante en la vida Bakunin durante este tiempo: Alejandro Herzen. Cuando Bakunin llegó a Londres, *The Bell*, todavía en la cúspide de su popularidad y de su fuerza, tenía una circulación de mil quinientos a tres mil ejemplares. Y ahora, menos de dos años después, se quedaba muy

satisfecho si lograba colocar quinientos ejemplares. Herzen, doliéndose de una derrota que consideraba inmerecida, creía descubrir la mano de Bakunin en cada peldaño de su decadencia. Fue Bakunin quien, de acuerdo con Kelsiev, había envuelto *The Bell* en el asunto de los Viejos creyentes. Y fue Bakunin quien, después de convencer a Ogarev, había arrojado *The Bell* en brazos de los jóvenes revolucionarios e inducido al propio Herzen a concluir una alianza con la mítica sociedad *Tierra y Libertad*. También fue Bakunin quien puso a *Tierra y Libertad* en ridículo por hacer alarde, desde las columnas de *The Bell*, de sus insensatas intrigas con suecos y finlandeses. Igualmente fue Bakunin quien —y éste fue su tropiezo más fatal— le había persuadido de comprometer *The Bell* en la causa de Polonia, atrayéndose la enemistad de todos los patriotas rusos. Incluso en aquellos círculos rusos que dos años atrás se leía *The Bell* con todo el entusiasmo por considerarlo el órgano de la opinión rusa ilustrada, Herzen era ahora estigmatizado con el adjetivo de traidor y de amigo de los terroristas. La ilación de esos hechos carecía de la lejanía suficiente para que Herzen pudiera darse cuenta de que había sido víctima de circunstancias ajenas a la voluntad del hombre, y de que el corto apogeo del liberalismo ruso, que *The Bell* tan brillantemente había representado, pertenecía ya al pasado. Estaba buscando una víctima propiciatoria y creyó encontrarla en Bakunin, contra el cual se revolvía, animado del espíritu de venganza de quien ha sido llevado, pese a su laro discernimiento, por una senda fatal. Y esto acontecía cuando Bakunin dejaba la ciudad de Estocolmo y la prensa rusa citaba triunfalmente la declaración de un simple polaco, según la cual «Herzen y Compañía» habían lanzado a los polacos a la revuelta pregonando que estaban a la cabeza de una vasta conspiración que haría levantarse en armas a toda Rusia. Y Herzen, fuera de sí, en un rapto de rabia y de vergüenza declaró que repudiaría públicamente a Bakunin desde las columnas de *The Bell*. [11]

La amargura política la agravaba el resentimiento personal. La riña con Sacha había añadido una nueva complicación, porque por más que Herzen alardeaba de fría imparcialidad, y aunque condenaba la «insolencia» del muchacho con tanta más severidad que la vanidad y locuacidad del hombre ya mayor, no hay duda de que, desde lo más íntimo de su ser, juzgaba los pecados de su propia sangre con más benevolencia que los de su viejo amigo. Además, ahí estaba la eternamente irritante ligereza de Bakunin en cuestiones de dinero —esos «pequeños defectos» que Herzen, por pudor, evitaba siquiera mencionar, pero que sublevaban su espíritu metódico. Había sido apremiado a causa de las deudas de Bakunin en Londres. En julio había enviado otras cincuenta libras a Estocolmo. Su paciencia se estaba agotando, y temía que pudiera producirse todavía alguna de aquellas estériles dis-

cusiones que solían empezar con una infantil justificación de pretéritas irregularidades y terminaban con una igualmente infantil súplica de un nuevo préstamo.[12]

Bakunin, acostumbrado como estaba al papel de demandado, esperaba la vista con mucha más calma que Herzen, el demandánte. Y como tenía el espíritu joven, vivía de espaldas al pretérito, echando a un lado las cosas pasadas, entre las que, naturalmente, estaban sus deudas. Rendía un sincero respeto al gran talento de Herzen, aunque siempre se negó a inclinarse ante la mundología y el escepticismo de éste, tan acertado siempre en cuestiones de detalle y tan equivocado y detestable en cuanto al volumen y el espíritu de las cosas. Se daba tan poca cuenta como Herzen de que *The Bell* era ya una fuerza inoperante, y pensaba todavía, con su inveterado optimismo, que se podía seguir empleando la influencia de este órgano de publicidad en interés de la revolución. Sin embargo no se hacía ninguna ilusión acerca de Herzen.

> Herzen —escribió él por entonces—, ha presentado, y continúa presentando, de forma magnífica, la causa rusa ante el público europeo. Pero en cuestiones de política nacional es un escéptico empedernido, y su influencia sobre el público no sólo no es alentadora, sino que es desmolarizadora en grado sumo. Es, no hay que olvidarlo, un genial escritor y como tal, al caudal de sus brillantes cualidades une las taras de su profesión. Cuando la libertad esté perfectamente establecida en Rusia, será, sin duda alguna, un periodista eficaz y convincente, tal vez un orador, un estadista, o incluso un administrador clarividente, pero carece de las condiciones esenciales para ser un dirigente revolucionario.

Estas palabras reflejan las cualidades y los defectos de Herzen más exactamente que cualquiera de los retratos de Bakunin trazados por Herzen en sus escritos.[13]

Al llegar Bakunin a Londres, Herzen estaba en Italia, adonde fue para ver a sus hijas. Su ausencia suponía un aplazamiento del ajuste de cuentas y un alivio de la tensión. Ogarev, benévolo, cordial e impresionable, escuchó con simpatía la versión que Bakunin le hizo de sus propias hazañas. Por lo que a dinero se refería, había compartido siempre con Bakunin la incapacidad de conceder la más mínima importancia al vil metal. Era, pues, excusado pensar que esas cuestiones pudieran constituir la causa de fricciones entre los dos viejos amigos. En cuanto a la riña con Sacha, Ogarev opinaba que Herzen, por consideraciones de índole «dinástica», no había demostrado imparcialidad, y que debía de haber aconsejado a su hijo que le pidiese perdón por sus insolencias. En cuanto a la política, sin duda existían entre ellos pequeñas diferencias de método y de táctica, pero ¿qué suponían esas

diferencias comparadas con la entrega de toda una vida a la causa de la libertad? Dejando a un lado las lealtades personales, Ogarev estaba, por temperamento e inclinación, mucho más cerca de la vehemencia de Bakunin que de la inteligente y calculada cautela de Herzen. Había que olvidar el pasado y seguir, unidos, laborando por la sagrada causa. El «repudio» de Bakunin sólo redundaría en detrimento de todos y en beneficio del enemigo común, el cual se frotaría las manos. Así las cosas, Ogarev escribió una carta a Herzen en la que se mezclaban la defensa y el reproche. Lo que demostraba claramente su identificación con la postura de Bakunin. [14]

Hacia finales del mes de noviembre de 1863, y después de una estancia de seis semanas en Londres, los Bakunin salieron para Bruselas y París, y fue en esta capital donde tuvo lugar el tan diferido encuentro de Bakunin y Herzen. «Tengo que verme con Bakunin —escribió Herzen el día antes de reunirse—, por más que la perspectiva me resulte terriblemente desagradable, porque detesto la falsedad.» A pesar de todo, la entrevista, por lo menos en cuanto a su aspecto exterior, se desarrolló en un ambiente mucho mejor del que era de esperar. Hubo por parte de los dos el vehemente deseo de evitar los temas de posible fricción, y Herzen estaba demasiado rendido, o quizás avergonzado, para aludir a «los asuntos privados», y en el terreno político, encontró a Bakunin «cordialmente deseoso de hacer las paces y dispuesto a no dar un paso que pudiera promover un escándalo». Bakunin, además estaba cansado de aventuras. No le dolieron prendas a la hora de admitir que había obrado mal y que otros fueron más prudentes que él. Y Herzen, que carecía de tan generosa virtud, se quedó asombrado ante la mansedumbre de su amigo. Ese sentimiento no había, sin embargo de durar mucho tiempo. Mas, de momento, permitió que los dos amigos se separaran, aparentemente al menos, con un sentimiento de invariable cordialidad. Puede que Bakunin creyera que habían llegado a una sincera y completa reconciliación, pero Herzen no era hombre que perdonase y olvidase tan fácilmente. La carrera de Herzen estaba irremisiblemente rota, y sus innatas cualidades de sensatez y prudencia lo habían conducido a un extenso y árido páramo, mientras los torrentes de la reacción y la revolución corrían, embravecidos, por cada uno de sus lados. La indomable temeridad y la eterna juventud de Bakunin le sostenían en la cresta de la ola, siempre avanzando. Herzen sabía que su bien ordenado talento estaba empequeñecido y oscurecido por la dominante e indisciplinada fuerza de su amigo. Veinticinco años atrás había anotado en su diario, debajo del nombre de Bakunin, este comentario: «Personalidad de poco valor», y ahora, una vez más, buscaba su consuelo recreándose en aquellos notorios defectos de Bakunin que tan fácil ocasión daban a sus enemigos para atacarle. Las

relaciones entre los dos no podían ser otra vez lo íntimas que fueron en otros tiempos. En el subsiguiente trato con Bakunin, Herzen no pudo ya desprenderse del sentimiento de desprecio y de envidia, sólo a medias disimulado, que le inoculó la experiencia de los últimos dos años. [15]

El día siguiente de la entrevista, Herzen regresó a Londres, y unos días después los Bakunin se dirigieron a Suiza. Después de una corta parada en Ginebra, marcharon a Vevey, donde pasaron las Navidades en compañía de Slepstov, ex director de *Tierra y Libertad*. Éste sufría una «excitación nerviosa rayana en la psicosis», y serían necesarios «muchos cubos de agua fría sobre su cabeza» para conseguir que fuera de alguna utilidad para algo o para alguien. Desde Vevey, Bakunin hizo una excursión hasta Berna con objeto de visitar a sus viejos amigos los Vogt. Luisa Vogt, a quien no había vuelto a ver desde que se despidió de ella al dejar Suiza veinte años atrás, le echó los brazos al cuello y lloró de emoción. Allí se encontró con la extraña sorpresa de que Carlos, el hijo mayor de los Vogt, era víctima de «una fe inquebrantable en la estrella de Napoleón». Pero cuando Bakunin se fue de Berna, dejó a toda la familia convertida a la causa de Polonia, y las damas organizaron un comité dedicado a recoger fondos para la ayuda a los polacos necesitados.

El día 11 de enero de 1864 los Bakunin cruzaban la frontera de Italia. [16]

NOTAS

1. Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 224; *Krasnyi Arjiv*, VII, 122.
2. Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 222, 224.
3. *Krasnyi Arjiv*, VII, 116, 119-122, 124-5; Louis de Geer, *Minnen*, I, 243-4; Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 256.
4. Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 256-62.
5. *Herzen*, ed. Lemke, XVI, 263; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, p. 122.
6. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 134-8; *Krasnyi Arjiv*, VII, 124-5; Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 225.
7. *Herzen*, ed. Lemke, XVI, 268, 282, 491-3, 539.
8. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, 125-9, 131-2; Herzen, ed. Lemke, XVI, 90, 98; *Krasnyi Arjiv*, VII, 116; Steklov, *M. A. Bakunin*, 226, 256.
9. Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 265; *Krasnyi Arjiv*, VII, 126.
10. *Krasnyi Arjiv*, VII, 126-7; circular inédita, en los Archivos del Ministerio del Interior, Praga.
11. *Herzen*, ed. Lemke, XVI, 491-2, 516.
12. *Herzen*, Lemke, XVI, 267, 492, 539; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, página 123.

13. *Herzen*, ed. Lemke, XVI, 230-31.
14. *Herzen*, ed. Lemke, XVI, 538-9; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 148, 150.
15. *Herzen*, ed. Lemke, XVI, 541-3.
16. Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 283-4.

23

FLORENCIA

Bakunin entró en Italia siendo un ferviente partidario del nacionalismo italiano. Después de una corta parada en Turín, él y Antonia fueron recibidos en Génova por Bertani, el lugarteniente más caracterizado de Garibaldi en el norte de Italia, y su primer deber en suelo italiano consistió en una peregrinación a Caprera, donde vivía retirado y rodeado de una pequeña colonia de fieles partidarios el padre de la libertad italiana, ahora convertido en una figura legendaria.

La visita a Caprera fue la culminación de un efímero pero característico culto. Durante unos instantes pareció que Garibaldi representase a la perfección el papel del héroe revolucionario ideal de Bakunin. En los días gloriosos del 1849 había plantado el estandarte republicano en la misma Roma y ocupó la ciudad contra las fuerzas de la reacción, representadas por los sacerdotes corrompidos y los mercenarios franceses. En 1861 Bakunin había seguido desde Siberia con la mayor ansiedad la Marcha de los Mil que habían liberado la Italia meridional y derrocado una monarquía reaccionaria. Era verdad que hasta entonces el resultado de los éxitos de Garibaldi no había consistido en la instauración de una república, sino en el engrandecimiento de una monarquía. Pero también Bakunin había hecho en su día concesiones al oportunismo jugando con la idea de una monarquía popular. Bastante importancia tenía ya para él el que Garibaldi fuera el azote de Austria y el liberador de Italia. La liberación de los eslavos, el quebrantamiento del Imperio austríaco y la causa de la revolución social permanecían todavía confundidos en el subconsciente de Bakunin. Quien servía a uno de estos fines, necesariamente favorecía a los otros.

En su retiro de Caprera, el jefe estaba rodeado de un cortejo de romance épico. En Turín, Antonia casi había muerto de frío, pero

en Caprera, a fines de enero, el clima era tan cálido como un verano ruso. Los Bakunin hicieron la travesía hacia la isla con otros cuatro peregrinos un inglés y tres inglesas. Garibaldi, cojeando ligeramente a consecuencia de una herida recibida en Aspromonte, les recibió en su sencilla casa construida con piedras de aquellos lugares, rodeada de una huerta con olivos, vides y otros frutales mediterráneos. Allí vivía con su joven esposa una sencilla campesina (a la que, con gran disgusto de una de las inglesas, trataba con marcada deferencia), sus dos hijas, un secretario político y doce robustos guardaespaldas. La vida en la pequeña localidad, donde todos trabajaban las tierras —pantalones de lino y camisa roja— o molían el trigo, o, simplemente, descansaban «en pintorescas poses» sobre las rocas, se le antojó a Bakunin el prototipo de una «república democrática social», y le recordó (pues el romanticismo estaba profundamente arraigado en el siglo diecinueve) la Isla del Pirata del *Corsario* de Byron. Bakunin creyó adivinar en su huésped «un profundo, escondido pesar». Garibaldi confesó a su visitante que estaba cansado de la vida, y que la sacrificaría gustosamente por el bien de su país o por «la libertad de todos los pueblos». Había tenido la intención de ir a Polonia para tomar parte en la lucha al lado de los insurgentes, pero éstos le dirigieron un mensaje haciéndole saber que su presencia en el teatro de la insurrección sería más perniciosa que beneficiosa para la causa. Bakunin recordó que él había pasado exactamente por la misma experiencia, y esta similar experiencia le convenció más que nunca de que había un vínculo entre los dos. Cuando, después de una estancia de tres días, los Bakunin regresaron a la península, Miguel se hizo la promesa, «por amor a Italia» (promesa que ante su esposa juró cumplir), de que antes de un mes hablaría italiano.[1]

Los Bakunin se establecieron en Florencia. Habida cuenta del temperamento de Bakunin, la elección era un síntoma. Aunque destinada a convertirse dentro de poco en la capital provisional del nuevo Estado italiano, Florencia nunca fue un importante centro político. Su población trabajadora era reducida y estaba totalmente desorganizada, y la intriga y la propaganda políticas se desconocían. Florencia estaba fundamentalmente habitada por burgueses italianos y por una nutrida colonia extranjera que atraída por la baratura de su vida, o en busca de su tradicional tranquilidad, o de sus pintorescos alrededores. Aquí vivió Bakunin casi cerca de un año, plenamente satisfecho y entregado a la ociosidad y al reposo, cosas ambas tan en desacuerdo con su naturaleza.

Los recuerdos y las versiones de los turistas y los residentes rusos en Florencia ofrecen curiosos detalles de la personalidad y de la vida de Bakunin por aquellos días. A Gué, el famoso pintor —quien notó su

deficiente respiración y su «inimaginable apetito»—, le dio la impresión de hallarse ante «un gran buque sin mástiles y sin timón, empujado por el viento y a merced de las olas». Modestov, un joven que estaba preparando su tesis doctoral sobre Tácito, se asombró al ver que Bakunin «esperaba encontrar un revolucionario en cada uno de los hombres cultos con quien trababa conversación». Mechnikov, un joven científico que había huido de Rusia a causa de sus ideas políticas y había sido combatiente en la legión de Garibaldi, ha dejado una gráfica y satírica descripción de los «días de recibo» de los Bakunin, en que invitaban los martes por la noche a sus amigos.

El salón está amueblado en el estilo burgués más estridente. El formidable revolucionario, enfundado en una negra levita, a la que consigue dar un aire pintoresco aunque abominablemente sucio, juega tranquilamente a las damas con su Antonia... Un señor de edad, de pelo grisáceo y de benigna apariencia, canta acompañándose él mismo al piano, con una voz de tierno pajarillo y con un acento netamente germánico.

Allons, enfants de la badrie,
le chour de cloire est arrifé...

Y el desafiante himno revolucionario suena en sus labios como una azucarada, sentimental cantilena.

Pero resulta que el cantante no es alemán sino sueco, y tiene alguna misteriosa relación, afinidad o, en una palabra, algo que ver, con la revolución.

Poco a poco van llegando los invitados. ¡Qué mezcla de vestimentas y de rostros; de razas, de lenguajes y de clases! Con la excepción de unos pocos asiduos, era raro ver la misma cara en dos de aquellas «reuniones».

El propio Bakunin hace los honores de la casa, explicándole al recién llegado que éstos son los invitados de Antonia y aquéllos son unos a quienes necesita ver para el buen éxito de alguna dudosa e ilícita empresa. A la semana siguiente ya no se vuelve a saber más del gran hombre de la semana pasada. Y menos mal si sólo se trata de una pura y simple desaparición, porque las más de las veces esos eclipses son la consecuencia de algún escándalo más o menos público.

Solamente unos pocos de los asistentes a aquellas reuniones eran, en uno u otro aspecto, personas notables. Sacha Herzen, que había llegado a Florencia para completar sus estudios en la Universidad, hizo las paces con Bakunin y —con cierta alarma por parte de su padre— se convirtió en un asiduo visitante de la casa. El anterior interés de Sacha por la política había desaparecido, pues nunca estuvo basado en otro fundamento que en su vanidad personal. Desde entonces en adelante la revolución no tuvo la más mínima influencia en su vida.

La presencia de Pulski, el famoso lugarteniente de Kossuth, le recordó a Bakunin su antiguo apoyo a las aspiraciones nacionales de Hungría, aunque los húngaros no demostraron jamás simpatía alguna por las ambiciones revolucionarias de Bakunin. Ludmila Assing, sobrina de Varnhagen von Ense, tuvo siempre un vivo interés por las ideas políticas avanzadas, pero sus actividades, por el momento, estaban encaminadas a la caza de un apuesto joven italiano llamado Gianelli que frecuentaba el círculo de los Bakunin. Las aficiones casamenteras de Miguel eran casi tan constantes como su fervor revolucionario, llegando a escandalizar a algunos de los observadores por el activo interés que puso en este lance amatorio.[2]

De forma intermitente, y con no demasiado entusiasmo, Bakunin continuaba metido en la revolución. Ahora se dedicaba a la búsqueda de intermediarios italiados para introducir clandestinamente en Rusia, a través de Galatz o de Constantinopla, el periódico *The Bell*, amén de otras publicaciones en ruso salidas de las prensas de Herzen. Sin duda fue este servicio prestado a la causa común lo que le animó a solicitar de Herzen un nuevo préstamo de seiscientos francos. Herzen sólo le concedió la limosna de doscientos francos. Parece que las principales actividades de Bakunin durante el verano de 1864 estuvieron dedicadas a la francmasonería. Dolfi, de oficio panadero y dirigente del partido mazzinista de Florencia, era el Gran Maestre de la logia de la ciudad. El secreto y el ritual de la masonería continuaba siendo un gran incentivo para la romántica imaginación de Bakunin. Volvió a regularizar su situación en calidad de miembro durmiente, y al abandonar al año siguiente la ciudad, llevaba una recomendación del «Gran Consistorio del Rito escocés» de Florencia «para todos los hermanos y para los altos organismos» de la masonería italiana. La ilusión no duró mucho, pues dos años después le escribía a Herzen que la masonería quizá tuviese la misma utilidad y eficacia que «un antifaz o un pasaporte», pero «buscar algo positivo dentro de ella es equivalente, o tal vez peor, a buscar consuelo en una botella de vino». Sin embargo, ese alejamiento no resta ningún valor a la sinceridad de su anterior interés por la francmasonería. En 1864 Bakunin estaba tan dispuesto a admitir como en los años cuarenta que la masonería podía convertirse en el principal punto de apoyo de la revolución, y continuó sujeto a su influencia en uno de los más importantes aspectos.[3]

Antes de su traslado a Florencia, Bakunin no había pensado nunca en definir su actitud respecto a la religión. En el umbral de su adolescencia había superado, en la teoría y en la práctica, la fase religiosa de su vida. Pero no había manifestado ningún sentimiento de hostilidad hacia el cristianismo, y aunque «no pertenecía a ninguna de las religiones existentes», sostenía con firmeza que la religión «es necesaria

a todos». Constantemente estaba hablando de su creencia en Dios, y hasta llegó a declarar en cierto ocasión que él estaba «buscando a Dios a través de la revolución», y en otra se atrevió a afirmar que «Dios es la libertad». Algunas veces atribuyó precisamente a sus sentimientos religiosos su gran devoción por la música. Una noche del mes de mayo de 1862, mientras paseaba por las calles de Londres a la luz de la luna, se sintió poseído por el «antiguo espíritu romántico», confirmó su creencia en un Dios personal y reprochó a Herzen su falta de fe. Cuando su visita a Caprera, observó con satisfacción que Garibaldi creía también «en Dios y en la misión histórica del hombre». Pero en la actualidad, después de haber estado sometido a las influencias masónicas, su pensamiento había derivado por unos derroteros definitivamente antirreligiosos. En los países católicos, y sobre todo en Italia, la masonería había dejado ya de ser objeto de la proscripción y la persecución de la Iglesia, y, por reacción natural, aquella secta se había vuelto anticlerical y dogmáticamente atea. La principal producción literaria del período masónico de Bakunin es un ensayo (destinado desde luego, a no ser publicado) en el que enuncia por primera vez la famosa fórmula:

> Dios existe; por consiguiente, el hombre es su esclavo. El hombre es libre; por lo tanto no hay Dios. ¡Escape quien pueda a este dilema!

Y el escrito termina con un borrador del *Catecismo de un francmasón* en el que Bakunin declara que la creencia en un Dios personal es incompatible con la razón y la libertad humanas, y sustituye el culto a un «creador del universo» por el culto a la humanidad.

Éste fue uno de los momentos más importantes en la vida de Bakunin. A los cincuenta años se convirtió en un convencido y ferviente ateo. Desde entonces en adelante el ateísmo figuró a la cabeza de todos sus programas políticos.[4]

* * *

Bakunin ya no se contentó con una organización de tenue sabor revolucionario y en la que él desempeñase un papel secundario. Antes de finalizar el verano ya estaba cansado de aquella vida de inactividad moderada por la benignidad de la francmasonería. De Suecia, y con bastante retraso, le llegaron algunas cartas —de Straube, el librero danés encargado de establecer determinados contactos clandestinos con San Petersburgo, y de un tal Folkstrue, quien había sustituido a Quantem como primer agente entre los finlandeses— instándole a que fuera a visitar nuevamente el escenario de sus dramáticos triunfos, y de sus

no menos dramáticos fracasos del año anterior. No sabemos con exactitud qué resultados esperaba conseguir con ese viaje. La insurrección polaca pertenecía ya a la historia. *Tierra y Libertad* había fenecido. En Rusia la reacción era más fuerte y la propaganda más difícil que nunca. Pero Bakunin seguía teniendo el buen ánimo de siempre. El primero de mayo de 1864 escribió a Demontowicz, que todavía seguía en Estocolmo anunciándole su próximo viaje y expresándole su «fraternal confianza» en la «ayuda fraternal» de su antiguo correligionario. El 6 de septiembre llegaba otra vez a Estocolmo.[5]

Hay que suponer que Bakunin no emprendería tan costoso viaje sin contar de antemano con ingredientes de índole económica. Desde Estocolmo escribió a sus hermanos que había conseguido «poner sus asuntos medianamente en regla», pues unos editores suecos le ofrecían un contrato para escribir artículos y otros trabajos literarios, garantizándole un sueldo anual de cuatro mil francos. Tan sorprendente anuncio tendía naturalmente, a preparar el terreno para una subsiguiente demanda de mil rublos con los que podría saldar algunas «engorrosas» deudas. A esto hay que añadir que ya en diciembre de 1864 había escrito desde Florencia que estaba ganando cien francos a la semana, «y a veces más», por sus colaboraciones en la prensa sueca cuando la verdad era que de todo aquel período no se halla más que un solo artículo, publicado en el *Aftonbladet*, firmado por él. Es probable que Bakunin ofreciera sus servicios a diferentes periódicos suecos y que recibiese dinero por adelantado pero si se dio este caso, los artículos prometidos no se escribieron o quedaron inéditos. En otros respectos tampoco resultó fructuosa o reproductiva esta segunda visita. Porque no hubo audiencias reales, ni ceremoniosos banquetes, ni parlamentos públicos, y si Bakunin trató de utilizar nuevamente la plataforma sueca como base para lanzar una campaña de propaganda en Rusia, pronto se desvanecerían sus ilusiones. Hacia mediados de octubre, y sin que nadie se diese cuenta, abandonó Estocolmo para siempre.[6]

En su camino de regreso a Italia hizo una visita de quince días a Londres, visita que había de ser la última a esta ciudad. Se entrevistó, como es de suponer, con Herzen, al que halló «mucho más tranquilo» que antes, y con objeto de reponer su guardarropa, fue a ver a un sastre, el cual era un alemán llamado Lessner, ex miembro de la Liga Comunista y estrechamente relacionado con Marx. Lessner informó a Marx de la visita de su nuevo cliente. El nombre evocó muchos recuerdos. Pese a la mutua desconfianza que les había tenido separados en los días en que Bakunin residía en Paddington Green, Marx sentía cierta curiosidad por el turbulento revolucionario a quien la última vez que lo había visto fue en Berlín dieciséis años atrás. Hacía exactamente un mes que se había celebrado la asamblea inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores (conocida históricamente por el nombre de la Primera Internacional), y Marx era uno de los miembros del comité que todavía en aquellos momentos estaba redactando los estatutos del manifiesto inaugural de la Asociación. Puede que Marx pensase que Bakunin podía desempeñar algún fructífero papel en la nueva organización, puede también que estuviera enterado de las divergencias entre Bakunin y Herzen, y que sospechase que ahora Bakunin estaba en mejores condiciones para agregarse a su bando. En todo caso, escribió a Bakunin pidiéndole una cita para la mañana siguiente. La respuesta fue favorable, y se vieron el día 3 de noviembre de 1864, la misma víspera de la salida de Bakunin para Florencia.

Esta entrevista —la última vez en que Miguel Bakunin y Carlos Marx se encontraron frente a frente— fue, muchos años más tarde, el tema de una encarnizada controversia entre los dos jefes y sus respectivos partidarios. La mayoría de los relatos que se refieren a ese encuentro se escribieron bastantes años después, cuando ya las nubes de los prejuicios habían enturbiado la cuestión. El único documento que reúne las necesarias condiciones de seriedad, de exactitud y fidelidad se halla implícito en una carta que Marx escribió a Engels el día siguiente de la entrevista. El documento, breve y escueto, es un testimonio de la misteriosa e ilógica seducción que Bakunin —único casi entre todos los hombres— ejerció sobre el nada impresionable Marx. «Debo confesarte, escribió el autor de *El Capital*, que me gustó mucho, mucho más que anteriormente.» «Es una de aquellas pocas personas que durante dieciséis años han caminado hacia delante, no hacia atrás.» La conversación entre los dos colosos hizo vibrar una nota llena de reminiscencias. Marx habló con pesar de las «calumnias urquhartistas», pues la paternidad de la absurda acusación contra Bakunin, aunque hubiera aparecido por primera vez en la *Neue Rheinische Zeitung*, ahora ya podía atribuirse, gracias a las hazañas de Francis Marx y de la *Free Press*, a los malvados urquhartitas. Hablaron también de la insurrección polaca del año anterior. Bakunin explicó que su fracaso fue debido a la negativa de los aristócratas polacos a proclamar «el socialismo campesino». Y declaró que «ahora, después del hundimiento del alzamiento polaco, él sólo tomaría parte en el movimiento socialista». Y esto fue todo. Unos cuantos cumplimientos de carácter personal y unos saludos pusieron fin a la entrevista.

El rasgo más curioso de este documento es su ninguna referencia a la Primera Internacional, cuyos asuntos trata Marx con toda extensión en la primera parte de esa carta. Una referencia de la conversación, redactada por Marx cinco años más tarde, suple ampliamente la omisión. Según esta última versión, Marx dio, en el curso de la repetida entrevista, «ingreso» a Bakunin en la Internacional, y Bakunin «pro-

metió trabajar para ella lo mejor que supiera». No obstante, conviene acoger esa versión con cierta reserva, toda vez que el propósito que se manifiesta claramente es subrayar la vileza del subsiguiente ataque de Bakunin contra la Internacional, traicionando las obligaciones que para con ella había contraído. Resulta un poco difícil admitir, ante el silencio de la carta a Engels, que Marx diera «ingreso» a Bakunin en su redil y, además, cuando éste, hacia el verano del 68, se enroló en la Internacional, nadie, que se sepa, recordó que pertenecía a ella desde hacía casi cuatro años. Bakunin, según él mismo reconoce, leyó y admiró el manifiesto inaugural redactado por Marx, y no hay duda de que, dado su entusiasmo por las nuevas ideas, habría expresado su simpatía y le habría prestado su apoyo. Del carácter de este apoyo arranca precisamente el malentendido que dio origen a la desavenencia. Marx, cuya debilidad era el orden y la precisión, no admitía la colaboración de nadie que no diera pruebas de una indudable lealtad y obediencia. Bakunin, indisciplinado por naturaleza, tenía madera de dirigente, no de secuaz. Podía, desde luego, dar su apoyo a la Internacional, pero ese apoyo tenía que darlo a su manera y según se le antojase. [7]

La entrevista del 3 de noviembre de 1864 fue, afortunadamente, demasiado corta para que salieran a la luz esas diferencias temperamentales. Los dos hombres se separaron satisfechos uno del otro y con la esperanza de formar una asociación en la que cada uno se atribuía el papel predominante. De regreso en Florencia, Bakunin recibió, en menos de tres meses, tres cartas de Marx, acompañadas de ejemplares del manifiesto inaugural, rogándole que hiciera llegar uno de los ejemplares a Garibaldi y que realizara las gestiones necesarias para que el manifiesto se tradujese al italiano. La contestación de Bakunin, con fecha del 7 de febrero de 1875, se conserva todavía. En ella trata a Marx de *carissimo amico;* acepta calurosamente las gestiones que se le recomiendan y expresa su descontento por la desgana y la indolencia de los italianos; defectos que constituían una rémora para toda actividad revolucionaria. «Sólo la persistente, enérgica y apasionada propaganda del socialismo —declara— puede todavía restituir la vida y la libertad a este país.» Y termina la carta besando la mano de la esposa e hijas de Marx y proponiéndole a él el intercambio de fotografías familiares. Parece que después, la correspondencia fue entibiándose, y en el transcurso de los cuatro años siguientes los dos futuros rivales no tuvieron más relaciones directas. Sin embargo, Marx seguía alimentando durante algún tiempo la esperanza de poder utilizar a Bakunin para socavar la postura y el predicamento político de Mazzini en Italia y reclutar «algunos italianos enérgicos» para la Internacional. [8]

* * *

Uno de los muchos problemas que no fueron sometidos a discusión en la famosa entrevista de Bakunin y Marx fue el de la clandestinidad y el carácter público de la organización revolucionaria. Marx, lo mismo que Herzen, fue durante toda su vida partidario decidido de la segunda de estas formas de organización. Bakunin, desde 1949, se mantenía aferrado a la idea de la clandestinidad en todas las actividades de tipo revolucionario. En su viaje de regreso desde Londres a Florencia hizo un alto en París, donde inició los sondeos para la creación de una «hermandad» revolucionaria secreta. Si esas gestiones fueron debidas a su conversación con Marx y hechas con el deseo de ayudar a la recién fundada Internacional, no puede saberse. De regreso en Florencia, Bakunin empezó a moldear la Hermandad a base de un grupo constituido por sus discípulos locales. Pero no existe ningún indicio que nos permita suponer que esos «hermanos» estuvieran enterados de que hubiese ligazón alguna entre la Hermandad y la Internacional, ni siquiera de que supiesen que la Internacional existía. Es muy poco probable que Miguel Bakunin indujera a los miembros de una sociedad fundada por él a respetar cualquier autoridad que no fuera la suya.

La escasez de documentos y la poca confianza que nos merecen las manifestaciones subsiguientes de Bakunin no nos permiten dar cuenta exacta de los fines ni de las pretendidas funciones de la Hermandad. Bakunin habló más adelante y con frecuencia de las sociedades secretas presididas por él en años posteriores como si sólo se tratara de prolongaciones de la Hermandad florentina creada en 1864. Ésta estaba integrada principalmente —mejor dicho, exclusivamente— por intelectuales italianos descontentos. Mechnikov describe, en términos cáusticos, a esos «hermanos» como «hombres sin ocupación, atraídos, más que por curiosidad, por el deseo de pescar en las aguas turbias removidas por Bakunin. Voluntarios garibaldinos retirados, abogados con escasa clientela y una serie de tipos de lo más abigarrado». Pero el testigo más directo de las actividades de referencia es un joven profesor llamado Gubernatis y a quien Bakunin conoció accidentalmente en casa de Pulski. Incluso antes de ser presentados, Bakunin le clavó la vista «como si tratara de hipnotizarme con su mirada». Gubernatis era de carácter entusiástico e impresionable, y su narración está impregnada de cierta ingenuidad que rima perfectamente con su temperamento. Pero la candidez demostrada por Bakunin en esta ocasión no era menor que la de Gubernatis.

Bakunin se levantó de su asiento, vino hacia mí, me estrechó la mano y me preguntó, con aire de misterio si yo era masón. Le contesté que no sólo no lo era, sino que tampoco quería serlo, pues sentía aversión hacia toda clase de sociedades secretas... Bakunin replicó que él tampoco le

daba mucha importancia a la masonería, pero que se servia de ella como puente para abordar a determinadas personas. Luego me preguntó si yo era mazzinista y republicano. Le repuse que yo no era de los que siguen a un hombre, por grande que éste sea; que podría ser republicano, pero nunca mazzinista, por más que reconocía que Mazzini había prestado grandes servicios a la causa de la libertad; que la república en sí no significaba nada para mí, que era una palabra vacía de todo contenido... Lo que ahora realmente se necesitaba era libertad; lo que hacía verdaderamente falta era la transformación de la sociedad actual en otra en la que todos fueran iguales, no solamente en lo que a la ley se refiere, sino en cuestiones como la distribución del pan, aspecto éste en el que reina una gran desigualdad entre los hombres, porque mientras unos disfrutan hasta de cosas superfluas, otros, la mayoría, viven miserablemente. Al llegar a este punto, Bakunin me estrechó calurosamente la mano y exclamó: «Perfectamente, usted es nuestro hombre; nosotros luchamos por esto precisamente. Usted debiera acompañarnos en nuestra tarea... Los reaccionarios actúan de común acuerdo, mientras que los partidarios de la libertad andamos dispersos, divididos y aun enfrentados unos contra otros. Es indispensable que establezcamos un acuerdo secreto entre nosotros, pero un acuerdo de trayectoria universal».

La elocuencia de Bakunin, más que persuadir, logró seducir al titubeante Gubernatis. Considerando que sus nuevas convicciones eran incompatibles con la ostentación de un cargo oficial, el joven profesor dimitió de su empleo, y fue presentado a la Hermandad, la cual le aclamó y le consideró durante un breve lapso de tiempo como a un héroe. Miguel hablaba en todas partes de él como del «mejor de los italianos», y puso su retrato en un álbum, entre el de Mazzini y el de Garibaldi. Pero Gubernatis no tardó mucho en darse cuenta de que los hermanos hablaban mucho de la revolución y no hacían nada por fomentarla. Exigía que se le señalasen tareas concretas. Estaba dispuesto a dar conferencias sobre la historia de los movimientos populares y a recorrer el país pronunciando discursos en plan de predicador de la causa, y, en prenda de su entrega al ideal, compuso un nuevo himno revolucionario, *La Sociale*, para que sustituyera a la vieja *Marsellesa*, insuficientemente internacional. Pero encontró que los demás hermanos eran infinitamente menos enérgicos que él, y que las ideas de Bakunin parecían limitadas al juego infantil de inventar cada semana un nuevo código con el que los hermanos pudieran mantener correspondencia unos con otros. Gubernatis se desilusionó por completo, y lo que le desconcertó más fue el observar que Bakunin parecía estar «entregado por entero a la recaudación de donativos, supuestamente destinados a los polacos indigentes, pero que en realidad eran para él y para los hermanos más necesitados». Del extraordinario y confiado aplomo de Bakunin en estas cuestiones da fe el pintor Gué, quien vio como un

sueco le entregaba una moneda de oro para los polacos y como allí mismo, en las propias barbas del sueco, Bakunin dio la moneda a un sirviente para que le fuera a comprar tabaco. El ingenioso Bakunin se valió todavía de otro truco para poder seguir contando con la lealtad del vacilante Gubernatis, cuyo celo y desinterés eran una rara excepción entre los miembros de la Hermandad. Casualmente por aquellos días se encontraba en Florencia una muchacha rusa perteneciente a una familia emparentada remotamente con los Bakunin, los Bezobrazov, y Bakunin arregló un casamiento entre su lejana pariente y su discípulo italiano. Este matrimonio, sin embargo, no surtió los efectos que deseaba su patrocinador. Gubernatis fue perdiendo cada día más la ilusión en la Hermandad, hasta que terminó por desaparecer al cabo de poco tiempo de Florencia. «Antes de marcharme —termina diciendo en su relato el joven profesor— apremié a Miguel Bakunin para que disolviera su sociedad secreta, no sin antes haberle dirigido un incisivo ataque, que quizá me hubiera costado la vida si la sociedad hubiera seguido existiendo.» [9]

Si la sociedad fue disuelta antes de la marcha de Gubernatis, como él deja suponer en su escrito, o si la disolución no llegó a efectuarse, es cosa que no se puede averiguar. De todos modos, lo cierto es que la Hermandad dejó de existir cuando, a últimos del mes mayo de 1865, Bakunin salió de Florencia con Antonia para ir a pasar el verano en Sorrento. Bakunin no volvió nunca más a Florencia. Es posible, aunque es dudoso, que algunos de los hermanos florentinos formaran parte de otras sociedades creadas años más tarde por el revolucionario ruso. Pero la Hermandad florentina desapareció de la escena en el verano de 1865, sin que quedara el menor rastro de ella.

NOTAS

1. Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 284-6.
2. Gué, *Svernyi Vertnik* (marzo, 1894), p. 235; Modestov, *Istoricheski Vestnik* (diciembre, 1883) p. 122; Mechnikov, *ibid* (marzo 1897), pp. 807-34; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, p. 153.
3. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 150-51, 156, 164; *Herzen*, ed. Lemke, XVII, 135; *Sobranie*, ed. Steklov, III, 539.
4. *Sobranie*, ed. Steklov, III, 111, 370; IV, 19, 232; *Herzen*, ed. Lemke, XXI, 332; Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 285.
5. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, p. 159; Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 302.
6. Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 302-3.

7. *Herzen*, ed. Lemke, XVII, 368; Marx-Engels, *Sochineniya*; XXIII, 210-21; *Materiali*, ed. Polonsky, III, 305.
8. *Materiali*, ed. Polonsky, III, 136-7; Marx-Engels, *Sochineniya*, XXIII, 273, 276.
9. Guillaume, *Internationale*, I, 76-7; Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 291, 294-6.

24

NAPOLES

Es muy poco probable que Bakunin se hubiera contentado con seguir viviendo mucho más tiempo en aquel remanso de paz de Florencia. Pero el motivo que le empujó hacia el Sur era de índole estrictamente personal. Pablo y su esposa Natalia —la cuñada a quien todavía no conocía, pero con la que había mantenido correspondencia desde Londres— se hallaban de viaje por tierras de Italia y habían visitado Florencia a comienzos de año. En el mes de mayo se encontraban en Sorrento, y allí fueron a reunirse con ellos Miguel y Antonia. Pero los lazos familiares se habían ido aflojando de año en año. Ya era demasiado tarde —Miguel había doblado los cincuenta años y Pablo no le iba muy a la zaga— para resucitar los transportes de la infancia y de la juventud. Indudablemente Miguel importunó a su hermano acerca de la parte que de la hacienda familiar le correspondía. Mas los comunes recuerdos no podían compensar la ausencia de intereses comunes. Aquella reunión no contribuyó a la renovación de la intimidad perdida; antes bien, sirvió para poner de relieve la indiferencia entre los dos hermanos. Después de todo, algún efecto, aunque pasajero, produjo el encuentro. Miguel volvió, momentáneamente, a dirigir sus pensamientos hacia el pasado, y pocos días después de despedir a Pablo y a Natalia les escribió anunciándoles que había empezado sus memorias. Pero este despertar de las dormidas energías fue tan fugaz como la mayoría de los proyectos literarios de Miguel. El único fragmento autobiográfico que de él nos queda (y que puede haber sido escrito en aquellos días) es el relato de sus primeros diecisiete años.

En la lasitud estival de Sorrento, sentados en la terraza desde la que se dominaba la bahía, Antonia leyendo una novela y Bakunin jugueteando con sus memorias, un eco del distante pasado empezó a latir

en su recuerdo. Era la imagen de Georg Herwegh, su ídolo de unos veinte años atrás. Y ni corto ni perezoso Miguel escribió una carta al poeta invitándole a redactar «un programa para el partido que explicase con toda claridad al pueblo los principios de nuestra organización política, indicando al mismo tiempo qué clase de acción requería la actual situación». Uno no puede menos que disculpar a Herwegh si éste, después de quince años largos de respetable retiro del ruedo político, tenía sus dudas sobre qué partido y a qué principios se refería su amigo Bakunin. Hacía tiempo que había perdido el entusiasmo y las energías que caracterizaron su brillante juventud, aparte de que cierta disputa que tuvo con Herzen había dejado en su ánimo cierta repugnancia a tratar con los rusos. Nada tiene de extraño, pues, que contestara lacónicamente que era enemigo de toda clase de partidos y que declinaba tan lisonjera como sorprendente invitación. [2]

A comienzos del mes de octubre los Bakunin se trasladaron a Nápoles. La elección de esta ciudad parece que obedeció a lo cerca que estaba. La única persona que Bakunin conocía en Nápoles era miss Reeve, la antigua ama de llaves de Orsett House cuando la estancia de él en Londres y que ahora regentaba una pequeña academia de inglés en Nápoles. La dirección de miss Reeve serviría de estafeta para las cartas secretas en el caso de que alguien tuviera necesidad de escribirle alguna. Para otra cosa que tuviera relación con la política, no servía la anciana señora. Con todo, los Bakunin, al no disponer de otra amistad en Nápoles, sintieron un súbito y sincero afecto por la solterona inglesa. Para Bakunin, ella era «la única persona activa de Nápoles», y cuando cinco años después murió miss Reeve, atacada súbitamente por el cólera, en los brazos de Antonia, Bakunin escribió a Herzen una carta cuyos términos no tienen paralelo en toda la correspondencia de los últimos años de su vida:

> Su compañía, tanto en el sentido intelectual como en el emocional, se me había hecho necesaria. Cada vez que leía algo interesante o que se me ocurría alguna idea nueva no podía pasar sin pedirle su parecer y cambiar impresiones con ella sobre el asunto de que tratase. En toda mi vida he encontrado una persona más afable, más simpática e inteligente.

Bakunin, en la mitad de su curso vital, demostró ser todavía capaz de experimentar tales sentimientos de adhesión hacia una persona tan pobre como para no esperar de ella ninguna clase de ayuda material y tan tímida que tampoco cabía abrigar ninguna esperanza de compartir con ella sus anhelos políticos. [3]

Desde el punto de vista político, las primeras impresiones de Nápoles fueron completamente desfavorables. «Aquí la reacción— escribió

a Herzen a la semana de llegar—, va ganando terreno, no ya cada día, sino cada hora.» Antes de que terminase el invierno se hizo el propósito de volver a Florencia, y predijo que, «a menos de que en Europa ocurriese algún hecho imprevisto», la vida en Italia se haría intolerable. Europa, de acuerdo con la óptica revolucionaria, permanecía en un estado de calma deprimente. Pero el hecho excepcional e imprevisto acaeció precisamente en Nápoles aquel mismo invierno. Vivía en esta ciudad una egregia dama rusa con la que Bakunin entabló relaciones amistosas. La dama se convirtió en su Mecenas, y le concedió una ayuda económica tan considerable que incluso el país más reaccionario le habría parecido a Bakunin el lugar de residencia ideal. Y éste fue precisamente el motivo por el que Nápoles pasó a ser por espacio de dos años (desde el otoño de 1865 hasta el de 1867) el hogar de los Bakunin.

La princesa Obolenski pertenecía, por su nacimiento y por su matrimonio, a dos de las más antiguas y respetadas familias de la aristocracia rusa. En el invierno de 1865-66, acompañada de sus hijos, fijó su residencia en Nápoles, donde vivía en plan principesco y rodeada de una muchedumbre de preceptores, institutrices y domésticos. La aversión a la compañía de su marido y su preferencia por la vida en el extranjero no constituían en sí fenómenos lo suficientemente llamativos como para convertir a Zoe Obolenski en un personaje de gran lustre. Lo escandaloso de su situación no residía, pues, en la excentricidad de su conducta, sino en la heterodoxia de sus opiniones políticas. No desperdiciaba ocasión de hacer gala de las ideas más extremas y radicales, y a su alrededor pululaba un nutrido grupo de exaltados revolucionarios, italianos y extranjeros, cuyo entusiasmo político se veía recompensado por la munificencia de la princesa. Entre sus satélites y sus beneficiarios se hallaban dos eslavos: Mroczkowski, un polaco extremadamente listo, y Miguel Bakunin. La asociación de Miguel con la princesa resultó altamente beneficiosa para los dos. El prestigio revolucionario de él la elevó al rango de una auténtica conspiradora, mientras que las riquezas de la princesa aseguraron a Bakunin y su esposa las comodidades materiales que Miguel no había vuelto a disfrutar desde su salida de Rusia cinco lustros atrás. Dos años más tarde, Bakunin estimó los beneficios pecuniarios recibidos de la princesa en siete mil francos. Pero es imposible calcular la relación más o menos exacta entre esta cifra y los beneficios que le reportó su amistad con la princesa.[4]

Las condiciones políticas de Nápoles resultaron bastante menos desfavorables para la propaganda revolucionaria de lo que Miguel al principio había creído. El cogollo de la reacción, por paradójico que parezca, era un campo propicio para la intriga clandestina, tan cara a su corazón. La «liberación» del reino de Nápoles y la unificación de las cinco sextas partes de la península italiana sólo había dejado, después

de cinco años, una amarga estela de desilusiones. Los italianos, que dado su temperamento impetuoso habían estado esperando una nueva edad de oro, se sintieron profundamente defraudados al percatarse de que este oro contenía una elevada proporción de metal de baja calidad. La causa nacional había triunfado, pero el triunfo no había traído ninguna mejoría social; todo, en este terreno, quedaba por hacer. Es lógico, pues, que hubiera muchos descontentos. Y fue precisamente entre esos nacionalistas descontentos donde la princesa halló a los elementos que habían de formar su corte y donde Miguel reclutó a sus nuevos discípulos. La mayoría de éstos pertenecían a las profesiones liberales, y los más destacados eran el médico Friscia, el arquitecto e ingeniero Fanelli (ambos habían tomado parte en la revolución de 1848-49) y el abogado Carlo Gambuzzi, quien llegó a ser uno de los amigos más íntimos de Miguel.[5]

En semejantes condiciones —más favorables, desde luego, que las de Florencia—, a Bakunin le fue fácil repetir su experimento florentino. Aprovechando como núcleo inicial el círculo que gravitaba en torno de la brillante figura de la princesa Obolenski, fundó una nueva sociedad secreta, a la que pomposamente bautizó con el nombre de Hermandad Internacional. Todavía existe el reglamento que Bakunin redactó para esta sociedad, reglamento que sirvió como modelo del de otras sociedades posteriormente creadas. La Hermandad, de acuerdo con lo preceptuado por Bakunin, debía dividirse en dos grandes ramas: la Familia Internacional y las Familias Nacionales. La Familia Internacional debía ser el órgano dirigente —aristocrático— de la Hermandad, teniendo a la vez carácter de sociedad abierta y secreta. En tanto que organización abierta, a su cargo estaba todo lo que se refería a la propaganda legal, y en su calidad de organización clandestina, su cometido específico era el de ordenar concienzudamente los preparativos de la revolución. La tónica del reglamento era la disciplina más rígida, pues Bakunin, hasta cuando sus objetivos fueron plenamente anarquistas (es decir, en su fase netamente anarquista), fue siempre partidario de la autocracia como *modus operandi*. Todo miembro de la Familia Nacional debía obediencia absoluta a la Junta Nacional (comité ejecutivo), y cada Junta Nacional recibía las órdenes de un Directorio Central Internacional, cuyas relaciones con la Familia Internacional permanecen todavía en el misterio. Tanto a los miembros activos como a los «honorarios» (estos últimos a los que se consideraba como simpatizantes, eran «personas de elevada posición económica» y no estaban obligados a realizar ningún trabajo activo) se les hacía prestar un complicado juramento de fidelidad a la organización. Ese juramento se hacía sobre un puñal, y se amenazaba con una «implacable venganza» (como la que el pober Gubernatis tanto temió en Florencia) contra

cualquiera que lo violase. Finalmente, el reglamento tenía carácter provisional, puesto que cuando la Hermandad llegara a contar con más de setenta socios había de convocarse una asamblea constituyente con objeto de elaborar el reglamento y el programa definitivos.

Esta última cláusula arroja cierta luz sobre la fuerza numérica de la Hermandad, pues es evidente que cuando Bakunin redactó el reglamento el número de miembros de la organización distaba mucho de los setenta, como tampoco había más familias ni Juntas Nacionales que las que aparecían sobre el papel. En realidad, la Hermandad Internacional no fue mayor que la Hermandad puramente italiana de Florencia. El marchamo «internacional» parece estar únicamente justificado por la presencia en la hermandad de la princesa, de Mroczkowski y de otro polaco llamado Zagorski. Pero Bakunin suplía las deficiencias numéricas con pomposas simulaciones. En el verano de 1866, y en una carta a Herzen, describió la nueva organización en términos extremadamente entusiásticos.

> Al cabo de tres años de duro trabajo he conseguido al fin resultados sumamente positivos. Tenemos amigos en Suecia, Noruega, Dinamarca, Inglaterra, Bélgica, Francia, España e Italia; no nos faltan tampoco amigos polacos, y hasta disponemos de unos cuantos rusos. En el sur de Italia la mayor parte de los efectivos de la organización de Mazzini —la *Falanga Sacra*— se han pasado a nosotros... La gente, particularmente en la Italia meridional, se viene en masa a nuestra organización, de modo que si de algo carecemos no es precisamente, como ves, de material humano, sino de personal culto, convencido e idóneo para moldear con su magisterio ese material.

Los amigos diseminados en casi todos los países de Europa eran seres tan míticos como la masa de partidarios italianos. Ciertos informes correspondientes a fechas más avanzadas se refieren a ciertos individuos españoles, franceses y belgas en su calidad de miembros de la Hermandad Internacional. Pero, exceptuando uno o dos casos, esos informes parecen ser hijos, o bien de la exuberante imaginación de Bakunin o son el resultado de la confusión de esa Hermandad y otras sociedades que más adelante fundaría también Bakunin. [6]

* * *

El brillante patrocinio de que disfrutaba la flamante Hermandad contribuyó a que los hermanos no se dieran cuenta de su falta de sustancia política. En el curso del verano de 1866 la princesa Obolenski fue a vivir a Casamicciola, en la isla de Ischia. Allí alquiló un ala de un espacioso hotel para su familia, la servidumbre y los invitados.

Los Bakunin eran, claro está, huéspedes permanentes de la princesa. En aquel ambiente casi regio, Bakunin (para expresarlo con palabras de Virubov, un joven ruso discípulo de Comte que fue a verle llevando cartas de presentación de Herzen y de Ogarev)

Desempeñaba el papel de providencia: organizaba excursiones y comidas campestres, daba instrucciones y órdenes a todos, y todos le consideraban el jefe supremo. Tanta actividad no le impedía, sin embargo, escribir interminables cartas didácticas, redactadas en diferentes idiomas, a las distintas secciones de la Hermandad Mundial. En fin, todos le obedecían sin rechistar, y todos le adoraban y reverenciaban. Realmente, estaba por encima de todos los que le rodeaban, y, no obstante sus esfuerzos por parecer benevolente, no podía ocultar el fondo de su carácter, que era el de un sargento instructor.

Los Bakunin disponían de una barca de vela con dos marineros. En esa embarcación, y en compañía de Virubov, realizaron «una prolongada excursión zoológico-botánico-mineralógica» a lo largo de las costas y por las islas del golfo de Nápoles. [7]

Con todo, tan amenas ocupaciones no distrajeron por mucho tiempo a Bakunin de otros cuidados más graves.

En los comienzos de nuestra amistad —continúa el relato de Virubov—, Bakunin, como legítimo conspirador, me trató con cierta desconfianza. Hacia las nueve o las diez de la noche solía recibir todos los días visita de ciertos extraños y misteriosos personajes. En esas ocasiones, me insinuaba que de lo que se trataba era de discutir con sus visitantes cuestiones muy importantes, rogándome que, mientras, fuese a hacerle compañía a Tonia, quien solía pasarse las veladas sentada en la terraza.

Pero al cabo de poco tiempo el instinto catequista de Bakunin fue más fuerte que el recelo, entregando a Virubov, no sin hantes haberle «hecho un serio requerimiento de no enseñárselo a ninguna persona viviente», el reglamento y el programa de la Hermandad.

Al día siguiente —sigue contando Virubov— le devolví el extraño documento, diciéndole que yo no le tenía ninguna afición a las conspiraciones políticas. Que por muy radicales que fuesen mis ideas, y por muy dispuesto que estuviese a defenderlas, siempre lucharía por ellas cara a cara; nunca siguiendo los métodos de los conspiradores. Pero Bakunin no era hombre que se dejara escapar tan fácilmente a una víctima ya preelegida.

—Usted mismo ha podido enterarse de que tenemos miembros en calidad de simpatizantes y a quienes no les obligamos a tomar parte en ninguna clase de trabajos de índole conspirativa, contribuyendo a la difusión de nuestras ideas sólo por medio de sus palabras o de sus escritos. Es en este grupo donde vamos a colocarle a usted.

—Bueno, si a usted le parece, así lo haremos, pero una cosa he de advertirle, y es que no paso por eso del juramento del puñal.

—¡Bah!, el juramento no es ningún requisito imprescindible. Eso lo hemos ideado sólo para los italianos. En el caso de usted nos basta su palabra. ¿De acuerdo?

—En estas condiciones, estoy de acuerdo.

Se levantó, me anunció con toda solemnidad que quedaba admitido como miembro de la Hermandad Mundial, me abrazó y añadió: «Ahora, como hermano nuevo que es, me tiene usted que dar veinte francos.»

Ante tan prosaica conclusión, no pude menos de reírme. También él se echó a reír con aquella risa suya tan afable y campechana.

Éste es el único relato que se conserva sobre las actividades de la Hermandad Internacional fundada por Bakunin en Nápoles. Los métodos de la Hermandad eran, como acabamos de ver, grotescos, y sus realizaciones nulas. Sin embargo, esa organización constituye un importante hito en la biografía de Bakunin, quien la consideró tan perfecta que se sirvió de ella como modelo para todas las que posteriormente fue fundando. Y el *Catecismo revolucionario* que en aquel tiempo y a modo de programa escribió constituye un punto crítico en la evolución de su pensamiento político. [8]

En los dos años de su permanencia en Italia, Bakunin hizo grandes y rápidos progresos. Motivos de índole nacional fueron los que en principio le llevaron a Italia. El entusiasmo que por el nacionalismo italiano sentía pareció por un momento que iba a compensarle de la desilusión sufrida por las aspiraciones polacas. Pero pronto hubo de darse cuenta de lo falsa de la compensación. La victoria del nacionalismo, lejos de traer tras sí la victoria de la revolución, no había ni rozado siquiera la cuestión social. Una vez liberada, en lugar de superar a las demás naciones en «prosperidad y grandeza», Italia las superó solamente en pordiosería. Los principales dirigentes políticos italianos fueron perdiendo su tinte revolucionario. Tres meses después de visitarle Bakunin, Garibaldi hizo un viaje a Londres, siendo aclamado por la burguesía inglesa, y, para colmo, en una recepción dada en su honor en el Palacio de Cristal, expresó su admiración por el afecto y la lealtad del pueblo británico hacia su «amada reina». Bakunin recordó que a estas salidas los franceses les llaman *niaiserie*, y al enterarse de la inconsecuencia de Garibaldi..., la calificó de funesta *niaiserie*. Mazzini resultó todavía más peligroso. El aún tierno pero intransigente ateísmo de Bakunin no podía soportar el sabor místico del nacionalismo de Mazzini, ni la denominación de *Falanga Sacra* que dio a sus organizaciones de Italia, y menos aún la ecuación que trataba de establecer en-

tre la democracia y la religión. Todo eso le parecía a Bakunin puro oportunismo. Ni Garibaldi ni Mazzini tenían nada de revolucionarios. En su persecución de un ideal nacionalista de vía estrecha, estos dos hombres se estaban conduciendo de la manera más irresponsable, lo mismo uno que el otro bando. Se estaba acercando la hora de que los verdaderos revolucionarios de todos los países se verían obligados a defender sus postulados contra la «retórica patriótico-burguesa» de aquellos figurones.[9]

El *Catecismo revolucionario* es el primer documento en el que se proclama el renunciamiento del nacionalismo como factor revolucionario y en el que aparece perfilado con toda claridad el credo anarquista de Bakunin. En su genuino estilo, empieza formulando «la destrucción radical de todas las instituciones religiosas, políticas, económicas y sociales», y el establecimiento de «una sociedad universal basada en la libertad, la razón, la justicia y el trabajo». Niega la existencia de un Dios personal, y declara que la razón y la conciencia humanas son los únicos depositarios de la verdad. En el aspecto político, proclama el «aniquilamiento, la disolución y la bancarrota moral, política, judicial, burocrática y económica del Estado tutelar, trascendental y centralizado, socio gemelo de la Iglesia, y, como tal, fuente permanente de depauperación, engaño y esclavitud de los pueblos». Habiendo declarado los postulados del anarquismo, el *Catecismo* rehúye, no obstante, la formulación de conclusiones lógicas. Aun cuando condena formalmente al Estado, todavía en este período Bakunin acepta la nación como unidad fundamental, e incluso transige con los Parlamentos nacionales. La nación está formada por una federación de municipios «absolutamente autónomos», y las «naciones revolucionarias» forman una «federación internacional» que actuará, «en estrecha alianza, contra la coalición de países reaccionarios». En el aspecto social y económico, los individuos disfrutarán de la más completa igualdad. El derecho de herencia será abolido. Las clases y las categorías sociales desaparecerán, y «los matrimonios libres» entre consortes disfrutando de la igualdad de derechos sustituirán a las uniones «de carácter religioso-jurídico». La era de las revoluciones nacionales particulares e independientes unas de otras ha terminado. Solamente a través de un programa de revolución social-demócrata puede conseguirse que se unan, se muevan y se «exalten» los pueblos de todo el mundo.[10]

Uno de los momentos más importantes de la vida política de Bakunin fue su salida, en el verano de 1866, del mar de la confusión entre la revolución y el nacionalismo en que se sumió, bajo el impulso de la causa polaca, en 1846. La venda se le cayó de los ojos. Y vio ahora con toda claridad que no había más que «dos campos: uno, el de la revolución, el otro el de la contrarrevolución». Descubrió al fin que,

como Marx proclamó en el famoso *Manifiesto Comunista* de 1848, «el proletariado no tenía patria», y que el nacionalismo podía aliarse tan fácilmente con la contrarrevolución como con la revolución. Los tiempos de las «naciones-Mesías» habían pasado a la historia. En lo sucesivo, el movimiento de la revolución, libre de los enredos y de las confusiones nacionalistas, seguiría su marcha guiado por nuevas y más sólidas premisas. El intermedio italiano en la vida de Bakunin representa la transición desde el nacionalismo revolucionario de sus años de madurez al anarquismo revolucionario de la última época de su existencia. [11]

* * *

El invierno de 1866-67 había de ser el último que Bakunin pasara en Italia. Después de más de tres años, interrumpidos sólo por un corto viaje a Suecia, el angosto mundo de Italia empezó a perder atractivo. En marzo de 1865 Herzen y Ogarev se habían trasladado —ellos y *The Bell*— a Ginebra, y desde aquellos días los pensamientos de Bakunin se habían dirigido más de dos veces hacia la frontera suiza. Otros motivos, además, contribuyeron a la decisión definitiva. Hasta la primavera de 1867, las autoridades italianas habían demostrado una indiferencia completa hacia la presencia y las actividades de Bakunin en su suelo. Ahora empezaron a circular rumores de que se dedicaba a falsificar billetes de banco y a fomentar movimientos subversivos en Sicilia y en el sur de Italia. Por una extraña coincidencia, Kiselev, el diplomático ruso responsable de su expulsión de París, era ahora el embajador de Rusia en la corte de Víctor Manuel, residente en Florencia. Bakunin se convenció de que Kiselev era el autor de los nuevos ataques de que estaba siendo víctima y el que indujo al gobierno italiano a que le expulsase de Italia. Los archivos oficiales, sin embargo, no lo confirman. Con todo, la agitación de Bakunin no era ajena a la naturaleza de su carácter. Había amenazado con desafiar a un inofensivo profesor por el mero hecho de haber repetido rumores injuriosos, y en años posteriores se complacía en contar que se había visto obligado a irse de Italia debido a la persecución policíaca de que había sido objeto. En realidad, nada de esto ocurrió. Si bien la incertidumbre y el recelo eran causa suficiente para que estuviese intranquilo. [12]

El factor que finalmente remachó la decisión de Bakunin a abandonar Italia fue la marcha de su generosa protectora. En mayo de 1867 Mroczkowski hizo un viaje por Suiza, Francia y Bélgica en busca de nuevos afiliados a la Hermandad Internacional. Herzen, a quien visitó en Ginebra, rehusó desde el principio todo intercambio con las sociedades de Bakunin. Pero, por otro lado, Mroczkowski logró captar a dos

nuevos miembros: Emil Vogt, uno de los hijos de los viejos amigos de Bakunin, y Caesar de Paepe, médico belga que fue más tarde figura prominente de la Internacional. El verdadero objeto de su viaje es muy probable que estuviera relacionado con los asuntos de la princesa. Las relaciones de ella con Mroczkowski eran ahora del dominio público, y ya no existía nadie que no conociera sus ideas políticas. La indignación del príncipe Obolenski estaba, pues, justificada. Por aquellos días consiguió que le fueran embargadas a la princesa las cuantiosas rentas de que había disfrutado hasta entonces, lo cual la obligó a llevar un tren de vida más moderado. Suiza fue el país que eligió para vivir su nueva aventura. Durante unos meses de aquel verano la princesa y su amante fijaron su residencia en un chalet de Chaponeyre, cerca de Vevey, a orillas del lago de Ginebra.

A Bakunin se le presentó una plausible ocasión para ir en su seguimiento. La creciente tensión entre Prusia y Francia se había convertido en una manifiesta amenaza para la paz en Europa, y en el mes de junio de 1867 un comité internacional, numéricamente fuerte, dirigió una invitación circular a «todos los amigos de la democracia libre» para que asistieran en el siguiente mes de septiembre a un congreso que debía celebrarse en Ginebra y cuyo objeto estaba vagamente definido como «el mantenimiento de la libertad, la justicia y la paz». Bakunin decidió tomar parte en ese congreso. A mediados de agosto de 1867 los Bakunin salieron de Italia con destino a Suiza, y la aparición pública de Bakunin en el escenario internacional de Ginebra marcó el inicio de un nuevo período activo en su carrera revolucionaria.[13]

* * *

Antes de cerrar el capítulo de la estancia de Bakunin en Italia, creemos conveniente añadir una posdata de carácter doméstico. Es indudable que el desplazamiento desde la lejana Siberia hasta Europa, en un viaje a través de dos continentes, suponía un cierto afecto hacia el marido por parte de la joven esposa. Pero a medida que las preocupaciones políticas de Miguel iban aumentando, la indiferencia de ella por la política se hacía cada vez más patente, y la ausencia de todo interés o sentimiento común entre marido y mujer saltaba a la vista de todo aquel que trataba al matrimonio. Mechnikov cuenta que en Florencia los dos se movían en círculos diferentes, siendo rara la vez que se les veía juntos, salvo cuando recibían en una misma velada a sus respectivos grupos de amigos, mutuamente incompatibles. Virubov describe un cuadro algo distinto del ambiente doméstico de Bakunin en su residencia de Nápoles.

Vivía en un extremo de la ciudad, en una altura. La vista que desde las ventanas de su espacioso piso se dominaba era sencillamente encantadora; podía contemplarse en toda su extensión la delgada e ininterrumpida cinta de viviendas que, con diferentes denominaciones, forman la ciudad de Nápoles, con la soberbia mole cónica del Vesubio al fondo. Pero aunque él estaba casi siempre en casa, nunca se asomaba a la ventana. Las bellezas naturales no tenían ningún atractivo para él, y, además, no tenía tiempo para contemplarlas. Se pasaba todo el día exhortando a alguien o escribiendo largas cartas con destino a los cuatro ángulos del globo. Entretanto, su silenciosa y soñadora Antonia, un cuarto de siglo más joven que él, permanecía sentada desde la mañana a la noche en la terraza, admirando, extasiada, el paisaje. Era una extraña unión matrimonial, o, para ser más exactos, una casi-matrimonial pareja.

La quería mucho, pero a su manera. Se mostraba afectuoso con ella, y hasta donde se lo permitían sus más absorbentes preocupaciones, atendía a su bienestar, si bien ella no era más que un factor secundario en su turbulenta vida.

«Fíjate en mi Antonia —me dijo en cierta ocasión en que ella estaba, como de costumbre, sentada en la terraza—. Está completamente atontada y no comparte en lo más mínimo mis convicciones, pero es muy buena, posee un natural en extremo afable y sabe copiar muy bien mis manuscritos cuando es necesario que se reconozca mi letra.»

Pero tanto si la afable, la tonta y la romántica Antonia se procuraba sus propios entretenimientos sociales en Florencia como si se pasaba la vida soñando, asomada a la ventana, en Nápoles, la incompatibilidad física, intelectual y espiritual del matrimonio era absoluta. A la edad de veintisiete años, y después de casi diez de unión «casi-matrimonial», pocas ilusiones le quedarían a Antonia respecto a su marido o acerca de ella misma. Era una joven completamente normal, y, como observó en cierta ocasión un francés galante, «de las nieves de su país sólo su piel había copiado su blancura». Fue Carlo Gambuzzi, uno de los lugartenientes de Bakunin, quien al fin ocupó el sitio vacante en su corazón. Ésta era una cosa tan de antemano esperada, y, además, se produjo de una manera tan discreta, que nadie se preocupó de anotar cuándo o cómo ocurrió. Tal vez ni el mismo Bakunin se dio cuenta. Muchos años antes había sido preso de un arrebato de celos ante la supuesta inclinación de Tatiana por Belinski, y todavía era susceptible de experimentar fogosos resentimientos contra cualquier rival político. Pero nunca se le ocurrió sentir celos de su mujer ni de su amante. El hecho se convirtió en una costumbre, a la cual nunca opuso la más mínima objeción. Cuando los Bakunin salieron de Nápoles, Gambuzzi les acompañó a Suiza con el propósito de asistir también al Congreso de Ginebra.[14]

NOTAS

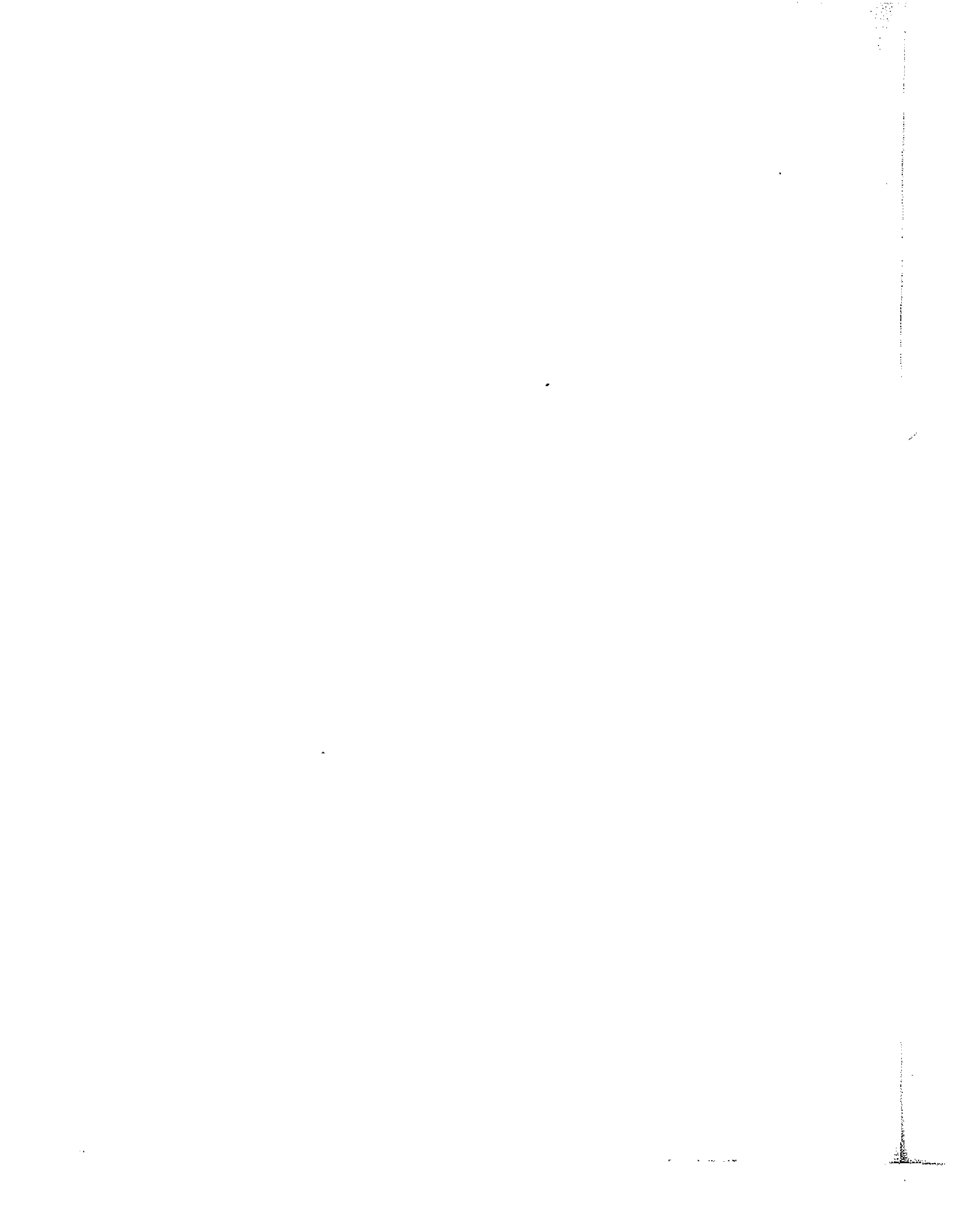
1. Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 313; *Sobranie*, ed. Steklov, I, 25-37.
2. *Briefe von und an Georg Herwegh*, p. 8.
3. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 161-3.
4. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, p. 159; Steklov, *M. A. Bakunin*, II, página 354.
5. Guillaume, *Internationale*, I, 77.
6. Virubov, *Vestnik Evropy* (febrero, 1913), p. 51; Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 327-8; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, p. 171.
7. Virubov, *Vestnik Evropy* (febrero, 1913), pp. 47, 53-4.
8. Virubov, *Vestnik Evropy* (febrero, 1913), pp. 51-2.
9. Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 315; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, páginas 157, 171.
10. Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 337-42.
11. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 157-8; *Materiali*, ed. Polonsky, III, 142.
12. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 164, 204-5, 208-9.
13. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, p. 194; Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 332; *Annales du Congrès de Genève* (Ginebra, 1868).
14. Mechnikov, *Istoricheski Vestnik* (marzo, 1897), p. 810; Virubov, *Vestnik Evropy* (febrero, 1913), pp. 47-8; Arnoud, *Nouvelle Revue* (agosto, 1891), p. 594; Steklov, *M. A. Bakunin*, pp. 410-11.

LIBRO QUINTO

BAKUNIN Y MARX

«La agitación política es algo tan imprescindible para él como el aire que respira.»

Informe de POSTNIKOV sobre Bakunin dirigido a la «tercera división». (17 de septiembre, 1870)



25

LA LIGA DE LA PAZ Y LA LIBERTAD

Al abandonar Italia en agosto de 1867 Bakunin había establecido ya, definitiva y firmemente, las líneas esenciales de su credo político. Esperaba un alzamiento de la clase trabajadora que había de conducir a la abolición del «Estado centralista» y a su sustitución por una sociedad más libre basada en los conceptos indefinidos de libertad, igualdad y justicia. El traslado a Suiza no entrañaba un cambio de doctrina, sino un cambio de método. En Italia Bakunin había esquivado deliberadamente la publicidad, no escribiendo nada de mayor importancia y limitando sus actividades a la propaganda y a la organización secretas. En el suelo libre de Suiza se imponían otras tácticas. Sin abandonar su manía conspiratoria, Bakunin no dejó escapar ahora ninguna oportunidad de proclamar su fe, con la palabra y por escrito, ante el mundo. Fue una figura pública por espacio de cinco años. En todo este tiempo (excepción hecha de un breve intermedio en Francia), jamás tuvo necesidad de ocultar su identidad ni de disimular sus ideas. Se presentó siempre, sin rebozo alguno, como maestro y dirigente de la revolución, y a este período pertenece la mayor parte de su producción literaria.

El primero de esos cinco años lo dedicó a la realización de una tentativa que resultó completamente ilusoria. La invitación al Congreso de Ginebra se había hecho extensiva a «todos los amigos de la democracia libre», y el Congreso, conforme al programa publicado por el comité organizador, aspiraba a ser el «Tribunal de la Democracia Europea». Pero la palabra democracia era lo suficientemente amplia para abarcar una multiplicidad de opiniones políticas. En el intervalo entre la publicación de la invitación y la reunión del Congreso se reunieron diez mil firmas de adheridos. Los signatarios más distinguidos de Inglaterra fueron John Bright y John Stuart Mill; entre los de Italia, Gari-

baldi; entre los de Suiza se destacó James Fazy, dictador durante muchos años de la política de Ginebra; entre los emigrados franceses, Víctor Hugo, Luis Blanc y Edgar Quinet; entre los rusos, Herzen y Ogarev. A juzgar por los nombres de sus principales patrocinadores, el Congreso prometía ser predominantemente burgués, de carácter liberal y pacifista, pero de ninguna manera con cariz revolucionario. De momento le sirvió a Bakunin de plataforma para entrar de nuevo en la arena internacional, pero por poco más selectivo que hubiera sido cualquier otro revolucionario, no habría mantenido, ni durante doce meses, ninguna esperanza formal de servirse de él como instrumento de su política.

El segundo motivo que atrajo a Bakunin a Ginebra —el deseo de reavivar su antigua asociación con Herzen y Ogarev— estaba condenado igualmente a malograrse. Desde luego, Ogarev fue a recibirle. Vivía éste en el suburbio de Petit Lancy, con su amante inglesa, Mary Sutherland, el hijo de ella, Henry, y un hijo ilegítimo del joven Alejandro Herzen. Ogarev seguía siendo tan encantador como siempre. Lleno aún de fe y de esperanza, ávido todavía de escuchar con toda seriedad los más locos e irrealizables proyectos, Ogarev fue durante los años siguientes el amigo más fiel de Bakunin y su corresponsal más regular. Pero los estragos del alcoholismo y de la epilepsia habían hecho su terrible camino en aquel decrépito organismo, por lo que ni un optimista tan ciego como Bakunin podía dejar de comprender que las fuerzas de Ogarev estaban ya agotadas. Sólo la tradición, y la larga asociación con Herzen, le permitía conservar su sitio entre los veteranos de la causa revolucionaria.

Herzen ya no vivía en Ginebra. *The Bell*, cuya decadencia no se había podido contener con su traslado desde el suelo inglés al suizo, había suspendido su publicación a principios de julio de 1867. Herzen fue a reunirse con Natalia Ogarev en Niza; por consiguiente, sus visitas a Ginebra eran breves e intermitentes. Se enteró sin la más mínima emoción de la reaparición de Bakunin, a quien le escribió para ofrecerle, casi por obligación, su piso de Ginebra —«las paredes desnudas, las sillas y la compañía de Tchorzewski»—. Pero cuando supo que Claparède, zoólogo ginebrino a quien Bakunin conoció en Nápoles, le había ofrecido también alojamiento, esperó que aceptaría la invitación. Con más desagrado todavía autorizó a Ogarev para que le prestara a Bakunin cien francos «si verdaderamente los necesitaba», ocasión que no tardó en presentarse. En el corazón de Herzen no existía ya ningún vestigio de cordialidad para Bakunin, ni tampoco deseo alguno de volverle a ver. Pese a haber sido de los primeros en anunciar su adhesión, Herzen no asistió al Congreso de Ginebra, y Bakunin, Ogarev y el joven

positivista Virubov fueron los únicos representantes de Rusia en el primer «Tribunal de la Democracia Europea». [1]

A las dos de la tarde del día 9 de septiembre de 1867 fue abierto el Congreso, reunido en el Palacio Electoral, por Barni, profesor ginebrino que había presidido el comité organizador. A su derecha, como delegado de honor, se sentó Garibaldi, el más gordo de cuantos peces habían conseguido meter en sus redes los organizadores del Congreso. El número total de concurrentes se estimó en seis mil, más de la mitad de los cuales procedían del cantón de Ginebra. Después de que Jolissaint, político suizo, fue elegido presidente, la asamblea procedió a nombrar un comité ejecutivo. Se acordó que cada una de las nacionalidades representadas en el Congreso tuviera dos de sus miembros en este comité o *bureau* ejecutivo. Bakunin y Ogarev fueron los representantes de Rusia en este organismo. Todos los presentes conocían las hazañas y los sufrimientos del gran mártir y enemigo de la tiranía zarista, pero muy pocos le habían visto antes, y cuando el nombre de Bakunin fue anunciado, un murmullo de emoción se levantó en toda la sala.

> Cuando, con paso grave y torpe, subió los peldaños que conducían al estrado donde el Bureau tenía su asiento, vestido, como de costumbre, con una especie de blusa gris, debajo de la que no se percibía camisa alguna y sólo una chaqueta de flanela, circuló de boca en boca la exclamación «¡Bakunin!». Garibaldi, que estaba en la presidencia, se levantó, avanzó unos pasos y le abrazó. Este solemne encuentro de dos viejos y probados guerreros de la revolución produjo una indecible impresión... Todos los presentes se pusieron de pie, rompiendo en calurosos y prolongados aplausos.

De este modo Bakunin ocupó oficialmente su puesto entre los líderes de la democracia europea. [2]

El propósito del Congreso, como se expresaba en el manifiesto preliminar, era «determinar las condiciones, políticas y económicas, de paz entre las naciones, y particularmente crear los *Estados Unidos de Europa*». Pero el debate general fue tan amplio que rebasó los límites de este ambicioso programa. Garibaldi, en su discurso inaugural, más propio de un soldado que de un diplomático, planteó el problema religioso. Atacó al papado como la «más perniciosa de todas las sectas», rogando al Congreso que «adoptase la religión de Dios», lo cual disgustó tanto al pequeño grupo de delegados católicos como a la nutrida masa de ateos. La Asociación Internacional de Trabajadores acababa de aprobar, en su congreso anual de Lausana, una resolución que presentó al Congreso de Ginebra, con la garantía de que incluiría «la emancipación de la clase trabajadora y su liberación del poder y la influencia del capital», y al día siguiente ese mismo tema lo desarrolló otro delegado

de la Internacional, un tal Dupont. La abierta proposición del socialismo como uno de los fines del Congreso produjo descontento de los delegados de tendencia conservadora. Y la preconización de «la religión de Dios» sostenida por Garibaldi provocó rumores de asombro y de desaprobación en los bancos de la izquierda. Pero, en general, el auditorio había asistido al Congreso con el ánimo de aplaudir y de admirar, no para criticar, por lo que cada uno de los oradores, independientemente de los puntos de vista que sustentase, era saludado con los mismos cálidos aplausos.

En este favorable ambiente y en la segunda sesión del Congreso, Bakunin pronunció un discurso que fue saludado con una «prolongada salva de aplausos» y con las «cordiales felicitaciones» de sus colegas del Bureau. Pero el texto de su parlamento no ha pasado a la posteridad. Habló en francés demasiado aprisa para que los taquígrafos pudieran recogerlo, y la referencia que se dio en aquellos días fue calificada «no sólo de inexacta, sino de completamente falsa» por el propio Bakunin. Cuatro meses después, él mismo redactó de memoria, puesto que había hablado sin notas, un extenso resumen de su discurso para los *Anales* del Congreso. Es imposible determinar hasta qué punto reproduce el texto impreso lo que dijo. Pero ese texto es una elocuente exposición del programa de Bakunin. Definiéndose a sí mismo como «el más desobediente de los súbditos del imperio ruso», protesta contra la existencia del imperio, y explica la esperanza de que «sus ejércitos serán destruidos en alguna guerra que ese imperio emprenda algún día». Declara que Rusia puede ser salvada solamente por el federalismo y el socialismo, y hace una vibrante denuncia del nacionalismo (que en otro tiempo había identificado con la revolución) como instrumento principal de la reacción.

> Debemos abandonar de una vez para siempre el falso principio de la nacionalidad, inventado en estos últimos años por los déspotas de Francia, Rusia y Prusia con el propósito de ahogar el supremo principio de la libertad. La nacionalidad no es un principio. Es un hecho tan legítimo como la individualidad. Cada nacionalidad, por grande o por pequeña que sea, posee el incontestable derecho a ser como es y a vivir de acuerdo con su propia idiosincracia. Este derecho no es más que un simple resultado del principio universal de la libertad.

La condición primordial de la paz es la sustitución de los intereses nacionales por la justicia internacional.

Estas abstracciones condujeron a Bakunin a insistir en su tema favorito de la condena de los «estados centralistas». Hasta que desaparezcan, vino a decir, no podéis soñar con vuestros Estados Unidos de

Europa. Porque, ¿quién puede imaginarse una federación en la que Francia aparezca como una unidad codo con codo con el Gran Ducado de Baden o Rusia al lado de Moldavia - Valaquia?

La paz universal será imposible mientras existan los actuales Estados centralistas. Debemos desear su destrucción para que, sobre las ruinas de esas uniones forzadas, organizadas desde arriba por el derecho de autoridad y de conquista, puedan erigirse otras uniones libremente aceptadas y organizadas desde abajo por la federación libre de los municipios en la provincia, de las provincias en la nación, de las naciones en los Estados Unidos de Europa.

Aun cuando en otras ocasiones había propuesto la federación y el socialismo como factores de la salvación de su país, en esta intervención Bakunin habló exclusivamente de la primera de esas panaceas. El socialismo ocupaba todavía un lugar secundario en su programa. Y la religión la mencionó de paso.

Después de la segunda sesión del Congreso, Garibaldi se fue de Ginebra, con lo que las siguientes sesiones fueron perdiendo el elevado tono con que se había iniciado la reunión internacional. El entusiasmo de los dos primeros días fue decayendo gradualmente. La crítica, latente mientras hablaron los delegados más caracterizados, levantó ahora la cabeza, y las cuestiones religiosas y sociales provocaron enconados duelos oratorios. Ya al tercer día los oradores fueron objeto de continuas interrupciones. Los defensores de la religión hicieron causa común con los defensores del orden social establecido, en un intento de hacer naufragar lo que quedaba en pie del Congreso, y en el cuarto y último día, en medio de un ininterrumpido desorden, se aprobó, por el sistema de cada mano levantada un voto, una resolución de la que habían sido cuidadosamente excluidos todos los puntos objeto de controversia y en la que se adoptaban las medidas necesarias para poner en marcha una institución que se denominaría «Liga de la Paz y la Libertad», la cual debía celebrar un congreso anual y nombrar un comité central permanente. En cuanto a sus fines y demás extremos, se limitaba a expresar la vaga y piadosa esperanza de que mediante sus esfuerzos se extirparían la ignorancia y los prejuicios, se abolirían los ejércitos permanentes y mejoraría la suerte de las «clases trabajadoras y desposeídas». El último acto del Congreso consistió en un banquete. Pero el ambiente envenenado de la sesión se clausura se reflejó desde los primeros platos, y varios delegados abandonaron la sala en señal de protesta contra el subido tinte revolucionario de algunos de los brindis que se pronunciaron. Bakunin brindó por «La Liga y sus futuros congresos, los cuales, mediante la aplicación y desarrollo de sus principios y de la hermandad de los republicanos dispersos por todo el mundo,

precipitarán la instauración de la verdadera democracia por medio del federalismo, del socialismo y del ateísmo».

Tales fueron los poco prometedores, aunque bien intencionados, principios de aquella efímera corporación llamada la Liga de la Paz y la Libertad. Bakunin, el inveterado optimista, estaba en sus glorias. El Congreso, según escribió a Virubov, había resultado más fructífero de lo que él esperaba. Difícil es adivinar en qué basaba Bakunin su satisfacción, porque la mayoría de los observadores radicales presentes en aquel Congreso sólo vieron en la Liga su cariz burgués y conservador. Si la Liga no había hecho suyos todavía los principios del federalismo, del socialismo y del ateísmo, Bakunin tenia una fe inquebrantable en sus dotes persuasorias para conseguir que adoptase esos principios. El primer paso sería la conversión del comité central, del cual él era miembro. Y con esta ilusión, se entregó en cuerpo y alma al trabajo que se impuso.[3]

* * *

Adoptada la decisión de que el comité celebrara sus reuniones en Berna, no existía ninguna razón para que Bakunin disfrutase por más tiempo la «onerosa hospitalidad» de Ginebra. La princesa Obolenski y su amante se habían instalado en el distinguido barrio de Vevey. Y a Vevey se trasladaron también los Bakunin, y otra vez Miguel formó parte, durante un apacible invierno y la primavera que le siguió, del círculo que giraba alrededor de la princesa revolucionaria.

Debido a la intervención del príncipe Obolenski, la munificencia de la princesa se había reducido considerablemente. Las magníficas residencias de Nápoles e Ischia se redujeron a una modesta mansión. Y Mroczkowski tuvo que abrir un negocio de fotografía. Simultáneamente cambió la composición del círculo. El único italiano que continuó en él fue Gambuzzi, convertido en un adjunto, más o menos fijo, del matrimonio Bakunin. Pero los puestos que los italianos dejaron vacantes fueron rápida y satisfactoriamente ocupados por un grupo de jóvenes rusos. La reacción que sufrió Rusia a consecuencia de los incendios de San Petersburgo y de la insurrección polaca había traído una nueva avalancha de inmigrantes políticos. Las orillas del lago de Ginebra se convirtieron en el refugio favorito de esta nueva generación de exiliados rusos. Y entre esos jóvenes la princesa Obolenski halló una nueva corte de admiradores revolucionarios y Bakunin un reemplazo de nuevos reclutas para su Hermandad Internacional.

Algunos de estos reclutas estaban destinados a desempeñar un papel de cierta importancia en la vida de Bakunin durante los próximos años. El más notable de todos ellos era Nicolás Utin, el joven estu-

diante judío cuya huida de San Petersburgo en el verano de 1863 fue uno de los síntomas o causas del fracaso de *Tierra y Libertad* y que llevaba ya dos años entre Ginebra y Montreux. Bakunin lo vio por primera vez en Londres en el otoño de 1863. Cuatro años más tarde lo encontró nuevamente en el Congreso de Ginebra, donde el joven expresó su exagerada adhesión a las ideas y a la persona de Bakunin y donde conoció a la princesa. A Utin le seguía en importancia Nicolás Zhukovski, quien en 1852 había hecho una breve aparición relacionada con las cuestiones de *Tierra y Libertad*. Por aquellos días vivía en Clarens, cerca de Vevey, con su mujer Ada y con la hermana de Ada, Olga Levashov, casada ella; Olga compartía con el mayor entusiasmo las ideas radicales de su cuñado. Los medios económicos de Zhukovski eran muy limitados, pero Olga Levashov era lo suficientemente rica para compensar en algo al círculo de las interrumpidas generosidades de la princesa Obolenski, debiéndose seguramente a eso que Utin y su mujer y luego los Bakunin pudiesen instalarse en la villa de Zhukovski. De entre los demás miembros del círculo menos estrechamente relacionados con Bakunin, el más destacado era Alejandro Serno-Solovievich, hermano del protagonista, y víctima al mismo tiempo, de *Tierra y Libertad*. Excitable e hiperestésico (pasó algún tiempo en el manicomio de Ginebra y acabó por suicidarse), Alejandro era el tragahombres y el intransigente del grupo. Otro de ellos, Miguel Elpidin, debía la consideración de que gozaba al simple hecho de haber adquirido un establecimiento tipográfico en Ginebra. El más reciente de los novicios del grupo era un joven trabajador francés, Benoît Malon, autodidacta y con ambiciones políticas y literarias, a quien protegía una insaciable francesa bastante menos joven que él, madame de Champseix, autora de novelas que firmaba con el seudónimo *André Léo.* [4]

Estas nuevas amistades fueron la causa de que se rompieran definitivamente las relaciones amistosas de Bakunin y Herzen. Al trasladar su residencia desde Londres a Ginebra, Herzen confiaba hallar entre la nutrida colonia de emigrados rusos nuevos discípulos y nuevos lectores de *The Bell.* Tales cálculos no podían ser más ingenuos. Los radicales de los años sesenta no estaban dispuestos a inclinarse ante el gastado y desacreditado liberalismo de la década anterior. Así, pues, en vez de encontrar seguidores, lo que halló Herzen entre los jóvenes rusos de Ginebra fueron críticos despiadados e implacables. Nunca habría podido imaginar lo duras y crueles que serían la doctrina y la táctica de aquellos jóvenes, los cuales se burlaban abiertamente de su moderación, del respeto con que todavía hablaba de Alejandro II y de su fe sentimental en la futura democracia constitucional de Rusia. En la primavera de 1867 Alejandro Serno-Solovievich publicó una extensa

y grosera crítica de Herzen y de sus obras, y cuando Herzen escribió a Bakunin quejándose amargamente del ataque de que había sido objeto, Bakunin le replicó con un encendido elogio de la nueva generación, insinuándole que su inquina contra la juventud no era más que «un síntoma de senilidad». Ahora resultaba que Bakunin estaba identificado con aquella cínica y loca juventud. Tampoco le sorprendió demasiado a Herzen, quien se defendió con el arma del sarcasmo, hablando con desprecio de «los cosacos de Vevey y de su atamán Miguel». Se encontró con Bakunin una o dos veces en Ginebra, pero evitó su trato, esquivando toda discusión sobre las cuestiones espinosas. «Ninguna noticia puedo darte de Bakunin —le dijo a Ogarev después de uno de aquellos encuentros—, excepto que a sus pantalones no les queda ya ni un botón, sosteniéndose sólo por el hábito que ha ido adquiriendo.» [5]

Entre tanto, Bakunin trabajaba incansablemente en el comité central de la Liga de la Paz y la Libertad, que presidía Gustavo Vogt, el benjamín de los cuatro hermanos a quienes conocía desde hacía más de veinte años. Sus viajes a Berna le dieron la ocasión de reanudar sus cordiales relaciones con los Reichel (Reichel estaba ahora casado con una rusa) y con los Vogt. La constitución del organismo de dirección central de la Liga de la Paz y la Libertad era realmente peculiar. La Liga se había organizado sobre una base nacional, y la votación en el comité se hacía por naciones. La delegación rusa estaba integrada por Bakunin y Zhukovski, y la polaca por Mrockowski y Zagorski. Estas dos delegaciones, bajo la dirección de Bakunin, formaban el ala izquierda del comité. Las delegaciones suiza, francesa e italiana (Gambuzzi era miembro de la italiana) representaban la fuerte mayoría burguesa que había dominado el Congreso de Ginebra. La representación de Inglaterra recayó en los dos sindicalistas que asistieron al Congreso, pero la mucha distancia y la falta de fondos fueron la causa que impidió que éstos hicieran acto de presencia en las deliberaciones y en las demás actividades del comité. Los alemanes estaban allí, pero existía tal división entre ellos que rara vez se ponían de acuerdo a la hora de votar.

Desde el primer momento Bakunin dominó la situación. Tomando pie del brindis que había pronunciado en el banquete del Congreso, sometió a la consideración del comité una larga tesis para que se adoptase como el programa de la Liga, titulada *Federalismo, socialismo y ateísmo.* Este documento se puso en circulación entre los miembros del comité, y hasta llegó a imprimirse con el subtítulo *Propuesta razonada dirigida al Comité central de la Liga de la Paz y la Libertad por M. Bakunin, Ginebra.* Pero al llegar Bakunin a la tercera parte del tema, la pluma se le negó a seguir escribiendo. Después de dedicar al ataque a la religión dos veces más espacio que a los otros dos «ismos»

juntos, abandonó la tarea, y la obra se quedó —cosa ya característica en él— sin terminar, y por lo tanto sin imprimirse. Al principio, tampoco convenció Bakunin a la mayoría de sus colegas del comité. Sin embargo, consiguió que repudiase la religión y que declarase que la moral «debía estar basada en la idea de la justicia tan arraigada en el hombre», pero la moción para que la Liga incluyera entre sus fines el de «la transformación radical de la situación económica de la clase trabajadora» fue derrotada por el voto de calidad emitido por Gustavo Vogt, quien se dolió amargamente de las «intrigas» de Bakunin. Igualmente fue rechazada, y esta vez con mayor facilidad, la propuesta de que se añadiera a la denominación de la Liga los epítetos de «democrática y republicana». El optimista más empedernido hubiera renunciado a su empeño de liberar a la Liga de sus arraigados prejuicios burgueses. [6]

Bakunin, sin embargo, prosiguió impertérrito en su postura revolucionaria, y sus esfuerzos se vieron coronados por un éxito tan completo que la confianza en sus dotes de persuasión fue ampliamente justificada. Una ulterior reunión del comité tuvo lugar en Berna los días 31 de mayo y 1 de junio de 1868, con el objeto de ultimar los preparativos para el próximo congreso anual, que debía celebrarse en Berna el mes de septiembre. Después de la sesión anterior se había operado un marcado cambio de frente. Ahora la mayoría del comité seguía a Bakunin con toda docilidad, terminando por adoptar un programa mucho más radical que el que hubiera podido aprobar el Congreso de Ginebra o el propio comité en el otoño anterior. Este programa llevaba la impronta de Bakunin, y sus párrafos más sustanciosos decían esto:

La Liga reconoce que es absolutamente esencial no separar los tres aspectos fundamentales del problema social: la cuestión religiosa, la cuestión política y la cuestión económica. Y, en consecuencia, afirma:

1.° que por ser un asunto privativo de la conciencia del individuo la religión debe ser eliminada de las instituciones políticas y de la esfera de la instrucción pública, a fin de que las diferentes iglesias no puedan entorpecer el libre desenvolvimiento de la sociedad;

2.° que los Estados Unidos de Europa no pueden ser organizados más que bajo la forma de instituciones populares unidas entre sí por lazos federativos y manteniendo como principio básico la igualdad de derechos personales y la autonomía de los municipios y de las provincias en cuanto a la regulación de sus propios intereses;

3.° que el actual sistema económico requiere un cambio radical, si realmente deseamos conseguir la distribución equitativa de la riqueza, del trabajo, del descanso y la educación, distribución que constituye la condición fundamental para la liberación de la clase trabajadora y la eliminación del proletariado.

Bakunin se sintió legítimamente complacido ante la aceptación de su doctrina religiosa, política y social por el comité. «¡Al fin lo hemos conseguido!» —escribió con acento de triunfo Ogarev el 14 de junio de 1868. [7]

El último párrafo, y el más combativo, del programa da testimonio de una nueva e importante influencia. Cualquiera que fuese la promesa que Bakunin había hecho a Marx —casi cuatro años antes, en Londres— de colaborar con la Internacional, su ofrecimiento había sido olvidado o relegado. Tampoco Bakunin demostró ningún interés al leerse el saludo de la Internacional en la sesión inaugural del Congreso de Ginebra, ni prestó la menor atención al ardiente discurso que, en nombre de la Internacional, pronunció Dupont. Ni en su discurso ante el Congreso hizo Bakunin —si la crónica es verdadera— la más remota alusión a la Internacional o a cualquier cuestión que tuviera alguna relación con ella. Además, cuando recibió —en los días en que el Congreso se estaba celebrando— el ejemplar del primer volumen de *El Capital*, recién publicado, con que Marx le obsequió, se le olvidó (quizá por tener su atención demasiado ocupada en otros asuntos) escribirle a Marx dándole las gracias por el obsequio. Pero más adelante —en el invierno, o quizás en la primavera siguiente—, después de haberse desprendido de los últimos resabios del liberalismo de Herzen y cuando sus esperanzas se fueron centrando, cada vez más exclusivamente, en el descontento de las masas trabajadoras, sus pensamientos se orientaron hacia la Asociación, la cual estaba entregada, más que cualquier otra, a la tarea de organizar la clase trabajadora con vistas a la revolución. En marzo de 1868 se desencadenó en Ginebra una huelga de la construcción, y, por vez primera en la historia del movimiento obrero, los huelguistas requirieron, y obtuvieron, el apoyo de la Internacional. Esta organización empezaba a pesar en el mundo del trabajo. Elpidin —y quizá también otros elementos del círculo en que Bakunin se movía— se había adherido a ella. A Bakunin se le despertó nuevamente el interés por los folletos que había publicado la Asociación, y los releyó detenidamente. En la propuesta de declaración del comité de la Liga de la Paz y la Libertad parafraseó la demanda de «la liberación de las clases trabajadoras y la eliminación del proletariado» contenida en la fórmula marxista: «la emancipación de la clase trabajadora» y «la abolición de todo régimen de clases». A llegar a este punto, Bakunin dio un paso trascendental. En el mes de junio o julio de 1868, y presentado por Elpidin, ingresó en la sección ginebrina de la Internacional. [8]

Si Bakunin creía efectivamente que la Internacional representaba el porvenir de la causa revolucionaria, lo lógico hubiera sido que abandonase la Liga de la Paz y la Libertad. Pero él no enfocaba la

cuestión a través de esta óptica. Su enfoque era este otro: como muchos de los miembros de la Internacional habían asistido al Congreso de Ginebra, y estando, debido a los esfuerzos por él realizados, la Liga de la Paz y la Libertad a punto, al parecer, de adoptar un programa idéntico al de la Internacional, no había razón alguna que impidiese la pertenencia simultánea a ambas organizaciones. Por otra parte, en la mente siempre activa de Bakunin empezaba a manifestarse una nueva ambición; ambición inspirada en parte por el deseo, sinceramente sentido, de contribuir al éxito de la Internacional, y en parte, por motivos de interés personal. Si en lo sucesivo tenía que dedicarse al servicio de la Internacional, era lógico pensar que, dado su carácter y su fama, Bakunin no se contentaría con el modesto papel de simple afiliado. Su ingreso en la Internacional tenía, por tanto, que constituir un acontecimiento dramático, un hecho altamente significativo. De acuerdo con esta línea de pensamiento, Bakunin concibió el atrevido plan de concertar una alianza entre la Liga y la Internacional, plan que lo iba a convertir en el principal motor de la Liga, en el parigual de Marx y en el *deus ex machina* de la Internacional. Así, pues, se serviría de la Liga como de un trampolín para ocupar en la Internacional el puesto al que, tanto por su personalidad como por su historial, tenía un perfecto derecho.

Bakunin puso manos a la obra con su habitual impetuosidad. Cuando el comité se reunió nuevamente en agosto, persuadió a sus componentes para que aprobaran, y adjuntaran en las invitaciones al próximo congreso, una circular aconsejando la formación de una estrecha alianza entre la Internacional y la Liga de la Paz y la Libertad, y terminando con una memorable declaración de homenaje a la Internacional.

Para llegar a constituir una fuerza realmente efectiva, nuestra Liga debe transformarse en la expresión puramente política de los intereses económico-sociales y de los principios que con tanto éxito están siendo desarrollados y propagados en la actualidad por la gran Asociación Internacional de Trabajadores de Europa y América.

Cualquiera que hubiera pensado con lógica se habría preguntado por qué la Internacional no había de ser la «expresión puramente política» de sus propios intereses y principios, y por qué razón era necesaria otra organización para conseguir esos objetivos. La única razón válida era la de que había que buscar de un modo o de otro un puesto de honor para Bakunin. El comité, a través de su presidente, transmitió sus saludos al Congreso de la Internacional que había de celebrarse en Bruselas a principios de septiembre, invitando al mismo tiempo a los delegados a asistir al próximo congreso de la Liga. El

propio Bakunin solicitó el apoyo de Becker, veterano alemán de la revolución del 48, amigo de Marx y miembro de la sección ginebrina de la Internacional, el cual tenía que asistir en calidad de delegado al Congreso de Bruselas. Al mismo tiempo escribió una carta al belga De Paepe presentándole sus excusas por no poder ir personalmente a Bruselas. Y envió al secretariado del Congreso un documento en el que exponía sus puntos de vista, que él calificó de «programa de la social-democracia rusa». Después de lo cual, Bakunin se sintió satisfecho de haber hecho todo lo posible por preparar el terreno, y esperó tranquilamente el desarrollo de los acontecimientos, los cuales no tardaron en manifestarse. [9]

Los acontecimientos, sin embargo, no se desarrollaron precisamente en la forma prevista y esperada por Bakunin. El trabajo realizado sólo tenía un defecto: haber ido demasiado lejos y sin la prudencia necesaria; haberse pasado de listo. Y su excesiva confianza en sus propias dotes persuasorias, unida a su carencia del sentido de la oportunidad, le enajenaron la voluntad de muchas de las personas a la que pretendió ganar para sus puntos de vista. La Internacional se había fortalecido durante el transcurso del año anterior. Las ideas de Marx —quien lisa y llanamente llamaba a la Liga de la Paz y la Libertad *la charlatana* de Ginebra— habían hecho notables progresos. El Congreso de la Internacional, reunido en Bruselas a principios del me le septiembre, rechazó la invitación a enviar una delegación oficial a Berna, y aprobó, con sólo tres votos en contra (entre ellos el de De Paepe), una resolución que terminaba con la seca declaración siguiente:

> Los delegados de la Internacional consideran que la Liga de la Paz no tiene, dadas las actividades de la Internacional, razón de existir, e invitan a esta Sociedad para que se incorpore a la Internacional[13] y a sus miembros para que soliciten el ingreso en una de sus ramas.

Éste fue un duro golpe para Bakunin. Siempre confiado, incapaz de medir los efectos de su conducta en relación con los demás, había expuesto la Liga a este demoledor desprecio, y ahora tenía que enfrentarse con los reproches de los colegas a quienes había convencido para que, contra su propia voluntad, se pusiesen a favor de su tan desacertada tesis. La réplica del Congreso de Bruselas era incontrovertible. Bakunin había llegado tan lejos al querer demostrar la identidad de los fines de la Liga con los de la Internacional, que le había proporcionado a Marx la prueba concluyente de la superfluidad de la Liga. Gustavo Vogt, que como todos los hombres débiles era de carácter vengativo, escribió en tonos sarcásticos a Bakunin, aludiendo a «sus amigos de la Internacional» y preguntándole qué se proponía hacer ahora.

En un largo escrito de defensa, Bakunin atribuyó el contratiempo a «cierta camarilla cuyo centro conocen ustedes sin duda tan bien como yo» (conviene advertir que Marx no estaba en Bruselas), y afirmó gallardamente que en el Congreso de Berna «contestaría, en nombre del comité central, a la insolente contrapropuesta». Indiscutiblemente, algo estaba maquinando Bakunin, porque no sólo había fracasado su plan de uncir la Liga a la estrella de la Internacional, sino que también estaba en peligro de hundirse su prestigio personal dentro del movimiento revolucionario.[11]

* * *

El segundo congreso de la Liga de la Paz y la Libertad se celebró a su debido tiempo en la capital suiza el 21 de septiembre de 1868. No rivalizó con el primero en cuanto a oratoria popular. Sólo asistieron un centenar de delegados. Pero al contrario de los delegados al Congreso de Ginebra, éstos sabían muy bien lo que querían, por lo que no hubo peligro de que se les persuadiese con argumentos retóricos. Ya desde la apertura del Congreso se puso de manifiesto nuevamente el carácter burgués de la Liga. A fuerza de insistencia y de verdaderos derroches de energía, Bakunin había conseguido, casi contra su propia voluntad, que el comité se declarase a favor de «un cambio radical» del «presente sistema económico». Pero el ascendiente de que gozaba sobre el comité no se extendía hasta los delegados al Congreso. Ya no había ninguna posibilidad de hacerse ilusiones sobre la potencia revolucionaria de la Liga de la Paz y la Libertad. Bakunin había ido al Congreso preparado para denunciar la «insolencia» de la Internacional, pero viendo el cariz que iban tomando las cosas, ya sólo le quedaba el recurso de arrojar el guante de desafío a la misma Liga.

La crisis estalló a la tercera sesión del congreso, con ocasión de presentarse las resoluciones alternativas sobre la cuestión social. La moción de Bakunin estaba concebida en los siguientes términos:

> Considerando que la cuestión que aparece con carácter más urgente ante nuestra atención es la de la igualación económica y social de las clases y los individuos, el Congreso declara que, sin esta igualación, es decir, sin justicia, la libertad y la paz son imposibles de alcanzar. En consecuencia, el Congreso incluye en su orden del día el estudio de los medios prácticos para resolver esta cuestión.

La fraseología era escrupulosamente moderada, casi académica, y Virubov, que estaba presente, creyó que la resolución habría sido aprobada de no haberla defendido con tanto ardor y elocuencia Bakunin. Sus discursos despertaron el miedo y los prejuicios que el texto de la

resolución pretendía adormecer. En el primero, Bakunin proclamó públicamente su adhesión a la causa del proletariado y a los principios de la Internacional.

No existe la menor duda de que si nosotros, desgraciadamente, demostramos que no somos más que unos socialistas burgueses; de que si, debido a nuestros intereses y a nuestros prejuicios, somos incapaces de alcanzar una amplia y sincera comprensión de los principios de la justicia expresados actualmente a través de la lucha del trabajo contra el capital, con todas sus inevitables consecuencias y con sus aplicaciones teóricas y prácticas; de que si nosotros, como unos traficantes fraudulentos, ofrecemos a los trabajadores solamente unos fragmentos de esta justicia, los trabajadores rehusarán todo trato con nosotros y rechazarán nuestra mercancía. Entonces les asistirá la razón al rehuirnos. Y nosotros no dispondremos de soldados para nuestro ejército de la paz, y todo el trabajo que hasta aquí hemos realizado se vendrá abajo, falto de apoyo y de vitalidad.

En un tono de desafío que parecía un brindis a la derrota, Bakunin invitó a sus oyentes, por si no estaban dispuestos a abrazar la causa de la clase trabajadora, a «reconocer 'nuestro derecho' a decirles a los trabajadores que ustedes —el Congreso de la Paz y la Libertad— no están dispuestos a satisfacer sus necesidades y sus legítimas demandas».

El segundo discurso, dedicado a responder a las críticas formuladas, contiene una interesante anticipación de la esencia de la subsiguiente disputa entre Bakunin y Marx. Bakunin escogió —inconscientemente, sin duda— el momento en que estaba anunciando públicamente su adhesión a la Internacional para proclamar las diferencias fundamentales de principio entre él y su dirigente más poderoso: se le acusaba de ser comunista, y no era comunista, sino colectivista.

Detesto la comunión, porque es la negación de la libertad y porque no concibo a la humanidad sin libertad. No soy comunista, porque el comunismo concentra y engulle, en beneficio del Estado, todas las fuerzas de la sociedad; porque conduce inevitablemente a la concentración de la propiedad en manos del Estado, mientras yo propugno la abolición del Estado, el desarraigo definitivo del principio mismo de autoridad y tutela propios del Estado, el cual, con el pretexto de moralizar y civilizar a los hombres, lo único que hasta ahora ha hecho ha sido esclavizarlos, perseguirlos y corromperlos. Quiero que la sociedad y la propiedad colectiva o social, estén organizadas desde abajo hacia arriba por medio de la libre asociación, y no desde arriba hacia abajo mediante la autoridad, sea de la clase que sea. Propugnando la abolición del Estado, propugno al mismo tiempo la abolición de la propiedad personal recibida en herencia, la cual no es sino una institución del Estado, una consecuencia directa de los principios del Estado. He aquí por qué, señores, yo soy colectivista, pero no comunista.

Si las diferencias entre Bakunin y Marx están adecuada y propiamente reflejadas en las palabras colectivismo y comunismo, es una cuestión discutible. Pero, aunque todavía no se pronunciaba la palabra, fue en esta ocasión cuando Bakunin enunció públicamente los principios del anarquismo, a cuya propagación dedicó el resto de sus días.

Después de este discurso, el Congreso sometió a votación la resolución de Bakunin, siendo apoyada por las delegaciones rusa y polaca, por la mayoría de los italianos y por el único delegado de Estados Unidos. La mayoría en contra estuvo constituida por las delegaciones de Francia, Gran Bretaña, Suiza, España y Méjico. La derrota fue lo suficientemente aplastante como para persuadir al proponente de toda ulterior participación efectiva en la Liga de la Paz y la Libertad. Bakunin quiso abandonar inmediatamente la sala, pero sus amigos le persuadieron de que se quedara hasta el final del Congreso, en el que todavía pronunció dos discursos más: uno sobre religión y otro sobre nacionalismo. El primero tuvo las mismas características que sus anteriores al tratar el mismo tema, y sólo es digna de anotar la declaración de que, para liberar a la humanidad de los fantasmas de la religión, no basta con sólo la «propaganda intelectual», sino que es indispensable «la revolución social». El discurso sobre nacionalismo fue más enjundioso. Vino después del que pronunció el polaco Mroczkowski, quien, en nombre de Polonia, «tendió una mano fraternal a los socialdemócratas rusos». Bakunin estrechó esa mano. En un momento de entusiasmo, que recordaba su actuación en el banquete de Estocolmo, declaró que había en Rusia cuarenta o cincuenta mil revolucionarios y que la masa del pueblo era hostil al imperialismo zarista. En nombre de esas multitudes, reconoció la independencia de Finlandia, de las Provincias Bálticas, de Polonia y de Ucrania, y expresó la convicción de que incluso la Gran Rusia un día u otro abandonaría «la centralización impuesta por la fuerza» y se organizaría sobre la base de una «federación libre». Invitó a los delegados alemanes a que renunciaran en iguales términos a las pretensiones germánicas respecto a las provincias polacas y al Schleswig, y a la ciudad de Trieste, por ser «mucho más eslava que italiana y mucho más italiana que alemana». Ésta fue una estocada sutilmente diplomática, habida cuenta de que los socialistas alemanes, por más avanzadas que fueran sus ideas, casi nunca se mostraban dispuestos a conceder el derecho de autodeterminación a las razas sometidas al dominio germánico. Pero la cuestión nacional no retuvo por mucho rato la atención de Bakunin, pues pronto se desvió hacia el derrotero que absorbía todos su afanes: la supresión del Estado.

Constituiría una tremenda contradicción y una absurda candidez por nuestra parte desear, como se ha venido haciendo durante el Congreso, el establecimiento de una justicia, de una libertad y de una paz internacionales al mismo tiempo que nos declaramos partidarios del mantenimiento del Estado. A los estados no se les puede hacer cambiar de naturaleza, toda vez que es precisamente en virtud de esa naturaleza que existen como estados, de tal manera, que si renunciaran a ella dejarían de existir. No puede darse, de consiguiente, un Estado bueno, justo y honrado. Todos los estados son malos en el sentido de que constituyen, por su carácter, es decir, por la razón misma de su existencia, la negación absoluta de la justicia, de la libertad y de la ética humanas. Y en este respecto, dígase lo que se diga, no hay gran diferencia entre el grosero Imperio ruso y el Estado más civilizado de Europa. El Imperio ruso hace de una manera cínica lo que otros estados hacen bajo la máscara de la hipocresía; en su actitud abiertamente despótica y despreciativa hacia la humanidad, representa el secreto ideal y el fin deseado de todos los hombres de Estado, de todos los funcionarios públicos de Europa. Todos los estados de Europa actúan de manera similar al estado ruso mientras no se lo impida la opinión pública, cuando no se lo impide la reciente pero ya poderosa solidaridad de las clases trabajadoras, que llevan en su seno la simiente de la destrucción del Estado. Sólo un Estado débil puede ser honesto, y aun así resulta perverso en cuanto a sus apetencias y a sus designios.

Así, pues, llego a la siguiente conclusión: quien, como nosotros, anhela el establecimiento de la libertad, de la justicia y de la paz; quien ansía el triunfo de la humanidad y la completa liberación de la masa del pueblo, debe aspirar con nosotros a la destrucción de todos los estados y a la fundación, sobre sus ruinas de una federación mundial de asociaciones.

Tal fue la despedida de Bakunin a la Liga de la Paz y la Libertad, en la que durante doce meses desempeñó un relevante papel. En la sesión de clausura del Congreso presentó un documento titulado *Protesta colectiva de los miembros que abandonan el Congreso*. Ese documento iba suscrito por doce firmas —entre ellas la de Bakunin—, y decía lo siguiente:

Visto que la mayoría de los miembros del Congreso de la Liga de la Paz y la Libertad se han pronunciado, apasionada y explícitamente, contra la igualación social y económica de las clases y los individuos, y como sea que no puede ser aceptado por los socialdemócratas, es decir, por los verdaderos y consecuentes amigos de la paz y la libertad, ningún programa de acción política que no tienda a la realización de este principio, los abajo firmantes consideran que es su deber abandonar la Liga.

Entre los que firmaban figuraban Zhukovski, Mroczkowski y Zagorski, Gambuzzi y los demás italianos adictos a Bakunin, los conocidos socialistas franceses Eliseo Reclus y Arístides Rey y un obrero lionés llamado Albert Richard que acababa de conocer a Bakunin en este Congreso. Tres o cuatro más, incluido Utin, no firmaron de momento, pero algunos días después se identificaron con su contenido.

Una vez que las ideas y tendencias de índole burguesa-sentimental conquistaron la mayoría —escribió después Bakunin—, y como quiera que en consecuencia la Liga estaba condenada a ser el hazmerreír en que poco después se convirtió, aquél ya no era un sitio adecuado para un revolucionario sincero. Puesto a prueba, el instrumento no dio el resultado apetecido y había, pues, que desecharlo y buscar otro más idóneo. La Asociación Internacional de Trabajadores presentaba todas las características del instrumento que se anhelaba.

Durante los cuatro años siguientes la Internacional fue la plataforma de Bakunin.[12]

NOTAS

1. *Herzen*, ed. Lemke, XIX, 443; XX, 1, 3, 5, 12.
2. Virubov, *Vestnik Europy* (febrero, 1913), p. 54.
3. *Annales du Congrès de Genève* (Ginebra, 1868); Guillaume, *Internationale*, I, 41-56; Virubov, *Vestnik Evropy* (febrero, 1913), p. 72. En *International Affairs* (noviembre-diciembre, 1935), el autor da una reseña más amplia pp. 837-44, del Congreso de Ginebra.
4. Bakunin, *Œuvres*, I, 2; VI, 269; *Herzen*, ed. Lemke, XVI, 439; XX, 276; Guillaume, *Internationale*, I, 133, 183; *Materiali*, ed. Polonsky, III, 409.
5. *Herzen*, ed. Lemke, XX, 21, 182, 274; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, p. 206.
6. Bakunin, *Œuvres*, I, 1-205; Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 386-91; *Herzen*, ed. Lemke, XX, 128.
7. Guillaume, *Internationale*, I, 71; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, p. 217.
8. *Materiali*, ed. Polonsky, III, 305; Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 395-6.
9. Guillaume, *Internationale*, I, 71-2.
10. El proyecto original que apareció en la prensa, hablaba, en tono todavía más truculento, de «autodisolverse».
11. Guillaume, *Internationale*, I, 67, 72-4.
12. Guillaume, *Internationale*, I, 74-6, 78; Bakunin, *Œuvres*, V, 106-15; VI, 272; Richard, *Revue de Paris* (1 septiembre, 1896), p. 119; Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 403-16; Eliseo Reclus, *Correspondance*, I, 279-88.

26

EL NACIMIENTO DE LA ALIANZA

Dos meses antes de abandonar la Liga de la Paz y la Libertad Bakunin se había afiliado a la Internacional. Desde la tribuna de la Liga le había rendido su homenaje. Cualquier observador habría, pues, esperado que ahora pusiese al fin, incondicionalmente y sin ninguna clase de reservas, su ardorosa energía al servicio de aquella organización. Sin embargo, no se le ocurrió tomar todavía tan lógica decisión. No estaba decidido a ocupar su puesto en las filas de la Internacional en calidad de humilde novicio. Quería entrar por la puerta grande, como un general al frente de sus tropas. Y como sea que la Liga de la Paz y la Libertad había echado por tierra sus esperanzas negándose a poner un ejército a su disposición, él, Miguel Bakunin, se creía obligado a levantar su ejército propio. El día mismo en que hizo entrega al Congreso de Berna del documento anunciando su salida de la Liga, congregó a sus fieles partidarios y fundó una Alianza Socialdemócrata Internacional.

La fundación de la Alianza fue el lance inicial de la prolongada lucha entre Bakunin y Marx; lucha que terminó cuatro años más tarde con la victoria pírrica de Marx en La Haya y con la disolución de la Internacional. Ahora bien, el espíritu con que Bakunin dio este trascendental paso no entrañaba sentimiento alguno de hostilidad, sino más bien de patronazgo. Lejos de desearle ningún mal a la Internacional, su intención era ponerla bajo su amparo. La Alianza buscaría sus afiliados entre «los miembros más sinceramente consagrados a la causa y a los principios de la Internacional» (miembros que, excusado es decirlo, eran el propio Bakunin y sus secuaces), y su objetivo era «la preparación de propagandistas, apóstoles y, finalmente, organizadores». En suma, la Alianza tenía que aportar a la Internacional la aristocracia; es decir, el estado mayor del movimiento obrero. [1]

El corolario lógico de semejante concepción era que la Alianza sería una organización secreta. Bakunin, según él mismo refirió más tarde, propuso a sus camaradas que «ingresaran en masa en la Internacional, al tiempo que continuasen manteniendo la más estrecha ligazón entre ellos y fueran difundiendo la Alianza de los social-revolucionarios bajo la forma de sociedades secretas». Los franceses y los italianos no compartían, sin embargo, la obsesión de Bakunin por el secreto, y la Alianza se constituyó sobre la base de una sociedad abierta El programa de la nueva sociedad, redactado a vuela pluma, era un fiel reflejo de las ideas que Bakunin había expuesto en el Congreso de Berna. Postulaba la «igualación política, económica y social de las clases y los individuos de ambos sexos, empezando por la abolición del derecho de herencia», y propugnaba que «los Estados políticamente autoritarios» se «ciñeran cada vez más a la simple función de administradores de los servicios públicos en sus respectivos países». En otros párrafos, el programa declaraba el ateísmo de la Alianza, exigía la igualdad de educación para todas las personas y repudiaba «el llamado patriotismo y la rivalidad entre las naciones». [2]

De haber continuado viviendo Bakunin en el apacible aislamiento de Vevey, alejado de los centros de actividad política, quizá la Alianza, lo mismo que las demás organizaciones por él engendradas, no hubiera pasado de ser una mera entelequia. Pero su destino fue decidido, a los quince días de su nacimiento, por circunstancias totalmente ajenas a ella. En el transcurso del verano anterior, Olga Levashov había invertido mil rublos de la fortuna de su marido en la publicación de un periódico mensual, en ruso, que Bakunin y el cuñado de ella, Zhukovski, tenían que dirigir. El título de la publicación, *La Causa del Pueblo*, fue casi con toda seguridad sugerido por Bakunin, puesto que era el mismo título del folleto publicado por él en Londres el año 1862, y, según todas las conjeturas, Bakunin era el motor de la empresa. El primer número apareció en septiembre de 1868, estaba dedicado a la exposición de sus ideas, y parece que fue redactado exclusivamente por Zhukovski y por el mismo Bakunin. Pero mientras éste se hallaba ausente, dedicado en Berna a los asuntos del Congreso, fue súbitamente apartado de su cargo. Nicolás Utin era joven, atractivo y no demasiado escrupuloso, y Bakunin atribuyó su éxito a la fascinación que tenía sobre las mujeres.

Este pequeño judío, escribió en 1871, parece dotado de un particular poder de atracción sobre las mujeres; se le pegan como las moscas a un terrón de azúcar, mientras él se pavonea y canta en medio de ellas como un gallo entre su corte de gallinas.

Utin pronto adquirió la suficiente influencia sobre la susceptible Olga para decidirla, después de la aparición del primer número, a que le transfiriese el control y la dirección de *La Causa del Pueblo*. La única satisfacción que pudo obtener Bakunin a su regreso de Berna fue la inserción, en el segundo número, de una carta informando a los lectores que había dejado de colaborar en el periódico. Algunos años más tarde Utin atribuyó el cambio de dirección a que la propietaria desaprobaba las «ideas anarquistas» de Bakunin. Pero parece que hay pocos fundamentos para aceptar como valedera esa afirmación. El propio Bakunin explicó la discordia como «una irreconciliable divergencia, no de ideas, porque Utin, propiamente hablando, no tenía ninguna, sino a causa de una total incompatibilidad de sentimientos, de temperamentos y de fines». Esto significaba una cuestión personal diaria, y Bakunin tuvo ocasión de sufrir más adelante todo el peso de la poderosa y rencorosa enemistad de Utin. El resultado inmediato de esta ruptura fue que Bakunin, que últimamente había vivido a costa de la generosidad de Olga Levashov, como antes vivió a costa de la princesa Obolenski, se quedó sin ese sostén económico, y, por lo tanto, sin el único puntal que le retenía en Vevey. Para la organización de su nueva Alianza, era mucho más conveniente fijar su residencia en una ciudad más populosa, y a mediados de octubre de 1868 él y Antonia se trasladaron otra vez a Ginebra. [3]

El pasar la sede central de la Alianza a una ciudad que ya contaba con varias secciones, nutridas y florecientes, de la Internacional, influyó fundamentalmente en el carácter de la nueva sociedad, y suscitó de forma aguda el problema de sus relaciones con la organización de Marx, mucho más fuerte y más importante. De los quince secesionistas del Congreso de Viena, sólo uno siguió a Bakunin al irse a Ginebra: el polaco Zagorski, que nunca pasó de ser un cero a la izquierda. Tan pronto llegó a Ginebra, Bakunin completó el Bureau central de la Alianza, por coacción y bajo su propia responsabilidad, con cinco miembros de las secciones ginebrinas de la Internacional, entre los que se contaban, como personalidades más importantes, el alemán Becker —uno de los pocos revolucionarios a quien Marx trataba con cierto respeto— y el francés Carlos Perron, quien se había captado las simpatías de Bakunin por haber sido uno de los tres delegados que en Bruselas votó contra la «imprudente» resolución condenatoria de la Liga de la Paz y la Libertad. El Bureau central tenía que constituirse en organismo dirigente de la Alianza. Pero era también necesario contar con una base de afiliados. Para iniciar el reclutamiento de adherentes que nutriesen la agrupación local de la Alianza, se celebró, el 27 de octubre de 1868, un mitin en un café de Ginebra. En ese acto pidieron el ingreso en la agrupación ochenta y cinco personas «de ambos sexos», y

más tarde afirmó que contaba con más de un centenar de afiliados. «Bakunin anda de un lado para otro sin parar, sudando, vociferando y organizando una asociación de trabajadores», escribió Herzen, que estaba por aquellos días en Ginebra. Pero Herzen se mantenía huraño y reservado como siempre, y de los nuevo afiliados, unos desaparecieron como por ensalmo de las listas y otros aparecieron más tarde en el campo enemigo. No obstante los esfuerzos de Bakunin, el grupo de Ginebra nunca contó con más afiliados que él mismo y algunos de sus íntimos.[4]

Al llegar a este punto de nuestro estudio, es necesario tener presente el carácter indefinido y quimérico de las organizaciones creadas por Bakunin, así como sus métodos, asombrosamente accidentales, de reclutamiento. Estos métodos, puestos ya de manifiesto en el caso de la Hermandad Internacional, aparecen nuevamente en los primeros tiempos de la Alianza.

> Todos los días, escribió entonces Bakunin a Zhukovski, consigo nuevos y excelentes amigos. Trabo amistad con cada uno personal y separadamente, tomo un vaso de vino con el nuevo amigo..., y asunto concluido. Tengo muchos amigos entre los herreros... Y ahora éstos empiezan a trabajar entre los albañiles.

Pero Zhukovski observa, de modo significativo, que esas conversaciones, que solían durar toda la noche, eran a menudo monólogos; monólogos sostenidos naturalmente por Bakunin, quien después de su propaganda tomaba el silencio de su oyente por asentimiento, y sin más preámbulos lo enrolaba en la Alianza. Por otra parte, es evidente que aunque la Alianza, en cuanto a fundación, era una organización completamente distinta de la Hermandad Internacional, Bakunin tenía establecido *in mente* un plan en virtud del cual, así como la Alianza constituía una especie de círculo cerrado dentro de la Asociación Internacional de Trabajadores, la Hermandad Internacional venía a ser un círculo interno dentro de la Alianza, al mismo tiempo que en el centro de la Hermandad Internacional existía un directorio, todavía más seleccionado, integrado por él mismo y por uno o dos de sus más íntimos asociados; directorio que, en última instancia, mantenía el control definitivo de todo el movimiento revolucionario.

Perron, que disfrutó durante un corto período de la confianza de Bakunin, nos ha dejado escrito un relato extraordinariamente interesante de una conversación sostenida con él alrededor de este tema. En el otoño de 1868 fue invitado por Bakunin, a quien apenas conocía aún, a visitarle en su domicilio, y le dijo que la Internacional era, en sí, una excelente institución, pero que existía otra todavía mejor y a

la que Perron debía también incorporarse: la Alianza. Perron accedió. Luego Bakunin afirmó que aun en el seno de la misma Alianza era posible que hubiera quienes no fuesen legítimos revolucionarios, los cuales representaban un peso muerto en las actividades de la organización, y por consiguiente sería necesario tener fuera de la misma Alianza un grupo de «hermanos internacionales». Perron estuvo también de acuerdo con ello. Cuando unos días más tarde se volvieron a ver, Bakunin le dijo que los «Hermanos Internacionales» era una organización demasiado amplia, y que detrás de ella tenía que haber un Directorio integrado por tres personas, una de las cuales tenia que ser el propio Perron. Perron se echó a reír, y una vez más estuvo de acuerdo con Bakunin. Aquí terminó la conversación, pero Perron jamás volvió a oír una palabra sobre tan esotéricas organizaciones. Esos proyectos no tomaron, como no podía ser de otro modo, forma concreta, pues no eran más que baldíos y quiméricos sueños de la ambición de Bakunin. Con todo, eran el tema constante de sus pensamientos y de sus conversaciones, aunque las tuviese con hombres cuyas credenciales revolucionarias eran tan dudosas y tan recientemente expedidas como las del mismo Perron. [5]

Los fundadores de la Alianza tenían la intención de formar agrupaciones en todos los países de Europa, con su respectivo Bureau nacional al frente de cada una. La realización de este proyecto permaneció en estado tan nebuloso y fragmentario como todos los demás salidos de la mente de Bakunin. Se crearon secciones de la Alianza en Lyón y en Marsella. Alberto Richard fue el promotor de la primera, y Bastelica, un corso, el de la segunda. También se menciona una sección en París, pero no aparece registrado más detalle que el de su mera existencia En Nápoles, Gambuzzi fundó una rama que desplegó bastante actividad, y en noviembre de 1868 Fanelli, otros de los adláteres italianos de Bakunin, se trasladó a España, y, aprovechando la agitación de este país a causa del destronamiento de la reina Isabel, organizó una sección en Barcelona y otra en Madrid. Ni en Italia ni en España arraigó jamás la Internacional. En estos países, la Alianza sólo puede irrogarse el título de haber ejercido la función de exploradora. [6]

Ahora bien, la Alianza no podía aspirar, como en realidad no aspiró jamás, a prolongar su existencia como organización independiente. Su designio, y la razón misma de su existencia, era fusionarse con la Internacional a la mayor gloria de Bakunin, convirtiéndose así en la aristocracia y en el estado mayor de una más amplia organización. A mediados de diciembre de 1868 el Bureau central de la Alianza se dirigió al Consejo general de la Internacional, con sede en Londres, acompañando copias de su programa y sus estatutos, y proponiendo que las ramas locales de la Alianza pasaran a ser secciones de la In-

ternacional, pero conservando al mismo tiempo su carácter de organización autónoma. La Alianza debía, además, seguir teniendo su Bureau central en Ginebra, y aun cuando sus afiliados, en tanto que miembros de la Internacional, acudieran a sus congresos habían de tener derecho a celebrar reuniones suplementarias e independientes en el mismo tiempo y lugar. Finalmente, y de forma discreta, se insinuaba que el papel de la Alianza consistiría en presentar «iniciativas», que después serían llevadas a la práctica por el Consejo general. La carta iba firmada por Becker, con objeto de que, dadas sus relaciones con Marx, la proposición tuviera mejor acogida por parte de éste.

Absorto en la contemplación de sus propias ambiciones, es posible que Bakunin no previera que tan peregrina demanda había de ser rechazada de plano. Pero para todo el que conocía la disciplinada estructura de la Internacional y la metódica autoridad de su Consejo esa proposición de crear un *imperium in imperio* —un estado dentro de otro estado— pareció una insensatez carente de todo sentido común. A este respecto Engels opinó que «Siberia, una panza y una joven esposa polaca habían convertido a Bakunin en un individuo tan pesado como un buey». El juicio de Marx sobre esto fue más preciso.

> El señor Bakunin —le escribió a Engels—, aparece bastante condescendiente al expresar mi intención de poner el movimiento obrero bajo el patrocinio ruso. Eso se ha estado fraguándose durante estos dos últimos meses... Al principio creí que se trataba de una criatura muerta al nacer, y por respeto a mi viejo amigo Becker, la dejé morir de muerte natural. Pero el caso ha resultado ser más grave de lo que yo supuse, y seguir, en atención al viejo Becker, callado acerca de este asunto me es imposible. Esta misma noche el Consejo ha decidido desaprobar públicamente —en París, Nueva York, Alemania y Suiza— esa entrometida sociedad... Si lo siento es solamente por el viejo Becker; pero hay que tener en cuenta que nuestra Asociación no puede suicidarse por complacer a un viejo amigo.[7]

La ejecución del acuerdo del Consejo general fue aplazada por una semana con objeto de que Marx pudiera informarse más de cerca de lo que se trataba. Pasado Becker al enemigo, a Marx no le quedaba ya ningún agente de su confianza en Ginebra. Pero últimamente había mantenido correspondencia con Alejandro Serno - Solovievich, quien no militaba en el campo bakuninista. Al recibir la petición de la Alianza con pretexto de escribir a Serno - Solovievich, Marx intercaló en el texto de su carta esta inocente pregunta: «¿Qué pretende mi viejo amigo (que no sé si lo sigue siendo todavía) Bakunin?». Serno - Solovievich pensó que la mejor forma de obtener la información que le pedía sería ense-

ñar la carta al mismo Bakunin, y se la enseñó. Bakunin, rompiendo un silencio de casi cuatro años, contestó directamente a Marx.

La carta de Bakunin, si no le consideramos un consumado e hipócrita calculador, es una prueba suficiente de su conversión a la política de la Internacional. Asegura a Marx que después de reconocer sus errores pasados se consagró en cuerpo y alma a la causa del proletariado. Sólo pedía que se le aceptase una condición: la de que se le diese un sitio desde donde pudiese prestar algún destacado servicio a la causa.

Mi viejo amigo: Serno me ha enseñado las líneas de la carta en que usted se refiere a mí. Usted pregunta si sigo siendo todavía su amigo. Y yo le contesto: Sí, y hoy más que nunca, querido Marx, porque comprendo cuánta razón le asistía al emprender, invitándonos a nosotros a que también lo emprendiéramos, el camino de la revolución económica, y la que tenía al burlarse de aquellos de los nuestros emperrados en meterse en aventuras nacionalistas o políticas. Ahora hago lo que usted ya empezó hace veinte años. Desde el día en que me despedí pública y solemnemente de los burgueses en el Congreso de Berna no he buscado otra compañía ni me ha movido más mundo que el de los trabajadores. Actualmente mi única patria es la Internacional, de la que usted es uno de los principales fundadores. Ya vé usted, mi querido amigo, como me siento orgulloso de contarme entre sus discípulos.

Seguía diciendo que por más que sus discursos en el Congreso de Berna se hubiesen publicado en el recientemente resucitado *The Bell*, él no había tenido ninguna clase de relaciones políticas con Herzen desde el año 1863, y que «incluso las nuestras relaciones personales están actualmente rotas». Esto último era un poco exagerado. Pero era necesario evitar que Marx siguiese creyendo que compartía la tendencia burguesa y eslavófila de Herzen. [8]

Marx no era hombre que se dejara impresionar por esta «introducción sentimental», aun cuando le hubiese llegado en tiempo oportuno. Porque es el caso que precisamente el mismo día en que le escribió —el 22 de diciembre de 1868—, el Consejo general tomaba su decisión sobre la solicitud de la Alianza. En esa decisión se declaraba que «la presencia de una segunda corporación actuando dentro o fuera de la Asociación Internacional de Trabajadores significaría el medio más seguro de desorganizarla» y que el precedente la convertiría muy pronto en «el juguete de las intrigas de fracciones de toda índole y de cada una de las nacionalidades que la integran». También se recordaba que el Congreso de Bruselas había declarado en relación con el caso de la Liga de la Paz y la Libertad, que no se podía admitir una organización cuyos fines y principios coincidían con los de la Internacional. Basándose en esas consideraciones, el Consejo resolvía «no aceptar a la Alian-

za Socialdemócrata Internacional como una rama de la Asociación Internacional de Trabajadores». La amenaza de desautorizar públicamente a la Alianza, que antes insinuó Marx, no se llevó a cabo y la resolución tuvo carácter confidencial, siendo sólo comunicada a los interesados.[9]

Más de dos meses tardó el Bureau central de la Alianza en contestar a esta negativa. No es posible poner en claro si la demora obedeció a la incertidumbre respecto a qué camino convenía tomar, a la necesidad (como más tarde alegó Bakunin) de consultar a otras ramas o porque Bakunin estaba ocupado en otros asuntos. Quizá la hipótesis más acertada sea esta última. En aquellos momentos Bakunin atravesaba uno de los períodos más activos de su vida. Esos dos meses no sólo vieron el hundimiento de la vieja Hermandad Internacional, sino también la silenciosa deserción de destacados partidarios.

* * *

La virtud de la Hermandad Internacional iba diluyéndose con el nuevo ambiente. La expulsión de Bakunin de su puesto de control de *La Causa del Pueblo* significó un serio golpe para su prestigio en los círculos de Vevey, y su marcha a Ginebra debilitó todavía más su autoridad. La historia de la Hermandad Internacional, desde estos días hasta el cataclismo final, queda en el misterio. Lo único que se sabe es que en el mes de febrero de 1869 se celebró en Ginebra una reunión de sus afiliados y no asistieron más de diez personas, cifra a la que al parecer se reducía el efectivo de la Hermandad. Del período napolitano solo quedaban Mroczkowski y un italiano llamado Tucci; los demás afiliados eran neófitos reclutados en Vevey y en Ginebra. El propósito de la reunión era revisar los estatutos de la Hermandad, pero parece que degeneró en una protesta contra los métodos dictatoriales de Bakunin, quien trataba a la Hermandad como si fuera su propiedad personal y decidía todo lo que afectaba a la organización. Después de dos días de discusiones la reunión se trasladó a Vevey, adonde Bakunin, por razones de índole económica o por otras, no pudo ir. Ese gesto de desafío de los reunidos fue la causa de que Bakunin escribiera a los rebeldes una carta muy mordaz, titulada *A todos esos señores* y en la que les recordaba que había trabajado como un negro durante los cuatro últimos años (período comprendido desde la fundación de la primera Hermandad de Florencia hasta entonces), y que creía que merecía un poco de descanso. Estaba dispuesto a renunciar a toda intervención en la dirección de la Hermandad, y sarcásticamente expresaba su esperanza de que su proposición no sería interpretada como una prueba de sus deseos de ejercer la dictadura. La amenaza bastó para calmar a los amotinados. El control que tuvo Bakunin sobre la Hermandad había sido tan absoluto que durante su ausencia los afiliados, como ellos expusieron patéticamente, «no tuvieron información, direcciones ni documentos de ninguna clase». Pero esto no bastó para que se cerrasen las heridas. Dos meses más tarde se disolvía la Hermandad Internacional. Como la Liga de la Paz y la Libertad, era un instrumento que había perdido su valor y ya se le podía arrinconar. Bakunin estaba profundamente absorto en los asuntos de la Alianza Socialdemócrata, y la desaparición de la Hermandad Internacional no tuvo más consecuencias que su ruptura con la colonia de Vevey. Bakunin se vengó por medio de sarcásticas alusiones al «ideario tímido y color de rosa» de sus ex correligionarios y afirmó que era un impenitente misógino, con lo cual se refería a la influencia de la princesa, de madame Levashov y de madame de Champseix, las cuales, o por lo menos dos de ellas, habían sido sus benefactoras. El único que permaneció fiel a Bakunin fue Zhukovski, un hambre verdaderamente afectuoso y con un «corazón de oro, pero sin carácter».[10]

Otro factor, directa o indirectamente, pudo haber contribuido a la ruptura. En la carta de Bakunin a *Todos esos señores* hay una alusión a ciertas «acusaciones» contra su «hermano y amigo Carlo Gambuzzi», quien había regresado a Italia. El motivo de esas acusaciones sólo puede deducirse por conjeturas, pero en el otoño de 1868, poco antes de irse los Bakunin de Vevey, Antonia había tenido una niña; para los amigos de Bakunin Gambuzzi era el padre de la criatura.[11]

* * *

Una afortunada solidez política compensó entonces la defección de la Hermandad Internacional. Hacia Año Nuevo de 1869 se congregaron en Ginebra diversos representantes de las trece secciones que la Internacional tenía en la Suiza francesa, con el propósito de fundar una federación local, la llamada Federación Romanche. Bakunin, que vivía con su mujer en Montbrillant, un barrio de los alrededores de la estación ferroviaria de Ginebra, ofreció hospedaje a uno de los delegados visitantes; también se le había pedido que alojase al delegado del pueblecito montañés de Le Locle, Jaime Guillaume, maestro de escuela, quien no era otro que aquel joven que había presentado la resolución de la Internacional al primer Congreso de la Liga de la Paz y la Libertad.

Ese congreso fue el principio de la proyectada Federación Romanche, y fundó un nuevo periódico, ***Égalité***, cuyo director tenía que ser Perron. Pero la mayor significación que tuvo el congreso en la carrera de Bakunin fue su inmediata amistad con su impresionable huésped,

quien tenía entonces veinte años y el entusiasmo por las innovaciones políticas propio de la juventud. «Pequeño, delgado, con el empaque de un Robespierre», como más tarde lo describiría Kropotkin, el joven Guillaume había abrazado la Internacional como la última palabra del radicalismo avanzado, siendo uno de sus principales organizadores en su distrito nativo del Jura suizo. Poseía las virtudes y las limitaciones del montañés sobrio, y no conocía todavía las cosas del mundo ni a más gente que la de su clase y su raza. Bastaron los dos días que pasó en Ginebra para que la brillante personalidad de su anfitrión le cautivara y le embriagase. Comprendió que por primera vez se encontraba con un maestro inspirado, con un profeta; y los cinco años siguientes los dedicó al leal servicio de su nuevo maestro.

Para Bakunin, esta coyuntura fue igualmente providencial. Si, con todo su genio y su inspiración e iniciativa, había conseguido tan escasos frutos, se debía a que sus discípulos habían sido hombres carentes, como él mismo, de método e incapaces de actuar con orden y disciplinadamente. Había malgastado sus energías, por no tener quien le dirigiese y le organizara. Guillaume poseía una considerable dosis de este secundario pero imprescindible talento. Durante los tres o cuatro años siguientes Guillaume se encargó de la organización y la publicidad de las apariciones de Bakunin en público; de hablar en su nombre cuando estaba ausente; de corregir sus manuscritos; de reunir a sus partidarios y de atacar a sus enemigos. Incluso hasta al mismo Bakunin atajó, pues era de una austera, escrupulosa integridad que no le permitía transigir con el oportunismo de su reverenciado maestro. En Bakunin, Guillaume descubrió al campeón de sus ardientes pero hasta entonces mal definidos ideales. En Guillaume, Bakunin encontró al más perfecto de sus discípulos. Y la posteridad ha encontrado en Guillaume al más completo y minucioso cronista de un período de la vida de Bakunin. [12]

Después de fundar la Federación Romanche Guillaume regresó a su Le Locle, con el propósito de, tan pronto como hubiese ocasión, dar a conocer a sus paisanos los montañeses del Jura, el nuevo objeto de sus fervores. Pocos días más tarde escribió a Bakunin invitándole a Le Locle, pero Bakunin estaba demasiado ocupado con la crisis de la Hermandad Internacional para contestar en seguida a Guillaume. Pero el 26 de enero de 1869 entregó el ultimátum *A todos esos señores*, y al día siguiente, pensando quizá que estaba a punto de perder a un grupo de partidarios, comprendió que no estaría de más el reclutar a otro, y escribió a Guillaume la carta de la que éste se envanecería después diciendo «la primera carta que de él recibí». Bakunin le pedía que le perdonara por su tardanza en contestar a su invitación, debida a «los mil asuntos urgentes», cuya índole no especificaba, y prometía ir a Le

Locle el día que Guillaume eligiese. Después de un breve aplazamiento, la visita se fijó para el sábado 21 de febrero, pero pocos días antes de esta fecha Bakunin le escribió otra vez.

Si me lo permite, estaré con usted y entre ustedes el domingo y el lunes, pues tengo verdadero interés en conocerle mejor, y, si es posible, en ser su íntimo amigo, en el pensamiento y en la acción. Me es grato expresarle mis más sinceras simpatías y rara vez me he equivocado cuando alguien se ha apoderado de mi afecto. Tenemos muchas cosas de que hablar y muchos asuntos que discutir y resolver.

Pese a esas protestas de intimidad, Bakunin no creyó necesario informar a Guillaume de la defección de la Hermandad Internacional. Ese episodio siguió ignorándolo Guillaume hasta que treinta años más tarde se publicaron las cartas de Bakunin.[13]

La visita del gran revolucionario ruso causó en la pequeña localidad de Le Locle la sensación que esperaba Guillaume. El sábado por la noche la sección de la Internacional ofreció un banquete a Bakunin que debido a las costumbres del invitado se prolongó hasta las tres de la madrugada. A la noche siguiente Bakunin pronunció en público un discurso sobre la ridiculez de la religión, la grandeza y la decadencia de la burguesía y la inminente victoria del proletariado, y después de la conferencia, mientras la gente joven se entregaba al baile, los hombres pasaron a otra sala para seguir hasta altas horas de la noche, escuchando al gran hombre discursear sobre aquellos incitantes temas. La impresión causada por esta extraña e insondable personalidad fue duradera. Muchos años después aún se recordaba que Bakunin no paró de fumar cigarrillos y cómo había definido los siete grados de felicidad humana: «primero, morir luchando por la libertad; segundo, el amor y la amistad; tercero, el arte y la ciencia; cuarto, fumar; quinto, beber; sexto, comer, y séptimo, dormir». No era así como aquellos hombres pensaban y hablaban en la vulgar y positivista localidad de Le Locle y en las montañas que la rodean. El resultado de la visita de Bakunin fue la aparición de un nuevo planeta ante aquellos entusiastas, aunque impasibles, amigos de la democracia internacional.

Hubo también tiempo para que Bakunin hablase amplia y confidencialmente con Guillaume. Bakunin informó extensamente de la Alianza y (no obstante el desaire del Consejo general, que probablemente no mencionó) presionó a los miembros de la sección local de la Internacional para que se enrolasen en sus filas. Guillaume, con la innata rebeldía que le caracterizaba, rechazó la sugerencia, y no porque se opusiera al programa de la Alianza (por más que íntimamente se dijese que había un exceso de retórica en algunos de sus apartados) sino porque lo mismo él que sus sencillos compatriotas no veían la nece-

sidad de una organización distinta, con sus estatutos particulares, dentro del marco de la Internacional. Reservadamente, Bakunin le había hablado de otros planes más seductores. Le insinuó la existencia de «una organización secreta que desde hacía unos años mantenía unidos con lazos de revolucionaria hermandad, a cierto número de iniciados, de distintos países, especialmente de España y de Italia». Le leyó el programa de esa «hermandad revolucionaria» y le preguntó si estaba dispuesto a ingresar en ella. También invitó a Constant Meuron, decano del socialismo de Le Locle, que aún se acordaba de los tiempos de los carbonarios, y aceptó con verdadero entusiasmo la invitación. Pero lo que más llamó la atención de Guillaume fue que la Hermandad de Bakunin se pareciese un poco «al tipo clásico de sociedad secreta en que uno tenía que obedecer órdenes emitidas desde arriba». La organización de Bakunin no era sino una «libre asociación de hombres que se unían para una acción colectiva, sin formalidades de ninguna clase, sin ceremonias ni ritos misteriosos». No parece que Guillaume tratase de saber quiénes eran los demás miembros de semejante Hermandad ni dónde estaba su sede, y si lo preguntó no consiguió una respuesta muy clara. Así, pues, cuando Bakunin se fue de Le Locle, Guillaume, a pesar de estar dispuesto a ingresar en ella, no acababa de saber si se había afiliado a una sociedad secreta. [14]

Pronto había de darse otro ejemplo de los malentendidos que solían producirse cuando alguien dotado de una equilibrada mentalidad tenía que tratar con Bakunin. Los adictos de Le Locle acababan de lanzar un periódico quincenal titulado *Progrès* y dedicado a la propaganda de los fines que perseguía la Internacional. La visita de Bakunin dio ocasión a que solicitaran de tan distinguido revolucionario la colaboración en su periódico, y el gran hombre les prometió que les mandaría con regularidad un artículo. Éste no era el único favor que Bakunin estaba en condiciones de hacerles. La circulación de *Progrès* era exclusivamente local, y con que llegara uno o dos ejemplares del periódico a Ginebra ya se daban por satisfechos los de Le Locle. Pero Bakunin no era ya famoso en todos los países, sino que tenía amistades en cualquiera de esos países, por lo que, poco después de volver a Ginebra, recibió una carta de Guillaume preguntándole si sería posible que algunos de sus amigos de la Alianza colaboraran en *Progrès* y si podían hallarse algunos suscriptores «en los países vecinos». La respuesta fue sorprendente, y una prueba de la magnífica capacidad de Bakunin para engañarse a sí mismo.

Acepto —contestó inmediatamente—; todos nosotros aceptamos con alegría su proposición. Y es más; ¿por qué no convertir *Progrès* en el órgano de la Alianza? ¿Por qué las palabras «Órgano de los demócratas

de Le Locle» no se sustituyen por las de «Organo de la Socialdemocracia»? Después de estas palabras, lo mismo da que se conserve el título original de *Progrès* como que se le dé uno nuevo; por ejemplo, el de *La Revolution Sociale*, el cual, sin embargo, quizá resultaría demasiado categórico y prematuro, o el de *L'Avant-Coureur*. En fin, cualquiera que el Espíritu Santo le sugiera a usted.

Al día siguiente, «de acuerdo con la moción del ciudadano Bakunin», la sección ginebrina de la Alianza decidió «hacer todo lo posible para que *Progrès* de Le Locle fuese el portavoz de la Alianza». Guillaume, aunque se quedó asombrado ante esa inesperada contestación a una propuesta que él nunca hizo, se lo tomó con filosofía. Pero el Espíritu Santo no le aconsejó cambiar el nombre del periódico ni que mediasen relaciones oficiales entre *Progrès* y la Alianza. También es verdad que Bakunin no se lo tomó muy a pecho. A finales de mayo de 1869 hizo otra visita triunfal a Le Locle y a la localidad vecina de Le Chaux-de-Fonds, y siguió escribiendo para *Progrès*, con inesperada pero ejemplar regularidad, durante tres o cuatro meses. [15]

* * *

Mientras, a fines de febrero de 1869, el Bureau central de la Alianza envió por fin su respuesta al Consejo general de Londres. Bakunin había decidido hacer de la necesidad virtud, e hizo acto de sumisión al Consejo general. La carta, firmada por Perron en su calidad de secretario del Bureau central, proponía que la Alianza, en tanto que organización autónoma, fuera disuelta y que sus secciones se integrasen como secciones de la Internacional. El reglamento preveía la admisión de «todas las asociaciones de trabajadores que persiguieran el mismo objetivo; a saber, la ayuda mutua, el progreso y la completa emancipación de la clase trabajadora». Dentro de esos límites, cada sección local estaba facultada para elaborar su propio programa y definir a su manera sus objetivos. Sólo había un punto en el programa de la Alianza al que se le pudieran oponer legítimos reparos, y se refería a la redacción; es decir, a la forma más que al fondo. El 9 de marzo de 1869 el Consejo general requirió a la Alianza para que sustituyese la frase algo equívoca de «igualación de las clases» por la de «abolición de las clases», y agregaba que, exceptuando esta enmienda, «no existía obstáculo alguno para la conversión de las secciones de la Alianza en secciones de la Asociación Internacional de Trabajadores». No obstante, sería necesario que el Consejo general estuviera informado de los nombres de las secciones y del número de sus afiliados.

Si Marx hubiera previsto las consecuencias que había de traer la admisión en la Internacional de las secciones de la Alianza, su ingenio

hubiera descubierto algunos motivos para denegarla. Pero todavía no tenía el menor presentimiento de futuros trastornos. Se contentó con el gesto de rendición de Bakunin, y redactó la decisión del Consejo general con el mayor optimismo. Le halagaba la idea de obligar a Bakunin a descubrir la poca importancia numérica de sus «legiones». La exigencia de una lista de las secciones y de los miembros de la Alianza produciría, pensaba Engels, «el efecto de un cubo de agua fría arrojado a la cabeza de esos fraseólogos».[16]

Las «legiones» de Bakunin tardaron todavía algún tiempo en redactar el acta de capitulación. A finales de abril la sección ginebrina de la Alianza modificó sus estatutos según autorizaba el Consejo general, y se reorganizó como sección de la Internacional, nombrando un comité en el que figuraban Bakunin, Becker y Perron. Pero hasta el mes de junio el Bureau central no proclamó su óbito y el de la Alianza como organizaciones independientes. Y por fin, el día 22 de junio del mismo año Perron escribió en nombre de la sección ginebrina de la Alianza anunciando al Consejo general que sus demandas se habían cumplimentado, y el 28 de julio cursó el Consejo general una carta que admitía la sección ginebrina de la Alianza en la Internacional. Las demás ramas de la Alianza se disolvieron, y desde entonces el término «Alianza» se aplicó sin autorización a la sección de Ginebra. El número de afiliados de esa sección fue de ciento cuatro, y la cantidad de diez francos y cuarenta céntimos se envió a Londres en concepto de cotización del año en curso. Después de más de seis meses de laboriosas negociaciones, Bakunin había forzado la entrada menos dramáticamente de lo que él hubiera querido, de un pequeño grupo de discípulos en la organización central del movimiento proletario. El caballo de madera se había introducido en la ciudadela troyana.[17]

NOTAS

1. Bakunin, *Œuvres*, VI, 246.
2. Guillaume, *Internationale*, I, 79, 132-3.
3. Bakunin, *Œuvres*, VI, 271-3.
4. Guillaume, *Internationale*, I, 92-3; Bakunin, *Œuvres*, VI, 182, *Herzen*, ed. Lemke, XXI, 146.
5. Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 420-21, 426.
6. Bakunin, *Œuvres*, VI, 180; Richard, *Revue de Paris* (septiembre, 1896), página 122.
7. Guillaume, *Internationale*, I, 76; Marx-Engels, *Sochineniya*, XXIV, 147-9.
8. Marx-Engels, *Sochineniya*, XXIV, 154; *Materiali*, ed. Polonsky, III, 137-9.

9. Marx-Engels, *Sochineniya,* XXIV, 153-4; Bakunin, *Œuvres,* VI, 186-9.
10. *Pisma Bakunina,* ed. Dragomanov, pp. 217-21, 241; Guillaume, *Internationale,* I, 131; Virubov, *Vestnik Evropy* (febrero, 1913), pp. 78-9.
11. Guillaume, *Internationale,* I, 261; Steklov, *M. A. Bakunin,* III, 410.
12. Guillaume, *Internationale,* I, 105-8; Kropotkin, *Memoirs of a Revolutionist,* II, 196.
13. Guillaume, *Internationale,* I, 120.
14. Guillaume, *Internationale,* I, 128-33.
15. Guillaume, *Internationale,* I, 138-40, 161-3.
16. Bakunin, *Œuvres,* VI, 192-4, 200-201; Guillaume, *Internationale,* I, 140-141; Marx-Engels, *Sochineniya,* XXIV, 171-2.
17. Bakunin, *Œuvres,* VI, 202-5, 209-12; Guillaume, *Internationale,* II, 270.

27

EL CONGRESO DE BASILEA

Habiendo conseguido así su objetivo, Bakunin se olvidó de Marx y del Consejo general, y se lanzó de cabeza al mar de la política proletaria de Ginebra. Y la primera batalla que riñó dentro de la Internacional giró en torno de problemas distintos de los que planteó en su último y más sensacional duelo con Marx. Las secciones ginebrinas de la Internacional se alineaban en dos grupos. Los relojeros y los joyeros —ginebrinos natos, que encarnaban la firme cautela de los artesanos suizos— formaban el ala derecha; los obreros de la construcción, los carpinteros y los trabajadores de los oficios más pesados —en su mayoría inmigrantes procedentes de Francia y de Italia— representaban el ala izquierda. Los primeros se interesaban por la mejora de sus condiciones de trabajo y otras medidas de reforma práctica. Los otros alimentaban la esperanza de una sacudida social. Antes de la llegada de Bakunin, los relojeros, gracias a su mejor educación y organización, habían conseguido mantener siempre bajo su control la sección central (terreno común a los dos grupos) y la política general de la Internacional en Ginebra. Bakunin se propuso cambiar el panorama. Los sistemas burgueses de los relojeros le eran sumamente antipáticos. Empezó por azuzar el espíritu de rebeldía de los obreros de la construcción, denunció la «despótica y secreta oligarquía» de los líderes derechistas y definió las cuestiones debatidas entre ellos como la revolución frente a la reacción. Es curioso que en toda esta campaña —que se desarrolló durante la primavera y el verano de 1869— la Alianza no tuviera la más mínima intervención. Pero según los propios cálculos de Bakunin, el promedio de los que asistían a sus reuniones de los sábados no pasaba de «veinte o treinta», y hasta algunos de los miembros del Bureau central constituido en el otoño anterior (Perron entre ellos)

se habían esfumado. Bakunin debía su dominante predicamento en la Internacional de Ginebra a su personalidad, sin que tuviese nada que ver la chirriante máquina de la Alianza. [1]

La energía de Bakunin era todavía inagotable. Por primera y única vez en su vida se dedicó al periodismo activo. Desde el mes de marzo colaboraba en *Égalité*, órgano de la Federación Romanche y dirigido por Perron, y colaboraba en el periódico de Guillaume, *Progrès*, y cuando, a principios de julio de 1869, Perron se ausentó de Ginebra (ausencia que duró dos meses), fue Bakunin quien le sustituyó. Y fue él también quien, durante los meses de julio y agosto, redactó casi solo las columnas de *Égalité*. De sus artículos de este periódico durante el año 1869, uno estaba dedicado a las huelgas de Ginebra (en el curso de las cuales predicó, algo sorprendente en él, la abstención de toda violencia y aconsejó a los huelguistas no se dejaran arrastrar por ningún acto provocativo); otro versaba sobre su viejo tema, la destrucción del Imperio austríaco por las fuerzas de la revolución; una serie de ellos tenía por objeto el zamarrear a la ya moribunda Liga de la Paz y la Libertad; otra serie enfocaba las cuestiones de la educación popular, y otros giraban sobre la política de la Internacional. Su producción literaria de este período, si no fue más prolífica, fue más regular que en cualquier otro de su vida. [2]

Pero no transcurrió mucho tiempo sin que esta ave de las tempestades nuevamente se convirtiera en el eje, en el núcleo originador de nuevos trastornos. Para septiembre estaba anunciada la celebración en Basilea del congreso anual de la Internacional, y en agosto se reunieron en asamblea general todas las secciones de Ginebra con objeto de discutir un proyecto de programa y elegir a los delegados. Los puntos más importantes del orden del día del Congreso se referían a las proposiciones sobre la abolición de la propiedad privada de la tierra y del derecho de herencia, temas en extremo engorrosos para los relojeros, invariables partidarios de los derechos de propiedad y que opinaban que la discusión de semejantes utopías no era más que pérdida de tiempo. Bakunin estaba en cuerpo y alma de parte de los abolicionistas. Se divirtió mucho con sus estocadas a los moderados, y se aseguró una mayoría de partidarios de la abolición entre las secciones de Ginebra. Pero cuando hubo que nombrar a los tres delegados que debían representar a Ginebra en el Congreso de Basilea, prevaleció el espíritu del compromiso, de la avenecia. Fueron elegidos dos miembros de la mayoría y uno de la minoría, y el nombre de Bakunin estuvo en cuarto lugar en la lista de candidatos. En una nota aparecida en *Égalité* se atribuyó esta derrota a que su presencia en el Congreso como delegado de otras secciones estaba previamente convenida, porque Gambuzzi le había conseguido un mandato por Nápoles y Alberto Richard otro

por Lyón. Con todo, es lógico suponer la resistencia de los circunspectos ginebrinos a que les representase tan contradictoria personalidad. Al principio no se tenía la intención de nombrar un delegado que representase a la sección ginebrina de la Alianza, pero a última hora pasó por Ginebra, camino de Basilea y en calidad de delegado de la sección barcelonesa de la Internacional, un médico español llamado Sentinón, y se le dio inmediato ingreso en la Alianza y el correspondiente certificado para que la representase en el Congreso. [3]

* * *

El congreso que se reunió en Basilea el día 6 de septiembre de 1869 era el cuarto de los congresos anuales celebrados por la Internacional, y el único al que asistió Bakunin. Ese congreso marcó la cota más elevada de la potencia y la influencia de la Internacional. También fue el más representativo de los congresos que hasta entonces se habían celebrado. Por primera vez hubo una nutrida representación alemana, y los cismas que dos o tres años después desgarrarían la Internacional no se habían advertido todavía. De los setenta y cinco delegados elegidos, a lo sumo doce podían considerarse como «bakuninistas», y eran los dos delegados ginebrinos de la mayoría, Heng y Brosset; Guillaume y otros cuatro del Jura suizo; los dos franceses de Lyón, Alberto Richard y Palix, sastre éste, a quien Richard había enrolado en la Alianza; Sentinón y otro español, y un obrero napolitano que se llamaba Caporosso. Bakunin dominó al congreso, y no por los votos de sus partidarios, sino por su personalidad. Tomó parte activa y tuvo un papel preponderante en cada uno de los más importantes debates. Fiel a su costumbre, Marx no asistió al congreso.

El primer punto debatido produjo una inesperada confusión, entorpeciendo el desarrollo de las actuaciones congresistas durante la mayor parte de tres días. El delegado de las secciones suizo-alemanas propuso incluir en el orden del día la cuestión de la «legislación directa» (actualmente conocida por el nombre de referéndum), una novedad constitucional recientemente adoptada por el cantón de Zürich. Bakunin, y los delegados del Jura, fieles a su política de oposición radical al Estado, declararon que la «legislación directa» significaba una cuestión de política burguesa y que nada tenía que ver con la emancipación de la clase trabajadora. Fue tanto el tiempo que se perdió en debatir esta cuestión, que el congreso no pudo dedicarse a un examen exhaustivo de las cuestiones inscritas en el orden del día. Al comprender los reunidos que les iba a faltar tiempo, la moción formal para que se incluyese el punto relativo a la «legislación directa» fue aceptada sin nece-

sidad de votación, y así el congreso pudo continuar en el cuarto día su debate sobre los demás asuntos.

Al estudio de la «legislación directa» le siguió otro, muy prolongado, alrededor de la proposición de abolir la propiedad privada de la tierra. En este debate, Miguel intervino pronunciando uno de sus más fogosos y característicos discursos. Se declaró en favor de la colectivización, no sólo de la tierra, sino de toda la «riqueza social», y en una fácil, aunque no pertinente, transición planteó y pidió la abolición del Estado, «el cual es la única garantía de la existencia de la propiedad». Contra esto no hubo una oposición formal. No obstante su postura de recelo respecto a la concepción bakuninista del Estado, los marxistas compartieron la oposición de Bakunin a la propiedad privada, y la moción se aprobó por una aplastante mayoría. Sólo se atrevieron a votar en favor de la conservación del derecho de propiedad privada sobre la tierra cuatro franceses, y trece delegados franceses y suizos se abstuvieron.

Más breve fue el debate sobre la abolición del derecho de herencia. Sin embargo, se convirtió en la sensación del congreso. Desde su primera aparición en el texto del programa que Bakunin presentó a la Liga de la Paz y la Libertad, la abolición de la herencia había ido adquiriendo enorme importancia en el pensamiento de Miguel. Había figurado, de manera destacada, en todas sus intervenciones públicas durante el año anterior, y a veces pareció que pasase a un segundo término de su programa la abolición del Estado. Y ahora se le invitó a formar parte de la comisión nombrada por el congreso para redactar la resolución sobre la abolición de la herencia. La comisión, bajo la presidencia de Bakunin, no topó con la menor dificultad para preparar una resolución en la que se declaraba «que el derecho de herencia debe ser completa y radicalmente abolido, y esa abolición es una de las indispensables condiciones para la emancipación de la clase trabajadora».

La resolución se habría adoptado por el congreso con la misma facilidad con que se procedió a su redacción de no haber intervenido una circunstancia de la que vamos a hablar. El punto de vista de Marx en relación con la propiedad privada era tan igual al de Bakunin que no se distinguían el uno del otro. Pero su pensamiento seguía un rumbo más abstracto, más lógico quizá. Argumentaba que la herencia era el efecto, no la causa, de la organización social basada en la propiedad privada. En efecto, abolir la herencia sólo equivaldría a admitir que la propiedad privada no adquirida por herencia era legal y legítima. Si se querían tomar medidas parciales susceptibles de que se aplicasen según el sistema burgués, lo mejor serían reformas de carácter práctico, como el establecimiento de impuestos sobre la herencia o la limitación de los derechos testamentarios, en vez de invocar un ideal ilusorio e

impracticable como el de la pura y simple abolición del derecho de herencia. Las ideas de Marx a este respecto fueron agregadas en un informe del Consejo general que Eccarius, un sastre alemán residente en Londres y principal portavoz del Consejo, presentó al congreso.

La diferencia entre el punto de vista de Marx y el Consejo general de un lado, y el de Bakunin y la comisión del otro, era, en última instancia, una diferencia de táctica más bien que de principio. En determinados aspectos, se diferenciaba muy poco de la vieja cuestión del huevo y la gallina. De haber asistido Marx personalmente a la reunión de Basilea, habría reunido a su alrededor a los indecisos, o, si esto no hubiera sido posible, se habría recurrido a otro terreno más favorable antes que mantenerse a la defensiva sobre este punto en litigio. Pero en su ausencia, el fiel Eccarius llevó a cabo las instrucciones de Marx con la exactitud propia de los alemanes. Bakunin defendió la propuesta de la comisión de «abolición completa y radical», y su arrolladora elocuencia y la sencilla rectitud de su programa fueron un poderoso incentivo. La brevedad del tiempo disponible redujo la duración del debate. Se aplicó la guillotina, y la propuesta de la comisión y el informe del Consejo general se sometieron a votación en una atmósfera muy alterada. Algunos delegados votaron entusiásticamente por ambos. Otros se refugiaron en la abstención. La propuesta a favor de la abolición pura y simple obtuvo treinta y dos votos a favor y veintitrés en contra. Pero hubo trece abstenciones, y, como según las reglas del procedimiento las abstenciones se contaban como votos negativos, la propuesta fue derrotada. Y la resolución avalando el informe del Consejo general se rechazó por una amplia mayoría. El resultado fue grotesco, pues el congreso no llegó a ninguna decisión. Pero lo que significó la votación hay que buscarlo en otra parte. Por vez primera un congreso de la Internacional había rechazado una propuesta presentada con toda la autoridad del Consejo general. En la Internacional había surgido una figura de la misma estatura de Marx: un rebelde que no se dejaba intimidar ni impresionar por la personalidad de Marx y que estaba preparado para contender con él en igualdad de condiciones. En los últimos días del congreso exclamó Eccarius, en un tono de congoja y de aprensión: «Marx se llevará un gran disgusto».

Otra de las decisiones del Congreso de Basilea tuvo también cierto picante sabor. Entre las «resoluciones administrativas» aprobadas por el congreso había una que, en los intervalos de congreso a congreso anual, confería al Consejo general la facultad de expulsar a toda sección recalcitrante y a fallar en las disputas entre secciones adversarias o de diferentes grupos nacionales. Bakunin intervino enérgicamente en favor de esta proposición encaminada a ampliar los poderes del Consejo general, y se opuso encarnizadamente a la sugerencia de conferir

esa facultad a las diferentes federaciones nacionales. Lejos de temer en aquellos días a la autocracia del Consejo general —que iba a convertirse muy pronto en su pesadilla—, Bakunin veía en el Consejo al rígido e intransigente defensor de los principios revolucionarios de la Internacional contra las burguesas tendencias reaccionarias de los grupos locales. Para él, el enemigo no estaba en el Consejo general, sino sen las diferencias que sobre cuestiones particulares pudieran surgir entre él y aquel organismo de dirección— reforzar la autoridad del entre los relojeros ginebrinos, y su objetivo era —fuesen las que fue-Consejo general sobre la base de los afiliados. En aquellos días la ambición de Bakunin era apoderarse del Consejo general, no destruirlo. La denuncia del despotismo del Consejo pertenece a una etapa posterior de esta historia. [4]

* * *

Las actividades del Congreso de Basilea habían visiblemente desembocado en un terreno propicio a la ruptura entre las dos personalidades dominantes dentro de la Internacional. El desafío de Bakunin al Consejo general fue considerado por Marx como una puñalada por la espalda, y, por muy aconsejable y prudente que fuera el no hacer caso de ella, nunca debía olvidarse. Y un nuevo episodio, que se desarrolló antes, durante y después del congreso, reavivó las latentes sospechas de Bakunin respecto a Marx. Un mes antes de la inauguración del Congreso de Basilea, un judío alemán llamado Wertheim apareció en Ginebra con la información de que el socialdemócrata alemán Guillermo Liebknecht había —según él mismo y otros habían oído decir— desenmascarado a Bakunin acusándole de rusófilo y de enemigo de la Internacional, y añadió que Becker se había dejado engatusar por «este astuto ruso». Lo que dijo exactamente Liebknecht o lo que dijo Wertheim que él había dicho nunca se sabrá de cierto, pero en la calenturienta imaginación de Bakunin, tan sensible sobre este particular, la acusación fue como una vuelta a la calumnia que veinte años antes le presentaba como un agente secreto del gobierno ruso, y otra vez pareció que fuese Marx su instigador, pues Liebknecht era entonces el principal colaborador de Marx en Alemania. Se distinguía, como todos sabían, más por su lealtad a su jefe que por su inteligencia e iniciativa. De ahí que al hablar de Liebknecht se tuviese que pensar en Marx.

Después de hacer, sin resultado, determinadas gestiones cerca de Becker para conseguir una satisfacción, Bakunin presentó su agravio al Congreso de Basilea, recurriendo a un expediente muy en boga en los medios revolucionarios del siglo diecinueve. Se consideraba enton-

ces impropio de un buen revolucionario, e incompatible con sus principios, acogerse a los tribunales de justicia de los Estados burgueses para solucionar sus mutuas disensiones. Un revolucionario sólo podía aceptar el veredicto de sus compañeros, es decir, de sus iguales, y lo obligado era someter cualquier disputa a «tribunales de honor», cuya sentencia se comprometían a aceptar los contendientes. Uno de esos «tribunales de honor» se formó, pues, en Basilea, a requerimiento de Bakunin, y estuvo integrado por un grupo de delegados al congreso, compuesto de cinco miembros elegidos por cada una de las partes. La misión de ese tribunal era celebrar una especie de juicio de conciliación entre Bakunin y Liebknecht, y resultó mucho más fácil de lo que se esperaba. Liebknecht declaró inmediatamente que la afirmación de que Bakunin era un agente del gobierno ruso se había debido a una falsa interpretación. Reconoció que había acusado a Bakunin de lesionar la Internacional con la fundación de la Alianza y de que con sus ardides había descarriado a Becker. Pero estas acusaciones fueron resueltas por la discreta intervención de Eccarius, quien, en su doble calidad de miembro del «tribunal» y del Consejo general de la Internacional, advirtió que toda controversia originada por la fundación de la Alianza debía considerarse caducada, toda vez que esta organización había sido admitida por el Consejo general en el seno de la Internacional. Apoyándose en estas declaraciones, el «tribunal» emitió un fallo escrito, que Bakunin aceptó, declarándose completamente satisfecho. El resentimiento de Bakunin desapareció totalmente, y hubo una pública reconciliación entre acusado y acusador, y Bakunin encendió su cigarrillo con el veredicto escrito. Ese ademán, abiertamente generoso, impidió que la posteridad haya podido saber lo que diez jueces más o menos imparciales pensaron de aquella querella tan peregrinamente resuelta.[5]

Con todo, aun sin tener a la vista el veredicto del «tribunal», no resulta muy difícil reconstruir en sus líneas esenciales esta historia. Desde luego es falso que el ataque de Liebknecht contra Bakunin fuera deliberadamente instigado por Marx, pero sobre lo que no hay ninguna duda es de que los materiales utilizados en la acusación procedían de su arsenal. Las acusaciones de lesionar a la Internacional y de seducir al honesto aunque cándido Becker aparecen reiteradamente en las cartas que Marx escribió en aquel período, y es improbable que Liebknecht consiguiese sus informes sobre Bakunin, al cual nunca había visto, de cualquier otra fuente. Por otro lado, después del año 1849 nunca creyó, ni menos puso en circulación, el cuento de que Bakunin era un agente del gobierno ruso. Lo que sí creía (a pesar de que ya no existía ningún fundamento para esa afirmación) era que Bakunin compartía las tendencias eslavófilas de Herzen y que tenía le esperanza de que la sangre

joven de Rusia iba a regenerar a la decrépita y reaccionaria Europa. En este sentido, es posible que Liebknecht hubiese hablado de Bakunin como de un patriota ruso, y que algunos oyentes irreflexivos creyesen que Liebknecht lo consideraba un agente del gobierno ruso. Esa conjetura no carece de fundamento. Liebknecht no sólo declaró que sus palabras habían sido «torcidamente interpretadas», sino que añadió, al invitársele a presentar pruebas, que no estaba en posesión de ninguna, «excepto, quizá, de una sola», y consistía en el silencio de Bakunin tras «los artículos difamatorios publicados por Borkheim en el *Zukunft*, órgano central de la democracia prusiana». Ahora bien, los artículos en cuestión, dejando a un lado si eran o no «difamatorios», no acusaban a Bakunin de que fuese un espía del gobierno ruso, sino de que era un rusófilo que creía en la salvación de la democracia europea por la intervención de Rusia, y el silencio de Bakunin, si algo probaba, sólo dejaba comprender que no tenía respuesta alguna con que hacer frente a esta acusación. En otras palabras, ésta era la acusación que Liebknecht reconocía haber hecho, y sólo se podía atribuir a la anormal susceptibilidad de Bakunin el haber deformado una simple crítica de su actividad política hasta convertirla en una calumnia que agredía a su honorabilidad.

Su susceptibilidad en este aspecto, en aquellos días ya próximos a su vejez, adquirió proporciones de manía persecutoria. Esto se puso de manifiesto al ocurrir otro incidente que en el fondo fue una consecuencia directa del asunto Liebknecht. En Basilea, Bakunin reanudó sus relaciones amistosas con un tal Moisés Hess, a quien había conocido en París más de veinte años atrás. El tiempo transcurrido hizo que no se reconociesen, y Becker presentó el uno al otro. Hess había sido uno de los nombrados por Liebknecht como miembro del «tribunal de honor», y también había votado en el congreso contra la abolición de la herencia; Bakunin supuso equivocadamente que Hess y Marx eran carne y uña. La impresión que Hess se llevó de Bakunin fue igualmente desfavorable, y al volver a París escribió para el periódico radical *Le Réveil* un artículo sobre *Los comunistas y los colectivistas* en el Congreso de Basilea cuyos principales párrafos atacaban a Bakunin. Terminantemente afirmaba que no trataba de oponer un peso al «honor revolucionario» de Bakunin, pero que, como «líder del comunismo ruso», estaba inconscientemente al servicio de los intereses del reaccionario paneslavismo, y con sus «métodos demagógicos» minaba la autoridad de la Internacional. [6]

El artículo irritó a Bakunin. Le dolían más las críticas en la prensa francesa que las que se publicaban en Alemania, pues en los países de habla alemana nunca deseó ni esperó encontrar discípulos. Replicó con una demoledora diatriba en forma de carta dirigida a los directo-

res de *Le Réveil*. Como acontecía con la mayoría de sus escritos, gracias a su indisciplinada pluma la carta fue creciendo hasta convertirse en un ensayo, y el ensayo crecía como si fuese a terminar en un volumen. Espoleado por aquella vena de antisemitismo que yace en lo más profundo de todo aristócrata ruso, incurrió en una acusación general contra los judíos. Hizo, empero, una excepción a favor de ciertos miembros de la raza hebrea: de Jesucristo, de San Pablo y Spinoza en el pasado, y de Marx y Lassalle en el presente. Pero, aparte de esos «gigantes», existía «una multitud de judíos pigmeos», siendo Hess uno de ellos. Se revolvió contra Hess, como contra Liebknecht, por haberle acusado de espía ruso. Las acusaciones de Hess, escribió, «sólo pueden significar una cosa: Bakunin es un 'agente provocador' del gobierno de Rusia». Haciendo una síntesis autobiográfica retrospectiva, y recordando sus cuatro años de residencia en Italia, trazó un esbozo de la política italiana y, antes de llegar a ninguna conclusión..., el manuscrito se interrumpe bruscamente. Bakunin tituló estas incongruentes páginas *Profesión de fe de un socialdemócrata ruso, precedida de un estudio sobre los judíos alemanes*. Escribió otra carta a *Le Réveil* y remitió ambos documentos a sus dos amigos de París, Arístides Rey y Alejandro Herzen.[7]

Herzen metió baza en el asunto. No aprobaba ni la *Profesión de fe* ni la carta. «¿A qué viene toda esa palabrería alrededor de las razas y de los judíos?», le preguntó con acritud a Ogarev. Sin embargo, fue a ver a Delescluze, el director de *Le Réveil*, el cual no tenía intención de publicar ninguna de las «elucubraciones» de Bakunin, pero transigió en publicar una carta de Herzen en su defensa, a la que agregó una asegurando que ningún ataque iba dirigido contra «el honor político de Bakunin.» La nota no decía más que lo que el propio Hess había dicho en su artículo. Bakunin cuya cólera en el fondo, era epidérmica, se declaró satisfecho con tan «leal» explicación, y el «asunto» Hess, como antes el «asunto» Liebknecht, se esfumó con la misma rapidez con que había empezado. El único resultado permanente fue de que se endureció el resentimiento de Bakunin contra Marx.

Sea como sea, la cosa dio lugar a una significativa postdata que merece que se transcriba. Herzen, al referir lo que Bakunin había hecho, le reprochó que hubiese atacado al alumno Hess y dejado fuera al maestro Marx. La réplica de Bakunin fue una extraña y característica mezcla de sincera generosidad y de cándida astucia.

He ahí mi respuesta acerca de Marx. Sé igual que tú que Marx es tan merecedor de censura como los demás, y que él fue el causante y el instigador de la inmundicia que nos echaron encima. ¿Que por qué, entonces, me he abstenido de atacarle y le he señalado en cambio, como

a un gran hombre? Pues por dos razones, Herzen. La primera, por «justicia». Dejando a un lado sus demasías contra nosotros, uno no puede por menos de reconocer, yo por lo menos, los enormes servicios que ha prestado a la causa del socialismo, al cual ha servido con inteligencia, con energía y fidelidad durante veinticinco años, desde que le conozco; en ese servicio, indudablemente nos ha aventajado a nosotros. Fue uno de los fundadores, si no el principal, de la Internacional. Y este es un inmenso servicio que yo siempre reconoceré, haga lo que haga contra mí.

La segunda razón obedece al «cálculo político» y a una «táctica» perfectamente ortodoxa...

Marx es de una incontestable utilidad en la Internacional. Hasta la hora presente ha sido uno de sus más firmes, idóneos e influyentes mantenedores del socialismo, uno de los más poderosos obstáculos contra la infiltración de toda clase de tendencias o de ideas burguesas. Nunca me perdonaría a mí mismo si, por motivos de venganza personal, contribuyera a destruir o a disminuir su (y acerca de ello no hay ninguna duda) benéfica influencia. Puede ocurrir, y probablemente ocurrirá, que haya necesidad de contender algún día con él, no por motivos de agravio personal, sino por cuestiones de principio y sobre el problema del comunismo estatal, del que tanto él como el partido que dirige, el inglés y el alemán, son fervientes defensores. Entonces la lucha será a vida o muerte. Pero todo a su tiempo, y la hora de la lucha todavía no ha llegado.

Me abstuve de meterme con él y lo elogié, en cambio, por razones de índole táctica, por cálculo. ¿Cómo no ves que todos esos señores son enemigos nuestros y que forman una falange que hay que dividir y disgregar para poderles destruir más fácilmente? Tú eres más inteligente que yo y debes saber mejor que yo quién fue el que dijo *Divide et impera.* Si yo declarase ahora la guerra a Marx, tres cuartas partes de la Internacional se volverían contra mí, y yo me hallaría en un atolladero y perdería el único terreno en el que puedo defenderme. Pero si yo inicio la guerra atacando a esa chusma, tendré a la mayoría de mi parte, e incluso el mismo Marx, que, como tú sabes, demuestra que posee una gran dosis de maliciosa satisfacción ante los apuros de los demás, verá con satisfacción que yo confundo y vapuleo a sus amigos...

Nada tiene de sorprendente que esta divagatoria y aún contradictoria explicación no mereciese la aprobación de Herzen. «Nunca llegarás a ser un Maquiavelo con tu "divide"» le contestó a Bakunin, y le aconsejó que «corrigiera fríamente su manuscrito y evitase insultar a los Maccabee y a los Rotschild.» Pero Bakunin era incapaz de reflexionar, revisar o rehacer. Además, esta cuestión ya no le interesaba, y el fragmento que sobre la *Profesión de fe* había escrito ya fue arrinconado, quedando entre sus papeles hasta que, muchos años después de su muerte, se dio por primera vez a la publicidad.[8]

En medio de las confusiones y contradicciones de las cartas de Bakunin a Herzen, aparece con toda claridad un hecho. Su reconocimiento

de la inevitabilidad de un choque antagónico entre él y Marx; un choque basado en diferencias políticas y en rivalidades de índole personal. Marx tenía igualmente la seguridad de que se acercaban trastornos y dificultades, y confiaba en sus fuerzas para hacerles frente cuando fuese necesario. «Este ruso —había escrito a Engels antes del Congreso de Basilea— por lo visto, quiere convertirse en el dictador del movimiento de los trabajadores europeos. Que se ande con cuidado si no quiere verse oficialmente excomulgado.» Pero tampoco Marx tenía prisa en precipitar la pugna, una pugna que de momento la aplazó la súbita retirada de Bakunin de la vida activa. El 30 de octubre de 1870, dos días después de escribir la carta a Herzen, dejó Ginebra sin decir adonde iba. [9]

* * *

La marcha de Bakunin no fue, sin embargo, precipitada, si bien los motivos que la determinaron fueron un enigma para muchos de sus amigos. En la primavera de 1869 Antonia Bakunin y su hija habían ido a visitar a Gambuzzi, el padre de la niña. Pocos meses después Antonia hizo saber a su marido que estaba nuevamente encinta y que se reuniría con él en el otoño, antes de dar a luz. Durante el invierno se había hablado mucho sobre la historia del matrimonio Bakunin, y Antonia y Miguel deseaban evitar el espectáculo de un embarazo y un parto en Ginebra. En agosto Bakunin notificó a la sección de la Alianza su intención de salir de Ginebra una vez finalizado el Congreso de Basilea, proponiendo al secretario Heng para sustituirle en la presidencia. Por los mismos días escribió a Gambuzzi diciéndole que estaba «impaciente por retirarse a vivir en soledad con Antonia», y el 3 de octubre, en una carta a Guillaume, le dijo su intención de invernar en Lugano, la pequeña ciudad de la Suiza italiana. «Le estoy diciendo a todo el mundo, añadía, que me voy a Italia, a Barcelona o quizás a Francia.» [10]

Aparte del sigilo debido a circunstancias de índole muy privada, había otra excelente razón para trasladarse a la Suiza italiana. Bakunin había estado disfrutando de la generosidad de la princesa Obolenski durante dos años, y cuando le llegaron a ella las vacas flacas, ocupó su puesto durante doce meses Olga Levashov. Pero al reñir con Utin a propósito de *La Causa del Pueblo* y cambiar de residencia, desde Vevey a Ginebra, también se secó para Bakunin esta segunda fuente. El relativo bienestar que había estado disfrutando durante un período de tres años se terminó justamente cuando el aumento, no solicitado, de su familia le situó frente a nuevas responsabilidades, y, a pesar de seguir recibiendo con más o menos regularidad cierta ayuda de Gam-

buzzi, Bakunin volvió a su anterior vida de penurias, de préstamos ocasionales y de intrincados expedientes financieros de antes de su afortunado encuentro con la princesa. Tres veces en el transcurso del invierno de 1868-69 escribió a Virubov pidiéndole trescientos francos. La primera vez el pretexto, bastante extraño por cierto, fue el deseo, que no podía llevar a cabo si no tenía los fondos suficientes, de publicar un folleto refutando las ideas positivistas del mismo Virubov. Luego, ya sin ningún pretexto, decía sencillamente que el dinero le era «muy necesario». Cuando volvió por segunda vez, en el mes de mayo de 1869, al Jura, los compañeros que le habían invitado hicieron una colecta para pagarle el viaje y el hospedaje. Se fue a una vivienda más humilde de los alrededores de Ginebra, pero pronto se vio que la vida en Ginebra, por más modesta que fuese, resultaba demasiado cara para quien no tenía recursos. No le quedaba, pues otra solución que instalarse en el sitio más barato (el coste de la vida en la Italia suiza era mitad del de Ginebra) y mantenerse con el producto de lo que escribiese. Optimista como siempre, había escrito a Gambuzzi hablándole de «un año de tranquilo, continuo y lucrativo retiro», de la traducción en perspectiva de un libro de veinte pliegos a ciento cincuenta francos el pliego y de «una colaboración bien pagada y segura» en un periódico cuyo nombre no daba. Herzen era escéptico, y dijo secamente: «Miguel no quiere trabajar». Pero la estrechez económica era desesperada, y en esos momentos de tanto apuro económico la imaginación de Bakunin solía entregarse a la creación de ilusorias empresas literarias. [11]

Al irse de Ginebra hacia fines de octubre de 1869, hizo un alto en Berna para ver a sus viejos amigos los Reichel y los Vogt. En Lugano visitó a dos italianos, Quadrio y Sperafico, genuinos mazzinistas, para quienes llevaba cartas de presentación que le había entregado Ogarev. Por esos italianos supo que Lugano se había convertido en la sede central del partido de Mazzini y que éste solía visitarla con frecuencia. La elección era natural, puesto que Lugano era un excelente puesto de observación y de intrigas con respecto a Italia. Pero, por otra parte, tan pequeña ciudad difícilmente podía contener a dos personajes de la notoriedad de Mazzini y Bakunin, quienes, además, se repelían mutuamente. Los dos mazzinistas acogieron a Bakunin con la mayor amabilidad, pero pronto tuvieron «una ligera discusión, una discusión absolutamente cortés», y Bakunin comprendió que no era prudente meterse demasiado en la «espinosa cuestión» de «la libertad y el socialismo». Lo más sensato, pues, era retirarse a tiempo. Por lo que decidió irse a Locarno, a orillas del Lago Mayor.

En Locarno se hospedó en la casa de una viuda llamada Pedrazzini. La casa tenía un jardín desde el que se podía contemplar el magnífico

panorama del lago, y cuyo precio, alojamiento y comida, era sólo de cincuenta y cinco francos al mes. Además, podía disponer de una sirvienta por la módica cantidad de quince francos más.

Esto es sencillamente como la entrada en el reino de los cielos —le escribió a Ogarev al día siguiente de llegar—. Lo comprenderás con imaginar que, después de dejar el adusto y prosaico ambiente de Ginebra, aparece ante ti Italia con toda su acogedora cordialidad y su belleza, con toda su primitiva, casi infantil sencillez.

Lo saludable del clima y la «asombrosa baratura» las presentaba Bakunin al inmóvil Ogarev como un señuelo para sacarlo de su permanente fondeadero de Ginebra. Tampoco Locarno era un lugar demasiado lejano. Recibía dos veces al día correo «de Europa» y cuatro de Italia. Claro que allí no había «una sociedad en el sentido burgués de la palabra», pero Bakunin ya tenía un amigo (nunca le costaba mucho esfuerzo conseguirlo), un armero llamado Angelo Bettoli, que le serviría de estafeta, y muy segura, para la correspondencia. Sólo un detalle faltaba en aquel paraíso: té, y como sea que «el ruso no puede vivir sin tomar té», Ogarev recibió el urgente encargo de enviar a Bakuin dos libras de este precioso vegetal. [12]

NOTAS

1. Bakunin, *Œuvres,* VI, 219-26.
2. Guillaume, *Internationale,* I, 80; Bakunin, *Œuvres,* V, 13-218.
3. Guillaume, *Internationale,* I, 183-9.
4. Guillaume, *Internationale,* I, 190-204; *Materiali,* ed. Polonsky, III, 322.
5. Guillaume, *Internationale,* I, 210-13; *Materiali,* ed. Polonsky, III, 179-81.
6. Bakunin, *Œvres,* V, 260-61; Guillaume, *Internationale,* I, 220-22.
7. Bakunin, *Œuvres,* V, 239-94; *Pisma Bakunina,* ed. Dragomanov, 230-31.
8. *Herzen,* ed. Lemke, XXI, 504-6, 509; Bakunin, *Œuvres,* V, 229-30; *Pisma Bakunina,* ed. Dragomanov, 233-9.
9. Marx-Engels, *Sochineniya,* XXIV, 222.
10. Guillaume, *Internationale,* I, 219, 261.
11. Virubov, *Vestnik Europy* (febrero, 1913), pp. 75, 77-8; Guillaume, *Internationale,* I, 156, 219; *Pisma Bakunina,* ed. Dragomanov, p. 228; Steklov, *M. A. Bakunin,* III, 412; *Herzen,* ed. Lemke, XXI, 412.
12. *Pisma Bakunina,* ed. Dragomanov, pp. 228, 244.



28

EL CASO NECHAEV

Pero antes de seguir a Bakunin en su retiro de Locarno, el biógrafo cree oportuno desandar el camino recorrido en su narración hasta volver adonde estaba dos meses atrás, y, dejando en suspenso la creciente distancia que separa a Bakunin y Marx hacer entrar en escena a un nuevo personaje. En el transcurso de la primavera y verano de 1869, Bakunin no había dedicado sus energías exclusivamente a las actividades públicas o semipúblicas que acabamos de relatar. Un capítulo separado pero significativo, se había abierto en su vida cuando, a principios de marzo de 1869, llegó a Ginebra un joven ruso llamado Sergio Nechaev.

A la edad de veintiún años Nechaev ya se había distinguido, incluso entre los exaltados jóvenes revolucionarios de San Petersburgo, por el tesón y la hondura de sus ideas. Su destacada personalidad pronto hizo que se le pusiese a la cabeza de un grupo de jóvenes extremistas de la Universidad de San Petersburgo y el que fuese objeto de la atención de una policía siempre al acecho. Después de conducirle ante las autoridades para que se le interrogase sobre sus actividades subversivas, consideró que lo más prudente era desaparecer de Rusia. Pero Nechaev tenía rasgos de ingenio en extremo originales, e imaginó una desaparición que le dio la fama de héroe y de mártir a la vez. Envió una nota a sus camaradas comunicándoles que le habían detenido y que lo llevaban a «una fortaleza desconocida». La nota daba a entender que la había arrojado él mismo desde la ventanilla de un furgón de la policía y recogida por un estudiane anónimo que por casualidad la recogió. Nada había de inverosímil en tan descabellada trama, por lo que sus compañeros de estudios inmediatamente la dieron por verdadera. Y en los precisos momentos en que estaba celebrando un mitin

de masas organizado por sus camaradas con objeto de exigir su libertad, nuestro hombre se hallaba bastante lejos, camino del sur. En marzo de 1869, y con un pasaporte falso, cruzó la frontera y se dirigió a Suiza, hogar espiritual de los mártires de la revolución.

Nechaev encarnaba, más que el tipo del revolucionario ruso de los años sesenta, el de una deformación de las características más acusadas de ellos. La generación de los años sesenta se vio colocada en una equívoca, intermedia posición. Se había desprendido de los ingenuos entusiasmos de la de los años cuarenta —la fe romántica de Herzen en las instituciones democráticas y la igualmente romántica fe de Bakunin en la libre e inculta naturaleza humana— y no había descubierto todavía la base científica de la doctrina revolucionaria elaborada por Marx. Desprovisto de toda creencia, fue a refugiarse en la moral pura y en la negación política. Esta actitud, que fue apropiadamente llamada nihilismo, se distinguía fundamentalmente de la romántica negación bakuniniana del orden existente, un orden basado en una fe ilimitada en la naturaleza humana. Con todo, ambos puntos de vista tenían, superficialmente, bastantes aspectos comunes como para que Bakunin valorara a estos jóvenes revolucionarios muy por encima de su romántico contemporáneo Herzen, y éstos prefirieron a Bakunin sobre cualquier otro de los revolucionarios que le habían precedido. Ahora bien, antes de Nechaev ninguno de esos jóvenes había sido lo bastante audaz para llevar la negación hasta su última y lógica conclusión. En la práctica, nadie había osado desechar la moral ni la obligación política. Fue Nechaev el que dio el paso decisivo; él fue quien exaltó a la revolución al *status*, al rango de un dios absoluto, y no reconoció otra clase de obligación moral. Era intrépido hasta la temeridad, e hizo de la desaprensión un arte. Engañaba a sus amigos con la misma sencillez con que engañaba a sus enemigos. Apareció ante sus contemporáneos igual que hoy le ve la posteridad, como una desconcertante combinación de fanático, de bravucón y pícaro. [1]

No fue pura coincidencia que la primera persona con quien Nechaev se encontró a su llegada a Ginebra fuera pecisamente Miguel Bakunin. El prestigio del veterano revolucionario atrajo al ambicioso joven, quien esperaba conseguir también algún día su prestigio, pero ahora no tenía en su haber más que mucha energía, una fe desmesurada en sí mismo y una fértil imaginación. Como todos los visitantes de Bakunin, Nechaev quedó impresionado por el aspecto gigantesco y la magnética personalidad del viejo luchador, y se propuso impresionarle. Le contó como acababa de escaparse de la fortaleza de Pedro y Pablo, donde había estado encerrado como cabecilla del movimiento revolucionario de los estudiantes. Había llegado a Suiza como delegado de un comité revolucionario ruso que tenía su dirección central en

San Petersburgo, y estaba esparciendo un reguero de pólvora revolucionaria a través de todo el país.

Bakunin no había hallado nunca a nadie cuyo talento en el arte de fingir superase al suyo. Sobre todo, nunca había dado con nadie que poseyera su misma singular inclinación a inventar sociedades políticas de las que él era el comandante en jefe y cuyos afiliados sólo estaban en su imaginación. Pero por una feliz aunque ilógica disposición de la providencia, los que se dedican a engañar a los demás, por regla general suelen ser los más fáciles de engañar. El temperamento de Bakunin no tenía sitio para el escepticismo, por lo que se creyó a pie juntillas todo lo que le dijo Nechaev, y éste, lo mismo que Bakunin poseía el don de ganarse la admiración y la confianza de sus nuevas amistades. Desde el primer instante Bakunin se entusiasmó con Nechaev, de la misma manera que tantos otros se habían entusiasmado con Bakunin. Empezó por llamar al joven Nechaev con el tierno apodo de *Boy* (pues a Bakunin se le habían pegado algunas palabras del inglés a raíz de su estancia en Londres). Tan afectuosas eran sus relaciones que más tarde circuló entre los emigrados rusos de Suiza la estúpida especie de que Bakunin habia entregado a Nechaev un papel en el que le prometía su total obediencia, «hasta el punto de hacer, si se lo mandaba, moneda falsa», firmando ese papel, en prueba de completa sumisión, con el nombre femenino de *Matrena*. Se dijo que la declaración la habían encontrado entre los papeles de Nechaev a raíz de su detención, pero esta patraña no ofrece ninguna garantía de autenticidad para que se le conceda la menor atención. Si existió algún documento con la firma de *Matrena* obedeció probablemente a la predilección de Miguel por el cambio de nombre, sin relación alguna con el significado que le dieron.

Pero sea verdadera o falsa, la circulación de esta especie indica el ascendiente de Nechaev sobre el viejo revolucionario. La chifladura queda explicada, en parte, por las circunstancias de Bakunin. Hacía muchos años que había perdido todo contacto con Rusia, y la desavenencia con Herzen, la disputa con sus más recientes amigos en Vevey y la disolución de la Hermandad Internacional le habían privado de todo contacto formal con sus compatriotas en el extranjero, y por lo que respecta a los que todavía eran sus compañeros, Ztukovski era sólo una bondadosa nulidad, y Ogarev estaba tan entregado a la bebida que había perdido toda sensibilidad. La llegada de Nechaev le trajo, por primera vez en muchos años, un hálito de su tierra. Nunca más volvería a verla, y, después de todo, aun en medio de sus preocupaciones internacionales, la imagen de su tierra le perseguía en sus sueños. Ahora se le ofrecía, pues, la ocasión de trabajar por la causa revolucionaria en el país que más cerca estaba de su corazón. Ningún

otro país podía atraerle como le atraía el suyo. El lado sentimental de su temperamento, que parecía haber muerto con el recuerdo del hogar de su infancia hacía muchos años, volvió a revivir para este peligroso y seductor *boy* ruso.

Bakunin expuso su deseo de compartir los trabajos y los laureles del comité revolucionario ruso de Nechaev, y, además, él tenía algo que ofrecer. Haya o no existido la declaración firmada por *Matrena,* sobre lo que no existe ninguna duda es de la autenticidad de otro documento ofrecido por Bakunin a Nechaev y que es bastante raro. Lleva fecha del 12 de mayo de 1869 y dice esto:

> El portador es uno de los representantes acreditados de la sección rusa de la Alianza Revolucionaria Mundial. N.° 2771.

Va firmado por Miguel Bakunin y el sello que tiene pegado en un ángulo dice «Alianza Revolucionaria Europea: Comité Central». Es extraño, aunque característico de Bakunin, que no tratase de presentar a su nuevo protegido a sus camaradas de la Alianza Socialdemócrata, ni a aquel círculo interior secreto de la Alianza del que habló a Guillaume y a Perron. Hasta donde hemos podido comprobarlo, sabemos que no le habló a Nechaev ni siquiera de su existencia. En cambio, no pudo resistir la tentación de inventar, impulsiva e irreflexivamente, una Alianza Revolucionaria Europea y Mundial, completamente nueva y de la que no se había oído nunca hablar antes ni se oyó hablar después, dando al certificado un número que acreditaba, para los que se dejaran impresionar, que aquella desconocida organización contaba por lo menos con dos mil setecientos setenta otros agentes ejecutando sus mandatos en varios rincones de Europa. Así Nechaev, el seudo representante de un probablemente no existente comité revolucionario ruso, recibió de manos de Bakunin la autoridad necesaria para actuar en Rusia como representante de una Alianza Revolucionaria Europea que tampoco existía. Ésta fue una situación que no es posible que tenga muchos paralelos en la comedia ni en la historia. El punto más interesante de la cuestión, imposible de probar documentalmente, es saber si los dos se embaucaron mutuamente.[2]

* * *

Habiendo instituido de un plumazo sus respectivas organizaciones, Bakunin y Nechaev se creyeron en el deber de dotarlas de la pertinente literatura, y en el transcurso de unos pocos meses, de abril a agosto, publicaron en Ginebra hasta siete folletos, todos en lengua rusa. Uno de ellos, el titulado *Unas palabras a nuestros jóvenes her-*

manos de Rusia, lleva la firma de Bakunin; otro, dirigido *A los estudiantes de la Universidad, la Academia y el Instituto Tecnológico*, y cuyo lugar de origen pretendía ser Moscú, lo firmaba Nechaev. *Ediciones de la Sociedad «La Justicia del Pueblo», N.º 1, Verano de 1869*, dando igualmente a entender que procedía de Moscú, tenía dos artículos firmados por «El Comité Revolucionario Ruso». Un cuarto artículo, que empezaba con el apóstrofe «¡Honorable Nobleza Rusa!», estaba suscrito por «Los descendientes de Rurik y el Partido de la Nobleza Independiente». Los tres restantes —uno dirigido a los «Estudiantes rusos» y dos titulados, respectivamente, *Cómo se manifiesta la cuestión revolucionaria* y *Principios de la Revolución*— no llevaban firma alguna. Aparte de esos folletos publicados, Nechaev estaba en posesión de un *Catecismo revolucionario* cifrado, en el que se exponían el reglamento de una sociedad secreta revolucionaria y los deberes de sus miembros, el cual parece que fue compuesto por aquellas mismas fechas. La paternidad del folleto que lleva el nombre de Bakunin está fuera de toda duda, y el que va dirigido a los «Estudiantes rusos», el más breve y moderado de la serie, se sabe positivimante que lo escribió Ogarev. La paternidad literaria de los demás documentos es uno de los problemas más discutidos de los que se refieren a la producción bakuniniana. [3]

Los principios amorales de Nechaev tuvieron una clara e inequívoca expresión en esos escritos, siendo, a este respecto, los más expresivos los titulados *Cómo se manifiesta la cuestión revolucionaria, Principios de la Revolución* y *Catecismo revolucionario.* Después de explicar que la «protesta tradicional» del campesino ruso contra la opresión gubernativa consiste en echarse al monte y convertirse en bandolero, *Cómo se manifiesta la cuestión revolucionaria* hace un largo panegírico del bandolerismo:

> El bandolerismo constituye una de las más elevadas expresiones de la vida nacional rusa... En Rusia, el bandolero es el verdadero, el único revolucionario, revolucionario sin palabrerías y sin retóricas; el incansable, el irreconciliable, el irreductible... El que quiera llevar a cabo una conspiración efectiva en Rusia, el que pretenda suscitar una verdadera revolución popular debe ponerse en contacto con ese mundo... La ocasión para ello está al alcance de la mano... Los aniversarios de Stenka Razin y de Pugachev se van acercando. Hora es ya de rendir público tributo a estos luchadores populares. Preparémonos todos para hacerlo.

El folleto *Principios de la Revolución* es más implacable:

> No podemos admitir más actividades que las que tienen por objetivo el exterminio; pero reconocemos que esas actividades pueden prohijar

los procedimientos más variados: el veneno, el cuchillo, la cuerda, etc. En esta lucha, la revolución santifica todos los medios, por más violentos que sean.

El revolucionario, dicho con las palabras del *Catecismo revolucionario*, «desprecia y abomina de la moral social de nuestros días, de la moral en todas sus formas y principios. Sólo considera moral aquello que contribuye al triunfo de la revolución... Los sentimientos acomodaticios y enervantes de la familia, la amistad, el amor, la gratitud, del honor incluso, deben ser ahogados en su pecho por la fría pasión por la causa revolucionaria... Noche y día, su único pensamiento, su meta invariable debe ser... la destrucción despiadada».

A los pocos meses de la aparición de esos documentos, los marxistas iniciaron una campaña combatiendo sus ideas, cuya paternidad atribuían a Bakunin. Los bakuninistas se creyeron en el deber de exonerar a su jefe, negando o reduciendo al mínimo su participación. Y esta controversia se ha prolongado a través de los años hasta no hace mucho tiempo. El fallo de la historia ha sido favorable a los marxistas. La debilidad de Bakunin por Nechaev era en aquellos días casi total, lo cual le llevaba a adoptar, ciega y temerariamente, las ideas de su «*boy*». Es poco probable que Bakunin, que era un consumado autor de folletos, dejase en manos de un estudiante inexperto la exposición de esas ideas. La evidencia intrínseca de ello es, además, concluyente. Los libelos están salpicados de efectos estilísticos y de juegos de palabras característicos de Bakunin («el revolucionario sin palabrería», «la ocasión está al alcance de la mano», etc.). El *Catecismo revolucionario* es un típico ejemplo de una de las formas de composición favoritas de Bakunin. Incluso en el folleto firmado con el nombre de Nechaev se nota su huella, porque en él aparece citado en alemán su favorito proverbio hegeliano de los tiempos de su juventud: «Lo que es racional es real; lo que es real es racional». Y es muy dudoso que Nechaev conociera la filosofía de Hegel ni que entendiese el alemán.[4]

Antes hemos hecho alusión a la paternidad de Ogarev de uno de los folletos en cuestión. Falto de la guía espiritual de Herzen, Ogarev se fue convirtiendo en un instrumento en manos de Bakunin, y éste llegó incluso a resucitar momentáneamente su antigua esperanza de reconstituir el «triunvirato revolucionario» y publicar, con las firmas de Herzen, Ogarev y la suya, el llamamiento a los estudiantes rusos. Pero Herzen se apresuró a triturar esa quimera, calificando el folleto de Ogarev de «diatriba periodística», la cual, en vez de merecer tres firmas, no era digna siquiera de una. Y cuando en el mes de mayo fue a Ginebra, no pudo menos de sentir una instintiva aversión hacia Nechaev, si bien, por otro lado, trató a Bakunin con benevolente tolerancia. Según el mismo Herzen, aquellos folletos iban a causar «un gran estropicio», y Bakunin, con sus fogosos llamamientos al exterminio universal, «se parece a las viejas niñeras y a los curas de todas las edades, quienes, para imponer miedo, gritan ¡que viene el lobo!, cuando saben muy bien que el lobo no vendrá». Herzen se detuvo cinco o seis semanas en Ginebra (fue su último encuentro con Bakunin), y se marchó pensando irónicamente que su cerebro debía de haber envejecido mucho, puesto que se negaba a comprender muchas cosas que le parecían muy claras a su amigo y camarada de otros tiempos.[5]

Ahora bien, lo que Bakunin y Nechaev pretendían no sólo era conseguir la colaboración literaria o la ventaja moral de los nombres de Herzen y de Ogarev, sino algo más sólido y sustancioso. Tenían una necesidad absoluta de hacerse con el dinero que exigía su nueva empresa, y Bakunin había descubierto una inesperada y prometedora fuente de ingresos crematísticos. En el año 1858 un rico y excéntrico terrateniente ruso llamado Bajmetiev se convirtió al comunismo utópico, y, animado del fanatismo del idealista ruso, decidió ir a fundar una comunidad modelo en una isla situada en alguna parte del océano Pacífico. Antes de partir para su isla, se detuvo en Londres con objeto de ver a Herzen y a Ogarev, y viendo que contaba con más dinero del necesario para desarrollar su proyecto, les dejó ochocientas libras para que las dedicasen a la propaganda revolucionaria en Rusia. Convenida esta campaña, Bajmetiev salió de Londres poniendo proa al Pacífico, y nunca más se supo de él. La existencia de este personaje parecería un cuento de hadas si no fuese por el registro que figura en los libros de cierto banco londinense, de un crédito de ochocientas libras a favor de la cuenta conjunta de Herzen y Ogarev, quienes, de acuerdo con su habitual honestidad y prudencia, se limitaron al empleo de los intereses de este capital para fines de propaganda, por lo que en 1869 el «fondo Bajmetiev» permanecía todavía intacto. ¿Qué mejor, preguntaba Bakunin, que invertir este fondo, de cuya existencia estaba probablemente enterado por Ogarev, en la empresa revolucionaria patrocinada por *Boy* y por él? Ogarev, que ya no tenía voluntad propia, fue muy fácil de convencer, y emprendió la tarea de convencer a Herzen, a quien le escribió una serie de cartas apoyando la proposición de Bakunin. Herzen se resistió durante algún tiempo. Su inveterado escepticismo, sus prejuicios contra Nechaev y sus recelos respecto a Bakunin seguían siendo tan fuertes como siempre; pero ahora era un hombre enfermo y agotado, sin fuerzas ya para resistir el insistente acoso de Ogarev. A fines de julio de 1869 dio su consentimiento para que el fondo se repartiese y para que Ogarev dispusiera como se le antojase de la mitad del capital. Sin embargo, trató de hacer comprender a Ogarev que ese dinero estaría mejor empleado en el sostenimiento del

establecimiento tipográfico que poseían en Ginebra, añadiendo con cierta aspereza que en la empresa Bakunin hallaría un medio de vida más seguro que metiendo el dinero en la aventura rusa de Nechaev. El consejo fue desoído, y diez mil francos (cuatrocientas libras) pasaron al bolsillo de Bakunin, y del bolsillo de Bakunin, aunque seguramente recortados, al bolsillo de Nechaev.[6]

Después de tan rotundo triunfo, Nechaev no creyó necesario detenerse más tiempo en Suiza. Su visita, gracias a Bakunin y contra todas las más razonables previsiones, había resultado muy provechosa para él. Estaba en posesión de un mandato firmado por el famoso revolucionario en nombre de una llamada Alianza Revolucionaria Europea, la cual, aparte del valor que en su opinión pudiera tener le serviría para impresionar a sus adláteres, los estudiantes de Rusia, y se había hecho además, para su uso personal y sin traba alguna, con una considerable cantidad de dinero contante y sonante. Provisto de tan valiosos acompañantes y armado de varios paquetes de folletos y proclamas, regresó a Rusia hacia finales de agosto. El invierno siguiente había de destinarlo a trabajos de organización, que habían de traer como resultado, según aseguró a Bakunin, el infalible estallido de la revolución el día 19 de febrero, noveno aniversario de la liberación de los siervos.

El hecho de que Nechaev, con su historial y con semejantes intenciones, fuera capaz de entrar en Rusia, permanecer tres meses en el país, cometer un crimen sensacional y regresar indemne y sin ser molestado a Suiza, habla muy poco en favor de la pericia y la vigilancia de la policía rusa. Y por muy increíble que parezca, las cosas ocurrieron del siguiente modo: Nechaev empezó por establecer su cuartel general en Moscú. Su organización, a la que al parecer llamó, alternativamente, «La Justicia del Pueblo» y «La Sociedad del Hacha», se basó en las normas prescritas en el *Catecismo revolucionario* y adoptadas por casi todas las sociedades secretas de Europa en los años cuarenta. Esa organización estaba constituida —o por lo menos éste era su propósito— por grupos de cinco individuos, debiendo cada uno de ellos obediencia ciega a un jefe, quien a su vez recibía las órdenes de un comité central. La minuciosa investigación llevada a cabo posteriormente por la policía no pudo descubrir ningún plan concreto de revolución preparado por esta famosa organización. Al parecer, el comité central estaba integrado por un solo miembro, por Nechaev, y el número de los grupos realmente constituidos es absolutamente desconocido. Este asunto, en su totalidad, aparece envuelto por aquella singular atmósfera de *bluff* y simulación que rodea todas las actividades de Bakunin y de Nechaev. Con todo, la nueva organización llevó a cabo una hazaña bien concreta. En noviembre de 1869 un estudiante llamado Ivanov, perteneciente a uno de los grupos de cinco miembros y

sospechoso, con razón o sin ella, de estar a punto de convertirse en confidente de la policía, fue asesinado por Nechaev en connivencia con otros individuos de su grupo. El cadáver de Ivanov fue descubierto en una laguna. Los detalles del crimen se hicieron inmediatamente públicos y causaron una enorme sensación. Nechaev, comprendiendo que ya no podía contar con la pasividad de la policía, inició los preperativos para emprender la fuga. Logró salir de Rusia hacia mediados de diciembre, y a primeros de enero de 1870 reapareció en Suiza.[7]

* * *

Bakunin llevaba ya más de dos meses en Locarno. De los proyectos destinados a convertir en «lucrativo», a la vez que en «diligente», su retiro, sólo uno llegó a materializarse. Un ruso llamado Liubavin, que le había conocido en Ginebra y que se compadeció de sus apuros económicos, le proporcionó, para un editor de San Petersburgo, la traducción al ruso de *El Capital* de Carlos Marx. Los honorarios fueron fijados en mil doscientos rublos, trescientos de los cuales se le pagaron por adelantado, y este anticipo le bastó para pagar las deudas más apremiantes que tenía en Ginebra y para trasladarse a Locarno, donde empezó a torturarse para traducir los farragosos períodos del estilo literario de Marx. Ni el tema de *El Capital* ni la insulsa rutina de la traducción eran lo más a propósito para atraer su atención, por lo que el trabajo avanzó muy despacio y a empellones. Al principio, según escribió a Ogarev en diciembre, sólo fue capaz de traducir tres páginas diarias (la obra constaba de un total de 784), pero había conseguido llegar a cinco y esperaba poder llegar pronto hasta diez. Le pidió a Ogarev que viese si Ada Zhukovski, residente en Ginebra, podía sacar una copia en limpio de lo que llevaba traducido. Durante el mes de diciembre enviaron a Liubavin dos modestas entregas de la dichosa traducción. Trabajando a tan lento ritmo, era lógico que al final del año no hubiera concluido el trabajo que se le había pagado por adelantado y que tampoco tuviese derecho a percibir otra cantidad a cuenta.[8]

Por aquellos días estaba atravesando una nueva crisis. A mediados de diciembre, Antonia, que estaba en su octavo mes de gestación, llegó de Nápoles para reunirse con él. El viaje por mar hasta Génova fue lento y agotador, y Miguel, que fue a recibirla en Arona, la esperó durante dos días en un estado de «tremenda ansiedad». Estaba sin un céntimo. Gambuzzi, irritado por la decisión de Antonia de reunirse con su marido, era inabordable. Y Bakunin se dirigió a la única puerta que quedaba abietra para él: le rogó a Ogarev que le pidiese a Herzen si quería prestarle, «no de su bolsillo, sino con cargo al fondo», tres-

cientos francos en seguida y otros quinientos tres meses después. Herzen, con más diligencia que de costumbre, le envió trescientos francos..., pero no de los que pertenecían al fondo; y la última carta que Bakunin dirigió a Herzen fue escrita en los primeros días de enero de 1870, dándole las gracias por la ayuda recibida. Tres semanas después, Herzen moría en París. [9]

Bakunin no supo nada de Nechaev en todo el tiempo que éste permaneció en Rusia, pero en diciembre llegaron sorprendentes rumores a la colonia rusa de Suiza. Unos decían que Nechaev se había fugado y otros que lo habían detenido. Las noticias, confirmadas, de la detención en Rusia de muchos de sus compañeros añadió leña al fuego de la ansiedad de Miguel, quien pasó varios días alternando el temor con la esperanza. Más tarde, el 12 de enero, recibió una carta de Ogarev en la que le anunciaba que *Boy* acababa de llegar a Ginebra. Al recibir esa noticia, Bakunin «dio tal salto de alegría que casi topó con la cabeza en el techo». La falta de dinero y la proximidad del alumbramiento de Antonia le impidieron trasladarse en seguida a Ginebra, pero escribió suplicando con insistencia a Nechaev que fuera a Lucarno, donde hallaría «una manta, una cama, mesa puesta y alojamiento, y, sobre todo, la más absoluta discreción y secreto», porque allí todo el mundo sentía un gran afecto por Bakunin y no había chismorreos ni murmuraciones. Dos días después del recibo de las jubilosas nuevas y del envío de esta carta, Antonia dio a luz una niña. [10]

Nechaev fue a Locarno a finales de enero. Tenía urgente necesidad de ocultarse, porque el gobierno ruso, si llegaba a descubrir su paradero, pediría en seguida su extradicción como criminal de derecho común que era, y el gobierno suizo le retiraría seguramente el derecho de asilo. Bakunin recordó que unos meses antes las autoridades suizas, a requerimiento de la policía rusa, se habían apoderado de los hijos de la princesa Obolenski y se los habían entregado a su marido, y temblaba ante el temor de que su querido *Boy* pudiera correr la misma suerte. Lo que Nechaev le contó a Bakunin sobre sus aventuras en Rusia y lo que de tal relato se creyó este último son puntos que todavía siguen sin dilucidar. Lo único que se sabe es lo que Nechaev contó en una carta publicada en *Progrès* (Guillaume creyó reconocer la letra de Bakunin en el original mandado a la imprenta) y en varios periódicos franceses, alemanes y belgas, en la que daba detalles de cómo le había denunciado a la policía uno de sus compañeros; de cómo se le había enviado a las minas de Siberia; de cómo se habían cursado órdenes secretas para asesinarle durante el camino, y de cómo lo habían rescatado en el último momento unos amigos. Bakunin repite, creyéndosela o no la misma historia en una carta a Richard, residente en Lyón. Y todavía contó cosas más truculentas en otros escritos. En

un artículo que, por una desconcertante coincidencia, apareció en el mismo número de *Progrès* en que se insertaba la carta de Nechaev, Bakunin insinuaba la suposición de que el tal Nechaev, acerca del cual el gobierno ruso y la prensa metían tanto ruido, no era sino un mítico personaje, y, lo que es más desconcertante todavía, reiteró semejante conjetura a través de las cartas que dirigió a sus amigos Richard, de Lyón, y Adolfo Vogt, de Berna. Ampliando aún más este sistema de pistas falsas, prologó un inocuo obituario de Herzen para un periódico de Marsella en el que hacía una referencia a su propio reciente regreso de «un viaje a países muy distantes, en donde los periódicos entraban con dificultad»; noticia evidentemente destinada a llevar a los lectores avisados la impresión de que él acababa de llegar de una visita secreta a Rusia. Es inútil buscarles un motivo racional a esa sarta de mixtificaciones. La pasión de Bakunin por la simulación no se reducía a los límites del sentido común de la edad adulta. [11]

La breve visita de Nechaev a Locarno tuvo, por otro lado, notables resultados de índole más concreta. El primero fue la terminación del compromiso de Bakunin de traducir *El Capital*. Movido por Nechaev, no tuvo ninguna dificultad en convencerse a sí mismo de que aquel monótono trabajo era indigno de un genio y que sería mejor ocuparse en la promoción directa de la revolución. Los trescientos rublos gastados antes de ganarlos parece que fueron el mayor obstáculo. Pero Nechaev se encargó de arreglar este aspecto de la cuestión. El método que puso en práctica Nechaev fue de una sencillez que abruma. Esperó volver a Ginebra, y desde esta ciudad, a finales de febrero escribió una carta a Liubavin conminándole, en nombre del comité central de la Justicia del Pueblo, a que dejara a Bakunin en paz y amenazándole con las desagradables consecuencias a que se expondría si no acataba aquella orden. Esta carta, como se verá a continuación, fue usada después por Marx para desacreditar a su rival. El dejar en las inexpertas manos de Nechaev la delicada operación de liberarse de una obligación desagradable fue, sin duda alguna, una determinación tomada con harta ligereza por Bakunin, por lo que se le juzgó un hombre totalmente falto de escrúpulos en cuestiones de dinero. Pero en su descargo hay que decir que la carta de referencia fue remitida desde Ginebra algún tiempo después de la visita de Nechaev a Locarno, y no hay pruebas de que Bakunin interviniera en su redacción ni de que estuviese enterado de su contenido. [12]

Ahora que Bakunin estaba libre de tan ingrato trabajo, era urgentemente necesario buscar en otros lugares los novecientos rublos que la terminación de *El Capital* le hubiera reportado. Y, una vez más, Nechaev, o Nechaev y Bakunin de consuno, echó mano de un expediente *sui géneris*. Por fallecimiento de Herzen, el saldo del fondo

Bajmetiev quedaba a la disposición, según era de suponer, del depositario sobreviviente. La oportunidad era demasiado tentadora para dejar para más adelante la ejecución del plan concebido. Bakunin instó a Ogarev para que reclamara el saldo en cuestión a los albaceas testamentarios de los bienes de Herzen.

Éste no es sólo un derecho de ustedes —escribió sin disimular su prisa—; es también su sagrado deber, y ante este deber sagrado, todos los sentimientos de delicadeza personal deben dejarse de un lado. En este asunto tienen ustedes que actuar con el rigor de los romanos; deben obrar como un nuevo Bruto.

Bakunin no se contentó sólo con enviar cartas. Bien pensado, la cuestión era demasiado vital para andarse por las ramas. Pidió prestados ochenta francos al hijo de su patrona para pagar el billete del viaje, y a mediados de marzo de 1870 se presentó en Ginebra, en el escenario mismo de la acción.

El rigor romano fue innecesario. Ogarev escribió al joven Alejandro Herzen, quien, con la celeridad de quien está impaciente por deshacerse de un asunto fastidioso, reconoció su obligación y fue personalmente a Ginebra para hacer entrega del dinero. El acto se celebró con todas las formalidades. Estuvieron presentes en él, además del joven Herzen y de Ogarev, Bakunin, Nechaev, Natalia Ogarev, Natalia, la hija mayor de Herzen, y dos o tres rusos más. Los diez mil francos, o sea la mitad del fondo, los entregó el joven Herzen a Ogarev (quien extendió un recibo por la cantidad percibida), Ogarev a Bakunin y Bakunin a Nechaev, y éste se hizo, pues, cargo de los diez mil francos, con la particularidad de que no firmó recibo alguno, dejando solamente por toda garantía ante los interesados su «honor revolucionario». Y al ser requerido, unas semanas más tarde, por Ogarev para que le otorgara la correspondiente carta de pago, Nechaev replicó secamente que su comité no tenía por norma extender recibos de ninguna clase. [13]

El fondo Bajmetiev no fue el único nidal al que Bakunin y Nechaev echaron su codiciosa mirada en su conferencia de Locarno. Las necesidades económicas de la revolución eran un pozo sin fondo. El siguiente episodio de esta tan poco edificante historia está centrado en la persona y los bienes de la propia hija de Herzen. Al igual que su hermano, Natalia Herzen había entrado, a la muerte de su padre, en posesión de una mediana fortuna. Y a diferencia de su hermano, heredó de su padre un sincero, aunque mal definido, entusiasmo por la revolución. Y Bakunin y Nechaev pensaron que, tanto el entusiasmo como la fortuna de Natalia podían y debían ser encauzados por el camino de la causa revolucionaria. Como es natural, al enterarse los familiares de la muchacha de tales intenciones se apresuraron a ponerla en guardia,

haciendo todo lo posible por apartarla de las tentaciones de Ginebra. Bakunin, que no sentía respecto a la fortuna de Natalia Herzen más escrúpulos que los que habia sentido con el fondo Bajmatiev, recurrió a los buenos oficios de Ogarev para que consiguiera retener a Natalia en Ginebra, echando pestes contra el «inconsciente e instintivo egoísmo» de los familiares de la muchacha al pretender apartarla de sus sentimientos revolucionarios. Con ocasión de encontrarse en Ginebra a mediados de marzo, a donde habían ido en persecución del fondo Bajmetiev, Bakunin presentó a Nechaev a Natalia Herzen. La impresión que a ella le produjo Nechaev fue ciertamente considerable. Para conseguir el objeto de su ambición, Nechaev contaba con su magnetismo personal, y tanto Bakunin como Ogarev se prestaron —el primero, activa e insistentemente y el segundo pasiva y dócilmente— a secundar tan innoble juego. «Una mujer joven y bonita es siempre útil», repuso Bakunin a la pregunta de Natalia sobre cómo podía servir ella a la causa. El mismo Bakunin le explicó que una mujer podía conseguir mejor que nadie inclinar a ciertos hombres, jóvenes o viejos, hacia la revolución. Tres meses después de esta conversación, y con posterioridad al rompimiento con Nechaev, Bakunin escribió, en términos de desacostumbrada franqueza, a propósito de éste:

> Si usted le presenta a un amigo, su primera acción será la de sembrar la disensión, provocar el escándalo e introducir la intriga entre usted y el amigo de que se trate, y no descansará hasta que haya conseguido hacerles reñir. Y si el amigo de usted tiene mujer o alguna hija, no tardará en tratar de seducirlas y dejarlas encintas, con el diabólico fin de librarlas de la influencia de la moral convencional e implicarlas, aun en contra de ellas mismas, en la protesta revolucionaria contra la sociedad.

Semejante acusación procede, aunque parezca mentira, de un enemigo declarado del orden social existente, y de quien, lo que todavía es más increíble, acababa de hacer lo imposible por convertir a la hija de un viejo amigo en el instrumento de Nechaev. Entonces resulta muy difícil establecer una distinción efectiva entre la falta de escrúpulos morales de Nechaev y la falta de responsabilidad de Bakunin.

Pero por fortuna las intenciones *non sanctas* de Nechaev no llegaron a realizarse. Uno de los descabellados planes que los dos revolucionarios habían fraguado en Locarno era conseguir la nueva puesta en marcha de *The Bell*, y para esto el nombre de Natalia Herzen (ya que con su hermano no se podía contar) contribuiría grandemente al crédito de la publicación periódica. Huelga decir que Nechaev no estaba hecho al trato de muchachas de esmerada educación, es decir, de muchachas protegidas por una moral convencional. La chica, si bien

al principio se mostró algo deslumbrada por las ideas revolucionarias, no tardó en reaccionar, oponiéndose a que su nombre apareciese en la cabecera del periódico. Existe un documento, indudablemente auténtico, que refleja la estrafalaria escena de los tremendos esfuerzos de Nechaev y Bakunin para conseguir que la muchacha jurase incondicional y ciega obediencia a los mandatos del «Comité Revolucionario». Ante las vacilaciones de la joven, Nechaev se puso furioso y la llamó «señorita pazguata», y Bakunin, tratando de calmarlo, repetía «¡Quieto ahí, cachorro de tigre!». Pero si Natalia se mostraba remisa al sometimiento y los demás miembros de la familia Herzen estaban a su lado para protegerla, Ogarev, en cambio, continuaba prestándose dócilmente a secundar las maquinaciones de Nechaev y Bakunin. Con la aparición, el día 2 de abril, del primer número de la nueva época de *The Bell*, Nechaev vio convertida en realidad una de sus mayores ambiciones. En la primera página el periódico insertaba un manifiesto firmado por Ogarev en el que éste hacía pública «entrega» de *The Bell* a su «nueva dirección», y prometía formalmente a sus lectores una colaboración continua. En su nuevo cambio, *The Bell* no pasó de ser una publicación incolora, siendo la decepción de todos. Ni que decir tiene que su breve carrera, pues sólo aparecieron seis números, fue financiada con dinero procedente del fondo Bajmatiev. [14]

* * *

Con la efímera reaparición de *The Bell*, Nechaev llegó a la cumbre de su prestigio y de su triunfo personal. Nada parecía entonces presagiar el inicio de su decadencia. Sin embargo, desde ese momento, sin ninguna razón perceptible, todos los asuntos empezaron a salirle mal. Acababa de llegar a Ginebra un revolucionario ruso llamado Lopatin, compañero que fue de Nechaev en Rusia. Éste fue el primero que había visto actuar a Nechaev en su país y ahora en Suiza, y decidió sacar todo el partido posible de la coincidencia dando a conocer la verdad sobre el asesinato de Ivanov. Afirmó que lo mismo que la evasión de la fortaleza de Pedro y Pablo que la fuga al ser conducido por dos gendarmes a Siberia, no eran sino groseros embustes de Nechaev, y que el Comité Revolucionario Ruso, igual que su vasta organización, nunca había existido fuera del cerebro de su inventor. Aunque no todo el mundo creyó las afirmaciones de Lopatin, bastó la sola duda para que el crédito de Nechaev sufriera un grave quebranto. A esto hay que añadir que, alertadas la diplomacia rusa y la policía suiza, redoblaron sus actividades pesquisitorias. En el mes de mayo de 1870, un joven emigrado ruso, llamado Serebrennikov, fue confundido por la policía con el verdadero Nechaev, y estuvo detenido hasta que se comprobó su

identidad. Nechaev tuvo que ocultarse en Ginebra y en los pueblos circunvecinos, cambiando con frecuencia de alojamiento y sin dejar nunca sus señas a nadie. Natalia Ogarev y Natalia Herzen le tuvieron escondido una semana en sus respectivas casas; pero el encanto ya estaba roto, y no disimularon su impaciencia por verse libres de tan comprometedor huésped en su domicilio. [15]

La aventura suiza de Nechaev finalizó con un violento altercado con Bakunin. En este intrincado desenlace concurrieron diversos factores de índole financiera, psicológica, política e incluso moral. Pero ninguna de las abundantes referencias al episodio Nechaev ofrece una visión clara y coherente de su ruptura. Con todo, todavía resulta posible desenredar los cabos más esenciales.

Dada su posición habitualmente precaria, a Bakunin no le fue nunca fácil emprender una aventura revolucionaria si no se le garantizaba previamente su subsistencia. En el punto en que ahora se hallaba, y después de haberse excedido para procurarle fondos a Nechaev, parece que debía dedicarse a sus propias necesidades, que eran muchas y muy serias. No existe indicio alguno de que se estudiase este punto cuando la conferencia de los dos hombres en Locarno. Sólo sabemos que un mes después de su reunión Bakunin le escribió a Ogarev diciéndole que había logrado «superar la falsa vergüenza, y que había presentado a Nechaev las condiciones *sine qua non* estaba dispuesto a entregarse por entero a la causa». Traducidas en cifras, esas condiciones se reducían a la exigencia de ciento cincuenta francos mensuales si tenía que quedarse en Locarno y doscientos cincuenta si había que trasladarse a Ginebra. Pero Nechaev no era ahora aquel exiliado sin amparo de nadie que apareció en Ginebra el año anterior. Gracias al apoyo de Bakunin, había logrado una posición de cierto tono en los círculos revolucionarios, y gracias, además, al fondo Bajmetiev había conquistado una situación de independencia material. Ya no tenía, pues, necesidad de Bakunin. Conocía hasta el fondo la vanidad y el desamparo del veterano luchador, y creyó que no tenía que esperar ni temer nada de él. Por lo tanto, no tenía por qué pagar un precio por lo que ahora podía conseguirlo gratis. La gratitud era una virtud absolutamente desconocida por Nechaev, y, naturalmente, no hizo ningún caso de las pretensiones de Bakunin. Y éste hubo de pagar en su orgullo muy cara la debilidad. Bakunin era de carácter dominador y poco escrupuloso, pero en el *Boy* halló quien le superaba en los dos aspectos morales.

La reaparición de *The Bell* proporcionó otra humillante prueba de lo poco en que ahora Nechaev tenía a su antiguo protector. Bakunin desde el principio, dio por sentado que él —o él y Ogarev, los sobrevivientes del un día soñado «triunvirato revolucionario»— sería indiscu-

tiblemente el director, o directores, del periódico. Pero Nechaev, una vez conseguido el aval de Ogarev para llevar adelante la aventura, apartó con olímpico desprecio a Bakunin. Quería buscarse él mismo sus propios colaboradores. Y cuando, tras la aparición del primer número, Bakunin escribió al periódico una carta criticando la vaguedad y la ambigüedad de su programa, la carta se publicó en el mismo periódico, precedida de una nota editorial que llegaba a la conclusión de que «sólo los hombres aquejados de un amor propio quisquilloso... pueden apartarse de todo trabajo activo con el pretexto de que no están de acuerdo con uno que otro insignificante detalle». Una vez más Bakunin tuvo que meterse el orgullo en el bolsillo. Y como compensación a esta pérdida de autoridad, se puso a escribir un folleto que tenía por título *Los osos de Berna y el oso de Petersburgo*. Los «osos de Berna» eran las autoridades federales suizas, que habían raptado a los hijos de la princesa Obolenski, y el «oso de Moscú», como se podía esperar, era Alejandro II, bajo cuyo mandato se había cometido dicho desafuero. El motivo, puesto que Bakunin había dejado de interesarse por la princesa, era impedir la repetición de ese atropello en la persona de Nechaev.

Cuando llegó el mes de mayo, Bakunin no pudo resistir por más tiempo la humillación de que venía siendo víctima. Pasó en Berna unos días, durante los cuales presentó a Nechaev lo que él calificó de «ultimátum». Sus necesidades económicas fueron sin duda el móvil esencial de esa decisión. También parece que Bakunin exigió la devolución del periódico *The Bell*, que acababa de terminar su segunda época de seis semanas, a su antiguo propietario Ogarev, quien, en colaboración con Bakunin, pensaba ponerlo nuevamente en marcha. Nechaev, cuya posición era por aquellos días bastante peligrosa, contemporizó con la demanda. No estaba acostumbrado a sentir el cañón de una pistola apoyado sobre su sien, pero no hizo mucho caso de las amenazas; el viejo podía esperar todo el tiempo que él creyera necesario antes de contestar a su ultimátum. Bakunin estaba todavía esperando esa respuesta el día 14 de julio, fecha en que le escribió una carta, en términos bastante patéticos, a Ogarev comunicándole la «inevitabilidad» de un rompimiento con *Boy*. Las deudas le llegaban al cuello, no disponía de un céntimo para seguir subsistiendo y, «debido al ruinoso trato con Liubavin», le era imposible conseguir más traducciones. Mientras, Nechaev, todavía obstinado en no querer aceptar compromiso alguno, le citó para verse en Ginebra. Y a Ginebra fue dócilmente Bakunin.[16]

Dos o tres semanas se detuvo Bakunin en esta ciudad. Y fue durante esa estancia que llegó la ruptura final. Nechaev estaba de un humor de perros. Había exprimido a Ogarev como se exprime un limón y *The Bell* había pasado a mejor vida. Nechaev estaba cansado de sentirse como un animal perseguido, huyendo de la policía suiza, por lo que su decisión de trasladar sus actividades a Londres era evidentemente lógica. Desde este momento lo que aconteció sólo está reflejado en los relatos de Bakunin. Mientras preparó su fuga, Nechaev se apoderó de una serie de cartas y otros papeles de Bakunin, de Ogarev, de Natalia Herzen y de otros compañeros, con el propósito, si llegaba a creerlo necesario, de valerse de ellos para estafarles y desacreditarlos. Al descubrirse su *caballeroso* juego, Nechaev replicó cínicamente: «Éste es nuestro sistema. Consideramos un enemigo nuestro a quien no está 'enteramente' con nosotros, y nuestro deber es engañarle y comprometerle». El verse descubierto no le impidió, sin embargo, llevarse a Londres un baúl lleno de documentos comprometedores. Los días que siguieron a la marcha de Nechaev los pasó Bakunin escribiendo cartas a sus amigos de diversos países y a quienes tiempo atrás les había recomendado a *Boy* como a la niña de sus ojos; ahora les informaba de las fechorías del sujeto. A Ogarev le pidió que le prestase, «sólo por tres semanas», cuatrocientos cincuenta francos —que era todo lo que quedaba del fondo Bajmetiev—, y hacia finales de julio regresó a Locarno.[17]

La desaparición de Nechaev puso fin a este agitado episodio de la vida de Bakunin. A los pocos días de la marcha de Nechaev, Bakunin estaba convencido, y alardeaba de ello ante sus amigos, de que había «destruido» a *Boy* para que no pudiera seguir deshonrando la causa revolucionaria. Tan altisonante explicación habría sido admirable si Bakunin hubiese desaprobado en su día los métodos de Nechaev antes de que otros factores de diversa índole hiciesen inevitable la ruptura y antes de que Nechaev empleara sus métodos contra el mismo Bakunin. Pero la prolongada aquiescencia daba a esta tardía indignación un cariz poco convincente y bastante ridículo. Conviene, no obstante, tener en cuenta que Bakunin era un hombre muy distinto de Nechaev. Él era generoso y humano con sus semejantes, y su crueldad sólo era verbal. Por encima de todo poseía en alto grado esa humana contradicción que consiste en predicar con toda sinceridad lo que uno mismo no es capaz de hacer. Pero pocos contemporáneos comprendieron su complejo y desconcertante carácter, a pesar de que no era difícil encontrar en sus escritos —de antes, durante y después de su debilidad por Nechaev— ingenuas incitaciones al «maquiavelismo» y al «jesuitismo» que luego tan duramente criticaría de su derrocado ídolo. Por eso les fue muy fácil a Marx y a sus partidarios encontrar motivos que identificaban a Bakunin con la amoralidad de Nechaev.

Desde un punto de vista superficial, la consecuencia más importante que el episodio Nechaev tuvo en la vida de Bakunin fue el uso que

sus enemigos hicieron de él Pero independientemente de este resultado, se advierte que el episodio dejó una indeleble cicatriz en el alma de Bakunin. Era la primera vez que en veinte años se abandonaba tan sin reservas a alguien, y sólo a Ogarev podía abrirle el pecho y confesarle la amargura de la traición que había sufrido.

> Nada hay que decir ya —le escribió después de su regreso a Locarno— que hemos sido unos necios. ¡Cómo se habría reído de nosotros Herzen si hubiere vivido, y cuánta razón hubiera tenido al reprendernos! Bueno, ya nada se puede hacer. Sólo tragarse la amarga píldora y aprendernos la lección para el futuro.

Bakunin no perdió el tiempo en vanas lamentaciones. Impertérrito y como si nada hubiera ocurrido, siguió tejiendo la complicada red de intrigas políticas que iba tendiendo sobre media Europa. Sin embargo, durante aquellos días empezó a invadirle cierta lasitud; no fue que dudase de la infalibilidad de su programa, sino que sintió una especie de indiferencia hacia la actitud del mundo que le rodeaba. Y como esa resignación no puede atribuirse a ninguna otra causa sino al peso de los años (Bakunin tenía cincuenta y seis y parecía diez años más viejo), se puede casi afirmar que le nace a raíz de la humillación a que le sometió su antiguo protegido Nechaev.[18]

NOTAS

1. Steklov, *M. A. Bakunin*, III, 418-29.
2. Guillaume, *Internationale*, I, 147; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, p. 343; Ralli, *Minuvshie Gody* (octubre, 1908), pp. 158-9; Steklov, *M. A. Bakunin*, III, 430-40.
3. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, 461-74, 477-88; *Herzen*, ed. Lemke, XXI, 365.
4. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 472-4, 482, 494.
5. *Herzen*, ed. Lemke, XXI, 365, 377-8, 403, 443.
6. *Herzen*, ed. Lemke, XIV, 411-21; XXI, 408-9.
7. Steklov, *M. A. Bakunin*, III, 487-95; Kantor, *V Pogone*, p. 8.
8. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 247, 249; Guillaume, *Internationale*, III, 324-6.
9. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 246-7, 252; *Herzen*, ed. Lemke, XXI, 539.
10. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 248-9, 251, 253, 255; *Guillaume, Internationale*, I, 260.
11. Guillaume, *Internationale*, I, 280; *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov,

p. 257. *Materiali*, ed. Polonsky, III, 258; Steklov, *M. A. Bakunin*, II, 519; *Herzen*, ed. Lemke, XXI, 564.
12. Steklov, *M. A. Bakunin*, III, 496-7.
13. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 263, 535-6.
14. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 262-4, 268, 288; Steklov, *M. A. Bakunin*, III, 507; Rodichev, *Posledniya Novosti*, 13 febrero, 1931.
15. *Arjiv Ogarevich*, ed. Gershenson, pp. 275-7.
16. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 261, 281-2; *Kolokol* (abril-mayo, 1870, reimpreso en facsímil, Moscú, 1933). pp. 4-5; Bakunin, *Œuvres*, II, 13-67; Steklov, *M. A. Bakunin*, III, 534.
17. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 284-90.
18. *Pisma Bakunina*, ed. Dragomanov, pp. 299, 303, 341.

29

EL FRACASO DE LYON

El estallido de la guerra franco-prusiana, el 16 de julio de 1870, coincidió casi exactamente con la marcha de Nechaev, y tan absorto estaba Bakunin en rumiar la humillación y la amargura que le significó su ruptura con *Boy*, que durante más de quince días casi ni se enteró del conflicto que tenía en vilo al mundo. Pero no tardó mucho tiempo en darse cuenta de las posibilidades revolucionarias que la lucha entablada ofrecía. El 11 de agosto escribió a Ogarev que «los acontecimientos le tenían bastante excitado» y que en tres días había escrito nada menos que veintitrés cartas. Pero su actitud era todavía imparcial y objetiva. Saludó con satisfacción «la derrota del fanfarrón francés a manos de la brutalidad científica prusiana» y se regocijó ante el espectáculo de «la buena paliza» que Caliban (Bismark) le estaba arreando a Roberto Macaire (Napoleón). Creía que «otra gran victoria prusiana delante de las murallas de Metz» decidiría la suerte de Napoleón y de «Madame Eugenia», y, para después, deseaba «todos los desastres posibles a los prusianos». En todo caso, la guerra depararía una «espléndida oportunidad» para la realización de sus sueños revolucionarios.

En su carta del 11 de agosto a Ogarev, Bakunin le informaba sobre «el plan que tenía ya preparado». Por otra parte, tenía grandes esperanzas respecto a Italia. A Richard le aseguraba, y parece que sin ningún fundamento, que en Milán ya se había abierto el fuego y que estaban levantando barricadas. Gambuzzi y Fanelli le enviaron desde Nápoles informaciones bastante alentadoras, y Fanelli le visitó en Locarno hacia finales de agosto. Pero por aquellos días la evolución de la situación militar ya había enfriado la jubilosa satisfacción de Bakunin por las continuas victorias prusianas. Su innata simpatía por Francia y su odio natural a los teutones se reafirmaron: se convirtió en un acérri-

mo patriota francés, denunciando la traición del gobierno y exigiendo su dimisión, apoyado en los más puros motivos nacionales.

Acuérdate de las palabras que Danton —le escribió a Richard— pronunció en circunstancias más difíciles que las actuales: «Antes de marchar contra el enemigo de enfrente, es preciso destruir y paralizar al enemigo que se tiene en la retaguardia». Hay que aplastar, pues, a «los prusianos de dentro» para poder marchar seguros y confiados contra los prusianos de fuera.

Con la intención de darla a la publicidad redactó una extensa *Carta a un francés* (el supuesto destinatario era Gaspar Blanc, uno de los camaradas de Richard) en la que sostenía que, habiéndose demostrado la inutilidad del ejército francés, lo único que cabía hacer para salvar a Francia era «un elemental, potente, apasionadamente enérgico, anarquista, destructivo e irreprimible levantamiento de las masas populares en todo el territorio de Francia». [1]

Al suceder un desastre a otro desastre, la impaciencia de Bakunin iba creciendo de punto en las tranquilas orillas lacustres de Locarno. Si él fuera más joven, le escribió lamentándose a Richard, no se contentaría con escribir cartas; estaría entre los combatientes. Más tarde, el día 4 de septiembre, llegó a Locarno la noticia de Sedán. Pero todavía no se enteró Bakunin de que en aquel mismo día se había proclamado la república en París, aunque la captura de Napoleón, agregada a la rendición del ejército francés en campaña, hacía prever el acontecimiento. Ya no era sólo París lo que atraía la atención de Bakunin. La máquina del Estado quedaba totalmente destruida. Sobre sus ruinas había de construirse, pues, no un Estado centralizado, sino la federación libre de municipios, el durante tantos años soñado ideal. La iniciativa había de salir de Lyón y de Marsella, las únicas ciudades francesas en donde aún disponía él de grupos de fieles seguidores. «Si los trabajadores de Lyón y de Marsella no se levantan inmediatamente —escribió a Richard en aquel nefasto día—, el socialismo francés, y por extensión el europeo, pueden darse por desaparecidos.» Bakunin se ponía a su disposición en cuerpo y alma. Dos días después de escribir esa carta tomó la gran decisión.

Mis amigos los socialistas revolucionarios de Lyón —le escribió a Adolfo Vogt— reclaman mi presencia en aquella ciudad. He tomado la decisión de plantarme con mis viejos huesos en Lyón para representar allí el que va a ser probablemente mi último papel de revolucionario activo. Ahora bien, como de costumbre, no tengo un céntimo. ¿Puedes tú, no diré prestarme, sino darme quinientos, o cuatrocientos, o trescientos, o doscientos, o siquiera cien francos para el viaje? Si puedes, sé que me los darás, y si no puedes, qué le vamos a hacer...

Es de presumir que la respuesta fuera hasta cierto punto positiva, porque el día 9 de septiembre Bakunin salía de Locarno para Berna, camino de Neuchâtel, Ginebra y Lyón. Pero en el momento de bajar en Lucerna de la diligencia (todavía no se había abierto el túnel del San Gotardo y no existía ferrocarril para la Suiza italiana) tuvo un inesperado encuentro. La índole de ese encuentro merece, para que sea convenientemente explicado, los honores de una digresión. [2]

* * *

A raíz de la fuga de Nechaev a finales de 1869, la famosa «tercera división» destacó al más eficaz de sus agentes secretos en Suiza para que tratase de descubrir el paradero del evadido. El agente en cuestión se llamaba Carlos Arved Roman, y llevaba ya bastante tiempo viviendo en Ginebra, conociéndosele por el nombre de Román Postnikov y pasando por un coronel retirado que simpatizaba con la revolución. Así consiguió, y sin mucha dificultad, ganarse la amistad del amable y confiado Ogarev. No había tenido todavía ocasión de conocer personalmente a Bakunin, pero las habladurías estaban a la orden del día en Ginebra, y Román Postnikov hilvanó el siguiente informe, que dirigió a sus superiores:

A Bakunin no le queda mucho tiempo de vida. Se halla en un avanzado estado de hidropesía, la cual ha alcanzado ya su cerebro. Por aquí se dice que principalmente a consecuencia de su insufrible mal genio y de su incapacidad por satisfacer sus pasiones sexuales, se ha convertido en un animal salvaje.

En Ginebra no había nadie que supiese el paradero de Nechaev, pues cambiaba con frecuencia de sitio y nunca dio su dirección ni a los más íntimos de sus amigos. La investigación y la búsqueda de Postnikov seguía todavía su curso cuando, a principios de abril de 1870, apareció Bakunin en Ginebra, procedente de Locarno. El 11 del mismo mes Postnikov tuvo ocasión de conocerle y ser presentado a él en casa de Ogarev. En Ginebra corría el rumor de que Nechaev estaba escondido en el alojamiento de Bakunin, y al día siguiente Postnikov, con el pretexto de visitar a Bakunin en su humilde pensión, «para presentarle sus respetos» trató de ver si daba con el rastro de Nechaev. En ese aspecto, la visita fue infructuosa. Era evidente que el astuto aventurero no estaba allí. Pero Postnikov salió muy impresionado de la entrevista con Bakunin. Como tantos otros, había sucumbido al embrujo del hirsuto y desdentado veterano. Y en los siguientes informes del polizonte no hay la menor alusión a la incapacidad y a la decadencia física de Bakunin, el cual le impresionó más que ninguna de las personalidades

que fue conociendo entre los revolucionarios rusos refugiados en Ginebra. En potencia, Bakunin no sólo era la mejor fuente de información respecto a Nechaev, sino que, desde el punto de vista de un agente de la «tercera división», merecía la atención más completa y esmerada.

La impresión no fue unilateral. Bakunin no fue insensible a los modos insinuantes ni al ingenuo entusiasmo revolucionario de su visitante. De ahí que al volver en julio de 1870 a Ginebra, se apresuró a visitar al «bravo coronel». Eran en el tiempo en que se estaba desarrollando el altercado Bakunin-Nechaev. Con la defección de éste, Bakunin perdió el único contacto que le mantenía unido a Rusia. Postnikov parecía la persona más indicada, por sus excelentes dotes, para llenar este vacío. Además, y esto era muy importante, aunque fuese un ardiente revolucionario, se le ignoraba todavía en Rusia, por lo que podía pasar libremente la frontera las veces que fuera necesario. Postnikov parecía enviado por la providencia. Bakunin le expuso su opinión de que aquélla era la ocasión más propicia para lanzar una nueva publicación mensual en ruso —su título podría ser *El Socialista* o *La Comuna Rusa*—; publicación que vendría a ocupar el sitio que *The Bell* había dejado vacante. Ogarev colaboraría indudablemente en la empresa. Lo único que se necesitaba era que alguien que pudiera entrar en Rusia les trajese a su regreso una información auténtica sobre las actividades de los revolucionarios del interior. Y el coronel retirado Postnikov era el hombre más indicado para encargarse de esa misión. Al exponerle el plan, al principio se mostró vacilante, y Bakunin y Ogarev tuvieron que redoblar los esfuerzos persuasivos para convencerle de la necesidad de aceptar el honroso encargo. La amigable discusión contribuyó todavía a acrecentar más la intimidad entre ellos, hasta el punto de que después de una semana pocos secretos le quedaban a Bakunin por descubrir a su nuevo aliado. Además de recoger información, Bakunin le propuso al bravo coronel otra misión, todavía más delicada, en Rusia. ¿Estaría dispuesto Postnikov a visitar a la familia que quedaba en Premujino, entregarle un mensaje de Bakunin y al mismo tiempo tratar de arrancar a sus hermanos la parte que de la herencia paterna le correspondía? Pero Postnikov no acababa de decidirse, y a finales del mes Bakunin emprendió el regreso a Locarno.[3]

La causa de la indecisión de Postnikov era muy sencilla. Postnikov quería encargarse de la misión que con tanta insistencia se le encomendaba, pero antes tenía que telegrafiar a San Petersburgo solicitando el correspondiente permiso y los fondos necesarios. Esto sería, como apuntó a sus jefes, una excelente oportunidad para presentarles un informe verbal y recibir nuevas instrucciones. Cuando al fin llegó la autorización, Ogarev telegrafió a Locarno las jubilosas nuevas de la

inminente partida de Postnikov para Rusia. Bakunin envió a Ogarev, para que la entregase al viajero, una de aquellas descarnadas y ásperas cartas que en los últimos años de su vida escribió de vez en cuando a sus hermanos y a Tatiana; cartas que aún hoy producen en quien las lee una aguda tristeza al compararlas con las enternecedoras exaltaciones de los dorados días de Premujino. En la vejez, Miguel no apelaba ya a «nuestra antigua amistad que habéis matado», sino simplemente a «vuestro sentido de la justicia, del honor y de la honradez», y «pedía el pago inmediato de su parte legítima de la herencia».

> Mi fe en vuestro amor fraterno estuvo luchando durante mucho tiempo contra los hechos más evidentes. Y he conservado esta fe hasta la estupidez. Al final, vosotros la habéis matado. Acorralado por la cruel necesidad, os escribí un montón de cartas, y me consta que llegaron a vuestro poder. Al principio solíais contestar con ambiguos argumentos y con turbias razones, cuya conclusión era que + 1 = —1. Y ya en estos últimos años me habéis contestado con un sistemático silencio. El silencio es el mejor medio de quitarse de encima a alguien que vive muy lejos y que, además, se ve reducido a la impotencia por su situación política. A veces el silencio es indicio del amor propio que se siente lesionado, pero cuando al silencio va unida la retención de algo que pertenece a otro, entonces hay que buscar otra interpretación a ese mutismo.

Luego sigue otro pasaje que no deja de provocar en quien lo lea una desmayada sonrisa, porque Miguel, inconscientemente, regresa a aquellos días de treinta y cinco años atrás, cuando predicaba a sus hermanas, que le adoraban, la verdadera fe hegeliana.

> Yo lo atribuyo todo principalmente a vuestros estudios filosóficos. La metafísica ha matado hasta la raíz vuestra personalidad vital, vuestros sencillos afectos y vuestro sentido de la justicia, vuestro franco sentimiento de la equidad. Estáis tan absortos en la contemplación de vuestro yo absoluto que no os queda tiempo para pensar en las necesidades temporales ni en las privaciones de un hombre al que un día llamasteis vuestro amigo y vuestro hermano.

La última frase del pasaje transcrito es lo que más se acerca a una prueba de sentimiento. Toda la carta conserva hasta la última línea el carácter de una misiva comercial, redactada en términos fríamente formularios. El nombre de Premujino, que antes fue música que hacía vibrar las fibras más recónditas del corazón de Miguel, ahora sólo significaba unas hectáreas de terreno que había que vender para procurarse los medios con que hacer frente a su existencia material. ¿Pensó Tatiana, al leer esa carta, en la última vez que vio a Miguel atravesando la inmensidad nevada y conducido hacia Siberia, o en cuando, en los días

todavía más lejanos, vivían juntos su espléndida, apasionada y vehemente juventud? ¿La leyó con la misma frialdad y la ausencia de emoción con que la escribió Miguel? [4]

Una vez llegó Postnikov a San Petersburgo, y con la debida aquiescencia de sus jefes, hizo en seguida la convenida visita a Premujino. Lamentablemente, no existe ningún escrito que haga referencia a lo ocurrido en la entrevista, pero lo cierto es que Postnikov consiguió lo que él llamaría «el arreglo del problema de Bakunin con sus hermanos», y se trajo, además, setenta rublos para Miguel, una cantidad que por su insignificancia más hace pensar en una forzada acción caritativa que en el reconocimiento de un derecho. Es verdad que con ese envío llegaba la promesa —mejor dicho, la esperanza— de otro envío, pero tres meses después todavía no había llegado nada de lo que se esperaba. Retrocediendo ahora a los primeros días de septiembre de 1870, vemos que Postnikov se decidió a aceptar la insistente invitación que Bakunin le había dirigido seis semanas antes para que fuera a verle a Locarno. Al llegar, pues, a Lucerna y esperando (por cierto que sin el menor placer ni la menor impaciencia) la hora de emprender el viaje de ocho horas en diligencia hasta el Paso del San Gotardo, he aquí que apareció Bakunin apeándose de un carruaje frente al hotel, y, soltando las dos maletas que llevaba, se arrojó en los brazos de Postnikov y le besó tres veces en las mejillas. Fue allí, y por medio de un agente de la policía secreta, donde Bakunin recibió los primeros saludos de sus hermanos después de casi diez años de no saber nada de ellos. Postnikov, una vez hallada la persona a quien iba a visitar, no tenía más que volverse a su casa, y siguió hasta Berna con Bakunin. Como los fondos de la «tercera división» le permitían darse este lujo, lo hizo en primera clase, y su compañero sacó billete de segunda; quizá esta diferencia de clase fue lo que despertó en Bakunin la idea de aprovechar la ocasión para obtener un préstamo. Así, pues, ni corto ni perezoso le pidió que le prestase doscientos cincuenta rublos, añadiendo, en un acceso de sinceridad, que «a fuer de hombre honrado» no podía prometerle devolvérselos en un plazo fijo, pero que se los devolvería tan pronto como pudiese. Postnikov esquivó el golpe. No estaba seguro de si este concepto podía incluirse en las cuentas que se debían presentar a la «tercera división». Mientras se paseaban por el andén de una de las estancias del trayecto, Bakunin insistió en su solicitud, y Postnikov no tuvo más remedio que acceder, pero como no llevaba suficiente dinero encima, prometió que tan pronto llegase a Ginebra le entregaría a Ogarev la cantidad pedida para que se la mandase a Bakunin. [5]

Bakunin se despidió de Postnikov en Berna, y después de la acostumbrada visita a los Vogt y a los Reichel, fue a reunirse con Guillaume en Neuchâtel. Como disponía de suficiente dinero, se hospedó en el

Gran Hotel du Luc; donde, en la noche del 11 al 12 de septiembre, tuvo una larga discusión con Guillaume acerca de la publicación de la *Carta a un francés*. Guillaume había recibido hasta seis entregas (que sumaban un total de unas treinta mil palabras) de este interesante documento. Las primeras ya resultaban anticuadas ante la marcha de los acontecimientos, y las últimas estaban llenas de redundancias y de incoherencias. Bakunin optó por dejar aquel mazo de papeles en las manos de Guillaume para que, ya que él era incapaz de revisar los originales y no tenía la necesaria paciencia para corregir detalles, los repasara y los ordenase debidamente. Además, le dejó cincuenta francos para el coste de la impresión, y al día siguiente salió para Ginebra. Guillaume seleccionó los materiales que consideró más adecuados, los ordenó en seis secciones distintas, precedida cada una de un proemio de su propia cosecha, y las publicó con el título corregido de *Cartas a un francés*. Los manuscritos originales se conservan todavía, y se advierte que al revisarlos Guillaume suprimió intencionadamente todos los pasajes en que Bakunin invocaba las «malas pasiones» y la «anarquía popular..., que, cual embravecida avalancha, lo devora y destruye todo, lo mismo a sus enemigos que a los prusianos». Bakunin, editado por Guillaume, por lo menos se liberó del lastre de Nechaev, que sus adversarios tanto se desvivían por descubrir en sus escritos.

Bakunin siguió en Ginebra el tiempo suficiente para celebrar otra entrevista con su amigo Postnikov. Y el 14 de septiembre de 1870, acompañado de Ozerov, súbdito ruso, y del joven polaco Lankiewicz, reanudó el viaje. Al día siguiente estaba en Lyón. [6]

* * *

En Lyón la desorientación era completa. A la caída de Napoleón, fue proclamada la república, y un comité de salvación tomó posesión del Ayuntamiento. Su título —Comité de Salvación Pública— era verdaderamente altisonante y trascendía al tradicional espíritu de la revolución, pero su composición política era bastante heterogénea, y no se veía muy claro qué era lo que se proponía salvar. Algunos hablaban de salvar la revolución, mientras otros pretendían formar una «unión sagrada» de todos los partidos con el fin de evitar que Francia cayese en manos de Bismarck. El primer acto de este comité fue enviar tres delegados —Alberto Richard era uno de ellos— a París, con la misión de entablar negociaciones con el flamante gobierno republicano que presidía Gambetta y con el que no existían relaciones bien definidas. Finalmente, precisamente el mismo día de la llegada de Bakunin, se celebraron elecciones municipales, y el efímero y un poco ridículo

Comité de Salvación Pública presentó su dimisión a favor del recién elegido Consejo municipal.

Bakunin estaba nuevamente en sus glorias. Por primera vez, después de veinte años de relativa tranquilidad, volvía a probar el embriagante vino de la revolución. La situación era bastante parecida a la que afrontó en mayo del 49 en Dresde. Un levantamiento popular espontáneo había colocado al gobierno radical burgués al mando de la nave del país, y los radicales, medio asustados ante una revolución que había puesto el poder en sus manos, apenas si sabían qué hacer con él. Bakunin, un gigante entre pigmeos, se puso al frente de la situación. Como estaba ausente Richard, se alojó en casa de Palix, cuyo domicilio se convirtió en el cuartel general de aquella febril actividad. Censurando a la agrupación local de la Alianza por la prontitud con que había arrinconado sus principios revolucionarios y se había asociado con los simples radicales, Bakunin decidió crear un nuevo organismo revolucionario, denominándolo, con singular impropiedad, Comité para la Salvación de Francia. El sábado 17 de septiembre tuvo lugar una asamblea pública en la que se procedió a la investidura del comité. Sus miembros fueron, además del propio Bakunin, Ozerov y Lankiewicz, Palix, Blanc y Richard (que había regresado aquel mismo día de París), Bastelica (recién llegado de Marsella) y unos cuantos franceses más. Bakunin vivía en pleno éxtasis.

> Hay aquí tantas cosas que hacer —escribió a Ogarev— que mi cabeza es un torbellino. Esto no es todavía la revolución, pero pronto lo será. Se está haciendo y preparando todo lo que hay que hacer y preparar para dar paso a la verdadera revolución. Soy partidario del todo o nada, y espero un inmediato triunfo.[7]

Pero los entusiásticos preparativos de Bakunin no tardaron en provocar inesperadas diferencias de criterio y de temperamento en el seno del comité. Para los franceses, hombres de ideas claras y bien definidas, era muy difícil adaptarse a los métodos y a los fines de Bakunin, pues conocían muy bien el vigoroso individualismo del obrero y del campesino franceses. Entre ellos había muy pocos anarquistas (incluso el fiel Palix no compartía la fe de Bakunin en la natural bondad del «pueblo»), y algunos no tenían nada de revolucionarios. Tampoco comprendían ni aprobaban la aspiración de Bakunin de incitar las «malas pasiones», y cuando uno de los nuevos compañeros de Bakunin replicó airadamente que no conseguirían nada «hasta que superasen sus prejuicios contra el fuego, el veneno y la daga», la declaración fue totalmente rechazada por «demasiado calmuca». La tendencia general era no proceder de forma extremista. Por otro lado, Bakunin, que al prin-

cipio había reprochado a la Alianza el haberse asociado con los radicales, introdujo una nueva complicación al empeñarse en conseguir el apoyo de Andrieux, un radical que acababa de ser nombrado *procureur* de Lyón por el gobierno de Gambetta, y el del general Cluseret, aventurero cuyas convicciones revolucionarias (pese a que se había afiliado a la Internacional) estaban notoriamente al servicio de su ambición personal. Tales contactos no hicieron más que sembrar el desconcierto entre los amigos de Bakunin y tuvieron la virtud de proporcionar nuevas pruebas de su habitual carencia de discriminación en la elección de medios. [8]

Mientras tanto, las masas, exasperadas por la humillación de la derrota y por la inefectividad del gobierno, estaban más maduras para la revolución que sus dirigentes. El sábado siguiente, 24 de septiembre, fueron aprobadas en una asamblea pública ciertas resoluciones exigiendo varias reformas, como la imposición de nuevos tributos a los ricos y el nombramiento de oficiales del ejército por medio de elecciones libres. Animado por esta manifestación de fervor popular, Bakunin impuso a sus vacilantes colegas la publicación de una larga proclama que incluía sus más caras ideas. En nombre de los «Comités Federados para la Salvación de Francia» (el comité original se había multiplicado en el cerebro de Bakunin), la proclama enunciaba los siguientes principios:

1. El aparato administrativo y gubernamental del Estado queda abolido, toda vez que es impotente e inoperante. El pueblo francés reasume, por tanto, la plena posesión de sus destinos.
2. Quedan en suspenso todos los tribunales civiles y criminales, siendo sustituidos por la justicia del pueblo.
3. Queda igualmente suspendido todo pago de contribuciones y de hipotecas. Las contribuciones son reemplazadas por las aportaciones de las comunas federadas, aportaciones sufragadas por las clases ricas proporcionalmente a las necesidades de la seguridad de Francia.
4. Habiendo dejado de existir, el Estado no puede intervenir en el pago de las deudas privadas.
5. Quedan extinguidas todas las organizaciones municipales existentes, siendo reemplazadas en todas las comunas federadas por Comités para la Salvación de Francia, los cuales dispondrán de plenos poderes, sujetos a la supervisión del pueblo.
6. Cada uno de los Comités existentes en las capitales de los Departamentos mandarán dos delegados a la Convención Revolucionaria para la Salvación de Francia.
7. La Convención se reunirá inmediatamente en el Ayuntamiento de Lyón por ser la segunda ciudad de Francia y ocupar una posición estratégica para la eventual defensa del país. Esa Convención, apoyada por todo el pueblo, salvará a Francia.

La proclama que acabamos de transcribir, que terminaba con el llamamiento de «¡¡¡A LAS ARMAS!!!» e iba suscrita por una veintena de firmas (entre las cuales había las de Bakunin, Richard y Palix), fue leída ante un exaltado auditorio congregado en una nueva asamblea, celebrada el día 26 de septiembre, y a la mañana siguiente fue fijada en todos los lugares visibles de la ciudad.[9]

Ahora Bakunin estaba convencido de que la hora de la acción estaba cerca. Ante esa perspectiva, escribió apresuradamente a Postnikov rogándole que pidiera prestados quinientos rublos a Tchorzewski para los pequeños gastos que originaba la revolución. «O moriremos —afirmó para dorar la píldora— o devolveremos el dinero muy pronto.» A la carta le siguió un telegrama en el que *Antonie* pedía a su hermana *Julie* que fuera en seguida a Lyón y llevase las *vistas de Suiza*. De acuerdo con este sencillo código, «Antonie» era Bakunin y «Julie» era Postnikov, y las «vistas de Suiza» no eran sino las *Cartas a un francés* de Bakunin, recién salidas de las prensas de Guillaume. Entretanto, Bakunin había ya propuesto al comité la detención, durante la noche, «de nuestros principales enemigos». En el estado de confusión e intranquilidad reinantes, un golpe bien planeado pudiera haber tenido un fácil éxito, pero sus amigos franceses, si bien habían firmado, arrastrados por su tempestuosa energía, la proclama, ante la propuesta de pasar de las palabras a los hechos, nuevamente se echaron para atrás, y el motín en que al fin desembocaron obedeció a una provocación de distinta procedencia.

El fenecido Comité de Salvación Pública, en un momento de entusiasmo se dejó arrastrar por el efímero precedente de 1848 y transformó las factorías locales en Talleres Nacionales. El Consejo municipal recibió del Comité esta herencia, pero se encontró con que el experimento era una sangría para sus limitados recursos, y eligió el momento más inadecuado para reducir el salario, en los talleres, de tres francos diarios a dos y medio. Semejante acción estaba bien calculada para provocar la indignación incluso de los que no tenían ningún interés en la revolución, y en consecuencia, se planeó una manifestación ante el Ayuntamiento para el 28 de septiembre. En la víspera se reunió el Comité para la Salvación de Francia con objeto de estudiar la situación. En esa reunión, Bakunin pidió que se hiciera un llamamiento general a las armas. Estaba seguro de que en cuanto las masas se hubieran lanzado a la calle y hubiese comenzado la lucha, las fuerzas armadas se pasarían a los rebeldes, y hasta había ideado un medio para narcotizar a los guardias nacionales más recalcitrantes. Sus colegas estaban en un aprieto. Era verdad que ellos habían firmado la proclama que todavía estaba pegada en las paredes y que terminaba con el grito de «¡¡¡A LAS ARMAS!!!», pero aquello era un mero alarde retórico que a nadie

comprometía. Bakunin perdió, naturalmente, la votación, y el comité sólo se comprometió a participar en la manifestación.[10]

Muy avanzada la mañana del día siguiente, una multitud de varios millares de personas se congregó en la plaza del Ayuntamiento. Los consejeros municipales prudentemente habían atendido compromisos exteriores, y ninguno de ellos se hallaba en aquellos momentos en el edificio. Al saberse esto, algunos centenares de manifestantes, incluido Bakunin y otros miembros del Comité para la Salvación de Francia, penetraron por la fuerza en la sede municipal, y un elemento del Comité anunció desde el balcón a la multitud que al Consejo municipal se le conminaría a aceptar la proclama del 26 de septiembre o a dimitir. El curso ulterior de los acontecimientos aparece envuelto en la oscuridad y la confusión propias de los motines populares desorganizados. Una compañía de guardias nacionales se presentó en el lugar de la escena y penetró en el Ayuntamiento con el propósito de detener o expulsar a los intrusos. La muchedumbre irrumpió detrás de ellos en el interior del edificio y los desarmó, con lo cual el Comité, con gran sorpresa por su parte, se encontró una vez más con el poder en sus manos. Inmediatamente éste se constituyó en una especie de gobierno provisional, y empezó a deliberar y a publicar decretos. El único que dio muestras de tener algún sentido de la realidad más allá de la sala del consejo fue —si nos creemos su propio relato— Bakunin. Poniendo a contribución su ingenio de siempre, propuso que el prefecto, el alcalde y el general al mando de las tropas fuesen detenidos. Pero lo que no estaba muy claro era con qué fuerza se contaba para esas detenciones, máxime cuando, en lo que al general Cluseret se refería, nadie sabía por dónde andaba —más adelante se supo que había pactado con el otro bando—. A la caída de la tarde empezaron a converger en la plaza del Ayuntamiento compañías de la guardia nacional, y poco después los miembros del Comité, asomándose a las ventanas de la sala del consejo, se vieron rodeados, no por sus delirantes partidarios, sino por los fusiles *chassepot* de la Guardia. Y cuando el depuesto Consejo municipal, recobrando valor, estaba dispuesto a volver al Ayuntamiento para ocupar de nuevo su puesto, el Comité se había ya ignominiosamente dispersado y la revolución del 28 de septiembre había pasado a mejor vida.

Pero Bakunin todavía tenía que vivir una pequeña aventura. Más temerario que sus colegas, o quizá menos interesado que ellos en salvar su piel, se hallaba aún en el edificio cuando el alcalde, custodiado por sus guardaespaldas, entró en el Ayuntamiento. Fue, pues, aprehendido y encerrado en un sótano, en donde se le trató sin miramiento alguno y se le quitó el dinero que llevaba encima: ciento sesenta y cinco francos. Después de haber sido víctima, a manos de los «brutales y cobardes

burgueses», de semejante ultraje, nadie se acordó de él, y una hora después pudo rescatarle Ozerov, ayudado de un puñado de camaradas. Pasó aquella noche, y buena parte del día siguiente, escondido. Y tan efectivo resultó su escondite, que Postnikov —que acababa de llegar para sus pasos y se había traído trescientos ejemplares de las *Cartas a un francés*— no consiguió encontrar a su «amigo» y tuvo que regresar a Ginebra sin haber podido cumplir su misión. En la noche del 28 de septiembre Bakunin tomó furtivamente el tren para Marsella. Después se dijo que Andrieux, al firmar su orden de detención, había dado instrucciones secretas para que no le encontrasen, lo cual explica la facilidad con que pudo escapar. El episodio no está plenamente confirmado, pero sí está de acuerdo con el espíritu de aquella anémica revolución. El descontento contra el gobierno era bastante real, pero los buenos lioneses no se sentían inclinados a las cosas de la guerra, y Bakunin, con toda su energía y su elocuencia, no fue capaz de animarles a derramar una gota de sangre. [11]

* * *

Bakunin vivió durante tres semanas escondido en casa de Bastelica. Como estaba sin un céntimo, se vio obligado a vender lo único que le quedaba: el revólver. Escribió a Bellerio, un refugiado político italiano que residía con su hijo Emilio en Locarno, suplicándole que atendiese a las necesidades de Antonia, y dirigió dos cartas a Postnikov. En una le rogaba que contribuyese tanto como le fuese posible a la «causa común»; en la otra le incluía una nota que debía retransmitir, «con toda clase de precauciones», a sus hermanos; aunque esa nota haya desaparecido, casi podemos asegurar que también trataba de conseguir dinero. La nota fue debidamente enviada por Roman a sus jefes, los cuales la retransmitieron a sus destinatarios. Esa peripecia le hizo gracia al oficinista de la «tercera división», quien se creyó obligado a apostillar, riéndose entre dientes, el expediente de Bakunin con la siguiente nota:

> El viejo revolucionario no se imagina que la «tercera división» está emocionada y dispuesta a retransmitir sus cartas a sus hermanos con tal de que no se olvide de franquearlas.

Unos cuantos días de descanso en Marsella fueron suficientes para que Bakunin recuperase su inveterado optimismo. Las causas del fracaso del 28 de septiembre las atribuyó a la «traición» de Clauseret y a la «cobardía» de Richard. Solamente hacía falta un nuevo y más decidido esfuerzo para encender la revolución en Lyón. Lankiewicz, el polaco que había acompañado o seguido a Bakunin hasta Marsella, se ofreció voluntariamente para volver a Lyón y espiar sobre el terreno. Lankiewicz era un joven con mucho entusiasmo y poca experiencia, y nada sabía de los riesgos a que se exponían los agentes de Bakunin. Llevó consigo una carta de Bakunin para Blanc y Palix, además de uno de los famosos códigos, el cual no sólo contenía los nombres de los principales colaboradores de Bakunin, sino que incluía «expresiones tan comprometedoras como asesinato, pillaje e incendio». Lankiewicz fue detenido, encontrándole aquellos preciosos documentos; Blanc también fue detenido; Palix no lo fue por hallarse enfermo, y otros amigos de Bakunin estuvieron expuestos a que se les detuviese de un momento a otro. Las secciones de la Internacional y de la Alianza, quebrantadas ya por los acontecimientos del 28 de septiembre, desaparecieron del todo. [12]

Fue el golpe de gracia. Era peligroso para Bakunin continuar viviendo en Marsella. Las autoridades locales se mostraban complacientes, pero el gobierno central, con sede en Tours, reforzado por la evasión de Gambetta de la sitiada capital, se estaba preparando para asestar un golpe a los socialistas, y cuando supo Bakunin que su viejo enemigo Mieroslawski formaba parte del *entourage* de Gambetta, comprendió que estaba a punto de desencadenarse una nueva persecución contra él. Con la consiguiente alarma, se enteró de que la prensa burguesa de Francia le estaba denunciando como agente de Prusia. Pensó trasladarse a Barcelona para ver a sus partidarios españoles, pero algún prudente consejo o, sencillamente, la carencia de fondos le hicieron desistir de su propósito. Sus amigos de Marsella se las arreglaron para conseguir por medio de una colecta cien francos para que pudiese regresar a su casa. Había por aquel entonces un servicio regular de buques entre Marsella y Génova; un capitán simpatizante se encargó de llevarlo y un servicial funcionario del puerto lo hizo embarcar de matute. Extremando las precauciones, se rapó su espesa melena y se afeitó la barba, se puso unos lentes, y consiguió un falso pasaporte suizo. Así disfrazado, abandonó por última vez las costas francesas, el 24 de octubre de 1870. [13]

Antes de finalizar el mes estaba en Locarno, sumido en la mayor de las desesperaciones.

> Por más que trato de convencerme de lo contrario —había escrito la víspera de su salida de Marsella—, creo que Francia está perdida, vendida a los prusianos por la ineptitud, la cobardía y la codicia de la burguesía. El militarismo y la burocracia, la arrogancia aristocrática y el jesuitismo protestante de los prusianos, en afectuosa alianza con el *knut* (látigo) de mi amado soberano y dueño y señor, el Emperador de todas las Rusias, acabarán por triunfar sobre el continente de Europa

por nadie sabe cuantos decenios. Y adiós, entonces, a todas nuestras esperanzas de una cercana liberación.

En aquellos días empezó la redacción de un folleto (publicado el siguiente mes de abril con el título *El Imperio knuto-germánico y la Revolución Social*) en el que atribuía las desventuras de Francia a la diabólica alianza del imperialismo prusiano y el ruso, dando rienda suelta a sus prejuicios antiteutónicos y entregándose a un violento ataque contra el «persistente y crónico servilismo de la burguesía alemana». Pero, por primera vez en su vida, le abandonó su innata confianza, y sintió la sensación de que estaba empeñado en una batalla de antemano perdida, en unas condiciones terriblemente desiguales. Se sentía casi solo en un mundo hostil y reaccionario. Si moría Ogarev, él sería «el último mohicano de una generación difunta». Su situación económica contribuyó sin duda a esta depresión. En diciembre de 1870 se hallaba una vez más sometido a la humillación de escribir desesperadas cartas a sus amigos pidiéndoles dinero. [14]

En enero de 1871 se despidió para siempre de uno de sus más fieles amigos: el coronel retirado Postnikov. Habiendo fracasado en el intento de hallar a Nechaev, Roman fue llamado por sus jefes para que se reintegrase a San Petersburgo. Bakunin fue a Berna para despedirle. Postnikov, que no le había visto desde el mes de julio, se asombró al verle tan desmejorado. Su salud la había minado la derrota de Lyón y las penalidades de su fuga. Su respiración era fatigosa, se quejaba de fuertes dolores en las piernas, pues las tenía hinchadas, y comía y bebía muy poco. No obstante, se había recuperado moralmente, y, tratando de olvidarse de Francia, habló con entusiasmo del hundimiento del Imperio austriaco, su sueño de los últimos treinta años, y de la guerra general europea, que haría posible la propaganda incluso en la misma Rusia. La guerra, creía él, era inminente, y le rogó encarecidamente a Postnikov que al llegar a Rusia estudiase la manera de llevar a cabo una campaña de propaganda en la región del Volga y de los Urales, lugares que él juzgaba muy prometedores para esa empresa. Invitó a Postnikov a que fuera a visitar a sus hermanos en Premujino, y finalmente le pidió un último préstamo de sesenta francos. Los dos hombres se abrazaron y se despidieron; Postnikov con la seguridad, y Bakunin quizá con la sospecha, de que ya no volverían a encontrarse nunca. Bakunin lloraba como un chiquillo. Ni él ni Ogarev llegaron a sospechar jamás la verdadera identidad y la profesión del agente de la «tercera división» a quien tanto habían festejado. [15]

Los sesenta francos llegaron escasamente a cubrir las más apremiantes necesidades de Bakunin. En el mismo mes de enero había empezado a llevar un dietario de sus entradas y salidas, salpicado con fragmentos

de informaciones ocasionales. Los asientos correspondientes al mes de enero constituyen un registro bastante elocuente de las circunstancias domésticas de Bakunin por aquellos días:

2 de enero: bolsa vacía. Dí a Antonia 5 fr. 3: sin dinero. Pedí prestados 45 fr. a María (María Orazio, una amistad local). 5: di a Antonia 20 fr. 9: dí a Antonia 3 fr. 11: sin dinero. 13: sin dinero. 14. Pedí 40 fr. a María. 16: recibí 200 fr. de Gambuzzi. 18: pagué 60 fr. al carnicero y 17 fr. a (indescifrable). 19: pagué 30 fr. al panadero. Quedan 67 fr. 21: quedan 53 fr. 70 cents. 24: quedan 20 fr. 25: sin té. 28: Carta a Mme-Franzoni; contestación probablemente mañana. ¿Qué contestación? ¿Nada? ¿200? ¿300? ¿400? 29: Recibí 300 fr. de Mme. Franzoni. París se ha rendido el 28. Bourbaki entró en Suiza. Pagué 25 fr. a Nina (la mujer de la limpieza) (saldo vencido 1 feb.: 20 fr.), 40 fr. a María (saldo vencido 4 feb.: 208 fr.), 55 fr. a Bettoli (saldo vencido: 25 fr.) para leña 41 fr. 50 cents; Quedan 88 fr.

A este prosaico catálogo de penuria queremos añadir una carta de Antonia Bakunin correspondiente a este mismo período:

Miguel está desalentadísimo. Suele decirme «¿Qué puedo yo hacer? Soy demasiado viejo para empezar a ganarme el pan de cada día. No me queda mucho tiempo de vida». La cuestión económica le tiene tan deprimido que está perdiendo todas las energías y su fuerza moral, y ello después de sacrificar su vida a la causa de la libertad y de la humanidad, sin pensar nunca en sí mismo. Sus hermanos han permanecido siempre criminalmente indiferentes y pasivos; Miguel aún espera poder obligar a sus hermanos a que le entreguen su parte de la finca.

En febrero las cosas no habían mejorado. A mediados de marzo, Bakunin registró minuciosamente en su dietario que le quedaban «noventa céntimos en el bolsillo». Pidió prestados ciento diez francos a su posadera, y se fue a Florencia para reunirse con Luguinin, un amigo ruso que se hallaba viajando por Italia. La visita duró quince días, y Bakunin regresó a Locarno «encantado de Luguinin». En abril, Gambuzzi, más quizá por Antonia y los niños que por Miguel, concedió un nuevo «préstamo» de mil francos. Por aquellos mismos días la familia de Antonia empezó a pasarle una pensión mensual de cincuenta rublos, y esos inesperados ingresos hicieron del verano de 1871 un oasis de relativa abundancia en la última época de la vida de Bakunin. [16]

NOTAS

1. *Pisma Bakunina,* ed. Dragomanov, p. 300; Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, 22-3; *Materiali,* ed. Polonsky, III, 271-2, 276; Bakunin, *Œuvres,* II, 81-134.
2. *Materiali,* ed. Polonsky, III, 276, 278; Guillaume *Internationale,* II, 90.
3. Kantor, *V Pogone,* pp. 50, 55, 59-60.
4. Kantor, *V Pogone,* pp. 62-6.
5. Kantor, *V Pogone,* pp. 67-71, 83.
6. Guillaume, *Internationale,* II, 90; Bakunin, *Œuvres,* II, 81-134, 135-266; IV, 7-12.
7. Guillaume, *Internationale,* II, 90-92; *Pisma Bakunina,* ed. Dragomanov, pp. 304-5; Richard, *Revue de Paris* (1 sept., 1896), p. 147.
8. Richard, *Revue de Paris* (1 septiembre, 1896), pp. 147-53.
9. Guillaume, *Internationale,* II, 93-5.
10. Kantor, *V Pogone,* pp. 74-5; *Pisma Bakunina,* ed. Dragomanov, p. 305; Guillaume, *Internationale,* II, 95-6; Richard, *Revue de Paris* (1 sept., 1896), p. 155.
11. Guillaume, *Internationale,* II, 96-9, 108-9; Richard, *Revue de Paris* (1 sept., 1896), pp. 156-7; Kantor, *V Pogone,* p. 76; Virubov, *Vestnik Evropy* (febrero, 1913), p. 58.
12. Guillaume, *Internationale,* II, 98-9, 108-10, 114; Kantor, *V Pogone,* pp. 78-9; *Pisma Bakunina,* ed. Dragomanov, p. 313; Richard, *Revue de Paris* (1 sept., 1896), p. 159.
13. Guillaume, *Internationale,* II, 111-15; *Materiali,* ed. Polonsky, III, 281; *Pisma Bakunina,* ed. Dragomanov, p. 313; Marx-Engels, *Sochineniya,* XXVI 78.
14. Guillaume, *Internationale,* II, 112; Bakunin, *Œuvres,* II, 287-455; Kantor, *V Pogone,* pp. 83-4.
15. Kantor, *V Pogone,* pp. 86-7.
16. Guillaume, *Internationale,* II, 132-3 146; *Pisma Bakunina,* ed. Dragomanov, p. 318.

30

LAS FUERZAS DE LA ALIANZA

Los dramáticos episodios de Nechaev y de la guerra franco-prusiana habían desviado la atención de Bakunin del problema esencial: la lucha entablada entre él y Marx por el dominio de la Internacional. La guerra entre los dos se inició en el Congreso de Basilea, celebrado en el otoño de 1869. Desde entonces, con frecuentes interrupciones y con la carencia de sistema que caracterizaba todas sus actividades, Bakunin había estado trabajando para socavar la posición dominante de Marx en la Internacional. Igualmente desde aquella fecha pero, de manera más sistemática aunque no menos intermitente, puesto que tenía otras preocupaciones, Marx también trazó planes y estratagemas para conseguir la destrucción de su rival en el Congreso de la Haya, reunido en 1872. Después de su malograda expedición a Francia en el otoño de 1870, Bakunin vivió por espacio de dieciocho meses, exceptuando una breve visita a Italia, en Locarno. Durante este tiempo completó la organización (si en algo se parecía a una organización) del grupo antimarxista dentro de la Internacional, y elaboró (hasta donde fue capaz de una sistemática elaboración) la doctrina anarquista que contrapuso al comunismo autoritario de Marx.

La división entre Marx y Bakunin, entre el Consejo general de la Internacional y la Alianza se fue convirtiendo gradualmente en una división entre Inglaterra y Alemania —países en los que Bakunin nunca consiguió tener partidarios— de un lado y los países latinos —en los que la influencia de Marx era escasa o nula— del otro, con Suiza dividida en dos campos, el de Marx y el de Bakunin. En Suiza se abrió la primera brecha, ya antes del estallido de la guerra franco-prusiana, por lo que a la hora de pasar revista a las fuerzas bakuninistas de Francia, Italia y España, debemos dar la preferencia a Suiza.

Quien primero forzó la máquina en la organización suiza de la Internacional fue el viejo enemigo de Bakunin, Nicolás Utin, quien fijó su residencia en Ginebra cuando Miguel se fue de esta ciudad en el otoño de 1869. La marcha de Bakunin a Locarno produjo un hondo desaliento en el movimiento obrero de Ginebra. Antes de partir cedió el liderato de la Alianza a Perron, cuya fe se había entibiado bastante, y a Robin, un joven exiliado político francés que había encontrado trabajo en el taller de Perron. Por temperamento y por tradición, los dos estaban más cerca de la derecha que de la izquierda del movimiento obrero, y no tardaron mucho en poner los asuntos de la Alianza en manos del hijo de la amiga de Ogarev, de Enrique Sutherland, «un joven —como dijo con indignación Bakunin— que casi no es capaz de pensar ni sabe escribir», por lo que los efectivos de la organización llegaron a ser casi puramente nominales. Las otras secciones locales de la Internacional se enfrascaron en continuas controversias (que llenaban las columnas de *Égalité*) alrededor de cuestiones de política intestina. La personalidad dominante de Bakunin había dejado un vacío. Utin, con su habitual confianza en sí mismo, presentó su candidatura a la sucesión. Durante los últimos meses de 1869, y apoyado por los encantos y la bolsa de Olga Levashov, se hizo rápidamente indispensable. Aprovechaba todas las ocasiones para hablar de los defectos de Bakunin: sus intrigas, sus métodos dictatoriales, su falta de escrúpulos en relación con el dinero...; y era escuchado con gran complacencia por sus muchos oyentes. En enero de 1870, y gracias a una combinación de habilidad y suerte, se convirtió en el director efectivo (sus otros dos directores fueron un cero a la izquierda) de *Égalité*. En marzo intervino en una asamblea de la Alianza, a pesar de no estar afiliado a ella, y propuso determinadas enmiendas a los estatutos, los cuales, con el apoyo de Becker, fueron aprobadas. Algunos días más tarde fundó en Ginebra la primera sección rusa de la Internacional, y escribió al «venerable Dr. Marx» invitándole a aceptar el cargo de «secretario de la sección rusa» de la Internacional. Con el fin de captarse las simpatías de Marx, Utin insinuó en su escrito que entre las tareas de la nueva sección figuraría la de combatir el paneslavismo y «desenmascarar públicamente a Bakunin». [1]

Desde el Congreso de Basilea, Marx había perdido todo contacto con Bakunin, cuyo paradero ignoraba. Le había atribuido, sin razón alguna, ciertas críticas que aparecieron durante el invierno en *Égalité*, y hasta enero de 1870 no se enteró de que Bakunin vivía retirado en Locarno. Y como estaba predispuesto a escuchar todo lo que fuera en detrimento de su rival, acogió con satisfacción los acontecimientos previstos por Utin. Aceptó con agrado la invitación a ostentar el cargo representativo que se le ofrecía. Marx no se fiaba de ningún ruso, y al contestar a

Utin le indicó que «estimaba conveniente no pronunciar una sola palabra cerca de Bakunin». Pero esto no le impidió sacar sus propias conclusiones. Unos días más tarde dirigió una «circular confidencial» a las secciones alemanas de la Internacional (cuya prevención contra los rusos era segura) en la que hacía una despiadada disección de las recientes actividades de Bakunin. En el último párrafo Marx comunicaba la formación de la sección rusa por Utin, y concluía con esta nota de no disimulada satisfacción: «Así, el juego de este peligrosísimo intrigante pronto será desbaratado, al menos dentro del marco de la Internacional». [2]

Utin se afanó en justificar la confianza que en él había depositado Marx. En abril de 1870 la Federación romanche —integrada por la unión de todas las secciones de la Internacional ubicadas en la Suiza de habla francesa— celebró su congreso anual en la pequeña ciudad de La Chaux-de-Fonds, en el Jura. El punto más litigioso que figuraba en el orden del día era la solicitud de ingreso de la sección ginebrina de la Alianza en la Federación. Utin, apoyado por las demás secciones de Ginebra, propuso que la discusión de la solicitud fuera aplazada *sine die*. La cuestión era claramente personal. Utin, después de procurarse una plataforma y una audiencia, procedió a lanzar una enconada diatriba contra el ausente Bakunin. La acusación se apoyaba fundamentalmente en las proclamas publicadas por Bakunin el verano anterior, en colaboración con Nechaev. Utin, a pesar de no estar permitido a los miembros no rusos de la Internacional, conocía perfectamente el contenido de esas proclamas, y estaba decidido a aprovecharse al máximo de su ventaja. En los folletos de referencia —aseguró a sus oyentes—, Bakunin había «proclamado que en sus llamadas actividades revolucionarias no había sitio para la buena fe, ni para la ley, ni para la justicia, ni para la moralidad, y que, para él, como para los jesuitas, todos los medios eran buenos con tal de que fueran utilizados contra sus enemigos». Otro de los oradores señaló que la Alianza preconizaba el ateísmo y la abolición de la familia. En el ambiente calvinista que impregnaba todas las instituciones de Ginebra, esas acusaciones habían de sonar, naturalmente, a algo muy fuerte.

En el Congreso no se entabló, alrededor del punto que nos ocupa, un debate a fondo. Guillaume, que se levantó para defender a su maestro, por no conocer el tenor de las publicaciones de Nechaev no estaba en condiciones de impugnar, como improcedentes y fuera de propósito, aquellas acusaciones. No obstante, la falta de argumentos sólidos se vio compensada por la vehemencia de sus sentimientos, y cuando la cuestión de la admisión de la Alianza en la Federación fue aprobada por veintiún votos contra dieciocho, los genoveses, que constituían la minoría, se negaron a aceptar el resultado y se retiraron del Congreso.

Pero la mayoría tropezó con un infortunado e imprevisto contratiempo. El propietario del local donde se celebraba el Congreso era precisamente uno de los miembros de la minoría, y por consiguiente la mayoría se veía en el trance de tener que buscar otro local donde proseguir las tareas del Congreso, mientras que los genoveses continuaron reuniéndose en la misma sala, e intentaron, fundándose en esto precisamente, que sus oponentes apareciesen como secesionistas y ellos como los elementos constitutivos del legítimo Congreso. Ambos congresos siguieron reunidos, adoptando, cada uno por su parte, decisiones en nombre de la Federación romanche y también recabando cada uno del Consejo general el respaldo de su derecho. Esos procedimientos llegaron a tomar un cariz grotesco. Sin embargo, el Congreso de La Chaux-de-Fonds tuvo cierta transcendencia. Fue, como reconoció Bakunin, «el heraldo de la batalla que tendremos que librar en el próximo Congreso general de la Internacional». Y mientras llegaba esa hora, envió a Marx, con intención que tenía algo de reto, unos cuantos ejemplares de los primeros cinco números del *Bell* de Nechaev. [3]

Utin no se durmió a la hora de sacarle el mayor partido posible a su ventaja. El 16 de abril, diez días después de la clausura del Congreso de La Chaux-de-Fonds, propuso que fueran expulsados de la sección central ginebrina de la Internacional los miembros que también lo fueron de la Alianza; es decir, Bakunin, Zhukovski, Perron y Enrique Sutherland. Bakunin, preocupado por el asunto Nechaev, no se interesó mucho en esos trámites, y no contestó a la primera citación para que compareciese ante el comité de la seccórı central. Y contestó a la segunda de las citaciones replicando que se le informara por escrito de las acusaciones presentadas contra él y que se le dieran los nombres de sus acusadores. Pero ya era demasiado tarde. Utin había puesto en marcha la máquina, y a principios del mes de agosto fue pronunciada la sentencia de expulsión, por contumacia, de los cuatro recalcitrantes. [4]

Entre tanto, la división en el seno de la Federación romanche y la apelación al Consejo general habían obligado a Marx a poner las cartas boca arriba. La situación era, pues, embarazosa, porque, como reconoció de mala gana Engels, los bakuninistas tenían «formalmente» razón. No obstante, era inútil pensar que el Consejo general vindicaría, apoyándose solamente en una cuestón técnica, a los desleales bakuninistas contra el leal Utin y los igualmente leales (aunque, si había que decir la verdad, decididamente burgueses) representantes de Ginebra. Carlos Marx estuvo a la altura de las circunstancias. El 28 de junio, tras un aplazamiento de casi dos meses, el Consejo general resolvió que la mayoría conseguida por los bakuninistas en el Congreso de La Chaux-de-Fonds era «solamente nominal»; que, habiendo el comité de la Federa-

ción romanche establecido en Ginebra realizado siempre correctamente sus funciones, el Consejo general «no tenía ningún derecho a desposeerlo de su título»», y por lo tanto la organización creada por la mayoría en La Chaux-de-Fonds debía adoptar otro nombre cualquiera. Después de todo, la mayoría había salido bien parada, puesto que no hubo excomuniones. Se le permitió mantener su afiliación a la Internacional y su organización local, a condición de que cediera el disputado título de «Federación romanche» a la minoría de sus compatriotas. Las cosas no podían quedar así. Los dos bandos sabían que habría que librar la batalla sin rodeos hasta llegar a un resultado más decisivo. Quince días después de darse a conocer la resolución del Consejo general, el estallido de la guerra franco-prusiana impuso una tregua. Pero era indiscutible que de entonces en adelante la Internacional estaría profundamente dividida en Suiza. Las secciones del Jura se convirtieron en fervientes partidarias de Bakunin y de los principios de la Alianza. Las secciones de Ginebra, bajo el liderato de Utin, siguieron a Marx y al Consejo general.[5]

* * *

Ya desde sus inicios, la Internacional contó en Francia con una considerable masa de adheridos, principalmente en París. El grupo francés se consideraba discípulo de Proudhon, preconizaba la abstención de toda agitación política (precaución por demás prudente en la Francia de Napoleón III) y se mostraba, en general, opuesto a la política y a la doctrina de Marx. Pero Bakunin, que no volvió a París después del año 1864, no mantenía relaciones con aquel grupo. Los franceses a quienes él dio ingreso en la Alianza en el otoño de 1868 eran los mismos que firmaron, juntamente con él la declaración de la minoría en el Congreso de Berna —Eliseo Reclus (a quien pronto se le había de unir su hermano Elías), Arístides Rey y Alberto Richard—. Rey y los hermanos Reclus, que eran radicales burgueses más bien que revolucionarios, se separaron de él unos meses más tarde, cuando la disolución de la Hermandad Internacional. Alberto Richard siguió siendo su leal partidario durante más de dos años, y Lyón fue a lo largo de cierto tiempo el centro del movimiento bakuninista de Francia.

Durante el año 1869 Richard visitó con frecuencia a Bakunin en Ginebra, siendo presentado por éste a Nechaev, lo que era una muestra de afecto. Con miras a la correspondencia, se le facilitó uno de los famosos códigos de Bakunin, que luego cayó en manos de la policía y fue utilizado como prueba para justificar la persecución de la Internacional en Francia. En marzo de 1870 las secciones francesas de la Internacional celebraron su congreso en Lyón. Bakunin no pudo asistir perso-

nalmente, pero mandó una proclama al Congreso en la que preconizaba la abstención de toda política burguesa y propugnaba una «dictadura colectiva de todos los revolucionarios». Durante el verano de 1870 Bakunin se sintió plenamente optimista respecto a la próxima revolución en Francia. En ninguna otra parte eran las perspectivas de la Alianza tan brillantes como en este país. [6]

El desastre de la guerra y el fracaso de la intervención del propio Bakunin en Lyón fueron la causa de que su confianza en el inmediato porvenir se convirtiese en un sentimiento de desesperación. La insurrección de la Comuna de París, que estalló en marzo de 1871, no fue suficiente para vencer esa melancolía. Varlin, obrero francés a quien Bakunin conoció en el Congreso de Basilea y con el que mantenía correspondencia, era uno de los miembros de la Comuna. Malon fue alcalde de distrito y Reclus director de la Biblioteca Nacional. Pero Bakunin nunca pretendió que la Comuna debiera nada a la doctrina ni a la organización de la Alianza, y con inusitado pesimismo predijo desde el principio su fracaso. En Francia la Comuna llevó hasta las últimas consecuencias la influencia de la Alianza, y su nombre se cubrió de oprobio por la actuación de Richard y de Blanc, quienes, después de visitar al exemperador, exiliado en Chislehurst, admitieron los subsidios que les ofreció, y, no satisfechos con ello, todavía publicaron un folleto incitando a la clase obrera para que repusiera en el trono al emperador. Sin embargo, las ideas de Bakunin hallaron en Francia un campo más abonado que las de Marx. Los refugiados de la Comuna eran casi todos antimarxistas. Por medio de los *communards* exiliados en Londres, Bakunin consiguió por vez primera un inesperado apoyo en Inglaterra. En Ginebra, Malon, quien con varios otros refugiados se había incorporado a la sección central ginebrina de la Internacional, tuvo una violenta disputa con Utin, lo que determinó su reconciliación con Bakunin. Los delegados franceses que votaron por el bando de Marx en el Congreso de La Haya no pudieron descubrir sus nombres temerosos de la persecución de la policía, por lo que la autenticidad de sus credenciales fue objeto de serias dudas. [47]

En Italia los éxitos de los bakuninistas fueron más destacados. La rama de la Alianza de Nápoles, fundada en el otoño de 1868 por Gambuzzi y que había designado a Bakunin como delegado al Congreso de Basilea, fue uno de los grupos más activos entre todos sus partidarios, y varios italianos, entre ellos Gambuzzi y Fanelli, se afiliaron también a la sección ginebrina de la Alianza. El traslado de Bakunin a Locarno le puso una vez más en contacto directo con Italia. En la primavera de 1870 visitó Milán con objeto de verse con Gambuzzi (el motivo esencial fue sin duda una discusión sobre cuestiones de economía), y aprovecho la ocasión para inducir a un grupo de radicales italianos a fundar

en aquella ciudad una sección de la Internacional. Sus esperanzas de que estallaría una revolución en Italia a consecuencia de la guerra franco-prusiana pronto las perdió. No obstante, cuando en marzo de 1871 se trasladó a Florencia para entrevistarse con Luguinin, sus amigos italianos organizaron una reunión, en el curso de la cual él redactó otro de sus famosos «programas». En aquellos días había en Italia dos o tres grupos que se autodenominaban secciones de la Internacional, aunque es muy dudoso que ninguno de ellos estuviera verdaderamente afiliado a ella ni que reconociera al Consejo general. [8]

La insurrección de la Comuna de París, que estalló en la víspera del viaje de Bakunin a Florencia, tuvo una considerable influencia en predicamento de éste entre sus partidarios de Italia. Durante su residencia en esa ciudad antes de 1867, se separó de Mazzini al rechazar los ideales más caros a éste: la religión y el nacionalismo. Hasta ahora, sin embargo, los dos hombres se habían abstenido de combatirse mutuamente, y en cierta ocasión Mazzini visitó a Bakunin en Locarno. La Comuna les obligó a definirse. Mazzini, viendo lograda la unidad de Italia, fue perdiendo en los últimos años el espíritu revolucionario, y en su periódico, *Roma del Popolo*, censuró acremente a la Comuna, tachándola de movimiento antinacional y antirreligioso. En julio de 1871 hizo extensiva su arremetida a la Internacional, poniendo en guardia a los obreros italianos contra esta institución inmoral y atea, que había estado al lado de la Comuna.

Esto Bakunin ya no pudo tolerarlo. Se impuso el deber de salir en defensa de la Comuna y de la Internacional. A tal efecto, publicó en un periódico de Milán *Réplica de un internacionalista a Giuseppe Mazzini*. En ese artículo Bakunin agradecía la acusación de materialismo y ateísmo de que había sido objeto la Internacional por parte de Mazzini.

¿Dónde pudimos encontrar el otro día a los materialistas y a los ateos? En la Comuna de París. ¿Dónde estaban los idealistas, los creyentes en Dios? En la Asamblea Nacional de Versalles. ¿Qué es lo que querían los hombres de París? La emancipación de la clase trabajadora, y por lo tanto la emancipación de la humanidad. ¿Y qué quiere ahora la triunfante Asamblea de Varsalles? La degradación de la humanidad bajo el doble yugo del poder espiritual y temporal...

En los momentos en que la heroica población de París, más noble entonces que nunca, sufría la muerte de millares de ciudadanos, sin excluir a las mujeres y a los niños, por defender la más humana, la más justa, la más sublime de la causas que ha conocido la Historia —la emancipación de los trabajadores del mundo entero—; en los momentos en que la detestable coalición de todas las formas de la inmunda reacción estaba acumulando sobre sus cabezas las calumnias que sólo la ilimitada

infamia puede inventar, Mazzini, el grande, el inmaculado, el demócrata Mazzini, volviendo la espalda a la causa del proletariado y acordándose sólo de su misión de profeta y de hierofante, empieza a lanzar contra esos hombres sus insultos.

Metido ya en la refriega, Bakunin iba cobrando energías a medida que proseguía el combate. Luego de ese artículo, empezó una larga disertación sobre el mismo tema, el cual, contra su costumbre, consiguió terminar, y lo publicó a finales del mismo año Guillaume con el título *La teología política de Mazzini y la Internacional.* Entretanto, varios socialistas italianos hostiles a Mazzini habían visitado en Locarno a este nuevo y denodado campeón para trazar con su consejo los planes para una nueva ofensiva. Organizado por los mazzinistas, en el mes de noviembre de 1871 se reunió en Roma un congreso de trabajadores. Para que se distribuyese entre los delegados de ese congreso, Bakunin escribió e hizo imprimir una *Circular a mis amigos italianos*, y cuando se puso a votación una moción aprobando los principios de Mazzini, tres delegados declararon que eran «contrarios a los intereses de la clase trabajadora y a la causa de la humanidad», retirándose acto seguido del congreso. Uno de esos delegados era un joven muy sensato y acomodado llamado Cafiero. Había estado hacía poco en Londres, donde fue recibido por Marx y Engels, quienes vieron en él a un auténtico luchador por la causa. Pero ahora la elocuencia de Bakunin, a pesar de que era la primera vez que le veía, lo conquistó totalmente, convirtiéndose en su ardiente discípulo.[9]

De este modo se inició la guerra entre Mazzini y Bakunin por el control del movimiento obrero italiano, y desde este momento empezó una correspondencia regular entre Locarno y los socialistas italianos de izquierda. Los mazzinistas se apuntaron un tanto con la publicación en italiano de un extracto de las memorias póstumas de Herzen, en las cuales aparecía moderadamente puesto en ridículo el papel de Bakunin en la insurrección polaca de 1863. Pero esta momentánea ventaja fue anulada por el éxito que obtuvieron en Italia las vibrantes declaraciones de Garibaldi, hechas después del Congreso de Roma, presentando a la Internacional como «el sol del futuro». En diciembre de 1871 se fundó en Bolonia una nueva sociedad, «el Fascio obrero», que pronto contó con grupos de *fascios* en las ciudades más importantes de Italia. La relación de los *fascios* con la Internacional era bastante confusa, incluso para sus miembros. En enero de 1872 Bakunin, que pretendía cargar sobre las espaldas de Marx la responsabilidad de la escisión, instigó a sus amigos italianos a que se afiliaran a la Internacional, que reconocieran la autoridad del Consejo general y evitasen entablar polémica directa con Marx desde su prensa. Pero llegó la primavera y el

Fascio todavía estaba discutiendo sobre si debía aceptar la autoridad del Consejo general, la de la Federación del Jura o si sería mejor continuar siendo autónomo. Esas cuestiones de organización no se comprendían en Italia ni tampoco se les daba mayor importancia. Parece que no se hacía casi distinción entre la Internacional y la Alianza, y el programa de esta última sólo era conocido por unos pocos amigos íntimos de Bakunin, a quienes él había concedido personalmente su ingreso cuando le visitaron en Locarno. La fidelidad de los obreros italianos tenía una significación puramente personal. Al morir Mazzini en marzo de 1872, Miguel Bakunin, al que casi ninguno de ellos conocía personalmente, se convirtió en el oráculo del proletariado italiano. Su influencia alcanzó su punto más elevado en el curso del verano anterior al Congreso de La Haya. [10]

En Italia, como en España, los bakuninistas fueron los pioneros de la Internacional. El italiano Fanelli, por indicación de Bakunin, fundó en Madrid y en Barcelona en el otoño de 1868, las primeras agrupaciones de la Internacional. El reproche que más tarde Bakunin dirigió a Fanelli arguyendo que había «confundido la Internacional con la Alianza», y que a causa de ello había «fundado la Internacional dotándola del programa de la Alianza», parece que carece de fundamento, pues de haberse constituido esas agrupaciones con el carácter de secciones de la Alianza, habrían perdido tal carácter y se habrían transformado en secciones de la Internacional cuando en el verano de 1869 dejó de existir la Alianza. En realidad, la situación regular se nos aparece mucho menos confusa en España que en cualquier otro país. Las agrupaciones españolas —que habían proliferado lo suficiente como para constituirse, en junio de 1870, en Federación— estaban plenamente reconocidas como secciones de la Internacional, y a esto hay que añadir que los dos delegados españoles asistentes al Congreso de Basilea, Sentinón y Pellicer, no sólo fueron enrolados por Bakunin en la sección ginebrina de la Alianza, sino que también les inició en su Alianza secreta. No conociendo Sentinón y Pellicer a Bakunin más que superficialmente, se tomaron esta medio mítica organización mucho más en serio que la mayoría de los iniciados pertenecientes a ella, y, a su regreso a Barcelona, fundaron una Alianza socialdemócrata secreta, integrada por miembros de la Internacional seleccionados y cuyos estatutos eran muy similares a los que redactó el propio Bakunin. Hasta nosotros han llegado los nombres de catorce de los miembros pertenecientes al grupo de Barcelona. En todas las demás agrupaciones españolas de la Internacional existían grupos secretos análogos a aquél. A lo largo de los años 1870 y 1871, Bakunin mantuvo un continua correspondencia con Sentinón y Pellicer y con otros miembros de la

Alianza en España. Así las cosas, a principios del año 1872 Marx decidió tomar las oportunas contramedidas.[11]

* * *

En páginas anteriores hemos conferido al término «Alianza» el mismo vago e indefinido significado que le daba el propio Bakunin. Parece que éste por aquellos años lo aplicó indistintamente a la Alianza socialdemócrata pública, disuelta en 1869, que a la sección ginebrina de la Alianza que sobrevivió a aquella disolución y a las nuevas sociedades secretas que había venido presidiendo desde el año 1864. La existencia y las atribuciones de la Alianza fueron los puntos sobre los cuales giró la discrepancia con Marx respecto a esta desconcertante organización.

La cuestión del nombre no constituye sino uno de los elementos del confusionismo en que aparecen envueltos todos los asuntos relativos a la Alianza. En Nápoles, Bakunin había fundado una Hermandad Internacional secreta. Años después, a veces se refirió, al emplear el término «Alianza», no sólo a esta Hermandad Internacional, sino a la Hermandad Italiana anteriormente fundada por él en Florencia. En 1867 Bakunin se llevó esta última organización secreta, aunque cambió a la mayoría de su personal, a Ginebra, donde continuó existiendo hasta principios de 1869. Entre tanto, Bakunin había fundado, cuando la secesión de la Liga de la Paz y la Libertad en el otoño de 1868, la «Alianza Social-Demócrata», que con el tiempo había de actuar dentro del marco de la Internacional. Al principio había pensado hacer de esta Alianza un organismo secreto, pero luego, ante la insistencia de sus partidarios, accedió a darle un carácter público y abierto. No obstante esta concesión a la opinión de los demás, Bakunin continuó iniciando a sus íntimos (incluyendo a Perron, cuya historia hemos ya relatado) en una organización secreta a la que se refería indiferentemente como a «la Alianza» y como a «la Hermandad». Este proceso no fue interrumpido por la desaparición de la vieja Hermandad Internacional a principios de 1869; y la única conclusión que podemos sacar es que la organización para la que Bakunin estaba reclutando afiliados después de aquellos días era la Alianza secreta que él había accedido a abandonar por deferencia a sus amigos, pero que seguía existiendo todavía en su imaginación. La Alianza pública fue disuelta, por presión del Consejo general, en julio de 1869. En lo sucesivo, la única organización conocida públicamente por «Alianza Social-Demócrata» fue la moribunda sección ginebrina que siguió ostentando este nombre. Pero cuando Bakunin hablaba o escribía, lo que hacía constantemente, de «la Alianza», no pensaba en la sección ginebrina, sino

en la Alianza secreta de sus sueños. Y continuó invitando a sus amigos, a veces hasta a los extraños, a incorporarse a ella; compuso estatutos y elaboró programas, y, no escarmentado por sus peripecias de Londres, siguió distribuyendo entre los iniciados códigos para la correspondencia. El código que remitió a Alberto Richard fue uno de tantos. Y varios borradores de programas, con ligeras variantes, y de acuerdo con su humor del momento, todavía se conservan hoy para aturdimiento de la posteridad.

La cuestión de la existencia de la Alianza secreta dividió y desconcertó al Congreso de La Haya, y ha tenido divididos a los posteriores comentadores, muchos de los cuales se han contentado con emitir dogmáticas contestaciones inspiradas por el color de sus opiniones políticas. En verdad, esa cuestión no puede ser contestada con una afirmación absoluta ni con una absoluta negativa. El testimonio del propio Bakunin es significativamente contradictorio. «Sentado en mi rincón, voy tejiendo tranquilamente mi tela de araña.» Pero el hilo era tan fino que a veces ni él mismo podía distinguirlo. Igual les decía a sus partidarios españoles que «nuestra querida Alianza está extendiéndose por todas partes» de Italia que declaraba, en el curso de su controversia con Marx y el Consejo general, que la Alianza secreta «nunca había existido fuera de la imaginación de esas gentes». Esta última afirmación era, desde luego, falsa. La Alianza secreta existía en la imaginación de Bakunin y en la de los amigos que tomaban en serio todo lo que él decía o escribía, y como sea que sus amigos españoles pertenecían a esta categoría, existía en España una organización de este tipo. Pero, fuera de España, no puede decirse que la Alianza secreta tuviera una existencia objetiva.

> Bakunin escribe a Morago —observó Guillaume muchos años más tarde a propósito de una de las cartas de Bakunin a sus amigos españoles— tratándole de Hermano Internacional (cosa que en realidad no era), y, dando rienda suelta a su imaginación, pinta el cuadro de una organización que sólo existía en su cerebro y en la que se deleitaba en soñar: una quimera formada por las nubes de humo de su cigarrillo.[12]

El testimonio de Guillaume, hombre vulgar, sin imaginación y honrado, es decisivo. En los tiempos en que aún existía la Alianza pública, Guillaume fundó en Le Locle un grupo secreto de «hombres avanzados» dentro de la Internacional. Desde 1869 hasta 1872 fue uno de los más entusiastas admiradores y más íntimos colaboradores de Bakunin, y más de una vez encontramos referencias a su persona, algunas de Bakunin, que nos lo presentan como a uno de los dirigentes de la presunta Alianza secreta. Sin embargo, Guillaume, lo mismo en el Congreso de La Haya que después de este acontecimiento, negó cate-

góricamente la existencia de esa organización. Y desde su punto de vista tenía razón, pues no existía acta de fundación de ninguna Alianza secreta. No había ninguna lista de afiliados, ni reglamento alguno, ni programa (los numerosos borradores fueron todos redactados bajo la exclusiva responsabilidad de Bakunin), ni funcionarios, ni cotización, y ni siquiera se celebraban reuniones regulares. Por lo tanto, una asociación política carente de esas características tenía necesariamente que ser un mito.[13]

En una palabra, la Alianza secreta pertenecía esencialmente a aquel mundo de embustes en el que Bakunin vivió la mayor parte de los últimos años de su vida. Pero, ¿qué papel atribuyó, en su imaginación, a esa entidad? ¿Cuál fue el objetivo de una Alianza secreta agazapada dentro del edificio de la Internacional? Bakunin jamás olvidó la conclusión que sacó de la peripecia de 1848. Sólo con la agitación pública no era posible derrocar el orden existente. El terreno debía ser simultáneamente socavado por la conspiración. Con la promoción de la solidaridad de la clase trabajadora —como escribió Bakunin a sus partidarios españoles en la primavera de 1872—, la Internacional había prestado un inmenso servicio a la causa de la revolución social, pero ésta «no era una organización capaz de organizar y dirigir la revolución». El fin último de la Alianza era «ofrecer a la Internacional una organización revolucionaria». La Internacional había de proporcionar el ejército de la revolución. Y la Alianza había de constituir el Estado Mayor de ese ejército. El propio Bakunin, como él mismo confesó en cierta ocasión a Postnikov, era «una especie de Gobernador general».

Este contraste entre el papel asignado a la Internacional considerada en bloque y el atribuido a la Alianza en particular, explica la contradicción y la inconsecuencia de que a menudo se ha tachado a Bakunin. Él exigía la más absoluta libertad del individuo dentro de la Internacional, y acusaba de despotismo a Marx y al Consejo general, quienes pretendían «convertir la Internacional en una especie de Estado monstruosamente gigantesco, sujeto a un único criterio oficial representado por una fuerte autoridad centralizada». Manifestaba que «no había que buscar la unidad, la fuerza y la significación de la Internacional en la cumbre, sino en la base; no en el Consejo general, convertido en gobierno, sino en la federación autónoma y voluntaria de todas las secciones». Ahora bien, esos principios no eran aplicables en absoluto a la selecta y secreta Alianza, cuyos miembros estaban investidos de la condición de «invisibles pilotos en la tempestad de la cólera popular». La revolución tenía que ser dirigida, «no por ningún poder visible, sino por una dictadura colectiva de todos los miembros de la Alianza». A este fin, los miembros de la Alianza estaban obligados

a someter su libertad personal a una disciplina tan rígida como la de los jesuitas (Bakunin recurre más de una vez a esta comparación), cuya fuerza estriba en el olvido del individuo frente a la voluntad colectiva, en la organización y en la actividad. Para Bakunin no existía ninguna clase de incompatibilidad entre la exigencia de las formas orgánicas más relajadas dentro de la Internacional y la más rígida de las disciplinas en las filas de la Alianza. No se le ocurrió pensar que Marx y el Consejo general podían considerarse igualmente autorizados a irrogarse las funciones de un Estado Mayor y a ejercer una «dictadura colectiva» sobre las fuerzas de la revolución.[14]

NOTAS

1. Guillaume, *Internationale,* I, 225-9, 279, 287-8, 298; *Pisma Bakunina,* ed. Dragomanov, pp. 245-6; Bakunin, *Œuvres,* VI, 245-9, 275.
2. Guillaume, *Internationale,* I, 292-8; Marx-Engels, *Sochineniya,* XXIV, 241, 275, 310; XXVI, 37.
3. Guillaume, *Internationale,* II, 3-11; *Materiali,* ed. Polonsky, III, 264; Marx-Engels, *Sochineniya,* XXIV, 332.
4. Guillaume, *Internationale,* II, 19, 75-6.
5. Guillaume, *Internationale,* II, 55-6; Marx-Engels, *Sochineniya,* XXIV, página 323.
6. Guillaume, *Internationale,* I, 244-5; Richard, *Revue de Paris* (septiembre, 1896), pp. 139-43.
7. Guillaume, *Internationale,* II, 248, 256-7; *Pisma Bakunina,* ed. Dragomanov, pp. 318, 323; Marx-Engels, *Sochineniya,* XXVI, 166-7.
8. Guillaume, *Internationale,* II, 59; Nettlau, *Grünbergs Archiv,* II, 302-3.
9. Guillaume, *Internationale,* II, 227, 247; Bakunin, *Œuvres,* VI, 109-28, 305-422.
10. Guillaume, *Internationale,* II, 268-90; *Materiali,* ed. Polonsky, III, 312, 345, 580.
11. Guillaume, *Internationale,* II, 54, 270-71; Bakunin, *Œuvres,* VI, 203.
12. Guillaume, *Internationale,* I, 76-7.
13. Kantor, *V Pogone,* p. 83; *Materiali,* ed. Polonsky, III, 371-2; Bakunin, *Œuvres,* VI, 202; Nettlau, *Grünbergs Archiv,* IV, 289; Guillaume, *Internationale,* II, 12-13.
14. Steklov, *M. A. Bakunin,* III, 100-102, 105; Kantor, *V Pogone,* p. 55; *Materiali,* ed. Polonsky, III, 259, 268.

31

MARX FRENTE A BAKUNIN

La tregua impuesta por la guerra franco-prusiana a la lucha entre marxistas y bakuninistas en el seno de la Internacional duró más de seis meses. En marzo de 1871 se reanudaron las hostilidades en Ginebra. Habiendo conseguido expulsar a Bakunin y a sus amigos de la sección central ginebrina, Utin se propuso excluirlos totalmente de la Internacional, apoyándose en que la sección ginebrina, de la Alianza no había sido formalmente reconocida por el Consejo general. Mientras la cuestión era objeto de estudio en Londres, Ginebra ardía en una polémica encarnizada. El Consejo general, reacio a apoyar a la Alianza, pero a la vez imposibilitado para desestimar sus credenciales, dejó transcurrir tres meses antes de confirmarlas oficialmente, y esta demora corroboró la sospecha de Bakunin, basada en pruebas más que suficientes, de que el expediente lo había dictado Marx. El problema total de la Alianza ya no podía ser eludido por mucho más tiempo. Pero el Consejo general consideró que la situación en Europa no era todavía lo suficientemente estable para permitir la celebración de un congreso público de la Internacional, y, en su lugar, convocó una conferencia privada para el mes de septiembre en Londres.[1]

Desde su retiro de Locarno, Bakunin comprendió que el momento crítico se acercaba.

Una formidable tormenta —escribió en los primeros días de agosto a los miembros de la Alianza—, fraguada desde mucho tiempo atrás por nuestros ruines enemigos de Ginebra, de acuerdo con los comunistas autoritarios de Alemania, amenaza con estallar no sólo sobre la Alianza, sino sobre toda la Federación del Jura. Su objetivo no es otro que excluir la Federación, única organización que representa el verdadero espíritu

de la Internacional en Suiza, de la comunidad internacional de trabajadores.

En julio de 1871 empezó a escribir un extenso bosquejo histórico de la Alianza, pero ese trabajo estaba concebido para abarcar tantos temas, que cuando interrumpió la obra en la página 141, todavía estaba en la introducción y casi no había nombrado todavía a la Alianza. Al poco tiempo empezó otro Informe sobre la Alianza, en el que llegó hasta el Congreso de Basilea, pero también quedó inédito y sin terminar, porque mientras estaba embebido en su redacción ocurrió un incidente que puso de manifiesto lo endeble del espíritu de la Alianza de Ginebra y lo precario de su situación, una vez que se vio sin el estímulo de la presencia de su fundador. [2]

Hacía casi dos años que Bakunin vivía en Locarno y un año de su última visita a Ginebra. La Alianza había degenerado en un minúsculo grupo, descorazonado y sin perspectivas, dirigido por el anodino Zhukovski. Ese grupito no tenía el menor deseo de luchar, y la noticia de la inminente Conferencia de Londres, que había despertado el espíritu guerrero de Bakunin, le dejó sencillamente, aterrado. Esos pusilánimes revolucionarios se reunieron el 6 de agosto de 1871 a la chita callando, y decidieron que, para ahorrarse disgustos, lo mejor era disolver la Alianza. Bakunin, que se había enterado indirectamente del propósito y les había escrito aquel mismo día protestando contra semejante insensatez, se puso furioso al encontrarse ante el hecho consumado. La cólera de Bakunin resultó más eficaz que los temores inspirados por el Consejo general. Los «delincuentes», después de agenciarse la cooperación de unos cuantos refugiados franceses, se reunieron de nuevo y se reorganizaron en una sección a la que denominaron «Sección para la propaganda y la acción social revolucionaria». Esta maniobra tenía todos los inconvenientes y todas las desventajas posibles. Era muy poco probable que la simple desaparición del nombre de la Alianza favoreciese a los marxistas, y, por otra parte, la nueva sección carecía del reconocimiento del Consejo general oficial que su predecesora había conseguido. [3]

Así, cuando a mediados de septiembre de 1871 se reunió la Conferencia de Londres, no se podía dudar de que los marxistas habían preparado muy bien las cosas. Utin y otro enemigo jurado de Bakunin llevaban la representación de Ginebra. Las secciones del Jura, habiéndose negado a plegarse a la decisión del Consejo general de renunciar al título de Federación Romanche, no fueron invitadas a la Conferencia, y expusieron su caso por carta. La Conferencia, bajo la firme dirección de Marx y Engels, se entregó con ardor a la lucha contra los bakuninistas. En ella se reafirmó el principio de tomar parte en

todas aquellas actividades políticas susceptibles de dar auge a la causa de la revolución; se prohibió a las secciones o agrupaciones «el adoptar nombres sectarios... y el formar entidades divisorias con el nombre de 'secciones de propaganda' y que pretendan llevar a cabo misiones distintas de los fines comunes de la Asociación»; se confirmó la decisión del Consejo general sobre el reconocimiento de la minoría de La Chaux-de-Fonds y su comité de Ginebra como legítima Federación romanche, intimándose al comité de la mayoría que si quería ser reconocido por el Consejo general tomase el nombre de «Federación Jurásica», y, finalmente, se instruyó al Consejo general para que desautorizase las actividades de Nechaev y preparase un informe sobre este asunto. La ejecución de este último acuerdo se confió al siempre dispuesto y competente Utin. La intención de desacreditar a Bakunin era manifiesta, puesto que antes de ahora la Internacional no había demostrado el menor interés por la persona de Nechaev.[4]

Los bakuninistas no perdieron tiempo en contestar a las maniobras que la conferencia de Londres había realizado contra ellos. En noviembre de 1871 organizaron un congreso en Sonvillier, localidad del Jura. Bakunin no hizo acto de presencia en el mismo, y los que llevaron la voz cantante fueron, además de Guillaume, dos relojeros del Jura, Spichiger y Schwitzguébel. La recién fundada «Sección de Propaganda» de Ginebra envió dos delegados: Zhukovski y Jules Guesde, refugiado francés que luego había de ser una figura destacada en el movimiento socialista de Francia. El resto de los delegados procedían del Jura. El primer acto del congreso fue acatar la decisión del Consejo general, a fin de quitarle todo pretexto de exclusión de nuevos miembros en futuras reuniones de la Internacional. El congreso decidió abandonar el título de Federación romanche, causa de tantos quebraderos de cabeza, y adoptó el de Federación Jurásica, pero se negó a reconocer la conferencia de Londres como órgano legalmente constituido de la Internacional, y denunció como abusivos los poderes autocráticos ejercidos por el Consejo general. Eligió, un comité federal, pero este comité, de acuerdo con los principios que se acababan de proclamar, no tenía que ejercer más funciones que las propias de una oficina central para las cuestiones de trámite.

La tarea principal del congreso era redactar un documento que se hizo célebre en la historia de la Internacional como la *Circular de Sonvillier*. En esa circular, que fue impresa y distribuida a todas las secciones de la Internacional en Francia, Bélgica, España e Italia, los bakuninistas exigían la inmediata convocatoria de un Congreso plenario de la Internacional y se lanzaban oficialmente al ataque contra la autocracia del Consejo general.

Si existe un hecho innegable, decía la Circular, mil veces demostrado por la práctica diaria, es el efecto corrruptor que la autoridad produce en los que la ejercen... La función de los miembros del Consejo general ha llegado al extremo de que se considere como una propiedad particular de algunos individuos..., quienes han llegado a creer que son miembros de una especie de gobierno. Es lógico, pues, que tomen sus ideas particulares por ideas oficiales y crean que pertenecen a una doctrina autorizada por la Asociación, y al mismo tiempo las ideas opuestas expresadas por otros grupos no son para ellos, la legítima expresión de una opinión tan válida como la suya, llegando al extremo de considerarlas como verdaderas herejías.

La solución, de conformidad con la misma *Circular*, era despojar de sus poderes dictatoriales al Consejo general y reducir sus funciones —a imagen del comité federal de la Federación Jurásica— a las de «una simple oficina al cuidado de la correspondencia y de la estadística». [5]

Era evidente que, ante la insistente exigencia de los bakuninistas, ya no era posible aplazar por más tiempo la celebración de un nuevo congreso. Desde el mes de septiembre de 1869 no se había reunido ningún congreso general de la Internacional. En 1870, la guerra franco-prusiana había impedido cualquier acto de esta naturaleza, y en 1871 el esperado congreso se había sustituido por la conferencia de Londres. El pleno del congreso tenía que reunirse, pues, en el mes de septiembre de 1872, y en esta reunión el objeto en disputa entre los marxistas y los bakuninistas tenía que ser debatido hasta el fin. Mientras llegaba ese día, los dos bandos se dedicaron con tesón a afilar sus armas. En mayo, y como contramina a la *Circular de Sonvillier*, el Consejo general publicó un folleto titulado *Les Prétendues Scissions dans l'Internationale*. El folleto se debía a la pluma de Marx y estaba redactado en su mejor estilo polémico. Bakunin repuso que «la espada de Damocles que nos amenazaba» ha resultado ser «no una espada, sino el arma habitual de Marx: un montón de basura», y vio en el folleto en cuestión una prueba más de «la desastrosa dominación que Marx ejercía sobre el Consejo general». Por el bando bakuninista, Guillaume escribió una monumental *Mémoire de la Fédération Jurassienne*, de la que sólo la primera sección estuvo lista en el mes de septiembre siguiente. [6]

Con todo, los dos bandos concedieron más importancia a la busca y captura de votos para el próximo congreso que a aquellos agresivos folletos oficiales. *La Circular de Sonvillier* fue recibida con simpatía no sólo en Italia y España, sino también en Bélgica. Marx solicitó los votos de las humildes y retiradas secciones de la Internacional en Alemania y en Estados Unidos, y recabó mandatos en blanco de las que

por una u otra razón no podían enviar delegados, con el objeto de distribuir luego esos mandatos entre sus más seguros partidarios. Sin embargo, Marx no lo fiaba todo al número. Su interés no consistía solamente en ganar por mayoría de votos; su primer objetivo era desacreditar a su rival. La causa contra Bakunin se fundaba principalmente en dos pruebas; pruebas que había logrado después de incansables pesquisas.

En España fue donde Marx consiguió su mayor éxito. Tenía razón al sospechar, desde mucho tiempo atrás, la existencia en el seno de la Internacional de una Alianza secreta fundada por Bakunin, como sabía también que, de existir esa organización, su grueso había de estar forzosamente en España. Una de las hijas de Marx estaba casada con Pablo Lafargue, criollo francés nacido en Cuba. Lafargue hablaba corrientemente el castellano y podía pasar por español. A finales de 1871 Marx lo mandó a España con objeto de explorar el terreno y contrarrestar la campaña que Bakunin estaba desarrollando en ese país. Lafargue, que había dado a su apellido una fonética española, apareciendo como Pablo Farga, obtuvo un gran éxito en su misión. Fundó una agrupación marxista de la Internacional en Madrid, que le eligió como delegado para el próximo congreso, y consiguió, además, no sólo copia de los estatutos de la Alianza secreta española, sino también de una carta conteniendo instrucciones enviadas por Bakunin a uno de sus seguidores españoles. Estos documentos bastaron para convencer a Marx de que sus sospechas eran fundadas y de que podía probar perfectamente su acusación contra Bakunin. En julio de 1872, al regresar Lafargue de España, el Consejo general convocó el congreso para el día 2 de septiembre próximo en La Haya.[7]

Aparte de los documentos españoles obtenidos por Lafargue, Marx tenía otra arma en su arsenal. La historia de la carta con que Nechaev amenazó a Liubavin y que terminó con las tentativas de Bakunin de traducir al ruso *El Capital*, había circulado entre la colonia rusa de Suiza, y Utin debió, en una u otra ocasión, de contársela a Marx, por lo que, al acercarse el momento decisivo, Marx se dijo que si podía conseguir esa carta, supondría un triunfo más en el juego contra Bakunin, cuya complicidad en su envío se podía razonablemente presumir. Marx sólo tenía un corresponsal en Rusia, un estudiante de Economía llamado Danielson. Hacia mediados de agosto de 1872 escribió a Danielson rogándole que le pidiera prestada a Liubavin la carta acusadora. La tentativa era ciertamente aventurada. Pero consiguió su objetivo. Liubavin, que no había olvidado el «caballeroso» comportamiento de Bakunin, envió la carta solicitada, y Marx emprendió el camino de La Haya con el comprometedor papel en el bolsillo, más confiado que nunca en que tenía bien cogido a su rival.[8]

Tal como se desarrollaron los acontecimientos, los bakuninistas sufrieron menos daño por las maniobras y los recursos de los marxistas que por el error cometido en sus propias filas. A principios de agosto de 1872 veinte secciones italianas de la Internacional celebraron en Rimini un congreso con objeto de fundar una federación italiana. Los italianos eran antimarxistas en su totalidad, y dirigieron un cálido mensaje de saludo a Bakunin, en el que a la vez denunciaban la tiranía del Consejo general en términos tales que tenían que sonar a música en los oídos de Bakunin. Hasta aquí todo parecía ir perfectamente bien. Pero, por desgracia para Bakunin, aquellos exaltados italianos se dejaron arrastrar por la lógica de su propia elocuencia. En vez de adoptar la decisión de apoyar a los demás bakuninistas en el Congreso de La Haya, en un intento de desposeer al Consejo general de sus poderes autocráticos, decidieron romper *ipso facto* sus relaciones con el Consejo, se negaron a enviar delegados a La Haya y votaron a favor de la fundación de una nueva Internacional antimarxista en Suiza con la colaboración de la Federación Jurásica. Esta prematura decisión puso en un grave aprieto a los bakuninistas, pues no sólo les impidió la formación de un sólido bloque de votos para el próximo congreso, sino que facilitó la acusación favorita de los marxistas de que Bakunin intentaba no sólo reformar, sino destruir la Internacional.[9]

El día 2 de septiembre de 1872 se reunió, como estaba anunciado, el Congreso de La Haya, en un edificio conocido por el nombre de... *Sala de la Concordia.* Bakunin no disponía de medios económicos suficientes, o estaba enfermo, para emprender el viaje a La Haya. Pero Marx y Engels estuvieron presentes. Ésta fue la primera y la última vez que asistieron a un congreso de la Internacional: indudable tributo a la importancia que tenía. La primera tarea del Congreso fue la comprobación de las credenciales de los delegados, y ese cometido, confiado a una comisión especial, resultó tan trabajoso y polémico que duró tres días. El reglamento concerniente a la representación en los congresos era necesariamente vago y elástico. Las condiciones eran distintas en los diferentes países, hasta el extremo de que en algunos, especialmente en Francia y en Alemania, las leyes prohibían el funcionamiento de las secciones de la Internacional. De los sesenta y seis delegados que se presentaron en La Haya, sesenta y cuatro fueron admitidos. Procedían esos delegados de todos los países importantes de Europa, exceptuando Italia y Rusia (Utin había marchado de Ginebra y abandonado la causa). Cuatro eran de Estados Unidos y uno de Australia. Cuarenta de ellos, incluida la totalidad de los alemanes y el bastante dudoso contingente francés, eran marxistas probados. Por consiguiente, el Consejo general tenía asegurada la mayoría. De los

restantes, sólo los dos delegados del Jura, Guillaume y Schwitzguébel, y cuatro españoles eran, propiamente hablando, bakuninistas. Los demás miembros de la minoría, incluyendo ingleses, belgas y holandeses, no tenían mayor interés por la personalidad o por la doctrina de Bakunin. Lo único que tenía de común con los bakuninistas era su postura oposicionista a la autocracia de Marx. Zhukovski, que había ido en representación de la «Sección para la Propaganda» de Ginebra, fue uno de los dos delegados rechazados.

Con todo y tener asegurada una fuerte mayoría en el Congreso, la situación de Marx no era tranquilizadora del todo. En Italia y en España el movimiento revolucionario estaba totalmente dominado por los bakuninistas. En Suiza, la Federación Jurásica estaba en abierta rebeldía, y desde la defección de Utin, los marxistas habían perdido su espíritu de lucha. En el transcurso de los últimos doce meses, la oposición se había propagado a Bélgica, a Holanda y hasta a Inglaterra, sede del propio Consejo general. Así, pues, las cosas, la supremacía de Marx era cada día más precaria. La situación política de Francia y la de Alemania impedía el traslado de la sede del Consejo general a esos países. En todos los demás de Europa donde la Internacional había arraigado, la influencia de los bakuninistas iba en aumento. La decisión de Marx fue rápida e imprevista. El Congreso parecía continuar con toda normalidad sus tareas. Se había nombrado una comisión compuesta de cinco miembros para investigar las pretendidas maquinaciones de la Alianza contra la Internacional. Se reiteró la importancia de la acción política por parte del proletariado. Se rechazó por amplia mayoría la proposición de los bakuninistas para convertir el Consejo general en una «oficina central para la correspondencia y la estadística», y confiriéndosele aún más amplios poderes disciplinarios que los que antes poseía para enfrentarse con las secciones recalcitrantes. Y luego, en el penúltimo día del Congreso, Marx presentó de golpe su sorpresa. Propuso el traslado del Consejo general a Nueva York. La propuesta produjo gran confusión. Lo mismo en las filas marxistas que en las antimarxistas. Después de mucho forcejear, la propuesta fue aprobada por una escasa mayoría. Los seis bakuninistas se abstuvieron de votar. En realidad, ellos nada tenían que ganar ni que perder con la decisión adoptada. Marx había sacrificado la Internacional. Pero la había librado de ellos. En Estados Unidos el peligro bakuninista quedaría bastante alejado, y el Consejo, aunque con menos potencialidad, conservaría por lo menos su ortodoxia.[10]

Todavía quedaba un punto por debatir: la acusación contra la Alianza. La comisión, compuesta por un alemán, tres franceses y un belga, se esforzó por llevar a cabo su cometido con imparcialidad. Escuchó a Engels, quien le hizo entrega de los documentos recibidos de

España, como también a varios otros miembros del Consejo general, y recibió del otro bando las exposiciones de Guillaume, Schwitzguébel, Zhukovski y de los cuatro españoles. Las pruebas eran contradictorias y en extremo confusas. Engels alegó, apoyándose en su documentación, que Bakunin había fundado una Alianza secreta cuyos principios estaban en abierta oposición con los de la Internacional, y que la Alianza había proseguido en sus actividades ilegales, no ya sólo y únicamente después de la disolución de la Alianza pública, sino hasta aquellos mismos momentos. Guillaume negó que tuviese el menor conocimiento de la existencia de ninguna Alianza secreta. Los españoles reconocieron que, en efecto, había existido una Alianza secreta, pero declararon que no pertenecían a ella desde hacía mucho tiempo.

Este problema era tan arduo que habría desconcertado incluso a quienes hubieran tenido un mejor conocimiento de las leyes procesales y más dotes de penetración en la psicología de Bakunin que los que tenían los miembros de la comisión de La Haya. Y esto explica que el informe presentado al Congreso por esa comisión, con el disentimiento de su miembro belga, fuera una mezcla de ingenuidad y de incongruencias. Sus dos primeros resultandos equivalían a un veredicto de hechos no probados. En ellos se declaraba en primer lugar que había existido una Alianza secreta cuyos estatutos eran completamente opuestos a los de la Internacional, y, en segundo lugar, que Bakunin había intentado fundar, y quizá lo había logrado, una sociedad llamada la Alianza dotada de estatutos diferentes de los de la Internacional. Tales conclusiones eran defectuosas y débiles, pero eran el mejor partido que la comisión pudo sacar de lo documentos conseguidos por Lafargue y de la declaración de los españoles en el sentido de que ellos ya no eran miembros de ninguna organización secreta. El tercer resultando era de índole diferente. Parece que fue más allá de los términos de los extremos consultados por la comisión, toda vez que nada tenía que ver con las acusaciones relativas a la Alianza. Pero, por lo menos, era explícito y categórico. En él se declaraba que «Bakunin se había valido de medios fraudulentos en su intento de apropiarse de toda o de parte de la fortuna de otra persona —«lo cual constituye un delito de fraude»—, y, además de esto, y con el fin de eludir el cumplimiento de su compromiso, había recurrido, por sí o por medio de sus agentes, a las amenazas». No se facilitaba ninguna clase de detalles, pero estaba bien claro que la alusión se refería a la carta de Nechaev. Sobre la base de estas conclusiones, la comisión recomendaba (pese a que sus puntos de consulta sólo la autorizaban a informar sobre los hechos y no a recomendar ninguna clase de acción) la expulsión de Bakunin de las filas de la Internacional, como igualmente recomendaba la expulsión de Guillaume y de Schwitzguébel, basándose en que «éstos

todavía pertenecían a la sociedad llamada la Alianza», sociedad de cuya existencia en aquellos momentos no había «pruebas suficientes». También se recomendaba el indulto de los españoles.

Debido a una feliz casualidad, no nos resulta difícil desenredar la enmarañada madeja de ese asombroso documento. Lo mismo Guillaume que Marx nos han legado documentos dignos de crédito y que se confirman mutuamente. La comisión, que fue nombrada un miércoles por la noche, presentó su informe al Congreso en la noche del sábado. En la tarde de ese sábado, después de oír a todo los acusados y también a varios miembros del Consejo general, incluido Engels, Guillaume se reunió con los tres miembros de la comisión que finalmente habían suscrito el informe (de los cinco, uno se había retirado y otro había manifestado su disentimiento) y les dijo que no habían conseguido «ningún resultado concluyente». Entre esa hora y la de la presentación aquella misma noche del informe, la comisión escuchó la exposición del último testigo, Carlos Marx. Tres meses después, Marx escribió a Danielson diciéndole que había leído a la comisión, «bajo promesa del más absoluto sigilo y sin mencionar el nombre del destinatario», la carta de Nechaev a Liubavin, y que «dicha carta había surtido su efecto». Esa confesión es verdaderamente significativa. Marx había guardado su triunfo —aquella carta condenatoria— para la jugada final. Seguramente que habría preferido que Bakunin fuese condenado por motivos políticos. Habría preferido, de acuerdo con su táctica habitual, permanecer en la sombra y no aparecer personalmente ante la comisión. Pero en aquella tarde trascendental del sábado debió de saber, igual que Guillaume, que la comisión no había conseguido «ningún resultado concluyente», y ante la posibilidad de que su rival se le zafase, decidió jugar su triunfo y echar su peso personal en la balanza.

Esas consideraciones nos facilitan el análisis del famoso informe. Las dos primeras conclusiones fueron probablemente redactadas antes de que la comisión oyese a Marx; su tono indica la falta de resultados concluyentes de que hablaron sus miembros a Guillaume aquel sábado por la tarde. La tercera conclusión, que entrañaba la acusación por fraude y amenazas, fue indudablemente sugerida por Marx. La recomendación para la expulsión de Bakunín que resulta de la tercera conclusión, así como las recomendaciones para la expulsión de Guillaume y de Schwitzguébel por motivos que contradicen la primera de las conclusiones, tienen que haber sido decididas como resultado de la entrevista con Marx. El carácter o estilo mixto del documento en cuestión claramente lo revela. Las dos primeras conclusiones son obra exclusiva de la comisión; el resto del informe es, sustancialmente, obra de Marx. Y la comisión, debido a la prisa, no tuvo tiempo, y quizá tampoco suficiente inteligencia, para ajustar las dos partes al

mismo estilo de redacción. Tampoco esto era una cuestión de mucha importancia. En seguida de recibir el informe, el Congreso se dio prisa en votar, por una gran mayoría, la expulsión de Bakunin y de Guillaume de la Internacional, la cual se dio por satisfecha con esas dos ejecuciones; la moción para la expulsión de Schwitzguébel fue derrotada por un escaso margen. Acto seguido el Congreso —el último acontecimiento importante en la historia de la Primera Internacional— fue clausurado. [11]

* * *

Miguel Bakunin y Carlos Marx fueron los dos protagonistas rivales alrededor de cuyos nombres y doctrinas se agrupó el movimiento revolucionario de la segunda mitad del siglo diecinueve. Su formación, como su evolución, estuvieron sujetas a las mismas influencias. Y en ambos casos, quien echó los cimientos fue Hegel. El uno y el otro concibieron la revolución como el producto de la antítesis hegeliana entre lo positivo y lo negativo, entre lo conservador y lo progresivo, y los dos creyeron que por medio de la destrucción de lo primero por lo segundo, iba a nacer la síntesis de un nuevo orden. En este sentido, Marx pudiera haber suscrito perfectamente el aforismo de Bakunin: «La pasión por la destrucción es también una pasión creadora.» Las exigencias políticas de su tiempo (y quizá también sus respectivos temperamentos) les movieron a colocar la destrucción en la cabecera de sus programas.

Sin embargo, a partir de este punto ya empiezan sus divergencias en cuanto a la interpretación de Hegel. Marx, que había recorrido el mismo camino de los Jóvenes Hegelianos, se convirtió en un consecuente materialista y descubrió el motor del progreso en la lucha y en la contradicción de los intereses económicos de las clases sociales en presencia. Bakunin, en su famoso artículo *La reacción en Alemania,* señala a Strauss y a Feuerbach como sus maestros. Pero en el mismo artículo define la historia, en el más puro estilo hegeliano, como el «desarrollo, franco e inevitable, de un espíritu libre». Fundamentalmente, siguió siendo siempre un idealista hegeliano, y en los aspectos en que fue más allá de Hegel, estuvo menos sujeto a la influencia de los Jóvenes Hegelianos que a la de Max Stirner, el extremado idealista e individualista acérrimo. La libertad absoluta que predicó Bakunin era de signo totalmente diferente, no sólo de la libertad de Marx (que implicaba la libertad de una clase enfrentada con otras clases; no la de los individuos de aquella clase enfrentados unos contra otros), sino también de la libertad de los liberales occidentales (que suponían la libertad para la burguesía, cuidadosamente condicionada en el sentido

de la clásica exposición de Mill). La concepción bakuninista de la li-
ponía la conclusión lógica de la doctrina romántica; conclusión per-
Bakunin, en teoría, era el más fanático de los defensores de la libertad
y el individualista más consumado de cuantos en el mundo han sido. [12]
extremo y que hallaba su natural desembocadura en la fe en sí mismo.
fectamente ajustada a un temperamento que no retrocedía ante ningún
bertad era, en último análisis, el individualismo más extremado. Su-

El individualismo permanece como la esencia del sistema social y político —así como la de su oposición a Marx— de Bakunin. Su pensamiento no es consecuente a carta cabal, ni aun en los años posteriores al 1867, en los que no experimentó ningún cambio sustancial. En uno de los pasajes de sus escritos rechaza el libre albedrío y declara que el vicio y la virtud son «el producto absoluto de la acción combinada de la naturaleza y de la sociedad». En términos generales, acepta la hipótesis de Rousseau de que el hombre, cuando no está pervertido por la autoridad social o política, por su condición ingénita es virtuoso. Cuanto más primario es el estado del hombre, más cerca está de ese ideal. En el mundo moderno, los valores humanos más primitivos son el proletariado y el campesinado. Estos «elementos bárbaros y fuertes» están destinados a ser los salvadores de la sociedad, y no deja de ser significativo qu él fundase sus más caras esperanzas en los individuos europeos menos civilizados pertenecientes a la segunda clase: los campesinos rusos. Como Marx, Bakunin creía que la revolución tenía que conseguirse por la violencia. Pero mientras Marx creía en la revolución organizada y encabezada por el proletariado, entrenado y disciplinado en el espíritu de clase, Bakunin tenía puesta su fe en una rebelión campesina o en el levantamiento espontáneo de las turbas ciudadanas enfurecidas.

Bien, entonces salvad a Francia por la anarquía —escribió Bakunin en el otoño de 1870—. Desencadenad la anarquía popular en el campo y en la ciudad, incrementadla hasta que ruede oual furiosa avalancha, devorando y destruyendo... a sus enemigos lo mismo que a los prusianos.

Se complacía en hablar de «esas malas pasiones, esas pasiones socialistas», y (particularmente en los tiempos de su asociación con Nechaev) de que el fin justifica los medios. Pero si él necesitaba justificación, podía lógicamente hallarla en la idea de que, puesto que la destrucción es también creación, las «malas pasiones» son, en su esencia, también buenas. Su meta era, dicho con las palabras de un observador, la de «despertar el furor elemental». Y, sin embargo, él era el más bondadoso y apacible de los hombres, y hasta en algunas ocasiones era capaz del supremo desprendimiento, hasta el autosacri-

ficio. Los revolucionarios, le afirmó un día a Postnikov, «no desean el derramamiento de sangre, y si hablan de ello en letra impresa es sólo con la intención de asustar a la monarquía y obligarla a hacer concesiones». [13]

Su hostilidad contra el Estado arranca directamente de su creencia en la naturaleza humana individual. «Todo ejercicio de autoridad pervierte, y toda sumisión a la autoridad humilla», decía. Consideraba el Estado como la «más flagrante, la más cínica y la más completa negación de la humanidad», a causa de que «todo Estado, como toda teología, supone al hombre fundamentalmente malo y perverso». Era precisamente a base de su individualismo que él se oponía al comunismo de Marx. Carlos Marx, teóricamente, afirma que desde un momento determinado, es decir, a medida que vayan desapareciendo las clases antagónicas irán también desapareciendo gradualmente el Estado, hasta su total extinción por muerte natural. Pero Bakunin tenía razón al entender que la abolición del Estado no era un punto fundamental del sistema de Marx. Marx quería apoderarse de la máquina del Estado (para transformarla en instrumento al servicio de la clase trabajadora), pero no destruirla. La política de Marx era la «liberación desde arriba», o sea a través del Estado. Bakunin sostenía que la verdadera, y única, liberación tenía que venir «desde abajo», a través del individuo. Bakunin buscaba la libertad en la destrucción y en la desintegración, lo que, para la ordenada y metódica mente de Marx, no dejaba de ser una tremenda locura. Marx la buscaba, en cambio, en la disciplina y en la integración, lo cual, para Bakunin, no suponía libertad en absoluto. La libertad, según Bakunin, no podía ser de ninguna manera traída por la «suprema acción protectora del Estado». [14]

El obligado corolario del repudio, ciento por ciento, del Estado por Bakunin fue la reprobación de la acción política como medio de promover la revolución. El fracaso de 1848 le había llevado al convencimiento de que la revolución tenía que ser social, no política. Tanto los marxistas como los bakuninistas querían fundar un orden nuevo, pero diferían fundamentalmente acerca de los medios para conseguirlo.

> Los comunistas —escribió Bakunin en sus últimos años— se imaginan que «su orden» puede conseguirse mediante el desarrollo y la organización del poder político en manos de la clase trabajadora, y, particularmente, del proletariado industrial... Los socialistas revolucionarios creen, por otro lado, que tal objetivo sólo se puede alcanzar a través del desarrollo y la organización del poder social, no político, y, por consiguiente, antipolítico, de las masas trabajadoras de la ciudad y del campo.

A decir verdad, no tenía, desde luego, nada de ilógico el servirse de los medios políticos para destruir las instituciones políticas, y en esto, como en todo lo demás, Bakunin no era del todo consecuente. En 1868 escribió, para determinado periódico francés, una carta en la que censuraba a los socialistas franceses por abstenerse de actuar en política, lo cual podía, a su juicio, interpretarse como una cobardía política, y, por otro lado, varios de sus más íntimos partidarios italianos, incluidos Gambuzzi y Fanelli, fueron miembros del Parlamento de su país. Con todo, en la práctica como en su más íntimo pensar, Bakunin no titubeó jamás. Creía, juntamente con Proudhon, que todos los sistemas de gobierno eran malos, y que debían ser boicoteados hasta que llegase el día en que pudieran destruirse. Desde 1848, la democracia burguesa en particular fue execrada por él. [15]

El extremismo individualista tiene, sin embargo, más de una faceta. Si por un lado desemboca en la anarquía completa, por el otro apunta hacia el absolutismo individual. Stirner, el filósofo del individualismo, no fue a parar al anarquismo, sino al solipsismo. [16] No basta con rechazar como aberraciones pasajeras aquellos sueños fantásticos a que se entregó Bakunin en la fortaleza de Pedro y Pablo y en Siberia, cuando brindó una dictadura revolucionaria primero al zar y luego a Muraviev. Si bien el gobierno representativo repelía al carácter, obstinado y dominador, de Bakunin, también la tendencia a la dictadura absoluta era congénita en él. En realidad era bastante sincero al negar toda ambición de asumir el papel de dirigente popular.

> ¿Dices tú —escribió a Alberto Richard— que puedo llegar a ser el Garibaldi del socialismo? Me tiene sin cuidado convertirme en un Garibaldi y representar un papel grotesco. Me moriré, querido amigo, y los gusanos me comerán, pero lo que yo quiero es que triunfe nuestra idea. Quiero que la masa humana se vea realmente emancipada de toda autoridad y de todos los héroes presentes y futuros.

Pero lo mismo esas ideas que su concepción de la Alianza llevan implícita la misma confusión. Para la «masa humana», Bakunin preconizaba la libertad individual llevada al extremo de la anarquía. Para el partido revolucionario, deseaba «la absoluta desaparición, la fusión completa, tanto de individuos como de voluntades, en la organización colectiva y en la acción», y en la práctica, aunque no en la teoría, se irrogaba el papel de dictador del partido revolucionario. Marx pudo así escribir, con la suficiente competencia para marcar un tanto a su favor, que «la anarquía reina, de todos modos, en su cabeza, en la que no hay sitio más que para una idea...: la de que Bakunin tiene que desempeñar el primer papel», y, desde luego, la revuelta en el seno de

la Hermandad Internacional, a principios de 1869, fue palpablemente provocada por los métodos dictatoriales del revolucionario ruso. Bakunin es conocido en el mundo como uno de los fundadores del anarquismo, pero es menos recordado como el primer procreador del concepto de una partido revolucionario, selecto y estrechamente organizado, aglutinado no sólo por la comunidad de ideas, sino por los lazos de la obediencia implícita a un dictador revolucionario absoluto.[17]

Ni Miguel Bakunin ni Carlos Marx legaron al morir ninguna organización internacional consagrada a la aplicación de sus principios revolucionarios a escala mundial, pues ninguna de las «Internacionales». disidentes en que la organización matriz se escindió después del Congreso de La Haya llegó a sobrevivir más de medio decenio. Más o menos organizados, pero sin fuerza apenas, siguieron existiendo grupos marxistas y bakuninistas en cada uno de los países europeos de alguna importancia, excepto en Inglaterra. Hubiera sido precipitado predecir entonces si los revolucionarios del futuro levantarían el estandarte de Marx o el de Bakunin. Pero indudablemente Marx poseía una formidable ventaja sobre su rival. Legó a sus seguidores un claro y bien trabado cuerpo de doctrina. Cierto que su principal obra maestra quedó sin terminar, pero el primer volumen, publicado mientras él aún vivía, contenía la parte esencial de sus enseñanzas, y tuvo la suerte de hallar en Engels un editor competente que dio forma literaria a las notas que al morir dejó escritas con vistas a la redacción ulterior de los dos volúmenes restantes. Las enseñanzas de Bakunin tienen que extraerse de una serie de artículos, de ensayos y folletos, la mayoría de los cuales fueron redactados para ocasiones o fines específicos; muchos de ellos quedaron sin terminar, y casi todos contenían incongruencias y oscuridades que una revisión definitiva (suponiendo que Bakunin fuera capaz de revisar algo de lo ya escrito) hubiera podido enmendar. Bakunin estaba sujeto al destino de aquellos cuya influencia sobre sus contemporáneos consiste en su palabra hablada y en el don fugaz que se llama personalidad. Era, por tanto, imposible transmitir a la posteridad aquella sensación de abrumador ascendiente que experimentaron los que le trataron durante el curso de su vida.

La influencia de Bakunin ha sido incomparablemente menor que la de Marx, siendo, además, muy difícil valorarla con alguna precisión. En Rusia, el nombre de Bakunin ocupó durante mucho tiempo un puesto de honor entre los círculos revolucionarios. Pero los social revolucionarios, que compartían el movimiento socialista con los socialdemócratas marxistas, no eran bakuninistas. En espíritu, estaban más cerca, no obstante de Bakunin que de Marx, puesto que concedían más importancia al impulso heroico que a la teoría filosófica, y creían

que la revolución podía llevarla a cabo una minoría selecta de decididos conspiradores, pero no aceptaban el credo del anarquismo, aunque por otro lado preconizaban, lo que no hizo Bakunin, el asesinato de los monarcas y de sus ministros. La escuela rusa de anarquistas teóricos, cuyos representantes más famosos fueron Tolstoi y Kropotkin, tendía a aunar el anarquismo con la no - resistencia, doctrina que hubiera horrorizado a Bakunin. En España, país en el que la influencia de Bakunin fue más duradera que en cualquier otra parte, el anarquismo se mantuvo durante muchos años como el ideal revolucionario más efectivo y explosivo, y, en vísperas del estallido de la guerra civil española de 1936 - 39, era considerado todavía como la doctrina del ala más potente del movimiento sindical. En Italia, el movimiento obrero siguió, por espacio de muchos años después de la muerte de Bakunin, profundamente empapado de anarquismo. Sin embargo, la tradición individualista de la teoría revolucionaria italiana culminó finalmente, no en el anarquismo, sino en la dictadura, y si hay que concederle a Bakunin un puesto en la historia de Italia, no puede ser otro que el de uno de los oscuros antepasados que sin saberlo llevaban el germen del fascismo. Un ingenioso teórico de la política podría descubrir cierta curiosa afinidad entre el Estado fascista y la dictadura «racional», pero «férrea», que Bakunin achacó a Muraviev en Siberia, como también podría razonar, con poderosos argumentos, que el moderno antagonismo entre la dictadura del proletariado y las dictaduras fascistas es la última expresión de la lucha histórica entre Carlos Marx y Miguel Bakunin.

Como quiera que sea, la disputa que determinó la ruptura de la Primera Internacional es el símbolo de un acontecimiento de mayor envergadura universal que el simple debate entre dos teorías rivales de la revolución. Es la representación del contraste entre las manifestaciones opuestas y complementarias del espíritu humano. Marx enfocaba a la humanidad con la óptica del estadista y del administrador. Su sujeto no era el individuo, sino la masa. Introdujo en la teoría y en la práctica revolucionarias el orden, el método y la autoridad; aspecto que hasta entonces había sido una prerrogativa exclusiva del gobierno, con lo cual echó los cimientos del Estado revolucionario disciplinado. Bakunin fue un visionario y un profeta. Lo que le preocupaba no era la masa, sino el individuo; no eran las instituciones, sino la ética. Su carrera revolucionaria fue infecunda en resultados concretos. «Se pasó la vida —dijo su amigo Virubov— desempeñando el papel de Sísifo, preparando incesantemente revoluciones políticas y sociales, las cuales, cuando más seguras las creía, se le iban cayendo, incesantemente también, de los hombros.» Con todo, hablar de su incapacidad de realización práctica es un poco improcedente, puesto que

la idea misma de realización fue siempre ajena a su carácter y a su intención. Reichel le preguntó una vez qué haría si lograse ver realizados todos sus planes y plasmados todos sus sueños en la realidad. «Entonces —contestó Bakunin— volvería a derribar todo lo que hubiese hecho.» Bakunin fue, en la historia, una de las más completas encarnaciones del espíritu de la libertad. De la libertad que no excluye el capricho ni la licencia, que no tolera ninguna de las instituciones humanas, que sigue siendo eternamente un ideal irrealizado e irrealizable, pero que es casi universalmente aceptada como parte indispensable de las más elevadas manifestaciones y aspiraciones de la humanidad. [18]

NOTAS

1. Guillaume, *Internationale,* II, 157-60, 174-7.
2. Bakunin, *Œuvres,* VI, 17-99, 161, 171-280.
3. Guillaume, *Internationale,* II, 177-86, 218.
4. Guillaume, *Internationale,* II, 202-14.
5. Guillaume, *Internationale,* II, 232-41.
6. Guillaume, *Internationale,* II, 294-6.
7. Marx-Engels, *Sochineniya,* XXVI, 269, 276; Guillaume, *Internationale,* II, 272-7, 289.
8. Marx-Engels, *Sochineniya,* XXVI, 284; Guillaume, *Internationale,* III, 13, 323.
9. Guillaume, *Internationale,* II, 311-13.
10. Guillaume, *Internationale,* II, 321-43.
11. Guillaume, *Internationale,* II, 343-51; Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, 276; Marx-Engels, *Sochineniya,* XXVI, 302.
12. *Sobranie,* ed. Steklov, III, 128, 146.
13. Bakunin, *Œuvres,* V, 160; *Materiali,* ed. Polonsky, III, 283; Bauler, *Byloe* (julio, 1907), p. 77; Kantor, *V Pogone,* p. 50.
14. Bauler, *Byloe* (julio, 1907), 77; Bakunin, *Œuvres,* I, 150, 158; *Materiali,* ed. Polonsky, III, 298; Guillaume, *Internationale,* II, 160; *Sobranie,* ed. Steklov, III, 223.
15. *Guillaume, Internationale,* II, 161; *Materiali,* ed. Polonsky, III, 145.
16. Solipsismo: sistema filosófico que prohija un idealismo radical y que puede conceptuarse como una variante del monismo, el cual rechaza la teoría de que el espíritu y la materia sean entidades divergentes. El solipsismo sostiene que es tan ilusoria como fantástica toda realidad extraña y alejada del espíritu.
17. *Materiali,* ed. Polonsky, III, 259-60; Marx-Engels, *Sochineniya,* XXIV, 241.
18. Virubov, *Vestnik Evropy* (febrero, 1913), pp. 48-9; El, *Severnyi Vestnik* (abril, 1898), p. 179.

LIBRO SEXTO

LOS ULTIMOS AÑOS

«Me queda un único consuelo: la proximidad de la muerte. Ya han sonado las campanas... ¡fuera ya del campanario!»

BAKUNIN A OGAREV
(11 noviembre, 1874)

32

LOS ULTIMOS PROYECTOS

Hemos llegado en nuestra historia personal de Bakunin a los comienzos del verano de 1871, cuando en las circunstancias económicas de nuestro biografiado había aparecido una momentánea mejoría. Por desgracia, esa mejoría fue de corta duración. La falta de fondos impidió la publicación de la segunda entrega de *El Imperio knuto-germánico.* En octubre vuelve a aparecer en su diario el desesperado acento de los primeros meses de aquel año. «Entregué los últimos diez francos para la compra» —dice el asiento correspondiente al 25 de octubre—. «Ningún ingreso. ¿Qué hacer? Saldo: 3 francos 35 céntimos.» El 14 de noviembre la familia llevaba dos días sin comer carne, y pronto ya no tendría velas ni leña. Es evidente que esas preocupaciones tenían en la mente de Bakunin más importancia por aquellos días que las intrigas contra la solidaridad de la Internacional que tan agresivamente le atribuía Marx.

Pronto se presentaron nuevas angustias domésticas. El día 1 de noviembre Antonia recibió la noticia del fallecimiento en Krasnoyarsk del único hermano que le quedaba, y se volvió, según una nota del diario de su marido, «medio loca». Le entró un miedo totalmente ilógico por la suerte de sus padres y su hermana, y los «últimos veinticinco francos» de su marido se gastaron en el telegrama que mandó a Krasnoyarsk. Luego su aflicción se trocó en un irresistible deseo de volver a ver, después de una ausencia de nueve años, su lejano hogar y los miembros que quedaban de su familia. El invierno transcurrió haciendo planes y preparativos. Como recordará el lector, a su salida de Premujino para Londres, a principios de 1863, Antonia tuvo que prometer a las autoridades que no intentaría volver a entrar jamás en territorio ruso. Pero ahora el gobierno no opuso ningún reparo a su

viaje; una benevolencia que quizá significaba que Bakunin ya no era considerado tan peligroso como lo fue en otros tiempos. El último día del mes de junio de 1872 Antonia salió de Locarno para Rusia con sus dos hijos. Bakunin la acompañó hasta Basilea, donde el día 3 de julio les despidió. Hay una nota de emoción en el lacónico asiento de su diario:

3. Separación; ¿por cuánto tiempo?, ¿para siempre? Antonia salió para Francfort (con billete hasta Berlín, vía Cassel) a las 8.45 de la mañana.

El viejo Bakunin, privado de su familia, no podía soportar la idea de volver a la soledad de Locarno. Se instaló por unos meses en Zürich, la ciudad del lago que fue su lugar de reposo cuando llegó a Suiza con Herwegh treinta años atrás. El haberse ahora decidido por ir a vivir a Zürich no se debía al deseo de remozar viejos recuerdos, sino por razones que brevemente vamos a explicar. [1]

A consecuencia de su ruptura con Nechaev y del regreso a Rusia, seis meses después de ese incidente, del bravo coronel Postnikov, Bakunin se había quedado totalmente incomunicado con su país. Sus amigos compatriotas residentes en Suiza, el decrépito Ogarev y el perezoso y torpe Zhukovski, llevaban demasiado tiempo en el exilio para poder estar al día de la situación de la Rusia de entonces. Por otro lado, no había visto a Ozerov desde el desastre de Lyón, y Zaitsev, un revolucionario de la joven generación que le había ido a visitar el otoño anterior. significaba muy poco para él. Todos esos amigos pertenecían al pasado. Diríase que Bakunin no había de volver a tener contacto político activo con hombres de su país y de su mismo lenguaje. Pero precisamente cuando estaba a punto de perder las esperanzas, de aquí que un nuevo grupo de jóvenes rusos apareció en su vida, y, en el verano de 1872, le arrastró una vez más, después de un intervalo de casi dos años, al campo de la intriga revolucionaria rusa.

De todos los recién llegados, el de más valía y el que tenía más probabilidades de llenar el vacío que Nechaev había dejado en el corazón de Bakunin era un joven enérgico que había conocido en Ginebra durante los últimos días del asunto Nechaev. Su verdadero nombre era Miguel Sazhin, pero había estado en América, y allí adoptó el *nom de guerre* de Armand Ross, por el que le conocieron siempre sus correligionarios. Ross poseía en alto grado aquel carácter decidido y aquel afán de dominio que parecían ejercer una particular fascinación sobre Bakunin ahora que sus propias energías se iban debilitando. Lo que más le atraía de este joven era el velo de misterio que envolvía todos sus actos. Ross solía desaparecer por espacio de varios meses, regresando luego, súbitamente y sin previo aviso, de sus misteriosas misiones a

Londres, a París (en donde se halló cuando la Comuna), a los Balkanes y una vez hasta a la misma Rusia. En aquel desolado invierno de 1871-72 había sido el corresponsal más regular de Bakunin, así como su principal fuente de pequeños préstamos. Por espacio de los dos años y medio siguientes, siguió siendo la más poderosa influencia individual en la vida de Bakunin.[2]

Sin embargo, el impulso inmediato para la reanudación de las actividades rusas de Bakunin procedió de otra dirección. Durante el verano de 1871, se domiciliaron en Zürich, con objeto de continuar sus estudios, dos jóvenes estudiantes de medicina, Holstein y Oelsnitz, los cuales habían sido expulsados de la Universidad de San Petersburgo por haber participado en manifestaciones políticas. En marzo de 1872 Holstein apareció en Locarno, donde tuvo ocasión de visitar al famoso veterano de la revolución. El mes siguiente, Oelsnitz, acompañado de otro estudiante llamado Ralli, que había sido compañero de Nechaev y acababa de extinguir una condena en la fortaleza de Pedro y Pablo, llegó a la vecina localidad de Arona, situada a unas horas de distancia del lago. Oelnitz y Ralli recibieron, por mediación de Holstein, una solícita invitación de Bakunin para que fueran a visitarle, y en su diario está registrada, con fecha del 22 de abril, esa visita.[3]

Por aquellas fechas Bakunin se hallaba solo, pues Antonia y los niños estaban en casa de los Mroczkowski, en Menton. La llegada de aquellos jóvenes le resultó a Bakunin tanto más agradable por la soledad en que se encontraba, y durante unos quince días los tres jóvenes rusos fueron invitados permanentes de su casa. En los primeros minutos de la visita ocurrió un pequeño tropiezo. Inocentemente, Ralli aludió a su amistad con Nechaev, y Bakunin le replicó airadamente que debía elegir entre la amistad de Nechaev y la suya, porque las dos eran incompatibles. Ralli, de acuerdo con su propio relato, no tenía ningún particular deseo de tener más tratos con Nechaev, cuyos métodos desaprobaba. Pero se sintió ofendido por el ultimátum de Bakunin, y salió diciendo en voz alta que se iría de Locarno al otro día. Sin embargo, el día siguiente, a primera hora de la mañana y antes de que se levantase, apareció en su cuarto la «forma colosal» de Bakunin, flanqueada por Holstein y Oelsnitz, y se firmaron las paces, quedando la vejatoria cuestión de Nechaev al parecer indecisa. Pero el único obstáculo estaba eliminado, y Bakunin enroló a sus tres visitantes en un «flamante grupo de anarquistas bakuninistas». Una vez más saboreó las ya medio olvidadas delicias de los éxitos proselitistas. Redactó un programa y unos estatutos y se los leyó a su admirado auditorio, y la víspera de la partida de los visitantes se destinó a la elaboración de un código secreto para los futuros intercambios de correspondencia.

Apenas acababan de marchar esos invitados cuando llegó de Zürich

otro inesperado visitante, Hvracanin, revolucionario oriundo de Servia. Desde 1848 Bakunin no había vuelto a pensar seriamente en la liberación de los eslavos de Turquía. No obstante, ahora demostró un vivo deseo de oír las nuevas que este interesante extranjero le traía y de revivir los antiguos sueños de organizar para la causa revolucionaria a los hermanos eslavos oprimidos. Al conjuro de los recuerdos del pasado, volvieron a aparecer en la memoria de Bakunin los viejos fantasmas, y se sintió nuevamente llamado a proseguir sus ambiciones, marchando a Zürich, ciudad que le pareció la más indicada para sus actividades revolucionarias. [4]

* * *

En los comienzos de la década del sesenta la persecución de los revolucionarios y radicales en las univeridades rusas había llegado a su punto culminante, y centenares de estudiantes de ambos sexos tuvieron que huir al extranjero. Zürich, cuya Universidad disfrutaba por aquel entonces de gran prestigio, era, como Ginebra, un puerto de refugio para los jóvenes emigrados. La Oberstrasse, en las cercanías de la Universidad, se convirtió en un «rincón de Rusia», y el ruso era el idioma que más se oía hablar en aquellos alrededores. La pintoresca figura de Bakunin, con su sombrero de paja y de anchas alas, adornado con una cinta roja, pronto se hizo popular entre la muchachada. La compañía de sus jóvenes compatriotas le era extremadamente simpática. En todas partes oía hablar de proyectos revolucionarios, y aquel ambiente reavivó sus más ambiciosas esperanzas. Bakunin, lo mismo que Herzen, no rechazó nunca a las nuevas generaciones. Saludaba a aquellos jóvenes revolucionarios como a los dignos herederos de los camaradas de su turbulenta juventud, siendo él, a su vez, aceptado por ellos como su oráculo y su modelo. Poco después de su llegada, entró un día acompañado por una bandada de jóvenes seguidores, a comer en una pensión frecuentada por estudiantes pobres. De la escena que con este motivo se desarrolló, de la atmósfera de culto al héroe con que fue acogido Bakunin, uno de los jóvenes presentes —una muchacha rusa— nos ha transmitido una gráfica descripción:

> La puerta fue abierta de par en par, y apareció la enorme figura de Miguel Alexandrovich Bakunin. De repente se hizo un gran silencio. Los ojos de todos se volvieron involuntariamente hacia Bakunin, quien estaba tan acostumbrado a llamar la atención, que no se turbó lo más mínimo ante aquellas interrogantes miradas, y atravesó la sala hasta su mesa con aire desenvuelto y paso mesurado. La atención de todos estaba fija en él, y nadie reparó en el nutrido séquito de franceses, españoles, rusos y servios que le seguían...

Volviéndose hacia unos y luego hacia otros, iba hablando sin la menor dificultad lo mismo en alemán que en italiano, y en francés, y luego en español. Pero el ruso era el idioma que se llevaba la palma... Aquel día estaba en magnífica forma, y recordó los tiempos de su juventud, en Moscú, y su amistad con Belinski. Todo el mundo escuchaba su fácil y agradable conversación. El solemne, más bien obsequioso silencio, no sólo reinaba en su mesa, pues los que estaban sentados en la nuestra también permanecían mudos, aunque descontentos de sí mismos por no tener suficiente valor para abrir la boca.

Terminada la comida, Bakunin se volvió hacia la autora de las precedentes líneas y le pidió permiso para fumar. Ese gesto de cortesía al viejo estilo chocó a los más avanzados de la tertulia, y lo que todavía sobrecogió más a su auditorio fue el reproche que dirigió Bakunin a una de las muchachas por beber vino. No podía soportar, agregó, el espectáculo de una mujer bebiendo o fumando. Cosas estas —los últimos incongruentes vestigios de la tradición de Premujino— que aquellos jóvenes ilustrados no le habrían tolerado a nadie que no fuera Miguel Bakunin. [5]

Quizá nunca había gozado Bakunin de tanto prestigio y admiración como ahora. Pero ninguno de los grandiosos planes que había urdido llegó a cuajar. Durante la primera parte de su estancia en Zürich estuvo alojado con el servio Hvracanin, y tres días después de llegar, su diario anuncia la «fundación de una sección eslava». Tres años antes, en los magníficos días de Nechaev, había recibido en Ginebra a una delegación de revolucionarios búlgaros. En 1870, entre las visitas que recibió en Locarno, hubo la de un búlgaro llamado Karavelov. Pero parece que no pudo contar con ningún búlgaro para formar la nueva sección, y el grupo más nutrido de servios residentes en Zürich, como eran marxistas, se mantuvo apartado. El único impulso procedió del propio Bakunin. El programa de la sección era debido a su pluma. Ralli estima el número de «los adheridos más o menos conscientes» en seis o siete, y al parecer se incluye a sí mismo, a Oelsnitz y a Holstein en esta minúscula cantidad. Ni el mismo Bakunin se forjó ilusión alguna respecto al grupo en cuestión.

Necesitamos disponer de una sección eslava, aun siendo tan endeble como la que tenemos —escribió poco después a Ralli—, para que sirva de núcleo aglutinante de los eslavos, y debemos aprovechar en lo que podamos el material que tenemos a mano en Zürich.

La sección eslava, al igual que tantas otras creaciones de Bakunin, no tuvo viabilidad fuera de la optimista imaginación de su fundador. Tan pronto le faltó la presencia física de éste, se desvaneció sin dejar rastro alguno. [6]

Las conversaciones de Bakunin con los polacos fueron igualmente infructuosas, aunque por motivos diferentes. Existía ya en Zürich una sociedad socialdemócrata polaca, bastante activa por cierto, cuyo secretario era un tal Adolfo Stempkowski, pintor de rótulos. Bakunin pensó que sería una idea magnífica la de transformar esta sociedad en una sección de la Federación Jurásica y de la Internacional, y, a tal efecto, redactó un nuevo programa, basado en los principios bakuninistas. Propugnó la fundación de un periódico polaco, en el que él colaboraría. Y hasta llegó a escribir un artículo para ese periódico, artículo que tituló, con un sutil gesto de indiferencia, «Llámenlo como quieran», y que, con un estilo digno de los días grandes de 1847 y 1863, empezaba así:

La Polonia aristocrática está irreparablemente muerta. La Polonia popular, campesina y obrera se levantará de entre los muertos... Pero no será un levantamiento de la nobleza lo que la libere, sino una revolución campesina, una rebelión general de las masas trabajadoras.

Desgraciadamente, las mismas dificultades que habían esterilizado su primer contacto con Polonia en 1847 y que envenenaron sus gestiones en la insurrección polaca de 1863 se presentaron de nuevo con la obstinada crueldad de los hechos históricos fundamentales. Los polacos de Zürich no estaban más dispuestos que los polacos de París o que los polacos de Londres y Estocolmo a enterrar la «Polonia aristocrática» o a aplicar las reglas de la guerra clasista en la liberación de Polonia. Y cuando Bakunin se opuso a los «derechos históricos» que constituían la base de las pretensiones polacas sobre Ucrania, la Rusia Blanca y Lituania, y declaró que «Polonia existe sólo donde el pueblo reconoce que pertenece a Polonia y que desea ser polaco», aquéllos creyeron que había llegado el momento de hacer oír su protesta. El nuevo periódico apareció, en efecto, pero no publicó ni el artículo de Bakunin ni su programa. Ante esto, Bakunin y sus tres lugartenientes no sólo se dieron de baja de la sociedad, sino que exigieron la devolución de los sesenta francos de sus respectivas cotizaciones; y el asunto terminó en una serie de recriminaciones mutuas. Bakunin tuvo que aprender por tercera y última vez que el nacionalismo polaco y la revolución mundial iban por caminos divergentes. La cuestión polaca, como la cuestión de los eslavos de Turquía, desapareció para siempre de su pensamiento.[7]

En pleno mes de agosto de 1872 la vida de la colonia eslava de Zürich se vio perturbada por un dramático acaecimiento. Nechaev, de quien nadie sabía nada desde hacía dos años, fue descubierto y detenido en Zürich por la policía suiza. Lo había delatado el polaco Stemkowski,

de quien resultó que era un confidente al servicio del gobierno ruso. Tres meses después, Bakunin le dijo a Ogarev que él estaba enterado de la presencia de Nechaev en Zürich y que le había aconsejado, a través de un intermediario, que abandonase la ciudad porque la policía estaba sobre su pista. Nechaev contestó con desprecio que «lo que trataban los bakuninistas era de que huyese de Zürich»; no hizo caso del aviso y siguió viviendo en el mismo sitio, hasta que la policía le detuvo. En el momento de la detención, Bakunin estaba a punto de emprender el viaje a La Chaux-de-Fonds, donde había de celebrarse la conferencia de la Federación Jurásica que debía elegir sus delegados al Congreso de La Haya y elaborar las instrucciones concernientes a su actuación en el Congreso. En el camino, se detuvo en Berna e intercedió cerca de Gustavo Vogt, miembro del Consejo federal, para que hiciese lo posible por evitar la extradición de Nechaev. El alegato no tuvo éxito. Ya dos años antes las autoridades suizas habían llegado a la conclusión de que Nechaev era un delincuente común y no un refugiado político, y hacia finales del mes de octubre fue entregado al gobierno ruso. Su destino, tan parecido al del propio Bakunin muchos años atrás, afectó profundamente al viejo luchador.

> Nadie —le escribió Bakunin a Ogarev— me ha hecho tan deliberadamente el daño que me hizo él, y a pesar de todo le tengo compasión. Era un hombre de extraordinaria energía, y cuando tú y yo le conocimos ardía en él una clara llama de amor hacia nuestro pobre pueblo pisoteado, sentía un hondo pesar por el largo sufrimiento del pueblo... En fin, ahora todo ha terminado para él.

Nechaev asistió a su juicio con brava entereza, y murió diez años después en la fortaleza de Pedro y Pablo.[8]

Cuando la suerte de Nechaev todavía estaba en la balanza, llegó a Zürich la noticia de las decisiones del Congreso de La Haya. Seguramente que sus decisiones no resultaron del todo inesperadas. Pero la expulsión de Bakunin y de Guillaume y la condena de la Alianza exigían algún dramático contragolpe, y las fuerzas bakuninistas empezaron a confluir en Zürich. Allí estaban ya varios italianos procedentes del Congreso de Rímini, y el 11 de septiembre de 1872 llegaron, procedentes de La Haya, los cuatro delegados españoles. Las deliberaciones duraron tres días. Bakunin anotó en su diario la fundación de otra nueva «organización secreta internacional» y la adopción de los correspondientes estatutos, redactados sin duda por él mismo. Para el 15 de septiembre fue convocado un congreso bakuninista en Saint-Imier, en el Jura, al cual debían asistir Guillaume y Schwitzguébel.

El congreso se reunió en la fecha señalada. El grupo de Zürich

comprendía, además de Bakunin, cinco italianos y cuatro españoles. Los demás delegados eran Guillaume y Schwitzguébel, del Jura, y tres refugiados franceses, uno de los cuales llevaba la enigmática representación de dos secciones norteamericanas de la Internacional. Los mencionados delegados rechazaron unánimemente las resoluciones del Congreso de La Haya, y se constituyeron en una unión libre de federaciones de la Internacional, regida, no por ningún organismo burocrático al estilo del Consejo general, sino por «un pacto de amistad, solidaridad y defensa mutua». Enfáticamente declararon que «el primer deber del proletariado consiste en la destrucción de todo poder político», y seguidamente procedieron a votar una serie de resoluciones que venían a ser la elaboración detallada de este principio básico. Así se fundó la Internacional anarquista disidente. En las resoluciones aprobadas se ve claramente la mano de Bakunin. En realidad no hubo debate alguno, y los procedimientos seguidos fueron meramente los formales. La noche del segundo día todo estaba ya resuelto y terminado. Los asistentes volvieron a Zürich, desde donde los italianos y los españoles emprendieron el viaje de regreso a su país. [9]

Pero Bakunin, cuya susceptibilidad a los ataques personales se había acrecentado con los años, no dio todavía por terminado su contraataque al Congreso de La Haya. La acusación de apropiación fraudulenta de la propiedad ajena era algo que no podía quedar sin respuesta. A su regreso de Saint-Imier, reunió en Zürich a sus amigos rusos y les ayudó en la redacción de una declaración que reparase su honor en entredicho. En esa declaración se recordaba la larga campaña de «calumnias marxistas» que había sido sistemáticamente emprendida contra él desde su regreso de Siberia, una campaña que culminaba en la presente acusación. Los signatarios se vieron en la imposibilidad de hacer públicos los detalles de la nueva acusación contra Bakunin debido a la «infortunada situación» en que entonces se hallaba Nechaev. Pero estaban convencidos de que todo hombre honesto había de acoger con repugnancia «tan grosera intriga y tan flagrante violación de los más elementales principios de justicia», y de que en Rusia «Bakunin era tenido en demasiada estima y se le conocía demasiado bien para que la calumnia pudiera hacer mella en su reputación». Esta declaración fue firmada por Ralli, Oelsnitz y Holstein; por otro ruso residente en Zürich, llamado Smirnov, y por Ross, quien se trasladó desde Lausana expresamente para esto. Seguidamente fue remitida a Ginebra para que la firmasen Ogarev, Ozerov y Zaitvez. Y el 4 de octubre se envió al periódico *Liberté* de Bruselas, el cual había publicado también las resoluciones del Congreso de La Haya. Igualmente apareció en el *Bulletin* mensual de la Federación Jurásica. [10]

No obstante, la manía autovindicativa de Bakunin todavía no se

dio por satisfecha. En la calumniosa agresion de que fue víctima por parte de «Marx, Utin y toda la comparsa judeo-alemana» se insinuó más de una vez que Bakunin había metido mano en el fondo Bajmetiev. Marx le escribió a Engels, y es posible que lo creyese, que Bakunin se había quedado con una cantidad de dinero que procedía del patrimonio de Herzen, el cual «ascendía a unos veinticinco mil francos anuales, con destino a fines propagandísticos». Tratando de desvirtuar esa acusación, Bakunin escribió una declaración, rogando a Ogarev que la firmara en presencia de testigos, en la que el mismo Ogarev afirmaba que había hecho entrega del fondo Bajmetiev a Nechaev; que ninguna fracción de este fondo había ido a parar a manos de Bakunin y que éste no estaba ni siquiera presente cuando Nechaev se hizo cargo del fondo de referencia. Esta última declaración era totalmente falsa. Se advierte que la memoria de Bakunin flaqueaba cuando daba rienda suelta a su indignación. Después de esto, Ogarev ya no pudo ser considerado como una persona responsable de sus actos. La declaración, escrita de puño y letra de Bakunin, con la consiguiente firma de Ogarev, se quedó entre los papeles de éste.

La protesta de sus amigos rusos fue el último acto público de la estancia de Bakunin en Zürich. Una semana después regresó a Locarno con la intención de pasar allí el invierno. Era demasiado viejo y estaba demasiado cansado para seguir llevando la vida de un luchador, y, además, Locarno era un lugar más tranquilo, más templado y más barato que Zürich. Aunque él no lo pensara, este nuevo retiro a la pequeña población de la orilla italiana del lago significó su retiro efectivo de la arena política. La Internacional marxista estaba muerta. La disidente organización que él hizo surgir del Congreso de Saint-Imier había nacido muerta, y su última aventura polaca había terminado en algo peor que en un fracaso. Su «sección eslava» casi ni llegó a nacer. Sin embargo, todavía siguió luchando, con la ficción de una actividad febril, en pro de la causa revolucionaria durante otro año antes de abandonar la partida. Pero en este último año no cosechó sino hieles y defecciones. [11]

* * *

Desde octubre de 1872 hasta septiembre de 1873 Bakunin vivió en Locarno. Primero se hospedó en el Hostal del Gallo, y luego, al trasladarse Zaitsev con su familia a Locarno, se alojó en el primer piso de la casa que éste tenía alquilada. Reemprendió, y volvió a dejarlo, el trabajo de la segunda entrega de *El Imperio knuto-germánico*. Escribió cartas interminables a sus discípulos españoles e italianos y recibió frecuentes visitas de estos últimos. Pero su mayor interés estuvo centrado en las cuestiones que afectaban a su país. Al poco tiempo de haber

salido de Zürich, llego a esta ciudad, procedente de Rusia, un emigrado de alguna importancia: Pedro Lavrov, profesor de matemáticas y quien tenía entonces unos cincuenta años. En 1867, por considerársele un peligroso radical, se le desterró de San Petersburgo, y tres años después salió de Rusia, fijando su residencia en París. Lavrov tenía mucho más de liberal que de revolucionario. Sus ideas, a semejanza de las de Herzen, se distinguían por un eclecticismo culto y refinado y por su aversión a todo extremismo. Ni que decir tiene que no poseía el genio literario de Herzen. Sin embargo, su principal ambición era la de emularlo como publicista y fundar un periódico que fuese como el heredero de *The Bell* y el portavoz de la opinión rusa ilustrada. Ya cuando, en el año 1870, Miguel soñaba en resucitar *The Bell* editándolo por su cuenta, se entablaron, pero sin éxito, negociaciones con vistas a la participación de Lavrov en la empresa. En el mes de noviembre de 1872, al enterarse de que Zürich era el centro de una nutrida colonia rusa políticamente activa, Lavrov, con el propósito de explorar el terreno, se trasladó a Zürich.

Pronto se dio cuenta de que el nombre de Miguel Bakunin estaba en los labios de todos los jóvenes rusos de Zürich. El instinto del orden, congénito en Lavrov, estaba a mil leguas de todo lo que tuviese el más ligero tinte de anarquía. No obstante, cediendo a las objeciones de los que lo tachaban de insuficientemente radical, había ya refundido una vez su programa político. No existía, pues, razón alguna para que no llegara a un acuerdo con los influyentes bakuninistas de Zürich. Los detalles de las negociaciones que con tal objeto se emprendieron no pueden precisarse a través de los contradictorios relatos de Ross, de Ralli y del propio Lavrov. Sólo podemos afirmar que hubo una gran actividad telegráfica entre Zürich y Locarno y viceversa, y que, en diciembre, Ross se desplazó a Locarno para discutir con Bakunin los términos de la colaboración con Lavrov. Al parecer, llegaron a ponerse de acuerdo —verbal cuando menos— sobre la política que debía seguir el periódico. Pero sobre lo que no hubo medio de entenderse fue en lo concerniente a la dirección y a la administración. Lavrov quería auxiliares y colaboradores, no socios. Y Ross exigía, como precio al apoyo bakuninista, un puesto en la dirección. Sobre este punto, pues, fue totalmente imposible llegar a un acuerdo Bakunin, con visible satisfacción, anotó el día 19 de diciembre en su diario: «Recibí buenas noticias de Ross: ruptura con Lavrov». [12]

A pesar de todo, Lavrov consiguió sacar su periódico a la calle. En abril de 1873 salió el primer número, y a raíz de su aparición la juventud rusa de Zürich se escindió en dos facciones rivales: los bakuninistas y los lavrovistas. Con motivo de discutir la posesión de una biblioteca de obras rusas, la lucha entre unos y otros llegó a su punto culminante.

Desde su observatorio de Locarno, Bakunin siguió con gran interés las incidencias de aquella especie de guerra civil. Y escribió a Ralli una carta en la que, refiriéndose al partido lavrovista, afirmaba que ese partido estaba formado principalmente de judíos, asiáticos, espías y «otros sujetos de poco fiar». En cuanto al propio Lavrov, Bakunin lo calificó primero de asno y después de cochino. En el mes de abril, un joven y exaltado bakuninista y, además, borrachín, apellidado Sokolov, llegó a las manos con Smirnov, discípulo anteriormente de Bakunin pero que ahora actuaba de secretario de Lavrov. Con este motivo se produjo un gran escándalo. La mayoría de la colonia rusa se puso del lado de Smirnov, y aún hubo quien propuso que se solicitase de las autoridades que fuesen expulsados de aquel cantón los ingobernables bakuninistas. Bakunin, llamado con urgencia por Ross, llegó a Zürich para celebrar una entrevista con Lavrov. Según Ross —que no estuvo presente en la entrevista—, hubo recriminaciones mutuas sobre la no participación de los bakuninistas en el periódico de Lavrov, y Bakunin tachó a Lavrov de tener ideas muy «elásticas». Con todo, parece que la entrevista de los líderes nominales de las facciones logró calmar la tempestad. Pero lo que no se consiguió fue crear un clima de amistad entre aquellas dos personalidades tan antagónicas que se llamaban Lavrov y Bakunin. Era totalmente imposible que el docto engreimiento de Lavrov se dejara impresionar por la fogosa y desordenada retórica de Bakunin. Y éste consideraba que Lavrov no era más que un insoportable pedante. [13]

Contra lo que era de esperar, el hundimiento definitivo del partido bakuninista de Zürich se debió, no a la oposición de los lavrovistas, sino a sus propias disensiones. La retirada de Bakunin a Locarno fue, al parecer, la señal para que salieran a la superficie los celos y las rivalidades hasta entonces refrenadas de sus principales lugartenientes. Ross disfrutaba por aquellos días de la confianza ilimitada de Bakunin. A su enérgico carácter se unía una elevada dosis de ambición personal, y, en la ausencia de Bakunin, se creía en el derecho de actuar y dar órdenes en nombre suyo. Los miembros del grupo que sin rechistar se sometían a la autoridad de Bakunin, no estaban dispuestos a doblar la rodilla ante Ross. Bakunin, enterado de la situación, escribió varias cartas a Ralli, jefe de los rebeldes, tratando de apaciguarlo. Poco después lo llamó a Locarno, adonde llegó mediado el mes de marzo de 1873. Lo primero que Bakunin le dijo fue que la «agrupación rusa de la Hermandad Internacional» (la terminología es aquí, como siempre, fluctuante y vacía de sentido) se iba a reorganizar. De entonces en adelante la dirigirían Bakunin, un anarquista recién llegado de Rusia llamado Lermontov, Ross y Ralli. Holstein y Oelnitz, debido a estar más interesados por la medicina que por la revolución, serían relegados a «segundo

término». Lermontov había de regresar a Rusia, donde continuaría realizando su trabajo político. Y a Ralli se le adjudicó el papel de miembro de enlace entre los «elementos» de Zürich.[14]

Este ingenuo intento de mantener en la obediencia a Ralli ofreciéndole un ascenso —más exactamente, haciéndole creer que se le había ascendido— en la jerarquía interna del movimiento no sirvió más que para aplazar, pero de ninguna manera impedir, su desorganización final. Lermontov, una vez regresó a Rusia, se olvidó por completo de sus compañeros de Suiza, declarando que Ross era traicionero, vanidoso y egoísta, y que Ralli, Hollstein y Oelnitz no servían para el trabajo revolucionario. Hasta el mismo «viejo», por más que su pasado le diera derecho al respeto de todos, había caído totalmente bajo la influencia omnímoda de Ross. Por aquellos días, un negocio de imprenta montado por el grupo se convirtió en la manzana de la discordia, pues el trío sostenía que Ross les había denegado la participación en el mismo. En los primeros días de agosto, Oelnitz envió a Bakunin, en nombre de sus intereses conjuntos, una carta que equivalía a un ultimátum. Fue un triste y lastimoso dilema para el viejo. En sus buenos tiempos, se hubiera enfurecido y habría devuelto golpe por golpe, pero ahora, en el declinar de su vida, sólo ambicionaba vivir en paz. La humilde resignación de su respuesta dejó asombrados a todos los que le conocían.

Habéis planteado la cuestión con toda claridad —escribió a Oelnitz—. Tú, Ralli y Holstein ya no tendréis en lo sucesivo nada que ver con Ross. Me advertís que cualquier nuevo intento por mi parte sería inútil, y me pedís que escoja entre él y vosotros. Al invitarme a realizar esa elección, seguramente que de antemano habréis previsto mi respuesta. No puedo ni debo separarme de Ross... No obstante, puesto que es inevitable la ruptura entre vosotros y yo, hagamos todo lo que esté en nuestra mano para evitar que redunde en perjuicio de nuestra causa; porque todos nosotros seguimos siendo servidores de la causa, tenemos el mismo programa y perseguimos los mismos fines.[15]

Pero la ruptura a que en su carta aludía Bakunin no fue llevada a cabo tan fácilmente como él deseaba. Ralli y sus amigos formaron un nuevo grupo llamado «La Comuna revolucionaria de los anarquistas rusos», el cual, habiéndose agenciado otra imprenta, publicó un manifiesto que reproducía casi textualmente el programa de Bakunin para la Hermandad Internacional. Ese manifiesto no contenía —como después se disculpó Oelnitz— más que los «puros y genuinos principios del anarquismo y del colectivismo». Pero Bakunin tuvo la sensación de que los secesionistas le habían quitado el rayo de su diestra y, acuciado por Ross, calificó el acto de traición. Con motivo de hallarse Bakunin en Berna, adonde había ido de visita, en septiembre de 1873

tuvo lugar una reunión que degeneró en una vulgar riña sobre cuestiones pecuniarias; riña que duró varios meses. El nuevo grupo —al que se incorporaron Zhukowski y la mayoría de los bakuninistas de Zürich— mantuvo su actividad varios años, durante los cuales fue el centro más importante de propaganda anarquista rusa. Abandonado de todos, con la sola excepción del tiránico Ross, Bakunin se quedó desamparado y aislado, sin partido, en suma. Sin embargo, su nombre siguieron pronunciándolo con respeto sus jóvenes compatriotas, aun cuando su participación en el movimiento revolucionario ruso había llegado a su fin. [16]

* * *

El objeto primordial de la ida de Bakunin a Berna, donde vivió todo el mes de septiembre y parte de octubre, era consultar con su amigo Adolfo Vogt, quien desde hacía tiempo era su consejero médico particular. En mayo de 1873 Bakunin había entrado en el sexagésimo año de su vida. Su organismo, antaño tan vigoroso y ahora minado por las vicisitudes sufridas en cinco prisiones, ya no se hallaba a la altura del esfuerzo a que le sometía su modo de vida y su no disminuida afición a los placeres de la mesa. Desde que se trasladó a vivir en la Suiza italiana, a su plato favorito, el grueso *beefteak*, le había añadido el suplemento de otro plato local, *maccheróni* o *risótto*, que hacía guisar con una capa de grasa. Hasta los últimos meses de su vida aún se comía una lata entera de sardinas como si fueran un entremés. El cuerpo se le fue inchando, hasta adquirir una redondez insólita. Su aspecto y su andar eran elefantinos. Cuando iba por las calles de aquella pequeña ciudad causaba una verdadera sensación entre la gente menuda, lo que a él le divertía mucho, y los chiquillos le seguían gritando «*¡Evviva Michele!*». Su pelo gris todavía le caía sobre la ancha frente, y sus ojos, de un azul grisáceo, no habían perdido el fulgor, pero de ellos tenía bolsas muy pronunciadas y su rostro era fláccido y abotagado. Ya hacía años que se le habían notado síntomas de degeneración crasa en el corazón, y los médicos le habían prescrito estricnina y nuez vómica. Ahora sus visitantes observaban cómo jadeaba penosamente al menor esfuerzo, y que cuando se agachaba para calzarse la cara se le ponía azulada. Desde que Antonia no estaba en casa, su vida era todavía más irregular. El asma le impedía dormir, por lo que prefería pasarse la noche tomando café y bebiendo vodka y ponche con sus amigos antes que enfrentarse con el tormento de estarse tumbado en la cama. Pocas probabilidades había de que las recetas de Adolfo Vogt surtieran algún efecto en unos males tan arraigados en la naturaleza física y moral de Bakunin. [17]

Su estado de salud no era, con todo, la única cuestión sobre lo que quería consultar a Vogt. La detención y subsiguiente extradición de Nechaev, el otoño anterior, le habían causado una visible agitación nerviosa. El hombre que en 1849, y nuevamente en 1863, había demostrado una temeraria disposición a meter el cuello en el lazo corredizo, comenzó ahora a evocar imaginarios terrores. Estaba persuadido de que existiría el peligro real de que las autoridades suizas le entregaran a la policía rusa y de que ésta le hiciera vivir sus últimos años encarcelado. El único medio de disipar de una vez para siempre ese miedo y de conseguir un lugar de reposo seguro y permanente era adquirir la ciudadanía suiza. Por consiguiente, había que procurarse el apoyo de los Vogt, quienes estaban muy bien relacionados con los círculos oficiales de Berna. Ellos serían sus protectores si le amenazaba el peligro, y le servirían de fiadores cuando llegase el día de convertirse en ciudadano de la Confederación helvética.

La natural y lógica contrapartida del deseo de conseguir esa seguridad era cesar de agredir la seguridad de los demás con su fogosa propaganda. Sin duda fue por consejo de Vogt que decidió hacer una declaración formal anunciando su retirada de toda lucha política. Su carrera activa había virtualmente terminado cuando el fracaso de Lyón y Marsella en el otoño de 1870. Su prolongado duelo con Marx había culminado en el cisma de la Internacional. Sus intrigas rusas, eslavas y polacas del año anterior en Zürich habían terminado en un definitivo naufragio. Le quedaban dos países en los que todavía disponía de cierto crédito y donde la revolución podía encenderse de un día a otro: España e Italia. En aquel mismo verano de 1873 pensó en hacer un viaje a España, país en el que contaba con muchos partidarios, pero en el que nunca había puesto el pie. Sus amigos españoles incluso llegaron a recolectar mil quinientos francos para el viaje. En sus buenos tiempos hubiera ido aunque sólo le hubiesen pagado el billete, pero ahora rechazó por insuficiente esa cantidad, y siguió viviendo tranquilamente en Locarno. En Italia su prestigio había aumentado enormemente desde la ruptura con Marx y la fundación de la Internacional anarquista. En ningún otro sitio tenía tantos discípulos como en este país, donde, para los socialistas italianos, Miguel Bakunin era el «santo maestro», y su figura había adquirido casi la aureola de legendaria. Hubo un momento en que incluso habló de ir a establecerse en Malta, isla que le serviría de base para proyectar sus actividades revolucionarias sobre el continente, pero el plan fracasó, y la misma Italia permaneció desconsoladoramente tranquila. A Bakunin ya no le quedaba ningún sitio en el frente de la lucha revolucionaria. Para el viejo guerrero había llegado la hora de deponer las armas. [18]

Una vez tomó la decisión de retirarse, no tardó en presentársele la

oportunidad de hacerla pública. A mediados de septiembre de 1873 apareció en Londres y en idioma francés un folleto anónimo titulado *L'Alliance de la démocracie socialiste et l'association internationale des travailleurs.* El folleto lo habían, en su mayor parte, escrito Engels y Lafargue, y era una defensa de la decisión del Congreso de La Haya de expulsar a Bakunin de la Internacional. Antes de ponerse a la venta, se mandaron ejemplares a la prensa internacional, y el 19 de septiembre el *Journal de Genève* publicó un extenso resumen. Entre los documentos que su texto citaba y que el *Journal de Genève* reproducía había varios extractos del folleto *Cómo se presenta la cuestión revolucionaria,* publicado durante la asociación Bakunin-Nechaev en los agitados días del año 1869. La publicación en un periódico conservador suizo ampliamente difundido de esas indiscreciones de un no tan lejano pasado fueron, por no decir algo peor, poco propicias para la nueva actitud de inofensiva respetabilidad burguesa que Bakunin estaba a punto de adoptar. Bakunin replicó con un extenso artículo que apareció en el mismo *Journal de Genève* el 26 de septiembre. Su réplica era una defensa en cuanto al pasado y una renuncia en cuanto al futuro.

El escrito de Bakunin empezaba con un ataque frontal a Marx, a quien consideraba (y, en sustancia, no injustamente) el autor del panfleto de Londres. Marx, «en el triple concepto de comunista, alemán y judío», era su enemigo natural. Y añadía Bakunin: «al tiempo que dice profesar la misma aversión hacia el gobierno ruso, nunca ha dejado, en cuanto a lo que a mí respecta, de obrar de perfecto acuerdo con éste». El Congreso de La Haya fue una «falsificación marxista». La reciente publicación indicaba que Marx estaba dispuesto a «asumir el papel de agente de policía, de delator y de calumniador». Bakunin recordaba con indignación un informe publicado anteriormente por el *Journal de Genève* en el que él aparecía como instigador de las recientes perturbaciones revolucionarias de España. Se refería luego a las citas entresacadas del folleto *Cómo se presenta la cuestión revolucionaria,* afirmando que él era «completamente ajeno a esa publicación» y pidiendo que en lo sucesivo no se diese crédito sino a lo que apareciese con su firma. Habiendo así despejado el terreno, continuaba:

¿Debo confesarlo? Todo eso me ha hecho aborrecer profundamente la vida pública. Después de haberme entregado durante toda mi vida a la lucha, empiezo ya a estar cansado de ella. Tengo ya más de sesenta años, y una lesión cardíaca que empeora con los años, hace que la vida me sea cada día más difícil de soportar. Que otros más jóvenes que yo prosigan la labor, pues por lo que a mí respecta, ya no tengo fuerzas suficientes para seguir empujando la piedra de Sísifo contra las fuerzas triunfantes de la reacción. Por consiguiente, me retiro de la palestra, y sólo suplico a mis contemporáneos un favor: que se olviden de mí.

En lo sucesivo no turbaré el reposo de nadie, y pido que se me deje en paz.

Esta carta causó una enorme sensación en Suiza. Con todo, fueron muy pocos los que se dieron cuenta de los cambios producidos por el paso de los años en quien fue un indomable agitador. Y muchos de sus mejores amigos creyeron que aquello no era sino una treta calculada para disimular su renovada actividad revolucionaria. El *cri de coeur* del cansado veterano fue interpretado por mucha gente como un *bluff*. Pero pocos días más tarde, y como para disipar todas las ilusiones, Bakunin escribió una nueva carta —«a mis camaradas de la Federación Jurásica»— pidiendo que se le diese de baja como miembro de la Federación y de la Internacional Esa carta la publicó el *Bulletin* de la Federación correspondiente al 12 de octubre de 1873, siendo los siguientes algunos de sus principales párrafos:

No puedo ni debo abandonar la vida pública sin antes dirigiros unas últimas palabras de gratitud y de simpatía...

Vuestra victoria, la victoria de la libertad y de la Internacional sobre la intriga de los autócratas, es completa. Ayer, cuando todavía parecía que estaba en un platillo de la balanza —aunque yo nunca dudé de que el triunfo sería vuestro—, habría sido inadmisible que nadie hubiere abandonado vuestras filas. Hoy, cuando vuestra victoria es ya un hecho consumado, todo combatiente puede recuperar su libertad para obrar según sus conveniencias personales.

Por esta razón aprovecho el momento, mis queridos camaradas, para rogaros que aceptéis mi baja como miembro de la Federación Jurásica y de la Internacional...

Por nacimiento y por *status* personal, aunque no por simpatía o inclinación, soy tan solo un burgués, y la única labor que puedo desarrollar entre vosotros es la de la propaganda. Tengo la convicción de que ha pasado ya el tiempo de los grandes discursos, impresos o pronunciados sobre cuestiones teóricas. En los últimos nueve años hemos visto nacer y desarrollarse en el seno de la Internacional más ideas de las necesarias para la salvación del mundo, si es que el mundo puede ser salvado por las ideas. Y yo desafío desde aquí a cualquiera para que invente una idea salvadora.

Ya ha pasado la hora de las ideas. Y ha llegado la de la acción, la hora de los hechos. Lo más importante hoy es la organización de las fuerzas del proletariado. Si yo fuera joven escogería la senda de los trabajadores y, como un trabajador más, compartiría la vida de trabajo de mis hermanos, participando al mismo tiempo en la organización de las fuerzas del proletariado. Porque esa organización debe ser obra del proletariado mismo.

Pero ni mi edad ni mi salud me permiten seguir en ese camino...

Me retiro, pues, queridos camaradas, lleno de gratitud hacia vosotros y rebosante de simpatía por vuestra causa, por vuestra grande y sagrada

causa, que es al mismo tiempo la causa de la humanidad entera. Desde mi retiro, continuaré siguiendo vuestros pasos con fraternal inquietud, y saludaré con júbilo todo nuevo triunfo que consigáis con vuestro esfuerzo.

Vuestro hasta la muerte...

Escritas y expedidas estas cartas, a Bakunin le aguardaba todavía otra tarea. Fue a ver a un sastre, y llenó su ropero de trajes apropiados a su nuevo papel de burgués respetable. Luego, hacia mediados de octubre de 1873, salió de Berna para Locarno, donde nuevos apuros y nuevas dificultades estaban esperando al aspirante a ciudadano de la Confederación helvética. [19]

NOTAS

1. Guillaume, *Internationale,* II, 228-30, 301; *Pisma Bakunina,* ed. Dragomanov, p. 325.
2. Ross, *Katorga i Ssylka* (1926), núm. 5, pp. 10-12, 18; *Pisma Bakunina,* ed. Dragomanov, p. 325; Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, 144.
3. Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, 205-6.
4. Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, 206-7.
5. Kropotkin, *Memorias de un revolucionario,* II, 51; El, *Severnyi Vestnik,* (abril, 1898), pp. 174-6.
6. Guillaume, *Internationale,* III, 301; *Pisma Bakunina,* ed. Dragomanov, pp. 249, 499-503; Ralli, *Minuvshie Gody* (octubre, 1908), pp. 158-9; Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, 223-31. La poco convincente prueba relativa a las relaciones entre Bakunin y los revolucionarios búlgaros la aporta Volkov en su *Christo Botev* (Sofía, 1921).
7. *Pisma Bakunina,* ed. Dragomanov, 332-40.
8. *Pisma Bakunina,* ed. Dragomanov, pp. 340-41; Guillaume, *Internationale,* II, 316; III, 53; Kantor, *V Pogone,* pp. 97-103.
9. Guillaume, *Internationale,* III, 1-10.
10. Guillaume, *Internationale,* III, 12-13.
11. *Pisma Bakunina,* ed. Dragomanov, pp. 341-3; Marx-Engels, *Sochineniya,* XXIV, 310.
12. Guillaume, *Internationale,* III, 52-4; Ross, *Katorga i Ssylka* (1926), núm. 5, 14-15; Stelkov, *M. A. Bakunin.* IV, 233, 244-52.
13. Guillaume, *Internationale,* pp. 80-81; Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, 252-9.
14. *Pisma Bakunina,* ed. Dragomanov, p. 502; Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, 231-4.
15. *Pisma Bakunina,* ed. Dragomanov, p. 502; Guillaume, *Internationale,* III, 94-5; Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, 234-8.
16. *Pisma Bakunina,* ed. Dragomanov, 504-11; Guillaume, *Internationale,* III, 141-2; Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, 238-44.

17. Arnoud, *Nouvelle Revue* (agosto, 1891), p. 593; Virubov, *Vestnik Evropy* (febrero, 1913), p. 59; Steklov, *M. A. Bakunin*, IV, 302-7.

18. Guillaume, *Internationale*, III, 141; Ross, *Golos Minuvshego* (mayo, 1914), p. 202; Steklov, *M. A. Bakunin*, III, 229.

19. *Materiali*, ed. Polonsky, III, 432-8; Guillaume, *Internationale*, III, 142-8; Steklov, *M. A. Bakunin*, IV, 333.

33

LA BARONATA

Mientras Bakunin perseguía la posibilidad de adquirir la nacionalidad suiza, alguien le insinuó que el probable éxito quizá sería seguro si conseguía tener en propiedad alguna casa. Esa sugerencia debería de parecerle una ironía a quien, por lo menos en teoría, era enemigo de la propiedad privada y prácticamente carecía las más de las veces de lo necesario para satisfacer sus más elementales necesidades. Pero lo cierto es que la sugerencia la tomó muy en serio. Inmediatamente inició Bakunin consultas con sus amigos sobre los medios y las posibilidades de convertirse en titular de una propiedad en suelo suizo. Y, casi providencialmente, en el verano de aquel mismo año de 1873, se le presentó de súbito la oportunidad de colmar su ambición.

Entre los entusiastas discípulos de la revolución que le habían visitado en 1872, había un joven italiano, Carlo Cafiero, que, en el Congreso de Roma, se había sumado a la oposición bakuninista frente a Mazzini. Cafiero lo había atraído ya el hechizo de Bakunin cuando su padre, un comerciante de Berletta, falleció repentinamente, dejando una considerable fortuna a repartir, *pro indiviso*, entre sus hijos. Carlo no deseaba nada mejor que emplear esa inesperada riqueza en beneficio de su maestro en ciencias políticas. Se convino, pues, que con el dinero de Cafiero se adquiriría a nombre de Bakunin una casa en el vecindario de Locarno. La casa tendría una doble finalidad: serviría para dar el deseado y necesario *cachet* de respetabilidad a la persona de Bakunin y de centro donde poderse reunir —a la vez que de puerto de refugio en tiempos de tempestad— los revolucionarios internacionales. El emparejar ambos objetivos parecía una incongruencia, pero lo mismo Bakunin que Cafiero eran muy poco escrupulosos en materia de compatibilidad, y el plan tenía todos los visos de una brillante estratagema

para matar dos pájaros de un tiro. En el verano de 1873, mientras Cafiero se hallaba en Italia, Bakunin eligió una vieja mansión llamada la Baronata, rodeada de terreno y de jardines que llegaban hasta la orilla del lago y lindaban con la carretera de Locarno a Bellinzona. En agosto regresó Cafiero y se formalizó el trato. Pasado el primer infantil entusiasmo, Bakunin y Cafiero se dieron cuenta de que la casa, tal como se hallaba en aquellos momentos, no era adecuada para lo que se habían propuesto. En primera lugar, no disponía de las suficientes habitaciones para la pléyade de revolucionarios que algún día sería necesario albergar. Sus gruesas paredes le daban un hosco aspecto de fortaleza, y, en general, el inmueble daba la sensación de que era una ruina. Los entusiastas compradores estuvieron indecisos durante unos días entre si restaurar el edificio o construir una nueva casa en la parte más elevada del terreno. Al fin se decidieron por la alternativa más espectacular y costosa. Mroczkowski, que entonces había llegado de visita con la princesa, se encargó de trazar los planos, y cuando Bakunin salió a principios de septiembre para ir a ver a Vogt, un revolucionario italiano llamado Nabruzzi (Cafiero había regresado a Italia) se hizo cargo de las obras.[1]

La tragicomedia de la Baronata empieza cuando Bakunin regresa de Berna a mediados de octubre. Nabruzzi había instalado en la casa lo que Bakunin llamó su «Sagrada Familia», que consistía en su madre y una joven de dudosa reputación y origen, además de dos revolucionarios italianos y otros dos españoles. La misión de Nabruzzi, según la interpretó él mismo, era de llevar un fiel registro de los gastos, pero sin limitación en su cuantía. Por aquellos días, todos, incluso el interesado, todavía creían que el patrimonio de Cafiero era poco menos que inagotable, y el hablar de economías era considerado superfluo y hasta ridículo. El personal femenino evacuó la casa a la llegada de Bakunin, y se adoptaron varias extravagantes iniciativas. Calcularon que la Baronata podría muy bien sostenerse por sí misma y aún producir lo suficiente para mantener a sus dueños. Se gastaron más de cinco mil francos en la plantación de árboles. Compraron dos vacas, dos caballos, un carruaje, un carro y una barca. Para cuidar las vacas se tuvo que contratar a una mujer; la compra de los caballos no sólo obligó a buscar quien los cuidase, sino que también hubo de hacer obras en el viejo establo y en la ruinosa cochera. Y para que pudieran circular el carro y el carruaje fue necesario abrir un camino. Sólo el camino costó seis mil francos. Por último, se aumentaron las condiciones de la propiedad con la construcción de un lago artificial, y, por contera, Bakunin insistía en que sería conveniente excavar un refugio subterráneo y corredores secretos para el caso de tener que salir huyendo. No hemos podido encontrar la cuenta más o menos exacta de los gastos efectuados en la

restauración de la Baronata, pero sabemos que ya se habían invertido cincuenta mil francos cuando en abril de 1864 Cafiero entregó otros cincuenta mil. Bakunin le aseguró con su impenitente optimismo que esa cantidad cubriría muy bien todas las necesidades hasta el mes de julio.[2]

Las circunstancias que concurrieron para agravar el desenlace de tan fantástica empresa fueron varios. Bakunin seguía recordando con ternura a Antonia y nunca se había podido habituar a la idea de una separación permanente. La adquisición de la Baronata le permitía ofrecerle ahora un hogar digno, y más de una vez le dijo a Cafiero (con la ingenua presunción de que éste compartía su júbilo) que le estaba «preparando un paraíso a Antonia». Su magnanimidad, a expensas de Cafiero, le llevó todavía más lejos. Por miedo de que Antonia le opusiera reparos a dejar solos a sus ancianos padres, le propuso que se los trajera con ella. La situación iba siendo, pues, extremadamente equívoca. Las condiciones en que la Baronata se había adquirido sólo las sabían dos o tres personas. A todo el mundo, incluyendo a Antonia, se le hizo creer que Bakunin había al fin entrado en posesión de la herencia que le correspondía, y por lo tanto la Baronata se había comprado con el producto de la herencia. Tranquilizada y alentada por esta supuesta herencia, Antonia (que había tenido su tercer hijo a poco de llegar a Siberia) decidió ir a reunirse con su marido. En octubre de 1873, Bakunin le envió dos mil francos (procedentes, desde luego, de la cartera de Cafiero) para los gastos de viaje, y cuando ya había transcurrido el tiempo normal para haberlos recibido, ella le escribió que todavía no le habían llegado, y le hizo un nuevo envío, pero ahora de cuatro mil francos. Antonia cobró las dos cantidades en la primavera de 1874, y a principios del mes de mayo, acompañada de sus tres críos, de sus padres y de su hermana casada, Sofía Losowska, emprendió la larga peregrinación desde Krasnoyarsk hasta Locarno.[3]

* * *

Mientras se estaban desarrollando los acontecimientos que acabamos de relatar, sobrevino un cambio en la vida de Cafiero. A raíz de sus repetidos viajes a Locarno, conoció y se enamoró de Olimpia Zutuzov, cuñada de Zaitvez, el amigo de Bakunin. En la primavera de 1874 Olimpia hizo un viaje a Rusia para ver a su madre moribunda, y cuando quiso volver, las autoridades rusas, enteradas de sus tratos con elementos revolucionarios, le denegaron la renovación del pasaporte. Sólo quedaba una solución. Cafiero fue a San Petersburgo, se casó con Olimpia, y como con el matrimonio la convirtió en súbdita italiana, se la pudo traer a Locarno, adonde llegaron a primeros del mes de julio, y

por aquellos mismos días, Ross, que acababa de pasar seis meses en Londres, apareció también en escena. Mientras, Bakunin no había estado ocioso. Aprovechándose de la ausencia de Cafiero, compró una parcela de terreno aledaña a la Baronata. Según él mismo explicó, se trataba de un terreno con mucho arbolado, y sólo la madera ya valía lo que se había pagado. En la discusión que con ese motivo se entabló, Ross (si hay que creer su propio relato) por primera vez llamó la atención a sus dos amigos sobre los enormes gastos que la adquisición de la Baronata había significado. Bakunin calculó que se necesitaba invertir todavía cincuenta mil francos en la finca para poderla sostener durante un par de años, antes de que pudiera sostenerse por sí misma, y Cafiero, sin arredrarse lo más mínimo, marchó inmediatamente a su país dispuesto a completar la liquidación del patrimonio paterno.[4]

De esta manera, el escenario para la representación del acto final del drama de la Baronata ya estaba montado. A principios de julio, Gambuzzi se reunió con Antonia y su séquito en Viena y les acompañó a Milán. Ross fue a Milán para recibirles en la última etapa de su viaje, y todos juntos llegaron a Locarno el 13 de julio de 1874. Dos años habían transcurrido desde que Bakunin se despidió de su mujer en Basilea. La noche de la llegada hubo iluminaciones y fuegos artificiales en la Baronata para dar la bienvenida a los viajeros, y mientras se estaban celebrando esos festejos, Cafiero y su esposa llegaban de Barletta.

A partir de este momento, los acontecimientos se sucedieron con gran rapidez. Durante el camino de Viena a Milán, Gambuzzi le explicó a Antonia, seguramente que con cierta secreta satisfacción, los rumores que corrían en Italia de que Bakunin se había aprovechado de la juventud y la inexperiencia de Cafiero para apoderarse de su patrimonio y dejarle desplumado. Al día siguiente de su llegada, Antonia, creyendo todavía que la Baronata se había adquirido con el dinero recibido de Premujino, informó, con la consiguiente indignación, de aquellos rumores a su marido. Bakunin fue a encontrar inmediatamente a Cafiero y le rogó delante de Ross que desmintiera tan infames insinuaciones. Cafiero atendió su petición, y no pasó más aquel día; pero a la mañana siguiente, 15 de julio, se pesentó ante Bakunin y con gesto huraño le dijo que aquellos rumores no carecían de fundamento toda vez que, en efecto, él se había arruinado. La realización final de los bienes de su padre estaba muy lejos de ser lo que en un principio se había creído, pues sólo ascendía a la relativamente modesta suma de cien mil francos, y la mayor parte se había ya despilfarrado, por lo que él no quería ni podía gastarse un céntimo más en la Baronata. Amargado por la idea de su perdida fortuna, le reprochó a Bakunin las locuras a que le había inducido con aquella empresa. «Arrojó la careta de la amistad

—anotó Bakunin en su diario— y me soltó una andanada de insultos». [5]

Aquello fue un rudo golpe para Bakunin. La pérdida de la Baronata y la renuncia a sus fabulosos sueños era un amargo trago, pero aún era mucho más penosa su situación frente a Antonia. No sabía cómo decírselo. La había hecho venir desde Siberia con toda su familia diciéndole que ahora disponía de un hogar y de unos ingresos que aseguraban su porvenir, y en realidad, como en los momentos más sombríos de su vida, no tenía ni dinero ni hogar. Estuvo dándole vueltas a la situación durante diez días, y al final llegó a la conclusión de que no podía seguir al frente ni a título nominal, de la propiedad de la Baronata, y el 25 de julio (puede que presionado por Ross, que se había puesto del lado de Cafiero) firmó un documento de entrega de la propiedad a Carlo Cafiero «con todo lo que ella contiene, incluidas las vacas y los caballos enfermos». Pero todavía no tuvo el valor suficiente para decirle la verdad a Antonia, la cual estaba entregada a la instalación de su familia y haciendo planes para el futuro. «Los días siguientes —escribió Bakunin dos semanas después— fueron un verdadero infierno para mí.» [6]

No le quedaba más que una salida. Bakunin tomó la «resolución de morir», y encontrar una muerte heroica, evadiéndose así de una situación insostenible, se le ofreció como un don del cielo. La liquidación de la Baronata no era el único objeto de la estancia de Cafiero en Locarno, pues le habían encargado sus amigos italianos que comprase dinamita con destino al levantamiento que a primeros de agosto tenía que iniciarse en Bolonia y extenderse luego por toda Italia. Y, en efecto, Ross adquirió la dinamita necesaria, encargándose de entrarla en Italia Olimpia Cafiero. Bakunin, versado en esas trampas, seguramente que intervino en la operación, pues al enterarse de los preparativos anunció su propósito de tomar parte en la revuelta. Pero parece que a última hora le faltó valor, confesando a su amigo Bellerio que si iba a Italia era contra su voluntad. Sin embargo, prefirió afrontar cualquier penalidad antes que verse obligado a confesarle a Antonia la verdad respecto de la Baronata. Así, pues, optó por engañarla una vez más, y le hizo creer que tenía que ir a Zürich para reunirse con unos amigos. Antonia no tuvo la menor sospecha de la expedición a Italia hasta que terminó la aventura. El 27 de julio, quince días después de los fuegos artificiales para celebrar la llegada de Antonia, Bakunin y Ross abandonaron la Baronata y Locarno para dirigirse a Italia. El viaje se hizo a través del paso de Splügen, «el nevado Splügen», donde veinte años antes Tennyson «deshojó una margarita» y escribió un poema inspirado en esta acción. Naturalmente, tuvieron que tomar las necesarias precauciones para que la policía no les identificase.

En espera del oportuno medio de transporte para atravesar la fron-

tera, Bakunin y sus compañeros permanecieron dos días en el mesón de Splügen, donde Bakunin escribió la larga relación del asunto de la Baronata, relación que, completada con el testimonio de varios testigos circunstanciales, ha sido la fuente de donde hemos extraído los materiales para la precedente narración. Ese escrito se titula *Memoria justificativa, escrita principalmente para mi desdichada Antonia*, y se lo envió por correo a Bellerio con el ruego de que se lo entregase a Cafiero, al cual le pedía que tuviese la amabilidad de, una vez que lo hubiese leído, entregarlo a Antonia. Llevamos ya transcritos algunos de los pasajes de ese documento, cuyos párrafos finales estaban concebidos en los términos siguientes:

En todo el camino desde Locarno a Bellinzona y de Bellinzona a Splügen no he podido pegar un ojo, pensando, como es natural, en Cafiero. El resultado de mis reflexiones ha sido la decisión de no aceptar absolutamente nada que proceda de él, ni siquiera su promesa de cuidar de mi familia después de mi muerte. No puedo, no quiero seguir engañando a Antonia. Su dignidad, su orgullo le inspirarán una salida. El golpe va a ser terrible para ella, pero fío que su energía y la entereza que fortalece su carácter la ayudarán a superar esta derrota. He hecho cuanto ha estado en mi mano para asegurar el porvenir de mi familia. Acabo de escribir una carta —un último adiós— a mis hermanos, quienes nunca han negado mis derechos sobre una parte de la propiedad que poseemos *pro indiviso*. Desde hace muchos años me vienen diciendo que les envíe a alguien de mi confianza para que, debidamente provisto de plenos poderes, pueda hacerse cargo, en mi nombre, del importe de la liquidación de la parte que me corresponde de la herencia. Hasta ahora no había podido encontrar a esa persona. Hoy, por medio de las cartas adjuntas, confiero plenos poderes a la hermana de Antonia. En mejores manos no podía depositarlos. Ella es una mujer decidida e inteligente, y el afecto que por Antonia siente es ilimitado.

Y ahora, amigos míos, ya sólo me queda una cosa por hacer: morir. Adiós...

Antonia, no me maldigas; perdóname. Voy a morir bendiciéndote a ti y a nuestros hijos.

Desde Splügen, Bakunin escribió una carta, también de despedida, a Guillaume, puesto que «iba a tomar parte en una lucha en la cual no esperaba salir con vida». Probablemente cuando escribió esas líneas no se acordaba de que en su carta anterior había anunciado a su amigo su resolución de retirarse de las actividades revolucionarias, al mismo tiempo que le aconsejaba que también él las abandonase. Cruzó sin novedad la frontera, llegando a Bolonia el 30 de julio. No tenía esperanzas, ni casi deseos, de regresar.

En Bolonia, Ross se separó de él. «Conducta descortés de Ross —consignó Bakunin en su diario—. Lo mandé al diablo.» Ya antes de salir

de Locarno, Bakunin tuvo la impresión de que Ross se pasaría al bando de Cafiero. Aunque no exista ninguna prueba escrita, tuvo que haberse producido un altercado entre ellos en Bolonia. Es posible que Bakunin tomase a mal que se le dejara solo entre los revolucionarios italianos, a la mayoría de los cuales apenas si conocía. Más probable es que la disputa obedeciese a cuestiones económicas, es decir, por esperar que Ross le proveyera de un dinero que no acababa de llegar. La riña fue enconada y sus efectos duraron mucho tiempo, pues durante muchos meses el calificativo que Bakunin imprimió en su diario respecto a su ex amigo fue el de «canalla». [7]

En Bolonia, Bakunin vivió oculto por espacio de más de una semana con el nombre de Tamburini, un «rentista acomodado, inválido y ciego». Su identidad no la descubrió la policía, y sus habitaciones sirvieron de punto de reunión de los principales conspiradores. Para el golpe señalaron la noche del 7 al 8 de agosto. Los revolucionarios boloñeses tenían que concentrarse en dos puntos extramuros de la ciudad, en donde se les debían incorporar los revolucionarios procedentes de otros puntos de Italia. Una vez unidas, esas fuerzas penetrarían en Bolonia a las dos de la madrugada por dos puertas diferentes, y ocuparían varios puntos estratégicos, incluido el arsenal. Se esperaba que a la llegada del alba toda la ciudad estaría en su poder.

A pesar de la perfección con que se había organizado, el plan abortó en toda la línea. En la noche del 5, a uno de los principales organizadores, un joven llamado Costa, lo detuvo la policía. Al llegar el momento crítico, los refuerzos que debían llegar de otras ciudades fueron muy inferiores en número a los contingentes prometidos y esperados. Los boloñeses que hicieron acto de presencia en los puntos de concentración cogieron miedo, y la mayoría de ellos se dispersaron y regresaron a sus casas. Los más timoratos y los más conocidos huyeron hacia los montes, con la esperanza de penetrar en territorio suizo. Lo único que con aquella abortada tentativa se consiguió fue abrir los ojos a la policía respecto al peligro que se cernía sobre la ciudad de Bolonia. Bakunin, solo y a la expectativa durante aquella noche fatal, se dio cuenta de que la tentativa había fracasado, y pensó en suicidarse, para lo cual cargó el revólver; pero lo pensó mejor, y renunció al ademán decisivo. Tres días después, sus amigos italianos lo sacaron del país de la misma forma con que había entrado.

Guiado por uno de los revolucionarios italianos, viajó desde Bolonia a Verona y de Verona a Splügen, disfrazado de viejo y valetudinario cura de aldea. Se había afeitado la cabeza, se puso unas gafas negras y andaba penosamente, apoyándose en un bastón y llevando colgada del brazo libre una cesta de huevos. Antes de salir de Bolonia envió una breve carta a Bellerio.

Mi querido amigo y hermano: con verdadera angustia te ruego que me des noticias de Antonia y de su padre. Dile que, de todos los tormentos que me acometen. el más cruel es el pensar que la he dejado en tan penosa situación. Pero no había otra alternativa. Después de leer mi larga carta [es decir, la *Memoria justificativa*], te habrás dicho lo mismo que yo te digo: que no habia otra alternativa.

Durante el viaje no los molestó nadie. Y el 14 de agosto Bakunin arribó felizmente a Splügen, desde donde comunicó por telégrafo la noticia de su próxima llegada a Locarno.[8]

* * *

En la Baronata la situación se fue haciendo más tensa y emponzoñada durante la ausencia de Bakunin. Con su marcha se rompió el único lazo entre su familia y sus compañeros políticos, y los dos bandos dieron rienda suelta a su mutua antipatía. Las circunstancias del matrimonio de Bakunin fueron materia más que suficiente para escandalizar y aturdir a sus amigos. Pero también tuvo que haber algo en la enigmática personalidad de Antonia que diera motivo a la profunda e instintiva aversión que inspiraba a aquellos amigos. Herzen, ya desde su primer encuentro con ella, cuando la recibió en Londres, la acogió con ostensible recelo y desdén. Guillaume, que no la vio más que una vez, no tuvo nunca una palabra afectuosa para la esposa de Bakunin, mientras que siempre estuvo dispuesto a dificultar la «excesiva e irreflexiva bondad de corazón» del marido. Cafiero la miraba con ceño adusto; Bellerio no levantó jamás un solo dedo en su defensa y Ross era su implacable enemigo. A Antonia le tenía completamente sin cuidado la causa de la revolución, y había, incluso, conseguido que Miguel se fuese desviando de sus antiguas actividades (ésta era por lo menos la opinión de los amigos de Bakunin); y ahora Bakunin se había gastado la mayor parte del dinero de Cafiero, que en principio se destinaba al servicio de la revolución, a construir «un paraíso para Antonia». Ella no había sido, ni en el sentido conyugal de la palabra, fiel a su marido, y la afable tolerancia que se dignaba concederle no podía compararse con la tierna solicitud con que atendía a Gambuzzi. Pero estas razones, por muy legítimas que sean, no explican toda la historia. Era la permanente actitud de Antonia —fría, desdeñosa y acusadora— hacia todo lo que no fuera su propia familia lo que provocaba la implacable enemiga de los compañeros políticos de Bakunin.[9]

La situación de la infortunada mujer era en aquellos momentos realmente dramática. Si Bakunin la consideraba, y con razón, la primera víctima inocente del enredo de la Baronata por haberla atraído, con toda su familia, desde Siberia hasta Suiza con falsas promesas, sus

amigos, en cambio, la miraban como a la principal culpable de todo y estaban dispuestos a no perdonar ocasión de descargar su rencor contra ella. Engañada por su marido y detestada por los amigos de él, Antonia continuó ignorándolo todo durante los quince días que siguieron a la partida de Bakunin. Creía que vivía en una casa propiedad de su marido cuando todos la consideraban una intrusa metida en una propiedad ajena. Los elementos dramáticos de semejante situación iban, como vemos, evolucionando rápidamente.

La *Memoria justificativa* fue entregada a Bellerio el día 30 de julio. Algún vago impulso indujo a éste a sacar copia del escrito, una copia que muchos años más tarde encontraron entre los papeles de Antonia, bastante tiempo después de que el original (que nunca llegó a poder de ella) fuera destruido. Bellerio hizo entrega del original a Cafiero, con el ruego de que se lo entregara a Antonia, pero después de leerlo, Cafiero se negó a cumplir el encargo, apoyándose en que en su texto se aludía a determinadas actividades revolucionarias que no debía conocer una persona extraña a ellas como era Antonia. Sin embargo, lo cierto es que, por una vez y contra su costumbre, Bakunin fue bastante discreto en esta ocasión. En su Memoria no hace la menor alusión a la aventura italiana en que estaba a punto de embarcarse. La cuestión se mantuvo indecisa durante varios días, mientras Antonia, totalmente ignorante de la verdad, continuaba viviendo en la falsa seguridad de la Baronata. Por fin Bellerio consiguió que Ross interviniera en el asunto, y Ross se encargó de revelar a la infeliz esposa —sin enseñarle, empero, el documento— la verdad de la situación. El único testimonio de la conversación que tuvieron procede del mismo Ross, el cual nos ha dejado dos relatos contradictorios: el que entregó a Guillaume en 1904 y el que, añadido a otras cuestiones personales, escribió diez años más tarde. Preferimos seguir aquí el primero de esos relatos, por su prioridad y porque parece más veraz, aunque, en lo que a detalles se refiere, no se le puede conceder demasiado crédito.

La entrevista de Ross con Antonia tuvo lugar el 6 de agosto en el jardín de la casa de Bellerio y en presencia de éste. Se empezó hablando en francés en atención a Bellerio, pero cuando los interlocutores se iban excitando, sin darse cuenta se expresaban en ruso. De la lectura del escrito de Ross, se saca la impresión de que éste llevó a efecto con verdadera delectación la ingrata tarea de descubrir la penosa y humillante verdad a una mujer a la que detestaba de todo corazón. Empezó diciéndole, con ruda franqueza, que ella no tenía derecho a seguir ocupando la Baronata, y ella le replicó que vivía en la casa de su marido. Ross insistió en que la Baronata era «propiedad de la revolución», y ella, indignada, les acusó a él y a Cafiero de estar despilfarrando los bienes de su marido. Paso a paso, Ross hizo comprender a Antonia

la verdadera historia de la Baronata, y a medida que iba enterándose de la verdad, el dolor fue sustituyendo la indignación que al principio se había apoderado de ella. El acta firmada por Bakunin unos días antes de su marcha no dejaba lugar a dudas. La Baronata era legal y moralmente propiedad de Cafiero. Antonia volvió a la Baronata aturdida por el terrible golpe que acababa de recibir. Sin embargo, como no carecía de valor ni de dignidad, se plegó a lo inevitable, y tres días después ella y su familia abandonaron Locarno y se fueron a Arona, población situada más hacia el sur, en la misma orilla italiana del lago. Nada se sabe sobre si Ross la informó a última hora de dónde se hallaba su marido. [10]

El primer telegrama de Bakunin en que anunciaba su feliz llegada a Splügen no lo entregaron ni a Antonia ni a Bellerio, sino a su amigo y compatriota Zaitsev. A ese telegrama le seguía una carta dirigida a Bellerio, en la que rogaba a Cafiero que fuera a verle a Splügen, donde estaba sin recursos y sin poderse ir hasta que alguien le llevara o le enviase algún dinero. Su petición no obtuvo respuesta inmediata, y después de una semana de angustiosa espera, apareció Ross, pero sin dinero ni noticias de Cafiero. Su visita sólo consiguió enconar, todavía más, el rencor que el anciano Bakunin sentía hacia el que fue su mejor amigo. Dos días después, llegaron dos nuevos visitantes, Sofía Losowska y Bellerio. Antonia, que acababa de enterarse del regreso de su marido, les había enviado para recogerlo. Si bien era verdad que Antonia demostró siempre una absoluta indiferencia hacia todo lo que oliese a revolución, no obstante ser infiel a su marido, se sentía unida a él por una extraña ligazón que no excluía un sincero y compasivo afecto por el gigante descarriado. [11]

Bakunin no acababa de decidirse a regresar. Aun ahora, sus ambiciones revolucionarias no estaban del todo apagadas. Hablaba animadamente de probar una vez más fortuna en Italia, pasándose muchas de las horas de su obligada inactividad trazando nuevos planes y redactando nuevos códigos. Su humor era variable. A veces hablaba de emigrar a América y de hacerse súbdito norteamericano. Pero cuando supo que Antonia pensaba en ir a reunirse con Gambuzzi en Nápoles, su único objetivo consistió en disuadirla de dar el paso decisivo. Su cerebro, debilitado y perturbado por los tormentos morales del mes anterior, dejó casi de funcionar con coherencia. La única idea a la que estaba permanentemente aferrado era al deseo de ver a Cafiero. Él no podía comprender todavía el cambio radical operado en la fortuna y en los sentimientos de éste, y su mayor esperanza era conseguir de su antiguo amigo los fondos necesarios para la realización de alguno de sus proyectos últimamente elaborados. [12]

El 25 de agosto recibió, al fin, carta —una «grosera carta»— de Ross,

en la que le incluía doscientos francos y le decía que Cafiero esperaba entrevistarse con él en Sierre, cantón del Valais, a primeros de septiembre. La elección de semejante lugar suponía atravesar toda Suiza. A la mañana siguiente Bakunin se puso en camino, viajando por cortas etapas, y al llegar a Sierre se encontró con que todavía no estaban allí ni Cafiero ni Ross. No hacía aún un año que Miguel Bakunin era tratado como una celebridad por la naciente generación de revolucionarios, la cual veía en él a su mentor y a su guia, y ahora se veía obligado a atravesar de un extremo a otro toda Suiza, obedeciendo las órdenes de dos jóvenes amigos, y esperarles servilmente hasta que se dignasen aparecer. El balneario de Saxon-les-Bains no estaba muy lejos. Pocos años antes Dostoievski había jugado varias veces en su casino. Y Bakunin, en su estado de sobreexcitación, sucumbió también al impulso de tratar la suerte, y se jugó cien francos, que, naturalmente, perdió. Pero eso tuvo la virtud de actuar como un narcótico sobre sus nervios.

Entretanto, Cafiero y Ross, que habían hecho el viaje por Neuchâtel, tuvieron una entrevista con Guillaume, y le informaron del embrollo de la Baronata, quedándose con el manuscrito original de la *Memoria justificativa*, que luego había de destruir. Poco tiempo le costó a Guillaume pronunciar el veredicto contra su viejo amigo. Según Guillaume, Bakunin había dado pruebas de «debilidad y de falta de conciencia» en aquel asunto, asegurando a Cafiero y a Ross que estaba totalmente de acuerdo con lo que ellos habían hecho. Con la aprobación, pues, de Guillaume, Cafiero y Ross siguieron hacia Sierre, donde celebraron la reunión con Bakunin el día 2 de septiembre. Cafiero entregó al viejo trescientos francos para sus necesidades inmediatas, comprometiéndose a prestarle cinco mil por dos años al seis por ciento, con la condición de que el pagaré lo avalase la hermana de Antonia o cualquier otra persona económicamente responsable. La oferta no dejaba de ser generosa y la condición tampoco era sorprendente. Con todo, como era lógico esperar, la entrevista fue bastante penosa. «Nuestras relaciones son ahora más frías que el hielo —escribió Bakunin en su diario—. Todo ha terminado entre nosotros.» [13]

Bakunin se quedó en Sierre tres semanas más. No quiso regresar hasta tener la seguridad de que Antonia estaba dispuesta a recibirle, pasándose la mayor parte del tiempo escribiéndole a ella (quien nuevamente vivía con su familia en territorio suizo) cartas interminables. Si realmente Antonia tuvo alguna vez la idea de reunirse con Gambuzzi, ahora la había abandonado. Pero no es de extrañar que vacilase antes de decidirse a reanudar la vida matrimonial con su marido, de cuya sinceridad (y de su equilibrio mental incluso) tenía sobradas razones para dudar. Las primeras cartas que le escribió eran «extrañas y desprovistas de franqueza». Sofía Losowska se negó en redondo a garan-

tizar el préstamo propuesto por Cafiero. A Bakunin le renacía su viejo optimismo. Ganaría «varios miles de francos» con las memorias que se proponía escribir. También «obligaría» a sus hermanos a pagarle la parte de herencia que le debían, la cual no bajaría de cuarenta mil francos. Pero en los momentos de lucidez tenía conciencia de que era un hombre acabado. Así llegó a pensar en suicidarse si Antonia se negaba a recibirle. En espera de la decisión de ella, buscó la evasión de sus preocupaciones en la lectura de cuantas novelas francesas pudo procurarse. El título de una de ellas era significativo y aciago: *Je me tuerai demain*. Ross, el hombre a quien ahora consideraba como su peor enemigo, fue a verle y le prometió interceder por él cerca de Antonia y de Sofía. Bakunin consignó en su diario: «Pasé todo el día con Ross. Completo acuerdo». La fluctuación de su pensamiento ofrecía en aquellas semanas un triste acento de senilidad.

Y por fin llegó la tan esperada carta de Antonia invitándole a reunirse con ella en Lugano, lugar entonces de su residencia. El 23 de septiembre partió, pues, rebosante de alegría hacia su casa. Pasó por Neuchâtel con el objeto de ver a Cafiero y a Ross, y su entrevista con ellos tuvo lugar en presencia de Guillaume y de Spichigen. Bakunin había concebido sin duda la esperanza de captarse la simpatía de sus viejos camaradas del Jura. Sabía seguramente que Cafiero y Ross habían contado ya la historia de la Baronata; sin embargo, se llevó una gran decepción cuando vio que Guillaume estaba de parte de ellos. Bakunin había casi perdido la facultad de sentir. No obstante, observó con la mayor amargura que el menos allegado a él de los cuatro amigos fue el único que se conmovió ante su dramática situación, pues mientras los otros permanecían fríos y aun duros ante él, Spichigen, sentado en un rincón, lloraba en silencio, hondamente conmovido por la humillación de que era objeto el viejo luchador. Se le ofreció a Bakunin una pensión de trescientos francos mensuales. Sus viejos amigos suizos, italianos y rusos contribuirían por partes iguales a la recaudación de esa cantidad, pero Bakunin demostró que no estaba dispuesto a aceptar donativo alguno de los que él consideraba sus enemigos. A pesar de todo, y aunque herido en su orgullo, no rechazaba la ayuda si se concedía en calidad de «empréstito». Declinó, pues, el ofrecimiento de la pensión y le rogó a Cafiero que le prestase tres mil francos. Cafiero reiteró su conformidad siempre que el préstamo estuviera garantizado por un fiador solvente. Bakunin tuvo que confesar que su cuñada le había negado su aval, pero todavía confiaba en que Bellerio accedería a servirle de fiador. Luego sobrevino el rompimiento final. Una amistad de más de cinco años con Guillaume había terminado para siempre. [14]

Antes de llegar a Lugano, Bakunin hizo un alto de más de una semana en Berna. Había empezado a notar síntomas de sordera, y Adol-

fo Vogt le prometió un aparato para que pudiese oír mejor. En Berna le recibió el Consejero federal Schenck, quien escuchó con benevolencia sus deseos de obtener la nacionalidad suiza para poseer, al fin, una situación legal. Pero a pesar de las solícitas gestiones llevadas a cabo por sus amigos, no hubo forma de encontrar un solo cantón que quisiera inscribir a aquel famoso aventurero entre sus conciudadanos. Así, pues, Miguel Bakunin tuvo que morir como había vivido: exiliado y sin patria.

A primera hora de la mañana del 7 de octubre llegó Bakunin a Lugano. Antonia, Sofía y el anciano Ksaweri Kwiatkowski, y también las dos niñas mayores, estaban esperándole. «Una excelente habitación, cálida y sincera amistad», escribió Miguel con evidente alivio en su diario. Las bofetadas que había sufrido en las semanas anteriores le habían hecho perder la fe en la bondad humana, y estuvo esperando con ansiedad y miedo la acogida de sus familiares. Su odisea había, por fin, terminado. Sus fogosas pasiones y su dinámica energía estaban definitivamente apagadas y agotadas. Lo único que ahora anhelaba era que se le dejase morir en paz. [15]

NOTAS

1. Guillaume, *Internationale,* III, 96-102, 181.
2. Guillaume, *Internationale,* III, 102, 181-3; Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, 332.
3. Guillaume, *Internationale,* III, 198-9, 203.
4. Guillaume, *Internationale,* III, 187, 198; Ross, *Golos Minuvshego* (mayo, 1914), p. 203.
5. Guillaume, *Internationale,* III, 199; Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, 341-345.
6. Guillaume, *Internationale,* III. 200; Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, 346.
7. Guillaume, *Internationale,* III, 200-204; Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, 365.
8. Guillaume, *Internationale,* III, 204-6.
9. Guillaume, *Internationale,* III, 203; Bauler, *Byloe* (julio, 1907), p. 77; Steklov. *M. A. Bakunin,* IV, 342-3.
10. Guillaume, *Internationale,* III, 209; Ross, *Golos Minuvshego* (mayo, 1914), pp. 208-9.
11. Guillaume, *Internationale,* III, 206-7, 209; Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, página 373.
12. Guillaume, *Internationale,* III, 207, 209; Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, página 374.
13. Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, 376; Guillaume, *Internationale,* III, 209-10, página 235.
14. Guillaume, *Internationale,* III, 235-7.
15. Guillaume, *Internationale,* III, 258; Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, 387.

34

LA MUERTE DE UN RENTISTA

La amistosa acogida de que fue objeto Bakunin y el tranquilo ambiente de Lugano actuaron como un bálsamo sobre su lacerado espíritu. Dos días después de su regreso, su ingenio fue todavía lo bastante sutil como para encabezar una carta dirigida a Bellerio con una cita (que se aplicó como una burla a sí mismo) de Béranger:

Me revoilà, peuple fidèle,
Qui m'avez donné mon congé,
Pardon, si la goutte cruelle
M'ôte le peu d'esprit que j'ai.

Después de reflexionar sobre ello, se complacía en atribuir sus recientes desgracias a su propia «estupidez», a la «bobería» de Cafiero y a la «abyecta bajeza» de Ross. A éste le escribió una envenenada carta acusándole de haber «hecho todo lo posible por matarme física, moral y socialmente». Para él, Cafiero no había sido más que un instrumento en manos de Ross. Y cuando tres semanas más tarde Ross, que había hecho un viaje secreto a Rusia, intentó acercarse de nuevo al viejo, éste le contestó secamente aludiendo a su actual «apacible y tranquila vida en Lugano, lejos de sórdidas intrigas y de asquerosos intrigantes». Ese capítulo, para él pertenecía ya a la historia, pero su resentimiento contra el hombre a quien tenía por el principal responsable de sus desgracias durante el resto de su vida siguió vivo en su corazón. [1]

Las relaciones humanas eran una de las necesidades primordiales de Bakunin, lo cual, lo mismo Antonia que el resto de su familia, no fueron nunca capaces de satisfacer por completo. El día 20 de noviembre —festividad de San Miguel, conforme al viejo calendario ruso—

Bakunin ofreció un banquete «principesco», al que asistieron —especialmente llegados para esta ocasión— los Bellerio, padre e hijo, pero él ya no tenía confianza en esos invitados. Ya en su sexagésimo primer año y con sólo dieciocho meses más de vida, Bakunin tuvo que crearse un nuevo círculo de amistades. Entre las que ahora reunía a su alrededor en Lugano, se contaban: un profesor llamado Pederzolli, antiguo secuaz de Mazzini, quien por habérsele expulsado de Italia se ganaba la vida dando lecciones de italiano; Nabuzzi, que ya había desempeñado un breve papel en la tragicomedia de la Baronata, pero que, después de todo, se había librado de la enemiga que Bakunin reservó para los demás participantes en aquel desdichado asunto, y Arturo Arnoud, refugiado que había tomado parte en la Comuna de París. En 1875 recibió la visita de un joven ruso llamado Kravchinski, que más tarde había de ser famoso en varios países bajo el *nom de guerre* de *Stepniak* (Hombre de la estepa). En enero de 1876, Benoît Malon, a quien Bakunin ni había vuelto a ver desde 1871, fijó su residencia en Lugano, en donde pronto se le unió madame de Champseix. Pero ninguna de esas personas pasaron de representar para él más que simples amistades ocasionales. La amistad no volvió a arraigar en su corazón tan fácil y profundamente como en los días de la plenitud de su vigor. En aquellos postrimeros meses de su vida, Bakunin fue, en el fondo de su ser, un solitario. Gambuzzi aparecía de tarde en tarde, y siempre había un cuarto preparado para él, pero es de suponer que la presencia del italiano servía de poco consuelo al marido de Antonia. El ejemplo de fidelidad que más conmovió a Bakunin fue el de un grupo de trabajadores italianos de la localidad, los cuales le escuchaban embelesados cuando les hablaba de la causa revolucionaria, se interesaban por él cuando padecía algún achaque y le llevaban golosinas que él no podía costearse. Bakunin siempre se sintió a gusto entre los obreros manuales. Estos hombres —quizá los únicos que le miraban sin ese signo de compasión tan parecido al menosprecio— eran sus discípulos.[2]

Arnoud, el *communard* francés que solía visitarle por aquellos días, nos ha dejado la relación más completa del modo de vida de Bakunin en Lugano. Acostumbraba levantarse poco después de las ocho, marchando seguidamente a un café de la plaza principal de la localidad, donde entre desayunar, leer la prensa, escribir cartas y charlar con los amigos, se pasaba la mañana. Cuando se le acababa el dinero, adquiría al fiado lo que deseaba, o se lo prestaba la dueña. Y cuando la deuda había crecido demasiado, cambiaba de *habitat*, es decir, se hacía parroquiano de otro establecimiento. A las dos iba a comer, comprando de paso (si tenía dinero, y si no, al fiado) dulces o confites para los niños. Después de comer, dormía hasta las ocho, y al levantarse solía aparecer por la salita de recepción de Antonia y recreaba a las visitas contando

sus antiguas hazañas. A medianoche se retiraba a su escritorio, donde leía o escribía durante la mitad de lo que quedaba de noche. Normalmente dormía vestido en una cama de tablas, y se decía que la famosa gorra gris con que aparecía siempre en público no se la quitaba nunca. [3]

Como siempre, seguía predicando el anarquismo a sus nuevos amibos trabajadores, pero ya no le quedaban energías, ni afición, para dedicarse a la política, y su optimismo de toda la vida también se le fue agotando.

Con gran desilusión —escribió a Eliseo Reclus— he descubierto, y lo voy descubriendo más cada día que pasa, que en la masa no prende la idea revolucionaria, y que en ella no anidan ni la esperanza ni el coraje. Y donde no existen estas condiciones, por más que uno se esfuerce es imposible conseguir resultado alguno.

El año 1875 pareció confirmar sus peores predicciones. Inclusive en aquellos países en donde más discípulos tenía el retroceso revolucionario era evidente. En España, Alfonso XII era exaltado, entre el entusiasmo general, al trono de sus mayores. En Italia, Garibaldi rendía homenaje en el Quirinal a Víctor Manuel, e incluso hacía las paces con el Vaticano. Se vivía en la era, según explicó a Bellerio, «del triunfo universal de los bribones». Hasta su fe en la bondad de la naturaleza humana perdió Bakunin. «Si no existieran en el mundo más que tres personas —le dijo un día a Pederzolli—, dos de ellas se confabularían para oprimir a la tercera.» Su odio a la Iglesia superó en aquellos días al que siempre sintió por el Estado. Seguía con gran interés los comienzos de la *kulturkampf* en Alemania, declarando, medio en serio medio en broma, que se había hecho, «hasta cierto punto, bismarckiano».

Su retiro de la vida activa y el abandono de su interés por la política le habían dejado viva sólo una pasión: «una inmensa curiosidad». «Hemos enseñado ya bastante; ahora, en nuestra vejez, ha llegado el tiempo de aprender nuevamente», escribió a Ogarev, residente entonces en Londres, recomendándole la *Kulturgeschichte der Menschheit*, de Kolb (que le entusiasmaba por encarecer el «federalismo» del sistema griego de gobierno y condenar la organización «centralista» de los romanos), la *Autobiografía* de John Stuart Mill y las obras de Schopenhauer, que constituían su diaria lectura. Unos meses más tarde le ruega a Adolfo Vogt que le envíe *El Capital*, de Marx. Lo que no se sabe es si llegó a recibir, ni si intentó una vez más leer la obra maestra de su rival, como tampoco existe prueba alguna de hasta cuándo prosiguió en su estudio de las obras que recomendó en su carta a Ogarev. Respecto a sus escritos de aquellos días, nada podemos anotar tampoco. Unos fragmentos de escasa importancia política, hallados entre sus manus-

critos después de su muerte, son atribuidos, sin mucha seguridad, a este periodo. A Ogarev le dijo en cierta ocasión —como se lo afirmó a otros amigos repetidas veces— que estaba «escribiendo sus memorias». Pero no existe ningún fundamento para suponer que en aquellos días llevó a efecto su tantas veces aplazada intención de hacerlo. Cuando se retiró a Lugano, Bakunin se dejó ganar fácilmente por la «atareada» inactividad de la vejez. [4]

En un aspecto no experimentó Bakunin cambio alguno: en el económico. Seguía teniendo poco dinero, como siempre, y era tan poco práctico y delicado en sus mañas para procurárselo como un niño. Nadie fue nunca capaz de convencerle de que Cafiero no podía ni quería prestarle más dinero. Cuando Bellerio fue a Lugano con motivo de la celebración del día de San Miguel, Bakunin le estuvo constantemente importunando para que le ayudara a persuadir a Cafiero de que le hiciese un último préstamo. Fue en vano que Antonia —que nunca intentó directamente hacer entrar en razón a su marido— le pidiese a Bellerio que hiciera lo posible por meterle en la cabeza que, después de lo que había pasado, su demanda era «incompatible con su dignidad». Bakunin, impermeable a todo argumento, siguió su lógica particular. No se trataba, según él, de pedir «ningún favor a Cafiero, sino de un acto de estricta justicia por parte de éste». Cafiero, con su comportamiento en el asunto de la Baronata, fue quien le había metido en aquel «terrible callejón sin salida»; por consiguiente, a Cafiero le correspondía prestarle la ayuda necesaria para salir del apuro. Y, de acuerdo con su característico optimismo, añadió que estaba «casi seguro» de poder devolverle el dinero antes de medio año. No dejó tampoco de llamar a otras puertas. «Tú y yo tenemos que ser como hermanos —le dijo un día a Arnoud—. Cuando tú tengas dinero, los dos tenemos que servirnos de él, y cuando yo lo tenga será también para los dos.» Pero el astuto francés no se dejó seducir por esa proposición, pues sabía demasiado bien que la segunda contingencia, de no surgir un milagro, no se presentaría nunca. [5]

En ésta como en todas las crisis que atravesó durante su edad viril, Bakunin confiaba en su *deus ex machina* favorito: la perspectiva de su herencia. En noviembre Sofía Losowska hizo un viaje a Rusia, y Bakunin, como no podía ser de otra manera, aprovechó la ocasión para encargarle que hiciese la consabida y urgente gestión cerca de sus hermanos. Sofía fue, en efecto, a Premujino, y, aunque no consiguió ningún dinero (no existe razón alguna para dudar de la constante afirmación de los hermanos de Miguel de que ellos no disponían de numerario), sí consiguió que fuera designada la parte que de la finca le correspondía: un bosque valorado en cien mil francos. Aquí cabe la duda de si hay que achacar la prioridad de esta optimista estimación a Sofía o a Mi-

guel. Pero lo que podemos asegurar es que, apoyándose en los informes que Sofía trajo de Premujino, Bakunin creyó que, por fin, estaba a dos pasos de cobrar una primera, y considerable, entrega con cargo a su parte en la herencia.[6]

Esa creencia demostró que a Bakunin no le habían servido de nada las lecciones sufridas. La pérdida de la Baronata le afectó más de lo que él se atrevía a confesar, pues aquella catástrofe hirió profundamente su orgullo. No descansaría hasta conseguir alguna compensación. La riqueza que estaba a punto de entrar por las puertas de su casa le proporcionó la gran oportunidad de desquitarse. Sin aguardar más, compró por el precio de veintiocho mil francos (tres mil al contado, tres mil quinientos en abril y el resto en el mes de octubre) una hermosa villa, con su huerta y su jardín, situada en los alrededores de Lugano, hacia el lado del Monte Salvatore y conocida por Villa Bresso. Para justificar su decisión, Bakunin se apoyó en los motivos más extravagantes. Si hubiera demorado el trato, algún otro comprador le hubiera quitado la finca de las manos. Los precios de la propiedad inmobiliaria iban a subir a la llegada de la primavera, máxime ahora que se estaba a punto de construir el ferrocarril a Milán. Pidió prestado (según parece, una parte a Gambuzzi) el dinero del pago al contado. No le cabía la menor duda de que en octubre habría entrado ya en posesión de su fortuna. En marzo dirigió una carta a sus hermanos para que se dieran prisa en «liquidarle» su parte, y como medida de precaución, rogó a Sofía que volviera de nuevo a Premujino, «en plan de negocios, para dejar todas las cosas definitivamente arregladas». Sus hermanos no tomaron a mal aquella delirante exactitud de Miguel, pues «en la vejez era ridículo ponerse en plan de soñador».

Esta carta del mes de marzo de 1875 es la última que escribió a Premujino, y como si presintiese que ya no volvería a escribirles más, invitó a todos a que «fueran a ver, por última vez, a su viejo hermano antes de que hiciera su viaje a la tumba». Tatiana había muerto, y Alejandra era «el último mohicano del antiguo mundo de Premujino».

Muchos, muchísimos recuerdos cobrarán nueva vida si nos reunimos todos los supervivientes. ¿O es que ya no hemos de reunirnos nunca más? Sí, deseo ardientemente veros a todos, besaros a todos con fraterno cariño. ¿Por qué no venís...? No sólo os invito a todos vosotros, mis queridos hermanos, sino también a mis desconocidos sobrinos y sobrinas; todos los que vengan serán bien recibidos. Pero sobre todo vosotros, Pablo, Alexis y Nicolás, debéis venir; aquí podréis aconsejarme acerca del arreglo de la casa y del jardín. Quiero convertir esto en un pequeño reino de los cielos...; este suelo y este clima son altamente favorables a la vegetación. Con el tiempo, aquí habrá una multitud de frutas, de verduras y de flores, y aquí reviviremos el recuerdo de la casa paterna.

Entre los papeles hallados después de la muerte de Bakunin, había un manuscrito con el encabezamiento de «Carta de despedida a mis hermanos», pero ese manuscrito no ha llegado hasta nosotros. [7]

* * *

El sueño de revivir las glorias de Premujino en suelo extranjero era algo tan irreal como casi todos los sueños de Bakunin. La historia de la Villa Bresso es una simple parodia de la suerte de la Baronata. Bakunin se procuró una biblioteca de manuales sobre cultivo intensivo y empleo de abonos, estudió química y encargó un surtido de semillas. Hizo talar las moreras, plantando en su lugar varias hileras de árboles frutales; esparció a voleo semillas de todas clases e hizo cavar alrededor de los troncos hoyos circulares que llenó de abono. Estos preparativos le colmaron de satisfacción y de gozo. Se veía ya, como le escribió a Bellerio en el mes de agosto, «a las mismas puertas del paraíso». [8]

Pero llegó el otoño, y empezó a oscurecerse la situación. Ahora Bakunin tuvo ocasión de comprobar la veracidad del viejo dicho de que antes de entrar en el paraíso hay que pasar por el purgatorio. La célebre herencia no acababa de llegar, y para pagar el plazo final de la compra de la villa, tuvo que recurrir a un préstamo, que se encargó de gestionar cerca de un banquero napolitano el propio Gambuzzi. En el mes de octubre Bakunin tuvo noticias de Premujino. Se le comunicaba que sólo percibiría dos tercios de la cantidad que en principio contaba cobrar, que esa suma se le pagaría a plazos de dos años. El cultivo del terreno y la aplicación de los fertilizantes habían sido tan intensivos, que el huerto de Villa Bresso estaba ahora convertido en un verdadero yermo, en el que ni las hierbas parásitas querían crecer. Para colmo de males, la nieve se anticipó y en noviembre cayó una fuerte nevada. Bakunin se lamentó de que «todo conspiraba contra él». En diciembre, y gracias a un préstamo que le concedió Pederzolli, pudo hacerse el cambio de hogar, convirtiéndose Villa Bresso en Villa Bakunin. Sin embargo, antes de los primeros quince días del Año Nuevo de 1876, Bakunin escribió a Bellerio que su situación era insostenible. No había un solo céntimo en la casa, y él se veía obligado a pedir a uno y a otro de sus amigos quince o veinte francos para que Antonia pudiera ir a la compra. [9]

La salud de Bakunin se agotaba a ojos vistas y, a medida que el decaimiento físico le afectaba mentalmente, menos disposición tenía para afrontar las dificultades cotidianas de menor cuantía. Además del asma, de la astenia cardíaca, que desde hacía ya unos años era crónica, y de la sordera que sufría hacía dos meses, se le presentaron síntomas de nuevas dolencias. Empezó a notar intermitentes pérdidas de

memoria; las piernas se le estaban hinchando, lo cual hacia que sus movimientos fueran cada vez más trabajosos. Y lo más aflictivo de todo fue una incontinencia de orina que le obligaba a pasarse la noche en vela. Y el médico local, un italiano cuyos conocimientos médicos le predisponían a atribuir todas las dolencias a causas de enfriamiento y a recetar friegas de aceite de ricino en las partes afectadas, tuvo que admitir al fin la existencia de una grave inflamación de la vejiga. No hubo más remedio que llamar a un médico alemán, el cual sólo pudo añadir al diagnóstico del italiano una inflamación de la próstata, sin que supiera, empero, como aliviarla. A veces no le era posible hallar reposo ni consuelo ni tendido ni sentado; y se dio más de una vez el caso de hallarle dormido de bruces sobre el tablero de la mesa, la única postura que le proporcionaba un momentáneo olvido del dolor. Dos trabajadores italianos —Santandrea, el zapatero remendón, y Mazzotti, un refugiado de la insurrección de Bolonia— se impusieron el deber de ir, por turno, día y noche a vestirlo y a desnudarlo. Bakunin resistía aquellas torturas físicas de la misma manera con que siempre había soportado sus ahogos económicos, con una especie de noble y estoico desdén, rindiéndose a ellos cuando no había otro remedio, pero olvidándolas tan pronto tenía un momento de respiro, y haciendo chistes con los nombres científicos que los médicos aplicaban a sus dolencias; bromeando, estudiando y predicando. Era, por decirlo con las palabras de Pederzolli, «un niño, un bárbaro y un erudito en una sola pieza». [10]

Instintivamente, al acercarse el fin de su vida, Bakunin se puso en paz con todo el mundo. En septiembre de 1875, al año justo de la ruptura con Ross, éste se presentó en Lugano. Después de cierta sequedad inicial, Bakunin le recibió amistosamente. Ross pasó una semana en la ciudad, viéndose con Bakunin en el café para evitar una confrontación con Antonia. Casi por aquellos mismos días, un asunto meramente comercial facilitó la ocasión de reconciliarse con Cafiero, quien se iba a Italia en busca de colocación, y ofreció a Bakunin, por un precio de saldo, algunos muebles de la Baronata para la Villa Bakunin. Para ultimar el negocio, Bakunin fue a la Baronata. Quice días después, Cafiero le devolvió la visita acompañado de su mujer. No opuso ningún reparo en saludar a Antonia, con lo que se reanudaron las «mejores relaciones» entre una y otra familia, relaciones que fueron rotas —y esta vez sí que para siempre— por la marcha de Cafiero a Italia. Otras enemistades, todavía más rancias, también se desvanecieron. Cierto día alguien pronunció el nombre de Nechaev, y Bakunin se apresuró a decir que hacía ya tiempo que no tenía el menor sentimiento de enemistad hacia él, «porque sus intenciones fueron siempre buenas». [11]

* * *

En la primavera de 1876 llegó a Lugano una joven estudiante rusa, Alejandra Weber. Asistía a las clases de italiano que daba el profesor Pederzolli, quien no tardó en presentar a su nueva alumna a su famoso compatriota. A los pocos días, Alejandra Weber se había convertido en una asidua visitante de Villa Bakunin, y como ya llegaba contagiada desde San Petersburgo de la fiebre revolucionaria, cayó rápidamente bajo el embrujo del veterano. La desigual pareja contrajo estrechas relaciones de compañerismo. Alejandra Weber desempeñó, mejor que cualquier otra persona, el papel de amiga y confidente de Bakunin en los últimos años de su vida. Y los escritos que dejó nos proporcionan los más íntimos detalles de las últimas semanas del revolucionario.

El hogar de Bakunin estaba dividido en dos grupos, viviendo cada uno en un mundo distinto. A un lado estaba el propio Bakunin y sus cada vez más escasos visitantes; en el otro Antonia y su familia. Bakunin solía jugar con los niños, especialmente con las dos niñas; les daba chocolate y las ayudaba a recoger leña para encender hogueras en el jardín. Pero cuando se dirigía a Antonia, ésta, las más de las veces, volvía del otro lado la «finamente esculpida cabeza», escuchándole con la mayor indiferencia. Bakunin vivía y recibía a sus visitas en un cuarto individual. Sobre una larga mesa había siempre un samovar y un servicio de té que no dejaba nunca de funcionar; un montoncito de picadura de tabaco para liar cigarrillos; juguetes, medio rotos, de los niños y pastillas de chocolate. Otras dos mesas y buena parte del suelo aparecían llenos de periódicos de diferentes países y en varios idiomas, de manuscritos y de papeles de toda índole, y, esparcidas y medio ocultas por la confusión de libros y de papeles, asomaban botellas de medicamentos. Los periódicos cubrían a menudo la cama, la cual era un entramado de hierro cubierto con una colcha de lana y cuya anchura escasamente permitía el enorme corpachón del veterano, bajo cuyo peso gruñían los hierros cada vez que se movía. Alejandra Weber observó indignada que en la habitación reservada a Gambuzzi había una cama còn un blando colchón, sábanas de lino y una colcha de seda.

A Bakunin le gustaba hablar todavía de la revolución con su joven visitante y con los trabajadores italianos, sus postreros discípulos, y, en esas ocasiones aparecía en sus ojos un brillo que les daba un matiz «grisáceo, severo y astuto». Pero solía hablar más del pasado que del futuro. La idea de las memorias que tantas veces pensó escribir le seguía persiguiendo aún ahora, cuando ya no tenía energía para escribirlas. Insinuó a Alejandra que él le iría dictando el fondo y que ella,

en un buen francés, le daría forma. Y para que perfeccionase su estilo, le recomendó que leyese a Pascal, a quien consideraba el más grande de los clásicos franceses. Otras veces caía en la más completa trivialidad. La inocua sensualidad que en su juventud nutrió con la lectura de las novelas de Paul de Kock reapareció en esta última etapa de su vida. Malon y madame de Champseix vivían en Lugano, y frecuentaban a menudo la casa de Bakunin. Nada le causaba a él más placer que escuchar, con extasiada atención, los relatos de las públicas infidelidades de Malon. Bakunin le llamaba «el contrabandista» y a su compañera «el oficial de aduanas», y se reía con verdadero júbilo cuando «al contrabandista» lo cogía «el oficial de aduanas» en una de sus numerosas escapadas ilegales. Alejandra Weber no podía disimular su decepción cada vez que su ídolo incurría en esas faltas de buen gusto y de seriedad.

Pero por encima de todo, ahora que su muerte estaba cerca, le gustaba hablar de su infancia y de Rusia, que tanto había amado. También le agradaba oír el croar de las ranas del jardín, porque le recordaban aquellas que, en las noches de verano, croaban en los prados y en las lagunas de Premujino. Creía Bakunin que las ranas eran «seres maravillosamente musicales». En esos momentos «desaparecía el severo y astuto matiz de sus ojos, y la tristeza hacía contraer sus rasgos y se le posaba, como una sombra, alrededor de la boca». Una y otra vez pedía a Alejandra que le hablase de su patria. Y ella, obediente, le describía los paisajes familiares y los ruidos de los campos y de los prados de Rusia, en los que ella se había criado. Y cuando paraba de hablar, él le rogaba, como un chiquillo, que le repitiese el mismo relato. Y así Alejandra seguía hablando o leyendo hasta que él se quedaba dormido. Para Bakunin fue un inmenso consuelo tener cerca de él en aquellas crepusculares horas de su vida a alguien de su patria. «Ningún italiano —exclamaba— habría sabido leer tan acertadamente.» De vez en cuando pensaba en sus hermanas, pero menos en Tatiana, a la que había amado apasionadamente, y en Varvara, por la que había apasionadamente luchado, y más en la dulce Liubov, a la que había visto en su lecho de muerte. «¡Oh, Miguel —le había dicho ella en sus últimos momentos—, qué bueno es morirse! ¡Qué bueno es estirarse para siempre!». Al rememorar aquellas palabras comprendía todo su significado Pues él también ahora tenía la misma ilusión por el descanso eterno. Sólo le pedía un favor a la más joven y la última de sus amistades: que si Alejandra estuviera presente a la hora de su muerte, «no se olvidara de ponerle un cigarrillo entre los labios, para poder echar una última bocanada de humo antes de morir». [12]

Pero al eterno errante no le fue permitido estirarse y morir sin antes pasar por un nuevo trastorno. La última crisis empezó al regreso

de Sofía Losowska de su viaje a Rusia. Al fin había conseguido que se realizase la parte que en herencia le había tocado a Miguel. Los primeros mil rublos se le habían enviado hacía dos meses, y Sofía trajo el saldo: siete mil rublos más, única fortuna presente, y muy posible que también futura de Miguel. Este golpe que al final la dura realidad le asestó acabó definitivamente con sus etéreos sueños en una fortuna fabulosa, y le convirtió en un insolvente. En el consejo de familia que con este motivo se reunió, Bakunin, si todavía tenía viva la sensibilidad, tuvo que apurar hasta la hez la copa de la humillación. En un último esfuerzo para evitar el desahucio, ofreció a sus acreedores diez mil rublos como saldo final de todas sus deudas. La oferta fue enérgicamente rechazada. Su principal acreedor era el banquero paisano de Gambuzzi, y cabe la sospecha de que éste aprovechase la oportunidad para presionar a Antònia y obligarla a trasladarse (en compañía de los niños, y de Bakunin, como era natural) a Nápoles para reunirse con él. Y, en efecto, una vez que los acreedores se apoderasen por vía judicial de la villa, era la única alternativa viable. [13]

Bakunin consintió, mejor que participó, en la decisión de irse con toda la familia a Nápoles. El llevar a cabo esta decisión sólo dependía de que el gobierno italiano le permitiese la entrada en Italia. El ministro del Interior era entonces un tal Nicotera, a quien Bakunin había conocido y tratado años atrás en Nápoles y que incluso se había afiliado a una de sus sociedades enemigas del Estado. Antonia presionó a Miguel para que solicitara de Nicotera la debida autorización para vivir en Italia, comprometiéndose a abstenerse de toda clase de actividades políticas. Alejandra Weber, con la intransigencia propia de la juventud y abiertamente hostil a Antonia, entendió que el escribir en aquellos términos supondría la dejación de sus ideales y equivaldría a «renunciar a su pasado». Pero Bakunin carecía ya de energía y de voluntad para oponerse a la presión de Antonia. A espaldas de Alejandra, escribió la carta, y en la segunda semana de junio Antonia marchó a Italia con objeto de presentar la solicitud a Nicotera y realizar, con la ayuda de Gambuzzi, las gestiones necesarias para el traslado de la familia a Nápoles. [14]

Antes de abandonar Suiza, Bakunin quiso visitar una vez más a sus viejos amigos de Berna y al mismo tiempo consultar a Adolfo Vogt acerca de sus múltiples achaques. Salió, pues, de Lugano el día 13 de junio, acompañado de su fiel remendón Santandrea, llegando a Berna al día siguiente. Adolfo Vogt le estaba esperando en la estación y se lo llevó al hospital. Por la noche, Bakunin salió —por última vez— a visitar a los Reichel, con quienes pasó la velada, penosamente apoyado en la estufa de porcelana mientras Reichel interpretaba a su dilecto Beethoven. Desde aquel día, Reichel y su mujer fueron a visitarle dia-

riamente al hospital. Durante sus visitas se hablaba casi todo el tiempo de música. «Todo pasará —dijo Bakunin—; desaparecerá el mundo, pero la Novena Sinfonía quedará eternamente.» Es posible que la Novena Sinfonía le hiciera recordar a Wagner, a quien había conocido con ocasión de dirigir su ejecución en Dresde el año 1849, puesto que en las conversaciones de aquellos días con los Reichel expresó su desagrado por las composiciones musicales de su antiguo compañero de rebeldías. Pidió que le trajeran las obras de Schopenhauer. Todos los filósofos, dijo, yerran el camino al tratar al hombre como individuo en vez de considerarlo en su aspecto de miembro y parte integrante de una colectividad. Había abandonado por completo la idea de escribir sus memorias, porque, ¿quién iba a leerlas? Las naciones habían perdido sus instintos naturales, y era tanto su miedo a perder lo que poseían, que habían terminado convirtiéndose en dóciles e inertes instrumentos de los gobernantes. Si él se recuperaba, no dejaría de escribir un tratado de ética basado en el principio del colectivismo.

Adolfo Vogt facilitó a Bakunin un dispositivo para mitigarle los dolores físicos y morales que su grave enfermedad le causaba. Pero nada era ya capaz de reparar su averiado organismo. El enfermo tenia la mente lúcida a ratos, pero el desmoronamiento físico iba avanzando rápida e ininterrumpidamente. El día 28 su cuerpo dejó de realizar sus funciones normales, y el paciente se hundió en un estado comatoso del que no se le podía sacar sino por breves momentos. Rechazaba toda clase de alimentos, con la sola excepción de, y muy de tarde en tarde, unas cucharaditas de *kasha*, o gachas rusas, que María Reichel —la única mujer rusa que estuvo al lado de Bakunin en las últimas horas de su vida— le preparaba. En la mañana del sábado día 1 de julio de 1876, cuando los Reichel hicieron su acostumbrada visita al enfermo, su estado no había cambiado mucho. Pero al poco rato sobrevino la agonía, que no duró más de una hora. Al mediodía moría Miguel Bakunin. Por la tarde, cuando Maria Reichel llegó con una corona, el cuerpo empezaba a cambiar de color. [15]

El funeral se celebró el lunes 3 de julio. Era un cálido día de verano, y los nevados picachos resplandecían bajo el despejado cielo, y un perfume de rosas flotaba en el ambiente. Mientras los sepultureros esperaban la llegada del fúnebre cortejo, hacían bromas sobre el gran tamaño y el enorme peso del ataúd y sobre la inusitada profundidad de la sepultura que se les había ordenado abrir para que sirviera de última morada aquel turbulento rebelde. Seguían el ataúd unas treinta o cuarenta personas. Algunas secciones suizas de la Internacional enviaron representaciones, pero no hubo tiempo para comunicar el fallecimiento de Bakunin al extranjero. Una vez cubierta de tierra la tumba, pronunciaron Zhukovski —el único ruso que asistió a la fú-

nebre ceremonia—, Guillaume, Schwitzguébel, Eliseo Reclus y finalmente un obrero de Berna oraciones fúnebres en honor del desaparecido. A Guillaume, durante su discurso, se le hizo un nudo en la garganta y rompió en sollozos incontenibles. Y había lágrimas en los ojos de María Reichel, mientras miraba fijamente a lo lejos. Sin embargo, a los curiosos aquellas honras fúnebres se les antojaron pobres e impropias. No les pareció bien que a aquel portento de tempestad y de rebeldía se le dejase de un modo tan poco digno en su último lugar de reposo en el país que le había albergado durante los años de su ocaso. Al día siguiente del funeral, la policía, deseando cumplimentar las formalidades del registro, preguntó al doctor Vogt cuál había sido la ocupación y cuáles los medios de vida del extinto. Aquélla era realmente una pregunta muy difícil de contestar, y Vogt, cogido de sopetón, masculló por toda respuesta que su amigo fue propietario de una villa en la Suiza italiana. Su explicación le pareció satisfactoria a la policía. y el difunto fue inscrito en el registro oficial como «*Michel de Bakounine, rentier*».

Unos días después, Antonia, a quien se había avisado por telegrama de la muerte de su marido, llegó a Berna procedente de Nápoles. La recibieron con ostensible frialdad los amigos de Bakunin. María Reichel, en cambio, la trató con benevolencia y *frau* Vogt le preguntó simplemente si le gustaba Berna y si había ido a ver los osos del parque zoológico. [16]

NOTAS

1. Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, 389-91, 395; *Pisma Bakunina,* ed. Dragomanov, 351; Guillaume, *Internationale,* III, 256.
2. Guillaume, *Internationale,* III, 254, 300, 314, 321.
3. Arnoud, *Nouvelle Revue* (agosto, 1891), pp. 597-8.
4. Guillaume, *Internationale,* II, 155; III, 248; Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, 398, 402, 404, 411; *Pisma Bakunina,* ed. Dragomanov, 347-8.
5. Guillaume, *Internationale,* III, 254-5; Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, 394, 414; Arnoud, *Nouvelle Revue* (agosto, 1981), p. 592.
6. Arnoud, *Nouvelle Revue* (agosto, 1891), p. 599; Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, 397, 428-9.
7. Kornilov, *Byloe* (1925), n.º 3, pp. 51-7; *M. A. Bakunin,* IV, 433; Bauler, *Byloe* (julio, 1907), p. 71.
8. Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, 429, 433; Arnoud, *Nouvelle Revue* (agosto, 1891), pp. 600-601.
9. Guillaume, *Internationale,* III, 300, 313, 320; Steklov, *M. A. Bakunin,* pp. 429, 433-4.

10. Guillaume, *Internationale,* III, 254, 287; Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, 435-7; Bauler, *Byloe* (julio, 1907), 68-9.
11. Ross. *Golos Minuvshego* (mayo, 1914), p. 211; Guillaume, *Internationale.* III, 301-2; Steklov, *M. A. Bakunin,* p. 424.
12. Bauler, *Byloe* (julio, 1907), pp. 66-87.
13. Guillaume, *Internationale,* III, 313, 320; IV, 26; Steklov, *M. A. Bakunin.* IV, 434-5.
14. Bauler, *Byloe* (julio, 1907), p. 83; Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, 435.
15. Guillaume, *Internationale,* IV, 32-5; Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, 437-41.
16. El, *Severnyi Vestnik* (abril, 1908), pp. 181-2; Guillaume, *Internationale,* IV, 36-7; Steklov, *M. A. Bakunin,* IV, 441-4; Bauler, *Byloe* (julio, 1907), página 87.

BIBLIOGRAFIA

Para la biografía de Bakunin existen numerosas fuentes, pero están en extremo diseminadas, y, a veces, resultan inaccesibles.

Fuentes manuscritas

La más nutrida de las colecciones de manuscritos de Bakunin es la recopilada por el Dr. Max Nettlau, de Viena; colección que pasó recientemente a poder del Instituto Internacional de Historia Social, de Amsterdam. Esta colección comprende, entre otros, todos los manuscritos políticos que dejó a su muerte Bakunin, pero todavía no se ha puesto a disposición de los estudiosos. Con todo, buena parte de esos materiales fueron utilizados y transcritos por el Dr. Nettlau para su biografía manuscrita de Bakunin, en tres volúmenes (1896-1900). Cincuenta ejemplares duplicados de dicha obra, y no muy legibles por cierto, fueron regalados por él a las principales bibliotecas de todo el mundo. (Uno de esos ejemplares está en el Museo Británico.) La biografía en cuestión contiene, además, muchas noticias obtenidas verbalmente por el Dr. Nettlau a través de personas que conocieron y trataron a Bakunin. Gran parte de esos materiales reflejados en los volúmenes aludidos se han reproducido (generalmente traducidos al ruso) en varias de las obras más abajo relacionadas.

Los manuscritos de carácter personal que dejó Bakunin a su muerte pasaron a manos de su viuda. Todos permanecen inéditos, y ni siquiera se sabe si se conservan. Los miembros supervivientes de su familia no han facilitado hasta ahora, que sepamos, información alguna a este respecto.

Una extensa carta de Bakunin a Herzen, apartada cuando las cartas de Bakunin a Herzen se publicaron en 1896 y que quedó en poder de la hija mayor de Herzen, es de suponer que se halle entre los papeles que pasaron, a la muerte de ésta, ocurrida en 1936, al Russky Zahranini Arjiv, de Praga. Pero hasta la fecha no se ha publicado información alguna sobre esos papeles, que, por otra parte, puede que contengan también otros materiales de Bakunin.

La Dresden Staatarchiv guarda todos los manuscritos ocupados a Bakunin cuando su detención en mayo de 1849, junto con un montón de documentos relativos a su encarcelamiento e interrogatorios en Sajonia. Hasta el presente, sólo una pequeña parte de esos documentos se ha publicado.

En los archivos del Ministerio de la Guerra, en Praga, se conserva el diario que llevaba Bakunin durante su cautiverio en Königstein, y también

muchos de los documentos que se refieren a su reclusión y subsiguientes interrogatorios en Austria. El diario aludido, así como algunos de los demás documentos, permanece inédito.

Fuentes impresas

Las recopilaciones más importantes de escritos impresos de Bakunin son las siguientes: *M. A. Bakunin, Sobranie Sochinenii i Pisem*, dirigida por Y. M. Steklov, 4 vols. (Moscú, 1934-36). La publicación de esta colección se inició con la idea de incluir todas las cartas y demás escritos de Bakunin hasta entonces publicados en Rusia y en el extranjero o conservados en forma de manuscrito en la Unión Soviética. Ninguna investigación a tal efecto se ha emprendido en el extranjero, y las cartas y otras obras escritas originalmente en idiomas extranjeros aparecen traducidas al ruso. Los cuatro volúmenes ya publicados (de los doce en principio proyectados) nos llevan hasta el año 1861. Se sabe que hace ya algún tiempo están ultimados para entrar en prensa otros dos volúmenes más, pero no existen indicios de que vayan a publicarse en breve, y no es seguro tampoco que esta edición manual sea completada.

Pisma M. A. Bakunina k. A. I. Gertsenu i N. P. Ogarevu, editada por M. P. Dragomanov (Ginebra, 1896). Ésta fue la primera colección de las cartas de Bakunin que se publicó, limitándose, con una o dos excepciones, a las cartas dirigidas a Herzen y a Ogarev. Los originales de la mayoría de esas cartas se guardan en el Russky Zahranini Arjiv, en Praga, el cual tuvo la gentileza de ofrecerme algunos de los pasajes omitidos por Dragomanov. Este volumen contiene también una breve y bastante arbitraria selección de los escritos políticos de Bakunin y algunos materiales biográficos. El libro está, por desgracia, plagado de minúsculos errores, debidos a las dificultades para descifrar la escritura de Bakunin.

Michel Bakounine Œuvres, vol. I, editado por Max Nettlau; vols. II-VI, editados por James Guillaume (París, 1895-1913). Esta colección incluye los escritos políticos más importantes de Bakunin, desde 1867 hasta su muerte. además de unos cuantos manuscritos, también de carácter político, no publicados anteriormente. Existía el propósito de editar algunos otros volúmenes en la misma colección, pera esos volúmenes no llegaron a publicarse.

Materiali dlya biografi M. A. Bakunina, editados por V. A. Polonsky (Moscú, vol. I, 1823; vol. II, 1933; vol. III, 1938). Estos volúmenes insertan una valiosa miscelánea de documentos (incluidos entre ellos muchos manuscritos de Bakunin) entresacados de archivos oficiales rusos, sajones y austríacos, así como de la biografía manuscrita del Dr. Nettlau y de fuentes periodísticas más o menos inaccesibles. Esos documentos son, desgraciadamente, defectuosos, tanto por haber sido copiados con sumo descuido como por su poco esmerada edición.

Bakuninstudien, por Josef Pfitzner (Praga, 1923). Se trata de una serie de ensayos sobre las actividades de Bakunin en 1848-49; ensayos documentados a base de investigaciones a fondo en archivos alemanes, austríacos, checoslovacos y franceses. Muchos manuscritos no publicados anteriormente aparecen aquí insertos *in extenso* o, cuando menos, presentados en extracto.

Ocherki Osvoboditelnogo Dvizheniya 60 kh Godov, por M. K. Lenke (Petersburgo, 1908). Esta obra contiene muchas de las cartas escritas desde Londres por Bakunin en 1862 e interceptadas por la policía rusa, junto con una relación de su subsiguiente proceso.

En las siguientes obras se hallan insertos importantes materiales relacionados con las actividades de Bakunin:

Molodye Gody Mijaila Bakunina, por A. N. Kornilov (Moscú, 1917).

Gody Stranstviya Mijaila Bakunina, por A. N. Kornilov (Leningrado, 1925). Estos dos volúmenes se basan en documentos hallados en los archivos de Premujino y actualmente guardados en el Instituto de Literatura rusa de Leningrado, y abarcan el período que concluye con el destierro a Siberia, en 1857. El texto completo de las cartas de Bakunin insertas en dichos volúmenes puede hallarse ahora también en *Sobranie Sochinenii i Pisem*, de Steklov. La obra de Kornilov contiene, además, materiales muy importantes no publicados en ninguna otra parte, particularmente cartas de algunos de los miembros de las familias Bakunin y Beyer. Las cartas escritas con posterioridad al año 1857 y guardadas en los archivos de Premujino se publicaron en el periódico *Byloe*, 1925, n.º 3, pp. 49 y sigs.

A. I. Gersten, Polnoe Sobranie Sochinenii i Pisem, preparados por M. K. Lemke, 21 vols. (Petersburgo, 1919-25). Además de las cartas de Herzen a Bakunin y de las cartas y otros trabajos relativos a este último, esta edición contiene notas con abundante y valiosa información para los biógrafos de Bakunin.

L'Internationale: documents et souvenirs, por James Guillaume, 4 vols. (París, 1905-10). Los recuerdos de Guillaume constituyen una fuente primaria para el estudio de un período muy importante de la vida de Bakunin. Estos volúmenes contienen igualmente transcripciones de manuscritos de Bakunin, inéditos, pertenecientes a la colección del Dr. Nettlua, a la que Guillaume tuvo acceso. También se hallan en esta obra transcripciones de diversos manuscritos que Guillaume tenía en su poder y que luego destruyó.

V Pogone za Nechaevym, por R. Kantor (Petersburgo, 1922). Este folletito es de una gran utilidad, pues contiene materiales procedentes de archivos secretos de Rusia y relacionados con las actividades del agente Roman Postnikov.

Las siguientes recopilaciones de trabajos y correspondencia de personas contemporáneos de Bakunin contienen cartas recibidas por éste, como también otras cartas y escritos que se refieren a él.

Perepiska Stankevicha, preparado por A. Stankevich (Moscú, 1914).

Belinsky, Pisma, 3 volúmenes (Petersburgo, 1914) preparados por E. A. Lyatsky.

Arnold Ruge's Briefwechsel und Tagebuchblätter aus den Jahron 1825-1880 2 vols. (Berlin, 1886) preparados por P. Nerrlich.

Briefe an und von Georg Herwegh (Stuttgart, 1895).

Georg Herwegh's Briefwechsel mit seiner Braut (Stuttgart, 1906).

K. Marx i F. Engels, Sochineniya, 28 vols. (Moscú, 1928). La casi ya completa traducción rusa de los escritos de Marx y Engels publicada por el Instituto Marx-Engels-Lenin ha sido utilizada con preferencia a la edición, todavía muy lejos de estar terminada, de los textos originales actualmente en vías de publicación por el mismo Instituto.

La única biografía de Bakunin que reviste interés y un valor extraordinarios (distintos, desde luego, de los de la biografía manuscrita del Dr. Nattlau) es la de Y. M. Steklov, editada en cuatro volúmenes (Moscú, 1920-27). No es, empero, una obra estimulante; falta en ella simpatía y comprensión por la personalidad de Bakunin, y a menudo el autor, se inclina del lado de Marx cuando trata de los problemas que enfrentaron a los dos rivales. Pero es un texto indispensable al estudioso, aunque no sea más que por el gran cúmulo de materiales que pueden ser espigados en él.

Tanto en la prensa rusa como en la alemana han ido apareciendo numerosos artículos relativos a determinados episodios de la vida de Bakunin. Además, existen muchas referencias a Bakunin dispersas entre las numerosas relaciones y memorias de la época. Los títulos de estas últimas aparecen consignados en las correspondientes notas al pie.

ESTA OBRA, PUBLICADA POR
EDICIONES GRIJALBO, S. A.
TERMINÓSE DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES
DE GRÁFICAS ROMÁN, S. A., DE BARCELONA,
EL DÍA 5 DE ABRIL
DE 1972